



**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA**

Unidad Iztapalapa

**LA DIMENSIÓN HISTÓRICA EN EL ESTUDIO DE LAS RELACIONES  
INTERNACIONALES: EL PROCESO DE RECONSTRUCCIÓN DE SISTEMAS  
HISTÓRICOS INTERNACIONALES.**

TESIS

que para obtener el grado de

Doctor en Humanidades  
con especialidad en Historia

presenta

David Jamile Sarquís Ramírez

Asesor de la tesis:

Dr. José Carlos Castañeda Reyes

MÉXICO, D.F

MARZO, 2012

## Índice

<b>Introducción:</b> La dimensión histórica en el estudio de las relaciones internacionales: el proceso de reconstrucción de sistemas históricos internacionales .....	5
<b>Capítulo I.</b> Sistemas internacionales en la historia .....	40
1. Las Relaciones Internacionales y la Historia.....	48
1.1 El surgimiento del fenómeno internacional como hecho histórico .....	51
1.2 El estudio de las Relaciones Internacionales desde un perspectiva histórica de largo alcance .....	58
2. Nuevas perspectivas en el análisis histórico de las Relaciones Internacionales .....	62
3. Sistemas internacionales en la historia .....	68
<b>Capítulo II.</b> Problemas metodológicos para la reconstrucción de sistemas internacionales históricos .....	75
1. La historicidad de las Relaciones Internacionales.....	77
2. Una concepción relativista de la historia como objeto de estudio .....	78
3. La convención epistemológica tradicional y su influencia en la concepción de la historia .....	92
4. El sistema histórico internacional: ¿objeto de estudio para historiadores o para internacionalistas? .....	95
5. El pasado como objeto de estudio .....	102
6. El reto de la reconstrucción de sistemas históricos internacionales .....	114
6.1 Precisiones conceptuales .....	115
<b>Capítulo III.</b> ¿Qué es un sistema internacional? .....	133
1. ¿Qué es un sistema? .....	136
2. El sistema internacional.....	145
3. La realidad internacional vista como un sistema.....	156

<b>Capítulo IV. Casos de estudio: Egipto</b> .....	165
1. La civilización egipcia vista como un sistema histórico internacional .....	165
a) El periodo dinástico.....	186
b) El estado en el Egipto de la antigüedad .....	191
c) Relaciones Internacionales en el Antiguo Egipto .....	208
d) La invasión de los hicsos .....	226
e) La política internacional durante el Nuevo Imperio.....	231
f) Las cartas de Amarna .....	234
g) Kadesh .....	240
h) Egipto en la política internacional de la era posterior a Ramsés II .....	244
i) Conclusiones .....	247
<b>Capítulo V. Casos de estudio: Los Griegos</b> .....	252
Los griegos: esbozo de un caso de estudio histórico para internacionalistas desde una perspectiva sistémica .....	252
1. La experiencia de los griegos .....	253
2. Los Minoicos .....	264
3. Los Micénicos.....	275
4. La guerra de Troya .....	278
5. La era oscura .....	286
6. El establecimiento de las polis.....	288
7. Instituciones internacionales de la Grecia antigua .....	294
8. La guerra del Peloponeso.....	300
9. Hacia la unificación de los griegos.....	310
10. La hegemonía macedonia .....	313
11. La época helenística.....	317
12. Conclusiones.....	320
<b>Capítulo VI. Historia y Relaciones Internacionales: Disciplinas de la complejidad</b> .....	321
1. Historia y Relaciones Internacionales .....	324

2. Creando fronteras disciplinarias .....	330
3. La naturaleza y el reto de lo complejo .....	337
4. Conclusiones.....	343
<b>Conclusiones Generales .....</b>	<b>347</b>
<b>Bibliografía y fuentes.....</b>	<b>362</b>

## Introducción.

### La dimensión histórica en el estudio de las relaciones internacionales: el proceso de reconstrucción de sistemas históricos internacionales.

*El pasado no está muerto, ni siquiera es pasado.*

William Faulkner  
(1959, pág. 73)

La inquietud original para el desarrollo de este trabajo nace de una creciente percepción y preocupación sobre el carácter predominantemente *presentista* en el estudio actual de las relaciones internacionales. Entiendo, desde luego que toda generalización es abusiva y que el desinterés por la historia no es generalizado entre los internacionalistas, muchos de los cuales tienen una clara vocación histórica; sin embargo, como intento explicar, dada la tendencia a considerar a las relaciones internacionales como un fenómeno exclusivo de la modernidad, aun los interesados en la perspectiva histórica se muestran renuentes a ir más allá de la frontera temporal que significa el periodo final de la Edad Media y de la frontera geográfica de la Europa Occidental. Es mi intención argumentar en favor de una visión de mucho mayor alcance en el tiempo y el espacio, lo que necesariamente conlleva a la necesidad de revisar el concepto mismo de relaciones internacionales.

Aun cuando las razones del *presentismo* resultan fáciles de justificar, como habremos de ver más adelante, mi impresión es que el carácter eminentemente **histórico** de las ciencias sociales en general y de las relaciones internacionales en lo particular exige de una revisión mucho más detallada del pasado, sobre todo cuando se pone en juego la comprensión integral de la realidad contemporánea, esto es, que se requiere de una revisión muy completa de la relación actual de las ciencias sociales en general (y de las relaciones internacionales en particular) con la historia<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> En el área de la antropología, por ejemplo, Augé nos dice que a pesar de las claras diferencias que distinguen a su área de la historia, ambas disciplinas tienen, no obstante, una proximidad evidente debido a la naturaleza distintiva de su objeto de estudio: si el espacio es la materia de la antropología, éste es siempre un espacio histórico, y si el tiempo es la materia principal de la historia, es siempre un tiempo localizado y, en este sentido, antropológico. (Augé, 2006, pág. 14)

La importancia del conocimiento histórico como ya hemos dicho no es, por supuesto, desconocida entre los internacionalistas. De hecho, en los orígenes de nuestra disciplina, la historia diplomática (una de las vertientes disciplinarias más desarrolladas en relaciones internacionales) fue una de las fuentes principales de las que se nutrieron los más destacados estudiosos en este ámbito. El legado de la historia diplomática es ciertamente de los más abundantes en nuestro campo disciplinario<sup>2</sup>.

No obstante, dos problemas importantes obligaron a una reconsideración de la relación original de las relaciones internacionales con la historia:

- La idea de que del análisis del pasado se podían extraer leyes generales absolutas e invariables del acontecer social (*historicismo*) tendencia que ha sido fuertemente criticada, especialmente durante la segunda mitad del siglo XX; y
- la tendencia entre especialistas de las ciencias sociales en general e internacionalistas en lo particular a representar el pasado de grupos humanos específicos desde una perspectiva preferentemente endógena, es decir, desde el interior de cada uno de ellos (*el mundo se concibe más bien como un mosaico permanente de comunidades humanas políticamente independientes entre sí*), merced al cual en la actualidad normalmente se privilegian las historias “nacionales” o “locales”, antes que la historia de la humanidad en su conjunto (perspectiva que, algunos autores incluso dudan como viable)<sup>3</sup>.

En el ámbito de las relaciones internacionales, el *historicismo* se combatió con la idea del carácter básicamente inédito y singular de cada fase nueva del desarrollo histórico, misma que gradualmente llevó a privilegiar los análisis de coyuntura en demérito de la vocación histórica, especialmente por lo que se

---

<sup>2</sup> Sólo a manera de ejemplo, ahí está el trabajo monumental de V. P. Potemkin (1968) sobre la historia de la diplomacia que se remonta a la más lejana antigüedad.

<sup>3</sup> En este punto es preciso hacer una acotación importante: hablar de una representación endógena de los grupos humanos generalmente nos lleva a pensar en los escenarios internacionales como una especie de mosaico en el que cada unidad tiene vida propia e independiente de las demás (lo que no resulta incorrecto en forma alguna), sólo que hace difícil pensar de manera holística, en la conformación de un sistema interconectado en la noción misma de interés tiene que ser revisada para ir más allá de las fronteras grupales.

refiere al análisis histórico de largo alcance, lo que de alguna manera significa que, mientras más remoto es el pasado, menos “internacional” se le debería considerar.

Por otra parte, la noción del *mosaico permanente de grupos humanos diferenciados* reforzó la idea de que la condición *sine qua non* para hablar de relaciones internacionales era precisamente la existencia de grupos humanos separados, autónomos y diferenciados, misma que se asumió como condición “normal” de la experiencia humana sobre el planeta, lo que dio pie a la concepción de la “sociedad internacional” como una estructura irremediablemente anárquica, y virtualmente irrealizable como proyecto social imagen que, al hablar de la historia de las relaciones internacionales, se proyectó como característica de todo el pasado imaginable (cualquiera que éste fuese) en el ámbito “internacional”.

La reacción contra el *historicismo* desconectó entonces a la experiencia internacional de sus raíces históricas inmediatas y profundas para sólo privilegiar el análisis de coyuntura. Por su parte, la imagen de la *sociedad anárquica*, congeló la idea de lo internacional como una realidad permanentemente fragmentada y caótica, siempre caracterizada por la ausencia de un “poder común”<sup>4</sup> y la amenaza del conflicto.

Sólo hacían sentido entonces las historias unitarias de comunidades concretas consideradas por separado, y además, en lucha permanente con otras entidades similares; eso eran las relaciones internacionales en cualquier momento histórico que pudieran pensarse. Así se fue conformando la idea del *medio internacional* como espacio socio-histórico específico para las relaciones internacionales, permanentemente condenado a un irremediable *estado de naturaleza*<sup>5</sup>.

Como resultado de este enfoque, la aparición de los aparatos estatales en la historia (pero en especial el del Estado moderno) empezaron a verse como el

---

<sup>4</sup> Cfr. por ejemplo, Lieber (1988)

<sup>5</sup> Aquí, *estado de naturaleza* se entiende, por oposición al *estado de sociedad*, siguiendo el pensamiento hobbesiano, como esa condición de la vida social que, en ausencia de un pacto de civilidad, condena a los hombres o a los grupos creados por ellos a una situación permanente de guerra y predominio del más fuerte.

instrumento natural para la formalización de las relaciones internacionales. De este modo, casi sin sentir, las relaciones internacionales empezaron a identificarse preferente y casi exclusivamente con relaciones interestatales. Por supuesto que los especialistas del área se esfuerzan por manejar una idea más amplia del concepto de relaciones internacionales como un flujo de interacción que rebasa fronteras nacionales y que tiende a formar entidades político-sociales de mayor envergadura: sistemas, sociedades o comunidades internacionales. No obstante, para la mayor parte de la opinión pública no especializada aún conservan el carácter meramente formal de los procesos interestatales.

En función de las consideraciones anteriores, la presente investigación tiene por objeto una reevaluación detallada **de la dimensión histórica** del fenómeno internacional, capaz de superar las limitaciones del *historicismo*, pero a la vez, capaz de superar la visión restringida de la *sociedad anárquica* como único modelo posible para entender el *fenómeno internacional histórico*<sup>6</sup>, **objeto central de reflexión en este trabajo.**

Es menester aclarar, sin embargo, que el trabajo no busca leyes absolutas e inmutables del desarrollo histórico para explicar de manera determinista ni mecánica la evolución de los hechos internacionales o predecir su advenimiento. Tampoco busca la elaboración de un modelo simplista u homogeneizante de todo el acontecer histórico-social, es decir, un modelo que sólo enfatice las semejanzas en la evolución de comunidades humanas separadas en el tiempo y el espacio sin respetar sus diferencias, ni la acumulación del conocimiento histórico como referente anecdótico para la construcción de historias singulares o locales (nacionales).

Dado el enfoque predominantemente coyuntural que tienen los estudios internacionales hoy en día, la presente investigación tendría como objetivo central el rescate de la dimensión histórica de la realidad internacional, con el

---

<sup>6</sup> La noción misma de "*fenómeno internacional histórico*" tendrá que ser explorada con detenimiento en este trabajo, de hecho, constituye el núcleo duro mismo de esta obra, debido a que, como veremos, para la gran mayoría de autores, las relaciones **inter-nacionales**, según el mismo nombre sugiere, sólo deben (o pueden) proyectarse hacia el pasado hasta la época en que surgen las naciones (cuestión que de suyo no está exenta de debate).

propósito de abrir nuevos horizontes de investigación sobre el pasado desde una perspectiva *internacional*, es decir, una perspectiva que contemple al conjunto de la humanidad en su interactuar común y explore la influencia de esta interacción en el devenir de cada grupo y en la conformación de sistemas internacionales históricos.

Desde este punto de vista, se tendría que demostrar que tiene sentido estudiar, no sólo la historia universal tradicional, como el registro documentado para la caracterización de pueblos o civilizaciones particulares, consideradas desde el enfoque de su singularidad, sino concretamente **la historia de los sistemas internacionales como entidades diferenciadas en el tiempo**, es decir, como totalidades que siempre significan algo más que la mera suma mecánica de sus partes y que por lo tanto requieren de ser analizadas desde una perspectiva *holista* e integral.

Esto no significa, desde luego, ignorar la singularidad en la experiencia histórica-internacional (trabajo que ya está ampliamente documentado por la historia diplomática tradicional) sino completarla con una mirada retrospectiva totalizadora cuyo propósito es entender, tanto la unicidad del hecho histórico concreto como la regularidad sociológica en los ciclos de larga duración que la propician. **A la luz de este criterio, se busca coadyuvar a la articulación de una historia holista y totalizadora de sistemas internacionales.**

Es, por lo tanto, hipótesis central de esta reflexión, demostrar que efectivamente existe algo que puede ser denominado como *sistema internacional* (de los cuales han existido varios en la historia), cada uno de los cuales tiene una evolución propia en el tiempo, la cual es susceptible de caracterización (a partir del reconocimiento de sus semejanzas y del señalamiento de sus diferencias con otros sistemas del mismo tipo) y que está compuesto por grupos humanos políticamente autónomos, cuya interacción genera un espacio o nivel de la realidad social que es cualitativamente distinto al espacio endógeno de cada uno de esos grupos por separado, pero a su vez dependiente de lo que ocurre al interior de cada uno de ellos. La idea es que, a partir del proceso de multiplicación de nuestra especie, el planeta ha estado poblado por grupos políticamente independientes y culturalmente diferenciados

entre sí que invariablemente interactúan unos con otros, influyéndose de manera recíproca y creando a través del contacto, entidades políticas mayores, hasta conformar los grandes imperios que conoce la historia. Esta es, desde luego una tendencia que se concreta de distintas formas en cada caso.

Sólo desde esta perspectiva totalizadora se pueden integrar estas experiencias singulares al estudio unificado de la humanidad como conjunto.

Una hipótesis de esta naturaleza plantea retos metodológicos importantes. No buscamos probar la existencia de relaciones inter-gubernamentales en el pasado (la evidencia existente sobre este fenómeno es ya abrumadora). Buscamos más bien sugerir el comportamiento sistémico de las colectividades humanas en su proceso de formación y desarrollo, para explicar el surgimiento de *sistemas internacionales históricos* y su devenir; en el sentido más laxo del término, explorar su evolución histórica a través del análisis de los factores que promueven su dinámica y finalmente su transformación o desaparición del escenario histórico.

Ahora bien, la forma como planteamos el objetivo que persigue este trabajo sugiere de entrada un importante problema conceptual que estaremos dilucidando a lo largo de la obra sobre la base de una concepción sobre *lo internacional* que conviene aclarar desde un principio. Puesto que estaremos hablando de relaciones, escenarios, realidad, actores, factores, medio, sistemas, órdenes, etc. **internacionales**, es menester precisar a qué nos estamos refiriendo con el uso del término.

Desde una perspectiva de rigor semántico esta noción coloca a *la nación* en el centro mismo del debate. Para mí no hay duda de que la nación debe ser considerada como una categoría del pensamiento social moderno y contemporáneo que singulariza la experiencia de esta forma de agrupación humana según condiciones histórico-concretas que se desarrollaron en el ámbito geográfico de la Europa Occidental de manera progresiva desde principios del siglo XV (aunque algunos autores pueden objetar esta fecha y proponer cosas un poco más adelante o un poco más atrás –ya nos ocuparemos del asunto en uno de los capítulos subsiguientes).

Ciertamente existen formas de agrupación social anteriores a la nación (bandas, familias comunales primitivas, tribus, clanes, hordas, gens, fratrias, pueblos); cada una de las cuales posee sus rasgos distintivos, lo que permite hacer análisis social, bien sea desde la búsqueda de denominadores comunes entre todas ellas para enfatizar sus semejanzas o desde el señalamiento de sus diferencias para singularizar a cada una en su especificidad. No obstante, conviene enfatizar que estos enfoques no son mutuamente excluyentes sino, de hecho, complementarios. La historia de la humanidad en su conjunto puede abordarse desde distintos ángulos de observación, bien sea la unidad en la diversidad o la diversidad de lo unitario, pero eso no hace a uno menos válido o más “verdadero” que el otro.

Claro que estrictamente hablando deberíamos restringir el estudio de las *relaciones internacionales* a la era moderna (cuando surgen las naciones como formas características de agrupación social), pero como veremos más adelante, eso equivale a ignorar más del 90% de la historia de la humanidad.

Por supuesto que los rasgos específicos de la era moderna deben ser caracterizados aparte, pero no está de más insertarlos luego en un ejercicio de continuidad en la experiencia evolutiva de la humanidad. La sustancia de lo internacional, desde el punto de vista que queremos abordarlo en este trabajo se refiere al fenómeno *general* de la interacción entre colectividades humanas independientes -o comunidades políticamente autónomas siguiendo la terminología de Raymond Aron (1967) y no exclusivamente a la interacción entre los estados, como sugiere la idea del complejo relacional internacional manejada por Jean Jaques Chevalier<sup>7</sup>. Para Aron, en efecto, *la sociedad internacional representa el conjunto de todas esas relaciones entre Estados y entre personas privadas que permite pensaren la unidad de la especie humana*. [Énfasis añadido] (Aron, 1984, pág. 22)

Es mi impresión que, a pesar del origen común de la humanidad en el continente africano<sup>8</sup>, en el proceso su evolución y dispersión por el mundo, los

---

<sup>7</sup> Ver, (Del Arenal, 1987, pág. 320)

<sup>8</sup> La especie humana solo es una más entre las existentes en la Tierra, y al igual que todas las formas de vida conocidas está sujeta a las leyes de la evolución. Esto implica que el hombre apareció en algún momento del pasado como resultado de progresivos cambios adaptivos que

seres humanos siguieron un patrón de regularidad claramente observable que involucra, primero, la división de la raza humana en un enorme número de subgrupos que fueron ocupando distintas áreas del planeta en las que desarrollaron su propia cultura, y luego, fueron interaccionando entre sí, fusionándose para crear civilizaciones, cada una de las cuales han ido cumpliendo sus ciclos vitales mediante procesos recurrentes de aglutinamiento para formar civilizaciones y de ruptura o fragmentación para dar paso a nuevas colectividades autónomas que tienden a reiniciar el ciclo.

A falta de un mejor concepto para hablar de este proceso histórico de largo alcance, uso el nombre de *relaciones internacionales* en un sentido laxo para elaborar sobre este proceso de fusión-ruptura de los grupos humanos independientes que, al entrar en contacto entre sí crean los sistemas internacionales<sup>9</sup>, mismos que los internacionalistas contemporáneos se encargan de explorar como fenómenos sociales, pero que los historiadores deben ayudar a explorar y comprender desde la perspectiva de su evolución en el tiempo.

Se puede objetar, sin duda, este uso flexible del concepto y señalar las dificultades que produce al equiparar etapas históricas de características tan distintas, quizá creando una falsa impresión de continuidad inquebrantable en la historia. El riesgo es real. Los historiadores modernos avezados en cuestiones de física cuántica bien podrían enfatizar la evidente discontinuidad de los tiempos históricos. Pero yo no propongo que la historia sea ni una experiencia de evolución lineal, ni una repetición mecánica de construcción y destrucción de sistemas internacionales. Cada sistema, a pesar de las semejanzas que pueda tener con los demás, siempre es en sí una experiencia única e irrepetible, como lo somos cada uno de nosotros como seres humanos,

---

generan nuevas líneas evolutivas y abocan a la desaparición a otras. La cuestión sobre la antigüedad de nuestra estirpe y su origen no tiene una respuesta sencilla. Lo que sabemos del proceso de hominización que nos ha llevado hasta ser lo que somos, está basado en un largo y tortuoso sendero de descubrimientos e hipótesis esparcidas en el tiempo. (Porcel, 2009)

<sup>9</sup> En este sentido laxo, pues, las relaciones internacionales incluyen todo tipo de interacción (jurídica, política, económica, cultural, social, etc.) entre grupos humanos que son políticamente independientes entre sí y que condicionan el surgimiento de los sistemas internacionales, desde su fase más elemental (anárquica) hasta la fase más completa en la que uno de ellos ejerce un poder hegemónico sobre los demás y que denomino fase imperial.

lo cual no impide que también nos podamos estudiar como especie que ha evolucionado al paso del tiempo.

Me interesa la historia de largo alcance y la visión de conjunto de la experiencia humana, aunque no por ello niego la importancia de los análisis de coyuntura y la búsqueda de la especificidad singularizante, porque insisto, no creo que sean o deban ser enfoques mutuamente excluyentes. Aunque la contundencia de la lógica aristotélica nos señale que ambos enfoques no pueden ser verdaderos a la vez, necesitamos hacer el enorme esfuerzo intelectual de verlos así, como perspectivas complementarias en la configuración de una realidad que es inherentemente compleja, en la que todo está interconectado entre sí y todo se influye de manera recíproca en el interminable proceso de auto-reproducción.

Una perspectiva histórica de largo alcance equivale al estudio integral del bosque que nos permite una comprensión cabal del árbol (que nos remite a la reconfiguración de nuestras ideas sobre el bosque... y así, sucesivamente). Un enfoque de este tipo no busca una simplificación reduccionista que generalice la historia de la humanidad sobre la base de unos cuantos principios rectores o conceptos aglutinadores<sup>10</sup> de validez universal en detrimento de la especificidad que debe darse a cada época y a cada concepto, pero sí sugiere la importancia de no perder de vista las posibilidades de continuidad histórica contempladas a través del prisma de patrones de regularidad que marcan tendencias históricas en un contexto no determinista.

### *El proceso de enseñanza-aprendizaje de la historia en el ámbito universitario contemporáneo*

Enseñar historia a estudiantes de ciencias sociales en cualquiera de sus distintas especialidades durante este turbulento inicio de siglo suele ser auténticamente un reto. A pesar del interés que en ocasiones llegan a mostrar

---

<sup>10</sup> Ya David Fischer prevenía oportuna y acertadamente contra las falacias del *presentismo* en el sentido de no valorar coyunturas históricas diversas aplicando valores y concepciones contemporáneos. *Cfr.* Fischer (1970).

los jóvenes por algunos temas de carácter histórico, generalmente se sienten mucho más atraídos por, y motivados con el análisis de cuestiones coyunturales que con el estudio de la historia (sobre todo con los temas más distantes en el tiempo), no sólo porque los asuntos de coyuntura representan una vivencia más claramente relacionada con sus experiencias directas del mundo, sino porque además, las cuestiones coyunturales parecen de hecho estar más evidentemente relacionadas con sus propios horizontes profesionales inmediatos. Además, como es fácil argumentar, las condiciones materiales del mundo actual son tan radicalmente distintas y están condicionadas por factores tan diferentes a los del pasado que, aparentemente resulta imposible extraer cualquier lección significativa del pasado (sobre todo, del más distante).

Para muchos de nuestros jóvenes, desafortunadamente, el pasado parece una cosa remota, ajena y, de alguna manera poco relacionada con la complejidad del presente (que es único, irreplicable e irreversible), de donde se desprende una creciente indiferencia hacia el conocimiento histórico (caduco, anecdótico, inescrutable e inútil) particularmente el de más largo alcance. Hobsbawm ha reconocido el problema con toda claridad cuando escribe que:

*“La destrucción del pasado o más bien de los mecanismos sociales que vinculan la experiencia contemporánea a la de generaciones anteriores es uno de los fenómenos más característicos y tenebrosos de la última etapa del siglo XX. La mayoría de los y las jóvenes de este fin de siglo han crecido en una especie de presente permanente que carece de cualquier relación orgánica con el pasado público de los tiempos que les ha tocado vivir”* (Hobsbawm, 1994, pág. 3)

La cuestión se torna incluso más grave cuando los analistas contemporáneos de la realidad social en sus diversos ámbitos, actualmente caracterizados por una clara tendencia globalizante<sup>11</sup>, sobre-enfatizan la idea (sólo parcialmente correcta) de que hoy en día vivimos una situación carente de todo parangón histórico, lo que prácticamente convierte al estudio de la historia (por lo menos desde una perspectiva tradicional) en una especie de lujo intelectual tan ostentoso como innecesario.

---

<sup>11</sup> Este es, sin duda, un fenómeno cuyo alcance y significado se ha convertido en uno de los temas de mayor interés para las ciencias sociales contemporáneas y que la propia historia se tendría que plantear como objeto de estudio (no sólo como singularidad del mundo actual sino como proceso recurrente en la evolución de la humanidad)

Tal parece como si en el mundo “inédito” de la globalización, el conocimiento histórico se hubiese convertido para los estudiosos de las ciencias sociales en una especie de bien *apreciable* como parte de un bagaje cultural que puede ser siempre conveniente pero que resulta, en última instancia, enteramente prescindible. En este contexto, el rechazo hacia el estudio de la historia no ya viene sólo de prácticas didácticas mal fundadas: el objeto de estudio en sí parece estar perdiendo atractivo entre la mayoría de los jóvenes del mundo contemporáneo (por lo menos en la cultura occidental) porque no se le ve utilidad práctica inmediata.

Aquí tenemos pues los orígenes de una peligrosa actitud característica de amplios sectores del análisis social hoy en día: el *presentismo*, actitud doblemente peligrosa habida cuenta del carácter eminentemente histórico de todos los fenómenos sociales. A lo largo del trabajo estaremos explorando la idea con mayor detenimiento.

No obstante, se debe ser cuidadoso con el tema; hablar de *presentismo* en ciencias sociales en la actualidad no significa elucubrar con ideas filosóficas acerca del tiempo y del espacio o de la existencia como un fenómeno estrictamente temporal para demostrar que todo lo que hay en el universo, sólo existe en el presente, enfatizando el carácter ilusorio del pasado o del futuro<sup>12</sup>. En una de sus formas filosóficas más sutiles, el argumento manejado por Ortega y Gasset dice que:

*“ni el pasado ni el futuro forman parte del mundo presente, y esto es lo que me interesa subrayar: que el mundo presente es sólo presente. Consiste su realidad únicamente en aquello que es sólo presente; su pasado lo es en absoluto, y el futuro en absoluto no es todavía, todo lo cual nos permite concluir que el mundo físico tiene un pasado y tiene un futuro, pero no los contiene, no forman parte de él (...) Una nación, un hombre, una palabra, un gesto existen también en un presente; son en cuanto presentes y ahora, pero en ese su presente resuena el pasado y palpita el futuro, es decir, que estos no están fuera de ellas, sino que, al revés, forman parte de ellas”.* (Ortega y Gasset, 1960, págs 121-122)

---

<sup>12</sup> Para una discusión interesante sobre esa posición, se puede consultar (S/D, What is presentism?) Un trabajo especialmente interesante sobre este particular es el de *Presentism and Consciousness* en McKinnon (2003)

La forma de presentismo a la que me refiero en este trabajo, no cuestiona la existencia del pasado como objeto de estudio; más bien está puntualmente orientada a sugerir que las condiciones actuales del escenario internacional son tan radicalmente distintas a las de cualquier otra época que, por lo tanto, las lecciones del pasado han dejado de ser significativas para el analista social contemporáneo.

La visión de los *presentistas* sugiere que, por mucho que se pudiera aprender de esas lecciones, el aprendizaje resultaría básicamente inútil en términos de utilidad práctica para la vida, porque las condiciones de la realidad social contemporánea son **tan** distintas hoy en día, que ninguna de las estrategias aplicadas en escenarios previos tendría ni viabilidad ni sentido. Debo enfatizar, no obstante, que ésta no pretende ser una acusación generalizada; el presentismo es hoy en día una tendencia, bastante difundida, pero no absoluta. Hay, por cierto, especialmente en nuestro país, muy destacados internacionalistas que desde las primeras etapas de desarrollo de la disciplina hay fomentado insistentemente el estudio de la historia como instrumento *sine qua non* para lograr una mayor solidez profesional.

En alguna medida puede decirse que esta forma de presentismo está asociada con el relativismo cognoscitivo, que de hecho niega la posibilidad de establecer comunicación efectiva entre 'formas de vida' o cosmovisiones distintas. En este sentido, la realidad tendría un matiz de subjetividad impenetrable condicionado por el lenguaje que la representa, una idea desarrollada a fondo por Wittgenstein durante la primera mitad del siglo pasado.<sup>13</sup>

En otras palabras, los presentistas en el ámbito de la diversa gama de ciencias sociales no niegan, como hemos dicho, en forma alguna la existencia del pasado como objeto de estudio (como tal está bien para los historiadores y éstos deben seguir cultivado cuidadosamente el análisis del pasado); más bien cuestionan (dada la supuesta singularidad del mundo actual) la posible utilidad práctica de cualquier enseñanza histórica relevante para la comprensión del escenario mundial contemporáneo y, por lo tanto, recomiendan mejor centrar la atención del análisis social en los aspectos singulares e irrepetibles de la

---

<sup>13</sup> *Cfr.*, Wittgenstein (1953)

realidad global contemporánea. La historia desde esta perspectiva tiene sentido como instrumento para descubrir la unicidad de momentos histórico-concretos más que para compararlos entre sí porque la comparación de hecho resulta una imposibilidad cognoscitiva.

Hunt plantea el caso del presentismo con mucha claridad en *Responses to Charles S. Maier, "Marking Time: The Historiography of International Relations"* cuando, al hablar de la historia diplomática de su país, nos dice:

*"El 'Presentismo' ciertamente permea la historia diplomática de los Estados Unidos. Es evidente en los intereses de aquellos que investigan y enseñan en esta área y está reforzado por la comunidad, generalmente extensa, de encargados del diseño de políticas y por el público bien enterado que la historia diplomática generalmente atrae. El presentismo desempeñó un papel central en los orígenes de la historia diplomática de los Estados Unidos a principios del siglo XX, un periodo de creciente conciencia acerca del surgimiento de Estados Unidos como potencia mundial. Desde entonces, ha definido las principales controversias en este campo, desde el debate en torno a la participación norteamericana en la Primera Guerra Mundial, pasando por el enfoque internacionalista de la política exterior y el de los apologistas de la Guerra Fría, hasta el revisionismo de la Nueva Izquierda. Estas controversias a su vez, hasta cierto punto, afectaron a la opinión pública, influyendo en el diseño de políticas y, en última instancia profundizando la tendencia presentista entre los propios historiadores de las relaciones internacionales". (Hunt en Kammen, Michael, 1980, págs. 355-381)*

El mensaje resulta suficientemente claro: las exigencias que plantean las situaciones de coyuntura sobre los escenarios internacionales en términos de diseño de estrategias y más concretamente, de acción política requieren de un grado de atención tal con respecto al presente, que deja muy poco margen para la reflexión histórica profunda, o para el análisis histórico comparativo, sobre todo cuando se asume el carácter único, singular y distintivo del momento actual (cualquiera que este sea) y se disocia estructuralmente de épocas pasadas, las cuales, en consecuencia, dejan de ser referente útil para el presionante proceso de toma de decisiones de *la siempre cambiante actualidad*.

Ciertamente no se trata ahora de reconvertir a las ciencias sociales en disciplinas esencialmente *historicistas*. La historia tiene, por supuesto una enorme relevancia que es necesario abordar y considerar con todo

detenimiento para lograr una mejor comprensión del presente, pero que de ninguna manera va a sustituir la importancia del análisis de coyuntura para la definición de políticas de acción; la intención de hecho es complementarlo.

La atención detallada a las cuestiones de coyuntura está más que justificada por esos imperativos de acción política que suponen ahora mismo, y ciertamente no vamos a emprender una búsqueda detenida de lecciones del pasado para tratar de deducir a partir de ellas ningún tipo de leyes absolutas sobre el desarrollo histórico de la humanidad en su conjunto; leyes que pudiesen “explicar” pero, sobre todo “anticipar”, como sugiere la ciencia positivista, la condición actual del escenario mundial de manera estrictamente determinista, cosa que la propia historia ha demostrado imposible de lograr<sup>14</sup>.

Es claro que la historia nunca se repite de manera mecánica ni lineal; incluso donde pueden detectarse similitudes escénicas, no hay forma de garantizar que una decisión exitosa (o un fracaso) en el pasado se va a repetir de manera automática para producir el mismo tipo de resultados en otro momento y bajo otras circunstancias. ¿Qué se pretende entonces con el análisis de la historia como componente esencial para la formación de los analistas sociales del presente? Bueno, de alguna manera lo ha señalado Stern al reflexionar sobre el valor de la historia como instrumento del conocimiento:

*“En primer lugar –nos señala el autor- ningún evento político o internacional, quizá una guerra o una revolución o una recesión global surgen de la nada y para poder valorar su significado, necesitamos ponerlos en contexto, no sólo buscando elementos de continuidad que los conectan con el pasado pero también reconociendo los factores nuevos que lo distinguen de él. En segundo lugar, aunque no podamos extrapolar el futuro a partir del pasado ya que el mañana bien puede ser distinto del ayer, el análisis histórico nos puede revelar la forma en la que las sociedades –incluyendo la sociedad internacional- evolucionan. (...) En tercer lugar, aunque la historia no pueda proporcionar pruebas con respecto a una idea o una teoría, sí nos puede proporcionar evidencia, patrones o precedentes necesarios para argumentar a favor de una idea o plantear dudas sobre otras.” (Stern, 2000, pág. 55)*

---

<sup>14</sup> En breve, no pretendemos sugerir que el presentismo sea de suyo una opción “equivocada” que deba ser sustituida por un análisis histórico a profundidad; la idea es que ambos enfoques deberían complementarse entre sí más que oponerse de manera irreducible.

Desde este punto de vista, más allá de implantar una perspectiva historicista para el estudio de las ciencias sociales en lo general y para el de las relaciones internacionales en lo particular, **se trata de recuperar el interés de los estudiosos de lo social por el pasado**, para poder entender mejor, a través de su estudio, la secuencia evolutiva (no lineal) que nos ha traído hasta donde estamos ahora como sociedades y poder identificar, a partir de ello, la forma genérica de operar de cada sistema internacional histórico, para después dar paso al análisis de sus singularidades e incluso, para poder comparar de manera más significativa la experiencia del presente con las diversas experiencias del pasado, pero sobre todo para articular una representación integral de la experiencia humana en su conjunto.

Justifico el intento de despertar el interés por la historia entre los estudiosos de la realidad social con el supuesto de que, de alguna manera, portamos cada uno de nosotros, tanto en lo individual como en lo colectivo huellas, rasgos e influencias procedentes de nuestro proceso evolutivo, tanto biológico como cultural, de tal suerte que nuestra concreción como individuos o como sociedades refleja la ruta histórica que inevitablemente hemos seguido para llegar a lo que llamamos el presente; de este modo, la historia no sólo está interiorizada en todo cuanto existe y en ese sentido opera como instrumental básico, tanto en nuestra forma de entender la realidad como en la de generar expectativas hacia el futuro. Bajo un enfoque constructivista diríamos que los individuos y las colectividades se construyen, se deconstruyen y se reconstruyen a sí mismos o entre sí justamente en función de sus historias; como atinadamente ha sugerido Ortega y Gasset, más que una “naturaleza” intrínseca e inmutable, los hombres tienen historia. (Ortega y Gasset, 1984)

En este sentido, es claro que la reconstrucción histórica, dondequiera que se lleve a cabo, permite el establecimiento de líneas causales que conectan acontecimientos, incluso remotos, con situaciones actuales, no con el propósito de sugerir cualquier forma de predeterminación, sino básicamente con el interés de reconocer patrones de regularidad en el devenir, trayectorias socio-temporales, tendencias y principios condicionantes de las mismas.

Entender la génesis de cualquier fenómeno social es, de este modo, un primer paso fundamental para la comprensión integral del mismo como objeto de estudio. A partir de ahí se puede apreciar que el origen del sistema internacional contemporáneo tiene raíces históricas profundas e influencias diversas y bien definidas que los estudiosos de la realidad social deben conocer si es que aspiran a entender de manera integral la singularidad del momento actual. Tudge confirma este enfoque cuando puntualiza:

*“La historia no se vive en aislamiento; ciertamente es, en gran medida, la historia de las interacciones. Las naciones se relacionan con otras naciones, las especies con otras especies –y todos ellos con su medio. Las otras criaturas que han ocupado nuestro planeta durante los últimos 50 millones de años han contribuido a moldear nuestra evolución, de hecho, en parte evolucionamos justamente para poder interactuar con ellas y nosotros a su vez las influimos (...) **sin información antecedente no podríamos apreciar lo que es diferente hoy en día**”* [Énfasis añadido] (Tudge, 1996, pág. 25)

Parte del problema para hacer significativa la enseñanza de la historia entre los aspirantes a cualquier especialidad en ciencias sociales radica, por supuesto, en la forma como tradicionalmente se ha enseñado, esto es, con un enfoque preferentemente condicionado por la didáctica tradicional, en la que el énfasis radica en la perspectiva singularizante del hecho nacional y en su memorización.

Así por ejemplo, la mayoría de los cursos de historia mundial contemporánea arranca con el análisis de la revolución francesa como un fenómeno socio-político distintivamente local y se aboca a su explicación desde un ángulo preferentemente endógeno, con una mención casi marginal de las condiciones externas que impulsan el movimiento revolucionario en ese país o de la influencia que el pensamiento revolucionario ejercería posteriormente por el resto de Europa **y de la manera en que éste contribuiría a desarrollar las bases del sistema internacional de su época y a consolidar los cimientos de un nuevo orden internacional.**<sup>15</sup>

---

<sup>15</sup> Existen, por supuesto, honrosas excepciones. Yo tuve la fortuna de llevar este curso en Ciencias Políticas de la UNAM en 1975 con el Dr. Edmundo Hernández-Vela, quien, desde esta perspectiva, siempre nos insistió en el énfasis que debíamos hacer sobre el sistema internacional como tal, más que en el hecho histórico aislado.

En otras palabras, la historia tradicional ve a Francia como una entidad política separada e independiente del resto de países que la rodean, la cual tiene sentido por sí misma y sólo se relaciona con el resto del mundo de manera discrecional y voluntariosa, mientras que, desde una perspectiva sistémica se busca hacer énfasis en la condición de dicho país como parte de un todo más amplio que lo influye y condiciona, pero al que él misma retroalimenta: el sistema internacional. No es, por supuesto, que el primer enfoque esté “mal” o “equivocado”; ambos representan, de hecho ángulos de observación complementarios.

En consecuencia, desde la perspectiva tradicional, los alumnos se concentran en aprender a reconocer las causas estructurales que originan el movimiento revolucionario **en Francia** (es decir, desde una perspectiva preferentemente endógena) identificar a los personajes principales que participaron en él y recordar las fechas significativas en su proceso de concreción. Esos son los aspectos sobre los que, al final de un curso, se les va a evaluar cuando son estudiantes, o bien, son las cuestiones que supuestamente mejor revelan la calidad del conocimiento entre cualquier ciudadano común; desde tal ángulo de observación resulta siempre más difícil de apreciar la manera en la que la revolución francesa contribuye, efectivamente, a trastocar un orden internacional establecido y a instaurar otro.

La historia significativa para los estudiosos de las ciencias sociales contemporáneas, entonces, tiene que ser predominantemente *internacional* – en el sentido más laxo del término- cuestión que estaremos abordando en este trabajo, y por lo tanto *holística* en su enfoque. Es la historia del conjunto de entidades políticamente independientes (pero estructuralmente vinculadas) que comparten un espacio geográfico y temporal determinado y que, a través de su sola presencia física, se influyen de manera recíproca para conformar una entidad (sistema) que siempre resulta superior a la mera suma mecánica de sus partes.

Es por lo tanto, la historia que centra su atención en los *sistemas internacionales* como totalidades la que de alguna manera nos interesa en este trabajo: su génesis, su evolución, sus factores condicionantes, su estructura, su

comportamiento, sus tendencias, su interconexión, su naturaleza intrínsecamente *holística*.<sup>16</sup> En ausencia de un enfoque sistémico, la idea misma de historia universal carece prácticamente de sentido.

La historia de la revolución francesa, en este contexto, tiene que ser ubicada dentro de un movimiento procesal mayor que el del enfoque local tradicional referido a la historia de *Francia*; tiene que abarcar en su conjunto el ámbito de las revoluciones burguesas que por esa época se desarrollaron en diversas partes del mundo<sup>17</sup>. El alumno tiene entonces que aprender a relacionar esta serie de movimientos sociales que, a pesar de manifestarse desde el interior de alguna frontera *nacional*, están de hecho íntimamente relacionados entre sí, independientemente de las distancias y de las fronteras que los separan, influyéndose de manera recíproca para configurar, como ya hemos dicho, esa totalidad que es definitivamente superior a la suma mecánica de sus partes: el sistema internacional, que sólo entonces se convierte por mérito propio en objeto de estudio disciplinario.

A través del esfuerzo realizado en este trabajo pretendo explorar la viabilidad de la idea de 'sistemas históricos internacionales' como entidades formadas por colectividades humanas que se desempeñan con un cierto grado de autonomía, pero que, por compartir un determinado espacio geográfico se ven envueltas en una dinámica aglutinante que tiende a fusionarlas de manera progresiva, creando así espacios culturales ampliados que involucran a todas estas 'partes' (subsistemas) en un solo destino, que ellas mismas van a construir.

Todos los interesados en la problemática histórica de un sistema de esta naturaleza tienen que aprender a trabajar desde una perspectiva multi-causal y

---

<sup>16</sup> En este sentido sigo también la concepción de Stern cuando sugiere que para estudiosos de las relaciones internacionales, "*especialmente desde la perspectiva de la Escuela Inglesa, una sociedad internacional existe ahí donde hay entidades políticas separadas y autónomas que mantienen relaciones significativas entre ellas, al punto en que éstas condicionan su comportamiento y producen una cultura dominante que da forma a las normas, códigos de conducta e instituciones que se dan entre estas entidades*" (Stern, 2000, pág. 56)

<sup>17</sup> Se denomina genéricamente revoluciones burguesas al conjunto de movimientos políticos económicos y sociales a través de los cuales, a partir de mediados del siglo XVIII, una clase social en ascenso lucha por el reconocimiento de sus derechos. Las más conocidas son: la revolución industrial inglesa, la guerra de independencia de las 13 colonias en Norteamérica y la revolución francesa, aunque ciertamente hubo varias más. Ver, Hobsbawm (1971)

multi-variable. Distintos métodos analíticos en ciencias sociales se han esforzado por desmenuzar la complejidad de sus objetos de estudio para encontrar los elementos básicos que los definen, de ese modo, sus modelos explicativos centran su atención en variables específicas como la lucha por el poder, la producción, la cultura, la capacidad tecnológica, etc. y desde ahí articulan propuestas que, dada la complejidad real de los fenómenos sociales, siempre resultan insuficientes, justamente por su carácter reduccionista.

La realidad histórica mundial no puede ser simplificada de manera tan burda; los estudiosos de ciencias sociales tienen que aprender a reconocer que efectivamente:

*“Todo en el mundo está conectado con todo lo demás a través de una delicada y compleja red de interacciones. La mejor computadora jamás diseñada por los humanos puede todavía calcular siquiera una fracción de las relaciones que existen en el ecosistema de un solo lago (...) todo en la realidad es parte de un flujo dinámico, las cosas no sólo ‘existen’ como alguna especie de categoría fija y aislada. Esta visión estática del mundo ha sido ya reemplazada por un enfoque en el que todo está en proceso continuo de transformación” (Rifkin & Howard, 1981, pág. 223)*

De esta manera, los analistas de la realidad social aprenden a apreciar que los acontecimientos en Francia, Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, etc. se concatenan y se convierten en algo más que bases para una épica nacional; de hecho, contribuyen a la conformación de un sistema internacional en el que la trayectoria evolutiva de las partes se convierte en función de su interacción con la totalidad del conjunto. Es mi impresión, desde luego, que la experiencia integradora del sistema internacional contemporáneo responde a los mismos principios organizativos de todos los sistemas internacionales en la historia, y esto es lo que de alguna manera vamos a tratar de probar con el desarrollo de este trabajo. Esto no significa en forma alguna que la experiencia histórico-concreta de cada sistema internacional sea una mera repetición mecánica de las vivencias de los otros sistemas internacionales en la historia.

Como ya hemos dicho, esto no reemplaza, desde luego, la perspectiva de la conformación endógena y singular de cada uno de los componentes en cada sistema internacional; de hecho, como ya se ha sugerido, la complementa. Presumiblemente, los alumnos en nuestros cursos de historia ya traen alguna

experiencia de las historias nacionales (por eso es que muchas veces los cursos de historia mundial contemporánea les pueden llegar a parecer repetitivos). En este sentido, el reto fundamental para el historiador de las relaciones internacionales es justamente reconocer el carácter integral del sistema que constituye su objeto de estudio y la inescapable influencia a la que quedan sometidas las partes en función del accionar del conjunto.

Las historias nacionales se van definiendo entonces justamente a partir de la influencia que ejerce el sistema internacional en ellas, y la propia historia del sistema se define en función de la retroalimentación que recibe con el comportamiento de las partes: las naciones, que en el sistema actual conforman al sistema internacional y éste a su vez influye en el desarrollo de cada unidad nacional, influencia recíproca que condiciona la evolución dialéctica de todo sistema. En el pasado anterior a la existencia de las naciones (en el que hablamos de pueblos, tribus, clanes o familias comunitarias), la dinámica sistémica es muy semejante, lo que no significa que el devenir de todos los sistemas internacionales tenga que ser el mismo.

Desde la perspectiva analítica, el trabajo del historiador nacional tiene que complementar entonces el desarrollo del enfoque de una historia auténticamente universal que contemple al sistema internacional en su conjunto:

*“Ahí donde se reconocen los temas de carácter internacional frecuentemente han sido tratados como piezas sueltas que tienen que ser incorporadas a la historia nacional. Allá donde han desempeñado un papel más importante, normalmente ha sido como extensiones de la épica nacional, principalmente a través de la guerra, las exploraciones o los procesos de construcción imperial. De este modo, los historiadores del estado nacional han cumplido con su papel tanto en nacionalizar el internacionalismo al tratar al mundo más amplio como una extensión de intereses nacionales más estrechos y en internacionalizar el nacionalismo al exportar el programa básico del estado-nación y sus historiografía particular hacia los países recientemente independizados fuera de Europa y en el mundo no occidental” (Hopkins, 2002, pág. 14)*

El sistema internacional, como toda forma de organización sistémica, es una realidad cambiante y por lo tanto, está permanentemente en transición de una etapa a otra; dicho de otro modo, cualquier sistema internacional se está

transformando de manera continua: nunca es una sola cosa de una vez por todas y para siempre.

En este sentido, como en el caso de cualquier otro sistema, el internacional normalmente es difícil de caracterizar, porque ello implica, por necesidad, la identificación de los aspectos más evidentemente estáticos del sistema -aquello que puede observarse en él como constante, a pesar del flujo continuo del cambio- lo cual necesariamente genera conflicto para los observadores que debaten de manera indefinida sobre la relevancia o la primacía que se le debe dar a la continuidad o al cambio como factores definitorios en los análisis de los escenarios internacionales históricos, ya que de alguna manera, siempre hay elementos para favorecer el énfasis analítico, ya sea en la continuidad o en el cambio en relación con el momento específico de la realidad mundial que se tenga en mente.

Desde este punto de vista, los estudiosos de sistemas internacionales siempre requieren de algún punto de consenso sobre aquellos que pueden ser considerados como momentos de cierta estabilidad del sistema, ya que ellos hacen posible una caracterización más o menos estática del mismo.

Para eso sirve la noción de *orden internacional*<sup>18</sup>; justamente para identificar patrones de conducta, guías de acción prevalecientes en el comportamiento del sistema internacional durante periodos suficientemente largos –aunque no necesariamente homogéneos- para ser caracterizados como *bloques históricos*<sup>19</sup>. Hernández-Vela ha acotado la idea del orden internacional con toda precisión al definirlo como:

*“Situación, disposición u ordenación relativamente organizada, jerarquizada, reglamentada, equilibrada y estable de la sociedad internacional en la que cada uno de sus sujetos o elementos, individual o colectivamente ocupa una posición y representa un rol en función esencialmente de su poder y evoluciona de acuerdo con su desempeño. Siempre ha prevalecido un orden en cada momento o*

---

<sup>18</sup> Cfr. Sarquís, (2005), especialmente Cap. 4.

<sup>19</sup> En este sentido, dichos periodos quedan integrados como unidades históricas o como espacios de análisis, (“bloques” siguiendo la terminología gramsciana) en los que puede concentrarse el esfuerzo analítico, porque se parte del convencimiento de que, en efecto existe una unidad integradora subyacente, la cual da sentido al conjunto, a pesar de la diversidad o de la desarticulación que pudieran sugerir las apariencias.

*periodo determinado de la historia de la humanidad, como parte de un proceso orgánico evolutivo, caracterizado por su naturaleza, estructura,, amplitud de población, y extensión geográfica, consistencia, rigidez, estabilidad,, duración y grado de organización, sistematización y grado de articulación, y hasta de desorden implícito.”* (Hernández-Vela, 2002, pág. 85)

Volveremos a tratar estos puntos más adelante en el desarrollo de la obra. Por el momento es necesario hacer algunas precisiones sobre el concepto de bloque histórico tal como queremos usarlo en esta obra.

Concibo la idea de un bloque histórico como un lapso temporal durante el cual un sistema internacional funciona bajo la guía (implícita o explícita) de un conjunto de reglas básicas o principios guía (frecuentemente no escritas e implícitamente acordados) que surgen precisamente como producto de la interacción sistémica y orientan el comportamiento de los miembros del sistema durante su periodo de vigencia y que, desde ese punto de vista, permiten su caracterización. Entre los estudiosos de las relaciones internacionales es común hablar del orden de Viena, en relación con el conjunto de principios y compromisos entre las potencias europeas, acordados durante el célebre Congreso de Viena<sup>20</sup> (1814-1815) luego de la derrota de Napoleón, los cuales dieron semblanza de bloque histórico al periodo de 1815 a 1914, cuando el estallido de la primera guerra mundial marcó el inicio de una nueva era.

Orden internacional y bloque histórico son entonces conceptos complementarios que facilitan la construcción histórica de las relaciones internacionales<sup>21</sup>; cada sistema de hecho puede transitar por varios de estos órdenes y puede, en consecuencia, incluir varios bloques históricos. Así por ejemplo, se dice que el sistema internacional contemporáneo habría nacido después de la Paz de Westphalia en 1648, con la firma de los tratados de Münster y Osnabrück, que darían paso al inicio del proceso de configuración de estados nacionales y transitado por diversas fases de desarrollo hasta llegar a nuestros días.

---

<sup>20</sup> Para una detallada y excelente reseña de lo ocurrido durante las negociaciones de este Congreso, ver King, David (2008)

<sup>21</sup> En algunos casos, cuando el orden internacional se formaliza a través de la creación de instituciones, se empieza a hablar de *regímenes internacionales*; una categoría de análisis más elaborada en la que “*entra en juego un patrón de cooperación regular implícito o explícito regido por expectativas comunes entre dos o más estados*”. (CVG, 2009)

Los bloques históricos, por supuesto, se sugieren a sí mismos a los ojos de los analistas a través de los acontecimientos observables sobre los escenarios internacionales, pero es cada analista el que los define como espacios de convivencia internacional y análisis, y es el propio analista quien tiene que demostrar consistentemente que dos acontecimientos históricos (por ejemplo, el Congreso de Viena de 1815 y el Congreso de Versalles de 1919) pueden ser constituidos de manera efectiva como fronteras temporales de un sistema o subsistema internacional caracterizado por su propio orden; en otras palabras, corresponde a los historiadores de las relaciones internacionales demostrar la existencia de un bloque histórico concreto y lograr consenso entre el resto de su comunidad epistémica respecto de las características que lo singularizan. Evidentemente, la tarea se vuelve mucho más compleja mientras más atrás en el tiempo se retrocede, porque las líneas para la demarcación son mucho más difíciles de establecer y justificar.

La historia de las relaciones internacionales, en su sentido más amplio puede entenderse entonces como el esfuerzo de reconstrucción de sistemas de interacción social entre comunidades políticamente independientes que se caracterizan por seguir un conjunto de principios (a veces sólo sobre entendidos) que guían su comportamiento y definen una estructura, un comportamiento y una evolución sistémicos durante un tiempo determinado. **El reto del analista, en cada caso es, por supuesto, reconocer lo que válidamente puede llamarse un sistema internacional histórico y caracterizarlo atendiendo a sus especificidades.**

Desde este punto de vista, la historia de las relaciones internacionales puede ir tan atrás en el tiempo como el estudioso determine conveniente, siempre y cuando él tenga la capacidad de demostrar la existencia de entidades políticamente autónomas (que no necesariamente naciones) coexistiendo en un ámbito espacio-temporal determinado, que es justamente lo que estaremos examinando a través de nuestros análisis de caso.

Esto conlleva, ciertamente el riesgo de un reduccionismo simplista basado exclusivamente en el análisis de las semejanzas que los sistemas internacionales históricos pueden exhibir entre sí (debido a su condición

sistémica); por ello estaremos insistiendo de manera continua a lo largo del trabajo en la importancia que tiene la caracterización de cada sistema histórico detectable como experiencia singular. Ortega y Gasset nos alerta puntualmente sobre este riesgo mediante una acerba crítica a la visión de Toynbee sobre la “regularidad” que el autor inglés cree ver en la historia, cuando señala que lo único que ha hecho es transpolar de manera simplista el esquema de desarrollo de la civilización greco-romana (que es la experiencia que él conoce) para referir, en los mismos términos; la experiencia de otras civilizaciones que el autor sólo imagina, como experiencias comparables a la greco-romana (cuando en realidad no lo son) (Ortega y Gasset, 1960).

Para Ortega y Gasset, el caso más visible de lo fallido e inaplicable que es la visión de Toynbee sobre la regularidad en la historia es el torpe intento realizado al tratar de incorporar a la civilización minoica de Creta al esquema del desarrollo civilizador, equiparándola con el caso de Roma. Es precisamente en este terreno donde el trabajo concreto del historiador resulta insustituible, porque si bien los analistas sociales pueden observar la continuidad de la experiencia social que revela regularidades sociológicas en el devenir evolutivo de los grupos humanos, son los historiadores quienes se encargan de realzar las singularidades de cada momento histórico-concreto.

De este modo, el sistema internacional contemporáneo no es sino eso, un momento concreto (una fase) en la escala evolutiva general de la interacción entre grupos humanos políticamente independientes, que luchan por preservar su independencia, pero que con frecuencia acaban formando parte de entidades mayores (imperios) como resultado de la tendencia aglutinante que exhibe la historia de los sistemas internacionales en la historia, sin que ello implique de antemano que éste era el destino inexorable de la humanidad. El pensamiento sistémico sugiere tendencias evolutivas basándose en el análisis de probabilidades, según las condiciones específicas de cada momento, pero nada más, no es determinista en forma alguna.

Corresponde entonces al estudioso de la realidad internacional determinar en qué se parece el sistema internacional actual a sistemas internacionales

históricos y, desde luego, cómo se distingue de manera significativa de todos ellos.

Estoy partiendo de la idea básica de que el sistema internacional contemporáneo no es sólo una creación surgida del Tratado de Westfalia de mediados del siglo XVII, sino que es más bien producto de la evolución de múltiples *sistemas internacionales* que se han formado a través de más de 5000 años de historia de interacción entre diferentes grupos humanos.

Será por tanto necesario investigar cómo es que se forma un sistema internacional; definir qué es lo que le confiere tal condición; establecer cómo opera, cuáles son sus patrones de regularidad, sus tendencias características. Si hablamos de varios de ellos, habrá que reconocer similitudes entre todos, **pero aún con mayor énfasis, establecer diferencias que singularizan y dan especificidad a cada uno**, para lo cual es necesario emplear el método histórico comparativo.

Para hacer operativa esta concepción de la historia internacional, será necesario enfatizar un uso flexible del concepto *internacional* en este análisis, que evidentemente no sólo se refiera a la relación entre *naciones* (como el rigor semántico sugiere) sino, de manera más genérica, a la relación general entre *colectividades humanas políticamente autónomas* (lo que representaría la **esencia** del fenómeno *internacional* en sentido laxo) en busca de un patrón de regularidad en su desarrollo histórico.

La nación es sólo una entre muchas formas históricas de agrupación social. De hecho, una bastante reciente. No obstante, por razones históricas, el nombre de relaciones internacionales ha cobrado patente de uso para referir fenómenos sólo recientemente abordados desde un ámbito disciplinario.

Hernández-Vela puntualiza el concepto con claridad; **nación**, nos dice es, una:

*“colectividad humana con rasgos comunes, propios y exclusivos, cuya voluntad general unifica a todos sus miembros y les permite establecer y desarrollar una vida política distintiva, que saque a la luz su identidad genuina, sus características más peculiares, su propio sentido de la existencia y de la vida.”* (Hernández-Vela, 2002, pág. 681)

Ciertamente, a pesar de su precisión, es difícil reconocer desde una definición de esta naturaleza el carácter eminentemente histórico del fenómeno nacional. Las naciones surgen de alguna manera de un proceso de aglutinamiento progresivo que permite incorporar en una unidad orgánica de mayor envergadura a gente otrora vinculada entre sí de manera más laxa. Durante su proceso de conformación, se sientan las bases para que pueblos y gentes antes diferenciados se fundan en un mismo proyecto social bajo un estilo de vida compartido, superando mediante lazos predominantemente culturales, la solidaridad biológica que antes los caracterizaba.

El fenómeno de las nacionalidades ha sido extensamente estudiado desde mediados del siglo XIX. Para los estudiosos de ciencias sociales del mundo contemporáneo, no obstante, es importante saber que los hombres no siempre estuvieron agrupados en naciones y que tanto en sus procesos de formación y consolidación, así como en los de interacción de unas con otras se inscriben los rasgos más característicos de la historia mundial contemporánea, de donde nace su importancia para el estudio de ciencias sociales en la actualidad (Sarquís, 2005, págs. 242-246).

Pero, si las naciones son un fenómeno sociológico reciente, ¿cómo habremos de referirnos al fenómeno de la interacción entre grupos humanos políticamente autónomos antes de que hubiera naciones? ¿Tiene sentido siquiera establecer este análisis; son comparables entre sí los modos de interacción entre actores internacionales pertenecientes a sistemas distintos? ¿Por qué resulta significativo en el intento de reconstrucción de sistemas históricos internacionales? Éstas son algunas de las interrogantes que estaremos tratando de responder a lo largo de esta obra.

Es evidente que en el pasado han existido diferentes formas de agrupación social (desde las comunidades primitivas hasta los pueblos) que es importante identificar y analizar en su especificidad; también es claro que la interacción entre ellas es algo más que un fenómeno meramente volitivo o casuístico y que la dinámica de la historia universal se mueve, entre otras cosas, en función de esa interacción entre comunidades políticamente independientes. Si éste es el caso, resulta fundamental explorar el significado que pueda tener la

conformación de sistemas internacionales históricos para la comprensión del presente, ya que la falta de perspectiva histórica dificulta entender cuestiones fundamentales del sistema internacional actual. Es por ello que este trabajo busca aprovechar tanto la contribución del análisis internacional en el estudio de sistemas internacionales como el potencial disciplinario de la historia, para una mejor comprensión de la idea misma de sistema internacional histórico.

Es necesario subrayar que naturalmente hubo diferencias significativas en los patrones de comportamiento que desarrolló cada sistema en el pasado y que para entenderlos es necesario penetrar en las estructuras sobre las que se fundaron las acciones de los actores que operaron en cada sistema. Como los sistemas internacionales son, ante todo, construcciones sociales (producto de la interacción humana) desde una perspectiva integral, el señalamiento de fronteras temporales para reconocer el tradicional *antes y después* característicos del análisis histórico depende mayormente del consenso sobre lo que es verdaderamente significativo para marcar las diferencias entre un sistema y otro, entre una época (bloque histórico) y otra, entre un orden internacional y otro.

Ahí queda pues planteado el reto de identificar y clasificar cada uno de esos órdenes para los historiadores de las relaciones internacionales. Ciertamente, desde una perspectiva sistémica hay que considerar que la realidad puede ser percibida como un conjunto de sistemas y subsistemas integrados, que cada analista tiene la responsabilidad de caracterizar como tales, de tal suerte que cada sistema internacional puede tener varios subsistemas, cada uno de ellos con su propio orden; de este modo, en efecto, como oportunamente ha señalado Downing:

*“La naturaleza no tiene interés ni en las clasificaciones de las ciencias exactas ni en la lógica aristotélica de dos valores. El problema es el mismo con los sistemas sociales que con los átomos, las células, los organismos o los sistemas estelares. **Si podemos reconocer un patrón de relaciones internas, si logramos identificar un patrón de relaciones externas, si llegamos a ubicar fronteras, entonces podemos describir un sistema**”* [Énfasis añadido] (Downing Bowler, 1981, pág. 160)

El reto entonces será, en estos términos, sustentar la idea de que la noción de *sistemas internacionales históricos* tiene sentido y constituye una aportación útil

para una mejor comprensión de la dinámica que mueve a la historia auténticamente universal.

Para Wallerstein, uno de los autores en los que mayormente se sustenta el enfoque de los sistemas históricos en la historia:

*“el término sistema histórico no suele usarse en las ciencias sociales y muchos especialistas en estas disciplinas de hecho lo consideran una expresión anómala. Quienes hacen hincapié en lo histórico por lo general niegan o minimizan lo sistémico y a su vez, quienes prestan atención a lo sistémico suelen hacer caso omiso de lo histórico”.* (Wallerstein, 2007, pág. 249).

Desde la perspectiva adoptada para el desarrollo de este trabajo, los sistemas internacionales son entidades dinámicas, se encuentran en transformación constante y ésta los lleva desde su nacimiento hasta su zenit y posteriormente a su desintegración o asimilación por un sistema de mayor alcance. Si éste es un patrón recurrente en la historia, es necesario plantearlo e ilustrarlo con mayor claridad, sin caer en el reduccionismo simplista que considera a cada sistema como una mera repetición mecánica de alguna experiencia anterior. En este contexto, el sistema histórico no tiene porqué ser un oxímoron.

Siguiendo a Wallerstein (2005), puede decirse que, los sistemas históricos poseen por lo menos tres características definitorias en las que el analista puede centrar su atención:

- Son relativamente autónomos (funcionan primordialmente con base en sus procesos internos, -aunque ello no implica negar la influencia externa que también los mueve y los conecta con el resto de la experiencia humana).
- Tienen límites temporales (principio-fin, -aunque estos límites no siempre se distinguen con total claridad y diferentes analistas pueden fijar delimitaciones distintas que frecuentemente se traslapan con otras).
- Tienen límites espaciales (están geográficamente definidos, -aunque pueden ir variando en relación al espacio que ocupan con el paso del tiempo).

Para este mismo autor,

*“un sistema histórico debe representar una red integrada de procesos económicos, políticos y culturales, cuya totalidad mantiene unido al sistema”* (Wallerstein, 2007, pág. 250)

Esto me parece especialmente relevante porque sugiere la unidad estructural del sistema; no obstante, debemos enfatizar que la vinculación de los actores en un sistema internacional dado a través de los mismos principios guía que condicionan al sistema no implica, en forma alguna, que todos los miembros del sistema estén irremediamente “atados” al mismo destino. Todos están sujetos a las mismas influencias, pero cada uno de ellos las percibe y las procesa de manera individual; en consecuencia, cuando cambia cualquiera de los parámetros en los procesos particulares del sistema, el resto del conjunto deberá adaptarse, pero cada uno de las partes lo hace *a su manera*. Wallerstein hace además una interesante propuesta para distinguir entre las *economías-mundo* y los *imperios-mundo*, dos categorías que nos ayudan a clasificar diferentes modalidades de sistema internacional.

Los imperios-mundo, como explica Wallerstein, se caracterizan por tener una sola estructura política de cúpula, mientras que las economías-mundo estarían vinculadas entre sí merced a un modo de producción común, pero en ausencia de la estructura política dominante. Ahora bien, ninguna de las dos representa una categoría estática, definida de una vez por todas y para siempre; al contrario, ambas están siempre intentando mantener un precario equilibrio, cuya ausencia las puede llevar a transitar de una condición a otra, casi sin previo aviso. Todos los sistemas internacionales son estructuras dinámicas y, por tanto, muy susceptibles a factores que propician su cambio.

En mi propia perspectiva, los sistemas-mundo (que pueden verse como sub-sistemas regionales) nacen originalmente en un contexto de “anarquía” y tienden a evolucionar gradualmente hacia fases imperiales, pasando por varias etapas, sin que ello implique que todos alcancen indefectiblemente esa condición imperial, ni que la alcancen de la misma manera. El estudio histórico de sistemas internacionales tendría que revelar las regularidades sociológicas de todas las experiencias sistémicas internacionales en la historia, lo mismo que las especificidades características de cada sistema.

La obra de Wallerstein, en la que nos hemos apoyado sustancialmente para el desarrollo de nuestro trabajo, se nutre a su vez de la perspectiva de la escuela francesa de los *Annales*.

*“El grupo de los anales había surgido en los años veinte como protesta, encabezada por Lucien Febvre y Marc Bloch, contra el perfil altamente idiográfico y empirista que dominaba la historiografía francesa, determinando su dedicación casi exclusiva a la historia política. El grupo de los Anales enunció varias contra-doctrinas: la historiografía debía ser “total”, es decir, debía lograr **una imagen integrada del desarrollo histórico en todos los ámbitos sociales**” (...) De hecho, las bases económicas y sociales del desarrollo histórico eran más importantes que la superficie política, y aún más, era posible estudiarlas sistemáticamente **y no siempre en los archivos**. Y las generalizaciones a largo plazo sobre los fenómenos históricos eran de hecho, no sólo posibles sino deseables.”* [Énfasis añadido] (Wallerstein, 2006, pág. 30)

Para Wallerstein, desde principio de los años setenta, se empezó a hablar con mayor insistencia y de manera explícita sobre los sistemas-mundo de análisis como opción para la conceptualización de la problemática internacional. La idea de los sistemas-mundo fue un esfuerzo intelectual por combinar de manera coherente las preocupaciones respecto del objeto de estudio, las preocupaciones por las temporalidades sociales y las preocupaciones por las barreras que se habían erigido entre las diferentes ciencias sociales. A partir de ello, en lugar de los estados nacionales tradicionales que los internacionalistas habían focalizado como objeto de estudio propio, se empezaron a contemplar ‘sistemas históricos’ que, según se decía, habían existido hasta ese momento en sólo tres variantes: mini-sistemas y ‘sistemas-mundo’ de dos tipos: economías-mundo e imperios-mundo.

Según este autor y sus numerosos partidarios, con los sistemas mundo visualizamos con mayor facilidad una zona espacio temporal que atraviesa múltiples unidades políticas y culturales, que representan una zona integrada de actividad e instituciones que obedecen a ciertas reglas sistémicas, que los analistas deben identificar, pero que no necesariamente implican respuestas deterministas por parte de aquellos a quien están dirigidas.

*“Los analistas de sistema mundo insisten que más que reducir situaciones complejas a variables más simples, el esfuerzo debería dirigirse a complejizar y contextualizar todas las denominadas variables*

*más sencillas a fin de entender situaciones sociales reales”*  
(Wallerstein, 2006, pág. 36)

Desde esta perspectiva, y siempre siguiendo a Wallerstein, las espacio-temporalidades que observamos como sistemas internacionales históricos son, por supuesto, construcciones reales (es decir, existentes) en el sentido de que podemos encontrar referentes empíricos que las sustenten y que además se encuentran en constante evolución, cuya construcción es parte componente de la realidad social que experimentamos. Los sistemas históricos dentro de los que vivimos son, efectivamente, sistémicos, porque reflejan los principios guía que definen sus patrones de regularidad observables pero también son históricos, porque cada uno de ellos posee características que lo singularizan respecto de todos los demás.

A partir del marco teórico que se ha ido configurando desde una perspectiva sistémica integral, en la que se destaca la interconectividad del conjunto, su tendencia integradora y sus niveles de análisis (estructura, funciones, comportamiento y evolución), abordaré en la parte de casos prácticos de esta obra el análisis concreto de la antigua civilización de Egipto como un imperio mundo y el caso del mundo helénico como ejemplo de economía mundo.

El término “imperio” resulta de especial importancia en este contexto. Se trata de un concepto que, en muchos sentidos ha sido sobre utilizado, lo que lo ha hecho relativamente ambiguo. No es difícil constatar la diversidad de acepciones que puede tener:

**1** Estado que impone su autoridad por la fuerza sobre otras naciones que cuentan con diversos niveles de independencia; son gobernados por una única persona que ha sido investida solemnemente para este cometido llamada emperador: *el Imperio bizantino*.

**NOTA** Con mayúscula inicial cuando hace referencia a un imperio concreto.

**2** Periodo histórico durante el que un territorio o estado tiene esta forma de gobierno: *el Imperio romano fue una época fundamental para la cultura occidental*.

**NOTA** Con mayúscula inicial cuando hace referencia a un imperio concreto.

**3** Periodo histórico durante el que un territorio o estado es gobernado por un emperador: *el imperio de Julio César*.

**4** Empresa o conjunto de empresas pertenecientes a un único propietario que tienen un gran poder económico y una especial influencia comercial.

**5** Dominio o influencia que ejerce una cosa sobre las demás: *el imperio del dinero*.

— *adj.*

6 Se aplica al estilo arquitectónico de la época napoleónica.

**Imperio** (K Dictionaries Ltd., 2009)

Desde un punto de vista político, la idea básica sobre los imperios parece sugerir el dominio de un grupo políticamente autónomo sobre otros que, merced a la actitud del primero, empiezan a perder su propia condición de autonomía. Los mecanismos para lograr este sometimiento pueden ser varios, tradicionalmente se piensa en el uso directo de la fuerza bruta a través del poderío militar, pero ciertamente no es el único. Diversos autores lo expresan de distintas maneras, uno de los más claros al respecto es Doyle, para quien:

*"El Imperio es una relación, formal o informal, en la cual un estado controla la efectiva soberanía política de otra sociedad política. Se puede alcanzar por la fuerza, por la colaboración política, por la dependencia económica, social o cultural. Imperialismo", añade, "es simplemente el proceso o la política de establecer o mantener un imperio". (Doyle, 1985, pág. 45)*

Siguiendo esta idea, pienso en el imperio como la fase más desarrollada de un sistema internacional histórico (no necesariamente la mejor), es decir, la etapa en que el proceso de interacción entre las unidades políticamente autónomas que arrancaron en un momento de anarquía debido a la ausencia de un poder común que regulara su trato mutuo, han llegado a conformar una estructura socio-política dominada por un poder hegemónico que rige el destino de la totalidad. La duración de esta etapa depende mucho, desde luego de las capacidades y de los mecanismos del hegemón para mantener su poder. La experiencia histórica muestra que, a pesar de los esfuerzos por mantenerlo, todo imperio tiende eventualmente a desintegrarse, lo que permite reiniciar el ciclo de su formación.

A manera de breve conclusión intentaré mostrar cómo es que en la actualidad, el estudio de la historia bien puede hacerse en una perspectiva doble: en primer lugar, la endógena que contempla desde dentro el proceso de configuración de actores particulares del escenario global o bien a partir del ángulo de observación que ofrece la panorámica del conjunto, es decir, considerando la perspectiva del sistema internacional como totalidad. Estas perspectivas no son, como ya he dicho insistentemente, en forma alguna

mutuamente excluyentes; al contrario, normalmente se complementan una a otra para poder tener una visión integral de la experiencia humana en su conjunto.

Las crónicas nacionales habitualmente se ocupan del primer enfoque; la historia de las relaciones internacionales idealmente debería cubrir el segundo; sin embargo, por su enfoque predominantemente presentista actual, sólo lo han hecho de manera deficiente.

La tarea para el historiador de fenómenos locales se fundamenta por lo general en el delicado trabajo de reconstrucción histórica clásico que incluye la búsqueda, revisión, validación, clasificación e interpretación de fuentes primarias (evidencias históricas) que permiten la construcción de imágenes sobre el pasado de una comunidad histórica determinada.

La tarea para el historiador de las relaciones internacionales suele ser un tanto más complicada debido a la diversidad y dispersión de las fuentes primarias, lo que obliga a una mayor dependencia sobre el trabajo de interpretación de la aportación que hacen los historiadores locales. No es un cambio en relación al contenido del hecho histórico lo que propongo, simplemente un cambio en el ángulo de observación, lo que, a mi juicio, contribuye sustancialmente a ampliar el horizonte en el proceso de reconocimiento del pasado humano.

Mi intención principal consiste en sugerir y fundamentar la idea de que el estudio de la historia entre cualquier comunidad epistémica de analistas en ciencias sociales es muy importante porque contribuye al reconocimiento del objeto de estudio más amplio que existe para las ciencias sociales en la actualidad: el sistema internacional lo cual, a su vez va a facilitar una mejor comprensión de su evolución en el tiempo (lo que de alguna manera nos permite explicar con mayor facilidad porqué es como es en su singularidad contemporánea).

También he querido enfatizar la importancia de presentar los fenómenos históricos justamente desde una perspectiva internacional, es decir, en relación con la forma en que ellos vinculan los ámbitos de lo 'interno' y de lo 'externo' en el contexto de un análisis social integral que centra su atención en la

configuración del todo y su relación dialéctica con el funcionamiento de las partes. En otras palabras, he querido destacar la forma en que el medio internacional influye en el devenir de los acontecimientos nacionales y la forma como estos acontecimientos contribuyen a su vez al rediseño del medio internacional.

Por otra parte intento señalar la forma en que, desde mi punto de vista, las nociones de bloque histórico y orden internacional coadyuvan a conformar la idea del sistema internacional y a volverla más operativa desde la perspectiva del análisis histórico concreto, permitiendo, entre otras cosas, el análisis comparativo y la caracterización de los nuevos órdenes internacionales cuando éstos ocurren.

Finalmente destaco la idea de que este enfoque permite abordar el estudio de la historia de manera simultánea, desde la doble perspectiva del cambio y la continuidad, al considerar a la fenomenología internacional como parte de un *continuum* histórico desglosable en fases. De este modo aprendemos a distinguir lo que comparten todos los sistemas internacionales justamente por ser sistemas sociales, pero también a reconocer lo que los diferencia en cada una de sus etapas de desarrollo de otros sistemas internacionales históricos. Lo singular en la historia se vuelve de este modo significativo a partir de lo común en la experiencia humana y a su vez hace posible la construcción de la idea misma de universalidad en la historia.

De conformidad con el plan de la obra, empezaremos por puntualizar la importancia de la dimensión histórica en el estudio de las relaciones internacionales, con el fin de sugerir que la historia de éstas requiere de un singular esfuerzo en el que se deben conjugar las aportaciones de internacionalistas y de los historiadores por igual ya que, por su naturaleza como fenómeno práctico, su pasado difícilmente puede ser reconstruido sin ese apoyo mutuo. En el segundo capítulo vamos a explorar algunas de las dificultades más relevantes para el proceso de reconstrucción de sistemas históricos internacionales. En el tercero estaremos reflexionando sobre las características distintivas de un sistema internacional histórico; en el cuarto y quinto presentamos nuestros estudios de caso para ilustrar la idea de los

sistemas internacionales históricos y en el sexto reflexionamos sobre la historia y las relaciones internacionales como disciplinas de la complejidad. En la parte final de la obra estaremos presentando las principales conclusiones a las que nos ha llevado el desarrollo del trabajo.

## Capítulo I.

### La dimensión histórica en el estudio de las relaciones internacionales: sistemas internacionales en la historia.

*Por supuesto que es deseable que los estudiantes universitarios sean expuestos a las ideas, métodos y hallazgos más novedosos, pero es igualmente deseable que aprendan un poco más acerca de los orígenes intelectuales y de los momentos críticos en el desarrollo de su propio campo disciplinario.*

J. David Singer  
(2000, pág. 14)

#### *Introducción.*

El estudio atento y ordenado de las relaciones internacionales se ha convertido en una exigencia del mundo contemporáneo al inicio del tercer milenio de la era cristiana. La dinámica de interacción entre los sujetos de la realidad internacional es hoy día tan intensa y tan determinante de la vida de cada uno de ellos, que sencillamente no puede ser ignorada. Su reconocimiento, de hecho, ha creado un auge sin precedente en la academia encargada de preparar especialistas en relaciones internacionales alrededor del mundo desde mediados de la década de los noventa.

A partir del deshielo bipolar que marcó el fin de la Guerra Fría, la cual caracterizó al mundo durante la mayor parte de la segunda mitad del siglo XX, la influencia de los factores exógenos en la dinámica de las sociedades nacionales se ha vuelto tan grande y tan marcada, que decididamente exige de algún tipo de explicación, capaz de ir más allá de la superficie de los fenómenos sociales para así permitir no sólo un mejor entendimiento de los hechos que conforman la realidad social en su dimensión internacional actual, sino además, la orientación concreta de los responsables del diseño y la toma de decisiones en el ámbito de la política exterior de los actores internacionales en sus múltiples facetas.

El fenómeno de la globalización afecta hoy en día, de una u otra manera, hasta los pobladores de los rincones más recónditos de nuestro planeta y en este sentido representa claramente un reto para el conocimiento; sus efectos, no

siempre benéficos para todos, se esparcen de manera inevitable por todas las estructuras sociales sin haber llegado a ser cabalmente comprendidos, incluso por los que han resultado más beneficiados por ella.

Las reacciones populares no se han hecho esperar: la globalofilia y la globalifobia están a la orden del día y la tensión social aumenta por todo el mundo manifestándose de manera crecientemente violenta, en la medida en que los efectos de la interconectividad del sistema internacional se hacen más evidentes y los efectos de acciones generadas en puntos específicos del sistema se resienten por todas partes.

La llamada agenda internacional, que consigna temas como la difusión de la democracia por el mundo, el narcotráfico, el agotamiento de recursos naturales, los movimientos migratorios, la deuda externa, la situación de las minorías, los problemas de la equidad de género, los enfrentamientos culturales, el terrorismo, el deterioro ambiental, la cuestión de la seguridad, el deterioro del libre mercado y la crisis económica global, entre muchos otros, cobra, cada vez más, una inevitable dimensión planetaria, que necesariamente involucra a todos los actores del escenario internacional, independientemente de la posición que puedan tener sobre cualquiera de ellos.

En este sentido, la realidad internacional, con toda su complejidad se ha convertido en los últimos años un objeto de estudio cada vez más apetecible y, por supuesto, más demandante. Puede agregarse para la reflexión el hecho de que, en el contexto actual de la globalización, el carácter orgánico e integral de la experiencia internacional es mucho más evidente que, por ejemplo, a mediados del siglo pasado, cuando la confrontación entre actores del escenario internacional parecía sugerir una condición fragmentaria de la realidad internacional y una condición permanente e inevitablemente anárquica, en la que cada actor unitario del sistema internacional parecía tener razón de ser exclusivamente en sí y por sí mismo. Por tal motivo, la creciente necesidad del estudio minucioso de la realidad internacional desde el ámbito académico resulta a la vez, claramente comprensible y justificada.

A raíz de los vertiginosos cambios ocurridos en el escenario internacional con el fin de la Guerra Fría, muchos de los conceptos operativos e incluso de los marcos teórico-metodológicos empleados para el análisis del periodo inmediato anterior, muestran, en las condiciones actuales, claras señales de obsolescencia y por lo tanto requieren, por lo menos, de una detenida revisión y actualización para así evitar un vacío epistemológico creador de tanta confusión por todo el mundo.

Ahora bien, aún cuando tradicionalmente muchos especialistas han logrado visualizar y establecer la vinculación causal que existe entre un periodo histórico y otro en el devenir del acontecer universal, imaginando de esta manera un continuo histórico-social de largo alcance, muchos otros estiman que cada situación nueva que se presenta en los escenarios internacionales requiere siempre de un aparato conceptual -y por tanto lingüístico- nuevo así como un desarrollo teórico enteramente renovado, incluso con un lenguaje distinto, lo cual tendería a volver prácticamente inútil la experiencia cognoscitiva acumulada al paso del tiempo<sup>22</sup>. De este modo queda planteado el problema recurrente de la relación que guarda la historia con el resto de las ciencias, particularmente las sociales, en términos del tipo de conocimiento que éstas pueden producir y su asociación a la clase de leyes que rigen el pensamiento científico.

Tanto por su naturaleza como por su magnitud, el fenómeno de la globalización tiende a ser considerado como algo esencialmente actual, prácticamente sin parangón en la historia (cuestión que, en efecto, es parcialmente cierta), de donde su estudio suele tener hoy en día una perspectiva predominantemente coyuntural o *presentista*; tendencia que, de alguna manera ha imperado en los

---

<sup>22</sup> Éste es un problema claramente heredado de la tradición filosófica de la que emerge el relativismo cognoscitivo, para el cual existen formas diferentes de percibir el mundo y de pensar sobre él, incluso de experimentarlo, por lo que, en sentido estricto, la gente que pertenece a una cosmovisión determinada difícilmente puede aproximarse a la forma como se percibe y se vive la experiencia del mundo desde una cosmovisión diferente. Wittgenstein las llama "formas de vida" y estima que cada una de ellas produce mentalidades humanas que prácticamente están imposibilitadas de comunicarse en un sentido profundo. Cuando estas comunidades están separadas por el tiempo histórico, las posibilidades de entendimiento son aún menores, ya que toda forma de interpretación se hace desde una cosmovisión ajena que forzosamente debe "traducir" la evidencia histórica que encuentra a un lenguaje comprensible para la nueva cultura, en donde los parámetros de interpretación no necesariamente coinciden con los de la cultura estudiada. Wittgenstein (1953)

estudios internacionales desde una etapa muy temprana en el desarrollo de una disciplina de las relaciones internacionales.

La noción del presentismo ha sido claramente intuida por Buzan y Little y presentada en los siguientes términos:

*“la disciplina de las relaciones internacionales se ha centrado principalmente en temas de historia contemporánea y de interés político inmediato. La naturaleza rápidamente cambiante de su objeto de estudio y la demanda presionante de experiencia en temas de actualidad alientan una perspectiva de análisis hacia delante mucho más que una de retrospección. En consecuencia, pocos especialistas en la disciplina tienen un amplio conocimiento histórico y menos aún se interesan por adquirirlo.”* (Buzan & Little, 2000, pág. 18)

Esta tendencia presentista se refleja en realidad, como ya he sugerido en otro trabajo (Sarquís, 2002) en el desarrollo general de la teoría de las relaciones internacionales prácticamente desde sus inicios, durante el periodo de la primera posguerra mundial, cuestión que en gran medida se explica por la enconada lucha que desde aquella época entablaron los internacionalistas en su intento por establecer los cimientos para la construcción de una disciplina autónoma en el ámbito de las ciencias sociales.

La autonomía disciplinaria es, por supuesto, una cuestión ampliamente debatida hoy en día en el terreno del pensamiento social, pero independientemente de los argumentos que puedan manejarse a favor o en contra de la fragmentación del saber social, existe una tradición para la cual, todo fenómeno social es un fenómeno eminentemente histórico. Contra esta arraigada tradición en otros campos del análisis social, muchos internacionalistas contemporáneos han pretendido cerrar los ojos a la historia o, por lo menos, limitar su mirada hacia el pasado, lo cual resulta en cierta medida comprensible cuando pensamos en lo apremiante que suelen ser las situaciones de coyuntura, las cuales normalmente exigen procesos de toma de decisión muy rápidos; en este sentido es claro que la moda impone. Ya Rosecrance había advertido hace casi 20 años que:

*“uno de los principales defectos de la mayoría de las teorías internacionalistas es que, en general son más analíticas que históricas y, por lo tanto, son más deterministas que contingentes. **Los modelos interpretativos que ofrecen pueden ser de utilidad para comprender una época histórica concreta, pero carecen de***

***sentido para explicar otras.***” [Énfasis añadido] (Rosecrance, 1987, pág. 85)

El marcado desconocimiento de la historia entre la mayor parte de los internacionalistas impide apreciar la magnitud de los efectos negativos que implica esta situación. Es quizá por ello que muchos entre los observadores actuales, de hecho parecen creer que, en efecto, la ‘globalización’ empezó con el desarrollo de los mercados financieros internacionales a finales de la década de los setenta del siglo pasado, bajo la perspectiva del capitalismo norteamericano, y que finalmente se aceleró de forma manifiesta luego de la debacle del mundo socialista, con la aparición del Internet.

Aun cuando existen argumentos válidos para justificar esta aseveración, ello no impide la posibilidad de contemplar al propio proceso de globalización desde la perspectiva de “la imagen de mayor alcance” (la escena completa) en el que bien se puede hablar de la globalización como un proceso de aglutinamiento social que tiende a fusionar grupos sociales en experiencias históricas de mayor alcance en distintas épocas históricas, lo cual no impide que cada una de estas épocas tenga de hecho su propia especificidad. Las líneas de argumentación no son mutuamente excluyentes, por el contrario, se enriquecen de una manera que sólo contribuye a incrementar nuestro entendimiento de la compleja realidad socio-histórica.

Esta actitud de los internacionalistas contra la historia, que en términos generales permea al desarrollo teórico de la disciplina, puede ser fácilmente explicada desde varios puntos de vista. En primer término, como ya apuntaron Buzan y Little, es una reacción ante la necesidad apremiante de responder a los retos inmediatos que implica el desempeño general de los actores del escenario internacional en su momento mediante el diseño de políticas que guían su desempeño sobre el escenario internacional.

No obstante, también puede ser explicada, como ya he sugerido, en términos de la necesidad que se siente en la disciplina por adquirir una identidad propia, liberada de cualquier tutelaje procedente de otras matrices disciplinarias, ya que hasta la fecha, las relaciones internacionales como disciplina sigue sin contar con un reconocimiento universal de autonomía. En muchos lugares de

hecho sigue siendo sólo una rama de especialidad, ya sea de la ciencia política o de la sociología, del derecho o de la economía. Si bien es cierto que hoy día se reconoce finalmente que todas las disciplinas sociales pueden tener una dimensión internacional, no se acepta de manera general que tenga sentido pensar en las relaciones internacionales como una disciplina por mérito propio y con un objeto de estudio perfectamente distinguible cualquier cosa que no hayan ya abordado otras matrices disciplinarias<sup>23</sup>.

Pero quizá uno de los ángulos de explicación más importantes para dar cuenta del *presentismo* desde un punto de vista epistemológico, sea el que lo considera como una reacción contra el *historicismo* desarrollado por algunos enfoques filosófico-sociales empeñados en encontrar leyes generales y absolutas del desarrollo histórico global de la humanidad. En este sentido, el presentismo imperante en el estudio de las relaciones internacionales bien podría justificarse siguiendo al pensamiento popperiano cuando señala que:

*“Se puede aprender mucho del pasado, pero nada nos autoriza a proyectarlo al futuro como una forma de anticipar los hechos (...) No tenemos necesidad de ningún significado de la historia. Podemos admirar la historia, porque hay mucho que admirar en ella, muchas personas maravillosas. También podemos aprender de la historia lo que hay que temer, y entre las cosas a temer está lo que yo llamo el **significado de la historia**.”* [Énfasis añadido] (Popper, 1992, págs. 62-64)

La visión de Popper y, por añadidura, la reacción de los internacionalistas contra la historia, en efecto, puede ser justificada cuando se argumenta en contra de cualquier visión determinista de la Historia, pero no necesariamente cuando se buscan en ella elementos para comprender mejor la trayectoria evolutiva que nos trae al presente y hacer análisis comparativos a través de la especificidad de cada momento histórico, sin que ello necesariamente implique la búsqueda de leyes formales y absolutas ni analogías simplistas sobre el desarrollo de la historia. En este sentido, compartimos el punto de vista de Hodgson, para quien:

---

<sup>23</sup> En un artículo reciente, Dominique Martin defiende la tesis de que la Sociología es la disciplina primaria que se encarga del estudio de las transformaciones en la sociedad mundial. Cfr Martin (2006). En un seminario el Dr. Kal Holsti me dijo directamente, “puedo ver a las relaciones internacionales como objeto de estudio, pero no como disciplina” (Holsti, Seminario de actualización docente., 2007)

*“La historia es importante porque todo organismo complejo, todo ser humano y toda sociedad lleva consigo el bagaje de su pasado. La evolución construye sobre experiencias pasadas de supervivencia, las cuales se proyectan en acciones del presente (...) Si la historia es importante, por lo menos en el sentido de interpretar al desarrollo social como una ruta dependiente, entonces nuestro análisis debe explorar las particularidades del pasado. Aun cuando sólo retengamos principios generales o guías, se requiere del análisis detallado de los eventos pasados, sus estructuras y sus circunstancias.”* (Hodgson, 2001, pág. 3)

La perspectiva que ofrece este autor nos parece especialmente relevante, porque combate de frente la actitud ahistórica que caracteriza a muchos de los enfoques teóricos de las relaciones internacionales; una actitud como la del realismo político tradicional, por ejemplo, que pretende el desarrollo de conceptos y visiones de aplicación universal, independientes del contexto histórico específico en el que se generan, lo cual propicia un reduccionismo simplista que efectivamente conduce, en su caso, a tratar de interpretar la complejidad de la experiencia humana en su conjunto meramente como una constante y perpetua lucha de poder. En otras palabras, el “conocimiento” histórico de los realistas, generalmente se centra en narrativas muy específicas que focalizan el fenómeno de la “lucha por el poder” (general, pero no exclusivamente a nivel de epopeyas inter-estatales) como “motor” de la dinámica histórica. Y no es que este enfoque esté equivocado; es evidente que la lucha de poder existe y ha sido característica de las relaciones humanas en general, pero ciertamente no es el único factor a considerar, ya que si sólo interpretamos la complejidad de la realidad social desde esa perspectiva limitada, tendremos una visión restringida del hombre y su lugar en el mundo.

Hodgson destaca con claridad la importancia que tiene una trayectoria evolutiva (histórica) para cualquier ser vivo, incluidos los seres humanos y sus distintas formas de agrupación, todos los cuales se van transformando progresivamente justo sobre la base de lo que han sido, por lo que resulta fundamental entender, en qué consisten los cambios o diferencias que definen una nueva fase de desarrollo y cuáles son los factores que la propician. Gould también lo señala en términos muy parecidos:

*“Una explicación histórica no se basa en deducciones directas a partir de leyes de la naturaleza, sino en un conjunto impredecible de estadios anteriores, en los cuales, cualquier cambio significativo en cualquiera*

*de sus pasos secuenciales habría alterado el resultado final. El resultado final depende por lo tanto, de todo lo que ocurrió con anterioridad: esa es la imborrable y determinante firma de la historia”* (Gould, 1991, pág. 283)

Ciertamente existe el riesgo de hacer una lectura demasiado determinista de la visión de Hodgson o de Gould. Conviene aclarar que, desde la perspectiva adoptada para el desarrollo de este trabajo, la historia influye, condiciona, más no determina de manera insalvable el devenir de los sujetos históricos; *fata ducunt, non trahunt*, como decía el maestro Ortega y Gasset. La acción vence al destino, significa que el sujeto cognoscente consciente de su circunstancia bien puede contribuir a la construcción de su propio destino, aún trabajando con las limitaciones que le impone su legado histórico. No se trata entonces de elegir entre acción y destino, o entre “agencia” y “estructura” como se plantea hoy en día, ya que claramente existe una relación dialéctica entre ambas categorías. Obviamente, para quien sólo enfoca el análisis del devenir histórico desde una perspectiva de “concreción de leyes”, es decir, desde una perspectiva determinista, la acción de los individuos carece de relevancia, éstos sólo están cumpliendo con una especie de plan preestablecido, mientras que quienes ven al devenir histórico como producto de un continuo azar condicionado por el carácter imprevisible de la condición humana quedan imposibilitados para buscar regularidades históricas de largo plazo, “elimina la inteligibilidad global y sugiera el caos”, como decía Aron (1962, pág. 58).

Desde este punto de vista, bien puede decirse que conciliar el enfoque de la singularidad del hecho histórico con la búsqueda de la regularidad sociológica de la cual emana dicha singularidad constituye justamente el principal problema del estudio de la historia desde las ciencias sociales en general y de las relaciones internacionales en particular, tal y como lo sugirió Raymond Aron hace más cuatro décadas. (Aron, 1998, pág. 148)

Tal objetivo no es ciertamente fácil de alcanzar. Suele ocurrir que, o bien el especialista se pierde en el detalle de la singularidad del hecho concreto que está investigando en un momento específico, el cual pretende “congelar en el tiempo” e ignora por completo la experiencia histórica como patrón referencial, o bien bajo el influjo y la fascinación de la Historia como archivo general de la

experiencia humana, lo trata de reducir a expresión particular de una ley general y absoluta, para la cual simplemente no cuenta el contexto espacio-temporal específico en el que se da el hecho analizado, propiciando de este modo el tipo de enfoque determinista al que nos hemos referido al hablar del caso del realismo. Como atinadamente señalan Buzan y Little:

*“el ahistoricismo no implica que el pasado carezca de importancia para los científicos sociales; más bien sugiere que al considerarlo, ellos deberían ponerse a buscar leyes generales aplicables tanto al pasado como al presente. Un objetivo de esta naturaleza es dictado por el deseo de emular a las leyes invariables de las ciencias naturales que mantienen vigencia en el tiempo y el espacio. Los científicos sociales de predisposición positivista, ansiosos de emular a las ciencias naturales, también buscan identificar leyes que sean inmunes a las variaciones históricas.”* (Buzan & Little, 2000, pág. 19)

Parte del problema consiste, desde luego, en suponer que tratar de apoyarse en la historia para hacer análisis social contemporáneo o más bien pretender ignorarla para el mismo caso representan posiciones mutuamente excluyentes, cuando en realidad ambas pueden ser complementarias, o peor aún, en pensar que constituyen las únicas opciones en el menú, ignorando que se puede, de hecho, tratar de explicar la singularidad histórica en el contexto de la regularidad sociológica sin atribuir a ésta un carácter de ley universal absoluta que lleva a una repetición mecánica y lineal del hecho histórico sobre distintos escenarios socio-temporales.

Para orientarnos en la dirección sugerida por Aron es necesario, por supuesto, como ya hemos dicho, revisar el carácter de la relación que vincula a las relaciones internacionales con la historia como experiencias disciplinarias en el intento por desentrañar la complejidad de la trama social en la experiencia evolutiva de la humanidad.

### *1. Las relaciones Internacionales y la historia.*

La relación de los internacionalistas con la historia siempre ha tenido tintes de polémica, quizá como efecto natural de las zonas de traslape en las que se entrecruzan los objetos de estudio propios de cada disciplina, ocasionando un cierto nivel de confusión común entre los especialistas de ambas. Después de todo, en el origen disciplinario de las relaciones internacionales, una de las

principales matrices disciplinarias en las que se buscó tutelaje fue justo la historia, precisamente en función de la extensamente documentada rama de la historia diplomática que tan amplia y exitosamente se había desarrollado durante el siglo XIX.

Desde una perspectiva positivista que pretende crear departamentos estancos, nítidamente separados entre sí para delimitar campos de acción disciplinarios en el quehacer intelectual, tanto la historia como las relaciones internacionales han tenido problemas para justificar su propia existencia como ciencias sociales, ya que en la distribución clásica de objetos de estudio ambas fueron inicialmente ignoradas<sup>24</sup>.

En un momento dado, siguiendo el patrón establecido por el pensamiento científico e imperante durante el siglo XIX, el conjunto de la realidad social fue originalmente subdividido para facilitar su estudio en segmentos diferenciados según el tipo de procesos dominantes en ellos: el productivo, el de los procesos de organización del mando o distribución de poder y el de las relaciones sociales de carácter más general, así vieron la luz las primeras ciencias sociales del mundo moderno: la economía, la ciencia política y finalmente, la sociología, matrices de las cuales derivaron después muchas otras disciplinas auxiliares que ciertamente fueron desarrollando su autonomía propia.

Ni la historia, ni las relaciones internacionales quedaron contempladas en ese esquema original. La primera, en virtud del debate tradicional que cuestionaba su carácter de ciencia según el modelo tradicional de la ciencia positivista, la segunda en virtud de las dificultades inherentes a la identificación de un objeto de estudio propio claramente diferenciado de los ya existentes. Eventualmente ambas, por estar fuera del esquema tradicional de las ciencias sociales llegaron incluso a compartir las dificultades que las habían dejado fuera del mismo, lo cual ha dado por resultado una interesante vinculación entre ellas<sup>25</sup>.

---

<sup>24</sup> Cuando originalmente se empezaron a fundar las disciplinas sociales a lo largo del siglo XIX, las relaciones internacionales ni siquiera se contemplaban como disciplina. La historia, por su parte, era considerada como una tarea demasiado *singularizante* como para ser incluida en el espectro de las ciencias sociales por lo que fue instalada entre las humanidades, lo que, de alguna manera, sugeriría que para su estudio no era aplicable el 'rigor' de la ciencia.

<sup>25</sup> Este vínculo lo he explorado con mayor detalle en Sarquís (2007).

En este sentido, resulta significativo observar que en ambos casos se utiliza el mismo concepto para designar tanto al objeto de estudio como a la disciplina que lo aborda, es decir, que la historia como disciplina estudia a la historia como experiencia práctica y lo mismo ocurre en el caso de las relaciones internacionales<sup>26</sup>. Los hombres, desde la perspectiva de su evolución grupal en el tiempo y de su organización en comunidades políticamente autónomas son entonces a la vez sujeto y objeto del conocimiento disciplinario en ambos casos, lo cual representa una dificultad adicional para los estudiosos a la hora de distinguir entre el objeto material y el objeto formal que les ocupa.

Ahora bien, el enfoque tradicional bajo el cual se repartieron objetos de estudio en las ciencias sociales clásicas, y que dejó de lado a la historia y a las relaciones internacionales no necesariamente tiene que ser considerado como una desventaja para cualquiera de ellas. Mi opinión es que, desde su ubicación externa al esquema tradicional de las ciencias sociales, tanto la historia como las relaciones internacionales pueden tener una visión claramente diferenciada de la realidad social *en su conjunto*, es decir, contemplada como totalidad, razón por la cual las he llamado *disciplinas de la complejidad*. Las otras ciencias sociales tienen una perspectiva predominantemente horizontal y endógena, es decir, ven y estudian la realidad social desde la perspectiva de un solo plano, al interior de algún grupo social específico y por lo tanto, su enfoque es esencialmente fragmentario y parcial.

La historia y las relaciones internacionales cuentan con la opción adicional de adoptar un ángulo de observación externo, es decir, la opción de reconocer una dimensión nueva de la realidad social, que sólo surge cuando entran en contacto entre sí distintas colectividades humanas políticamente autónomas, para así explorarla, tanto en su nivel de “momento concreto” (sincrónico) como en el de su devenir temporal (diacrónico).

Este tipo de análisis no sustituye, por supuesto, a la labor que realizan las otras ciencias sociales en su perspectiva endógena y fragmentaria, más bien la

---

<sup>26</sup> De hecho no ha sido sino hasta fecha muy reciente que se ha establecido una distinción metodológica entre la historia escrita y el pasado como objeto de estudio de la disciplina de la historia. *Cfr.* sobre el particular Jenkins (1996)

complementa; en ambos casos se están estudiando fenómenos sociales, sólo que en ámbitos o planos distintos de la realidad social.

De este planteamiento surge una cercanía insospechada entre la historia y las relaciones internacionales en términos de metodología e identificación de objetos de estudio, los cuales, definitivamente sin llegar jamás a confundirse, sí muestran zonas de traslape mucho más claras y más amplias (McLleland, 1958).

### 1.1 *El surgimiento del fenómeno internacional como hecho histórico.*

Hasta la fecha, el problema de la ubicación temporal para el surgimiento de las relaciones internacionales como fenómeno práctico no ha quedado resuelto de manera satisfactoria entre los propios especialistas en el ámbito de la disciplina. El significado mismo del nombre de ésta; *relaciones entre naciones* parece sugerir a los especialistas del área, que su objeto de estudio, es decir, la interacción entre grupos nacionales sólo puede tener un ámbito temporal limitado; la nación es después de todo un fenómeno histórico-social muy reciente y además, geográficamente muy localizado en Europa Occidental, desde donde progresivamente se ha ido exportando hacia el resto del mundo a la par del proceso de expansión colonial europeo.

La mayoría de los especialistas en relaciones internacionales, en consecuencia, se niega a reconocer la existencia de **naciones** propiamente dichas antes del advenimiento de la edad moderna (hacia mediados del siglo XV de la era cristiana) y al mismo tiempo sólo acepta hablar de una dimensión ***internacional*** de la realidad social en sentido estricto, cuando mucho, a partir del término de las guerras de religiones en Europa, hacia mediados del siglo XVII, con la firma de la famosa paz de Westfalia en 1648 que marcó el fin de las guerras de religión en Europa, lo cual haría de las relaciones internacionales como praxis un fenómeno original y moderno, sustancialmente europeo occidental, mismo que ha dado a esta disciplina un carácter particularmente eurocéntrico.

Para otros, sin embargo, incluso esta fecha de aparente consenso general resulta igualmente arbitraria. Teschke, por ejemplo, la denuncia meramente como un mito. Según él, aun después del supuesto 'parteaguas' que representó Westfalia en la historia de las relaciones internacionales, el contexto de las relaciones entre actores políticos del ámbito europeo occidental continuó caracterizado por la presencia de colectividades políticas monárquicas de corte absolutista, formalmente regidas por la hegemonía imperial, condicionadas por rivalidades dinásticas y sustentadas en regímenes de propiedad de tipo feudal.

Evidentemente, al centrar su atención en las semejanzas históricas que vinculan a la segunda mitad del siglo XVII con su pasado inmediato, este autor parece perder de vista las diferencias que singularizan al nuevo periodo, en el que el reconocimiento formal del principio de la soberanía entre los actores políticos del escenario europeo cambia la dinámica de su interacción global. No obstante, según sus propias palabras, en algún momento entre el siglo VIII y el siglo XVIII de nuestra era, lo 'internacional' empieza a cobrar sentido en la medida en que, las relaciones de clase, el régimen de propiedad de la tierra y el desarrollo económico van cambiando el perfil de las relaciones sociales para ir apuntando progresivamente en la dirección del surgimiento de la sociedad urbana-industrial sustentada en la idea de la nación.<sup>27</sup>

Aún cuando pudiera sostenerse que, en sentido estricto esto es cierto, es claro que desde este punto de vista, no sólo resulta evidente que el periodo de transición sugerido por Teschke es demasiado largo, sino que además, el pasado anterior a esas fechas y en otras regiones del planeta resulta una gran laguna en la formación profesional de los internacionalistas contemporáneos.

Una laguna que ciertamente dificulta la comprensión cabal de su propio objeto de estudio: el sistema internacional, el cual, desde una perspectiva más flexible, es decir, una perspectiva de mayor proyección espacio-temporal, bien puede remontarse, como pretendemos sugerir en el desarrollo de este trabajo, hasta el principio mismo de los tiempos históricos, con la aparición de los primeros grupos humanos políticamente independientes relacionándose entre sí.

---

<sup>27</sup> Cfr. Teschke (2003)

Un enfoque de esta naturaleza nos permite alcanzar un mejor entendimiento acerca de la forma como se vinculan entre sí las colectividades humanas políticamente autónomas que dan sentido a la noción misma de *relaciones internacionales* en el sentido más laxo (como relaciones entre grupos políticamente independientes) y, por lo tanto, permiten una visión histórica de mucho mayor alcance sobre el fenómeno internacional como tal.

El planteamiento lo han hecho con toda claridad Cohen y Westbrook:

*“Desde su surgimiento como disciplina, por derecho propio, luego de la Primera Guerra Mundial, las relaciones internacionales han buscado, en efecto, lograr dos metas complementarias: un entendimiento teórico acerca de la naturaleza vinculante de las relaciones entre colectividades soberanas y una mejor comprensión de los asuntos internacionales contemporáneos. Muy a menudo, la preocupación en torno los asuntos de actualidad (Naciones Unidas, la guerra fría, la integración regional, la globalización) han determinado la agenda teórica. Con algunas notables excepciones, esto ha significado que las generalizaciones sobre cuestiones internacionales se deriven de una base de datos muy limitada; en el mejor de los casos, de la experiencia acumulada de los siglos XIX y XX. **Si consideramos que las colectividades soberanas se han vinculado entre ellas mediante contactos internacionales que datan de, por lo menos hace 4,500 años, puede apreciarse que los especialistas contemporáneos tienden a restringir su atención a sólo unos 200 de todos esos años; es decir, a un 4% de ese inmenso periodo.**”* [Énfasis añadido] (Cohen & Westbrook, 2000, pág. 4)

Si bien pueden hallarse todo tipo de justificaciones para que el analista político o el especialista en asuntos internacionales contemporáneos se concentren en el presente y, en el mejor de los casos, en el pasado reciente, no hay ninguna razón para que el teórico interesado en interpretar las fuerzas profundas que operan en el medio internacional ignore el 96% de la historia internacional.

En la perspectiva adoptada para el desarrollo de este trabajo, concebimos la idea de las relaciones internacionales en su sentido más amplio, como el flujo de interacción entre colectividades humanas políticamente autónomas e independientes las unas de las otras, pero inscritas en un contexto geográfico que promueve su vinculación e interconexión obligada. Más aún, me parece que el análisis histórico de largo plazo revela con mayor claridad una tendencia en el tiempo (regularidad sociológica) merced la cual, los *grupos soberanos*

suelen aglutinarse para formar colectividades ampliadas que progresivamente conforman lo que Toynbee llamó una civilización.

Esto no significa, desde luego, que todo contacto entre grupos políticamente autónomos o soberanos dé por resultado la conformación de una civilización, esa es sólo una tendencia, que adquiere sus particularidades con el desarrollo de las experiencias histórico-concretas. En este sentido, ciertamente vale la pena ver como ejemplo del desarrollo histórico de una experiencia internacional, la obra de Luis de la Madrid Malpica que refiere el inicio del Derecho Internacional a la firma de un tratado de paz entre el imperio faraónico de Ramsés II y el reino hitita de Muwatallis II, luego de la célebre batalla de Kadesh hacia el 1270 de la era anterior a Cristo (Malpica de la Madrid, 1980)<sup>28</sup>.

Siguiendo esta línea de pensamiento, hoy por hoy me parece imprescindible reflexionar en torno a la dimensión histórica de las relaciones internacionales; tanto en su calidad de objeto de estudio como en su condición de objeto formal, desde una perspectiva amplia, con el fin de enriquecer la visión profesional del internacionalista y ensanchar el ámbito del conocimiento histórico para así facilitar el análisis actual de su objeto de estudio.

En este sentido, considero perfectamente viable sostener una visión flexible de la historia de las relaciones internacionales que nos permita buscar la génesis de los fenómenos internacionales, en un sentido laxo, en los albores mismos de la historia de la humanidad, sin demérito de la postura rígida que sugiere considerar la especificidad de lo internacional a partir del surgimiento de las naciones como actores internacionales, ya que ambas posturas son igualmente válidas, defendibles y provechosas.

Ciertamente, la realidad internacional contemporánea puede y debe ser considerada, desde algún punto de vista, como un fenómeno inédito en la historia universal ya que, efectivamente, ningún fenómeno se repite tal cual en los escenarios históricos. En este sentido, la frontera trazada por el surgimiento del orden de Westfalia tiene su razón de ser, ya que representa el

---

<sup>28</sup> Ya estaremos tratando el tema con mayor detenimiento en el capítulo IV al referir concretamente el caso egipcio como ejemplo de un sistema internacional histórico.

advenimiento de un *nuevo orden*<sup>29</sup> en el escenario internacional; no obstante, es claro que como hecho social, cada acontecimiento tiene una trayectoria evolutiva propia, que resulta conveniente conocer si se aspira a entender el presente con mayor claridad y planear el futuro con un mínimo de certidumbre y desde este punto de vista, el mismo momento de Westfalia puede ser contemplado desde la perspectiva de una continuidad histórica y no sólo como una ruptura con su pasado inmediato.

En este sentido, la labor del internacionalista, como la de muchos otros especialistas de diversas disciplinas que pretenden optar por un enfoque científico, consiste en un ejercicio simultáneo de reconocimiento de las semejanzas y señalamiento de las diferencias que caracterizan a su objeto propio de estudio con respecto a su entorno y en función de su movimiento espacio-temporal, bajo el entendido de que el resultado de cada uno de estos esfuerzos no excluye, sino complementa las aportaciones del otro.

De esta forma, me parece conveniente plantear una serie de inquietudes sobre las que vale la pena reflexionar detenidamente para reconsiderar el vínculo que existe entre las relaciones internacionales y la historia y que parten de la siguiente interrogante: ¿porqué es importante el rescate de la experiencia histórica de largo alcance que conduce al desarrollo del fenómeno práctico de las relaciones internacionales contemporáneas y qué puede esperarse de un ejercicio de reconstrucción de esta naturaleza?

Mi punto de vista es que, el rescate de la experiencia histórica que conduce al desarrollo del fenómeno práctico de las relaciones internacionales contemporáneas es importante, porque permite visualizar experiencias históricas concretas en el devenir de largo plazo de la humanidad como expresiones fractales de principios sistémicos que condicionan la trayectoria evolutiva de los sistemas internacionales. Esto significa, primordialmente, que a pesar de la singularidad característica de cada hecho histórico aislado hay un

---

<sup>29</sup> El concepto de *orden internacional* es crucial para la comprensión del esquema de sistemas internacionales en la historia que estamos proponiendo en este trabajo. Se entiende, básicamente como el conjunto de principios guía que orientan y condicionan el comportamiento de los actores internacionales bajo condiciones socio-históricas concretas. Es decir, delimitan lo que es política y socialmente válido para su interacción sobre el escenario internacional, entendido como el espacio geo-político en el que se desempeñan.

vínculo entre hechos históricos que refleja algún patrón de regularidad que facilita el análisis de la realidad social desde una visión sistémica de la realidad internacional, una visión que asume como válido el carácter de totalidad que representan las relaciones internacionales como experiencia práctica y que nos permite hablar de manera consistente sobre un sistema internacional, el cual, por supuesto, tiene su propia historia, que se extiende ampliamente por el espacio-tiempo conocido por la conciencia humana y se desarrolla, se repliega o se reconstituye para dar, sobre la base de su continuidad sistémica, sentido a su propia singularidad histórica, que es en alguna forma distinta a la de los elementos particulares que lo configuran.

La carencia de conocimiento sobre la forma cómo ha evolucionado este sistema dificulta su caracterización básica y su comprensión integral; incluso impide con frecuencia un ejercicio de comparación más provechoso entre experiencias históricas de grupos humanos considerados de manera aislada (en su singularidad).

En otras palabras, si no se opta por una posición teórico-metodológica afín al pensamiento sistémico, la carencia del conocimiento histórico impide incluso la posibilidad de aplicación del método histórico comparativo, a través del cual se contrastan las diversas etapas del desarrollo humano-social, ejercicio del cual siempre se pueden obtener valiosas experiencias, sobre todo si se tiene el cuidado de evitar el reduccionismo simplificador que lleva a ver el presente como una mera repetición mecánica del pasado.

Por oposición, el conocimiento de la historia permite el contraste cuidadoso de la experiencia humana en diversos momentos, con el propósito de identificar las regularidades sociológicas que subyacen en la singularidad del hecho histórico, lo cual a su vez hace factible el desarrollo de un enfoque científico en el análisis social que permite, desde uno de sus ángulos de observación, vislumbrar la experiencia humana en su conjunto como un continuo causalmente interconectado (aunque no por ello condicionado de manera determinista o lineal), desde sus más tempranas etapas hasta nuestros días. De otra manera, ocurre como señala Wittgenstein, que cada comunidad desarrolla a través de su lenguaje su propia visión del mundo como vivencia

irrepetible, incomparable y finalmente incomprensible para otros grupos humanos con distinto lenguaje, tal como si se tratara de comunidades epistémicas pertenecientes a distintos ámbitos de la ciencia.

En este sentido, es hipótesis central de esta reflexión, que efectivamente existe algo que puede ser denominado como sistema internacional; que tiene una evolución en el tiempo, la cual es susceptible de caracterización y que está compuesto por grupos humanos políticamente autónomos, cuya interacción genera un espacio o nivel de la realidad social que es distinto al espacio endógeno de cada uno de esos grupos por separado. De esta manera, aunque en él se desplieguen fenómenos sociales (lucha por el poder, organización de esfuerzos productivos, distribución de la riqueza, consolidación de identidades, etc.) el solo hecho de estar ubicados en un nivel diferenciado de la realidad social los hace cualitativamente distintos.

Este nivel o dimensión de la realidad recibe hoy en día el nombre de escenario internacional y en él se desarrolla un sistema social *sui generis*; el sistema internacional que tiene una trayectoria evolutiva, la cual se puede rastrear hasta los orígenes mismos del proceso civilizador de la humanidad. Un rastreo de este tipo permite justamente el tipo de ejercicio al que se refiere Osiander cuando dice:

*“Para poder comparar periodos históricos necesitamos, en primer lugar una teoría de las relaciones ‘internacionales (o cualquier otro nombre que se encuentre en su lugar) que sea algo más que una simple extensión de las nociones actuales sobre la interacción entre estados a cualquier periodo de la historia. Por otro lado, reintroducir la historia (al estudio de las relaciones internacionales) seguramente transformará a las teorías contemporáneas sobre relaciones internacionales.”*  
(Osiander, 2001, pág. 23)

Efectivamente, a pesar de sus adversarios, la teoría contemporánea de vanguardia sobre las relaciones internacionales se apoya firmemente en todas sus manifestaciones en la noción de sistema, misma que vamos a emplear como referente de base en nuestra caracterización del sistema internacional.

## 1.2 *El estudio de las relaciones internacionales desde una perspectiva histórica de largo alcance.*

Para poder explicar la realidad internacional, el estudioso tiene que empezar por representársela de alguna manera y eso implica, entre otras cosas, darle una configuración así como una dimensión espacio-temporal. Habida cuenta de que el surgimiento de la disciplina de las relaciones internacionales se remonta al escenario internacional de la primera posguerra mundial, el ejercicio de representación inicial se hizo preferentemente privilegiando a los actores internacionales primarios y las circunstancias predominantes de esa época, lo cual le dio un lugar especial al estado nacional en el escenario internacional y a la condición de anarquía como condición *sine qua non* para definir la especificidad de lo internacional, de donde se derivó una visión marcadamente estado-céntrica, en el contexto de un 'estado de naturaleza' característica de las primeras fases de desarrollo de la disciplina.<sup>30</sup>

Como además de eso, los pioneros del campo tuvieron que luchar por diferenciarse de otras matrices disciplinarias como el derecho, la historia o la ciencia política en busca de una identidad propia, el alcance original de su perfil disciplinario adquirió una dimensión histórica más bien restringida<sup>31</sup>, mismo que, con honrosas excepciones, se ha mantenido a lo largo de casi un siglo.

A la pregunta específica, ¿desde cuándo hay relaciones **internacionales**? la mayoría de los analistas contemporáneos en R.I. se sentirían satisfechos de responder junto con Jarvis:

*“Sólo con la Paz de Westfalia de 1648 cobraron existencia las relaciones internacionales tal como se conformaron para la era europea moderna y sólo desde entonces se pueden ver como consecuencia del criterio de ‘razón de estado’ más que de razón de la naturaleza como*

---

<sup>30</sup> El estado de naturaleza es un concepto fundamentalmente hobbesiano que refiere a la condición humana anterior al establecimiento de un pacto social para regular la convivencia de los hombres y crea así la sociedad. La ausencia de un monopolio de poder durante ese estado de naturaleza llevó a los primeros internacionalistas a pensar en el ámbito internacional justamente en estos términos.

<sup>31</sup> Esto significa, en esencia, que los límites temporales para hablar de relaciones internacionales no pueden exceder un lapso de tiempo más allá de la existencia misma de la nación como forma de agrupación colectiva. Aunque el origen mismo de la nación como forma de agrupación social esté sujeto a debate, muy raras veces va más atrás de las postrimerías de la Edad Media como frontera temporal para hablar de la gestación de las naciones en Europa Occidental.

*con Grocio o 'razón de humanidad y religión' como con Erasmo".*  
(Jarvis, 2000, pág. 37)

Como él mismo aclara, no es que niegue la existencia de relaciones exteriores entre otro tipo de comunidades humanas, ciudades-estado o grupos tribales antes de 1648 o fuera de Europa. **Es sólo que no cree que ese tipo de relaciones (que efectivamente existieron), pueda caracterizarse de manera provechosa como *internacional*.** Mucho antes que Jarvis, Krippendorf había sostenido una postura muy semejante mediante la cual señalaba:

*“vivimos en un mundo finito, ‘interdependiente’, como se dice hoy en día de pueblos obligados a estar en buenos términos entre sí, o a extinguirse juntos. Esta situación apenas tiene un siglo y el estudio de las relaciones internacionales, por consiguiente, es el de una época histórica específica caracterizada por la extensión global de las relaciones sociológicas (...) Esta cualidad particular que la distingue no sólo de la época anterior, sino de toda la historia que la precede debe constituir nuestro punto de partida y de referencia”* (Krippendorf, 1985, pág. 9).

Aunque aparentemente sólido, me parece que el argumento de Jarvis y Krippendorf resulta cuestionable. También Rosecrance lo había planteado, en otros términos pero en la misma dirección hace más de 20 años; para él:

*“uno de los principales defectos de la mayoría de las teorías internacionalistas es que, en general son más analíticas que históricas y, por lo tanto, son más deterministas que contingentes. Los modelos interpretativos que ofrecen **pueden ser de utilidad para comprender una época histórica concreta, pero carecen de sentido para explicar otras**”* [Énfasis añadido] (Rosecrance, 1987, pág. 85).

Incluso, el argumento de Rosenberg suena todavía más contundente:

*“si queremos entender lo que es el sistema internacional hoy en día no podemos empezar con un modelo lógico de estados homogéneos: la variedad de sus formas políticas es sencillamente demasiado grande. En lugar de eso, tendríamos que empezar con un análisis histórico que reconstruyese el desarrollo internacional disparejo y combinado del capitalismo, el cual ha producido la variedad de estados que vemos en el mundo”* (Rosenberg, 2008)

En este último caso puede apreciarse con mayor claridad la especificidad de la delimitación histórica de las relaciones internacionales asociadas ya no sólo al proyecto de la modernidad o la construcción del estado nacional, sino más específicamente aún, a la expansión del capitalismo por el mundo. Y para rematar, la clara advertencia de Roces sobre el uso indiscriminado de

conceptos históricos correspondientes a una época determinada para el análisis de otra:

*“se mata –sostiene este autor- la verdadera esencia de la historia, al descuajar violentamente los hechos de las condiciones históricas objetivas en que se produjeron, para verlos a través del prisma de las ideas, los intereses o las instituciones propias de otro mundo histórico, de otro tipo fundamentalmente distinto de sociedad” (Roces, 1987, pág. 89)*

Evidentemente todos estos autores, como la mayoría de los presentistas contemporáneos valoran más el análisis de las diferencias que caracterizan al sistema internacional moderno, prefiriendo ignorar por completo las semejanzas que lo vinculan a la experiencia de sistemas internacionales históricos. Obviamente, el enfoque desde la especificidad del hecho histórico no es la única posibilidad para el ejercicio de reconstrucción del pasado. Dicho enfoque privilegia el señalamiento de las diferencias entre épocas, cosa que, en efecto, no debe perderse de vista pero al mismo tiempo pueden observarse las semejanzas que dan continuidad a la experiencia humana sin necesidad de caer en reduccionismos simplistas.

Sin negar la especificidad que caracteriza a cada momento histórico-concreto podemos enfatizar, en simultáneo, la regularidad que guía a los procesos históricos: la historia no es mera contingencia, aunque tampoco es continuidad determinista. Hay patrones de regularidad discernibles en ella, mismos que influyen en el devenir del momento concreto y evidentemente también hay contingencias que lo singularizan. Como ya he señalado, no me parece que estos enfoques tengan que ser considerados como mutuamente excluyentes.

Siguiendo el enfoque de la diferenciación, muchos estudiosos de la realidad internacional actual aún prefieren ver en el escenario internacional, no la conformación de un sistema, sino más bien un mosaico de momentos separables entre sí; no como una unidad orgánica, sino como una especie de entidad diseccionable, cuyas partes (los estados nacionales) tienen sentido por sí solas y con un límite temporal que raras veces excede la frontera de la edad moderna hacia mediados del siglo XV de la era cristiana. Esta visión, como he venido diciendo, le ha dado al estudio de las relaciones internacionales un carácter eminentemente coyuntural o presentista que más bien tiende a

ignorar, o en el mejor de los casos a subestimar, las aportaciones de la historia y, por lo tanto, a restringir la comprensión de la realidad internacional actual, en la medida en que pretende explicarla por sí misma y en sí misma, sin conexión directa con el resto de la experiencia humana de largo plazo en los escenarios históricos.

Entre las excepciones notables a la tendencia predominante del presentismo se encuentra, por supuesto, la concepción histórico materialista de las relaciones internacionales, la cual concibe al sistema internacional como una totalidad interconectada que se desarrolla como un continuo de relaciones sociales de conflicto, determinadas por la organización de los procesos productivos a través del tiempo.

Sin embargo, su énfasis excesivo en el factor económico como determinante de la realidad social y su perfil historicista, aunado al esquema propagandístico que se le dio durante el periodo de la guerra fría por parte de los ideólogos del bloque soviético, le ha hecho caer en un descrédito intelectual del que aún está por recuperarse.

Otro caso relevante en materia de recuperación de aportaciones significativas de la historia para las relaciones internacionales es el de la llamada escuela inglesa<sup>32</sup>, la cual, según Halliday cuenta entre sus méritos principales:

*“una fuerte oposición a las modas del presentismo; una insistencia decidida en la permanencia de la restricción y la necesidad en el ámbito de lo internacional, un énfasis en la recurrencia de conceptos y valores en el estudio de las relaciones internacionales y finalmente, aunque no por ello menos importante, **una sólida cimentación en la historia misma**”.* [Énfasis añadido] (Halliday, 1994, pág. 26)

El primer reto importante para el estudio de lo internacional en la historia es entonces redimensionar el significado de *lo internacional* en el lenguaje de la ciencia social contemporánea. Desde su aparición, a finales del siglo XVIII, el adjetivo *internacional* ha sido motivo de controversia. No en cuanto a la intensidad de su significado como en cuanto a su extensión. *Inter-nacional* en el léxico de la ciencia social contemporánea claramente se refiere a interacción

---

<sup>32</sup> Para una evaluación en detalle de sus aportaciones ver Dunne (1998)

entre grupos nacionales. No obstante, como atinadamente ha señalado Truyol Serra:

*“El criterio sociológico para definir las relaciones internacionales consiste en que se trata de relaciones entre grupos humanos diferenciados, territorialmente organizados y con poder de decisión, o mejor, grupos territoriales de decisión autónoma”* (Truyol Serra, 1974, pág. 19)

Desde este punto de vista, *lo internacional* sólo puede tener una dimensión histórica de largo alcance cuando ajustamos su significado para hacerlo más laxo; más allá de los estados nacionales para incluir formas previas de organización colectiva. Esta concepción amplía sustancialmente el horizonte de observación para los internacionalistas contemporáneos. Si bien es cierto que cada momento histórico tiene su porción de novedad o de singularidad, me parece que el negarse a reflexionar sobre la trayectoria temporal de cualquier fenómeno social, deja lagunas que difícilmente puede cubrir el análisis de coyuntura por sí solo.

Mi punto de vista sobre el particular es que, aun fenómenos tan aparentemente novedosos como la globalización tienen no sólo sus antecedentes históricos, sino incluso análogos comparables en el tiempo y en el espacio, los cuales deben ser tomados en cuenta para el logro de una comprensión cabal del acontecer mundial contemporáneo, manteniendo siempre, por supuesto, una actitud cuidadosa para evitar el reduccionismo simplista que ignora la especificidad del momento histórico-concreto.

## *2. Nuevas perspectivas en el análisis histórico de las relaciones internacionales.*

En el contexto del fin de la guerra fría y el tránsito hacia un nuevo orden internacional, muchos estudiosos de la realidad internacional han experimentado un vacío teórico-metodológico ocasionado por el deshielo polar. Viejas certidumbres parecen perder vigencia y nuevos retos demandan la actualización de los aparatos conceptuales analíticos de la realidad internacional. En particular, el enfoque fragmentario que contempla al escenario internacional como un mosaico de estados-nacionales actuando a

discreción entre sí ha perdido mucha de su coherencia explicativa al confrontar la fuerza del fenómeno globalizador con sus tendencias homogeneizantes.

En estas condiciones, la búsqueda teórica ha tratado de ampliar los horizontes, buscando construir nuevos esquemas explicativos:

*“Para algunos, esto ha significado un viraje hacia la Historia, en particular hacia esos enfoques de la Historia que buscan comprender los cambios sociales de gran escala. Por ejemplo Scholte (1993) ha hecho un llamado hacia un cambio de énfasis en las relaciones internacionales, del estudio de la política del poder hacia el estudio de los factores de cambio social. Linklater (1990) ha delineado un proyecto histórico y sociológico que deberá ir más allá del Realismo y del Marxismo’. Booth (1996) ha argumentado que el estudio de la Historia macro-global puede conducir a un mejor entendimiento del significado del presente y de las perspectivas para el futuro. Puchala (1995) ha dado la bienvenida al interés renovado hacia lo que él llama la historia de las relaciones internacionales y Little (1994) ha apuntado hacia ‘una importante convergencia de intereses en los últimos años, entre estudiantes de las relaciones internacionales y los del cambio histórico de largo alcance”. (Hobden, 1998, pág. 2)*

Buscamos entonces explorar el pasado para buscar representarnos los patrones de regularidad que influyen en los procesos de interacción entre grupos humanos políticamente independientes y que de manera progresiva conducen a la configuración de sistemas internacionales.

Evidentemente asumimos la existencia de varios de ellos al paso del tiempo así como de patrones de regularidad en su formación. El reto consiste en ver cómo han operado, qué fuerzas los moldean, qué semejanzas los unen y, por supuesto, **qué diferencias los separan**. En este sentido, la búsqueda del conocimiento histórico no es mera pérdida de tiempo ni curiosidad malsana, sino el medio más seguro para entender la naturaleza de la regularidad sociológica a lo largo del tiempo, claro está, como repetidamente hemos señalado, sin caer en el exceso de la generalización simplista que se niega a reflexionar sobre la naturaleza del cambio en los escenarios histórico-sociales o que pretende reducirla a leyes absolutas e invariables que rigen la realidad social de manera determinista.

Es justamente en el cruce de estas dos vertientes (la de la singularidad histórica con la de la regularidad sociológica) originalmente señalado por Aron, que el analista de las relaciones internacionales puede llegar a tener una visión

verdaderamente integral de su objeto de estudio, fincada en el análisis comparativo de las semejanzas y las diferencias que caracterizan a cada periodo de la historia. No se trata entonces de sacrificar una a expensas de la otra, sino de complementarlas para tener una visión cabal de la realidad. Singer avala esta posición cuando escribe:

*“Algunos podrán no estar de acuerdo, pero yo me suscribo a la propuesta según la cual, un campo de estudio sufre cuando hay poca conciencia de su pasado histórico. En algún punto entre la reverencia a Tucídides y Maquiavelo, por una parte y la referencia exclusiva a los temas candentes del momento que van surgiendo mientras estudiamos en la Universidad, por la otra, tendría que haber una atención prudente hacia algunos antecedentes históricos relevantes.”* (Singer, 2000, pág. 3)

Con objeto de complementar el enfoque predominantemente coyuntural que tienen los estudios internacionales a la fecha, considero que tiene sentido el rescate de la dimensión histórica de la realidad internacional, proyectando la idea de sistema internacional hacia el pasado, tan lejos como lo permita la detección de colectividades humanas políticamente autónomas y culturalmente diferenciadas, con el propósito de abrir nuevos horizontes de investigación para internacionalistas y replantear el estudio de una historia auténticamente universal en los planes de estudio para la carrera de relaciones internacionales, lo mismo que para replantear el análisis de *lo internacional* en el estudio de la historia.

Desde este punto de vista, se tendría que demostrar que tiene sentido estudiar, no la historia universal tradicional de corte eurocéntrico, como el registro documentado para la caracterización de pueblos o civilizaciones particulares, consideradas desde el punto de vista de su singularidad, sino concretamente la historia de los sistemas internacionales como entidades diferenciadas, es decir, como totalidades que siempre significan algo más que la mera suma mecánica de sus partes, lo que a su vez implica, en primer término una reflexión de tipo epistemológico para demostrar que tal cosa, es decir, los sistemas internacionales, efectivamente existen y que tiene una trayectoria evolutiva susceptible de ser estudiada.

El esfuerzo no es enteramente nuevo; existen de hecho muy importantes antecedentes que ya intuyen el carácter sistémico de la historia universal y que

se manifiesta en el proceso que va de la génesis al ocaso de las grandes civilizaciones; dentro de la tradición Occidental, la monumental obra del historiador británico Arnold Toynbee apunta claramente en esta dirección.

*“Para Toynbee, la noción de que podía escribirse una historia significativa de Checoslovaquia o Yugoslavia (nuevos estados nacionales -carentes de historia propia) fuera del marco de un contexto mayor era ridícula, ya que dicho texto resultaría simplemente ininteligible. Más bien se requeriría de una visión ‘holística’; una que pudiera ver las ‘historias nacionales’ en términos de su totalidad social o ‘civilizatoria’ (...) Lo que Toynbee quería demostrar era que todas las civilizaciones pasadas habían seguido un curso evolutivo parecido. A partir de un inicio medianamente pacífico, las civilizaciones pasaban a un estadio de organización socio-política atomizado el cual, debido a la guerra o a su creatividad evanescente, eran reemplazados por un estado universal o imperio. Minados por la presencia de los bárbaros desde el exterior y por nuevas religiones desde el interior, los ‘estados universales’ sólo sirven como periodos de desequilibrio sin creatividad que señalan el ocaso de una civilización”.* (Hall, 2003, pág. 394)

Por otra parte, cuando Quince Wright, pionero de la disciplina de las relaciones internacionales reflexiona sobre el papel de Estados Unidos en el escenario internacional de la segunda posguerra mundial emplea justamente como referentes los conceptos de Pax Romana y Pax Británica. Tenemos adicionalmente el testimonio de White, quien nos refiere que:

*“en 1948, Crane Brinton, de la universidad de Harvard hizo un intento por comprender el proceso de integración política mundial en un sencillo texto titulado, ‘De Muchos, Uno’ (From many, One). Él creía que este campo de estudio todavía estaba inadecuadamente desarrollado, e incluso, aunque introducía su propio intento como ‘elemental y quizá hasta un tanto ingenuo’, rastrea las relaciones ‘internacionales’ desde los linderos de los valles del Nilo y el Éufrates, pasando por los imperios romano y británico, sin considerar las experiencias de China y la India, o las de otras tierras, simplemente por ‘falta de competencia’ para su análisis.”* (White, 1996, pág. 119)

Poco después de Brinton, Cottrell escribía en la misma dirección:

*“Nos aproximamos a una de las épocas más absorbentes, complejas y asombrosas— de la historia humana. Hasta hoy ha sido posible estudiar el desarrollo de -las civilizaciones de Egipto, Mesopotamia y Creta por separado y de manera independiente. No obstante, ahora caemos en cuenta que, durante la primera mitad del segundo milenio (entre el 2000 y el 1500 a. c.) estas civilizaciones empiezan a encontrarse unas con otras en los bordes. Al principio, estos contactos son como las delicadas e inquisitivas antenas de insectos mutuamente desconfiados; después se traban en combate y, en algunos casos sigue una lucha que, en ocasiones culmina con la aniquilación del*

*adversario. Más aún, aparecen en el mismo horizonte otras culturas: los Micénicos de Grecia, los Hititas del Asia Menor, los Mitanni de la 'gran curvatura' el Éufrates y los Fenicios (o cananeos) que ya tenían tiempo establecidos en las costas montañosas del Mediterráneo oriental, **Y de repente, deja de ser práctico, en una obra de este tipo, considerar a cada una de ellas de manera independiente.*** [Énfasis añadido] (1956, pág. 103)

En fecha más reciente, el trabajo de Kennedy recoge dignamente la tradición del legado sugerido por Toynbee.<sup>33</sup> De ninguna manera podría soslayarse en este mismo sentido la importante aportación de Wallerstein y sus valiosas contribuciones en la configuración de la idea del sistema-mundo. Para este autor, efectivamente el desarrollo de un sistema-mundo es concomitante al desarrollo del capitalismo y ambos pueden estudiarse como fenómenos paralelos y ampliamente interconectados, por lo menos desde finales del siglo XV de nuestra era. Apunta en la misma dirección la interesante obra de Braudel.<sup>34</sup>

Debe subrayarse el hecho de que el desarrollo de una visión de esta naturaleza, la cual sólo puede hacerse desde una perspectiva internacional, no pretende sustituir el esfuerzo realizado hasta la fecha en el área de la construcción histórica de los actores unitarios de las relaciones internacionales, principalmente en lo que conocemos como su historia local, pues es precisamente a partir de esa historia nacional que cada uno de estos actores adquiere y consolida la identidad propia que le permite su desempeño en el escenario internacional.

Es claro que, aunque desde un principio los actores internacionales estén metidos en una dinámica internacional, misma que los influye y condiciona en su desempeño social, primero tienen que cobrar conciencia de su condición individual antes de intuir que también forman parte de un todo más complejo como es el sistema internacional.

Las vivencias, las lealtades, el estilo de vida, son algo que se define siempre de dentro hacia fuera en las colectividades humanas; los "otros" son, antes que otra cosa, la competencia natural, el enemigo potencial, por lo que la idea de

---

<sup>33</sup> Cfr. Kennedy (1989)

<sup>34</sup> Cfr. Wallerstein (2003); Braudel (1994)

formar un todo articulado con ellos siempre resulta un tanto extraña y difícil de asimilar.<sup>35</sup>

Desde este punto de vista, en términos de relaciones sociales, el mundo tiene sentido desde la perspectiva de la entidad estructural a la que pertenece el individuo que lo observa, por eso la cultura grupal es tan importante para definir la identidad de los actores internacionales. Es precisamente en función de ella que vocablos como 'Mesopotamia', 'Egipto', 'Grecia', 'India', etc. adquieren significado. Me parece que a eso se refiere Heller cuando habla del caso de Roma y señala:

*“Si se reconstruye la vida de la entidad social llamada ‘antigua Roma’, es necesario recordar aquellos acontecimientos y estructuras que pertenecen a ‘Roma’, para así poder establecer un esquema de desarrollo de ‘Roma’. En tal caso, el mismo proceso social (Roma) se concibe como continuidad y la sucesión el desarrollo de los acontecimientos y estructuras, como estadios discontinuos de semejante continuidad. Estos últimos están sujetos también a valoraciones en cuanto periodos de progreso, edad de oro, decadencia, etc., y en cuanto sucesiones de estadios interpretados como una cadena de cambios que siguen una tendencia interna de desarrollo”.*  
(Heller, 2002, pág. 187)

Como puede apreciarse, el proceso de construcción de una identidad grupal es necesario para garantizar un buen desempeño del actor internacional en el plano de su interacción con los “otros”. Pero precisamente porque se trata de un proceso de diferenciación, al mismo tiempo implica un distanciamiento de esos “otros” y, muchas veces en la consolidación de la identidad propia se diluye con frecuencia la conciencia del carácter unitario de la humanidad en su conjunto. Eso hace extremadamente difícil para un observador común concebir siquiera la posibilidad de una historia común, auténticamente universal como característica de un sistema internacional.

Como ya he señalado, esta propuesta de reconstrucción de esa historia universal del sistema internacional debe constituir un complemento al trabajo ya realizado desde la perspectiva endógena, para así facilitar la observación del conjunto, no en la búsqueda superflua de la erudición banal que nos trae a la mano el dato concreto de la fecha o el nombre que son relevantes en un

---

<sup>35</sup> Cfr. Todorov (2000)

cierto contexto, sino en la de la comprensión de esa dimensión *sui generis* de la realidad social que cobra forma cuando interaccionan los actores internacionales.

Es precisamente a partir de esta búsqueda que puede replantearse la relación entre las relaciones internacionales y la historia como disciplinas sociales complementarias entre sí en el esfuerzo común por hacer inteligible la realidad internacional contemporánea.

### 3. *Sistemas internacionales en la historia.*

En la perspectiva eurocéntrica tradicional, estamos acostumbrados a pensar en un desarrollo unilineal, acumulativo y progresista de la historia individual de los actores internacionales, incluso con algunos sesgos determinados por la supremacía occidental de la edad moderna, tal como la idea del movimiento del progreso de la civilización universal con dirección hacia el Oeste, la cual ha llegado a ser planteada como una ley científica de la evolución histórica. (White, 1996, pág. 113)

Es bajo una perspectiva occidentalizadora y fragmentaria de esa naturaleza que actualmente pensamos en un esquema de subdivisión de la Historia en edades: antigua, media, moderna y contemporánea, a las cuales incluso asignamos modos de producción característicos: esclavismo, feudalismo, capitalismo, sin que, obviamente, el esquema pueda cubrir a la totalidad de los diversos grupos humanos que han poblado el planeta al paso del tiempo. Este enfoque, por lo tanto, resulta hoy día claramente insuficiente para sustentar una visión histórica de mayor alcance, por su carácter parcial y prejuiciado que difícilmente puede imaginar siquiera la noción de un sistema internacional histórico.

Ciertamente pueden existir diversos modos de escribir la historia, como ha demostrado Burke; dependiendo qué tomamos como objeto de estudio en el pasado, es posible articular una narrativa que privilegie ciertos aspectos en detrimento de otros (Burke, 2003). Así, se puede escribir una historia, por

ejemplo, centrada en la figura de los grandes héroes, como sugirió Carlyle, o una historia del vestido o de la vida cotidiana. Ninguno de estos enfoques nulifica a los otros, más bien los complementa. En nuestra propuesta es importante la visión integral del proceso de génesis y articulación de una totalidad, desde una perspectiva macro histórica.

Una reconstrucción de la historia verdaderamente universal e integral requiere, en consecuencia, un ángulo de observación distinto del que ofrecen los actores unitarios del escenario internacional y la noción de sistema ofrece para ello grandes ventajas, puesto que, a partir de ella, se puede pensar en términos de la totalidad que representa el conjunto de los grupos humanos y su experiencia.

Esto, desde luego, no resulta inmediatamente evidente a los ojos de cualquier observador; al contrario: la aparente diversidad del género humano así como las distintas y distantes zonas geográficas que éstos habitan dificultan pensar en la unidad subyacente a nuestra especie y su destino común y orientan más bien a seguir el método tradicional de la ciencia clásica de fragmentar y subdividir para conocer.

Bajo un enfoque sistémico<sup>36</sup>, en contraste, necesitamos pensar en los grupos humanos individuales siempre en función de su relación con “los otros”; ésta es, de entrada, una perspectiva internacional, integral, *holística* en el sentido más amplio del término. Considerados desde una perspectiva sistémica, estos grupos humanos, estas colectividades forman una entidad que representa algo más que la mera suma mecánica de las partes, es decir, mediante su interacción con otros, los grupos humanos individuales crean una nueva y más compleja dimensión de la realidad social, la cual se convierte en un espacio cualitativamente distinto al de que cada uno de ellos y, aún cuando en este otro espacio de la realidad social se reproduzcan los fenómenos sociales primarios, por el hecho de estar en una nueva dimensión de la realidad social, adquieren sus matices diferenciados.

Claramente lo sugiere Ortega y Gasset cuando escribe:

---

<sup>36</sup> Para un análisis a fondo del concepto de sistema en el ámbito de la ciencia ver: Bertalanffy (1972); Skyttner (2002); De la Reza (2001).

***“Esa ‘colectividad política internacional’ no es fantasmagoría. Ninguna nación europea se ha desarrollado, ni ha conseguido llegar a su forma plenaria, si no es gracias a un fondo ultra o supranacional, que era precisamente la realidad total europea”.*** [Énfasis añadido] (Ortega y Gasset, 1985, pág. 98)

No todos los analistas contemporáneos coincidirían inmediatamente con Ortega y Gasset, por supuesto. Entre los más acendrados críticos del enfoque sistémico, Mann ha captado con agudeza la línea crítica de argumentación más sólida contra esta visión al señalar que:

*“no existe un solo y único sistema mundial, no hay un proceso único de globalización, ni un solo y único sistema interestatal dominado por una lógica realista universal. La historia no es historia de la lucha de clases o de los modos de producción, o de la epísteme o las formaciones discursivas, los códigos culturales o estructuras de pensamiento subyacentes que gobiernan los lenguajes, los valores, la ciencia o las prácticas de una época marcadas por un proceso singular de poder que envuelve a todas las actividades humanas. Estas teorías sistémicas han tenido éxito para capturar a los teóricos, no a la realidad social”* (Mann en Lawson, 2008, pág. 18)

No hay duda que Mann tiene razón. Para la teoría general de sistemas contemporánea, los sistemas no son sólo estructuras auto-reguladas y homogéneas que se adaptan a su entorno como ingenuamente se describió con frecuencia al sistema internacional, sobre todo en el contexto de la guerra fría. Hoy en día se tiene una visión mucho más elaborada de lo que es un sistema gracias al desarrollo de los enfoques sistémicos de complejidad y caos. Hoy día se sabe que todos los sistemas son inherentemente contradictorios, heterogéneos, discontinuos y están en lucha constante por mantener su precario equilibrio.

La teoría general de sistemas no confunde sus modelos con la realidad; asume plenamente la conveniencia de representar al universo como un gigantesco sistema auto-contenido y las ventajas que ello representa para los procesos de toma de decisión en el mundo sin pensar que el modelo es copia fiel de la realidad (siempre más compleja). No obstante, al representarnos a la realidad social como sistema, podemos comprender mejor la importancia de la interconectividad que relaciona a todo lo real entre sí, podemos entender con mayor claridad el funcionamiento sistémico de la realidad social que reproduce de manera fractal tendencias de la realidad universal y al mismo tiempo,

podemos abordar cada nuevo espacio o nivel de la realidad desde la perspectiva de su singularidad sistémica sin abandonar la contemplación de su evolución histórica de conjunto.

Es importante entender pues que en el nuevo espacio social que se configura a partir de la interacción entre colectividades políticamente autónomas y actores internacionales en general, se proyectan los hechos sociales básicos que se viven al interior de los grupos individuales y, por lo tanto, también ahí (en la dimensión internacional de la realidad social) se viven problemas de organización del poder, distribución de la riqueza y desarrollo de la cultura, sólo que en ausencia de un poder hegemónico formal que determine el orden del sistema, es decir, por no haber quien dicte de manera institucional los principios guía bajo los cuales opera el sistema, cada actor individual tiene que asumir la responsabilidad de su propio desempeño y de su supervivencia, por lo menos hasta que uno de los miembros del sistema impone a través de su presencia hegemónica el orden que ha de regular el comportamiento sistémico del conjunto.

Es en este sentido, el concepto de sistema internacional me parece más conveniente que el de sociedad internacional, que fue empleado por algunos de los más destacados pioneros de nuestra disciplina, toda vez que no necesariamente lleva implícita la idea de 'vida social institucionalizada' que el concepto de 'sociedad' presupone. El sistema, en cambio, es siempre una función del modo específico de interacción entre las partes y su entorno, el cual oscila entre los extremos del conflicto absoluto a la cooperación casi total, ya sea vía imposición o conveniencia.

De conformidad con las características propias de todo sistema vivo, estas entidades grupales, que ya podemos llamar, sistemas internacionales, tienden a crecer y homogeneizarse, pero al mismo tiempo, y puesto que todo sistema es contradictorio en sí mismo, debido a que contiene en su interior fuerzas opuestas entre sí, el sistema vive, en simultáneo, procesos de fragmentación y achicamiento. Esto significa que el sistema se encuentra en un constante devenir o proceso de cambio, es decir, que continuamente está transitando de una fase a otra y que su situación en un momento dado se explica en función

de cuáles de las fuerzas contradictorias que se combinan en él tienen el predominio en cada una de esas fases.<sup>37</sup>

A través de diversos mecanismos, algunos de estos sistemas se fusionan con otros y, dependiendo de los elementos predominantes en la fusión, pueden alcanzar una proyección histórica de largo plazo al transformarse en sistemas mayores; otros, en cambio, pierden su identidad propia en favor de aquellos que poseen los elementos dominantes más sólidos y algunos más incluso se diluyen y desaparecen por completo del plano de la historia.

El planteamiento anterior sugiere que, en efecto, el análisis integral de las relaciones internacionales puede proyectar una sombra histórica larga, como admite, por ejemplo Schwarzenberger, para quien:

*“la sociedad internacional es un producto de una evolución histórica que se ha prolongado durante muchos siglos. **Han existido sociedades internacionales anteriormente, sobre cuyas ruinas se ha desarrollado la moderna sociedad internacional**”* [Énfasis añadido] (Schwarzenberger, 1960, pág. 5)

Independientemente de que podamos discrepar con el autor sobre el uso del concepto de sistema para sustituir lo que él llama sociedad internacional, es claro que tenemos amplio acuerdo sobre el alcance del enfoque histórico para el estudio de las relaciones internacionales.

No obstante, debo enfatizar que la utilidad real de este enfoque sistémico con perfil histórico para el estudio ampliado de las relaciones internacionales no radica, como ya he dicho, en el manejo ágil y expedito del dato histórico concreto. El problema no está en saber quién fue el tercer faraón de la cuarta dinastía durante el Imperio Antiguo o cuándo reinó el Sultán Mehmet I en el imperio turco otomano; “conocer” la historia en ese sentido puede representar, sin lugar a dudas, un buen ejercicio para la memoria, pero no nos garantiza, en forma alguna, un mejor entendimiento de la dinámica sistémica internacional.<sup>38</sup>

El verdadero reto que representa el estudio histórico de las relaciones internacionales es el de la articulación de la idea de un sistema internacional (o

---

<sup>37</sup> A este respecto vale la pena consultar el interesante trabajo de Clark I. (1997)

<sup>38</sup> Tampoco se pretende minimizar la importancia de este tipo de enfoque en la reconstrucción de la historia de las relaciones internacionales que tan interesantes frutos ha dado. Para una evaluación de sus aportaciones se puede consultar, Renovin (1969) o Zorgbibe (1997).

de varios) como una totalidad integral, separada del enfoque lineal, progresivo, continuo, acumulativo y eurocéntrico que tradicionalmente ha fijado la atención en los procesos de construcción de las identidades de los actores individuales de los escenarios internacionales, como si ellos existieran y evolucionaran de manera autónoma y prácticamente aislada, sin tomar suficientemente en cuenta la interacción con otros actores del escenario internacional y la nueva dimensión o espacio social que dicha interacción crea, como factor condicionante de esa identidad individual que cada uno de ellos desarrolla.

Desde esta perspectiva, el historiador de las relaciones internacionales tendrá que trabajar desde la perspectiva de la internacionalidad –en el sentido más amplio- como esa condición que nace de la interacción entre grupos humanos políticamente autónomos y se convierte en condicionante de su devenir, orientándolos a la conformación de sistemas internacionales históricos que tienden a transitar desde sus fases de anarquía original hacia fases de homogeneización integral, sin que ello implique que todos vayan a transitar inexorablemente por el mismo camino.

En consecuencia, es conveniente abrir el panorama para el desarrollo de una visión sistémica, no lineal, ni progresiva, discontinua, no acumulativa y auténticamente universal de los actores internacionales, capaz de contemplar el proceso de génesis, desarrollo y ocaso de los diversos subsistemas internacionales que han existido al paso del tiempo y a lo largo del planeta.

Una visión de este tipo, nos permitiría abordar el estudio de diversas civilizaciones desde la perspectiva de su integración respectiva como sistema internacional y la reconsideración de los actores individuales como actores intrínsecamente internacionales. De este modo, podríamos empezar por reconocer que ningún actor histórico individual se ha desarrollado “en el vacío”; todos cuantos han existido son, o han sido, por su propia naturaleza, actores internacionales en el sentido más amplio del término.

Además, nos veremos obligados a identificar diversas clases de sistemas internacionales, según el criterio de clasificación que hubiésemos elegido. Por ejemplo, desde la perspectiva del grado de centralización del poder en el

sistema, podríamos considerar tres tipos básicos: el sistema internacional laxo, en el cual los actores mantienen vínculos esporádicos y una independencia prácticamente total, lo que daría al sistema un espacio de interacción predominantemente anárquico; el sistema de tipo confederado, en el que, aún en ausencia de un poder central establecido, los actores mantienen vínculos más constantes y regulares así como compromisos con ciertos visos de formalidad y el sistema de tipo imperial en el que alguna o varias potencias hegemónicas dan al sistema un carácter más homogéneo y centralizado. Los pueblos chinos del periodo de los reinos combatientes durante el siglo II antes de Cristo ilustrarían el primer caso; las polis griegas del periodo clásico el segundo y la Roma imperial el tercero.

De conformidad con este esquema, el investigador puede recorrer el amplio panorama del pasado para tratar de reconstruir la experiencia histórica desde esta perspectiva sistémica internacional, reconstruyendo sistemas internacionales en la historia según sus características específicas.

Bajo este enfoque, creo yo, se abre un amplio panorama para la reconsideración de la historia del mundo desde una perspectiva que asume el carácter intrínsecamente internacional de todos y cada uno de los actores histórico-sociales grupales que han poblado nuestro planeta. Ese trabajo, que cuenta ya con algunos notables antecedentes, está aún por completarse. El resto de esta obra pretende ser una modesta contribución en ese sentido.

## Capítulo II.

### Problemas metodológicos para la reconstrucción de sistemas internacionales históricos.

*El pordiosero, etnólogo en potencia, se inventa mundos a los que nunca entrará. Lo que resucita no es más que un sueño. En un inicio, el historiador hace lo mismo con los restos que recaba en los archivos o en los documentos: reconstruye un mundo que nunca conocerá. Sigue siendo el mismo. No encuentra al otro (un pasado) más que a través de su imaginación.*

Michel de Certeau  
(2003, págs. 101-102)

*Mucho de lo que se escribe sobre problemas internacionales contemporáneos por académicos no historiadores o por periodistas está condicionado por una visión borrosa del pasado y por una tendencia a hacer de lado toda práctica pasada, cuya importancia y variedad esos escritores comprenden de manera muy inadecuada.*

Adam Watson  
(1992, págs. 5-6)

#### *Introducción.*

El análisis histórico de las relaciones internacionales plantea varios retos importantes de carácter metodológico, mismos que requieren de puntual atención y definición antes de dar inicio a cualquier proyecto de reconstrucción histórica en esta área de la realidad social. No obstante, por razones de tiempo y espacio, quisiera destacar básicamente tres aspectos que me parecen de la mayor relevancia metodológica para la tarea de reconstrucción histórica en relaciones internacionales; el primero vinculado con la historicidad misma de las relaciones internacionales, otro con la posibilidad de representarnos el pasado de las relaciones internacionales desde una perspectiva sistémica, y un tercero relacionado con la tarea del explorar el pasado en busca de huellas de lo *internacional*, es decir, la tarea de reconstrucción histórica de lo internacional propiamente dicha. Parto, por supuesto, de una concepción paradigmática del método en ciencias sociales, con la idea de que “*los términos del problema cambian según la perspectiva desde la que se plantea (y que) el método a su*

vez depende del modo como esté formulado el problema” (Verneaux, 1967, pág. 7).

Entiendo por historicidad de las relaciones internacionales no sólo la posibilidad de construcción de una narrativa propia para la realidad internacional, sino más específicamente, la extensión o el alcance temporal que tendrían las relaciones internacionales como práctica social; la pregunta concreta a responder en este sentido sería, muy puntualmente ¿desde cuándo existen las relaciones internacionales?

Una vez establecida esa frontera temporal que define la existencia de *lo internacional*, la cuestión es determinar si la realidad internacional en general puede ser representada como un sistema. Aquí la pregunta relevante sería: ¿Cómo se ve el pasado de las relaciones internacionales desde una perspectiva sistémica en comparación con otros enfoques o maneras de entenderlo y qué implicaciones tiene tal modo de representación para el estudio de las relaciones internacionales y la concepción de su pasado?

Por último, la tarea de explorar el pasado en busca de huellas para poder llevar a cabo una tarea de reconstrucción es un reto que, de alguna manera los historiadores vienen confrontando con cierta intensidad desde hace ya varias décadas y que implica el trabajo de reconocer el pasado en su condición de objeto de estudio. Desde una perspectiva internacional esto puede hacerse a partir de diversos ángulos, según se entienda justamente el alcance del concepto de relaciones internacionales, bien sea sólo como relaciones diplomáticas o política exterior o bien como un proceso más complejo de configuración de un sistema internacional. En este caso, los internacionalistas debemos preguntarnos ¿qué aspecto del pasado de las relaciones internacionales es el que queremos destacar y qué podemos aprender de los historiadores en materia de reconstrucción del pasado? Éstos son algunos de los problemas que estaremos analizando en el presente capítulo.

## 1. *La historicidad de las relaciones internacionales.*

Hace ya varios años, siendo aún un joven estudiante de preparatoria, presenté un examen sobre historia de los Estados Unidos, en el cual había una pregunta sobre las primeras exploraciones auspiciadas por la corona inglesa a Norteamérica. El reactivo decía: “El primer explorador inglés en Norteamérica fue John Cabot” y los estudiantes teníamos que marcar en el espacio correspondiente *Falso* o *Verdadero* según consideráramos pertinente.

Mi primera intención fue, por supuesto, marcar el espacio correspondiente a *Verdadero*, porque de hecho así recordaba haberlo leído en mi libro de texto; sin embargo, súbitamente me entró la duda, porque también recordé haber escuchado al maestro decir que John Cabot era de hecho un capitán originalmente nacido en Génova bajo el nombre de Giovanni Cabotto, lo cual, desde mi punto de vista, lo convertía en italiano y no en inglés.<sup>39</sup>

Pensando que de hecho se trataba de una sutileza del ingenio de nuestro profesor, marqué la respuesta como *Falsa* y fui el único que la tuvo mal en el grupo. Cuando traté de hacer la aclaración correspondiente, el maestro me explicó que, a finales del siglo XV, la idea de nacionalidad no tenía aún la connotación que habría de adquirir durante el siglo XIX y que el hecho de haber nacido en Génova no hacía *italiano* a Cabotto, porque en esa época no existía *Italia* como un estado nacional que pudiera otorgar la nacionalidad italiana a nuestro personaje, y aunque pudiese existir la idea de Italia como una unidad cultural, en términos políticos Cabot se había radicado en Bristol y se había convertido en súbdito de Enrique VII, rey de Inglaterra, y en su nombre y representación había reclamado posesión de las tierras que encontró en América del Norte hacia fines del siglo XV, por lo que la historiografía británica actualmente piensa en él más como *inglés* que como *italiano*.

En todo caso, añadió el maestro, decir que Cabot era italiano, sólo podría considerarse válido en retrospectiva, como convención para facilitar la explicación a los estudiantes del siglo XX, con una referencia que les resultase fácil de entender. Para reforzar el punto, el maestro me explicó que, por

---

<sup>39</sup> Puede consultarse una biografía breve pero interesante en (Eliot Morison, 1971)

ejemplo, a la fecha aún se debate si Copérnico era en realidad polaco o alemán ya que aún habiendo nacido en Torún, hoy Polonia, en aquella época esa ciudad era parte del reino de Prusia y además, Copérnico era hijo de padres alemanes (su nombre verdadero era Miklas Koppernigk).

Aunque la explicación que recibí entonces no me dejó del todo satisfecho, sobre todo por lo que representaba en términos de mi calificación, de alguna manera sembró en mí la sospecha de que la historia podía ser finalmente ajustada a conveniencia para responder a cualquier tipo de situación, cuestiones de interés particular (prestigio nacional, por ejemplo) de quien la escribe o la lee con posterioridad, lo cual, de ser cierto, tendría implicaciones mucho más profundas que la consabida retórica que de tiempo atrás señala, a manera de conseja popular: “la historia la escriben los vencedores”.

No obstante, la fuerte influencia del *objetivismo* predominante en la Facultad de Ciencias Políticas durante la pasada década de los setentas, sobre todo entre cualquier esfuerzo intelectual de aspiraciones *científicas* (aún en el ámbito de las ciencias sociales) me orillaba a pensar que tal actitud *ideologizante* y *relativista* no sólo no podía ser digna de un esfuerzo serio de reconstrucción histórica, sino que además debería ser firmemente combatido y denunciado. Justamente para eso había historiadores profesionales encargados de revelar *lo que realmente había ocurrido*. Fue bajo esta orientación metodológica que estudié mis primeros textos de historia y pensé en el pasado como objeto de estudio fijo e inamovible.

## 2. Una concepción relativista de la historia como objeto de estudio.

Al inicio de su reflexión sobre la situación internacional, al inicio de la era moderna, Ada Bozeman escribe:

*“El significado de la historia está determinado por el tiempo y el lugar en el que los hombres piensan acerca del pasado. Lo que alguna vez fue real y de actualidad frecuentemente pierde su relevancia para generaciones posteriores y lo que es sólo escasamente discernible en el presente puede asumir un contorno más claro en el futuro. Los hechos y las fechas que fueron importantes durante el siglo octavo de nuestra era, por ejemplo pueden significar muy poco en el siglo XV o*

en el XX y los recuerdos que influyen en el pensamiento de los árabes pueden no sugerir nada relevante para los chinos o los franceses. Luego entonces, **cada nación guarda imágenes diferentes del pasado y cada generación una perspectiva distinta sobre el paso del tiempo.** Cualquier esfuerzo individual por organizar los variados registros de la historia internacional, tal como se han acumulado en un momento dado resulta por lo tanto una empresa en alguna medida arbitraria” [Énfasis añadido] (Bozeman, 1960, pág. 389)

Por otra parte, en un breve pero sustancial ensayo intitulado *Historia y Estructura*, Michel de Certeau presenta una interesante reflexión sobre la tarea del historiador como explorador del pasado, basándose en su propia experiencia de reconstrucción de la historia religiosa del siglo XVII.

De entrada el autor sugiere una franca oposición a la idea, muy en boga durante el siglo XIX, de una historia *objetiva* capaz de reconstruir el pasado *tal cual fue*. Él está plenamente consciente de la influencia que nuestra propia condición de observadores imprime a nuestra tarea y así lo establece cuando escribe:

“el destino del trabajo está necesariamente ligado a los sitios de donde se parte, a lo que uno es. Lo que determina este punto de partida es, digámoslo francamente, una búsqueda de identidad.” (de Certau, 2003, pág. 101)

Ambas citas me parecen especialmente relevantes, tomando en cuenta mi propio esfuerzo de reconstrucción de *sistemas históricos internacionales*. También para mí es especialmente válido y relevante preguntar qué voy a encontrar en el camino de la reconstrucción histórica. ¿Han existido realmente tales construcciones (los sistemas internacionales) o se trata sólo de una proyección que yo, internacionalista de principios del siglo XXI hago hacia el pasado para hacérmelo comprensible desde mi propia óptica?

No sólo me aqueja la misma duda que a Bozeman y a de Certeau, respecto a qué buscar entre los desechos de la historia; entre tantos escombros, vestigios o manuscritos *irracionales* (de Certau, 2003); más aún, me parece un reto incluso mayor poder justificar la búsqueda y la reconstrucción de un *sistema internacional* en el pasado, donde de entrada se me puede objetar, no existían las naciones, lo cual, por fuerza nos obliga a considerar una versión

relativizada del concepto mismo de *relaciones internacionales* como objeto de estudio tal como la que hemos sugerido ya en el capítulo anterior.

De hecho, no es que se carezca del todo de elementos para sugerir esa versión relativizada de la historia de las relaciones internacionales que asume la interacción entre conglomerados humanos como un fenómeno que puede remontarse muy atrás en el tiempo sin estar restringido exclusivamente a la interrelación entre **naciones**; sólo a manera de ejemplo se puede recordar el caso del historiador Polibio<sup>40</sup>, quien en su reflexión sobre las conquistas romanas del siglo III a. C. escribe:

*“En épocas anteriores a éstas, sucedía que los acontecimientos del mundo estaban como dispersos, porque eran diferentes, tanto por las iniciativas como por los resultados, así como por los lugares. Pero, a partir de esta época, la historia se convierte en algo orgánico y los hechos de Italia y de África se entrelazan con los de Asia y los de Grecia y todos ellos acaban por hacer referencia a un único fin”*  
[Énfasis añadido] (Polibio, 1986, pág. 32)

No obstante, la pregunta sigue siendo si, a partir de una afirmación de esta naturaleza realmente se puede reconstruir la historia del imperio romano vista como el proceso de conformación de un *sistema internacional* o de alguna manera constituye un abuso en la proyección del presente hacia el pasado. No hay duda de que cualquier intento de respuesta depende en gran medida de la concepción de *sistema internacional* de la cual partimos<sup>41</sup>. En ese sentido entiendo al sistema internacional, de manera general, como el ensamble de *grupos humanos políticamente autónomos* y culturalmente diferenciados, aunque en ocasiones sólo a nivel de matices, que al entablar contacto entre sí generan un espacio nuevo de la realidad social al que podemos designar con el nombre de *realidad internacional*.

La idea de los grupos políticamente autónomos, es decir, soberanos resulta importante entonces porque no nos limita exclusivamente al caso de las *naciones* que es un caso históricamente muy reciente, sino que abre la

---

<sup>40</sup> Polibio (circa 190-120 A.C.) fue un historiador griego, nacido en Megalópolis y miembro activo de la clase dirigente. Cuando la liga Aquea fue derrotada, Polibio fue llevado a Roma donde se dedicó a escribir sobre la conquista del mundo por parte de Roma y la influencia que ésta tuvo para la configuración del mundo que a él le tocó vivir. Es el primero en intentar escribir una historia auténticamente universal. (La historia según Heródoto, Tucídides, Polibio y San Agustín, 2008)

<sup>41</sup> Mi primera aproximación a esta noción está en Sarquís (2005), especialmente Cap. 3

posibilidad de contemplar otras formas de organización social, desde las tribus hasta los pueblos desde la perspectiva de su interacción entre sí, es decir, desde la perspectiva de la conformación de la identidad propia a partir del contacto con *los otros*, no con el afán de hacer una simplificación reduccionista que nos lleve a pensar que todos los sistemas históricos son lo mismo o bien, que operan de igual manera, sino con la idea de reconocer las semejanzas entre ellos para luego bordar sobre sus diferencias específicas y de este modo poder señalar patrones de regularidad significativos del comportamiento sistémico internacional, ya que sólo así se podrán sentar las bases de una historia auténticamente universal que consagre hechos significativos para la humanidad en su conjunto y no sólo para grupos regionales específicos, como si cada uno habitara un planeta distinto y no hubiese ningún punto de conexión entre ellos.

Hoy día sabemos entonces que un sistema internacional puede ser regional o planetario, con fronteras temporales que no siempre resultan evidentes por sí mismas y que no necesariamente está conformado por “naciones” en el sentido más estricto del término; también sabemos que han existido varios de ellos a lo largo de la experiencia humana en el planeta<sup>42</sup>. Quizá parte del problema para su estudio consiste precisamente en el hecho de que, al considerar al sistema internacional contemporáneo, por vez primera de alcance planetario, tendemos a pensar en su historia como un proceso lineal, único, progresivo, e incluso determinista, lo cual lleva a dejar muchas experiencias históricas al margen de la consideración del historiador, sobre todo cuando trabaja con un enfoque preferentemente euro-céntrico. Aún a pesar de su carácter marcadamente occidental, es claro que el sistema actual se nutre con aportaciones procedentes de todos los rincones del planeta.

Es claro pues que el estudio de la historia no ha estado del todo ausente del desarrollo contemporáneo de la disciplina de las relaciones internacionales. Particularmente desde la perspectiva de la historia diplomática existe una voluminosa cantidad de obras (algunas de ellas, verdaderos clásicos) que ilustran el fenómeno del trato con *los otros*, distintivo de la fenomenología

---

<sup>42</sup> En este sentido merece mención especial el destacado trabajo de Watson (1992) *The evolution of international society*.

internacional. Valioso como de hecho es este esfuerzo, conlleva algunas limitaciones importantes dada su propia naturaleza, la más evidente de las cuales es sugerir que el flujo de las relaciones internacionales es producto principalmente de las veleidades de los soberanos o de sus capacidades (y/o la falta de ellas para resolver problemas) y que, al mismo tiempo queda limitado a la interacción en el ámbito estatal.

A pesar de estar fincado en la más pura tradición del método histórico, basado en la indagación de archivos, este enfoque tiende a conformarse con explorar la mera superficie de la fenomenología internacional, sin mayor preocupación por lo que Lucien Febvre llamaba “las fuerzas profundas” de la historia. Como él mismo señala:

*“Atrincherados detrás de un criterio simplista, el de utilizar sólo documentos diplomáticos propiamente dichos: los de las compilaciones oficiales, sean azules, grises, amarillos o rojos; los de las grandes colecciones nacionales, la alemana y la inglesa a falta de la francesa, demasiado reciente; sólo se preocupan de la corteza superficial de su globo, de su esfera político-diplomática...¿Debemos criticarles? A ellos no. A los hombres, tampoco. A una tradición, quizá.”* (1992, pág. 97)

Cuando sólo nos quedamos en este nivel, la aparentemente enorme diversidad de experiencias en el pasado de la diplomacia parece reducirse de manera significativa a ‘siempre lo mismo’, grupos humanos independientes atrapados en el torbellino de una incesante e interminable lucha por el poder que invariablemente condiciona su existencia. Sólo a manera de ejemplo, aquí tenemos fragmentos de un texto que habla de relaciones internacionales en la antigua Mesopotamia, 3000 años a.C.:

*“El mapa político reflejaba una intensa escena diplomática. Los mensajeros viajaban ampliamente tanto dentro como fuera de sus propias fronteras. Algunos mensajes se entregaban de manera oral, pero los gobernantes generalmente utilizaban abundante documentación escrita para regular a sus funcionarios y para comunicarse con sus aliados. Gracias a la correspondencia escrita, los embajadores podían representar a sus gobernantes en el establecimiento de acuerdos (...) Los reyes enviaban embajadores en ocasiones especiales o como residentes en otras cortes para establecer y mantener relaciones diplomáticas (...) los embajadores disfrutaban de ciertas inmunidades diplomáticas: se protegía su propiedad y con frecuencia se les exentaba del pago de impuestos aduanales”* (Nemet Nejat, 1998, pág. 240)

Si no supiéramos que el párrafo anterior se refiere al mundo mesopotámico, parecería como que su contenido fuese incondicionalmente aplicable a cualquier época o lugar de la historia del mundo. El problema ahí reside en la forma como diversos teóricos refieren en sus textos sobre relaciones internacionales situaciones históricas de aparente validez universal, sobre todo con el afán de ilustrar la validez de sus propios puntos de vista teóricos. Hobson lo plantea en los términos siguientes:

*“No hay duda de que en su mayor parte, aunque obviamente no entre todos los que lo practican, el estudio contemporáneo de las relaciones internacionales es marcadamente ‘historio-fóbico’ en tanto que percibe al estudio de la historia como superfluo o exógeno al objeto de estudio propio de nuestra disciplina (...) Los teóricos contemporáneos de las relaciones internacionales que de alguna manera se han ocupado de la historia, sólo han empleado lo que podríamos llamar una visión ‘instrumentalista’ de esa disciplina, en cuanto a que no la buscan como un medio para repensar el presente, sino como una especie de cantera que sólo se puede explotar para confirmar teorías del presente”* (Hobson, 2002, pág. 4)

De tal suerte que, aunque no esté del todo ausente del análisis internacional, la experiencia histórica se ha usado en gran medida de manera selectiva y referencial en relación con teorías contemporáneas de las relaciones internacionales; el intento por reconstruir sistemas históricos internacionales es aún bastante limitado. Este uso instrumental de la historia no debe sorprendernos, ni mucho menos asustarnos; la práctica no es exclusiva de los internacionalistas. Al analizar la obra del cardenal Mercier y del padre Picard sobre Santo Tomás de Aquino, Verneaux encuentra que:

*“a pesar de sus notables diferencias, estos autores tienen de común una tendencia a presentar el tomismo con un ropaje cartesiano”* (Verneaux, 1967, pág. 10)

Y no es porque ello se haga por maldad; es en gran parte porque inevitablemente hacemos lectura del pasado desde la experiencia personal que hemos adquirido de nuestra propia época, como decía Aron,

*“La historia es la reconstrucción por y para los vivos, de la vida de los muertos (...) no nos dejemos engañar por la frescura de las impresiones: la fidelidad de los recuerdos no es una virtud de la juventud”* (Aron, 1962, pág. 14)

Particularmente relevante me parece la idea expresada por de Certeau cuando dice que:

*“La ‘reconstrucción’ del pasado consiste en hacerlo como lo deseamos”*  
(de Certau, 1993, pág. 102)

Frecuentemente ocurre, en el ámbito de las relaciones internacionales que, al hablar de conocimiento histórico o de la dimensión histórica de la disciplina, se piensa que la labor consiste en recordar nombres de sitios o personajes famosos, fechas de acontecimientos relevantes, en fin, el tipo de enfoque que hace que muchos estudiantes aprendan a odiar la historia desde las etapas más tempranas de su formación.

Si ese fuese el caso, realmente no tendría sentido intentar un ejercicio de reconstrucción histórica desde las relaciones internacionales específico para internacionalistas; el responsable de escribir la *historia universal* ya habría hecho la tarea y sólo tendríamos que explorar los textos ya escritos sobre el pasado reciente o remoto desde esa perspectiva para tener una idea clara de lo ocurrido en materia de relaciones internacionales del pasado.

No obstante, a pesar de su utilidad, ese tipo de conocimiento histórico nos sigue brindando una perspectiva predominantemente endógena y fragmentaria del desarrollo social, generada en algún lugar que se asume como un todo en sí mismo y que, de alguna manera se asume como independiente de lo que ocurre en el resto del escenario internacional. Imaginar un *escenario internacional* e intentar representárnoslo desde una perspectiva sistémica es el verdadero reto. Esto significa esencialmente poder desarrollar una visión *holística* de un lugar en el tiempo y en el espacio, estructurado sobre la base de la interacción recíprocamente influyente de actores políticos independientes que, justamente sobre esta base adquieren un destino común y, por lo tanto, una historia compartida; en este sentido, un enfoque holístico tiende a ser, al mismo tiempo cosmopolita. Como sugiere San Pablo en su carta a los Gálatas:

*“Antes de venir la fe, la ley nos tenía presos, esperando que la fe fuera dada a conocer. La ley, como el esclavo que conduce a los niños, nos condujo a Cristo para que, al creer en él pudiéramos librarnos de las culpas. Por eso, ahora que ha llegado la fe ya no estamos a cargo de ese esclavo que era la ley, pues por la fe en Cristo Jesús todos ustedes son hijos de Dios y por el bautismo han venido a estar unidos en Cristo y se encuentran revestidos de él. **Ya no importa el ser judío o griego, libre o esclavo, hombre o mujer, porque unidos a Cristo Jesús, todos ustedes son uno solo**”.* [Énfasis añadido] Ga 3:23-25 (Reina Valera 1960)

Ciertamente, el historiador profesional tiene la responsabilidad de explorar archivos, consultar bibliotecas, leer documentos, en fin, buscar indicios, lo cual, o bien le sirve para confirmar sus propios prejuicios sobre la forma en que se mantienen las esencias en la historia o bien, como sugiere de Certeau, finalmente acaban por mostrarle la distancia que efectivamente le separa del mundo que él pretende reconstruir.

El ejercicio de reconstrucción de sistemas internacionales en la historia también demanda un tanto esa parte del *erudito-factorum*, a la que se refiere el autor, es decir, la recopilación de los datos relevantes para la articulación de una crónica; sin embargo, aunque conocer hechos es condición necesaria de esta empresa, definitivamente me parece que no es suficiente. Aprender, como hemos dicho, a representarse un cierto escenario histórico como un *sistema* es al mismo tiempo un reto para la imaginación. Aprender a observar la condición de interdependencia entre actores del escenario internacional a pesar de su relativa lejanía o autonomía nos obliga a reconsiderar el pasado, como dice de Certeau:

*“¡No es que haya cambiado ese antiguo mundo pasado! Ese mundo ya no se mueve. Nosotros lo movemos. Cambia, si se quiere ver así, porque yo cambio mi manera de verlo”* (de Certau, 1993, pág. 102)

De este modo, cuando se hace un trabajo de indagación sobre cualquier aspecto del pasado, según de Certeau se genera un choque de estructuras, del cual surge la historia como narrativa nueva. Esto es así porque, según nos explica este autor, oculta en el pasado hay una estructuración que se opone a nuestro trabajo de indagación pero también oculta tras nuestras intenciones presentes hay otra estructura que influye sobre la mirada que dirigimos al pasado<sup>43</sup>.

*“Este pasado, al aparecer organizado, poco a poco, en función de una coherencia oculta (de una vida muerta, irreductiblemente ausente y otra) revela al historiógrafo la situación actual y particular del conjunto que cada trabajo supone y oculta a la vez”.* (de Certau, 1993, pág. 103)

El planteamiento que surge del texto de de Certeau es entonces el siguiente ¿es realmente el pasado discontinuidad superficial aplicada a una continuidad

---

<sup>43</sup> La idea de la *estructuración* aquí es fundamental y se refiere al proceso de articulación o generación de coherencia interna a la que están sujetos los fenómenos visibles en un sistema determinado en virtud de los principios guía u *orden* que los condiciona.

de fondo, que permea a lo largo del tiempo como solemos creer? En otras palabras, ¿es el cambio que observamos en los escenarios históricos meramente aparente? Hay una fuerte tendencia justamente a pensar que, el hombre (genéricamente hablando), siempre ha sido el mismo, independientemente del escenario histórico sobre el que se mueve. Es el camino fácil que permite el tipo de explicaciones reduccionistas y simplistas sobre una aparentemente inmutable naturaleza humana, siempre bienvenidas para el gusto popular.

Mucho más difícil es pensar siquiera en diferencias, sobre todo, diferencias significativas creadoras de singularidad. Por ello coincido plenamente con el autor cuando afirma que:

*“El trabajo histórico, si tiene una significación, consiste en “sacar” alteridad (como una fábrica ‘saca’ automóviles) y en producir (en sus dos sentidos: fabricar y mostrar) esta diferencia constitutiva de la historia y constituida por la historiografía; en consecuencia, se trata de relativizar el presente en relación con un pasado”. (De Certau, 1993, pág. 104)*

De este modo, comprender al pasado, en el sentido de reconocer las diferencias que nos separan de él, permite, al mismo tiempo plantear de manera más conciente lo que hace característico al presente. El historiador transita una vía de doble sentido que contempla, al mismo tiempo, la totalidad de la experiencia humana, pero permite relativizarla *creando bloques históricos singulares*. Es justamente al interior de cada uno de estos bloques, concebidos como unidades espacio-temporales para la acción social que, según creo, pueden identificarse sistemas internacionales cuyo desarrollo constituye precisamente uno de los factores que nos permiten relativizar el bloque y darle sentido propio.

El bloque histórico, siguiendo a Gramsci es ante todo un segmento temporal caracterizado por un modo de interacción específica entre la base o estructura de una sociedad, caracterizada por la organización de sus ciclos de producción y la superestructura correspondiente, es decir, la relación orgánica entre una sociedad política o estado y su propia sociedad civil, definida en términos políticos y culturales por un esquema hegemónico dominante, en otras palabras, una visión del mundo o ideología que funge como cemento de esa

sociedad. Las fronteras temporales del bloque están definidas por acontecimientos que nos permiten reconocer momentos fundamentales de nacimiento y cambio de patrones específicos de regularidad que condicionan el acontecer social en su conjunto. (Portelli, 1995)

Por supuesto que sería un error de consecuencias graves pensar que los bloques históricos son, a manera de rebanadas de pastel, cortes nítidos y perfectamente separables unos de otros por fronteras incontrovertibles. Basta con observar como diversos autores sugieren fronteras distintas para la configuración de los bloques para darse cuenta de que éstos no están separados por fronteras naturales sino **son construcciones que los científicos sociales elaboran** (sobre la base de algún referente empírico) para facilitar así la comprensión de la realidad. Watson observa atinadamente:

*“Cuando observamos ejemplos históricos, ya sea en el mundo contemporáneo o en sistemas del pasado, estamos desde luego conscientes de que estas categorías no son infalibles y con transiciones abruptas de una a otra, sino más bien como un continuo, como ondas de luz en un arco iris, al que, por conveniencia dividimos en distintos colores. Ningún sistema real permanece fijo en punto alguno de este espectro”.* (Watson, 1992, pág. 16)

Por otra parte, es necesario reconocer que los bloques históricos que configuran escenarios internacionales requieren la presencia de grupos humanos diferenciados en términos políticos y culturales de tal suerte que la interacción entre ellos permita el surgimiento de la distinción entre lo doméstico (lo que es inherente al grupo) y lo externo (lo que está fuera y define lo que no somos nosotros). Ortega y Gasset lo ha dicho de manera casi poética:

*“Es evidente que como no hay derecha si no hay izquierda, ni hay un arriba si no hay una abajo, no se puede tener la conciencia de un ‘aquí’ si no se tiene al mismo tiempo la conciencia de un ‘ahí’. Consiguientemente, para que el hombre pueda sentirse estando ‘aquí’ necesita inevitablemente, en algún modo o en algún sentido, estar al mismo tiempo, a la vez, ‘ahí’ (...) La cosa es paradójica pero es evidente: el hombre está primero ‘ahí’, en la lejanía y sólo por contraposición con el ‘ahí aparece el ‘aquí’”.* (Ortega y Gasset, 1960, págs. 27-28)

En este sentido, no hay duda de que la conciencia con respecto a la otredad abre camino de manera simultánea a la concreción de la autoconciencia. Es en el reconocimiento de la existencia de “otro” diferente a nosotros que

efectivamente construimos la identidad propia que define nuestra existencia. Esto es fundamental desde el punto de vista de las relaciones internacionales porque su esencia misma como fenómeno práctico se define en términos del manejo de la otredad. Nos interesa saber, por supuesto, si en este proceso de construcción de la identidad que diferencia a los seres humanos (tanto en el plano individual como en el colectivo) hay algún patrón de regularidad significativo como para poder pensar en una historia universal que no sólo sea expresión del poder hegemónico.

A pesar de tener un origen común, la especie humana, como cualquier otra especie biológica se caracteriza primordialmente por sus variadas manifestaciones. Increíble cómo nos pueda parecer, todos seres humanos en la actualidad proceden de la misma fuente y por debajo de la variada gama de fenotipos que presentamos subyacen semejanzas que no se deben soslayar. La diversidad de nuestra especie parece ser una respuesta a los retos que plantea la vida en un entorno siempre cambiante. En este contexto, la diversidad amplía las posibilidades de supervivencia y es por eso que tanto los individuos como las colectividades adquieren su singularidad distintiva. Ciertamente, los grupos que se diferencian, adquieren identidades propias, singularizantes, pero no por ello dejan de ser humanos, lo cual sugiere que, a pesar de las diferencias que los separan, los grupos siguen siendo reconocibles en su condición de miembros de la misma especie, lo que nos permite la posibilidad de establecer, por lo menos algunos parámetros de comparación entre grupos o culturas, aún en contra de todas esas formas de relativismo cognoscitivo que aseguran que cada experiencia socio-grupal es tan singular que la comunicación intercultural es prácticamente imposible.

*“El problema que los antropólogos han de abordar es el de decidir qué costumbres, además de las verbales, se puede decir que ‘significan’. Dado que la cultura comunica, para comprender otras culturas, para aprehender la información transmitida por otras conductas consuetudinarias, el antropólogo debe reconstruir el código que les subyace”.* (Díaz Cruz, 1998, pág. 261)

Por compartir espacios geográficos y contextos históricos, los grupos humanos (a pesar de sus diferencias) siempre se influyen de manera recíproca, más aún con el devenir del tiempo, los grupos frecuentemente se fusionan para dar paso a entidades culturales mayores que absorben a otras o son absorbidas hasta

crear espacios culturales relativamente homogéneos que luego, a raíz de sus contradicciones internas (resistencia de los grupos que son absorbidos), se fragmentan, reiniciando así el ciclo del encuentro con la otredad.

De esta manera parece moverse en términos históricos la dinámica de los sistemas internacionales y es ésta justamente la hipótesis que deseamos poner a prueba con la realización del presente trabajo, en el que estaremos explorando la conformación de sistemas internacionales históricos en distintas épocas, con la esperanza de conciliar la visión de un desarrollo general de la evolución humana con la realidad histórico-concreta de sistemas internacionales particulares y de este modo abrir una línea de trabajo para la historia de las relaciones internacionales que promete ser fecunda.

Es por este motivo que nos interesa saber cómo se conforma una identidad (individual o grupal), a partir de la cual se establece un esquema de relaciones sociales, desde el plano local hasta el internacional. Seguimos en este intento el enfoque constructivista que sugieren Ceberio y Watzlawick, para quienes:

*“En el transcurso de su vida, una persona interactúa proporcionando y recibiendo información en forma permanente con su medio, y ya desde su nacimiento co-construye con otros, generando estructuras particulares, a veces compartidas, acerca de la realidad. En esta gesta interactiva, elaborará la constitución de una escala de valores, pautas de intercambio, normas que regularán sus procesos, un sistema de creencias, en síntesis, una historia que delimitará el perímetro de determinados patrones, inherentes a ese sujeto y no a otros. Y este proceso es indefectible: generará la producción de significaciones y atribuciones de sentido que conformarán la selectividad de sus construcciones. Construcciones que serán a su vez expresadas a través del lenguaje, como su base constitutiva y simultáneamente, el lenguaje como el inventor, por así llamarlo, de realidades.”* (Ceberio & Watzlawick, 2006, pág. 76)

El primer reto metodológico que enfrenta el historiador de las relaciones internacionales es entonces pensar en términos de la configuración de los *sistemas internacionales históricos* como función de relaciones con la otredad, lo que, entre otras cosas significa que ningún sistema internacional es inherentemente homogéneo ya que de origen está constituido por ‘partes’ (subsistemas) claramente diferenciadas entre sí, las cuales comparten un espacio geo-temporal que las define mutuamente como entes singulares, pero que, además tiende a fusionarlas. Esto define la condición de *internacionalidad*

que se proyecta en y caracteriza a ese espacio geo- temporal compartido por los actores internacionales, más allá de los límites estrechos que impone el rigor semántico que postula como requisito *sine qua non* de las *relaciones internacionales* la existencia sobre el escenario de *naciones* tal como las concebimos en la actualidad. Bien dice de Certeau que:

*“la fascinación o la dificultad provocada por algo externo, o por un pasado, suscita la conciencia social de existir como lugar propio, a título de coherencia”.* (de Certeau, 2003, p. 105).

Es claro que, desde una postura visiblemente eurocéntrica, de Certeau reconoce que a partir del siglo XVI hay un acelerado proceso a través del cual (sobre todo en Europa Occidental) la unidad nacional, cultural, política se autoafirma como un “todo” **amenazado o comprometido por otros**, situación que sólo fue posible luego del proceso de fragmentación de la cristiandad. La idea me parece fundamental para el desarrollo de cualquier teoría sobre las relaciones internacionales, más aún cuando añade:

*“y esta definición del presente o del grupo mediante fronteras, es decir, como totalidad interior y diferente de las otras, se ha convertido precisamente en el medio para pensar a los otros. Lo que tenía como función caracterizar al grupo enfrentado con otros, nos proporciona en lo sucesivo, el modelo según el cual se comprende a los otros”.* (de Certeau, 2003, p. 105).

No hay, prácticamente, enfoque alguno sobre relaciones internacionales (contemporáneas o pasadas) que no pueda enriquecerse mediante esta valiosa contribución; de hecho, sólo se puede pensar en “relaciones internacionales” en el sentido más amplio, justamente cuando hay colectividades humanas que se pueden concebir como totalidades hacia el interior y que entran en contacto con *otros que están fuera* y eso ocurre, bien sea antes de un proceso de integración que genera un cuerpo social globalizante o después de un proceso de ruptura que fragmenta a una unidad de ese tipo.

De esta forma, la idea presentada por de Certeau contribuye enormemente al desarrollo de una tipología histórica para el análisis internacional. Él mismo nos explica la forma como el “descubrimiento de América” contribuyó a la reafirmación de la autoconciencia de los europeos y, de hecho los obligó a hacer ajustes en sus concepciones sobre el pasado para acomodar los retos planteados por la otredad de los amerindios. Así “la discontinuidad, lejos de ser

impensable se convierte en el medio para instaurar unidades (de las épocas, de los niveles, etc.) en las que se reencuentra una forma u otra de estructuración” (de Certeau, 2003, p. 107), que corresponde justamente con la idea del bloque histórico a la que me he referido con anterioridad.

El bloque histórico representa pues, siguiendo a de Certeau y a Portell esa “estructura” que nos permite ‘aislar’ aquello gracias a lo cual, entre otras cosas una historiografía puede ser un discurso sobre un pasado heterogéneo y que además, nos permite hacer historia de los fenómenos de un periodo en función de ese todo enigmático que es la sociedad en el tiempo.

Al contemplar el pasado, la tentación de centrar la atención en las semejanzas que concatenan a la experiencia humana es grande, sobre todo porque lo que percibimos como igual nos es más fácil de entender y, en consecuencia, de aceptar. No obstante como claramente sugiere el pensamiento sistémico, son las diferencias las que singularizan, al punto de poder convertir a los “otros” en extraños.

*“La etnología, nos muestra que los indios tienen un tipo de relación con el pasado que no se parece en nada al nuestro. Lo mismo se puede decir de la relación que tiene China con su pasado. Debemos entonces localizar, relativizar, y finalmente “historizar” nuestra concepción de la historia, por el hecho de que aparecen hoy y se constituyen otras concepciones culturales de la relación con el tiempo”.* (de Certeau, 2003, p. 111).

Nuevamente coincido con el autor cuando plantea que la función de la historia así concebida es ser una de las maneras de definir un nuevo presente al plantearse como diferente aunque ello no implique una ruptura radical con el pasado, ya que el objetivo es:

*“permitirle al presente comprenderse a sí mismo como otro y, sin embargo, como situado en una continuidad”* (de Certeau, 2003, p. 112).

Es cierto que la lógica tradicional nos lleva a ver procesos contrarios como incompatibles y, por lo tanto, como mutuamente excluyentes; por eso se vuelve necesario un enfoque dialéctico que nos permita asumir la unicidad del proceso complementario de identificación de semejanzas y reconocimiento de diferencias entre bloques históricos. Sólo así se vuelve posible caracterizar a un bloque histórico en virtud de su orden inherente para, de este modo, poder

concebirlo como una experiencia histórica singular a la vez que mantenerlo concatenado a la experiencia de la humanidad en su conjunto.

Continuidad y discontinuidad en la historia no son entonces procesos irreductibles, cada uno de ellos ofrece un ángulo de apreciación de esa experiencia humana que sólo puede enriquecerse mediante la agregación de la complementariedad. Es por ello que todos los sistemas históricos internacionales que han existido pueden exhibir rasgos comunes, pero la cabal comprensión de cada uno de ellos exige su singularización como proceso histórico, es decir su diferenciación con respecto al resto de los sistemas internacionales en la historia.

### *3 La convención epistemológica tradicional y su influencia en la concepción de la historia.*

La epistemología moderna, es decir, la que está inspirada en el paradigma de la *modernidad* nos presenta el problema de la adquisición del conocimiento como un proceso en el que interactúan como elementos separados, dos entidades básicas: un sujeto cognoscente y un objeto de conocimiento. En la versión más convencional, ambas son entidades monolíticas, fijas, homogéneas, estáticas, y claramente separables la una de la otra, pero sobre todo, independientes. En este sentido, quizás, la ilusión más perniciosa de todas las creadas por la modernidad es aquella que propone al ser humano como un sujeto aparte; un observador autónomo, singular, imparcial e independiente de una realidad objetiva, mecánica e inerte.

En esta perspectiva, la cuestión más importante entre estas entidades parecía limitarse a establecer cuál de las dos tenía la posición determinante en la relación, es decir, cuál condicionaba a la otra.<sup>44</sup> Adicionalmente, en el modelo en cuestión, el sujeto cognoscente era presentado como una criatura absolutamente racional, capaz de crear (cuando se lo proponía a través de la

---

<sup>44</sup> Se puede leer una interesantísima versión de la interacción entre estas dos entidades y sus diversas modalidades en Schaff (1974)

reflexión seria y consciente) una imagen completamente apegada a y correspondiente con la condición esencial del objeto observado.

La forma de responder a esta interrogante fundamental sobre la relación entre ellas marcó durante casi todo el siglo XIX la pauta para el reconocimiento de una epistemología de corte mecanicista o materialista vulgar, una idealista de inspiración platónica y otra dialéctica de inspiración hegeliana, cada una de ellas con sus diversas vertientes y modalidades.

El positivismo decimonónico fue quizá una de las modalidades más difundidas del materialismo vulgar. Desde su punto de vista, bajo una fuerte influencia de la física newtoniana del siglo XVII, de hecho la realidad existe de manera objetiva, independientemente de la forma como el observador la percibe, la interpreta o incluso la ignora y además, funciona regida por leyes naturales de corte absoluto, atemporal y universal. Sobre la base de estas convicciones, para los positivistas de esa época, el conocimiento sólo podía ser concebido como el producto de un acercamiento cuidadoso, desapasionado, desideologizado, “pulcro” del observador hacia su objeto de estudio, lo cual le daba la cualidad de *objetivo*.

De tal cimiento epistemológico parece haber nacido ese objetivismo alemán, al que dio paso la escuela de Leopold Von Ranke, a quien Peter Novick reconoce como el padre de varios historiadores norteamericanos del siglo XIX, inspirados en el ideal de contar las cosas *tal y como sucedieron (wie es eigentlich gewesen)* según la recomendación del propio Von Ranke (Novick en Clark, 2004, pág. 9), misma que habría de pernear la mayoría de los enfoques disciplinarios y las cosmovisiones de la época, lo mismo en las ciencias que en las artes y las humanidades.<sup>45</sup>

Por supuesto que esa forma de objetivismo ingenuo tuvo ya sus fuertes críticos desde un principio. Nietzsche y Dilthey, por ejemplo, señalaron con toda oportunidad la virtual imposibilidad de emular el modelo objetivista de las ciencias naturales sugerido en la visión de Von Ranke para el estudio de las ciencias sociales o del espíritu.

---

<sup>45</sup> Mark Twain (1885), por ejemplo, pone la frase en boca de *Huckleberry Finn*, quien al recordar sus aventuras no tiene otra pretensión más que *decir las cosas tal como ocurrieron*.

Para Nietzsche, por ejemplo, según Clark:

*“esa fervorosa defensa que los historiadores hacían de la objetividad significaba de hecho una trivialización del pasado para acomodar al presente; tales individuos consideraban como subjetiva cualquier opinión que se desviara del juicio canónico. Por supuesto que él estaba de acuerdo en que los historiadores tenían que hacer un amoroso estudio de los datos, pero más allá de eso, se requeriría de una visión creativa, de un espíritu artístico, para conformar un todo armonioso distinguible de lo que, de otro modo no serían más que hechos procedentes de un azar ciego y una libertad sin ley”.* (Clark E. , 2004, pág. 11)

Dilthey por su parte,

*“consideraba que, en las ciencias humanas, tal como la historia, a diferencia de las ciencias naturales y físicas se deberían integrar valores e intereses puramente humanos. Desde su punto de vista, mientras que las primeras se esforzaban por explicar, las segundas tendrían que concentrarse en entender”.* (Clark E. , 2004, pág. 12)

El propio Max Weber nos alerta claramente sobre las limitaciones del objetivismo al señalar que:

*“Sin las ideas de valor del investigador no existiría ningún principio de selección temática, ni un conocimiento sensato de la realidad individual”.* (Weber, 1977, pág. 50)

A lo largo del siglo XX, conforme el modelo objetivista del positivismo caía en creciente descrédito, a raíz de las numerosas convulsiones ocasionadas por el marcado desasosiego político y social ocasionado, entre otras cosas, por el supuesto progreso que la ciencia y la tecnología modernas deberían traer al mundo moderno<sup>46</sup>, la epistemología misma tuvo que empezar a reconsiderar su modelo simplificado de la relación entre el sujeto cognoscente y el objeto de conocimiento como entidades planas y monocromáticas, estáticas, homogéneas e independientes que, de manera activa o pasiva, se influían siempre bajo el predominio de una sobre la otra, para pasar a ser consideradas como entidades más bien volátiles, dinámicas, cambiantes e interdependientes que están histórica y socialmente condicionadas y que de hecho se auto-construyen sobre la base de su mutua interacción de manera permanente.

Bajo esta perspectiva, la historia misma como disciplina y como objeto de estudio ha sido ampliamente reconsiderada y resulta fundamental tener

---

<sup>46</sup> Para un excelente recuento del turbulento siglo XX, ver Hobsbawn (1994)

presente este esfuerzo de reconsideración en torno a la objetividad de los fenómenos sociales en general e históricos en lo particular a la hora de pensar en un intento de reconstrucción de sistemas históricos internacionales. ¿Existe realmente tal cosa? ¿Es posible y/o conveniente tratar de reconstruir la experiencia evolutiva de la humanidad a la luz de una propuesta sistémica que busca destacar la condición inherente de la *internacionalidad* como contexto y condición de los procesos de socialización? No está por demás recordar tan frecuentemente como nos sea posible el riesgo evidente de confundir nuestras propias categorías de análisis y nuestras construcciones teóricas con la realidad.

Una de las principales ventajas metodológicas que ofrece el enfoque sistémico contemporáneo estriba, precisamente en el replanteamiento que hace de la relación tradicional entre sujeto cognoscente y objeto de conocimiento como entidades estáticas. Inspirado en el desarrollo de la física cuántica del siglo XX, el pensamiento sistémico contemporáneo, en su vertiente de teoría de la complejidad enfatiza:

*“Esa obligada renuncia a una descripción puramente objetiva de la naturaleza, considerada hoy por la mayoría como una profunda transformación del concepto físico del mundo. Parece una dolorosa reducción de nuestra aspiración a la verdad y a la claridad, y diríase que nuestros signos y fórmulas –y los cuadros a ellos vinculados- no constituyen un objeto con existencia independiente del observador, sino que tan solo representan la relación sujeto-objeto” (...) **Nunca podemos decir qué es en realidad, o qué ocurre en realidad, sino sólo lo que es observable en cada caso concreto.** [Énfasis añadido] (Schrödinger, 1975, pág. 37)*

#### 4. *El sistema histórico internacional: ¿objeto de estudio para historiadores o para internacionalistas?*

Para Georg Schwarzenberger, uno de los pioneros más importantes en el estudio de las relaciones internacionales, sobre todo en cuanto a su visión histórica de la realidad internacional:

*“la esencia del tratamiento histórico de cualquier asunto, bien sea la historia de una persona, de un pueblo, de una ciencia, una era o una civilización está en el énfasis sobre la evolución del objeto de análisis histórico. Este aspecto del asunto es muy relevante para el*

*entendimiento de las relaciones internacionales. El análisis del desarrollo de la sociedad internacional es una de las preocupaciones de los estudios internacionales. No obstante, problemas igualmente importantes quedarían sin resolver si la disciplina de las relaciones internacionales estuviera condenada al camino unidireccional que impone el tratamiento histórico de su objeto. De este modo difícilmente sería posible hacer justicia a la estructura de la sociedad internacional contemporánea”* (Schwarzenberger, 1954, pág. 6)

Como puede observarse, a pesar del reconocimiento que hace el autor sobre la importancia del análisis histórico para la disciplina, su propio prejuicio sobre la disciplina de la historia como reconstructora del pasado le lleva a ver con cautela la reconstrucción del pasado internacional. Para él, parece ser necesario que los historiadores se encarguen del problema con sus métodos ya probados a fin de que suministren al internacionalista el conocimiento histórico que les facilite ( a los internacionalistas) la comprensión de su propio objeto de estudio en el presente, sin que ellos mismos tengan que ocuparse de la ardua tarea de la reconstrucción del pasado. En otras palabras, por estar en el pasado, el estudio de los sistemas internacionales históricos correspondería más a los historiadores que a los internacionalistas. De hecho, cuando él sugiere la forma como supone que evolucionó la sociedad internacional moderna se pregunta:

*“¿Es esta imagen del desarrollo de la sociedad internacional moderna algo más que una interpretación subjetiva de un proceso histórico? ¿Qué evidencia hay para someter a prueba este análisis? **Ahí están los hechos mismos para que cualquiera los juzgue”**. [Énfasis añadido] (Schwarzenberger, La política del poder., 1960, pág. 28)*

Es claro que para la historiografía moderna la idea de que *los hechos* “simplemente” *están ahí* para que un observador cuidadoso los rescate tiene que ser revisada con todo detenimiento. Ankersmit, por ejemplo, hace una importante distinción entre la investigación histórica y la escritura de la historia:

*“La primera comprende las actividades a través de las que el historiador intenta obtener correctamente los hechos acerca del pasado, por ejemplo, cuándo fue que ocurrió algo y por qué razón (...) Pero después de haber hecho esto, va a tener que acomodar estos hechos para articular lo que él considera la representación más convincente de una parte del pasado. **Habrá pasado entonces del nivel de la descripción al de la representación, en donde opera una lógica distinta”** [Énfasis añadido] (Ankersmit, S/D)*

En otras palabras, sobre la base de los hechos recabados, el historiador tendrá que armar un discurso coherente para referirlos a un público que no los podrá conocer jamás de primera mano y que normalmente tiende a interpretarlos desde su propia perspectiva socio-cultural, es decir, desde el presente. No obstante, por otro lado, la justificada preocupación por el presente no debería ser obstáculo para que el internacionalista se comprometa en la revisión del pasado y, con apoyo del historiador (quién puede aportar sus métodos para la exploración y reconstrucción del pasado) aprenda a reconocer y reconstruir un objeto de estudio que seguramente le va a resultar novedoso a los historiadores: los sistemas internacionales.

Ya en el capítulo anterior me he referido al carácter predominantemente *presentista* que durante mucho tiempo ha tenido como sello distintivo el estudio de las relaciones internacionales. Cualquier tema anterior al inicio de la Segunda Guerra Mundial constituye ya de hecho la prehistoria para la mayoría de los internacionalistas y, en general sólo representa algún interés académico marginal. Como hemos dicho, la compleja dinámica del mundo actual y la necesidad de desempeñarse en él así lo determinan.

Sin embargo, esta desafortunada actitud de muchos internacionalistas no sólo deja un enorme vacío en su formación; además, la carencia del conocimiento histórico fomenta la perniciosa ilusión de que o bien “las cosas siempre han sido igual” (como sugiere el pensamiento realista, por ejemplo) o bien de que el presente es totalmente inédito, actitud que dificulta incluso la comprensión cabal de la especificidad del momento histórico actual. A esto precisamente se refieren los conceptos de *cronofetichismo* (el presente desvinculado de cualquier raíz histórica significativa) y *tempocentrismo* (el pasado simplemente visto como ‘más de lo mismo’) empleados por Hobson.

Desde hace ya algunos años, el campo de la reconstrucción histórica de sistemas internacionales está abierto (la escuela inglesa en particular nos proporciona interesantes ejemplos) y ofrece prometedoras lecciones para los estudiosos de la realidad internacional contemporánea.

Pero desde principios de la década de los cuarenta del siglo pasado, ya la sociología histórica estaba sugiriendo que:

*“En el curso de la evolución histórica han existido diversas sociedades internacionales. Cada una de ellas, a su vez ha surgido, se ha desarrollado y se ha desintegrado. Algunas han coexistido las unas al lado de las otras; frecuentemente con sólo una vaga conciencia, incluso a veces una total ignorancia de su mutua existencia, mientras que otras se han fusionado totalmente o al menos en ciertos aspectos y para ciertos propósitos creando así sociedades internacionales más amplias”.* (Schwarzenberger, 1954, pág. 25)

El único problema con esa concepción es, por supuesto, la idea de que una *sociedad internacional* no ha sido fácilmente aceptada por la comunidad epistémica de los internacionalistas. Eso se debe principalmente al hecho de que la idea misma de una **sociedad** está fuertemente vinculada con la idea de instituciones en común para regular la conducta de los integrantes, cosa que, según ha señalado de manera reiterada el realismo político, sencillamente no existe en el plano internacional, (al menos no a nivel generalizado) al cual conciben ellos más bien como un mosaico de unidades independientes sin ninguna forma de conexión orgánica entre sí. Para el pensamiento realista la condición *sine qua non* de la realidad internacional es precisamente su condición anárquica.<sup>47</sup> Y aún cuando Evan Luard hace una destacada defensa del concepto de sociedad internacional<sup>48</sup> en términos de los compromisos extra-jurídicos que impone la dinámica moderna de la globalización bajo la hegemonía norteamericana, la verdad es que la noción de una sociedad internacional sigue teniendo relativamente pocos adeptos.

La idea del sistema internacional, en cambio parece ofrecer mejores atractivos. Aparte de que no requiere de la noción de institucionalidad característica de una *sociedad*, de entrada sugiere con mayor claridad la interconectividad inherente que siempre vincula a todos los miembros del sistema. Privilegia la idea del funcionamiento del sistema como totalidad (aunque de ninguna manera niega la posibilidad –incluso la importancia– de contemplar a las partes (subsistemas) como entidades singulares), aporta adicionalmente la posibilidad de analizar el sistema desde cuatro perspectivas complementarias entre sí: la

---

<sup>47</sup> Cfr. Bull (1977)

<sup>48</sup> Cfr. Luard (1990)

de su estructura (cómo está conformado el sistema, cuáles son las partes que lo integran y de qué manera se ensamblan entre ellas), la de sus funciones (de qué manera opera el sistema para mantenerse), la de su comportamiento (de qué manera reacciona el sistema ante el medio) y, sobre todo, la de su evolución (cómo va cambiando el sistema, desde su origen hasta su fin). Por la naturaleza integradora de todo sistema, este enfoque permite observar la concatenación de sistemas y subsistemas entre sí de una manera que el método fragmentador de la realidad no permite (todo subsistema forma de hecho parte de un sistema mayor); gracias a ello, desde esta perspectiva se pueden analizar distintos niveles de la realidad social (desde el individual hasta el internacional) enfatizando la singularidad que caracteriza a cada nivel. Por todo esto, la perspectiva sistémica para el estudio de las ciencias sociales en general ofrece importantes ventajas comparativas que complementan y enriquecen el enfoque fragmentador tradicional con el que se había estudiado la ciencia y que había condicionado de manera determinante la visión occidental del mundo (y de la realidad social en su conjunto).

*“Tradicionalmente se ha abordado la naturaleza como una jerarquía que comienza con la estructura atómica y termina con organismos biológicos complejos. Se supone que cada nivel de la descripción científica está constituido sobre el precedente y las descripciones del nivel más fundamental –la física- tienen prioridad. Pero para Prigogine, la naturaleza no está construida de abajo para arriba. Está construida mediante retroalimentación en todos los niveles (...) cada nivel de organización produce algo fundamentalmente nuevo, algo que no está presente en los elementos constitutivos o ‘partes’ del nivel anterior (...) **hay que estudiar a la naturaleza como una telaraña dinámica y cambiante, no como una pirámide mecánica y jerárquica**” [Énfasis añadido] (Briggs & Peat, 1991, pág. 83).*

En resumen, entre los aspectos que me parecen especialmente valiosos del enfoque histórico-sistémico para el análisis de las relaciones internacionales quisiera destacar principalmente por su importancia:

- La idea del sistema internacional como una totalidad compuesta por partes autónomas, pero irremisiblemente vinculadas entre sí.
- La posibilidad de analizar el conjunto del sistema desde perspectivas diferenciadas **pero complementarias**.

- La noción del *bloque histórico* como un momento sistémico específico en el proceso evolutivo global de la humanidad vista en su conjunto y su complemento, la idea del *orden internacional* como el conjunto de principios guía que, de manera implícita o explícita orientan el comportamiento de los actores internacionales del bloque histórico concreto<sup>49</sup>.
- Una reflexión detenida sobre **los procesos de cambio** que alteran la estructura básica o el comportamiento del sistema internacional en un momento dado.
- La posibilidad del análisis comparativo entre distintos momentos históricos del sistema internacional, posibilitando así el reconocimiento de las semejanzas que los unen, pero también **el de las diferencias que los separan**, lo cual a su vez permite la caracterización singularizada de cada bloque histórico o fase por la que transita el sistema internacional.
- Eso en su conjunto, nos brinda una mejor idea de la dinámica que mueve a los sistemas internacionales en su dimensión histórica y permite su caracterización.

Sobre esta base es posible hoy día sugerir que *la internacionalidad*, en su sentido laxo (la condición resultante de la interacción entre colectividades humanas políticamente autónomas y la influencia que el conjunto ejerce sobre las partes), es inherente a la propia condición humana y que, por lo tanto, toda experiencia civilizadora se ha dado siempre en el marco de un contexto *internacional*, es decir, **un contexto que involucra la relación estructural entre unidades políticamente autónomas que se influyen recíprocamente entre sí** y configuran una construcción social que constituye algo superior a la suma mecánica de sus partes y adquiere una dinámica propia.

Obviamente, no todos los sistemas internacionales funcionan del mismo modo. A partir de algunos elementos y *reglas de operación* básicas, cada uno de

---

<sup>49</sup> *Orden*, en el sentido aquí empleado no necesariamente implica *armonía*. Se entiende mejor como *reglas básicas del juego*; aún cuando la regla básica llegase a ser que no hay reglas, aún así tendríamos un orden característico: el *orden anárquico* que efectivamente puede caracterizar algunos momentos de la historia general de los sistemas internacionales.

ellos crece en direcciones distintas y opera de manera diferenciada. No obstante, como señalábamos en el capítulo anterior, hoy día tenemos ya elementos suficientes para sugerir una tipología elemental según la cual, los sistemas internacionales históricos se pueden mover por lo menos en tres ámbitos característicos:

- a) el de la anarquía (escenarios fragmentarios) caracterizado por la ausencia de reglas mínimas de convivencia y, por lo tanto, de instituciones reguladoras de la vida en común. Este tipo de escenario, que coincide con el modelo del *estado de naturaleza*, sugerido por el pensamiento hobbesiano se rige, prácticamente por la llamada *ley de la jungla* o predominio del más fuerte. Históricamente, de hecho, este ámbito representa la fase inicial de todo sistema internacional.
- b) el de las reglas mínimas comunes (tipo confederaciones), caracterizado por el desarrollo de algunos lazos culturales mínimos entre los actores internacionales y el desarrollo de instituciones para regular la vida colectiva, aún cuando el margen de libertad de asociación entre las partes se mantiene amplio. (Algunos sistemas internacionales en la historia han alcanzado este nivel, pero no siempre lo superan: alguna catástrofe natural o una invasión externa pueden fácilmente cortar el camino hacia la fase imperial).
- c) el de la integración homogeneizante y centralizadora (imperios) que se caracteriza por el surgimiento y desarrollo de una potencia hegemónica que tiende a aglutinar al conjunto bajo su propio predominio (lo cual no excluye, de modo alguno diversas formas de sincretismo, como tampoco sugiere que el control hegemónico tenga siempre las mismas formas a través de la aplicación de la fuerza bruta).

Ninguna de estas formas es, por supuesto, permanente y, de hecho, los sistemas internacionales tienden a moverse constantemente de una condición a otra; ningún sistema internacional es determinista. Lo que sí parece evidente es que, a partir de mediados del siglo XVIII empieza a configurarse con mayor claridad la confluencia de todos los sistemas internacionales existentes para la

creación de uno solo de predominio europeo con un orden impuesto por la dinámica de un pujante capitalismo.

El problema fundamental aquí se vuelve, por supuesto, el de la reconstrucción histórica de cualquier caso con el que tratamos de ilustrar esta tipología. Aún cuando se disponga de material de registro para iniciar el proceso, debe tomarse en cuenta que la idea misma de un **sistema internacional** de otra época que no sea la actual es prácticamente inexistente; por tanto, el modelo sistémico tiene primero que ser elaborado, con el riesgo evidente ya señalado de estar proyectando características del escenario actual hacia el pasado de manera indiscriminada. Luego entonces, ¿a quién corresponde emprender esta tarea? ¿al historiador como reconstructor del pasado o al internacionalista como observador del escenario en que interactúan comunidades políticamente independientes entrelazadas para formar algo que es mayor que cualquiera de ellas considerada por separado?

Creo que este es un caso claro de interdisciplinariedad, en el que las relaciones internacionales se nutren de la historia y viceversa, pues difícilmente se podrá acometer la empresa de la reconstrucción de sistemas históricos internacionales sin una decidida conjugación de esfuerzos que deben rendir beneficios palpables en ambas direcciones: el internacionalista aprendiendo a explorar el pasado y el historiador aprendiendo a reconocer en él la existencia de sistemas internacionales.

##### *5. El pasado como objeto de estudio.*

En estos términos, el primer problema fuerte al que nos vamos a enfrentar entonces es el del encuentro mismo con el pasado como objeto de estudio. Esta preocupación se encuentra en el centro de la reflexión metodológica de los historiadores contemporáneos y los internacionalistas pueden aprender mucho de esta experiencia.

Michel de Certeau plantea una serie de interrogantes sumamente provocativas en *La escritura de la historia*, particularmente cuando se refiere a la cuestión de

la operación historiográfica: ¿qué *fabrica* el historiador cuando hace historia?, ¿en qué trabaja?, ¿qué produce? La idea misma del historiador como productor de cualquier cosa resulta ya innovadora y revolucionaria, toda vez que la noción de *producción* lleva implícito el enfoque de la *creación* por medio de la *transformación*, es decir, el cambio de un material o un elemento en otro. ¿Acaso el historiador transforma en algún sentido su objeto de estudio? (de Certau, 1993, pág. 67)

Siguiendo el enfoque decimonónico de la historia, el historiador tendría más bien que *develar* el pasado; descorrer el velo del tiempo y la distancia que lo alejan y, de alguna manera, lo ocultan del observador contemporáneo; el especialista tendría, en el mejor de los casos que reconstruir lo pasado quizá, pero buscando siempre el logro de una versión, sobre todo **objetiva** de lo acontecido, tal como si ese pasado aún “estuviera por ahí” en alguna parte, para ser cuidadosamente escudriñado por un observador atento e imparcial. El planteamiento inicial de este autor, quien ve al historiador como un *productor* cuestiona ya de entrada la posibilidad misma de ver y exponer al pasado de esa manera *objetiva*.

Pero de Certau añade una variable más a su reflexión; no sólo se pregunta qué produce el historiador, sino además, desde el principio sentencia la virtual imposibilidad de una producción historiográfica totalmente objetiva, ya que el historiador como observador es un sujeto socialmente condicionado por su propio entorno:

*“no hay consideraciones, -nos dice- por generales que sean, ni lecturas, por más lejos que queramos extenderlas, que sean capaces de borrar la particularidad del lugar desde donde hablo y del ámbito donde prosigo mi investigación”* (de Certau, 1993, pág. 67).

Esta observación (re)introduce la problemática de la subjetividad y la representación en la reconstrucción histórica que ya Raymond Aron había planteado desde finales de la década de los cuarenta, al poner de manifiesto que, de una u otra manera, efectivamente, toda interpretación histórica depende en gran medida del sistema de referencia desde el cual se hace. (Aron, 1962)

A pesar de la crítica en contra de un objetivismo que se intuye como una imposibilidad práctica, la ilusión de poder abordar el pasado “tal cual fue”, por su atractivo es fuerte y no cede con facilidad. Lógicamente, en la medida que ofrece un asidero aparentemente sólido, muchos autores pretenden aferrarse a ella;

*“el mismo Foucault –señala de Certeau,- suponía todavía en sus primeros libros, la autonomía del lugar teórico donde se desarrollan en su “relato” las leyes según las cuales los discursos científicos se forman y se combinan en sistemas globales”. (de Certau, 1993, pág. 71)*

Para de Certeau, fue Veyne el que finalmente acabó por destruir en la historia, lo que la crítica de Aron conservaba todavía como “ciencia causal”, al triturar los sistemas interpretativos hasta convertirlos en una polvareda de percepciones y de decisiones personales (de Certau, 1993, pág. 71)

Por supuesto que aquí aún queda vigente el problema de la relación que el relato histórico debe guardar con lo que se asume que fue “real”. Obviamente, la inserción de la subjetividad en la creación del texto histórico no autoriza el ejercicio de una libertad desmedida e incontrolada en esta empresa. Si bien es cierto que siempre hay margen para la interpretación del acontecimiento histórico, el historiador conserva aún una responsabilidad innegable frente a la detección del hecho y su presentación como hecho “objetivo”.

El enfoque sugerido por de Certeau pone de manifiesto entonces, la importancia de reinsertar al historiador como sujeto cognoscente en la misma dimensión que su objeto de estudio, no como un observador distante e imparcial de una realidad acaecida, que de alguna manera permanece “congelada” en el tiempo, esperando ser percibida; es decir, hay que introducir al pensador en el ámbito cambiante de lo pensado en busca de su unidad dialéctica.

No obstante, como ya se ha apuntado, esto no autoriza, en forma alguna el ejercicio libre e irrestricto de una imaginación desbordada del historiador para reconstruir el pasado, tal como podría hacer, por ejemplo, un autor de novelas históricas. En el caso del historiador, el contenido de su obra aún está sujeto a los cánones de la ciencia vigente y al escrutinio de quienes la practican; en

este sentido, sigue siendo su responsabilidad sustancial sustentar las afirmaciones que nos presenta y permitir que sus pares lo juzguen. Keith Jenkins nos presenta interesantes reflexiones particularmente ilustrativas en este sentido. (Jenkins, 1996).

Una primera distinción de enorme relevancia para Jenkins es que, si bien es cierto que el objeto de estudio de la historia es el pasado, la historia como discurso no debe confundirse con el pasado mismo; son dos cosas (incluso a veces radicalmente) diferentes, y de hecho, el mismo objeto de estudio puede siempre ser interpretado de manera distinta por diversos observadores.

Su sugerencia entonces, para enfatizar la diferencia, es que pensemos en el pasado como todo aquello que ha acontecido, mientras que a la historia la podemos considerar como lo que se ha escrito o registrado sobre lo acontecido. Desde esta perspectiva, Historia (con mayúscula) puede incluso reservarse para considerar al ensamble de relaciones sociales en su conjunto al paso del tiempo, mientras que la historia como esfuerzo de reconstrucción de un investigador siempre estará limitada por la perspectiva de observación adoptada por éste y, por lo tanto, sujeta al juicio de la reinterpretación.

Entre las razones que este autor expone para justificar la diferencia (entre historia y pasado) destaca la siguiente; aunque el pasado ha ocurrido, nosotros no tenemos acceso directo a él más que a través de los intermediarios que nos lo relatan. Ni siquiera la influencia que irremediamente ejerce el pasado sobre nosotros como acontecer vivencial nos es automáticamente evidente, más bien, como una especie de subconsciente colectivo ejerce su influencia de manera más bien velada.

Como trabajo de los historiadores, la historia es una construcción lingüística entre textos que aspira a rescatar esa experiencia vivencial y traerla a nivel del consciente. Esto significa que nosotros leemos al mundo como un texto (siempre bajo la influencia de nuestra propia perspectiva) por lo que lógicamente, las lecturas pueden ser infinitas.

Adicionalmente Jenkins nos invita a considerar que distintos científicos sociales interpretan el mismo fenómeno de diferente manera, a través de discursos que

siempre están cambiando, que siempre se están revisando y recomponiendo; que siempre indican una postura o se están posesionando y que por lo tanto, siempre tienen que ser reexaminados en su condición discursiva por aquellos que los usan (Jenkins, 1996, pág. 9). El caso del *Porfiriato* en la historia de México es particularmente ilustrativo en este sentido; por décadas después de la Revolución Mexicana, Don Porfirio fue el villano favorito para la mayoría de los historiadores en México, hacia fines del siglo XX; sin embargo, luego de la firma del TLCAN y la apertura casi indiscriminada del país al exterior, la imagen de Don Porfirio empezó a ser reelaborada por una nueva generación de historiadores hasta convertirlo en un estadista visionario y progresista que llevaba al país por el rumbo correcto hasta que la muchedumbre lo interrumpió.

Ahora bien, si la condición ontológica del pasado es distinta a la de la historia (que ya lleva incorporada la lectura del observador), Jenkins se plantea la interrogante de cómo se pueden complementar estos dos aspectos. Para responder a esta interrogante, el autor sugiere que se deben considerar tres áreas de la reflexión teórica: la epistemológica, la metodológica y la ideológica.

Para Jenkins, siguiendo a Lowenthal, la fragilidad epistemológica (la cual determina lo que podemos saber sobre el pasado) de la historia deviene de cuatro razones fundamentales:

- El solo tamaño del pasado impide la historia total (las huellas o indicios que deja cada época son siempre limitados en comparación con el mero curso de los acontecimientos)
- No hay forma de contrastar una narrativa más que contra otra narrativa, toda vez que el pasado ya no está ahí.
- Aún cuando se pueda verificar, la historia es siempre una construcción personal. Cualquier cosa que se diga, siempre se podrá decir de otro modo.
- De alguna manera, hoy día sabemos más sobre el pasado que la gente que de hecho lo vivió.

A pesar de saber todo esto, los historiadores siempre se esfuerzan por alcanzar la *objetividad*, lo cual afecta irremediabilmente sus posiciones

metodológicas e ideológicas, matizándolas sobre la base del criterio de *la verdad* como elemento sustantivo para juzgar la obra del historiador. Es por este motivo que, desde las más variadas posiciones en el espectro político, se asume la importancia y el valor de reglas metodológicas firmes y claras capaces de sustentar un criterio aceptable de verdad.

Jenkins, por supuesto, no acepta este criterio. Para él, lo que determina el carácter de una interpretación está más allá de las cuestiones de método y evidencia, en la ideología, ya que, independientemente de su rigor conceptual, ¿cómo podemos saber cuál método nos conduce hacia un pasado “más verdadero”? Obviamente, la construcción de un discurso histórico se basa en un desarrollo conceptual riguroso y consistente, pero por más “objetivos” que los conceptos puedan parecer, no debemos olvidar que siempre contribuyen a la construcción de una imagen del mundo: una que un historiador concreto nos quiere mostrar para convencer. En otras palabras, no hay que olvidar que:

*“la historia nunca es para sí misma, siempre es para alguien, por lo que resulta plausible decir que, formaciones sociales particulares quieren que sus historiadores produzcan relatos particulares”* (Jenkins, 1996, págs. 14-17).

El corolario de esta reflexión es inevitable, ya que la historia *en sí*, como disciplina que explora el pasado es una construcción ideológica (en el sentido benigno de articulación de ideas), significa que continuamente se está reelaborando y reordenando por aquellos que, de diversas maneras se ven afectados por relaciones de poder, ya que tanto los dominados como los dominadores tienen sus propias versiones del pasado para legitimar sus prácticas.

Si la historia está integrada por una componente epistemológica, una metodológica y otra ideológica, desde la primera se puede apreciar que realmente nunca podemos llegar a conocer el pasado, *tal como realmente ocurrió*, según las pretensiones objetivistas de los historiadores decimonónicos, ya que hay una brecha ontológica que separa al pasado de la historia. Aunque los historiadores han tratado de zanzar la brecha a través de la precisión conceptual que debe implicar el rigor metodológico, de hecho no hay forma de garantizar que cualquiera de los múltiples métodos que se emplean para

construir un discurso histórico dé por resultado una versión más verdadera que otra. **Como discurso elaborado por alguien y para alguien, la historia siempre será polémica** pues no se puede escapar de las presiones sociales que invariablemente se ejercen sobre el observador.

Jenkins también nos habla de la diferencia entre fuentes primarias y fuentes secundarias de la historia; entre *fuentes* y *evidencias*. Las fuentes primarias son huellas directas del pasado, las secundarias son textos (que obviamente pueden ser utilizados en un momento dado como fuentes primarias, para ver, por ejemplo, qué tiene que decir un determinado autor sobre un tema específico del cual escribió, desde la época en la que lo escribió). Uno de los problemas más importantes que deriva de esta distinción es la ilusión de que la fuente primaria nos aproxima más a *la verdad* histórica porque nos presenta fuentes directas, no adulteradas por la interpretación. Esta convicción tiende a convertir al documento o la fuente directa en fetiche. Para Jenkins, al liberarnos de esta perniciosa ilusión, derivada del ansia objetivista de certidumbre, podemos aprender a ver más allá del ámbito limitado de las fuentes primarias para aprender a ver a la Historia como una amalgama de problemas epistemológicos, metodológicos e ideológicos que condicionan la construcción de una narrativa.

Ciertamente, el historiador tiene que aprender a buscar e identificar las huellas auténticas del pasado (en oposición a las falsificaciones), pero convertirlas en *evidencia* siempre requiere del trabajo fino e interpretación que caracteriza a la historia como construcción discursiva.

*“La evidencia, por lo tanto, en oposición con las huellas, es siempre el producto del discurso del historiador, simplemente porque antes de que ese discurso fuera articulado, la evidencia (historia) no existe, sólo las huellas (el pasado)”* (Jenkins, 1996, pág. 49)

Acorde con la evolución de la epistemología contemporánea, la naturaleza del objeto de estudio ha cambiado tanto como la concepción que el sujeto cognoscente tiene de sí mismo. El pasado del historiador contemporáneo no es ya un cúmulo de hechos invariables; es, en todo caso, un conjunto de relaciones siempre sujeto a escrutinio. Es un conjunto que, a pesar de su autonomía ontológica, como el resto de la realidad, tiene que ser

continuamente recreado por cada oleada sucesiva de observadores en busca de significado. De este modo, el pasado se vuelve objeto de “miradas sociales” que invariablemente lo van a percibir desde distintas ópticas. En este sentido, el pasado, como todo lo real, no solamente **es**, porque posee una condición ontológica propia, sino que además, **existe**, porque es percibido por la mirada transformadora de un sujeto cognoscente. Así es como nos lo presenta Mendiola al recordar a Luhmann y a Watzlawick:

*“la realidad sólo es tal en tanto que es observada (...) no existe una realidad independiente de la observación que se hace de ella, pues no existe una realidad en sí”.* (Mendiola, 2000, pág. 181)

Cobra de esta forma mayor sentido una distinción fundamental entre el ser y el existir, otrora considerados como sinónimos. La realidad sólo es asequible al conocimiento como percepción, la condición del ser *en sí* queda fuera de las pretensiones cognoscitivas del sujeto, la realidad sólo existe para los seres humanos en forma de realidad percibida (Abbagnano, 2001, págs. 485-490). De nueva cuenta, sin embargo, eso no significa, por supuesto que el sujeto la pueda reinterpretar en última instancia a su total y libre arbitrio: el ser humano sigue siendo una criatura predominantemente social y su contacto con lo real sigue teniendo como referente empírico la condición ontológicamente autónoma de lo observado (aunque ella no nos sea intelectualmente discernible) que, a partir de ahí representa el reto de ser comunicado al resto de los miembros de nuestra especie.

En estas condiciones, el problema de la relación de los individuos con lo real cobra una interesante dimensión comunicativa que nos refiere a un problema de consenso. El individuo, como ente biológico-social, dota entonces de contenido a la realidad, tanto como ésta lo dota a él de identidad. Hay a partir de ello un proceso de influencia recíproca que de hecho vuelve al sujeto impensable fuera de su propio contexto y a la realidad comprensible siempre desde una óptica contextuada, donde el sujeto le añade significado, pero éste tiene que ser a la vez, consecuente con el referente empírico al que hace referencia y comunicable, es decir, comprensible a los demás sujetos en términos de un código de significados compartidos. Me parece que, en este sentido, cobra gran relevancia la afirmación que hace Mendiola cuando sugiere que,

*“para evitar toda confusión, debe quedar claro que, “miradas” no comunicadas de una u otra manera, no pasan a formar parte del mundo social, pues se quedarían en el interior del individuo que las vive”* (Mendiola, 2000, pág. 182)

Ello nos recuerda lo expresado por Emerson en el sentido de que, efectivamente los pensamientos no traducidos en palabras se pierden por siempre para la humanidad.

Ya en el terreno de la ciencia política y de las relaciones internacionales Karl W. Deutsch había esbozado una tesis sobre la fenomenología política como una cuestión esencialmente determinada por su naturaleza comunicativa, dando forma, desde la perspectiva de la teoría general de los sistemas a una tesis sobre la política como un problema de información y comunicación en los procesos sociales de construcción sistémica.<sup>50</sup>

Es claro que, en la medida que se ha transformado de manera progresiva la concepción, tanto del sujeto cognoscente como la del objeto de conocimiento requerimos de una epistemología reelaborada para considerarlos. En lugar de dos entidades sólidas, monolíticas y perfectamente definidas y delimitadas, estamos ahora frente a un sujeto complejo, cambiante y condicionado tanto biológica, psicológica, histórica como socialmente. Cada una de estas condicionantes desempeña un papel en el proceso de interacción entre el sujeto y el objeto.

Pero además, el objeto que se prestaba más para una apreciación simple por su carácter aparentemente más estático, ahora ha sido replanteado como una entidad compleja, cambiante, móvil y escurridiza que se resiste a nuestros intentos de aprehensión por más esforzados y *concienzudos* que éstos sean, **porque, entre otras cosas, uno de los elementos que propician sus cambios es justamente el acto mismo de la percepción por parte de un sujeto cognoscente.**<sup>51</sup>

Resulta obvio que la naturaleza de un objeto de estudio cambiante como el que acabamos de describir complica enormemente nuestros intentos por conocerlo,

---

<sup>50</sup> Ver Del Arenal, (1987), págs. 251-258

<sup>51</sup> Ver Sarquís (2005), especialmente Cap. 1

ya que nuestros rangos de certidumbre tienden a ser limitados, dado el constante fluir del objeto estudiado, (convertido en un blanco móvil) pero sobre todo porque sólo de entrar en contacto con él para intentar observarlo, ya lo estamos modificando.

Para responder al reto de reconsiderar al pasado como objeto de estudio, Mendiola nos sugiere una posición reflexivista, desde la cual podríamos preguntarnos de manera fructífera porqué es que un cierto observador observa de una determinada manera y qué clase de recuento de lo observado nos está haciendo. En una de las presentaciones más lúcidas sobre el potencial epistemológico del reflectivismo constructivista, Rolando García nos sugiere, precisamente que, desde la ciencia, el observador contemporáneo reconstruye la realidad apoyado en su condición de ente histórico y social y la vive a través de sus procesos de comunicación (García, 2000).

La reflexividad como propuesta epistemológica está asociada a una concepción del conocimiento como un proceso y un producto socialmente construido. No se puede conocer la realidad de manera directa y objetiva porque el conocimiento de lo real pasa siempre por la mediación de nuestra conciencia. Lo que debe orientar entonces a nuestras investigaciones es la hermenéutica de los casos singulares; hay que aprender entonces a descifrar primero al observador.<sup>52</sup>

Otro aspecto interesante que señala Mendiola es el relativo al proceso de diferenciación como parte de la construcción de nuestro objeto de estudio. El tema ha sido trabajado por el estructuralismo de Levi-Strauss: la realidad cobra forma a través de procesos de diferenciación mediante los cuales, la uniformidad general de lo real adquiere sus especificidades distintivas, dando así paso a un tipo de epistemología que centra su esfuerzo en reconocer las diferencias que vuelven “único” o singular a un objeto de estudio.

Lo mismo señala Hoffman cuando nos refiere que, el universo, tal como lo conocemos, es un reciclado continuo de menos de un par de cientos de elementos básicos que se combinan y recombinan en proporciones distintas de

---

<sup>52</sup> Ver Morrow y Brown (1994), especialmente 25-33

manera continua, lo cual lleva a las mentalidades ingenuas a pensar que, en última instancia, todo es lo mismo: lo que evidentemente están pasando por alto ese tipo de observadores superficiales es que en el proceso de recombinación esos elementos desarrollan propiedades emergentes que dan siempre una fisonomía diferenciada a lo real, de este modo, la labor fundamental de la ciencia es una labor de reconocimiento de semejanzas y señalamiento de diferencias, diferencias que dan forma específica a lo real (Hoffman, 1997). El mismo Aristóteles ya había intuido magistralmente este proceso cuando sugiere que definir consiste justamente en reconocer el género próximo y establecer la diferencia específica.

De conformidad con lo que nos explica Mendiola, a principios de la década de los setenta, la historia empezó a abandonar su posición *heteroreferencial* apoyada en la filosofía para empezar a reconsiderarse a sí misma desde sí misma. Para nuestro autor, hay dos cuestiones que empezaron a iluminarse mediante este giro historiográfico:

*“primero, que reflexionar sobre la historia no significa salirse de la ciencia histórica e invadir el terreno de la filosofía, sino que la reflexión de la historia se hace desde la propia ciencia histórica: la historia historizando su propia práctica y segundo, que la reflexión histórica ya no es una actividad secundaria y que realizan algunos de los miembros de la comunidad de los historiadores, sino que la propia investigación histórica necesita de ella para poder llevarse a cabo”.* (Mendiola, 2000, pág. 192)

Evidentemente, el autor nos previene; este giro no ha sido posible sin tener que solventar obstáculos, ya que no se puede transitar fácilmente de un esquema heterorreferencial a uno autorreferencial sin asumir una verdadera transformación epistemológica. Hay que superar el viejo esquema en el que el historiador se colocaba como observador *fuera* del mundo (observador trascendental y no empírico) y hacía objeto de su reflexión epistemológica a la conciencia y no a los procesos de comunicación. Adicionalmente, hay que encontrar la fórmula para superar el problema de las paradojas que generan los enunciados auto-referenciales y que obligaban al reconocimiento de distintos niveles lógicos de la comunicación; problema superado, por Spencer Brown a través del proceso de contextualización del observador. (Mendiola, 2000, págs. 193-194)

Las repercusiones epistemológicas del giro historiográfico son de una enorme trascendencia; Mendiola señala que:

*“si el pasado sólo es tal en relación con la distinción que lo constituye y esa distinción no es observable en el momento en el que se utiliza, por lo tanto, la referencia al pasado depende de algo que es latente al que realiza la operación de observación. **Esta latencia es la que busca hacer manifiesta el análisis historiográfico de las investigaciones históricas**”. El corolario se sugiere a sí mismo “la sociedad moderna ha creado la noción de lo latente, que implica la necesidad de que haya un espectador que observe la observación para que de esta manera señale qué es lo que no se puede ver desde el lugar de observación” [Énfasis añadido] (Mendiola, 2000, págs. 203-204)*

Ciertamente, el objeto de estudio del historiador sigue siendo el pasado, pero el giro historiográfico ha transformado tanto al historiador en cuanto que sujeto cognoscente y al pasado en cuanto que objeto de estudio. El primero sigue siendo, como en la epistemología tradicional, un ser pensante que tiene capacidad de percepción de la realidad a su alrededor, pero no es un ser enteramente racional ni un receptor pasivo de lo que pasa en su entorno; es un ser biológica y socialmente condicionado; un ser que ha aprendido a “ver” la realidad de una cierta manera a través de procesos de comunicación con sus congéneres y que además la recrea en el acto mismo de la percepción.

Por su parte, el pasado como objeto de estudio no es ya sólo lo acontecido (que el historiador trata de reconstruir) como hecho *objetivo*, sino el proceso mismo de la reconstrucción como efecto de la comunicación entre los sujetos cognoscentes, que lo dota de significado y lo recrea para cada generación que lo aborda. Más aún, no es sólo la parte *visible* reconstruida por un observador determinado, sino el análisis del porqué esa parte en especial resultó visible mientras otra parte *latente* no se hizo manifiesta así como el análisis de las potencialidades que ofrece el estado de latencia.

De este modo, me parece que la tarea del historiador contemporáneo se ha vuelto mucho más interesante, pero a la vez más demandante que la del historiador decimonónico circunscrito a la recopilación mecánica de documentos y la reconstrucción de un pasado realmente *objetivo*.

## 6. *El reto de la reconstrucción de sistemas históricos internacionales.*

Tal como hemos apuntado, éste es un ejercicio que requiere como punto de partida la idea del sistema internacional como totalidad que abarca una espacio temporalidad concreta caracterizada por la presencia de dos o más (generalmente son muchas más) comunidades políticamente autónomas interactuando entre sí, las cuales pueden tener algún grado de sentido por cuenta propia, pero que, para efectos de una comprensión cabal, necesitan ser consideradas además, en el contexto sistémico de mayor amplitud.

Como señalábamos en el capítulo anterior, Toynbee es uno de los primeros en sugerir que las historias nacionales están de alguna manera incompletas porque han sido elaboradas como si sus objetos de estudio, las naciones fuesen entidades independientes y autárquicas. Para él, dicho enfoque es parcial porque las naciones son sólo 'partes' de un todo orgánico superior que él llama "civilizaciones". Su propuesta fue duramente criticada por varios pensadores distinguidos de su época porque esta categoría (la civilización) resultaba mucho menos tangible y operativa, más etérea que la de pueblo o nación, a las que incluso parecía minimizar.

Obviamente tenemos aquí un problema respecto de qué considerar como un todo y qué como una parte. Si las naciones o cualquier otra de las formas de agrupación social que podamos encontrar en la historia son consideradas como 'todo' o como 'parte' es decisión del observador. La lógica tradicional, con su rigor exacerbado señala que si un objeto de estudio es 'parte', no puede ser considerado como un 'todo' y a la inversa, lo que es 'todo' tiene ya sentido en sí mismo y no debe ser visto como parte. El pensamiento sistémico de vanguardia, con un enfoque más dialéctico en cambio sí contempla la posibilidad de estudiar a un objeto como 'parte' de un todo, pero a la vez, como un 'todo' en sí. Siguiendo el ejemplo de Ortega y Gasset sobre este mismo tema, diríamos que la hoja sólo tiene sentido en relación con el árbol, mientras que éste tiene sentido en sí y para sí mismo. (Ortega y Gasset, 1960, especialmente lección II) Pero tendríamos que añadir que, en algún sentido, a pesar de su relación de dependencia con el árbol, la hoja puede tener sentido en sí misma como un todo. Los médicos especializados del mundo

contemporáneo lo entienden con claridad, el mismo cuerpo humano ofrece un sinnúmero de áreas de especialización que, sin perder su conexión con el todo, pueden ser campo de observación inteligible por sí mismas.

### 6.1 Precisiones conceptuales.

Es conveniente enfatizar que, como en el caso de nuestro ejemplo anterior, no se trata de reescribir la historia regional de un grupo que ha sido ampliamente estudiado, sino de poner en perspectiva sistémica su historia para dotarla de significado internacional. Como en el caso anterior, queremos probar que la cultura griega también se desarrolla originalmente en un ámbito de internacionalidad en el que interactúan varios grupos políticamente autónomos con tendencia a integrarse, pero que por sus condiciones específicas (mismas que estaremos analizando) generan un modelo de interacción distinto al de los egipcios (sin perder su condición sistémica).

El esfuerzo de reflexión sobre el sistema internacional construido por los griegos me parece importante, no sólo porque nos permite intentar traducir los conceptos propios de la Teoría General de Sistemas (T.G.S.) en otro caso histórico particular, sino porque además, como trataré de mostrar a lo largo de este capítulo, este caso práctico constituye uno de los pilares referenciales más sólidos en los que se sustenta, prácticamente desde sus orígenes, la visión contemporánea de las relaciones internacionales<sup>53</sup>, como un ensamble de interconexiones múltiples entre centros de poder autónomos y diferenciados, carentes de una autoridad central suprema (cosa que, en realidad no ocurrió en el ámbito general de las culturas mediterráneas sino hasta la época del establecimiento de la hegemonía de los romanos) pero estrechamente vinculados entre sí, en virtud del espacio geográfico compartido, intereses económicos conjuntos y una cultura común (con sus variantes locales) que, a la

---

<sup>53</sup> Una de las referencias más antiguas que hace actualmente la disciplina de las relaciones internacionales es precisamente la reflexión crítica que formula en su obra magna el célebre historiador ateniense, Tucídides: *La guerra del Peloponeso*, de la cual existen innumerables ediciones. Una de las más útiles desde el punto de vista que persigue este trabajo es *The Landmark Thucydides*, editado por Robert Strassler (1996), con abundantes ilustraciones y comentarios para facilitar la lectura del texto original.

distancia, nos permite pensar en *los griegos*, desde una perspectiva sistémica, no sólo como cimiento de la civilización occidental, sino como la unidad histórico social más representativa del subsistema mediterráneo en la antigüedad.

Sin embargo, es claro que la impresión de unidad que genera la cultura griega a la distancia tiene mucho que ver con el punto de referencia desde el cual observamos el fenómeno, ya que al aproximarnos, la diversidad entre los antiguos griegos parece ser por lo menos tan grande y tan importante como las semejanzas que los vinculan<sup>54</sup>.

Desde este punto de vista vale preguntar, ¿tenemos realmente derecho a plantear el caso de los griegos como antecedente directo de las relaciones internacionales en el mundo moderno? ¿Constituyen las relaciones entre las antiguas polis griegas un verdadero microcosmos representativo de la realidad *internacional* contemporánea? ¿En qué sentido se relaciona y en qué aspectos se diferencia la experiencia griega de la experiencia egipcia como modelos del concepto de sistema internacional histórico?

En relación con las dos primeras interrogantes, mi impresión es que sí, con sus respectivas especificidades, sobre todo porque ambos fenómenos (la cultura griega y las relaciones internacionales) son característicamente europeos, y por tanto, sustento de una civilización occidental que tiende a ver en el modelo griego el prototipo de toda forma de organización social que le es característica (incluida la internacional).

En cuanto a la relación de ambas experiencias históricas, es interesante seguir el desarrollo de cada instancia sistémica porque ambas ilustran las tendencias de la generalidad sistémica, cada una por su lado, pero alcanzan distintos niveles de concreción sistémica individual (Egipto se vuelve un caso paradigmático de la integración imperial, mientras que en el sistema griego

---

<sup>54</sup> Ya antes he expresado mi convicción en el sentido de que la apariencia de homogeneidad o de coherencia interna de las cosas o los fenómenos que observamos es siempre directamente proporcional a la distancia desde la cual las vemos e inversamente proporcional al tiempo de estudio que les dedicamos. Cfr. Sarquís (2000) pág. 13

prevalece la condición de *anarquía* que la mayor parte de los teóricos contemporáneos reconoce como propia de cualquier sistema internacional). Posteriormente ambos sistemas se vuelven partes integrantes (subsistemas) de un sistema internacional mayor que estaría controlado por la hegemonía de Roma.

Pero, empecemos por recordar algunas precisiones conceptuales. En primer término recordemos que cuando hablamos de “relaciones internacionales”, podemos, de hecho, estarnos refiriendo a dos cosas distintas que, por supuesto están interrelacionadas entre sí, pero que al mismo tiempo son claramente distinguibles la una de la otra.

Por un lado, podemos referirnos con esta noción al fenómeno social práctico de la interacción entre **naciones**<sup>55</sup> que podemos observar en un espacio geográfico determinado, tal como sugiere el sentido semántico estricto del término; pero por otro, también nos estamos refiriendo al esfuerzo disciplinario dedicado al estudio de ese fenómeno que se observa en la práctica. Esto es lo que los especialistas han llamado la distinción entre relaciones internacionales como **objeto material** (un fenómeno observable en la praxis) y las relaciones internacionales como **objeto formal** (el esfuerzo conceptual por aprehender el fenómeno antes mencionado).<sup>56</sup>

La misma distinción existe en el caso de la historia, en donde hasta hace relativamente poco, el mismo concepto (historia) refería los dos ámbitos. Los historiadores, no obstante han avanzado en este terreno al establecer al *pasado* como objeto de estudio material de su disciplina, lo que evita importantes confusiones que los internacionalistas no han logrado resolver cabalmente todavía. Lo interesante del caso griego es que, para muchos especialistas contemporáneos de las relaciones internacionales, éste

---

<sup>55</sup> Hemos dicho que, para poder hacer una revisión significativa de esta connotación del término necesitamos interpretarlo de manera *flexible*, entendiendo que la noción de nación se emplea en un contexto histórico concreto porque era la forma de agrupación social más visible cuando empezó a dilucidarse teóricamente la interacción de grupos humanos políticamente independientes entre sí. La idea subyacente, no obstante es la de la interconectividad característica de unidades políticamente autónomas que pueden ser desde comunidades primitivas hasta pueblos o naciones, ya que sólo de este modo podemos ampliar el horizonte temporal de observación de nuestro objeto de estudio.

<sup>56</sup> Cfr. Calduch (1991) pp. 19-27

ejemplifica con claridad ambos planos del alcance del término, es decir, el caso griego aporta ejemplos para la reflexión tanto en el plano del objeto material como en el plano del objeto formal.

La distinción no es ociosa; como fenómeno observable en la realidad, las relaciones *internacionales* se dan, como hemos venido sugiriendo desde nuestra perspectiva sistémica prácticamente de manera *natural*, incluso, podríamos decir, de manera obligada, a partir del contacto que por necesidad tienen que establecer las distintas *naciones* que comparten un espacio geográfico entre sí<sup>57</sup>. Sin embargo, para la mayoría de los especialistas contemporáneos, en sentido estricto, las relaciones internacionales son en realidad un fenómeno histórico con una línea cronológica relativamente corta y bien definida, que apenas puede apreciarse con creciente claridad en la escena social *global* desde mediados del siglo XV, cuando empieza a gestarse una especie de “espíritu nacional” entre algunas de las comunidades ubicadas en el ámbito de la Europa Occidental, las cuales finalmente cristalizan como proyectos sociales hacia principios del siglo XVII<sup>58</sup>. El maestro Ortega y Gasset nos refiere sobre el particular,

*“debiera constar más al hombre medio culto que lo que llamamos estrictamente ‘naciones’ no aparece plenamente en el área histórica hasta fines del siglo XVI y comienzos del XVII. Pero también viceversa, es preciso señalar que en torno a 1600, la realidad “naciones” se presenta ya con todos sus atributos íntegramente constituida. Los pueblos de Occidente habían llegado en su desarrollo a formarse una vida propia lo suficientemente rica, creadora y característica para que en esa fecha saltase a los ojos de cada uno que era diferente de los demás. (...) Esto nos descubre, de paso, que una nación no puede nunca ser una sola. Al estricto y no vago concepto de nación pertenece ineludiblemente la pluralidad”.* (Ortega y Gasset, págs. 50-51)

Siguiendo este criterio, prácticamente no tendría ningún sentido estudiar relaciones internacionales desde una perspectiva histórica antes de la etapa

---

<sup>57</sup> Esto se debe, en esencia a que prácticamente no existen colectividades humanas en completo aislamiento. La experiencia demuestra que, aun en los espacios más recónditos del planeta, cuando llega la presencia humana, lo hace siempre manifestando una notable diversidad organizativa (siempre hay más de un grupo).

<sup>58</sup> La gestación de este espíritu nacional se observa ostensiblemente en Inglaterra y Francia, impulsadas a fortalecer su identidad propia, sobre todo a raíz del prolongado conflicto que las enfrenta por espacio de más de un siglo hacia fines de la Edad Media. Obviamente, la idea no es ajena a la necesidad del ‘mercado ampliado’ que según el análisis marxista requiere el desarrollo incipiente del capitalismo del siglo XVI.

señalada por Ortega y Gasset. Nuestro enfoque; sin embargo, busca justificar las razones por las cuales sí tendría sentido hacer un estudio internacional de proyección histórica más amplia y el caso griego es particularmente ilustrativo en esta dirección.

Como esfuerzo disciplinario, en cambio, según hemos señalado, las relaciones internacionales sólo empiezan a desarrollarse formalmente al término de la Primera Guerra Mundial, aunque, como ya también mencionamos, eso no significa ausencia total de reflexión sobre el fenómeno práctico de las relaciones internacionales procedente de fechas anteriores. Casualmente, algunos internacionalistas contemporáneos reconocen, como ya hemos dicho, un importante antecedente de la reflexión teórica (que da paso a la formación de una disciplina) en torno al fenómeno internacional justamente en la obra del historiador ateniense Tucídides, y él no es el único ejemplo del que podemos abreviar en este sentido; ahí está el trabajo del propio Homero, el de Herodoto, Jenofonte, Isócrates y hasta la obra de Polibio más bien perteneciente al periodo romano. Ya volveremos con ellos más adelante.

El caso es, sin embargo, que en términos generales la reflexión teórica sobre la interacción internacional se había hecho desde el ámbito particular de otras disciplinas, como el derecho internacional, la historia diplomática, la economía política o incluso la propia filosofía y no exclusivamente desde el ámbito de la tradición occidental, mientras que la historia de la disciplina recoge ahora importantes antecedentes entre pensadores chinos e hindúes incluso anteriores a la era cristiana.<sup>59</sup>

Desde esta perspectiva, en términos del objeto material, la cuestión de la civilización *griega* es obviamente un caso histórico paradigmático pero controvertido, porque aparentemente se aleja de la concepción clásica de las relaciones internacionales como praxis, por la sencilla razón de que, como hemos venido insistiendo a lo largo del trabajo, **las naciones** rigurosamente

---

<sup>59</sup> Cfr. Cárdenas Elorduy (1971)

consideradas no consolidan su presencia en el escenario mundial, como hemos visto, sino hasta mediados del siglo XVII de la era cristiana.

En consecuencia, según reza el argumento tradicional, resulta cuando menos un abuso del lenguaje, referirnos a la interacción entre grupos humanos anteriores a esa fecha en términos de **relaciones internacionales**.<sup>60</sup> Tal es el enfoque que podríamos llamar “restringido” en cuanto al nombre de nuestra disciplina, para el cual, puede haber interacción entre grupos humanos anteriores a la nación, pero ésta no debe confundirse con el tipo específico de intercambio entre las naciones propiamente dichas. El razonamiento, como puede observarse, es perfectamente válido, pero claramente limitante en términos de vinculación de la experiencia histórica de largo alcance en materia de interacción entre colectividades políticamente autónomas (entre las cuales, la nación es, en efecto, la más nueva –pero evidentemente no la única: hoy en día, por ejemplo, podemos afirmar que transitamos de la era de las naciones a la de las regiones, argumento que sin lugar a dudas tendríamos aún que sustentar).

Si bien es cierto que el trabajo de la ciencia exige, entre sus premisas básicas, de la mayor precisión conceptual posible, también es cierto que normalmente el lenguaje es mucho más limitado que la realidad observable y que la costumbre hace ley. De este modo, el término **relaciones internacionales**, popularizado por Jeremy Bentham desde finales del siglo XVIII, ha arraigado de tal manera entre el público general así como entre los estudiosos que, a pesar de las múltiples propuestas encaminadas a la búsqueda de una mayor precisión conceptual<sup>61</sup>, hasta la fecha ha sido prácticamente imposible sustituirlo.

La noción que sugiere este concepto, aunque es en gran medida nebulosa, permite incluso al observador no especializado intuir que, de una u otra manera se refiere al trato que diferentes *países* o grupos humanos socialmente

---

<sup>60</sup> Cfr. Krippendorf (1985) págs. 9-22

<sup>61</sup> Cfr. por ejemplo, Del Arrenal (1987) págs. 16-20 ó Rubio García (1999)

organizados establecen entre sí<sup>62</sup>. Sin embargo, con sólo ponderar esta intuición un poco podemos percatarnos de sus insuficiencias (¿qué es un país y cómo debe caracterizarse el ámbito de su interacción con otros? ¿cómo delimitamos en tamaño o funciones a los grupos humanos socialmente organizados para distinguirlos entre sí?) lo cual obliga, sobre todo en el ámbito de la academia, a preocuparnos por delimitar con mayor precisión. Esto significa tener que colocarnos en posición de delimitar con todo el rigor posible, qué es un país, qué son los grupos humanos socialmente organizados, que es una nación u otras formas de organización humana, cómo se relacionan estos conceptos entre sí y con otros semejantes a ellos, y cómo funciona el esquema de sus interacciones mutuas.

Una vez que vamos precisando esto, puede llegar a decirse, en sentido estricto que, en efecto, *relaciones internacionales* propiamente dichas serían un fenómeno histórico reciente y característicamente europeo porque, como señalamos, las naciones, como modo de organización social tienen apenas poco más de tres siglos de existencia y provienen de la experiencia concreta que significó la fragmentación de la Cristiandad al término de la Edad Media en el ámbito geográfico de la Europa Occidental, y los *países* son entidades geográficas que surgen precisamente del desvanecimiento del antiguo orden medieval, justo cuando las naciones empiezan a consolidarse como proyectos socio-culturales, básicamente a consecuencia de las revoluciones burguesas, ya bien entrado el siglo XIX de la era actual.

Pero, entonces, como ya hemos inquirido ¿dónde queda toda la experiencia acumulada en cuanto a la interacción de distintos grupos humanos entre sí, en distintas latitudes del planeta con fecha anterior, por ejemplo, al siglo XVII?

---

<sup>62</sup> Encuestas informales realizadas por alumnos del curso introductorio al estudio de las relaciones internacionales han revelado consistentemente que hasta en un 90% de los casos, independientemente de su nivel de escolaridad, el entrevistado *sospecha*, por el puro nombre, que las relaciones internacionales tienen algo que ver con el trato que diversos *países* establecen unos con otros, quizá a través de la diplomacia o la política exterior, como hemos apuntado, pero no van mucho más allá de esa vaga intuición.

¿Acaso no existe forma de vincular la experiencia humana anterior al siglo XV con la contemporánea más allá de las vagas generalizaciones?<sup>63</sup>

En este sentido, nos parece necesario pensar en una concepción *laxa o flexible* del término “relaciones internacionales” para poder pensarlo históricamente, ya que no ha sido factible sustituirlo y así ampliar su alcance (sin perder su contenido) hasta abarcar un cúmulo de experiencias que incuestionablemente están ahí y pueden resultar sumamente provechosas para el analista del fenómeno internacional contemporáneo, en la medida que éste logra establecer conexiones significativas entre los distintos momentos históricos característicos de la evolución del gran sistema internacional, o más propiamente hablando, de los diversos sistemas internacionales históricos que han existido en el planeta al paso del tiempo.

Podemos entonces considerar el alcance del concepto de **nación**, primero para delimitar su contenido y luego para explorar las posibilidades de su conexión con el pasado; en particular, ese pasado tan significativo para la cultura occidental contemporánea que es el de la cultura griega y que hasta ahora, según la definición rigurosa más tradicional de las relaciones internacionales, no nos podíamos apropiarnos en toda su extensión los internacionalistas como parte de nuestro objeto de estudio.

Al hacerlo, vamos a ampliar el alcance de nuestro propio horizonte histórico como internacionalistas para explorar un área que la propia historia apenas vislumbra como objeto de estudio, la de las relaciones internacionales y en la que ciertamente, historiadores e internacionalistas podemos conjugar esfuerzos para una mejor comprensión de la experiencia humana en su conjunto.

Nada hay sin embargo, más engañoso que una definición excesivamente rigorista. Siempre se le encontrarán fallas que denotan su insuficiencia para

---

<sup>63</sup> Krippendorf es de los partidarios de la postura restringida del término relaciones internacionales y sostiene enfático que prácticamente carece de sentido hablar del tema antes de la revolución industrial, pero curiosamente, cuando trata de explicar el advenimiento de ésta, tiene que remontarse a la época de las grandes exploraciones europeas que llevan a la conquista de América y el desarrollo del capitalismo. Me parece claro que si el autor quisiera explicar en turno esos hechos, tendría que ampliar el alcance de su mirada retrospectiva.

abarcar la totalidad de los casos que supone comprender. El caso de la **nación**, que de alguna manera ya mencionábamos con anterioridad, no es la excepción. A pesar de los múltiples intentos por definirla (y vaya que sí han proliferado) siempre hay faltantes, siempre encontramos casos que caen fuera de la regla. No vamos entonces a emprender un análisis exhaustivo del concepto, porque no corresponde al interés directo de este trabajo y bien podría requerir de una extensión mucho más larga de la que ya hemos cubierto hasta ahora. Nos limitaremos entonces a considerarla, desde la perspectiva más general, simplemente como punto de partida para nuestra reflexión sobre el origen y alcance de las relaciones internacionales como fenómeno de la praxis social. No se trata de un reduccionismo simplista. La idea de la nación es compleja y requiere de un tratamiento extensivo y cuidadoso. También en este caso existe abundante literatura dedicada al tema.<sup>64</sup>

Para muchos especialistas, la idea formal de “la nación” se elaboró hacia fines del siglo XVIII (aunque otros señalan una proyección histórica de mayor alcance) y es, al mismo tiempo, señal inequívoca de la conciencia que algunas colectividades europeas han cobrado de sí mismas como colectividades ampliadas con base en instituciones comunes, fuerzas operativas conjuntas (como es el mercado) y a valores compartidos, a la vez que resultado de la reflexión de los enciclopedistas sobre las fuentes del poder social que legitiman las distintas formas de gobierno. Es interesante señalar también que, en el proceso, hay una concientización y concreción creciente de la idea de *lo europeo* en relación con las culturas que no lo son –los otros, en el lenguaje de Todorov.

Así, por ejemplo, en contraposición con los defensores de las monarquías absolutas, fincadas en la tesis del derecho divino para gobernar, los filósofos de la razón argumentan en favor de una concepción que ve al ejercicio del poder como una facultad que las autoridades sólo pueden ejercer de una

---

<sup>64</sup> Particularmente importante por su contenido es la obra de Ortega y Gasset, José. (1985) *Europa y la idea de nación* en la que el autor concibe a la nación como un grupo humano definido por un proyecto de vida compartido. Otro trabajo importante en la misma dirección es el de Rucker, Rudolf (1936) *Nacionalismo y Cultura* en la que se maneja la idea de *nación* como un modo de organización social alcanzado por los pueblos europeos en las postrimerías de la Edad Media.

manera socialmente aceptable cuando está basada en una especie de consenso generalizado que Rousseau llamó la **voluntad general**. Para el ginebrino, esta noción es de crucial importancia porque define la razón en la que se sustenta la idea misma de la formación de colectividades humanas, un proceso encaminado a superar los escollos de la vida no institucionalizada en la que el mayor riesgo de la subsistencia individual viene de la competencia natural con los 'otros'.

*¿cómo es posible compaginar la libertad del hombre con las exigencias de la irrenunciable vida social, es decir, con la necesidad de someterse a un orden moral? Para Rousseau sólo existe una solución: aplicar fielmente el «Contrato Social». Por él, todos y cada uno de los individuos hacen entrega a la comunidad de todos sus derechos (en el sentido de pretensiones, reivindicaciones); como esta cesión se hace a la comunidad total y no a ninguna otra persona o grupo, la voluntad y los derechos de cada individuo no quedan sometidos a los de ningún otro, sino a la «Voluntad general» de esa persona colectiva de la cual él es una parte. Esa voluntad general busca siempre el bien común, es decir, la defensa de la persona y de la propiedad de cada miembro, y, por tanto, lo mismo que buscaba cada uno de los individuos en el «estado de naturaleza». De esta forma, además de quedar garantizada la moralidad, cuando se obedece a la «Voluntad general», queda también garantizada la libertad individual, ya que se está obedeciendo a sí mismo» (Ocariz Braña, S/D)*

La noción es importante porque mete a escena a la gran masa amorfa de gente otrora contemplada desde una perspectiva social pasiva meramente como súbditos de un monarca, condición que la mayoría mantiene en el resto del mundo no europeo. Es justamente a partir de la idea de una *voluntad popular* se va a ir conformando la idea de **nación** como un colectivo; un agregado social que representa la identidad de un grupo determinado y que define su estilo de vida y su manera de ser (más allá de los vínculos étnicos, lingüísticos o religiosos que inicialmente vinculan a los colectivos humanos), lo que no sólo lo dota de coherencia y cohesión interna sino que además lo distingue de los demás (los otros) al exterior. Pero, ¿en qué sentido es distintiva la nación con respecto a formas anteriores de agrupación social? ¿Por qué no son los griegos, por ejemplo, o los romanos, los egipcios o los persas naciones propiamente hablando y, en todo caso, como debemos clasificarlos?

Como hemos señalado ya insistentemente, la experiencia humana es ante todo grupal; difícilmente puede hablarse de manera significativa del ser humano fuera del contexto de algún grupo. Para poder existir, los grupos deben estar cohesionados. Las formas grupales anteriores a la nación lograban esa cohesión a través de distintos factores; el más antiguo era el vínculo sanguíneo, pero a medida que los grupos se hacen más grandes y complejos, la biología deja de un ser aglutinante efectivo, entonces los grupos tienen que desarrollar nuevos elementos de cohesión: claramente, el lenguaje, las costumbres comunes, la religión han jugado un importante papel histórico en ese sentido.

Durkheim reconoce la complejidad grupal creciente al establecer su distinción entre formas de solidaridad grupal mecánicas (basadas en el desempeño común de tareas colectivas) y formas de solidaridad orgánicas (basadas en la especialización), lo que de alguna manera da a la sociedad humana un carácter más social y menos biológico<sup>65</sup>. La nación fue hasta hace poco la forma más desarrollada de cohesión grupal (en día se perfila sobre el escenario internacional el concepto de región) abarcando gente de distinto origen étnico, lingüístico o religioso en un proyecto social común en el que la identidad global tiende a superar –no siempre con éxito- a la local<sup>66</sup>.

En un proyecto nacional consolidado, la gente se siente pues parte de una identidad más amplia que la de sus vecinos inmediatos (como sería, por ejemplo, el caso de las tribus). Los griegos, por ejemplo, no logran ese tipo de identidad ampliada porque la gente siempre es claramente más ateniense, espartana, tebana o corintia, etc. antes que *griega o helena* para decirlo con mayor propiedad. Aunque existe la noción de *heleno*, que crea el trasfondo cultural de las polis y dota en alguna medida de identidad colectiva a las tribus

---

<sup>65</sup> “*Solidaridad mecánica: es una solidaridad por similitud. Los miembros de una misma colectividad, se semejan porque experimentan los mismos sentimientos, porque adhieren a los mismos valores, porque reconocen las mismas cosas sacras (...) Solidaridad orgánica: es contraria a la anterior, es aquella labor del consenso, es decir la unidad coherente de la colectividad, resulta de la diferenciación o se expresa en ella. Los individuos ya no son semejantes, sino diferentes; y hasta cierto punto precisamente porque son distintos se obtiene consenso*”. (Montesinos, 2006)

<sup>66</sup> España puede ser considerada como un caso paradigmático en este sentido, ya que lo *español* no ha logrado un predominio contundente sobre lo vasco, lo catalán, lo gallego, etc.

griegas, ésta nunca fue lo suficientemente sólida como para superar la lealtad local, y mucho menos para sentar las bases de una autoridad central reguladora de todas las polis, situación que en gran medida caracteriza al sistema internacional contemporáneo. El único elemento que podía lograr la cohesión unificadora (la fuerza militar) está tan equilibrado en el ámbito de la cultura griega que, salvo en el caso de Alejandro Magno, sencillamente fue insuficiente para lograr un arreglo hegemónico duradero en el sistema griego<sup>67</sup>. Regresando al tema de las naciones, me parece muy adecuada la propuesta de Anderson para abordar la problemática conceptual de la nación como: *una comunidad política imaginada, inherentemente limitada y soberana* (Anderson, 2006, pág. 23). Es una idea interesante porque incluye los tres ingredientes principales que necesariamente hay que abordar al pensar en las naciones: a) es una forma de agrupación humana, (históricamente diferenciable de otras anteriores como el clan, la tribu o el pueblo) b) su condición delimitada nos lleva a tener que pensar en la cuestión de la otredad (ningún grupo social existe en aislamiento total, por lo que se es *nacional de un grupo* frente a quienes no lo son) y c) enfatiza el rasgo de la organización política propia como marca distintiva de cada grupo respecto a otras colectividades circunvecinas, lo que le da derecho al establecimiento de su propio régimen político-normativo y le define como unidad frente a *los otros* fincada en un estilo de vida propio, una cosmovisión característica que se convierte en aglutinante de *los nacionales*.

De este modo, además de ser un concepto jurídico, la nación es también un concepto sociológico que nos refiere a una colectividad humana independiente de otras, en cuanto a que posee sus propias fuentes de coherencia interna<sup>68</sup> y desarrolla sus propios mecanismos de poder, que eventualmente llevan a la creación del estado-nacional moderno, pero además, distinta de otras en

---

<sup>67</sup> Es interesante observar, por ejemplo, que Agamenón, líder de la expedición contra Troya sólo es reconocido como *primero entre pares*.

<sup>68</sup> El filósofo musulmán Ibn Jaldún escribió un monumental tratado en el siglo XIV de nuestra era que es antecedente indispensable para el desarrollo de una concepción sistémica que vincula a la historia y las relaciones internacionales como disciplinas de la complejidad. En esta obra, el autor desarrolla, entre otros, el concepto de *asabiyya* a través del cual explica justamente la cuestión de la unidad grupal y explora los elementos que dan coherencia a cada grupo humano. Esta noción es fundamental para la comprensión de la comunidad humana extendida (en su caso integrada obviamente por musulmanes) bajo el principio aglutinante del Islam (es decir la Umma, totalmente incomprensible desde una perspectiva no-sistémica). Ver Ibn Jaldún (1997)

cuanto a que, sobre la base de sus propias costumbres, tradiciones e historia, posee una identidad que le es característica y un proyecto de vida común que, en cierto sentido es único.

En el grupo nacional, según hemos dicho, el vínculo sanguíneo como factor de aglutinación e identidad (característico de formas anteriores de agrupación) prácticamente ha desaparecido (no siempre del todo) y aunque la raza, la lengua, la religión y las tradiciones siguen jugando un papel vinculador importante, en sentido estricto han perdido su predominio en favor del estilo de vida compartido de la comunidad ampliada. En la nación, la mezcla de orígenes aumenta y, en consecuencia, la unidad del grupo pasa a convertirse en una función de sus valores comunes *efectivamente* compartidos, es decir, de su cultura. Anderson señala atinadamente que, a pesar de lo reciente que puede parecer este fenómeno a los ojos de los historiadores, la mirada subjetiva de los nacionalistas le da una proyección temporal de mucho mayor alcance. (Anderson B. , 2006, pág. 22)

Es por eso que, en la actualidad tendemos a pensar en diversos grupos humanos como naciones, cuando en realidad no lo fueron: los griegos, los romanos, los judíos, por sólo nombrar algunos que en términos antropológicos son más bien **pueblos**<sup>69</sup>. Más aún, la cuestión terminológica se complica porque prácticamente todas las naciones hoy conformadas en el escenario internacional tienden a apropiarse del pasado histórico lejano de la región geográfica que habitan, así por ejemplo, los mexicanos contemporáneos reclaman como parte de su historia *nacional* el legado de todos los *pueblos* prehispánicos de la región, desde los olmecas hasta los aztecas, cuestión que desde luego no está exenta de controversia porque orilla a algunos a pensar en esos pueblos como antiguos mexicanos.

Una nación, por cierto, puede o no tener éxito en su intento por organizar su propio esquema de poder, cuando lo logra, puede llegar a convertirse en un

---

<sup>69</sup> Los pueblos fueron la forma de agrupación predominante antes de las naciones y después de las tribus. En ellos, el factor étnico y lingüístico es mucho más homogéneo que entre las naciones (las cuales, de alguna manera conjugan a diversos pueblos en un proyecto social de mayor envergadura).

**estado-nacional**<sup>70</sup>, por mérito propio pero cuando no, normalmente queda subordinada a la autoridad central de otra nación, en virtud de lo cual pasa a formar parte constitutiva de algún estado multinacional, de los cuales hay muchos ejemplos históricos. El ideal wilsoniano de “cada nación con su propio gobierno en su propio territorio” ha sido mucho más difícil de llevar a la práctica de lo que su entusiasta enunciado parecía sugerir y es en gran medida responsable de muchos de las grandes tragedias sociales del siglo XX (la limpieza étnica, por ejemplo).

La experiencia humana es, como ya hemos dicho, fundamentalmente grupal, Aristóteles lo tenía muy claro cuando definió al hombre como el “animal *político*”. En función de ello, cuando revisamos la evolución de nuestra especie, siempre encontramos alguna forma de organización colectiva a la cual hacer referencia para enmarcar las vicisitudes individuales. En este sentido, es claro que el concepto de nación, a pesar de lo novedoso que pudiera parecer hacia fines del siglo XVI, tiene ya importantes antecedentes históricos de largo alcance, por la sencilla razón de que la propia supervivencia de nuestro género ha dependido de nuestras capacidades de asociación, por lo tanto, siempre vamos a tener que estudiar al hombre como parte de algún grupo, por más que los individualistas exacerbados pretendan negarlo.

La forma más antigua de asociación humana de la que se tiene noticia, incluso anterior al período en el que propiamente dicho se inicia el registro de la historia (y que hoy en día estudia la antropología) es el caso de la **comunidad primitiva**<sup>71</sup>. La evidencia señala que originalmente se trataba apenas de algo más que una banda de homínidos superiores dedicados a la recolección y la caza menor (inclusive, más bien al rescate de los despojos que dejaban las grandes fieras).

---

<sup>70</sup> En este sentido, debe señalarse que la experiencia del estado nacional es fundamentalmente europea en su origen y que sólo a partir del siglo XIX se exporta la idea de que el resto del mundo podría organizarse siguiendo este patrón, el cual pocas veces se ha seguido con éxito en otras latitudes.

<sup>71</sup> Aunque ya casi inexistente en la actualidad y ciertamente muy influidas por su contacto con la civilización, todavía se encuentran algunos ejemplos de esta forma de organización social, por ejemplo, entre los bosquimanos de Australia y algunos grupos de las islas polinesias.

Este tema ha sido ampliamente tratado por John Gowlett (2007) en *Arqueología de las primeras culturas* y por Johnson y Earle (2000) *En evolución de las sociedades humanas* y estos autores, retoman que:

*“Service (1962) propone una tipología de bandas/ tribus/ jefaturas/ estados, y Fried (1967) sigue con una topología con tres niveles enfocada en la organización política: la sociedad igualitaria, la sociedad de rangos y la sociedad estratificada. La terminología de ambos, Service y Friend se usa frecuentemente en discusiones actuales sobre la evolución socio-cultural y están cercanamente reflejadas en nuestro propio enfoque.”* (Johnson & Earle, 2000, pág. 6)

El principal factor de identidad entre los grupos humanos más antiguos fue el vínculo sanguíneo, que no sólo definía las líneas de parentesco sino que permitía a los individuos reconocerse como miembros del mismo grupo y a la vez, diferenciarse de *los otros*, frecuentemente considerados como enemigos naturales. Este factor sanguíneo, a su vez les permitía sumar esfuerzos en la lucha por la subsistencia. Su modo característico de ser ha sido ampliamente descrito por F. Engels en *Los orígenes de la familia, la propiedad privada y el estado*.<sup>72</sup>

De conformidad con el precepto que señala que el cambio cuantitativo implica cambios cualitativos, puede asumirse que en cuanto esos grupos estuvieron en posición de crecer, es decir, en cuanto aumentó el número de integrantes del grupo, bien fuese porque las condiciones así lo permitieron o porque se fusionaron con otros grupos, lo cierto es que, aun cuando cada una de ellas puede seguir siendo considerada como colectividad humana, de hecho pasaron a ser algo distinto de las comunidades primitivas y se convirtieron de manera progresiva en hordas, tribus, clanes, fratrias, pueblos etc.<sup>73</sup>, y así sucesivamente hasta llegar a ser las modernas naciones que actualmente

---

<sup>72</sup> Ver Engels (2000)

<sup>73</sup> La reflexión sobre las causas que permitieron este incremento poblacional es muy abundante y llena las páginas de diversos textos de historia y antropología. Se mencionan, entre otras, la creciente capacidad de adaptación de los seres humanos, mayor disponibilidad de recursos, progreso tecnológico, nuevas habilidades, entre otras. Ortega y Gasset nos recuerda que, *“la tribu es una idea peculiar de sociedad que posee sus precisos atributos, por lo pronto, la colectividad en cuestión procede genealógicamente de ciertos antepasados comunes a todos o a la mayor parte de sus miembros. **Antes de la idea de tribu hubo la idea de horda, como luego ha habido muchas otras ideas de sociedad**”* [énfasis añadido] (Ortega y Gasset, 1985, pág. 54)

pueblan nuestro planeta y que claramente empiezan a transformarse en regiones.

Debe hacerse notar que, en efecto, cada nuevo nombre implica nuevas condiciones de asociación, es decir, transformaciones en la naturaleza misma del grupo, sus reglas de convivencia, sus formas de gobierno etc, Esto significa básicamente su adaptación a nuevas condiciones de existencia y finalmente, su evolución. Ello genera, sin duda, nuevas especificidades, pero no elimina en su totalidad las semejanzas que los vinculan. Aunque, como ya señalamos esto no quiere decir, en forma alguna, que todos los grupos hayan evolucionado en la misma dirección y, mucho menos, que, *en esencia*, todas las formas de agrupación humana de la comunidad primitiva a la nación sean *lo mismo*.

La evolución no es un proceso lineal y cada forma de agrupación humana tiene sus especificidades, las cuales definen los rasgos distintivos de su época. Pero tampoco quiere decir que las nuevas formas de agrupación pierdan toda forma de vinculación o conectividad con sus precedentes, lo cual permite la comparación histórica significativa.

En otras palabras, todas las colectividades sociales comparten la característica común de ser formas de agrupación humana, y por ello, todas están estructuralmente vinculadas, pero cada uno de ellos tiene rasgos propios que la hacen distintiva. Los **pueblos** por ejemplo, como hemos señalado, son modos de organización social en los que la lengua, la religión o la raza son todavía elementos sustantivos para determinar los niveles de pertenencia al grupo y definir las lealtades de los individuos. La nación se define más en términos culturales, se define por afinidad con un estilo de vida.

Esto significa que cada grupo que va surgiendo tiene nuevos factores de aglutinación, nuevos modos de organización económica, política y social, en fin, cada uno de ellos representa un nuevo modelo cultural y proyecto de vida. Por eso, al analizarlos, se puede adoptar la doble perspectiva de la búsqueda de aquello que tienen en común y el señalamiento de aquello que los separa, o cada uno de estos enfoques por su propio lado.

Así, desde un punto de vista laxo o flexible, y a falta de mejores opciones conceptuales, me parece que el término de *relaciones internacionales* puede aceptablemente ampliarse para abarcar el flujo de interacción que establecen entre sí diversos grupos humanos, dependientes de su propio poder político a lo largo de la historia; es decir, con su propio centro de autoridad constituido, aun cuando subsiste la necesidad de caracterizarlo en su especificidad. De esta manera, el internacionalista moderno puede expandir enormemente su horizonte de reflexión temporal si, en lugar de pensar exclusivamente en la relación entre **naciones**, piensa en la interacción entre **colectividades políticamente autónomas** y busca entre ellas, cualquiera que sea su ubicación histórica o geográfica, en primer término, los denominadores comunes a lo largo de la historia, para posteriormente concentrarse en la especificación de las diferencias que las separan (aunque obviamente, de conformidad con lo que hemos señalado, tales diferencias no las desconectan del todo de formas previas de organización colectiva<sup>74</sup>).

Un enfoque de esta naturaleza permite no sólo apreciar la evolución conjunta del género humano desde la perspectiva integral de sus procesos de dispersión-aglutinamiento cohesión-fragmentación progresivos por todo el planeta y el desarrollo de sus diversos polos de crecimiento civilizador, sino además, también posibilita de manera simultánea el análisis de los procesos de interacción que históricamente se han ido dando entre ellos: un flujo continuo de relaciones regido por una dinámica específica, en la que los principios de la auto-organización, la adaptación, la competencia entre las partes, la cooperación, la especialización y la coevolución juegan un papel central, que adicionalmente, por contraste entre ellas, vuelve significativo el análisis de cada momento particular en la historia de las formas de agrupación entre los hombres.

Para efectos de la reconstrucción histórica de sistemas internacionales, la dinámica es similar. No se trata de hacer un nuevo tipo de historia, sino de

---

<sup>74</sup> Ciertamente que uno de los mayores retos para el internacionalista contemporáneo estriba precisamente en entender el traslape actual de diversas formas de organización social, que sobreviven aun junto a la nación; grandes extensiones del planeta son aún completamente tribales en plena era de la red, mientras que en otras empieza a dibujarse un proyecto de organización social supranacional, el de las regiones.

replantear la conformación de los grupos humanos que conforman sistemas internacionales desde una perspectiva holística en la que todas las partes (a pesar de su autonomía) están influidas por un mismo orden internacional (principios guía) que establece códigos de conducta (de manera implícita o explícita) para su desempeño como actores internacionales. Ortega y Gasset, uno de los más acérrimos críticos de Toynbee lo reconoce cuando escribe:

*“¿Quiere decir que Toynbee se propone escribir la Historia en forma distinta de cómo hasta ahora se ha hecho? En modo alguno, porque lo que hace es partir de los libros históricos, de la ciencia histórica tal como ha sido comprendida para otros efectos y elaboraciones. **Lo que hace es pues, dar por supuesta la ciencia histórica según cual es y someterla a un tratamiento de segundo grado, para ver si en ese enorme caos que es el acontecer histórico no se vislumbran ritmos, estructuras, leyes, regularidades, que permitan aclarar una figura y como una fisonomía al proceso histórico**”.* [Énfasis añadido] (Ortega y Gasset, 1960, págs. 36-37)

Esta observación me parece fundamental porque ayuda a responder a una de las preocupaciones fundamentales de la comunidad epistémica de los historiadores en relación con el manejo de archivos y el uso de fuentes primarias para ‘hacer’ historia. No se trata, como hemos dicho, de reescribir la Historia, sino de presentar un nuevo ángulo de observación que facilite la percepción de las regularidades sociológicas al paso del tiempo, sin demérito del énfasis que debe mantenerse en la singularidad de cada sistema internacional histórico.

### Capítulo III.

#### ¿Qué es un sistema internacional?

*Realmente no sabemos qué es la realidad. Nuestras percepciones de la realidad son sólo eso: percepciones. Les llamamos modelos o teorías. Son nuestro mejor intento de explicación sobre la realidad. Los modelos pueden explicar una amplia gama de comportamientos y nos ayudan a predecir qué podría ocurrir en situaciones futuras semejantes. Aún así, no son más que eso, modelos, metáforas basadas en lo que percibimos a nuestro alrededor; nuestra explicación ante las misteriosas manifestaciones de la realidad.*

Russ Marion  
(1999, pág. 11)

#### *Introducción.*

La pregunta puede parecer ociosa; mal que bien hoy día cualquier persona medianamente educada en cualquier parte del mundo diría de manera casi intuitiva que un *sistema internacional* es el conjunto de *países* que pueblan nuestro planeta. Pensaría además que sistema internacional hay uno solo, (hoy día de alcance planetario) que históricamente se integró desde mediados del siglo XVII, al término de las guerras europeas de religión y que está formalmente constituido por estados nacionales (aunque hoy día se puede reconocer con relativa facilidad la presencia de otros actores integrantes del sistema) e íntimamente vinculado con el proceso de expansión del modo de producción capitalista. También podría añadir que la figura del estado-nación es un producto histórico relativamente reciente y original de la cultura europea (asociado del mismo modo, al proceso de configuración de la modernidad) y que el resto del mundo lo ha tenido que ir adoptando y adaptando, más que nada por imposición, a través de procesos de colonización e imperialismo (en sus diversas modalidades).

Todo ello es cierto. Un enfoque de esta naturaleza reconoce al sistema internacional contemporáneo en sus algunas de sus especificidades fundamentales, lo cual ayuda a distinguirlo de formas precedentes de organización política, económica y social, lo cual resulta innegablemente útil. El único problema es que, llevado al extremo del rigor semántico, esta forma de concebir la idea de un sistema internacional “desconecta” al mundo actual (al

sistema de la modernidad contemporánea) de todos sus antecedentes históricos y nutre la peligrosa idea de que se puede hacer caso omiso de toda la experiencia histórica anterior para entender la dinámica del sistema internacional de nuestros días.

La intención de este trabajo es sugerir no sólo la viabilidad y la conveniencia de una revisión crítica de esta concepción de “sistema internacional” no porque esté equivocada, sino porque resulta limitante del intento de comprensión integral de la experiencia humana en su conjunto. Incluso para los partidarios de la idea de un desarrollo discontinuo de la experiencia humana debería resultar evidente que las distintas fases de la historia, si bien pueden concebirse de manera válida como bloques o segmentos separables, jamás surgen de la nada. Bien pueden representar nuevos desarrollos y formas de organización con características distintivas, pero nunca carecen de precedentes históricos y siempre tienen relaciones paradigmáticas con desarrollos y formas de organización que representan *su equivalente* en momentos anteriores de la historia. El problema aquí, no consiste en tener que elegir entre un modelo de representación continua o uno de representación discontinua de la realidad social, sino en saber reconocer la validez, e incluso la complementariedad de ambos en el esfuerzo por comprender el pasado de la humanidad.

Es por ello que intento flexibilizar el concepto mismo de *sistema internacional* para replantearlo como categoría histórica y buscar, a través de él, esquemas de regularidad en el proceso genérico de la evolución socio-política de nuestra especie. En el contexto de este trabajo se busca dar al concepto de sistema internacional una proyección histórica de largo alcance y, para hacerlo, como he venido sugiriendo, es necesario trascender la barrera que impone la idea de nación como componente básico del sistema. La nación es una forma de agrupación humana; un colectivo entre varios otros que han existido al paso del tiempo. La esencia del sistema internacional puede pensarse entonces en términos de colectividades humanas interactuantes: desde la época de las comunidades primitivas hasta la era de las regiones en el mundo contemporáneo.

Esto no significa, en forma alguna un reduccionismo simplificador, sugerente de un desarrollo histórico mecanicista que equipara y sintetiza la experiencia de cualquier sistema internacional histórico en una fórmula elemental. Ello equivaldría a pretender sintetizar el conocimiento sobre el ser humano diciendo que todos nosotros nacemos, nos desarrollamos, nos reproducimos y morimos. Si bien este es un patrón de regularidad aplicable a y definitorio de la especie, por sí sólo se ubica peligrosamente en el límite de la verdad de Perogrullo.

El conocimiento de la naturaleza sistémica de la realidad social sólo se vuelve significativo cuando, al proceso de identificación de semejanzas en las fases de desarrollo histórico se añade el complemento insustituible del señalamiento de diferencias entre una fase y otra.

Así pues, si resulta útil concebir el desarrollo histórico genérico de los seres humanos en términos de la recurrencia del surgimiento de sistemas internacionales en la historia, es absolutamente necesario también aprender a reconocer a cada uno de ellos en su especificidad. Esta es la forma como se sintetiza la búsqueda de regularidades sociológicas con el estudio de la singularidad histórica por la que tan atinadamente abogó Raymond Aron.

Empezaremos entonces por explorar las características generales que sugiere la idea de sistema, bajo el enfoque de la filosofía de sistemas iniciada por Bertalanffy, para de ahí pasar a la idea concreta de sistema internacional que buscamos aplicar en la historia.

En términos generales la idea de un *sistema*, se ha manejado en el lenguaje popular como cualquier conjunto de elementos interrelacionados entre sí pero claramente distinguibles unos de los otros. Así definida, la noción de sistema carece prácticamente de utilidad o interés para la ciencia, aunque ciertamente no deja de ser un concepto conveniente en su uso corriente por la enorme cantidad de situaciones que permite referir en la vida diaria, incluso con su evidente falta de rigor.<sup>75</sup>

---

<sup>75</sup> La conveniencia en el uso del concepto se nota con facilidad en el uso tan extendido que tiene hoy en día tanto en el lenguaje coloquial como entre las más diversas disciplinas del quehacer científico. Todo mundo habla de sistemas, pero pocos lo hacen con el rigor que exige la filosofía de sistemas de perfil y aspiraciones científicas.

El desarrollo de una perspectiva sistémica como instrumento metodológico para cualquier rama disciplinaria en el ámbito de la ciencia exige, sin embargo una más cuidadosa elaboración conceptual a efecto de permitir el logro de mayor precisión a la hora de articular un discurso significativo en la exploración de nuestro objeto de estudio. Si vamos a tratar de representarnos al objeto de estudio como *un sistema*, que es el punto de partida en el análisis sistémico, tendremos, sin duda que empezar por definir con más claridad qué entendemos por sistema y explicar cómo es que esta noción puede aplicarse a todo lo largo y ancho del espectro disciplinario, proporcionando de este modo un lenguaje común para el esfuerzo que sugiere la interdisciplinariedad y que exige cada disciplina.

La concepción sistémica parte de una ontología que asume al universo como una totalidad interconectada en todos sus múltiples y variados aspectos. Una totalidad que puede concebirse como un proceso en devenir continuo y causalmente estructurado, pero al mismo tiempo, como una colección de fases discontinuas con sentido propio. Es además una totalidad dinámica en la que lo observado nunca es algo fijo y definido de una vez por todas y para siempre sino que se encuentra en constante devenir; **es** algo, pero sólo de manera temporal porque siempre se está convirtiendo en algo nuevo. La teoría sistémica es, desde este punto de vista un esfuerzo intelectual que busca ocuparse de la realidad en su doble dimensión de ser y devenir. De esta manera, tanto la estructura como las funciones o el comportamiento de un sistema son tan relevantes como su dinámica de cambio para el observador que lo estudia.

### 1. ¿Qué es un sistema?

Tal como se concibió originalmente en el ámbito de la biología durante la primera mitad del siglo XX, como parte del legado del evolucionismo darwiniano y del organicismo spenceriano del siglo XIX, el concepto se refiere en esencia, a una pluralidad de entidades o partes (subsistemas) que pueden ser de diverso tipo, e incluso ser consideradas por separado, pero que

fundamentalmente están vivas<sup>76</sup> e interconectadas entre sí, de forma tal que todas ellas se vuelven necesariamente interdependientes, lo cual no sólo implica que, en alguna medida todas ellas se necesitan entre sí (aunque de manera asimétrica) sino, sobre todo, que se explican como totalidad en función de sus interrelaciones, configurando de esta manera *un todo* que siempre resulta ser *algo más* que la mera suma mecánica de las partes; un todo que de alguna manera cobra “vida propia”, dependiente de las partes, pero por encima de ellas, aunque nunca deja de depender de cada una de ellas en términos de su devenir como totalidad. Las partes, de su lado, aún estando integradas a la totalidad, nunca pierden su tendencia a la autonomía (es decir a velar por sus propios intereses), lo cual es fuente permanente de tensión, incluso entre los sistemas más armoniosos.

Adicionalmente debe señalarse que todas las partes componentes de un sistema están *organizadas* entre sí con el propósito común de subsistir, por lo que, aunque nunca pierden su carácter de parte, buscan sumar esfuerzos para el logro de objetivos comunes. Aquí, la idea de la “organización” no implica por necesidad un funcionamiento armonioso y sin fricciones del sistema. La organización sistémica implica por supuesto coordinación de esfuerzos, pero nunca está exenta de contradicciones porque a pesar de su carácter “unitario” las partes de hecho nunca pierden su identidad individual, a pesar de estar actuando dentro del conjunto.

A partir de la interacción entre sus partes integrantes, todo sistema desarrolla una estructura característica que le distingue del entorno en el que se encuentra inserto (mismo que también debe ser contemplado como un sistema en sí mismo) y con el cual mantiene un flujo constante de intercambio, que en el lenguaje sistémico se expresan como un flujo de estímulos y respuestas (*inputs-outputs*) entre el medio y su entorno y viceversa. Es gracias a esa estructura propia que el sistema adquiere los rasgos básicos de una identidad que le distingue de otros sistemas en su entorno.

---

<sup>76</sup> “Vida” es uno de los conceptos de mayor controversia en el pensamiento sistémico. Obviamente un sistema físico está “vivo” en un sentido distinto a un sistema biológico, cultural o conceptual. Este es justamente uno de los puntos de debate entre los especialistas de las distintas áreas.

La *organización* mencionada, misma que de alguna manera da vida al sistema implica una separación funcional entre las partes que lo integran, es decir la asignación de tareas o funciones específicas para cada uno de sus subsistemas, lo que también le otorga a cada uno de ellos una identidad sistémica propia, que le diferencia de los demás, aunque no los desvincula de sus lazos con el sistema mayor dentro del cual están contenidos.

Esto propicia una situación muy peculiar en el seno de cada sistema: las partes están unidas estructuralmente y conforman un todo que les da sentido unitario, pero no dejan de ser partes (separables en distintos grados) y de tener un cierto nivel de autonomía, lo que genera la paradoja de la contradicción interna en cada sistema. El reto principal para cada sistema se vuelve entonces encontrar un punto de equilibrio entre sus tendencias unificadoras que le dotan de identidad homogeneizando al sistema y sus tendencias contradictorias que propician su fragmentación. Todo sistema está sujeto a la interacción de fuerzas centrípetas y fuerzas centrifugas.

Existe a su vez dentro de cada sistema, una jerarquía estructural que está asociada a esas funciones, lo cual no sólo quiere decir algunos de los subsistemas realizan funciones más importantes que otros en el contexto de la sobrevivencia del sistema, sino que ciertos subsistemas poseen alguna preeminencia o hegemonía sobre los demás<sup>77</sup>, aun cuando la interdependencia entre todos ellos siempre mantiene su vigencia, de tal suerte que incluso la menor afectación a cualquiera de las partes inevitablemente trasciende por el resto del sistema.

En una concepción sistémica, el Universo en su conjunto es considerado como un gran sistema<sup>78</sup> que contiene en sí mismo a todo cuanto es y cuanto existe en una sucesión de sistemas dentro de sistemas, a la manera de una

---

<sup>77</sup> Esta propiedad sistémica se encuentra implícita en todas las teorías realistas sobre el poder y el papel que éste juega en las relaciones sociales. Ciertamente hay aspectos del pensamiento sistémico que se prestan a interpretaciones deterministas, no obstante, el pensamiento sistémico en su conjunto no lo es: el poder y las formas de establecimiento de hegemonía pueden ser una propiedad sistémica, pero eso no implica que deban establecerse necesariamente de manera impositiva, lo cual abre amplios márgenes de acción para la teoría de la negociación en el contexto de las relaciones sociales.

<sup>78</sup> Una detallada explicación de esta idea se pueden encontrar en Bohm (1998)

gigantesca *matrushka*<sup>79</sup>. En este sentido, cada sistema, aparte de su condición sistémica funge como medio o entorno de todos los demás que se hallan contiguos a él.

La caracterización genérica de los sistemas debe hacerse siempre con sumo cuidado y sin olvidar que sólo representa tendencias sistémicas generales, pero no revela las particularidades de cada sistema (para eso se requiere de profundizar en el análisis a partir de las diferencias que distinguen a todos los sistemas entre sí y que otorga su especificidad a cada uno de ellos).

La falta de precaución puede fácilmente conducir al observador casual a un reduccionismo simplificador que no reconoce diferencias, por ejemplo, entre sistemas cerrados (auto-contenidos) y sistemas abiertos que mantienen un intercambio constante con su entorno (es decir, con otros sistemas) o entre sistemas físicos, de perfil más mecánico y sistemas biológicos, de creciente complejidad; entre sistemas naturales, independientes de nuestra voluntad y sistemas sociales, producto de la interacción entre seres humanos; entre sistemas homogéneos (aquellos que tienen un alto nivel de uniformidad estructural y funcional) y sistemas heterogéneos, conjuntos de equilibrio precario debido al marcado antagonismo de sus partes componentes o entre sistemas concretos, siempre con un referente empírico directo y sistemas abstractos, que son básicamente creaciones mentales. Incluso los sistemas pertenecientes a una misma especie poseen diferencias específicas que les distinguen de los demás sistemas en su propio grupo. Las semejanzas sólo establecen patrones de regularidad que los sistemas individuales tienden a seguir en el curso de su evolución, pero que cada cual concreta *a su manera*.

Los sistemas sociales (categoría a la que pertenece el sistema internacional) representan ciertamente la forma más compleja de los sistemas bio-ecológicos. Es importante destacar que en esta clasificación, todo sistema posee una capacidad de acción y decisión que parece cobrar una dinámica propia, de forma tal que es como si el sistema estuviese predeterminado para auto-replicarse a través de mecanismos de auto-corrección y adaptación que le

---

<sup>79</sup> Juguete popular ruso hecho de madera torneada representando a una muñeca en cuyo interior se encuentran varias otras muñecas cada vez más pequeñas del mismo tipo. (Matrioshka, 2008)

ayudan a mantener ese equilibrio indispensable que siempre se requiere para mantenerse vivo. No obstante, es preciso enfatizar que esto no invalida la autonomía de las partes integrantes del sistema, las cuales siguen teniendo capacidad de acción propia que inevitablemente influye a la totalidad del sistema y restringe la visión de un sistema mecánico determinista para sustituirla por *un todo orgánico* que sólo evoluciona de manera *probabilística*.<sup>80</sup>

La influencia de la tradición ontológica que ve al mundo como un conjunto de cosas nos lleva con frecuencia justamente a cosificar la idea del sistema. Tal parece como que necesitamos ver a esta noción reflejada en algo concreto. No obstante, como ya hemos dicho, una de las características más importantes del pensamiento sistémico es justamente su tendencia a concebir una ontología dinámica que percibe a *las cosas* sólo como momentos en el constante fluir de la realidad. Es por ello que la noción de **proceso** resulta indispensable en el contexto de una concepción sistémica. Casi puede decirse que el universo es más bien una sucesión infinita de procesos a los que por conveniencia percibimos como sistemas en tránsito de una fase a otra<sup>81</sup>.

Quizá por necesidad de nuestro aparato cognitivo, tenemos que “congelar” la fluencia natural de los procesos en la realidad para poderlos caracterizar y comprender. En el fondo, aunque enfocamos la mirada en sistemas, de hecho son procesos los que estamos estudiando<sup>82</sup>.

Pero no debemos olvidar que ésta es solo una caracterización genérica de la idea de sistema, importante porque que permite la construcción de un modelo

---

<sup>80</sup> “Una aparente paradoja es que el caos es determinista, generado por reglas fijas que no implican en sí ningún elemento de cambio. Incluso hablamos de caos determinista. En principio, el futuro está enteramente determinado por el pasado; pero en la práctica hay pequeñas incertidumbres, como pequeños errores de medición que al entrar en los cálculos se amplifican, lo que hace que, aunque el comportamiento sea predecible en el corto plazo, se vuelve impredecible a largo plazo” (Peitgen, Jürgens, & Saupe, 2004, p. 11)

<sup>81</sup> La noción de proceso es una de las más difíciles de precisar en términos epistemológicos, cada disciplina hace normalmente un uso específico del término, pero la idea general es elusiva. Y claro, es que se refiere precisamente a la naturaleza cambiante, a la fluencia en el universo. Entre los elementos esenciales de la definición se habla de una serie de acciones, tareas o eventos tendientes al logro de un objetivo (Oxford, 2005), es decir, se define al proceso desde una perspectiva teleológica. Yo lo entiendo también como una sucesión de fases en que los elementos de un sistema se reacomodan gradualmente para ir transformando al sistema.

<sup>82</sup> Una referencia obligada para quien desea profundizar en esta idea se encuentra en Whitehead (1985), sin duda una de las obras más importantes de la filosofía del siglo XX, complemento indispensable de cualquier enfoque sistémico.

abstracto, una construcción intelectual que se usa como “filtro” analítico de la realidad y que es útil porque se basa en el principio de la interconexión que necesariamente vincula a todo lo existente en el Universo.

No obstante, como abstracción, su utilidad es claramente limitada, ya que, como hemos sugerido, sólo enfatiza lo que diferentes objetos de estudio para la ciencia tienen en común, es decir, centra su atención en las semejanzas que unen a lo real. Como ya hemos dicho, el conocimiento significativo desde una perspectiva científica se genera en el proceso de delimitación y diferenciación que otorga a cada objeto de estudio su singularidad característica: su unicidad. El analista de pretensiones científicas necesita entonces realizar el doble trabajo (en simultáneo) de **identificar semejanzas y reconocer diferencias entre su objeto de estudio propio y el resto de la realidad y ver que aún en su unidad, el objeto de estudio está interconectado al resto de la realidad**, es decir forma parte integral de ella, de donde podemos hablar en simultáneo de la diversidad de lo unitario o de la unidad de lo diverso como modos distintos de percibir una misma realidad.

La utilidad del concepto de sistema para el progreso de las ciencias biológicas a lo largo de todo el siglo que recién ha concluido es evidente a través de los impresionantes avances que se han obtenido en áreas como la biología molecular o la genética y, prácticamente desde un principio se realizó un esfuerzo consciente por extrapolar el concepto de sistema a otras áreas del quehacer intelectual, a través de una versión corregida y aumentada que Bertalanffy presentó durante la década de los 40's como *Teoría General de Sistemas* (TGS) (Bertalanffy, 1972) la cual, según este autor podría ser aplicable a cualquier campo disciplinario y, de hecho tendería a promover la unidad de la ciencia haciendo posible el diálogo interdisciplinario gracias a la posesión de un lenguaje común que nos permite hablar de sistemas independientemente de nuestra área de especialidad. De este modo, si nuestro objeto de estudio puede representarse como un sistema y ser descrito a través de las propiedades sistémicas universales, entonces podemos hablar con especialistas de cualquier otro campo en el que también se manejen representaciones sistémicas.

De entonces a la fecha, la TGS ha tenido periodos variables de atención y éxito en el ámbito del quehacer intelectual, siempre alternados con fuertes críticas y sonados fracasos, mismos que no han impedido su evolución y su vigencia en los albores de un nuevo milenio<sup>83</sup>. De hecho, por ejemplo, como venimos sugiriendo, la idea de interdisciplinariedad se torna sensiblemente más significativa cuando pensamos, no en la fusión irrestricta de diversos campos de especialidad, sino cuando asumimos la posibilidad del diálogo entre diversos especialistas a través de un lenguaje común para el intercambio de experiencias, ahí radica una de las principales fortalezas y promesas de la teoría general de sistemas.

En el ámbito concreto de las relaciones internacionales, el pensamiento sistémico surgió a mediados de la década de los 50's del siglo pasado, importado desde la ciencia política y la sociología<sup>84</sup>, las que a su vez habían extrapolado las nociones básicas del ámbito de las ciencias naturales, especialmente, como ya se ha señalado, de la biología.

Sus aportaciones se convirtieron en algunas de las contribuciones más significativas de nuestro campo durante la segunda mitad del siglo XX, debido a que supuestamente contaban con el aval del método científico. Entre sus principales logros puede mencionarse la consolidación de corrientes metodológicas como el estructuralismo, el funcionalismo y el conductismo, más toda una gama de teorías de “alcance medio” agrupadas bajo la etiqueta generalizadora de “elección racional” (generalmente aludidas en la literatura especializada con el término en inglés “rational choice”)<sup>85</sup> que permitieron avances significativos en materia de definición del objeto de estudio propio de la disciplina de las relaciones internacionales.

Otro “logro” importante del pensamiento sistémico de aquella época (visto naturalmente desde la perspectiva de la ciencia occidental) fue proporcionar las

---

<sup>83</sup> Para una revisión detallada de las implicaciones epistemológicas del pensamiento sistémico ver, Sarquís (2005), especialmente Cap. 2

<sup>84</sup> Los nombres de David Easton en ciencia política. Robert Merton y Talcott Parsons en sociología están íntimamente vinculados al intento de aplicación de una concepción sistémica en las ciencias sociales.

<sup>85</sup> Hay un recuento detallado de las aportaciones sistémicas en Del Arenal (1987), especialmente Cap. 2

bases para confrontar al pensamiento Marxista en relación con sus interpretaciones revolucionarias acerca de los fenómenos sociales, su naturaleza y su dinámica, aunque este “logro” sea un tanto cuestionable, debido a la naturaleza más bien ideológica del debate que en aquella época se estableció entre ambas corrientes de pensamiento<sup>86</sup>.

Las razones principales del éxito inicial del pensamiento sistémico se fundan en su visión *holista* de la realidad social, sus innovadores conceptos de interconectividad, auto-organización y auto-regulación (homeostasis), auto-duplicación (autopoiesis, que está íntimamente vinculada a la idea de la geometría fractal el universo), estabilidad, etc. que se presentaron como una auténtica bendición en un mundo caracterizado por la inestabilidad y la incertidumbre generadas por las disputas ideológicas características de la Guerra Fría. Sin embargo, y precisamente porque tuvieron que confrontar el reto del pensamiento revolucionario, los teóricos de sistemas en relaciones internacionales<sup>87</sup> como en el caso del resto de las ciencias sociales sobre-enfatizaron las cualidades de auto regulación y equilibrio de los sistemas sociales y con ello atrajeron las más acerbas (y generalmente bien fundadas) críticas<sup>88</sup>.

Sin embargo, el pensamiento sistémico no es un enfoque estático, ni determinista; es más bien una forma de ver la realidad que ha venido re-articulándose al paso del tiempo gracias al diálogo crítico entre sus adeptos y sus adversarios, siempre desde una perspectiva multidisciplinaria. Esto, que a veces es señalado como una debilidad de la TGS me parece una clara muestra de la riqueza del enfoque, que tiene margen para responder a la crítica y, progresivamente forjar una imagen más acabada e integral de la noción abstracta de sistema (fundamento metodológico del pensamiento científico contemporáneo) que luego puede bajarse a cualquier campo disciplinario para atender sus particularidades.

---

<sup>86</sup> Es muy interesante ver que, con el vacío epistemológico generado por el término de la Guerra Fría y la debacle del materialismo histórico por su conexión tan profunda con la experiencia soviética, muchos antiguos marxistas buscaron (y hallaron) refugio precisamente por sus características, en el pensamiento sistémico.

<sup>87</sup> El trabajo más conocido en este contexto es el de Kaplan (1957)

<sup>88</sup> Ver, Roitman (2003)

Desde principios de la década de los setentas, cuando el pensamiento sistémico pasaba un mal momento en las ciencias sociales debido sobre todo a su fracaso como modelo mecánico y determinista, incapaz de abordar el problema del cambio y de la contradicción en los sistemas sociales (por razones preferentemente ideológicas), empezó a gestarse en el ámbito de las ciencias naturales un redimensionamiento de la perspectiva sistémica que llevó al desarrollo de conceptos fundamentales para manejar la problemática del cambio y la contradicción sistémicos: hablo sobre todo de las nociones de propiedades emergentes, fractales, atractores, sistemas adaptativos y complejidad que permitieron ir articulando toda una nueva rama del pensamiento sistémico conocida como teoría del caos<sup>89</sup>.

La imagen reelaborada de la noción de sistema es hoy día mucho más compleja que la que se manejó en su etapa introductoria a las ciencias sociales mediante la revolución conductista de los años cincuenta. Como hemos dicho, más que una entidad fija, el sistema se concibe en la actualidad como un flujo de interacciones que definen una estructura perceptible integrada por partes que desempeñan funciones características para hacer viable el sistema; esto significa, por ende que ningún sistema es enteramente homogéneo, tiene en su propio interior distintos niveles de organización y desarrollo.

Su capacidad de adaptación al medio sigue siendo vital, pero hoy día nos representamos al sistema como una estructura discontinua y contradictoria que lucha denodadamente por alcanzar un equilibrio que siempre parece eludirle. En su afán por preservarse, el sistema sigue un código básico de auto réplica que le otorga una geometría fractal sobre la base de la cual el sistema crece mientras vive. Esto significa que el sistema repite al infinito sus propios patrones de regularidad de manera continua, estableciendo de este modo un orden interno (reglas básicas de comportamiento sistémico) y dándose forma como entidad observable (cosificándose).

En el campo de la historia, el pensamiento sistémico como tal aparentemente no ha tenido hasta ahora un impacto metodológico sustancial. Como dice

---

<sup>89</sup> Hay una excelente introducción a la teoría del caos en Briggs & Peat (1991) El trabajo pionero en materia de propiedades emergentes y niveles de complejidad es de Anderson P. (1972)

Wallerstein, lo “sistémico”, con su tendencia a observar regularidades fenomenológicas en entidades concebidas de manera orgánica, parece oponerse de entrada a un esfuerzo intelectual centrado en el análisis de singularidades aisladas. No obstante, es claro que ideas como la totalidad, la interconectividad, subyacen importantes concepciones metodológicas como las de Spengler, Toynbee, Braudel, o Wallerstein entre otros<sup>90</sup>.

Uno de los objetivos centrales de esta obra es, por lo tanto, el tratar de descender al plano del análisis histórico-concreto esta manera de representación de un objeto de estudio a través de la noción de sistema. Busco en especial entender el pasado en su dimensión internacional a través del concepto de sistemas internacionales históricos.

## 2. *El sistema internacional.*

Después de esta primera aproximación al concepto genérico de sistema nos trasladamos la problemática que representa la idea de un auténtico *sistema internacional* para poder reflexionar con detenimiento en torno a la cuestión de que sí auténticamente existe tal cosa y qué características tendría como objeto de estudio.

Como decíamos al principio de este capítulo, para la mayoría de los internacionalistas del mundo contemporáneo, el sistema internacional es el conjunto de actores internacionales que coexisten en el escenario mundial actual y que incluyen, tanto a los estados nacionales (representados por sus respectivos gobiernos) como a organismos internacionales gubernamentales o no-gubernamentales, empresas transnacionales, grupos al margen de la ley, e incluso, en algunos casos, individuos cuyo perfil incide en los procesos de configuración y reconfiguración del orden mundial. Este sistema es resultado de un largo proceso de evolución histórica que, de alguna manera empieza con los viajes de exploración y conquista realizado por potencias europeas a partir

---

<sup>90</sup> Una importante contribución de trasfondo claramente sistémico en el trabajo de Jaguaribe quien reconoce la importancia de una historia “global” según la tradición de la escuela francesa de Nouvelle Histoire. Cfr. Jaguaribe (2001)

de mediados del siglo XV y que culmina con la integración de todos los grupos humanos a un solo y distintivo proceso (dominado por la expansión del sistema capitalista) que finalmente alcanza nivel planetario para crear la “aldea global” que Marshall McLuhan había anticipado desde la década de los sesentas.

Bajo esta concepción, el sistema internacional como experiencia histórica es único, irrepetible y prácticamente incomparable con procesos de organización humano social anteriores. Desde tal perspectiva (que sólo se enfoca en la especificidad del sistema internacional contemporáneo), la idea misma de un sistema internacional histórico resulta una aberración. Mi intención es demostrar justamente lo contrario: la idea de un sistema internacional histórico no sólo es viable, es además una formula conveniente para replantear el pasado de la humanidad desde el ángulo de observación que ofrece la idea de internacionalidad en su acepción más amplia. Según ésta, “lo internacional” no sólo puede referir flujos de interacción entre naciones, puede emplearse para hablar de flujos de interacción entre comunidades políticamente autónomas (donde quiera que éstas existan) y observar los patrones de regularidad histórica que ellas siguen en su interaccionar).

Mi tesis es, justamente que todo proceso civilizador en la historia nace en un contexto de internacionalidad<sup>91</sup>, es decir, un ámbito geográfico temporal de coexistencia para grupos humanos políticamente autónomos que, en ausencia de un poder central regulador de su interacción, van a confrontarse unos con otros a partir de un estado inicial de anarquía, definido por ausencia de reglas de convivencia, que poco a poco evoluciona hacia un esquema de reglas compartidas (por acuerdo o por imposición) que armoniza sus relaciones hasta el establecimiento de una entidad política mayor que las absorbe a todas gracias al establecimiento de un poder central reconocido y reconocible por su capacidad para establecer un orden sistémico homogeneizante. El patrón de regularidad que estos sistemas siguen les lleva entonces desde un estado inicial de anarquía a una progresiva integración (nunca exenta de conflictos y resistencias) que culmina en el establecimiento de un orden “imperial”). El

---

<sup>91</sup> Llamo *internacionalidad*, siguiendo a Schwarzenberger, a la condición que describe al ámbito geo-histórico en el que coexisten diversos grupos humanos políticamente autónomos dando pie, a través de su interacción al surgimiento de un sistema internacional. Cfr. Schwarzenberger (1960)

proceso, como patrón de regularidad histórica nunca es lineal ni mecánico. Su carácter sistémico sólo establece las condiciones generales de desarrollo que cada sistema ajustará a su propia situación. Es por ello que, a pesar de sus semejanzas, cada experiencia civilizatoria tiene especificidad propia, su singularidad.

Ciertamente se puede decir que el estudioso de sistemas históricos internacionales tiene que empezar por buscar “algo” en el escenario geográfico del mundo que pueda ser caracterizado como un sistema internacional (en este sentido laxo del término), es decir un conjunto de grupos humanos que a pesar de su autonomía tienen retos comunes por estar estructuralmente vinculados entre sí, y que podría ser representado como entidad de algún tipo (obviamente hay que determinar si el concepto de *sistema como unidad orgánica* es el adecuado para la representación de esta entidad en el plano mundial).

Hoy en día como ya hemos apuntado, podríamos sostener que tal *entidad* está conformada de manera predominante, aunque ciertamente no exclusiva, por estados-nacionales<sup>92</sup>, formas de organización socio-política que a pesar de sus diferencias estructurales y funcionales tienen algunas características comunes que les permiten establecer la ficción del trato formalmente igualitario como señal de organización moderna y civilizada.

Es claro que las diversas formas de sistemas internacionales históricos tendrán su propia configuración, su propia estructura y *modus operandi*. Es responsabilidad del analista ponerlas de manifiesto: hacer explícitas las formas en que la estructura, las funciones, la conducta y la evolución de los sistemas internacionales históricos cobran sentido y se hacen viables.

No obstante las similitudes características de todos los sistemas internacionales en la historia, ciertamente resulta difícil reseñar con precisión hasta qué punto se sostiene la idea de "sistemicidad" en el plano internacional. Siguiendo el orden de ideas expuestas al inicio del capítulo tendríamos que

---

<sup>92</sup> Mucho se ha hablado de “los nuevos actores del sistema” que incluyen (pero no están limitados a) organismos gubernamentales y no gubernamentales, empresas transnacionales, conglomerados regionales, grupos al margen de la ley y, en algunas clasificaciones, incluso individuos destacados del medio internacional.

empezar por cuestionar el grado de auto-organización, de cooperación, y equilibrio “natural” del sistema internacional con orientación a logros u objetivos comunes.

Uno de los primeros en cuestionar la idea de un sistema internacional precisamente por estas razones fue, curiosamente, el propio Raymond Aron a quien hemos citado como sustento de una visión de largo alcance histórico sobre el escenario internacional. Su duda nace, según él mismo explica, de la naturaleza intrínsecamente competitiva de las partes que integran a este sistema y del ambiente de conflicto prácticamente permanente en el que coexisten.

*“He dudado en emplear este término, sistema para designar un conjunto cuya cohesión está determinada por la competencia; que se organiza merced al conflicto y que además se manifiesta en su forma más potente el día que se ve lacerado por el recurso a las armas. Un sistema político se define por su organización, por las relaciones de reciprocidad entre las partes, por la cooperación entre sus elementos componentes y por las reglas de gobierno. ¿Hasta qué grado podemos encontrar algo equivalente en el caso de un sistema internacional?”*  
(Aron, 1967, pág. 94)

La duda de Aron es perfectamente válida y explicable en el contexto en el que él escribe a mediados de la década de los sesenta del siglo pasado. La idea de sistema estaba entonces recién “desempacada” en relaciones internacionales procedente del ámbito de la ciencias sociales (sociología y ciencia política) adonde había sido traída desde la biología, y su enfoque mecanicista original, como ya he sugerido, resultaba altamente conveniente para el desarrollo de una versión contestataria del marxismo revolucionario en el contexto de la Guerra Fría.

Desde esa perspectiva mecanicista, los científicos sociales occidentales ponían el énfasis en las tendencias sistémicas hacia el equilibrio a través de los mecanismos de adaptación y auto-regulación. A pesar de que en su modelo original Bertalanffy habla de la contradicción interna como una característica fundamental de todo sistema, sus seguidores en el medio académico de las ciencias sociales simplemente ignoraron esa parte tan importante de su texto para una ontología de los sistemas, porque la idea de la contradicción sonaba sospechosamente cercana a la “ideología” del enemigo.

Sin embargo, y a pesar de su reticencia, Aron emplea (por lo demás de manera muy fructífera) el concepto de sistema internacional, hace interesantes comparaciones históricas entre sistemas internacionales e intuye de manera magistral algunas de las características sustantivas de todo sistema internacional independientemente de la época en la que se ubica.<sup>93</sup>

Es claro que en un escenario internacional hay unidades (partes) que bien podrían verse como subsistemas interactuando, aunque no es del todo claro que haya unidad de propósitos en esa interacción, a pesar de los intentos por consolidar algunas instancias supra-nacionales coordinadoras de la vida colectiva que eventualmente pudieran encaminarse en esa dirección (algo que en todos los sistemas internacionales tiende a ocurrir, sin que ello signifique que siempre se logre). Ciertamente habría argumentos para afirmar que, de una u otra manera, en términos históricos normalmente ha prevalecido el interés *nacional* (local) por encima del *colectivo* en un sistema de este tipo, lo que podría minar la idea de un sistema internacional operativo-cooperativo en cualquier época histórica.

Por lo que se refiere a la formalidad del trato entre los miembros del sistema, aunque en las fases iniciales de todo sistema internacional siempre prevalece la anarquía, bien podría hablarse históricamente de esfuerzos conjuntos por dotar a los miembros del conjunto de un marco jurídico de referencia común para regular su interacción, (lo que, al lograrse genera sistemas internacionales homogéneos como señala Aron) aún y cuando, con cierta frecuencia, ese marco esté sujeto a la discrecionalidad interpretativa de las partes.

Ahora bien, a pesar de los intentos de organización institucional y jurídica, que busca la coordinación de las relaciones entre los miembros del conjunto, y al hacerlo da estructura a una jerarquía funcional que define algunas metas u objetivos comunes, que en principio deberían representar el bien común, es claro que, al revisar el escenario actual, la tarea tiene todos los visos de seguir siendo una asignatura pendiente. Pero esto no convierte a la condición anárquica del sistema en una verdad histórica inmutable. Esto significaría que,

---

<sup>93</sup> El capítulo cuatro de Aron (1967) es especialmente importante en la concepción sistémica de su autor.

por su naturaleza contradictoria y aparentemente desordenada, por la heterogeneidad característica de sus integrantes y la diversidad de factores que los afectan e influyen, el conjunto de interacciones entre miembros del escenario internacional aparentemente se presta poco para una representación sistémica. No obstante, la experiencia histórica claramente demuestra que varios sistemas internacionales históricos alcanzaron con éxito su fase imperial (es decir, la fase de orden relativamente homogéneo bajo la égida de un poder central).

Debe hacerse notar, sin embargo que, según el ángulo de observación de los sistemas internacionales en la historia, pueden privilegiarse distintas características del sistema y por lo tanto, se pueden generar diversas tipificaciones de lo que representa un sistema. Para muchos realistas históricos y contemporáneos de la escena internacional (que han encontrado conveniente la idea de un sistema) éste sólo debe verse desde la perspectiva de **un conjunto de estados nacionales**, (es decir de subsistemas fragmentados e independientes) y además, privilegiando la interacción gubernamental (sobre todo la tendiente a evitar la escalada de los conflictos). Esa es, por supuesto una manera válida de concebir y caracterizar a un sistema internacional (sobre todo al actual), pero en definitiva no es la única, mucho menos si queremos pensar en términos históricos de largo alcance.

Otra posibilidad que se antoja evidente por sí misma es la de aglutinar al sistema en función de la vinculación de sus partes sobre la base de un modo de producción dominante, enfoque sobre el que también hay literatura abundante. Obviamente pueden elegirse otros factores como determinantes del sistema: el militar, el demográfico o el geopolítico y sin duda se obtendrán imágenes válidas (lógicamente consistentes) de la idea de lo sistémico en el plano internacional. Pero todo esto sólo equivale a vestir con nuevos ropajes viejas formas de concebir la realidad internacional. Un enfoque sistémico novedoso tiene que ser holístico, integral, multivariable e **histórico**<sup>94</sup>.

---

<sup>94</sup> Ningún sistema internacional existe como mera abstracción; cada uno de ellos tiene que ser puesto en su contexto histórico concreto para convertirlo en una experiencia epistémica significativa. Pero ningún sistema histórico-concreto puede ser abordado de manera integral sin referencia a su interconexión con el resto de la experiencia humana colectiva.

Ahora bien, si en la actualidad, aún bajo la influencia supuestamente homogeneizante de la globalización puede cuestionarse la existencia de un solo y único "sistema internacional", señalando los diversos grados de desarrollo que exhiben los miembros del conjunto o la variedad de problemas específicos que cada uno de ellos debe afrontar, ¿porqué debería suponerse que la idea de sistemas internacionales históricos tiene mayor aplicabilidad que otras formas de ver el pasado de las relaciones entre comunidades políticamente autónomas? ¿Qué elementos permiten sugerir la viabilidad de tal concepción?

Ciertamente, lo primero que hay que reconfigurar, como tratamos de hacer, es la idea misma de sistema internacional. Siguiendo la definición original del concepto, como conjunto de partes interactuantes, y sintetizando algunas de las ideas centrales expuestas hasta el momento, diría que **en el ámbito de lo internacional hablamos inicialmente de una totalidad integrada por colectividades humanas institucionalmente diferenciadas, culturalmente distinguibles entre sí y políticamente autónomas que comparten un espacio geo-histórico común**<sup>95</sup>.

Esto no significa, por supuesto, que todas ellas compartan un mismo e inexorable destino, que tengan ineluctablemente los mismos intereses o el mismo nivel de desarrollo; ni siquiera, que aspiren al logro de los mismos ideales en términos de su organización común o que formen parte voluntariamente del conjunto; sólo quiere decir que están influidas por factores semejantes, sujetas a un orden rector (implícito o explícito, informal o institucionalizado) común e interconectadas entre sí estructuralmente, es decir, de forma tal que siempre habrá influencia recíproca entre ellas, misma que no se debe ignorar al pensar en términos del conjunto<sup>96</sup>.

---

<sup>95</sup> El sistema internacional actual se caracteriza, desde este último punto de vista por ser el primero de alcance auténticamente planetario. Todos los anteriores tuvieron siempre alcance regional. Los subsistemas actuales todavía lo tienen.

<sup>96</sup> Aron, por ejemplo, para pensar el sistema pone el mayor énfasis en la capacidad de las partes para involucrarse en un proceso de guerra con los demás miembros del conjunto. Es decir, todos los que tiene la posibilidad de participar de manera activa en un mismo conflicto armado son parte del mismo sistema internacional. De ahí deriva su importante noción de *correlación de fuerzas* como causal básico del modo de acción específico que los subsistemas establecen para sí.

Por otro lado, tampoco quiere decir que la imagen del conjunto sea la única posible para analizar el sistema, por supuesto que las partes de un sistema son observables también desde la perspectiva de su singularidad como ya he dicho, la visión del todo no tiene porque ser excluyente de la visión de las partes por separado, de hecho idealmente ambas deberían complementarse.

Es cierto que la calidad de un concepto se puede medir a través del rigor con el que se define y que, en términos rigurosamente semánticos, un sistema **internacional** (como señalé desde un principio) tendría que incluir, por lo menos preferentemente a las naciones; no obstante y precisamente debido a su condición histórica, la nación es un concepto muy problemático para este fin. Formalmente, el mundo actual es un mosaico de unos 200 estados nacionales, en la práctica, difícilmente podemos aplicar el concepto de nación de manera significativa a más de un puñado de las colectividades humanas que pueblan el mundo hoy en día.

Lo que sí podemos observar al paso del tiempo son algunos patrones de regularidad que resultan fácilmente explicables como propiedades sistémicas, pensemos por ejemplo en los supuestos que subyacen a la siguiente idea:

*“Una de las tendencias de largo plazo más dramáticas en la historia de la humanidad es el número decreciente de entidades políticas independientes en el mundo (Carneiro, 1977) Durante el periodo neolítico, debe haber habido, probablemente más de 100,000 unidades políticamente independientes de escala grupal familiar o local. A través de procesos de expansión, conquista, incorporación y tratados geopolíticos, esta cifra ha sido reducida a tan solo unos 160 estados soberanos en el seno de Naciones Unidas. Los bloques regionales que rápidamente están surgiendo sugiere que la cifra de comunidades económicamente integradas será incluso menor en el futuro” (Johnson & Earle, 2000, pág. 245)*

Idealmente, los conceptos intentan representar una realidad existente. La realidad, sin embargo ofrece tantos matices en sus múltiples manifestaciones que difícilmente podemos delimitar los conceptos de manera nítida y contundente, es por eso que, con frecuencia encontramos un mismo concepto con varios significados o distintos conceptos para un mismo objeto de reflexión. Por supuesto que, para hacerlos significativos, el analista tiene que delimitar sus conceptos con la mayor precisión posible, de forma tal que en términos operativos se sepa con puntualidad de qué se está hablando.

En virtud de su intensión original (es decir, el alcance que tiene el concepto) es claro que la noción de sistema *inter-nacional* tendría que referirse a una totalidad integrada por *naciones*, cosa que históricamente de hecho nunca ha ocurrido, ya que las naciones no se dan en forma químicamente pura en el conglomerado histórico de grupos humanos; siempre interactúan con algún otro tipo de agrupación colectiva. **Desde una perspectiva más amplia entonces, puede afirmarse que la noción de *sistema internacional* se refiere a una totalidad integrada por grupos humanos políticamente autónomos y culturalmente diferenciados en un espacio histórico-concreto determinado los cuales muestran una tendencia general a la fusión.**

Para no quedarnos en el nivel de la generalización superficial debemos añadir que una concepción sistémica tiene mayor sentido cuando se enfoca en la búsqueda de patrones de regularidad (obviamente porque asume que tal cosa existe) que permiten explicar cada proceso sistémico observable en el conjunto como manifestación singular de un principio rector genérico, de tal suerte que tras la aparente diversidad, singularidad, independencia y desorden de lo real existe una unidad estructural que interconecta y *ordena* a todo lo existente (no necesariamente de manera armoniosa). De este modo, el mundo puede ser visto, explicado y comprendido significativamente desde cualquiera de las dos perspectivas. El único problema es que las imágenes generadas de este modo (desde distintos ángulos de observación) adquieren niveles de especificidad tales que, fácilmente podemos llegar a un punto donde al parecer ya estamos hablando de objetos de estudio irreconciliablemente distintos.

En términos de su extensión (y a falta de mejores expresiones) podemos sugerir entonces que la noción de sistema internacional incluya todas las formas históricas de agrupación humana integrada por grupos políticamente autónomos, aunque no todos ellos hayan sido naciones en el sentido riguroso del término, esto nos va a permitir una movilidad histórica de largo alcance en el intento por explorar la condición de la internacionalidad en el pasado.

Algunos podrán considerar esto como un abuso de simplificación cargado de riesgos y, en alguna medida tienen razón. Pero afirmar que todas las formas históricas de agrupación integrada por grupos diferenciados constituyen

*sistemas* no significa, en forma alguna decir que todas ellas sean iguales y que siguen patrones mecánicos de recurrencia desde la cuna hasta la tumba. Por supuesto que mostrarán algunas semejanzas entre sí por su propia condición sistémica, pero también mostrarán diferencias que las singularizan de manera distintiva, **ningún sistema es idéntico a otro** por mucho que todos posean características en común. No podemos ignorar, a riesgo de distorsionar la imagen, ni las semejanzas, ni las diferencias en el análisis de sistemas históricos internacionales.

Es por ello que la idea de *sistema internacional*, para ser significativa, sólo puede ser un punto de partida en el proceso de reconstrucción histórica, el cual nos da una idea de las generalidades sistémicas que influyen en la trayectoria evolutiva (el devenir histórico) de estas complejas entidades sociales, cada una de las cuales, se tendrá que caracterizar subsecuentemente en su especificidad. Ejercicio que intentaremos hacer con casos histórico-concretos en el siguiente capítulo.

El término *generalidades sistémicas* debe aplicarse también con sumo cuidado; no supone, en forma alguna repetición mecánica de “leyes” históricas inmutables que pre-destinan el curso evolutivo de los grupos humanos, sólo sugiere la existencia de *patrones de regularidad probabilísticos* en la génesis, desarrollo y transformación de entidades colectivas que, por lo demás viven la unicidad de su experiencia histórico-concreta.

Ortega y Gasset, por ejemplo, critica acremente el trabajo de Toynbee porque considera el concepto de “civilización” aplicado por el historiador inglés para articular un esquema procesal al estudio de la historia (recurrencia de experiencias entre distintos grupos humanos) resulta demasiado vago para hacer sentido; siente que el origen de las civilizaciones en la obra de este autor está muy débilmente explicado para el caso de las civilizaciones primarias y muy mecánicamente para el caso de las secundarias (es decir, las que proceden del proceso de fragmentación de un experiencia civilizadora anterior); piensa que las partes no dejan de tener sentido por sí mismas antes de ser vistas en la perspectiva de la totalidad y finalmente asume que la noción de “reto-respuesta” planteada por Toynbee para explicar la evolución de las

civilizaciones se pierde en la linealidad del pensamiento tradicional de causa-efecto como para constituir una aportación significativa en el estudio de la historia.

Me parece que el enfoque contemporáneo de sistemas ha logrado confrontar con éxito esos agudos planteamientos críticos del filósofo español para mostrar que, aunque el concepto de “civilización” o de “cultura” sea un tanto vago para articular el análisis de conglomerados humanos en una perspectiva procesal, la idea de “totalidad” recurrente que subyace en ellos puede encontrar un ángulo de reflexión provechoso en la noción de *sistema internacional* que se refiere a estructuras, funciones, conductas y evolución conjunta derivadas del intercambio colectivo entre grupos humanos de conformidad con patrones de regularidad reconocibles a pesar de la diversidad de la experiencia histórica.

Por otro lado, aborda el problema de la génesis y desintegración del sistema desde la perspectiva de la interacción entre las partes, sin establecer condiciones previas en cuanto a las formas que la interacción debería tener o las características que debe desarrollar el conjunto, pero sobre todo, sin seguir un desarrollo lineal en cada caso de estudio; asume la validez del análisis de las partes por separado como complemento de la visión de conjunto y replantea la noción de reto-respuesta más allá de una vinculación de tipo causa-efecto lineal entre los retos y las respuestas.

Desde el punto de vista del análisis sistémico, a pesar del reconocimiento de semejanzas que vinculan a todos los grupos humanos existentes entre sí, mantiene toda su relevancia la observación de la diversidad que muestran éstos en sus procesos de desarrollo evolutivo por los distintos puntos del planeta en diferentes épocas.

He aquí un ejemplo de representación sistémica del proceso de poblamiento de nuestro planeta que da origen a la idea de internacionalización, misma que habremos de elaborar con mayor detenimiento más adelante:

*“Las tribus de una determinada región se incrementan en número e interactúan entre sí. Los acontecimientos empiezan a través de pequeñas redes de interacción, dos o tres tribus a la vez conectadas por vínculos matrimoniales o por interés común. Nuevos vínculos mediante esta red de alianzas empiezan a aparecer, y de repente, casi de la noche a la mañana, se forjan algunas alianzas mayores (bien sea*

*por medios pacíficos o por conquista) que articulan un número mayor de las redes menores, y entonces surge una civilización.(...) El orden puede aparecer de manera repentina, casi como por arte de magia, pero sólo deviene después de que varias de las partes menores de la totalidad prepararon el escenario ”. (Marion, 1999, págs. 32-33)*

### 3. La realidad internacional vista como un sistema.

Por otra parte, está la cuestión de representarnos el pasado (reciente o remoto) de las relaciones internacionales de alguna manera; presumiblemente, desde una perspectiva sistémica. Esto es importante porque:

*“al hacerse esta representación, el sujeto no sólo establece un modo de ver al objeto, destacando algunos de sus rasgos por encima de otros, imaginándolo, caracterizándolo, sino que además, como sugiere la teoría del conocimiento contemporánea, en el solo acto de la percepción y la representación de su objeto de estudio, de alguna manera, el sujeto lo transforma y lo “recrea”, es decir, lo trae al plano de la existencia trascendiendo el plano de la mera condición ontológica que otorga el “sólo” ser.*

*Es por ello que, el mismo objeto, aparentemente independiente de cada observador que lo analiza puede ser visto e interpretado de diversas maneras, incluso por el mismo observador en distintos momentos, a pesar de su condición ontológica autónoma ya que, si bien es cierto que el proceso de percepción no elimina en forma alguna la parte de la naturaleza del objeto que puede considerarse como “objetiva”, o sea, lo que tiene condición ontológica propia, sí le agrega una nueva dimensión que sólo depende de su interacción concreta con un observador o sujeto cognoscente. Esto significa que, aquello que **es**, gracias a su condición ontológica autónoma, pasa a **existir**, cuando es percibido y transformado por un sujeto cognoscente.*

*En este proceso de percepción-recreación de la realidad radica la base de la problemática general del conocimiento, la cual nos remite a lo que genéricamente denominamos una cosmovisión, desde donde suelen organizarse los procesos cognoscitivos y que justamente nos describe el diccionario como una “manera de ver e interpretar al mundo” (Real Academia de la Lengua Española: 1992, 587). Esto resulta de suma importancia porque, de alguna manera las cosmovisiones se encuentran en el punto de partida de cualquier intento de reflexión sobre lo real y las posibilidades de conocerlo” (Sarquís, 2005, pág. 102)*

Desde una perspectiva sistémica nos representarnos al mundo como una unidad estructuralmente interconectada y a la especie humana en su conjunto como una totalidad inscrita en un entorno espacio-temporal con el que está

interactuando constantemente, recibiendo retos que se procesan y a los que se responde mediante procesos de adaptación que a su vez generan cambios que mueven la dinámica de los sistemas.

Como cualquier otra totalidad sistémica, el mundo (y la especie humana) son inherentemente contradictorios pues, como no son unitarios, ya que están integrados por partes semiautónomas, cada parte tiende a desarrollar sus propios intereses, sin embargo, para poder subsistir, como todo sistema, cuentan con mecanismos de autorregulación que siempre están a la búsqueda de su propio punto de equilibrio. Cada vez que se distancian de él, los sistemas sufren cambios y cuando pasan el punto de no-retorno, los sistemas se transforman de manera irreversible.

Como ya hemos dicho, los sistemas no son entidades estáticas definidas de una vez por todas y para siempre, son entidades dinámicas en procesos de cambio constante. Por ser una agregado de partes (subsistemas), cada uno de ellos desarrolla su especificidad a partir de las formas concretas de interacción entre esas partes, y a partir de ello, crean una estructura interna que sostiene al sistema, pero de manera general, todos ellos tienden a establecer para sí un orden sistémico, es decir, un conjunto de principios guía que mantiene el equilibrio entre sus partes, las cuales desempeñan tareas específicas (funciones) tendientes a lograr la supervivencia del sistema.

Orden, por supuesto no es aquí sinónimo de armonía, es meramente la forma de operar del sistema, de tal suerte que “orden anárquico” no es una manifestación del absurdo, es la condición bajo la que vive un sistema internacional carente de autoridad central formal, sin que ello signifique que todo escenario internacional deba ser inherentemente anárquico.

Cabe recordar que estamos en presencia de un escenario internacional cuando tenemos a colectividades humanas políticamente independientes interactuando entre sí, lo que genera la estructura perceptible del sistema. En sus fases iniciales todas las estructuras son anárquicas, pero su tendencia es hacia un orden manifiesto creciente (aunque no siempre lo alcanzan) a través de procesos de homogeneización bajo un poder hegemónico. En otras palabras,

todos los sistemas internacionales tienden a configurarse como imperios (estructuras mayormente ordenadas) aunque cada uno lo hace siguiendo su propia ruta de homogeneización y con resultados que son claramente distinguibles de los de los demás sistemas.

La perspectiva sistémica es claramente reconocible en el texto con el que se refiere el inicio de un reino en la zona de la isla de Hong Kong:

*“El reino Nanyue (203-111 B.C.) fue la primera entidad política que unificó al sud-este de China al fortalecer la cohesión de las otrora dispersas tribus Yue, alentando de este modo el desarrollo de la región hasta alcanzar su primer zenit. Su rey Zhao Tou adoptó la política de “integrar a todas las tribus Yue” invitando a sus líderes a participar en cuestiones del estado, teniendo alta consideración por sus costumbres”. La coexistencia de las tradiciones Han y Yue ha podido ser constatada gracias a los objetos excavados en la zona.” (Placa alusiva "Reino Nanyue", 2009)*

A partir de la estructura desarrollada y de las funciones a realizar, los sistemas manifiestan conductas características frente a su entorno y frente a otros sistemas. De esta manera podemos observar que todo sistema puede ser estudiado, por lo menos desde tres perspectivas interrelacionadas: su estructura, sus funciones y su comportamiento. Como además señalamos que todo sistema está en procesos continuos de cambio, podemos agregar un cuarto nivel de análisis: el de su evolución, el cual incluye los factores de cambio que producen sus transformaciones.

Adicionalmente debemos observar que mediante el proceso de agregación de partes para conformar sistemas van surgiendo nuevas características y propiedades sistémicas que diferencian a las partes del todo y a los diferentes sistemas entre sí. Estas *propiedades emergentes* sólo aparecen a partir de la integración de los subsistemas y desaparecen al desagregarlos, por tal motivo, el análisis (fragmentación) de un sistema impide ver características que son sólo distintivas del todo. Así, por ejemplo, una pareja es algo más que los individuos que la integran y adquiere como tales características que son propias de la pareja y no de sus integrantes por separado: la pareja requiere de su propio espacio y atención. Lo mismo ocurre con la familia respecto de la pareja y así sucesivamente. Cada agregado sistémico mayor representa un nivel incrementado de complejidad en la realidad, mientras más grande sea la

cantidad de subsistemas que integran a un sistema, mayor es el grado de complejidad que lo caracteriza. El sistema internacional es, desde este punto de vista, el más complejo de todos los sistemas sociales.

A efecto de lograr un desempeño óptimo, todos los sistemas buscan homogeneizar su estructura, su funcionamiento y su conducta (diferenciados por la presencia y los intereses de las partes). Esto implica una tensión (propensión al conflicto) sistémica permanente, debido a que las partes, por su propia condición sistémica tienden a resistir la homogeneización. Este proceso contribuye a explicar aún más a fondo el carácter inherentemente contradictorio de todos los sistemas, especialmente los más complejos. Adicionalmente ayuda a explicar porqué la tolerancia es tan difícil de alcanzar en las relaciones humanas en general.

Esta caracterización es aplicable a todos los sistemas de manera genérica<sup>97</sup>, representa al sistema visto desde su más pura abstracción. Todo lo que observamos en la realidad desde una perspectiva sistémica sigue los rasgos de este comportamiento genérico.

No obstante, a pesar de las semejanzas que unen a todos los sistemas en el universo, cada uno de ellos tiene su propia especificidad que lo singulariza y por eso, la idea en abstracto del 'sistema' nunca es suficiente para comprender de manera cabal a un sistema en sí mismo. Es por ello que, la idea de sistema como abstracción sólo constituye un punto de partida para el estudio de la realidad, nunca la conclusión final.

A partir de la idea genérica sobre las implicaciones que tendría ver al mundo como un sistema, aquí tenemos un ejemplo concreto procedente del ámbito de lo internacional, esta cita data de 1783.

*“El género humano ha llegado a un punto en el que los muros que separaban unas partes del mundo de otras, unos pueblos de otros han sido derribados por conocidas revoluciones y las partes sueltas del hombre han fluido en un gran todo animado por un espíritu –igual que la historia-; el mundo es un pueblo, también entonces una historia general del mundo, y así tiene que ser tratada de modo provechoso y que confluya en el mundo”* (Vogt en Koselleck, 2004, pág. 103)

---

<sup>97</sup> La referencia obligada para una caracterización genérica de sistemas es, por supuesto el trabajo de Bertalanffy (1972) También se puede ver: Gallopín (2001)

En una época ya más reciente, al plantearse concretamente la cuestión “*Qué queremos sugerir con la expresión ‘Historia Universal’*” Aron respondía,

*“Por lo pronto, la unificación del campo diplomático. China y Japón, La Unión Soviética y los Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña, Alemania e Italia, la India y Ghana todos estos estados pertenecen hoy a un solo y único sistema. Lo que acontece en las costas de China repercute en las relaciones entre Europa y Estados Unidos o entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. Nunca se reconocieron tantos estados recíprocamente el derecho a la existencia, nunca Europa y Asia, África y América se sintieron tan próximos”* (Aron, 1962, pág. 193)

Wallerstein, por su parte ha desarrollado la idea del sistema-mundo para caracterizar al sistema internacional contemporáneo (concretamente a partir de la formación de estados nacionales como expresión política de la expansión del capitalismo). Para este autor, el sistema-mundo es:

*“una zona espaciotemporal que atraviesa múltiples unidades políticas y culturales, una que representa una zona integrada de actividad e instituciones que obedecen a ciertas reglas sistémicas”* (Wallerstein, 2006, pág. 32)

La perspectiva no es solamente euro-céntrica o moderna. Ya en la antigüedad, durante el periodo del Helenismo (periodo de la historia griega que va de la muerte de Alejandro Magno a la muerte de Cleopatra del 323 a.C- 30 a.C.) puede verse la idea materializada en el plano del eje Rodas-Antioquía-Alejandría que ilustra de manera pertinente la idea de Wallerstein. En el mundo musulmán, por sólo citar otro ejemplo particularmente interesante está el caso del historiador Ibn Jaldún (1997), que bien vale la pena explorar con mayor detalle, con una visión inherentemente sistémica de la comunidad de los musulmanes del siglo XIV de la era cristiana.

Para efectos de una concepción sistémica de la realidad internacional de largo alcance histórico necesitamos entonces asumir:

- a) que los sistemas internacionales (en sentido laxo) se gestan a partir de la presencia de grupos humanos políticamente autónomos en espacios compartidos<sup>98</sup>

---

<sup>98</sup> En su origen histórico remoto la diversificación de los grupos humanos y su expansión por el planeta es un proceso que se gesta en las necesidades de supervivencia de una especie unitaria que nace en el continente africano hace más de 2 millones de años y de ahí emigra gradualmente hasta ocupar la totalidad del planeta. Según Ardrey *“la humanidad no tuvo su origen en Asia, ni sus inicios estuvieron presididos por el candor o la inocencia. El hogar de*

- b) que la convivencia forzada les lleva al establecimiento de vínculos que se mueven en el espectro competencia-cooperación y lleva gradualmente a la fusión de estos grupos en entidades mayores con un sincretismo que transforma las estructuras grupales en todas sus dimensiones.
- c) que la integración implica etapas de desarrollo sistémico que se caracterizan por el surgimiento de *principios guía* de la conducta de las partes en el sistema, (en este caso, los grupos humanos) los cuales permiten el establecimiento de un orden sobre la base del cual crecen las estructuras del sistema y se definen las funciones de sus partes.
- d) que la duración del orden así establecido en el sistema permite la configuración de un *bloque histórico*, es decir un segmento temporal durante el que prevalece cierto orden reconocible que da identidad y significado al sistema.
- e) que la realidad sistémica es inherentemente dinámica, motivo por el cual los bloques históricos nunca permanecen estáticos. Es nuestra responsabilidad como historiadores señalar (y justificar) las fronteras temporales de los bloques históricos caracterizados por su orden distintivo que vamos reconociendo al examinar el pasado en su dimensión internacional.
- f) que la tendencia sistémica es transitar hacia niveles de creciente complejidad al ir fusionando a los grupos humanos en colectividades de mayor envergadura. De este modo se van gestando, primero las confederaciones y luego los imperios, aunque la ruta en cada caso está siempre llena de sorpresas y posibilidades.

Desde una perspectiva sistémica, entonces, se puede tratar de entender los hechos internacionales en su singularidad, a partir de las tendencias sistémicas generales de las que nacen. Por ejemplo, hoy en día se habla mucho de la globalización y se considera como un fenómeno único, característico de nuestro tiempo, propiciado por la expansión del capitalismo, el desarrollo tecnológico y su impacto en el sector del transporte y las comunicación, lo que

---

*nuestros antecesores estuvo situado en las montañas de África que van desde El Cabo hasta los lagos del Nilo. Aquí empezó la evolución humana, lentamente, siempre muy lentamente, dentro de una trayectoria llena de peligros y amenazas.* (Ardrey, 1969, pág. 5)

ha hecho, finalmente, del capitalismo el único sistema de alcance verdaderamente planetario. En consecuencia, a partir de tal enfoque no habría antecedente histórico con el cual contrastarlo o desde el cual explicarlo. Si consideramos, en cambio que:

*“la globalización implica la expansión, intensificación así como el incremento en la velocidad en los flujos de gente productos e ideas que dan forma al mundo. Integra regiones y continentes, comprime el tiempo y el espacio, promueve la imitación y provoca la resistencia”*  
(Hopkins, 2006, pág. 3)

entonces dejamos abierto el margen como para repensarla en términos de un proceso sistémico de largo alcance histórico en el que luego tendríamos que diferenciar, precisando los factores que en cada caso promueven la expansión, la intensificación, etc. (en el caso del sistema internacional contemporáneo son claramente la ampliación del capitalismo y el desarrollo científico y tecnológico, pero en épocas anteriores los factores serían otros). Esto nos permitiría entender con mayor facilidad que aún en su singularidad histórica, el fenómeno de la globalización está paradigmáticamente relacionado con fenómenos similares que expresan la naturaleza inherentemente sistémica de todo escenario internacional. Del mismo modo, en cada caso habría que definir con precisión el alcance del concepto ‘mundo’<sup>99</sup>.

En otras palabras, desde una perspectiva sistémica se puede apreciar que cada evento singular tiene una interconexión sistémica con el resto de la realidad y (aún en su unicidad) constituye una *expresión fractal* en la construcción de lo real. Según ésta, la realidad se auto reproduce siguiendo un código básico de ‘instrucciones’ que dictan sus componentes básicos repitiendo formas elementales que se repiten de manera incesante, a la manera de nuestro propio código genético.

Entre los aspectos que me parecen especialmente valiosos del enfoque histórico desde una perspectiva sistémica en relaciones internacionales me gustaría enfatizar los siguientes:

---

<sup>99</sup> Si bien es cierto que hoy día el proceso tiene –por primera vez en la historia- un alcance planetario, es claro que no siempre ha sido así; el ‘mundo homérico’ era, por supuesto mucho más pequeño, no obstante, igual representó un espacio temporal gradualmente homogeneizado a partir de la aparición de la cultura micénica hasta dar paso al universo helenizado de Alejandro Magno.

- Destaca la unidad subyacente en la diversidad de la historia humana y establece una interconexión que justifica la idea de una historia universal que involucra como partícipes activos a todos los grupos humanos.
- Permite flexibilizar el concepto de relaciones *internacionales* para ampliar su alcance y así poder abarcar la experiencia de comunidades soberanas (políticamente autónomas) del pasado pre-moderno.
- También permite consolidar la idea del *bloque histórico* como un momento sistémico específico en el proceso evolutivo global de la humanidad vista en su conjunto y su complemento, la idea del *orden internacional* como el conjunto de principios guía que, de manera implícita o explícita orientan el comportamiento de los actores *internacionales* de cada bloque histórico concreto.
- Obliga a una reflexión detenida sobre **los procesos de cambio** que alteran la estructura básica o el comportamiento del sistema internacional en un momento dado y que abren el tránsito histórico de un orden internacional a otro.
- Abre la posibilidad del análisis comparativo entre distintos momentos históricos del sistema internacional, posibilitando así el reconocimiento de las semejanzas que los unen, pero también **el de las diferencias que los separan**, lo cual a su vez permite la caracterización singularizada de cada bloque histórico o fase por la que transita el sistema internacional, lo que a su vez facilita la comprensión de los patrones de regularidad de los escenarios internacionales históricos.
- Sugiere la necesidad de un análisis multivariable de la realidad internacional en oposición al tipo de análisis que privilegia la idea de factores exclusivos determinantes (unilineales) de la realidad internacional.
- Eso en su conjunto, nos brinda una mejor idea de la dinámica que mueve a los sistemas internacionales en su dimensión histórica, permite su caracterización y explica su evolución.

Sobre esta base es posible hoy día sugerir que *la internacionalidad*, en su sentido laxo (interacción entre colectividades humanas políticamente autónomas y medio en el que ésta se desarrolla) es inherente a la condición

humana y que, por lo tanto, toda experiencia civilizadora se ha dado en el marco de un contexto *internacional*, es decir, un medio social creado por la interacción de grupos políticamente autónomos.

Obviamente, no todos los sistemas internacionales funcionan del mismo modo. A partir de algunos elementos y *reglas de operación* básicas, cada uno de ellos crece en direcciones distintas. No obstante, tenemos elementos suficientes para sugerir una tipología elemental según la cual, los sistemas internacionales históricos se pueden mover en tres ámbitos característicos o transitar por tres fases en su evolución:

- a) el de la anarquía (escenarios fragmentarios)
- b) el de las reglas mínimas comunes (confederaciones)
- c) el de la integración homogeneizante. (imperios)

El problema fundamental aquí se vuelve, por supuesto, el de la reconstrucción histórica de cualquier caso con el que tratamos de ilustrar esta tipología. Aún cuando se disponga de material para iniciar el proceso, debe tomarse en cuenta que, la idea misma de un **sistema internacional** de otra época que no sea la actual es prácticamente inexistente (aunque ya existen algunos antecedentes importantes) por tanto, el modelo sistémico tiene primero que ser elaborado, con el riesgo evidente de estar proyectando características del escenario actual hacia el pasado de manera indiscriminada. Ciertamente se corre el riesgo de sólo:

*“reformular la evidencia para generar una versión disfrazada del surgimiento de Occidente y su menos afortunado corolario: la caída de todos los demás”* (Hopkins, 2002, pág. 4)

En ese aspecto nunca se puede ser suficientemente cuidadoso.

En el siguiente capítulo presento mis estudios de caso para tratar de ejemplificar el proceso de reconstrucción de sistemas internacionales históricos o dicho de otro modo, presenté mi intento de reconsideración de episodios históricos concretos desde una perspectiva internacional.

## Capítulo IV. Casos de estudio: Egipto.

*La relación entre la investigación moderna y las fuentes antiguas no es lo que parece a primera vista. Nos gusta creer que los datos están inertes y que nosotros somos observadores imparciales. Pero la interacción entre ambos es mucho más compleja. El pensamiento antiguo no está muerto: dormita en las fuentes a la vez que en nuestra mente y, cuando estudiamos las primeras, la segunda empieza a funcionar.*

Barry J. Kemp  
(2004, pág. 128)

### *1. La civilización egipcia vista como un sistema histórico internacional.*

Podemos iniciar esta sección del trabajo recordando brevemente que un sistema internacional, en el sentido con el que aquí estamos empleando el término, no se refiere exclusivamente a un conjunto inter-actuante de *naciones* (las cuales conforman un modo específico de organización social de aparición tardía en la historia y en la geografía) en el sentido más restringido de la palabra sino, en un sentido más amplio, sencillamente se refiere a grupos humanos políticamente autónomos y culturalmente diferenciables<sup>100</sup> que comparten un espacio geo-político determinado en un momento histórico concreto y que, por lo tanto, necesariamente se influyen entre sí de manera constante, aún cuando su interacción directa esté reducida a su más mínima expresión (por ejemplo, la de la mera presencia). La historia de cada comunidad humana así configurada constituye una función de la existencia de las demás a su alrededor.

Desde esta perspectiva, el sistema social que ellas conforman nunca es una “cosa acabada”, enteramente armoniosa y ordenada, ni siquiera uniforme u homogénea. Es, ante todo un flujo de relaciones; interacción que tiende a crear una estructura, pero que está en constante movimiento. Inicia como un cúmulo de intercambios que vincula a un conjunto de actores sociales (dos, por lo

---

<sup>100</sup> El grado de diferencia puede, desde luego ser variable. Hay grupos que, a pesar de su independencia política comparten rasgos culturales que los colocan dentro de un trasfondo común, el caso de *los griegos* ilustra con claridad el punto en cuestión. No obstante las semejanzas que pueda haber entre ellos como para hablar de una cultura compartida, sigue habiendo importantes diferencias que permiten distinguirlos con claridad a unos de otros.

menos) y gradualmente se encamina hacia un nivel creciente de complejidad (el cual se vuelve palpable a través de una mayor organización funcional) siempre sujeta a vaivenes y cambios; siempre en devenir.

Debemos enfatizar entonces que el “sistema internacional” así concebido, no es una entidad estática que se define de una vez por todas y para siempre, muy al contrario, representa más bien una entidad dinámica que está continuamente adaptándose a su entorno (al cual también está modificando). Vista en estos términos, la historia de la humanidad en su conjunto puede subdividirse (para así facilitar su estudio) en una serie de sistemas internacionales que han ido surgiendo a lo largo del tiempo, han cubierto sus ciclos vitales y han desaparecido o se han transformado (no sin antes haber dejado su legado, que se vuelve variable condicionante de nuevos sistemas internacionales históricos).

Los sistemas internacionales así concebidos representan una tendencia histórica recurrente (una regularidad sociológica, como diría Aron) que nos ayuda a explicar la singularidad de los hechos concretos en lugares específicos al paso del tiempo. No porque cualquier cosa en ellos se repita de manera mecánica, sino simplemente porque el proceso de surgimiento y desarrollo de sistemas internacionales en la historia marca un patrón de regularidad que establece las tendencias evolutivas de cada uno de estos sistemas.

El *sistema* como tal se vuelve entonces perceptible (es decir, se convierte en unidad actuante y por ende, también en objeto de estudio) justo a partir de la interacción que estos grupos independientes unos de otros establecen entre sí, precisamente porque ella (la interacción) se vuelve condicionante de su historia.

A partir de ahí inicia, como en todo ser vivo, ese ciclo vital que le lleva a transitar por diversas fases de desarrollo hasta que finalmente se desintegra o se convierte en otra cosa (frecuentemente, en la base o en parte de un nuevo sistema internacional). Esto no significa, por supuesto, que todos los sistemas transiten mecánicamente por las mismas fases de desarrollo, como si estuvieran previamente determinados. Aunque, obviamente hay tendencias

reconocibles: sabemos bien, por ejemplo, que normalmente las personas nacen, crecen, se desarrollan hasta alcanzar un nivel de madurez e inician un periodo de declive que finalmente les lleva a la muerte, pero nunca podremos afirmar con plena seguridad de qué forma va a vivir este ciclo vital cada individuo, ni siquiera podemos afirmar que todos van a cubrir el ciclo completo, aunque esa sea la tendencia que define nuestros patrones de “normalidad”.

Lo mismo ocurre con los grupos humanos considerados como sistemas. Esto significa, básicamente que el estudio de un sistema puede darnos pautas sobre sus formas de evolución y desarrollo que seguramente pueden palpase en otros sistemas, debido a las similitudes que su carácter sistémico les otorga, lo que no debe llevarnos a pensar que el desarrollo de todos los sistemas es idéntico ni uniforme, ya que todavía nos falta por analizar las diferencias que le dan su especificidad a cada uno de ellos, como dice Wenke con toda propiedad al definir los presupuestos metodológicos de su obra, sin duda de carácter sistémico:

*“Lo que se asume aquí es que podemos visualizar a Egipto como una bella y única civilización, **pero también, que podemos tratar de ubicarla en el contexto de otras civilizaciones tempranas para considerar la dinámica que las produjo a todas, es decir, estudiar sus similitudes así como sus diferencias**” [Énfasis añadido] (Wenke, 2009, pág. 29)*

He elegido pues, el caso de Egipto para ejemplificar mi idea sobre el nacimiento y desarrollo de sistemas internacionales en la historia no sólo porque me parece que la ilustra con claridad, sino porque, este caso precisamente es el más antiguo y perdurable que registra la historia universal contemporánea. Es, por tanto, un caso paradigmático del cual podemos aprender mucho sobre propiedades y comportamientos de los sistemas internacionales, porque, además, como los fractales, los sistemas sociales en general, y el internacional en lo particular, tienden a reproducirse en escalas isométricas. Es decir, gradualmente van duplicando sus estructuras jerárquicas y sus divisiones en todos los niveles espaciales, macro y micro, lo que permite anticipar algunas de sus tendencias posibles, ya que cada instancia subsistémica repite la estructura social del todo. Egipto brinda además, de forma clara “una tendencia hacia la convivencia y la asimilación más a menudo surge” entre los grupos humanos. (Robertson, 2005)

Aunque, como ya he dicho, esto no debe hacernos olvidar jamás las condiciones de especificidad que condicionan el desarrollo de la singularidad histórico-concreta de cada caso particular. Es sin duda un asunto complejo, difícil de entender cabalmente desde la lógica restringida de lo estático.

De este modo, puede decirse que el proceso mediante el cual las pequeñas entidades políticamente autónomas y culturalmente diferenciables de la ribera del Nilo se van aglutinando hasta formar un sistema mayor, política y culturalmente dominado por un poder hegemónico, marca una de las características más típicas del comportamiento de los sistemas internacionales en la historia y ese proceso empieza a verse con claridad y consistencia en el Egipto predinástico, quizá hasta 4 ó 5 mil años antes de Cristo. Después de un largo periodo de coexistencia algunas de las comunidades independientes que poblaban la ribera del Nilo se integran entre sí para formar entidades mayores mediante un proceso que es característico en la historia de la humanidad.

*“Si se buscan reinos dinásticos con territorios más grandes, que integraron un nivel de señoríos locales, el caso más antiguo del que se tenga noticia es Egipto. La fundación del estado se sitúa alrededor del año 3000 a. C. cuando el semi-legendario Rey Menes de Nejen (= fortaleza) en Alto Egipto conquistó Bajo Egipto” (Marquardt, 2009, pág. 53)*

Hay, por supuesto otras regiones geográficas del planeta que inician el proceso civilizador (sobre la base de la interacción entre grupos humanos políticamente autónomos que gradualmente se van fusionando entre sí en entidades crecientemente más complejas) incluso antes que Egipto, por ejemplo, en Mesopotamia, quizá también en la región del Medio Oriente, en la India o en China, pero en definitiva, ninguna de ellas alcanza el nivel de complejidad estructural o de continuidad histórica de Egipto, que arranca desde la fase de sociedades de recolectores y cazadores, probablemente entre 8 y 10 milenios antes de nuestra era, y llega hasta su fase imperial con una estructura estatal que va a alcanzar los tres milenios de duración.

Nuestra idea contemporánea del Egipto Antiguo es, en la mayoría de los casos, la de una civilización unitaria y homogénea que empieza a gestarse más de cinco milenios antes de la era cristiana y que se manifiesta ya en su unidad

sustancial a partir del inicio del tercer milenio antes de Cristo<sup>101</sup>. Desde esta perspectiva resulta ciertamente difícil imaginar a Egipto como un ejemplo característico de sistema internacional histórico en los términos que hemos planteado para el desarrollo de esta obra, la cual asume la gradual unificación de Egipto justamente como un proceso de internacionalización (fusión progresiva de entidades políticamente autónomas). La imagen de Egipto como bloque unitario y homogéneo se basa en la arqueología tradicional que tiende a reforzar el enfoque del estudio de cada civilización como una entidad separada (o separable) del resto de la experiencia humana:

*“Las arqueologías procesal y post-procesal de la generación anterior tienen una cosa en común: una perspectiva autónoma. La unidad local o regional es su marco favorito de referencia teórica e interpretativa, y las referencias académicas, en consecuencia raras veces trascienden fronteras nacionales o regionales. Esto ha llevado a una no intencional pero peligrosa autonomía del aprendizaje que queda confinado dentro de fronteras nacionales y lingüísticas”.* (Kristensen & Larssons, 2005, pág. 5)

Lo “nacional” aquí se proyecta como una idea de unidad y de uniformidad que supone una continuidad histórica de la misma entidad esencial al paso del tiempo, a pesar de todas sus vicisitudes. Toynbee es uno de los primeros en señalar que una historia enteramente “nacional” no sólo resulta incompleta y distorsionada sino que es prácticamente imposible de escribirse.<sup>102</sup> Su idea es que más bien se requeriría de una visión ‘holística’; una que pudiera ver a las ‘historias nacionales’ en términos de su totalidad social integral o ‘civilizatoria’ es decir, siempre como parte de un contexto socio-histórico más amplio caracterizado por la interconexión de todos los actores sociales involucrados.

Egipto en este sentido no es una excepción. Pero esto no sólo significa que hay que tomar a la civilización egipcia como bloque y examinar sus relaciones con Nubia, Libia, Sirio-Palestina o Mesopotamia. Significa antes aún, desmenuzar el concepto mismo de ‘Egipto’ como bloque unitario, para poder explorar su

---

<sup>101</sup> No es del todo extraño que muchos egiptólogos modernos hagan marcado énfasis en las condiciones *aislantes* de la región en la que se desarrolló esta civilización para remarcar su carácter predominantemente endógeno, casi privado de influencias externas. Mi propia hipótesis es que todo desarrollo civilizatorio es producto de una intensa dialéctica entre factores internos y factores externos (la presencia de *otros*) que condicionan tanto el ámbito de lo doméstico como el de lo “internacional” o exterior. Como dijimos con anterioridad, todo proceso civilizatorio surge de hecho de un contexto de internacionalidad.

<sup>102</sup> Ver Hall (2003)

proceso de formación a partir de los elementos sociales menores que gradualmente se convertirán en factores de una *civilización egipcia* que permita una concepción unitaria y de bloque. Significa aceptar que hay de por medio más de dos milenios de cultura “*egipcia*” que no hemos analizado con detalle (sin duda, también por falta de información suficiente) en función de su diversidad, es decir, hablamos ya de manera comprensiva sobre “los egipcios” con mayor o menor certidumbre cuatro ó cinco milenios antes de nuestra era, sin considerar con detenimiento que antes de la era dinástica “Egipto” como unidad socio-política es todavía una idea con poca sustancia propia. Egipto, en estos términos no es una categoría absoluta, e inamovible, es más bien una construcción social con particularidades y especificidades que se van desarrollando al paso del tiempo.

Incluso puede señalarse que, al paso del tiempo, la idea de “Egipto” va a tener un contenido distinto según el momento histórico concreto que estamos revisando. De este modo, podemos observar que, con el mismo concepto podemos trabajar desde dos perspectivas diferentes, una de continuidad y otra de ruptura fragmentadora de la realidad histórica. No obstante, es menester señalar que ninguna de ellas es absoluta, ni la ruptura es total (ya que lo nuevo siempre contiene elementos de lo viejo que lo antecedió) ni la continuidad es homogénea (ya que siempre podrán encontrarse elementos distintivos de cada periodo bajo escrutinio). Aunque aparentemente contradictorias, estas perspectivas de análisis son de hecho complementarias entre sí. Puede analizarse el desarrollo de la civilización egipcia como un proceso continuo y unitario a lo largo de varios milenios, sin demérito de un enfoque que fragmenta esa unidad y la subdivide en fases para comprender mejor su articulación.

Lo mismo puede decirse con respecto al carácter singular del desarrollo civilizador egipcio. Igual pueden reconocerse semejanzas (e influencias recíprocas) con procesos históricos paralelos, que enfatizar el carácter único de la experiencia egipcia sin caer en contradicciones irreparables.

*“No cabe duda de que todo el denominado Creciente Fértil, desde Mesopotamia hasta el Nilo estuvo muy influido por la difusión y la emulación de Mesopotamia. La génesis de la civilización en Egipto, bien puede pues, haber estado relacionada en algunos aspectos con la de Súmer; fueron casi contemporáneas. Manteniendo esto presente,*

*será de alguna utilidad el tratar separadamente a Egipto porque existen algunas diferencias y peculiaridades interesantes en la geografía y en la evolución de la estructura sociopolítica". (Service, 1984, pág. 247)*

En otras palabras, al paso del tiempo, la mirada retrospectiva del observador tiende a volverse homogeneizadora de la realidad que observa, y por tal motivo tendemos a ver al Egipto Antiguo en su conjunto como una unidad cultural total, medianamente uniforme prácticamente desde los tiempos pre-dinásticos, aún cuando la evidencia empírica no soporte esta perspectiva con absoluta solidez<sup>103</sup>. El análisis a detalle, no obstante, revela, conforme se ha venido desarrollando, que esa uniformidad, aunque no del todo carente de sustento es más aparente que real, lo cual es de enorme relevancia para cimentar nuestra idea de un sistema internacional incipiente basado en la diversidad de los grupos que lo conforman.

Debemos empezar por hacer notar que el periodo pre-dinástico durante el que se gesta el cambio gradual de sociedades igualitarias simples hacia sociedades con rango y estratificación según la tipología de Fried<sup>104</sup> en Egipto es tan extenso (alrededor de dos y medio a tres milenios) que ha tenido que ser subdividido para facilitar su estudio y permitir una mejor caracterización de sus distintas fases de desarrollo, desde la etapa tardía de los cazadores recolectores, las sociedades agrarias simples, las sociedades urbanas incipientes, los reinos dinásticos, hasta la fase del estado faraónico. Aunque muchos autores hablan ya de "los egipcios" cuando se refieren a los pobladores de la región durante la época más lejana (la de los cazadores-recolectores) es claro que el concepto de *egipcios* se está empleando, ahí también, en una versión flexible, que asume algún nivel de similitud de identidad entre todos ellos (seguramente mucho más fuerte del que en realidad pudo haber habido en época tan temprana), así como con respecto a los habitantes del área durante el ulterior y largo periodo dinástico.

---

<sup>103</sup> Adam Watson, por ejemplo, promotor de la idea de sistemas internacionales históricos no contempla el caso egipcio en su obra justamente por considerar que esta civilización se convirtió en una época temprana en "imperio" y como vivió "aislado" durante mucho tiempo, habría poco que decir sobre él en términos de relaciones internacionales. Me gustaría poder demostrar justamente lo contrario.

<sup>104</sup> Ver Fried (1967), especialmente Cap. 1

Esa similitud existe, por supuesto, no obstante, el análisis más detallado de ese lapso también revela importantes diferencias entre los habitantes de la ribera del Nilo, como para sustentar la hipótesis de que el Egipto predinástico estaba conformado por grupos políticamente autónomos, y culturalmente diferenciables entre sí, que en definitiva califican como el tipo de entidades que tenemos en mente para hablar de un sistema *internacional* (en el sentido laxo del término) y que los egiptólogos especializados conocen como *nomos*<sup>105</sup>.

*“De esos siglos de esfuerzo y desarrollo no han llegado hasta nosotros documentos escritos por medios de los cuales pudiésemos establecer orígenes y hacer un seguimiento de etapas. Pero hay testimonios, en imágenes grabadas sobre paletas de piedra o dibujadas sobre vasijas que representan viviendas o embarcaciones bajo la égida de diversos emblemas que sobresalen de manera predominante, como emblemas creados para establecer una marca. Entre ellos reconocemos a un halcón, un elefante, un disco solar, flechas cruzadas sobre la piel de algún animal, la línea de un árbol y la de una montaña. Ahora bien, muchos de estos símbolos permanecieron en uso hasta las postrimerías de la civilización egipcia como nombres de nomos o provincias. Es por lo tanto seguro asignarles un significado étnico en los primeros tiempos. **Servían para designar, para identificar distintas tribus; su presencia identificaba a hombres y familias pertenecientes a un mismo grupo; aglomeraciones que se clasificaban y se distinguían entre sí a través de estos emblemas, que quizá hayan sido tótems en los tiempos prehistóricos y posteriormente se convirtieron en dioses**” [Énfasis añadido] (Moret, 1996, pág. 39)<sup>106</sup>*

Wenke hace un recuento semejante:

*“El estado egipcio se construyó mediante la integración socio-económica y política de discretas provincias geográficas conocidas por su nombre griego como “nomos”. En la mayoría de los casos, las fronteras de estos nomos estaban definidas por elementos naturales, tal como recodos del río o áreas delimitadas por tributarios del delta. **Marcas encontradas en la cerámica de esos nomos sugiere que los del sur ya eran reconocidos como áreas culturales propias**”*

---

<sup>105</sup> El nombre es de hecho de origen griego y refiere la división política vigente en Egipto desde la época del Imperio Antiguo. El nombre egipcio era *sepat*. Con la unificación bajo la primera dinastía, los nomos se convierten efectivamente en demarcaciones administrativas bajo el poder central, **pero durante el periodo predinástico eran independientes, tenían su propia religión y su propia administración, en fin, su propia cultura**. Había entre ellas el rango usual de interacción que incluía desde la hostilidad abierta hasta esquemas regulados de cooperación. (Egypt, 1996)

<sup>106</sup> “Étnico” es ciertamente un término controversial hoy día (mucho más que en la época que fue originalmente usado por Moret). La mayor parte de los científicos sociales (inspirados por la biología molecular contemporánea) lo considera de hecho anacrónico y evidentemente ha caído en desuso. No obstante, al margen de sus connotaciones raciales peyorativas, en este caso particular resulta útil simplemente para referir la diferenciación cultural de la que hablamos con anterioridad.

***desde una etapa tan temprana como el 3700 a.C., mucho antes de que Egipto fuera unificado bajo un solo mando.*** [Énfasis añadido] (Wenke, 2009, pág. 76)

El propio Service reconoce que:

*“Los distritos locales, denominados nomos, se convirtieron luego en distritos administrativos, pero en el periodo predinástico probablemente eran autónomos”.* (Service, 1984, pág. 250)

Naturalmente que, desde la óptica imperial, los nomos se confunden fácilmente con sub-grupos delimitados y organizados por el poder central de la era dinástica, del que, en efecto llegaron a depender (en ese sentido se pueden ver como grupos sub-*nacionales* que habitaban provincias o demarcaciones administrativas formalizadas desde la autoridad) lo que tiende a obscurecer la idea de que, antes de la primera unificación imperial “Egipto” era de hecho un mosaico de grupos independientes relacionados entre sí, luchando por preservar su existencia autónoma, lo que resulta fundamental para poder hablar de un sistema internacional en los términos que tenemos en mente para el desarrollo de esta obra<sup>107</sup>. Manzanilla apunta en una dirección similar cuando escribe:

*“Como fuere, pescadores, cazadores, recolectores, pastores y agricultores se encontraron en una de las pocas áreas del norte de África con una fuente perenne de agua: el Nilo. A pesar de que la síntesis ulterior fue el establecimiento de una economía mixta de subsistencia (...) no hay que olvidar el origen diversificado de estos grupos. La síntesis puede ser vista pues, como una respuesta adaptativa a las condiciones mono sistemáticas del Nilo i a la creciente interacción de los grupos de origen diverso”* (Manzanilla, 1996, pág. 50)

Desde la perspectiva sistémica que hemos adoptado para el desarrollo del trabajo, esa noción de la independencia original de los grupos humanos pobladores de Egipto es muy importante porque refuerza la idea misma de que *Egipto* es una construcción social y conceptual derivada de un comportamiento sistémico<sup>108</sup> de los habitantes de la región al paso del tiempo, procedentes,

---

<sup>107</sup> Según el propio Moret, el Egipto antiguo estuvo habitado por lo menos por tres razas claramente distinguibles entre sí, una semítica, otra libio-semítica y otra mediterránea. (Moret, 1996)

<sup>108</sup> Comportamiento sistémico es una noción crucial del enfoque de la presente obra. Significa, esencialmente que, por ser sistemas, toda forma de agrupación humana sigue ciertos patrones de regularidad en sus esquemas de organización, la definición de sus estructuras y su comportamiento. Estos patrones no son mecánicos, en el sentido de que los sistemas no los repiten de manera lineal, pero sí marcan tendencias para el desarrollo y la evolución de todos los sistemas sociales.

todos ellos (como grupos) de un ámbito de *internacionalidad*, condición determinada por la ausencia de un poder común que reglamentara la vida colectiva de todas ellas, definida, por tanto en función de su independencia. Aunque debe entenderse que dicha independencia siempre tiende a ser relativa, porque la sola presencia de alguien más en un entorno geográfico delimitado tiende a promover la interacción y, en alguna medida, a convertir a los grupos en interdependientes. En este sentido, la concepción sistémica coincide con la propuesta de Kristensen en el sentido de que busca un enfoque integral capaz de incorporar al mismo relato la historia de distintos grupos humanos interactuando en una espacio-temporalidad compartida:

*“La meta última del método de la interacción es escribir “historias totales” (Kohl, 1987: 29) de las sociedades antiguas, historias que ubican los acontecimientos locales en el contexto de una rica red de interconexiones que todas ellas mantenían. Para cumplir con este objetivo se necesita construir un paradigma que, entre otras cosas identifique unidades de análisis y condiciones bajo las cuales, los contactos inter-sociales pueden tener efectos sociopolíticos particulares (Shortman and Urban, 1992b: 248)” (Kristensen & Larssons, 2005, pág. 7)*

De conformidad con nuestra concepción, los sistemas internacionales nacen históricamente de la interacción entre grupos autónomos que inexorablemente tienden a irse fusionando o aglutinando (por alianza o por conquista) hasta formar unidades políticas mayores que se nutren de las aportaciones culturales de todos sus diversos componentes y van creando una civilización. El proceso no es, desde luego, ni mecánico, ni lineal. No todos los grupos que interactúan crean civilizaciones que culminan en un orden imperial glorioso, aunque la tendencia “normal” busca esa dirección unificadora<sup>109</sup>.

La idea de los grupos autónomos interactuantes es además importante porque nos permite sugerir que dicha interacción genera una nueva dimensión de la realidad social que es cualitativamente distinta a la realidad *doméstica* o interna que vive cada grupo por separado, donde el mayor grado de homogeneidad cultural, el surgimiento de estructuras de poder hegemónico y eventualmente, de instituciones comunes definen las reglas básicas de convivencia que

---

<sup>109</sup> Egipto, en este sentido es un caso importante porque, como ya dijimos, de hecho representa el primer, más extendido, más homogéneo y más longevo orden imperial que conoce la humanidad.

caracterizan a cada grupo<sup>110</sup>. En ausencia de todo esto, el ámbito de la *internacionalidad* genera, al mismo tiempo la necesidad de pensar en y articular una política exterior, la cual define las formas de interacción con *los otros*.

Es pues el ámbito de la *internacionalidad* (es decir, el externo) en el que las reglas del comportamiento social cambian fundamentalmente porque nos colocan frente al *otro*, definido por usos y costumbres, valores y creencias distintos a los nuestros.

Nuestro punto de partida a este respecto es que los nomos del periodo predinástico son precisamente este tipo de entidades políticamente autónomas y culturalmente diferenciables unos de otros y que la noción de 'Egipto' se forja al calor de la gradual integración de estos grupos en entidades mayores hasta alcanzar la unidad que representa el estado egipcio unificado. La diferencia entre los grupos es desde luego muy importante, sobre todo porque es en ella que cada grupo define los elementos de su identidad, pero es necesario matizarla, después de todo, *los otros* también son finalmente seres humanos y eso establece un puente de comunicación con ellos, (lo que finalmente permite la integración) aunque, de repente sus usos y costumbres nos pudieran parecer tan ajenos o distintos a los propios, que prácticamente nos pueden hacer pensar que, de hecho, los vecinos vienen de otro planeta.

En sus orígenes, los puntos de contacto entre los grupos de un sistema internacional son normalmente débiles; la comunicación tiende a ser escasa, *el otro* es normalmente visto como enemigo (por lo menos potencialmente) del que hay que estarse cuidando, es decir, representa ante todo una amenaza. Es quizá por ello que muchos analistas tienden a describir esta fase del desarrollo sistémico como una fase irremediablemente *anárquica*, caracterizada por una constante, inevitable y permanente lucha de poder entre los integrantes del sistema. Pero ésta es sólo una fase del desarrollo sistémico, no una condición

---

<sup>110</sup> La distinción entre un ámbito interno (doméstico) y otro externo (internacional) es desde luego importante para el análisis de la realidad social en general, ya que también contribuye a definir ámbitos disciplinarios, pero no debe sobre valorarse. Si bien es cierto que existen diferencias sustantivas entre lo doméstico y lo internacional, que nunca debemos perder de vista, también debemos recordar que ambos constituyen dimensiones de una sola y única realidad social y que continuamente se están influyendo en uno al otro, al punto en que resultarían incomprensibles si cualquiera de los dos faltara.

permanente. Es altamente probable que durante varios milenios, las comunidades agrícolas incipientes a orillas del Nilo hayan convivido entre sí en condiciones semejantes a las aquí descritas: con un desarrollo propio basado en la mutua desconfianza.

El análisis antropológico contemporáneo, no obstante, nos revela que el recelo tampoco es absoluto. Muchos grupos humanos primitivos son naturalmente curiosos con respecto a la otredad, por lo menos lo suficiente para un incipiente acercamiento que, de manera gradual puede llevar a niveles menores de desconfianza o conflicto y mayores de intercambio y cooperación. Como atinadamente apunta Service, desde la etapa más temprana de las sociedades igualitarias existen y se ponen en práctica mecanismos de apaciguamiento y colaboración relativa entre los grupos a través de la práctica de intercambio de regalos y matrimonios destinados a sellar alianzas inter grupales, prácticas que se mantendrán vigentes por largo tiempo, tal como atestiguan las célebres cartas de Amarna, a las que volveremos más tarde. (Service, 1984, págs. 78-82)

La realidad social de la era predinástica en el territorio que hoy conocemos como Egipto revela muchas de las características aquí anotadas y palpables en el comportamiento de las diversas tribus que poblaban la ribera del Nilo, (incluso antes de la formación de las primeras aldeas) en calidad de entidades políticamente autónomas, culturalmente diferenciables y carentes de un poder central regulador de su conducta. Esto no significa, en forma alguna, que no existan semejanzas entre estos grupos, por supuesto que las hay (y muchas), pero eso no quiere decir que haya en la región una uniformidad político-cultural que los convierte en un solo y único grupo o entidad política desde el principio del periodo predinástico.

Kuhrt explora este problema en detalle y señala que prácticamente desde el principio de la era dinástica se asumió como verdad incuestionable que 'Egipto' era el resultado de un proceso de unificación realizado por la voluntad de un monarca poderoso, de forma tal que para los antiguos egipcios, el principio mismo de la historia humana tendría que estar relacionado con este acto de unificación del que surgiría el estado egipcio. Y ella misma formula lo que me

parece una pregunta clave: ¿Qué exactamente fue lo que se unificó durante este periodo, la región del delta con el Alto Egipto o una serie de unidades geopolíticas distintivas del periodo predinástico? (Kuhrt, 1997, pág. 126)

Pensamos que dicho periodo se entiende mejor cuando contemplamos las diferencias que separan a estos grupos y los llevan a tener que convivir en un medio *anárquico* (característico de todos los sistemas internacionales incipientes) en el que cada quien tiene que velar por su propio interés.

*“El Egipto prehistórico, por tanto parece haber estado dividido en clanes agrupados en torno a emblemas, que probablemente configuraban grupos totémicos. (...) la autoridad en este tipo de sistemas sociales está en manos de “los mayores” de cada clan. En Egipto, según tradiciones religiosas grabadas en las pirámides de la VI dinastía, se habla de un pasado, no muy distante al principio de los tiempos en el que los hombres eran gobernados por “Saru”, que eran probablemente los mayores de cada clan. Al parecer, esta gerontocracia, la forma usual de autoridad entre grupos proto-civilizados fue responsable de guiar a los egipcios más antiguos en sus esfuerzos de varios siglos por hacer del Valle del Nilo un sitio sano y cultivable” (Moret, 1996, pág. 40)*

Ahora bien, debemos recordar siempre que la fase anárquica de un sistema internacional no es inmutable ni imperecedera, por mucho que pudiera extenderse en el tiempo. Si bien es cierto que no es del todo fácil de trascender, la experiencia histórica sugiere, de hecho, que los grupos humanos tienden a superarla, ni siquiera por designio explícito de racionalización de la convivencia, simplemente porque algunos de los grupos dentro del sistema logran ejercer acción hegemónica (militar, económica, política y/o cultural) de manera exitosa sobre los demás. Por supuesto que mientras más forzada es la integración hegemónica (es decir lograda de manera impositiva) mayores resistencias genera, lo cual mantiene al sistema en permanente estado de tensión, lo que también incrementa las probabilidades de fractura; tal es la dinámica de todos los sistemas internacionales históricos.

Esa acción hegemónica y aglutinante de la que estamos hablando como una regularidad sociológica en la historia de la humanidad, culmina exitosamente en Egipto con el establecimiento de la Primera Dinastía bajo Narmer o Menes, a la que volveremos más adelante, pero el estudio detallado del pasado predinástico permite ver hoy en día que el proceso de unificación arranca de

hecho mucho antes de Narmer y avanza por caminos sinuosos y tiempos notablemente prolongados. Manzanilla nos recuerda que ya para el periodo Gerceense:

*“se empieza a perfilar quizá la existencia de gobernantes de los dos reinos cuya existencia se atestiguaría, según Sethe en el Delta, con el reino occidental a cargo de Horus y el oriental a cargo de Andj. Posteriormente se unificaría el Delta (con capital en Behedet) y se crea también un reino del Alto Egipto con capital en Ombos. Sin embargo, Baumgartel y Vandier son de la idea de que desde fines del Amratiense hubo una conquista del Alto Egipto por el Delta, que quedó atestiguada en el mito de Horus y Seth. Esa primera unificación tuvo quizá su capital en Heliópolis según Childe”.* (Manzanilla, 1996, pág. 56)

Las placas alusivas en el Museo Británico reconocen con claridad, primero el carácter independiente de los grupos humanos predinásticos y su gradual fusión hasta la formación del imperio bajo la primera dinastía. En una de ellas, que refiere el surgimiento de la civilización en el valle del Nilo se lee:

*“Aproximadamente en el 3100 B.C. **los pueblos predinásticos separados del bajo y el alto Egipto** fueron unificados bajo un solo gobernante”* [Énfasis añadido] (Museo Británico, 2009)

Al hablar del proceso de unificación, las placas alusivas lo refieren en los siguientes términos:

*“La unificación de esta tierra ocurrió durante un periodo de unos 200 años, por lo menos en dos fases: primero, la difusión de la cultura Naqada hacia todo el país, seguido de la unificación política, en la medida que los gobernantes del sur extendieron su dominio hacia la zona del Delta. El proceso culmina alrededor de unos 3100 A.C. con el surgimiento de un rey llamado Narmer como probable fundador de la primera dinastía. Excavaciones recientes han puesto de manifiesto que un proceso gradual de unificación es mucho más plausible que la vieja visión de una conquista militar repentina, aunque es indudable que debe haber habido algún tipo de conflicto militar. La cultura material un alto grado de uniformidad hacia la última fase del periodo predinástico (a veces llamado Naqada III) y hay evidencia de la existencia de poderosos jefes del Alto Egipto, con nombres como escorpión o Ka, que bien pudieron haber gobernado la mayor parte de la región antes de que Narmer asumiera el control total”.* (Museo Británico, 2009)

Este punto de vista se sustenta en algunas de las obras más importantes (y recientes) de excavación y análisis en sitio, lo que ha permitido el desarrollo de una imagen más clara sobre el pasado predinástico, su duración y, sobre todo, su diversidad. Algunos especialistas han llegado a hablar hoy en día incluso una “dinastía 00”, (nombre que, por cierto carece de aceptación universal) que

independientemente de su papel como modelo de organización política, revela con claridad la tendencia unificadora que recién hemos referido:

*“Y aunque quizá inadecuado (lo cual también podría decirse de las posteriores “verdaderas” dinastías), el término (de Dinastía 00) proporciona una subdivisión o distinción útil entre los soberanos o los jefes del periodo cuando Egipto estaba en el proceso de unificación cultural (Nagada II tardío o III temprano) y los reyes de Nagada IIIB (la llamada dinastía 0), cuando se logró la unificación política de todo Egipto. Durante el primer periodo, las jefaturas regionales independientes del Alto Egipto eran todavía protoestados (Hieracópolis, Nagada, Abydos) pero ya compartían algunos rasgos culturales semejantes y probablemente mantenían algún tipo de relación entre sí (comercio, matrimonios, guerra)”. [Énfasis añadido] (Raffaele, 2002).*

De este modo, podemos observar que “Egipto” como construcción social se va gestando desde un ámbito de *internacionalidad* (caracterizado por la presencia de grupos políticamente autónomos) que lenta y progresivamente se homogeniza, aglutinándose hasta conformar una unidad político-cultural reconocida por sí misma, es decir, que la población adquiere de ella sus rasgos propios de identidad colectiva y que es vista hoy en día por diversos especialistas, ya como un imperio<sup>111</sup>, ya como una civilización uniforme, ya como un sistema internacional que gradualmente evoluciona hasta su etapa más acabada de desarrollo como imperio. Ciertamente, es menester reconocer que hasta la fecha:

*“Sólo disponemos de fragmentos minúsculos de un complejo rompecabezas; y no debemos perder de vista el hecho de que el desigual conocimiento que tenemos de los sitios arqueológicos principales del periodo (predinástico) obra como un pesado prejuicio en nuestro proceso de reconstrucción; más aún, la evidencia de competencia violenta entre las jefaturas tempranas del Alto Egipto (o protoestados) se basa hoy día casi por completo en la iconografía de los artefactos excavados.” (Raffaele, 2002)*

---

<sup>111</sup> La noción de imperio es ciertamente polémica. Está sin duda cargada de connotaciones peyorativas debido a que parece sugerir necesariamente un proyecto de conquista y subordinación ante un poder hegemónico. El discurso político contemporáneo continúa con las aclaraciones de manera tan intensa como siempre. A pesar de que el Imperio necesita de un Estado que lo haga operativo, el traslape entre ambos conceptos no implica que sean sinónimos. Es necesario aclarar que en el contexto de este trabajo pensamos en la noción de imperio como una estructura socio-política resultante de un proceso avanzado de interacción e integración sistemática entre comunidades políticamente autónomas) y en la que una de ellas asume el poder hegemónico. Cabe resaltar que a nivel internacional no existe un Estado como estructura político-administrativa que dirija a los demás componentes del sistema. Consideramos que este punto de vista es consistente con el enfoque que manejan Trigger, Kemp, O'Connor, & Lloyd (1997) Volveremos a tratar el punto con mayor detalle más adelante.

No obstante, la evidencia parece ser suficientemente sugestiva como para pensar que la idea de la construcción de “Egipto” desde un ámbito original de *internacionalidad* que culmina en la configuración de un todo homogeneizado y relativamente uniforme con identidad colectiva propia, como expresión de un proceso histórico recurrente, es algo viable, significativo y útil, sobretodo porque sugiere una tendencia general aplicable a otros casos de desarrollo civilizatorio. Para Manzanilla:

*“Las poblaciones que convergieron en el valle del Nilo durante el quinto y principios del cuarto milenio a.C. eran de orígenes muy diversos. Sin embargo, hacia fines del cuarto milenio se puede observar una integración cultural que pudo preludear al la unificación política del inicio del tercer milenio a. C. Aquella fue debida a una articulación eficiente entre los grupos de patrones de subsistencia diversificados. **El noma predinástico puede ser concebido como un indicador del origen diverso de estos grupos**” [Énfasis añadido] (Manzanilla, 1996, pág. 59)*

La experiencia histórico-concreta de Egipto nos orienta en la búsqueda de patrones de regularidad recurrentes en la historia de la humanidad. Sugiere, como hemos venido diciendo, que la diversificación y dispersión de nuestra especie por el planeta, originada en necesidades de sobrevivencia, genera un ámbito de *internacionalidad*, en el que grupos políticamente autónomos coexisten en regiones geográficas determinadas influyéndose recíprocamente y propiciando las condiciones de su ulterior desempeño y evolución. La tendencia más generalizada es hacia la integración progresiva, que puede darse en términos de cooperación o en términos de imposición, para crear entidades políticas ampliadas. No obstante, mientras más forzada es la integración, mayor es la resistencia de los grupos a permanecer unidos y mayor la tendencia hacia una ulterior fragmentación. Pero este es sólo un esquema generalizador genérico. De ninguna manera indica una evolución lineal o predeterminada para todos los casos históricos, cada uno de los cuales debe ser estudiado en su singularidad específica.

El trabajo de Gordon Childe sobre la llamada *revolución urbana* es claramente ilustrativo de este tipo de análisis generalizador que rescata algunas de las características sustanciales comunes a todos los procesos de civilización y que

describe patrones de regularidad sociológica en distintas regiones del mundo<sup>112</sup> que parecen reproducirse siguiendo una especie de tendencia fractal<sup>113</sup>, justamente, el tipo de recurrencia que permite la realización del análisis de la ciencia. Conviene recordar, sin embargo, que el proceso no es ni mecánico ni lineal. El conjunto de tendencias sugeridas por Childe no siempre se desarrollan de la misma manera en todos los casos, cada uno de los cuales mantiene siempre sus especificidades singularizadoras.

El periodo predinástico, entonces, a pesar de lo fragmentario e incompleto que tenemos de él es importante porque revela los orígenes *multiculturales* y *multivariantes* del estado egipcio aún en el contexto supuestamente aislado del que emerge y nos proporciona elementos para el estudio del surgimiento gradual de una maquinaria estatal, finalmente encargada de llenar el vacío de poder central regulador entre diversas entidades políticamente autónomas que durante más de dos milenios ocuparon la ribera del Nilo. Bard reconoce que, en efecto, en la última parte del periodo predinástico hay ya evidencias suficientes que nos hablan de reyes anteriores a la concreción del proceso de unificación, si bien es cierto que los debates aún son considerables respecto de la naturaleza misma del proceso, la fecha en la que pudo haber ocurrido y más aún, sobre los orígenes de la llamada dinastía 0<sup>114</sup>. Por otra parte,

*“Debemos recordar –nos dice Wenke- que para la época en la que plantas y animales domesticados en el sudoeste asiático empiezan a aparecer en Egipto ya había complejas rutas de intercambio comercial desde hacia varios siglos, por las que transitaban diversos productos como obsidiana, cornalinas, lapislázuli, cobre, oro y otros tan caros como exóticos procedentes de Anatolia, Mesopotamia, Persia, y sirio-palestina. Egipto estaba entonces en la periferia de estas redes de intercambio, pero ya para el 7000 a.C. ya circulaban por el valle del Nilo y sus márgenes, incluso adentrándose en el territorio de Nubia productos como conchas de moluscos, huevos de avestruz, puntas finas de piedra y otros”.* (Wenke, 2009, pág. 165)

Todavía a principios del quinto milenio anterior a nuestra era, es decir, unos 4000 años a.C. la inmensa mayoría de los pobladores de la ribera del Nilo eran

---

<sup>112</sup> Ver Childe (1948)

<sup>113</sup> La tendencia fractal parece ser característica de la naturaleza en su conjunto. De conformidad con ella, la vida en general se reproduce siguiendo los dictados de un código básico que tiende a repetirse al infinito mientras no haya nada que lo obstruya. Ver, Peitgen, Jürgens, & Saupe (2004)

<sup>114</sup> Ver Bard (2000) pág. 57

campesinos dedicados a la agricultura de subsistencia, los cuales vivían en modestas chozas de barro, en comunidades muy pequeñas, máximo de algunos centenares de personas. Su contacto con el mundo exterior sería ciertamente limitado, más no inexistente.

Los restos arqueológicos sugieren que las distintas regiones producían su cerámica distintiva y que seguramente mantenían algún tipo intercambios comerciales, quizá incluso durante algunas festividades regionales hubiese la oportunidad de negociar matrimonios fuera de la propia tribu, lo cual podía representar diferentes ventajas en términos de acercamiento con *la otredad*. Es muy probable que incluso en el lenguaje de distintas comunidades hubiera importantes variaciones, mismas que se irían minimizando con el paso del tiempo en función del proceso de integración que finalmente haría posible un lenguaje común y, a partir de él, una cultura más homogénea.

Por supuesto que no se dispone de evidencia alguna que pudiese sugerir niveles mayores de cooperación entre estos campesinos. No hay huellas de trabajos de construcción de grandes sistemas de irrigación o de construcciones monumentales (como los de la época dinástica) por lo que las diferencias en status social derivadas de posesiones materiales parece haber sido mínima, recordemos, después de todo, que hablamos de una etapa de transición gradual desde las sociedades igualitarias hasta las sociedades estratificadas. Su economía era básicamente de subsistencia y debe haber involucrado a todos los miembros de la comunidad, seguramente emparentados entre sí. No hay tumbas del periodo que hablen de riqueza o poder social acumulado como para establecer jerarquías significativas entre la población.

Un milenio más tarde las cosas habían cambiado notablemente. La mayor parte de la población seguían siendo campesinos que vivían de manera precaria en pequeñas aldeas, pero ahora son miembros de una comunidad mayor, una entidad cultural más claramente palpable que se extiende desde la frontera nubia en el sur hasta la región del delta que desemboca al mar Mediterráneo. El lenguaje, aún con sus variaciones locales es ahora común a toda el área y el panteón de los dioses también es reconocible por todos, en otras palabras, la cultura es mucho más homogénea que un milenio antes.

Pero quizá lo más importante de todo es que ahora hay un gobierno central que regula la vida colectiva de toda esta área y al que se le reconoce la autoridad formal para hacerlo, se le pagan impuestos, se obedecen sus leyes, se participa en sus proyectos y se le defiende de las amenazas procedentes del exterior, ahora más claramente definido y visto como no-egipcio. La jerarquía social es clara y el comercio internacional mucho más regular e intenso, herencia, sin duda de la etapa de los grupos de rango durante la que se formaron las sociedades de jefatura. De hecho Bard reconoce que uno de los factores explicativos más importantes para dar cuenta del proceso de expansión de la cultura Nagada hacia la parte norte del país sería justamente el deseo por parte de los reyes del sur de obtener control directo del lucrativo comercio con las regiones del Mediterráneo Oriental que se había desarrollado desde el cuarto milenio anterior a la era cristiana (Bard, 2000, pág. 58). Todo ello gracias a una estructura estatal consolidada en función del aglutinamiento progresivo de los nomos en una entidad socio cultural de mayor envergadura.<sup>115</sup> El proceso, desde luego, debió haber sido gradual y no exento de conflictos. Según Bard, dada la evidencia arqueológica de los cementerios en tres centros pre-dinásticos de mayor importancia (Nagada, Abidos y Hieracómpolis) puede pensarse en centros políticos independientes (incluso en competencia entre sí) todavía durante la fase II de la cultura Nagada, por lo que es probable que la primera fase de unificación del alto Egipto ocurriera durante la fase III de esta misma cultura, bien fuese a través de alianzas o de guerras, o de una combinación de ambos (Bard, 2000, pág. 59). El proceso coincide plenamente con nuestra idea respecto del surgimiento de la maquinaria estatal de un ámbito de internacionalidad, justamente como producto de lo que hoy llamamos *relaciones internacionales*.

Esa maquinaria estatal, como nos explica Kemp (2004), gradualmente articularía e implementaría en un proyecto socio-político, el conjunto de creencias (la cosmovisión) característica de la cultura egipcia de la época dinástica, basada sobre todo en la idea de continuidad del tiempo, su concepción de la vida después de la vida y la legitimidad de los gobernantes basada en la divinidad, lo que daría a su vez sustento a la noción de una

---

<sup>115</sup> Ver Wenke, (2009), especialmente Cap. 5

unidad territorial mística y unitaria por encima de las divisiones geopolíticas locales (Kemp, 2004, pág. 28), creando así la paradoja de una aparente unidad unilineal que aglutina a las culturas de finales del predinástico en el Alto Egipto con la cultura faraónica del Imperio Antiguo como un solo bloque (Kemp, 2004, pág. 82).

No obstante, el análisis del detalle fino también revela que bajo la unidad cultural que se va haciendo gradualmente omnipresente hay una diversidad original que no deja de ser importante y de ejercer influencia en la dinámica funcional del aparato estatal y sus relaciones (ya como bloque unitario) con el exterior, lo que confirma la idea de un sistema internacional incipiente que avanza desde un nivel casi total de anarquía, en el que cada grupo lucha por preservar su propia autonomía, hacia una etapa de control central homogeneizado (imperial) pasando por una fase intermedia de vinculación armonizada sin poder centralizado ostensible.

De hecho, el modelo de Kemp sobre la evolución de la estructura estatal en Egipto es plenamente concordante con la idea aquí planteada sobre el desarrollo de los sistemas internacionales históricos: el modelo de Kemp también sugiere etapas o estadios de evolución, en el primero estarían las pequeñas comunidades agrícolas sin niveles significativos de especialización laboral o de jerarquía social. En el segundo nivel de desarrollo, algunas de ellas se han fusionado entre sí, han mejorado sus técnicas de cultivo y tienen por lo tanto mayor densidad de población. Ello exige mayores esquemas de organización social, al mismo tiempo que permite mayor acumulación de riqueza y, por lo tanto, de diferenciación social. Se establece entonces una especie de jefatura tribal que regula la vida social y económica de la comunidad expandida. La mejor organización social permite incluso mayor producción de bienes y de riqueza, los grupos crecen aún más y pueden dominar a algunos de sus vecinos con mayor facilidad, algunas de estas jefaturas tribales se convierten entonces en “reinos”, según la descripción de Kemp.

Aunque no es tan fácil demostrar el modelo a partir de la evidencia arqueológica existente, sí se pueden hacer algunas apreciaciones al respecto. Por ejemplo, es claro que comunidades como Hieracómpolis, Nagada y Abidos

en el Alto Egipto así como Maadi y Buto en el Bajo Egipto han seguido esta tendencia. El proceso continúa en los mismos términos de aglutinamiento progresivo hasta producir el estado unificado de las dos tierras (Kemp, 2004, págs. 43-47). También la descripción de Francesco es consecuente con la idea del sistema internacional incipiente que de alguna manera parece sugerir el modelo de Kemp:

*“Algunos autores han tratado de comparar, a nivel general, las comunidades del periodo más temprano de Nagada III con las ciudades estado de la Grecia arcaica o del periodo clásico maya; tanto el caso griego como el maya están mejor estudiados que el predinástico tardío egipcio. Ciertamente debe haber existido algún tipo de jerarquía entre las aldeas en torno a cada capital de un proto-nomo egipcio y algún tipo de interacción entre los diferentes estados regionales. En un momento dado, algunos de ellos (especialmente los situados en las zonas fronterizas) deben haberse involucrado en competencias militares por la explotación de algunos territorios, monopolización del comercio o algunas otras razones, mientras que otros posiblemente se unieron a través de alianzas hechas patente por medio de intercambio de regalos, matrimonios, construcción de monumentos, celebración de ceremonias públicas y festejos. **En Egipto hay evidencia de una organización en forma de ciudades estado o de proto-estados arcaicos regionales en etapas tan tempranas como Nagada II**”.* [Énfasis añadido] (Raffaele, 2002)

Es evidente que hacia finales del periodo predinástico, lo que había sido un ámbito de *internacionalidad* se ha ido convirtiendo gradualmente en un espacio medianamente homogeneizado por una cultura dominante que dota de identidad unitaria a la región y ya como tal, la diferencia de las regiones aledañas independientes (Nubia, Libia, el Oriente Próximo). Esto es importante porque nos permite sostener el argumento de que los nomos egipcios originales tuvieron entre sí, antes del advenimiento de la primera dinastía, el equivalente de lo que hoy en día llamamos *relaciones internacionales* cuyo estudio, aparte de la caracterización de este caso particular, en términos de sus especificidades, nos permite también el análisis del comportamiento sistémico en sus generalidades, lo que a su vez vuelve viable el análisis histórico comparativo de sistemas internacionales.

*“Durante este periodo podemos reconocer el desarrollo de los componentes básicos del futuro mecanismo estatal (egipcio) a saber, un conjunto de creencias homogéneas en relación con la muerte y el origen divino del poder real. Una serie de corolarios míticos y materiales de estos subsistemas proporcionaban la justificación y*

*legitimación de las desigualdades internas en una sociedad que ya para entonces mostraba un abismo profundo entre gobernantes y gobernados: la construcción de edificios monumentales en los pueblos y de tumbas lujosas en terrenos sagrados; la disponibilidad de artículos exóticos y lujosos a través del monopolio estatal de comercio con tierras lejanas, la producción de artículos para simbolizar el estatus social, la posibilidad de dominar a las grandes masas de población mediante métodos coercitivos y violentos así como con sutiles estrategias míticas religiosas empleadas por las élites para demostrar, motivar, confirmar y fortalecer su supremacía y superioridad” (Raffaele, 2002)*

Es claro pues que a mediados del cuarto milenio, hacia el 3500 a.C. los principales centros de población del Alto y del Bajo Egipto reflejan ya un nuevo orden de vida, uno en el que puede apreciarse con mayor facilidad el papel que juegan las comunidades políticas mayores, las cuales fungen como centros socioeconómicos regionales desarrollados en torno a un templo donde se rinde culto a las deidades locales y se organiza la vida de la comunidad, produciendo los elementos que dotan de identidad a la población, establecen las jerarquías y marcan las pautas para la distribución de la riqueza<sup>116</sup>. Ciertamente que, a pesar de las similitudes observables en todos los procesos, cada uno posee sus rasgos característicos propios.

#### *a) El periodo dinástico.*

Con el inicio del periodo dinástico (*circa* 3000 a. C.) Egipto puede ya estudiarse como unidad cultural por mérito propio, es decir puede, en efecto, ser estudiado desde la perspectiva de una estructura, una funcionalidad y un comportamiento *domésticos* o internos con su propia trayectoria histórica, definida también por su relación con *el exterior*, cosa que la historia moderna ha hecho de manera abundante, sobre todo a partir de las expediciones napoleónicas a Egipto a principios del siglo XIX, redescubriendo para el mundo moderno la gloria de esta antigua civilización.

Aunque el inicio mismo del periodo dinástico dista mucho de ser un evento consensado entre especialistas o de haber producido una cultura o un sistema

---

<sup>116</sup> Cfr Hassan (1988)

de gobierno enteramente uniforme, es claro que durante él se consolida una maquinaria estatal integradora de la diversidad de gentes del periodo inmediato anterior, y que a partir de entonces se cuenta por dinastías gobernantes que habrán de manejar ya formalmente el contacto con el exterior<sup>117</sup>, es decir, el ámbito que ha quedado fuera de su propia jurisdicción. Pero aún en este caso, ya con la presencia de gobernantes dinásticos:

*“El sistema de gobierno, hasta donde lo podemos juzgar no parece haber sido exactamente el mismo para las dos mitades del Reino: por ejemplo, mientras que ‘los grandes hombres del sur’ gobernaban el Alto Egipto, no parece haber habido ningún grupo correspondiente de ‘grandes hombres del norte’. Cada ‘estado’ pudo haber mantenido sus formas de organización anterior, incluso después de la unión.”* (Erman, 1971, pág. 81)

La lista de gobernantes para el periodo dinástico, tradicionalmente atribuida a Manetón, un sacerdote del periodo ptolemaico empieza con un legendario rey llamado Menes o Mena, a quienes algunos identifican con Narmer, otros, desde luego afirman que se trata de personajes distintos; algunos incluso dicen que se trata de varios personales, uno de los cuales podría ser el también mítico rey Escorpión (Kinnaer, 2006). La controversia se torna incluso más densa cuando exploramos las diversas interpretaciones que se han dado al contenido pictográfico de la *Paleta de Narmer*, en la que, de alguna manera se ha buscado hallar el acto conceptual de fundación del Imperio Egipcio y que incluyen, desde la conmemoración de una victoria militar del Alto Egipto sobre la región del Delta hasta la inscripción de un calendario ritual, pasando por una ceremonia nupcial en la que el rey del Alto Egipto desposa a la hija del rey del Bajo Egipto.<sup>118</sup> Como bien señala Bard, la interpretación de estas escenas es verdaderamente problemática debido a que la procedencia real de los objetos es incierta y porque además, aunque sus escenas fragmentarias efectivamente parecen simbolizar conflictos, no especifican acontecimientos históricos reales. (Bard, 2000, pág. 61)

Para hacer las cosas todavía más complicadas (aunque en apoyo a nuestra tesis sobre la condición inminentemente internacional del ámbito en el que se funda la primera dinastía) algunos autores sostienen que Narmer, Menes o

---

<sup>117</sup> “Exterior”, en este contexto es una idea que ha cambiado de matiz y se refiere al espacio geográfico no controlado por el aparato estatal faraónico.

<sup>118</sup> Ver, Cornwell (2003) especialmente Cap. IV Disponible en <http://www.mazzaroth.com/>

Escorpión podrían estar vinculados a dinastías sumerio-acacias (Cornwell, 2003), lo cual, de hecho parece poco probable, aunque no del todo imposible. Si bien es cierto que la naturaleza de estas polémicas está más allá del alcance de este trabajo, es importante destacar que, por encima de los detalles, los especialistas parecen estar medianamente de acuerdo en que la controvertida figura de Narmer representa un momento importante de unificación de **un ámbito otrora fragmentado: El Alto y Bajo Egipto son en realidad agrupaciones de multitud de pequeños pueblos independientes con dos unidades políticas superiores o dos reinos**. Aunque se habla de un mítico patriarca unificador llamado el rey Escorpión, la realidad es que los dos reinos fueron reunidos por Menes o Narmer, quien funda la importante ciudad de Menfis. Menes inicia la I Dinastía (3.000 a.C.- 2.890 a.C.), que, junto con la II (2.890 a.c.-2.686 a.C.), son conocidas como dinastías tinitas, por tener como capital la ciudad de This o Tinis, en el Alto Egipto”. (Bard K. , 2000, págs. 63-67)

Bien sea que Narmer, Menes y el rey Escorpión hayan sido una sola persona o que ninguno de ellos haya existido de manera individual y sean más bien la síntesis de diversas figuras míticas o militares representadas por un título genérico, la cuestión es que todos ellos están en la frontera entre un sistema internacional laxo de condición predominantemente anárquica y un sistema de estructura jerárquica sustentada en un poder hegemónico, aún cuando la evidencia más sólida para esta línea de argumentación sea un pequeño objeto grabado con inscripciones cuya interpretación continua sujeta a debate y descubierto apenas en 1897 por los arqueólogos británicos Quibell y Green. (Narmer, 2008)

*“La Paleta de Narmer, hallada en el templo de Hieracópolis muestra, detrás de la figura del rey al portador de sus sandalias, un alto funcionario, posiblemente su hijo, a quien se identifica mediante una roseta de siete pétalos, emblema real o de la divinidad. Este hijo puede ser el legendario Menes, quien habría acompañado a Narmer en sus conquistas. Ambos pudieron haber reinado en diferentes partes de Egipto de manera simultánea durante algún tiempo después de la conquista, con el joven Menes centrado en la construcción de una nueva capital en Menfis. De este modo, se podría concluir que Narmer fue el primer gobernante de un Egipto unificado y su hijo, Menes en primero en gobernar a Egipto desde Menfis. **Después del***

***establecimiento del gobierno dinástico en Egipto, las aldeas de Egipto se transformaron de miembros de una sociedad endeblemente organizada, en las que los jefes autónomos y los comerciantes desempeñaban los papeles más importantes a una bajo el control centralizado de un monarca imperial*** [Énfasis añadido] (Ashok Malhotra, 2008)

No obstante, desde la perspectiva que aquí nos interesa es importante señalar que, a partir del periodo dinástico, podemos ya estudiar a Egipto como subsistema integrado e integrante de sistemas internacionales más amplios (lo cual representa una tendencia histórica regular) que abarcan indistintamente la región del Medio Oriente, la cuenca oriental del Mediterráneo o la totalidad de la porción norte de África. Como dice Bard:

*“Para el 3000 B.C., el estado dinástico temprano ya había surgido en Egipto y controlaba la mayor parte del valle del Nilo, desde la región del delta hasta la zona de la primera catarata en Asuán, una distancia de más de 1000 km a lo largo del Nilo (...) Lo que es realmente único acerca del estado temprano en Egipto es la integración del mandato sobre una extensa región geográfica, en contraste con las formaciones políticas contemporáneas en Nubia, Mesopotamia y Sirio-palestina. Aunque ciertamente hay evidencia de contacto con el extranjero durante el cuarto milenio antes de Cristo, el estado dinástico temprano que surgió en Egipto fue único y autóctono en su carácter. Es probable que un lenguaje común, o dialectos cercanos del mismo hayan facilitado la unificación política, aunque realmente no se sabe gran cosa acerca del lenguaje hablado”* (Bard, 2000, pág. 64)<sup>119</sup>

En otras palabras, a partir del periodo dinástico, Egipto es ya un actor internacional unitario por mérito propio en los escenarios internacionales más amplios de la región. Esta unidad es sin duda producto de diversos factores, todos ellos generados en el proceso de aglutinamiento progresivo de los antiguos nomos en unidades sociopolíticas mayores que permite, sobre todo, el desarrollo de una ideología colectiva que va a impulsar la unidad cultural de toda la gente que habita la región entre Gaza y Asuán, dotándolos de una identidad común.

Atrás han quedado las viejas aldeas neolíticas de carácter más primario y medianamente igualitario, para dar paso a un actor internacional (siempre en el

---

<sup>119</sup> La referencia es particularmente interesante porque acerca al proceso de unificación egipcio mucho más de lo que antes se había contemplado a los procesos tardíos de unificación nacional en Europa occidental. No es claro, un caso de repetición mecánica; hay diferencias importantes, pero no deja de haber similitudes significativas que indican la presencia de patrones históricos de regularidad.

sentido más laxo del término) configurado sobre la base de una estructura burocrática estatal, jerárquica en manos de un gobernante de origen supuestamente divino que sustenta el carácter cultural unitario de toda su población y que define tanto la percepción como en trato con los extranjeros (la otredad) ya con el equivalente a lo que hoy llamamos un *interés nacional*:

*“Las actitudes de los antiguos egipcios hacia los extranjeros reflejan varios supuestos culturales que aquí sintetizamos según el punto de vista egipcio. El rey de Egipto era un dios viviente: hijo de una mujer mortal, gobernaba la tierra como heredero de su divino padre. Dada su naturaleza híbrida, él era el intermediario adecuado entre la humanidad y los dioses; los dioses expresaban su voluntad a través de sus palabras y sus hechos. Egipto era el centro del Universo y los egipcios eran el pueblo elegido de los dioses –los únicos verdaderos humanos. Era la tradicional cultura egipcia, incorporada en el concepto abstracto de Maat: verdad, justicia, rectitud, comportamiento correcto, y orden cósmico establecido por la divinidad- en breve, el status quo del modo de vida en Egipto- lo que distinguía a los egipcios de sus vecinos bárbaros”.* (Bell, 2007, pág. 99)

Esto no significa, en forma alguna, que Egipto como actor unitario de un escenario internacional mayor haya sido ya para ese entonces, una entidad enteramente homogénea, monolítica y libre de contradicciones internas<sup>120</sup>. Al igual que todos los estados modernos, el Egipto imperial de la antigüedad es una entidad política que sintetiza en su interior diversos intereses grupales que condicionan su evolución histórica y que incluso ofrecen parámetros para su clasificación según diversos criterios. Hay, por ejemplo, periodos de marcada centralización definidos por faraones enérgicos y dominantes, y periodos en los que la tendencia es a la fragmentación debido a la debilidad del poder central; hay algunos casos tan notables como el de Pepi II, quien de hecho marca el fin del antiguo reino y da paso a una etapa “oscura” en la que la autoridad gubernamental queda marcadamente escindida, otorgando a las regiones un peligroso margen de autonomía política que amenaza la integridad misma del sistema (estado) y que, evidentemente lo debilita ante amenazas procedentes del exterior.

Así pues, a partir del inicio oficial de la cuenta dinástica podemos empezar a documentar la vida internacional del estado propiamente dicho, ya sobre la

---

<sup>120</sup> De hecho, ninguna entidad política lo es cabalmente, ni siquiera los modernos estados nacionales.

base de testimonios formales que evidencian guerras, alianzas, tratados de paz, acuerdos comerciales, intercambios diplomáticos, etc. con otros actores internacionales (siempre en el sentido más laxo del término), lo que no deja lugar a duda sobre la dimensión internacional en la historia del Egipto Antiguo que constituye nuestro foco de interés principal. Ese carácter de actor unitario que representa a partir de ahora Egipto es, desde luego, en gran medida función de la construcción del aparato estatal egipcio, sobre el cual tendremos que reflexionar de manera cuidadosa (aunque en alguna medida especulativa) ya que la evidencia concreta de su formación no es del todo abundante<sup>121</sup>.

*b) El Estado en el Egipto de la antigüedad.*

Prácticamente desde sus orígenes como disciplina, la idea de las relaciones internacionales como fenómeno práctico se encuentra estrechamente ligada a la idea misma del Estado. Es justamente por ello que muchos especialistas, incluso hoy en día, ven a las relaciones internacionales como una subdisciplina de la ciencia política y además, que el paradigma más difundido y más influyente en los medios académicos para su estudio se llama precisamente “estado-céntrico”.

Vincular el estudio de las relaciones internacionales (como fenómeno práctico) a la aparición del Estado tiene su lógica; es una lógica restringida (en el sentido de que sólo se aboca al análisis de una dimensión de lo internacional), pero al fin, lógica. Bajo esta óptica, el surgimiento de las relaciones internacionales sólo puede ser concomitante al surgimiento del Estado porque es éste el que monopoliza de manera preferente las relaciones con el exterior (de hecho, con otro(s) estado(s)). Incluso, desde una perspectiva todavía más rigorista, *relaciones internacionales propiamente dichas* sólo podría haber en el contexto del *mundo moderno*, con la aparición de las naciones por un lado, pero del

---

<sup>121</sup> Para Kuhrt, el proceso está íntimamente relacionado con: a) el crecimiento demográfico propiciado por el desarrollo de la agricultura, b) la amenaza de la desertificación que lleva a la población a concentrarse en la región del Valle, c) el desarrollo de sistemas de regadío que exigen de un vasto esfuerzo coordinado para mantener el ritmo de la producción agrícola y d) las necesidades de defensa generadas por la prosperidad de los agricultores. (Kuhrt, 1997, págs. 132-133)

Estado **moderno** por otro, lo cual produce ese nexo inexorable que los especialistas más ortodoxos ven como único objeto de estudio apropiado para las relaciones internacionales (como disciplina): el estado-nacional, lo que de hecho prácticamente imposibilita la consideración de las relaciones internacionales como disciplina autónoma ya que, a partir de esta perspectiva, quedan irremediabilmente sometidas a la tutela matricial de la ciencia política.

La propuesta, insisto, no carece de sentido, sólo que produce un ámbito de reflexión excesivamente limitado y restringido que se congestiona con el estudio de la especificidad del modelo euro-céntrico de las relaciones internacionales surgido de la experiencia y de la reflexión sobre los fenómenos internacionales tal como se daban en el contexto de la Europa Occidental hacia fines del Medioevo<sup>122</sup> pero además, se (auto) limita al ámbito de lo estatal. Es un enfoque tan concentrado en el estudio del árbol que sencillamente no puede ver el bosque en el que está inserto ese árbol.

En la perspectiva que propongo:

- La idea de Estado no puede confinarse exclusivamente a la era moderna, (si bien es cierto que el estado moderno posee su propia especificidad),
- La fenomenología internacional no puede limitarse a su manifestación a través del Estado (que es sólo un caso particular en un universo mucho más amplio de interacción entre grupos políticamente autónomos),
- Las relaciones internacionales (siempre en un sentido laxo del término, como interacción entre grupos humanos políticamente autónomos) en la práctica anteceden a la creación del Estado y son de hecho una de las razones por las que éste se constituye<sup>123</sup>.

---

<sup>122</sup> Es, de hecho un modelo que ya estaría perdiendo vigencia –o relevancia analítica- en el mundo contemporáneo con la aparición de múltiples actores no estatales sobre el escenario internacional y la creación de “regiones”.

<sup>123</sup> Este enfoque concuerda plenamente con Oppenheimer, para quien: “*El estado, totalmente durante su surgimiento y casi totalmente durante sus primeras fases de desarrollo es una institución social impuesta por un grupo de hombres victoriosos ante otro grupo derrotado, con el único objetivo de reglamentar el dominio del vencedor sobre el vencido y de defenderse de las revueltas interiores así como de los ataques externos. En términos teleológicos, tal dominio no tenía ningún otro propósito que la explotación económica de los vencidos por los vencedores*”. (Oppenheimer, 1975, pág. 8) Disponible en: [http://www.franz-oppenheimer.de/state0.htm#Introduction\\_b](http://www.franz-oppenheimer.de/state0.htm#Introduction_b)

- Además, las relaciones internacionales (con mayor o menor intensidad) son una constante de las relaciones humanas históricas en el nivel de las colectividades, no importa cuán homogéneo llega a ser un sistema social integrado por grupos políticamente autónomos, siempre subsiste en él la sombra de *la otredad*.

Este esquema parte de la idea que ve el origen del hombre moderno (es decir, específicamente el *homo sapiens*) en algún lugar del África sudoriental hace apenas unos doscientos mil años y un proceso gradual de dispersión de estos hombres por el planeta a través de la bipartición repetida de grupos humanos viajando en todas direcciones hasta ocupar los más remotos rincones del planeta hace apenas unos cien mil años. Es justamente este proceso de bipartición y expansión el que genera la condición de internacionalidad en el que ocurre la interacción humana que genera el fenómeno práctico de las relaciones internacionales en su sentido más laxo.

Ya ocupado el planeta en su totalidad, el proceso continuo de crecimiento demográfico generado por el progreso de nuestra especie, intensifica las interacciones y la reunificación grupal (no siempre de manera voluntaria ni pacífica) gradual de los grupos que originalmente se dispersaron por todas partes y que hoy forman la gran familia humana.<sup>124</sup> La condición de internacionalidad a la que me he referido en repetidas ocasiones a lo largo de la obra se gesta en cada proceso de partición de los grupos humanos, creando el fenómeno de la *otredad*, indispensable de las relaciones internacionales, mismas que surgen a partir de la interacción que los grupos humanos más primitivos establecen entre sí debido a la inexorable influencia mutua que reciben de ella.

Ciertamente que, a la luz de las diferencias grupales surgidas del proceso de dispersión, así como de la especificidad de las historias locales podemos preguntarnos con entera propiedad si es válida una historia incluyente de la

---

<sup>124</sup> El proceso es explicado en detalle por Brian Fagan quien nos dice que: “A pesar de nuestras diferencias externas en el tono de piel, forma del cabello y tamaño, todos los seres humanos modernos tenemos un ancestro común relativamente reciente en África. Y si los genetistas actuales no se equivocan, entonces tenemos un punto de origen reciente en la historia y luego una historia de dispersión por el planeta”. (Fagan, 1990, pág. 41)

experiencia humana en su conjunto desde una sola y única narrativa articulante. La pregunta no es nueva, la plantea con toda claridad Mann en el primer tomo de *Las fuentes del poder social*, y asimismo, la responde de manera contundente con un sí rotundo. (Mann, 1991, pág. 66 y ss) El argumento es relativamente sencillo; una narrativa de esta naturaleza:

**“presupone un contacto cultural continuo entre grupos, basado en una conciencia de que, pese a las diferencias locales, todos los seres humanos forman una sola especie, se enfrentan con determinados problemas comunes y pueden aprender soluciones los unos de los otros”** [Énfasis añadido] (Mann, 1991, pág. 66)

Pero esto no excluye el modelo del análisis histórico discontinuo y fragmentado, por supuesto que a lo largo de la historia, el fenómeno internacional irá adquiriendo matices propios que singularizan los distintos periodos históricos dándole a cada uno su especificidad. A todo lo largo del tiempo y del espacio habrá, por lo tanto semejanzas y diferencias características de cada periodo y de cada región, y si bien es cierto que los analistas pueden privilegiar unas u otras, ello no debería implicar la negación de cualquiera de ellas. En una perspectiva sistémica integral deben contemplarse ambas: la historia como ruptura y singularidad y la historia como continuidad y regularidad. No son mutuamente excluyentes, a pesar de la visión rigorista de la lógica aristotélica o de las apariencias.

En relación con el concepto del Estado, coincido plenamente con el enfoque que plantea Marquardt en su *Historia Universal el Estado* cuando nos dice que no parte de un concepto moderno del Estado como idea objetiva e inmutable:

**“Como común denominador del término genérico “Estado” se quiere entender aquí una organización jurídico-política duradera con una extensión supra-local y algún grado de complejidad social que coordina la convivencia humana en el interior y brinda protección militar y diplomática frente al exterior.”** [Énfasis añadido] (Marquardt, 2009, pág. 7)<sup>125</sup>

Mann nos ofrece una versión un poco más detallada, pero en absoluta consonancia con la anterior:

---

<sup>125</sup> Obviamente, la protección militar y diplomática frente al exterior adquiere características distintivas con el surgimiento del Estado como entidad jurídico-política. El punto que he querido enfatizar, no obstante es que las relaciones internacionales (siempre en un sentido laxo) no sólo tienen que ver con protección militar y diplomática, incluyen procesos mucho más amplios y no siempre “formales” en el sentido de estar coordinados por un Estado.

*“Mi definición provisional se deriva de Weber: El Estado es un conjunto diferenciado de instituciones y de personal que incorporan la centralidad, en el sentido de que las relaciones políticas irradian hacia afuera para abarcar una zona territorialmente demarcada, sobre la cual reivindica el monopolio de la formación vinculante y permanente de normas, respaldado por la violencia física”. (Mann, 1991, pág. 64)*

Ciertamente hay autores que, con justificada razón, objetan el énfasis que tradicionalmente se ha puesto desde la ciencia política en la función reguladora (y monopolizadora) de la violencia por parte del Estado, toda vez que, dicen, la teoría del conflicto tiende a minimizar la función mediadora, conciliadora e incluso estabilizadora del aparato estatal. Fried, por ejemplo, ve al estado como:

*“una colección de instituciones y agencias especializadas, algunas de carácter formal y otras informal que mantienen un orden estratificado. Usualmente, su punto de concentración son principios básicos de organización: jerarquía, diferentes grados de acceso a recursos básicos, obediencia a funcionarios, y defensa de un área. El estado debe mantenerse así mismo tanto externa como internamente”. (Fried, 1967, pág. 235)*

Service, por su parte, reconoce la importancia que tiene para el funcionamiento del estado tanto el uso como la mera amenaza de uso de la fuerza pública, no obstante recalca la importante función que tiene , por ejemplo el uso de la autoridad (prestigio) para convidar a la acción social sin necesidad de aplicación de la fuerza. (Service, 1984, pág. 33) Evidentemente ambos enfoques pueden ser sustentados por la experiencia, depende básicamente de cuál de ellos se quiera enfatizar como prioritario en el contexto de una visión paradigmática específica; a final de cuentas, ambos enfoques (el de la teoría del conflicto y el de la mediación) tienen validez y explican aspectos observables en el surgimiento, configuración y funcionamiento del estado. Como atinadamente explican Johnson y Earle:

*“Estas dos vertientes teóricas no son mutuamente excluyentes; de hecho identifican dos procesos interdependientes. Por un lado, los estados nacen del conflicto y la dominación; un grupo étnico se convierte en élite gobernante de un gran imperio, y las instituciones imperiales operan para mantener y fortalecer este dominio. Por otra parte, los estados se desarrollan y funcionan bajo ciertas condiciones básicas que al mismo tiempo permiten el control económico y requieren de administración central; las poblaciones locales son vinculadas en términos económicos al estado a través de una cuidadosamente manejada dependencia que es consecuencia de una intensificación a*

*largo plazo de la economía de subsistencia”* (Johnson & Earle, 2000, pág. 305)

Explicar las razones que finalmente conducen al surgimiento del Estado es una tarea relativamente simple desde un punto de vista sistémico, aduciendo precisamente las necesidades de organización interna de los grupos sociales propiciada por el incremento en su complejidad y los requerimientos de coordinación para responder a los retos externos. Tal es el código básico de configuración estatal. Por supuesto que cada grupo lo va a hacer en su contexto propio y en función de sus características singulares, lo que dará al fenómeno de creación de estados toda su complejidad individual. Kemp, defensor incuestionable de la singularidad característica de la civilización egipcia coincide plenamente en este tipo con el enfoque sociológico sobre el surgimiento del estado:

*“El hombre ha reconocido al estado como entidad abstracta sólo desde la época de la Grecia Clásica. Pero su verdadera historia se remonta mucho más atrás. Si retrocedemos en el tiempo hasta llegar a las primeras civilizaciones, de las cuales una es Egipto, podremos observar que los elementos fundamentales de los estados modernos ya se hallaban presentes y funcionaban con vigor, aunque no hubiera una conciencia objetiva de lo que todo ello implicaba. (...) Las ideas y las prácticas que asociamos a épocas más recientes fueron grabadas en un núcleo que en el fondo, no ha cambiado desde la aparición de los primeros estados en el mundo antiguo. **El estudio de la historia antigua pone al descubierto este núcleo y, de este modo, la esencia de la vida moderna.**”* [Énfasis añadido] (Kemp, 2004, pág. 27)

Liverani describe un proceso de características más generales que de hecho aplica a todo el contexto del Mediterráneo Oriental durante la edad del bronce Antiguo. Al hablar de la revolución urbana de este periodo, el autor relata la forma en la que la agricultura permite la creación de excedentes alimentarios que permiten el surgimiento de grupos dedicados a tareas especializadas que, en gran medida permiten el desarrollo del Estado. Éste, al parecer, logra monopolizar los medios de producción de estos grupos de especialistas quienes, en consecuencia se verán obligados a trabajar para lo que el autor llama la ‘gran organización’ que los convierte en lo más selecto de la población, aunque los mantiene virtualmente como ‘siervos’ del rey. El resto de la población se dedica a faenas agrícolas y en ese sentido mantiene un cierto

margen de libertad, que de hecho es relativa ya que todo el ciclo productivo está supeditado a la acción supervisora del estado. (Liverani, 1995, pág. 100)

Marquardt enlista las teorías concretas a las que aduce la ciencia política para explicar el fenómeno con mayor detalle en términos de control de la violencia doméstica, y contención de la exterior, búsqueda del bienestar común, organización contractual para el logro de objetivos colectivos, concreción de la madurez espiritual del un pueblo o desarrollo de instrumentos de control para la lucha de clases. (Marquardt, 2009, pág. 47 y ss). No es necesario repetir la explicación aquí, sólo tener en mente que, en efecto, con la aparición del aparato estatal hay una evolución cualitativa muy importante en las relaciones internacionales porque a partir de ella, la interacción entre los grupos tiene un aspecto “formal”, digamos *institucionalizado* que se canaliza predominantemente a través de los órganos del estado (pero que de ninguna manera agota ahí el ámbito de la interacción *posible* entre los grupos humanos).

Por supuesto que el surgimiento del Estado está lejos de ser un acontecimiento repentino o mecánico a lo largo del planeta. Tampoco su desarrollo, ni su funcionamiento constituyen algo uniforme, de tal suerte que sigue siendo ilusorio pensar que, al comprender la forma como se desarrolló un estado particular, se tiene ya la clave para comprender el desarrollo de todos los estados a nivel planetario; indudablemente, cada uno tiene sus características propias que le confieren su distintiva singularidad histórica. Aunque tampoco podría negarse que se han adquirido claves importantes para la comprensión general del proceso a través del análisis histórico comparativo que también revela la presencia de importantes semejanzas vinculantes entre procesos de construcción estatal.

La idea de una estructura reguladora de la vida social al interior de los grupos humanos y coordinadora de su actividad frente al exterior tiene sus propios matices en cada uno de los lugares donde se concreta y es responsabilidad del especialista de cada región caracterizar las singularidades del proceso que estudia.

La paradoja radica quizá en el hecho de que el proceso de singularización no elimina por completo ni la posibilidad, ni la utilidad de la generalización; al contrario, si está bien realizado, el análisis puede contribuir enormemente a enriquecer el enfoque generalizador. El problema está, sin embargo, en el hecho de que muchos especialistas, una vez alcanzado el nivel de la especialización, simplemente niegan el valor, siquiera parcial de la generalización.

Marquardt nos presenta el siguiente esquema general referente al desarrollo evolutivo del Estado (Marquardt, 2009, pág. 8), mismo que pretende ser aplicable (como regularidad sociológica) a la mayoría de los casos histórico-singulares.

El proceso evolutivo señalado por el autor se basa en la idea de un aumento gradual (que no necesariamente uniforme) de la complejidad social derivado principal pero no exclusivamente, del aumento cuantitativo de los grupos y de sus capacidades en el intento por responder a sus necesidades básicas en la lucha cotidiana por la sobrevivencia.

Según este modelo, ese crecimiento cuantitativo traería aparejada, al mismo tiempo la obligación de contar con mayores recursos para alimentar, vestir y dar habitación al grupo, y por lo tanto, la necesidad de una organización política más eficiente (quizá por ello, monopolizada), lo que gradualmente iría mejorando las capacidades tecnológicas de los grupos a la vez que definiendo y consolidando las jerarquías grupales.

Ello requeriría, entre otras cosas, no sólo de la capacidad para implementar la jerarquización, sino, sobre todo, de elementos ideológicos consistentes para justificarla. Como puede apreciarse, hay todo un conjunto de circunstancias que se van conjugando para hacer posible la evolución de la organización política entre los seres humanos. No es posible, por lo tanto, atribuir a una sola de estas variables todo el peso causal del análisis para explicar sus resultados. Como tampoco es posible hacer una generalización absoluta del proceso. Marquardt nos sugiere ciertas tendencias históricas. Nos corresponde a nosotros ponerlas a prueba en casos histórico concretos.

<b>Aumento de la complejidad civilizatoria</b>	<b>Etapas de la organización política</b>
<b>1. Cazadores y Recolectores</b> <ul style="list-style-type: none"> <li>• Sistema de energía solar no modelado</li> <li>• Al menos dos<sup>126</sup> millones de años</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Grupos nómadas pequeños<sup>127</sup></li> </ul>
<b>2. Sociedades Agrarias Simples</b> <ul style="list-style-type: none"> <li>• Sistema de energía solar modelado con leña como transmisor primario de energía (renovable)</li> <li>• Desde aprox. 10,000 años a.C.</li> </ul>	1era Fase: comunidades locales (tribus) 2da Fase: Jefaturas tribales locales
<b>3. Civilizaciones Agrarias</b> <ul style="list-style-type: none"> <li>• Sistema de energía solar modelado con leña como transmisor primario de energía (renovable)</li> <li>• Mayor grado de complejidad</li> <li>• Desde aprox. 3,000 a.C.</li> </ul>	1era Fase: Reinos Dinásticos Primera transición básica hacia el Estado Sub-fases: <ul style="list-style-type: none"> <li>• Principados regionales (aldeas)</li> <li>• Principados regionales (ciudades)</li> <li>• Reinos supra-regionales</li> </ul> 2da Fase: Estados de paz interna Segunda transición básica hacia el Estado
<b>4. Culturas Industriales</b> <ul style="list-style-type: none"> <li>• Sistemas de energía fósil (crecimiento de cantidad, pero no renovable)</li> <li>• Desde aprox. 1800 d.C. (Revolución Industrial)</li> </ul>	3era transición básica de la historia del Estado. <ul style="list-style-type: none"> <li>• Revolución de la soberanía</li> <li>• Estado constitucional republicano democrático</li> </ul>

Tabla 1. Desarrollo Evolutivo del Estado. Fuente (Marquardt, 2009, pág. 8)

Desde la perspectiva generalizadora podemos ciertamente apreciar que el proceso de surgimiento de los estados es entonces lento y ofrece algunas características comunes en diversos puntos del planeta. Estas pueden sintetizarse de alguna manera observando que, en efecto, la sociedad humana es originalmente igualitaria, gradualmente se empieza a estratificar hasta que finalmente queda jerarquizada de manera institucional. El cambio empieza a generarse, como han explicado Service y Fried (Service, 1984, págs. 90-122) (Fried, 1967, págs. 182-185), cuando en el seno de la sociedad igualitaria se empiezan a conceder privilegios y distinciones a ciertos individuos por diversas

<sup>126</sup> En la cita original se hace el señalamiento de al menos dos millones de años, actualmente algunos autores sugieren que la fecha debería extenderse entre 5 y 7 millones de años.

<sup>127</sup> El término en la fuente original puede contrastarse con el término “bandas”, empleado por especialistas contemporáneos.

razones que están más allá del interés directo de este estudio pero que establecen rangos diferenciados entre los individuos. De ahí transitamos hacia las jefaturas de jerarquía que controlan regiones y poblaciones más amplias, aunque básicamente a través de los mismos mecanismos que los empleados por las sociedades igualitarias. Con el crecimiento demográfico implícito en el camino hacia la sociedad estatal se va a requerir de instituciones regionales especializadas que faciliten las tareas de administración y control. Como explican Johnson y Earle, la sociedad estatal va a requerir de una organización militar más sofisticada, responsable de proyectos de conquista, defensa o control interno así como de una burocracia capaz de administrar eficientemente los recursos que se ponen a su alcance; así como manejar los flujos de información que le permitan mantener el control y equilibrio social. Adicionalmente, el control estatal también se apoya en la religión que lo santifica. La sociedad está cada vez más estratificada, las relaciones directas de parentesco son menos importantes para efectos políticos y los efectos del proceso civilizador (escritura, urbanización, comercio, etc. se hacen cada vez más evidentes. (Johnson & Earle, 2000, pág. 304)

La pregunta obligada ahora, es ¿en dónde radican las especificidades que otorgan singularidad al caso que nos ocupa en relación con el surgimiento del estado? Diversos autores hablan del desarrollo del proceso civilizador en Egipto como un caso de excepción (respecto de las formas concretas de evolución del fenómeno estatal). Sin duda lo es, en el sentido de su especificidad; sin embargo, no podría decirse que el proceso es enteramente ajeno a los patrones de regularidad establecidos en el surgimiento de otros aparatos estatales en otras latitudes. Gowlett hace un interesante recuento de procesos muy similares de desarrollo civilizador en diversas regiones del mundo destacando básicamente la forma en la que la aparición de la agricultura permite por primera vez en la experiencia humana el manejo de excedentes alimentarios que impulsan el desarrollo demográfico creando así sociedades más complejas con nuevas necesidades de organización social entre las que destaca la institucionalización de las jerarquías y la división formal del trabajo (Gowlett, 2007, págs. 174-187)

Como ya hemos señalado, no es necesario sacrificar el punto de vista de la generalización frente al de la especificidad; ambos deben, de hecho complementarse. De este modo, podemos observar que, en Egipto, como en otros lugares, el fenómeno del surgimiento del estado está originalmente asociado a la concentración de poder en las clases sacerdotales y a la creación de templos, no sólo como centros de culto, sino, sobre todo, como centros de administración de la vida social y del poder político. A partir de aquí, las luchas regionales al interior del país, (que sólo se ha conformado como “interior” precisamente a partir del proceso de unificación) aparte de expresar intereses materiales concretos, también empiezan a reflejar el predominio ideológico de las diversas deidades que guían a las distintas comunidades unificadas como “Egipto”. Desde esta perspectiva, el camino que lleva de Horus a Amón también refleja vicisitudes políticas regionales de mayor envergadura.

Una vez establecido lo anterior, ya para entrar al terreno de la especificidad del surgimiento del estado en Egipto es entonces de suma utilidad empezar a reflexionar al respecto desde un punto de vista geopolítico. Aquí sí, como dice Grimal, el territorio mismo en que se asienta la civilización egipcia posee una unidad geográfica que invita a reflexionar si no es que en ella misma se encuentra la causa de éxito y de su larga duración: flanqueado por el desierto, protegido por el mar tenemos a un extenso río que año con año garantiza cosechas para sostener a una creciente población. (Grimal, 1988, pág. 25 y ss)

Mann redondea el punto de vista de la siguiente manera:

*”Yo sugiero, provisionalmente que el poderío faraónico se basaba en la combinación peculiar de: 1) el control geopolítico sobre la infraestructura nilótica de comunicaciones, y 2) el reparto de los metales esenciales adquiridos únicamente mediante las expediciones militares al exterior”.* (Mann, 1991, pág. 169)

La propuesta me parece importante toda vez que sintetiza los dos aspectos centrales de la organización estatal, el interno y el externo. De este modo, el poder del Faraón se expresa en la autoridad incuestionable que ejerce en su ámbito de jurisdicción y, al mismo tiempo, en el cumplimiento de las tareas que tiene con respecto al exterior, la más importante de las cuales, obvia decir, está vinculada a lo que hoy en día se denominaría *seguridad nacional*:

*“Una de las principales tareas del rey era asegurar las fronteras e impedir que los agresores las traspasaran. (...) Las tribus que vivían*

*más allá de las fronteras de Egipto consistían de pequeños grupos seminómadas; semejantes a los rebaños no domesticados y otros animales salvajes que habitaban en los linderos del desierto y los pantanos y que simbolizaban vestigios del caos preexistente, cuyo retorno potencial siempre constituyó una amenaza para la seguridad de Egipto. Aislado por desiertos, cataratas, y mares, durante los primeros 1500 años de su registro histórico el valle del Nilo estuvo efectivamente protegido contra incursiones extranjeras de importancia. Por otra parte, las expediciones egipcias, con mayor capacidad en recursos humanos, armas y organización se sentían con libertad para explotar el mundo exterior según su propia voluntad en su búsqueda de la materia prima que necesitaban o de artículos de lujo para el comercio. Sus actividades se concentraron en la región de la baja Nubia, la parte oriental del desierto y el Sinaí, donde la pacificación de nativos hostiles se lograba a través de coerción o intimidación (...) Entretanto, contactos más distantes, probablemente en términos de mayor igualdad se mantenían con la región africana de Punt y con la ciudad puerto de Biblos en Siria (Kempt, 1983: 136-37)” (Bell, 2007, págs. 99-100)*

También Wenke comparte este punto de vista, mismo que relata de la siguiente manera:

*“A lo largo de toda la era faraónica, la responsabilidad principal del Faraón era ‘prevenir el desorden’, que en su sentido activo equivalía a perpetuar el orden, la estabilidad y el buen gobierno. Los faraones hacían esto, en parte definiendo con claridad las fronteras de “Egipto” y manteniéndolas vigiladas, defendiéndolas y estableciendo el orden hacia su interior. La relativa homogeneidad cultural de Egipto y su carácter conservador, son resultado, en parte de su situación geográfica y ecológica” (Wenke, 2009, pág. 77)*

La consolidación del poder estatal en Egipto parece entonces directamente vinculada, a la muy especial condición geográfica del país, que, de alguna manera especial queda *relativamente* aislado de lo que ahora (como nueva unidad política) conforma su entorno, aunque también, de manera importante, al exitoso proceso de homogeneización ideológica efectuado por las clases dominantes, el cual dota de identidad colectiva a una población otrora dispersa en términos culturales, en torno a la figura divinizada del faraón y a la creación de una burocracia estatal apta para administrar los dominios del rey-dios que la gobierna. Marquardt reconoce el juego dialéctico de estos factores y los plantea en los siguientes términos:

*“La condición de éxito de Egipto puede verse en su medio ambiente, que no sólo regaló al Estado del oasis fluvial del río Nilo una reproducción sostenible de sus condiciones agrarias por los hundimientos anuales con sedimentos fertilizantes de Etiopía, sino que también lo protegió perfectamente del exterior en el oriente y el*

*occidente, Egipto fue delimitado por extensos desiertos, y tampoco tuvo nada que temer en la costa abierta del Mar Mediterráneo, durante su primer milenio y medio, porque en las otras costas no existía ninguna civilización con un nivel comparable (...) No por último, el sistema jurídico y moral egipcio del Maat previno golpes de Estado y usurpaciones.” (Marquardt, 2009, pág. 83)<sup>128</sup>*

Service añade algunos otros factores a la condición de aislamiento geográfico relativo de Egipto para explicar el éxito del desarrollo civilizador de la región y la consolidación del aparato estatal representado por los faraones, por ejemplo, la fecundidad de la ribera del Nilo gracias a la asombrosa regularidad de la inundación anual, lo que permite un desarrollo económico medianamente predecible y, sobre todo, estable, la habilidad de la clase burocrática para establecer tanto mecanismos de control socio-económico como para garantizar una economía distributiva relativamente justa así como la ausencia de numerosos centros urbanos tempranos que hubiesen estado compitiendo de manera continua y extenuante entre sí y por ende, dificultado el control hegemónico del poder faraónico luego del proceso de unificación. (Service, 1984, págs. 247-259)

A partir entonces de la configuración de un reino unido y del establecimiento de la primera dinastía se puede empezar a hablar ya de un estado egipcio (en los términos sistémicos a los que ya hemos hecho referencia: como estructura de poder aglutinante de comunidades otrora políticamente independientes que ahora forman el núcleo duro de una civilización). Me parece conveniente, sin embargo recalcar que, desde el punto de vista que se maneja en esta obra, la denominación es válida para referirse a la etapa más avanzada de integración de un sistema internacional (en el sentido laxo que aquí hemos propuesto) que avanzó progresivamente desde su condición inicial de anarquía, cuando los nomos eran unidades políticamente autónomas hasta su aglutinamiento formal bajo el poder hegemónico del faraón, mismo que ocurre aproximadamente tres milenios antes del inicio de la era cristiana.

---

<sup>128</sup> Nuestro autor reconoce que Egipto tuvo al menos tres graves momentos de crisis, propiciados precisamente por la disminución de sedimentos fluviales a causa del desplazamiento del monzón etíope, caídas demográficas por pandemias, una autonomía excesiva de los príncipes locales, sucesiones rápidas y confusas al trono y conquistas extranjeras.

De ahí en adelante, y durante cerca de un milenio y medio, el desarrollo de este sistema es notable, pero no exclusivamente endógeno porque sus contactos con el mundo externo están limitados a su mínima expresión, aunque de ninguna manera pueda decirse que sean nulos, como trataremos de probar. Ciertamente existen, porque hay testimonio de los intercambios comerciales que siempre se mantuvieron, sobre todo con las tierras de Canaán y de Mesopotamia, así como de los intercambios que permitieron el acceso de bienes y de mercenarios a Egipto procedentes sobre todo de la región de Nubia y de Libia.

Si bien es cierto que las preocupaciones principales del mundo egipcio son en este momento más con respecto a sí mismo que frente al exterior, del cual consideran que tiene su propia dinámica ajena al reino, también lo es que, en la práctica los intercambios de todo tipo con ese mundo “externo” nunca cesaron y, por el contrario, siempre fueron fuente de influencia importante para el propio desarrollo de las cuestiones de “política interna”. Wenke nos esboza una clara idea de lo que deben haber sido los contactos de los egipcios con sus vecinos:

*“Desde unos 7000 años a.C., tanto gente como productos del exterior hallaron camino hacia el noreste de África, empezando por animales y especies de plantas que habían sido domesticadas en el sudoeste asiático. Al paso de los siglos, la variedad y el volumen del intercambio fue creciendo, de tal suerte que para cuando aparecieron los primeros elementos de la cultura dinástica en Egipto, el país ya era centro importante de cruce para el flujo de bienes tales como oro, plata, cobre, y una gran variedad de metales y minerales procedentes del Sinaí. Lapislázuli y otras piedras semi-preciosas de Afganistán, cedro y resinas aromáticas del Líbano, cobre de Palestina, maderas tropicales, marfil, especias, mandriles vivos y plumas de avestruz de Nubia y del África tropical y cientos de productos más se importaban a Egipto. Para pagarlos, Egipto seguramente exportaba lino, pescado seco, cereales, vino, oro del Sinaí, papiro y otros bienes – aunque hay pocas huellas arqueológicas de este intercambio de bienes biodegradables fuera de Egipto.” (Wenke, 2009, pág. 49)*

No obstante, existen diversos testimonios arqueológicos que los constatan plenamente. Durante este largo periodo de gestación del Estado egipcio, la población local va desarrollando una creciente conciencia de *sí misma* como unidad; de su especificidad como grupo humano frente a *los otros*, más primitivos, menos civilizados, en fin, distintos.

Esta conciencia de sí, fincada en su propia experiencia histórico-social contribuye justamente a reconocer con mayor facilidad la otredad, aunque no por ello a apreciarla. Antes al contrario, como la mayoría de las grandes civilizaciones, la egipcia adquiere una visión narcisista de sí misma, que con más frecuencia que lo contrario, tiende a minimizar (si no es que abiertamente a despreciar) a *los otros*, cuyos valores, tradiciones, costumbres y principios son vistos como inferiores.

*“Egipto es un país que está muy marcado por la dualidad: Geográficamente (y en ocasiones también políticamente) se divide en Alto y Bajo Egipto; Desierto y Valle (Desheret y Kemet); Muerte y Renacimiento; Caída y Auge del Sol; Crecimiento y Decrecimiento del Nilo; Cosecha y Recolección; Parejas de Dioses; etc. (...) Debido a ello, la concepción que tienen del mundo es de un profundo dualismo ontológico. Para los egipcios todo está formado por pares de contrarios que se complementan y forman la unidad. De esta manera existen dos mundos: el mundo físico y el mundo espiritual o Duat, donde viven los dioses. Además estos dos mundos forman una unidad que es el mundo ordenado, y que se opone de manera dialéctica al caos que está fuera de él. Esta dualidad ontológica se lleva a todos los extremos, como a la moral, con los valores del orden como el bien y los valores del caos como el mal, que siempre intenta destruir el orden (como puede observarse en la travesía de la barca solar de Ra dentro de Nut). **No hace falta señalar que esta oposición de contrarios llevada al plano físico se corresponde con Egipto como representación del bien y del mundo ordenado y con el exterior como representación del caos**” [Énfasis añadido]. (Rueda, 2009)*

Pero este “ensimismamiento” del Estado egipcio no impide hablar de un *imperio* en los términos que hemos planteado para el desarrollo de esta obra. La aclaración es importante porque comúnmente se piensa que el término *imperio* (habitualmente polémico) sólo debería aplicarse a aquellas entidades políticas que tienen un proyecto vigente (y exitoso) de expansión territorial y de conquista, es decir, que mantienen un control hegemónico real sobre otros pueblos a los que mantienen subordinados. Me parece que el planteamiento de Maier es muy claro en este sentido y además concuerda plenamente con el enfoque que aquí hacemos:

*“Escribir sobre el significado de tener un imperio es hacer referencia a cuestiones de política mundial” (...) ¿cuáles son los criterios que definen a un imperio? Generalmente se definen en términos de un proceso –de expansión militar y conquista en el extranjero y a veces, la expansión de un poder autoritario doméstico. Sin embargo, **el imperio también puede ser descrito no sólo a través de una trayectoria***

**histórica, sino como un conjunto de desarrollos institucionales.** *El imperio no sólo significa la acumulación de tierras en el exterior a través de la conquista. Y no sólo significa la imposición de regímenes autoritarios en territorios lejanos. El imperio es una forma de organización política en la que, los elementos sociales que definen las reglas en el estado dominante –la “madre patria” o la “metrópoli”- crean una red de élites aliadas en regiones extranjeras que aceptan subordinación en materia de relaciones internacionales a cambio de asegurar su posición dirigente en el contexto de su propia unidad administrativa (la “colonia”, o, en términos espaciales, la “periferia”) (...) Ellas (la élites) entremezclan sus recursos económicos con el poder dominante y aceptan, e incluso celebran un conjunto de valores y gustos que privilegian o se subordinan a los de la cultura de la metrópoli” [Énfasis añadido] (Maier, 2006, págs. 6-7)*

Si, y sólo sí podemos visualizar al Egipto predinástico como un sistema internacional en desarrollo, podemos ver sin dificultad la forma en que, en un principio Tinis y luego Menfis desempeñan en una primera etapa ese papel de *metrópoli* que coadyuva a articular un *imperio* egipcio en términos de desarrollos institucionales que dotan de identidad y le dan coherencia interna al país para permitirle un desempeño unitario en el mundo exterior más amplio.

*“En general la imagen que se desprende de la administración es comparable a una pirámide en cuyo vértice reina el faraón quien, en principio tiene competencia sobre todas las cosas del reino, aunque en la práctica se ocupa principalmente de cuestiones militares y religiosas. En lo esencial, delega gran parte de las responsabilidades administrativas en el Visir, cuya figura aparece en el curso de la II dinastía”. (Grimal, 1988, pág. 118)*

Obviamente, el desarrollo institucional estará sujeto a todos los vaivenes propios de las comunidades políticas. Su consolidación es contextual, nunca definitiva. Como en cualquier otro estado (incluidos los modernos) hay constantes luchas internas por el poder entre diversas facciones, cada una de las cuales tiene sus propios –frecuentemente mezquinos- intereses. Hay gobiernos fuertes que contribuyen a consolidar la unidad sistémica del grupo o gobiernos menos capaces que la debilitan y que incluso la ponen en riesgo de desaparición.

Lo que es importante resaltar ahora es que, además de todas sus vicisitudes internas, todas las comunidades humanas, en su proceso de desarrollo, están igualmente sujetas a variables externas. En este sentido, podemos decir, junto con Trigger, que en efecto:

*“El desarrollo de una sociedad compleja en Egipto se vio impulsado, además por la proximidad de la zona meridional del Alto Egipto respecto a los recursos minerales del desierto oriental. (El comercio exterior)... fortaleció el poder regulador de aquellos dirigentes cuyas comunidades se hallaban bien situadas para explotar estos recursos y pudo haber sido un factor fundamental en el proceso que llevó a esas comunidades a convertirse en centros económicos y políticos importantes. La competencia comercial pudo desembocar en conflictos políticos entre los nacientes estados del sur de Egipto y el deseo de proteger el comercio con Palestina y el resto del sudoeste de Asia o de eliminar a los intermediarios pudo llevar a la conquista del norte de Egipto a comienzos de la I Dinastía o quizá antes. La consolidación del estado egipcio fue consecuencia de la aparición de un sistema administrativo centralizado y de una gran tradición centrada en la corte, proclamada en un Egipto unificado que, a partir de entonces, incluso en las épocas de crisis políticas dominarían el pensamiento de la élite egipcia”. (Trigger, Kemp, O’Connor, & Lloyd, 1997, pág. 95)*

Vemos entonces la forma en que variables externas coadyuvan a la creación y consolidación de un aparato estatal que representa el epítome de la civilización egipcia y la dota de identidad. Obviamente, la civilización como tal refleja al paso del tiempo la consistencia misma del estado.

La descomposición del sistema faraónico hacia el final de la VI dinastía bajo el reino de Pepi II, por ejemplo, es en gran medida resultado de fuertes crisis internas provocadas por épocas de malas cosechas, disminución de la población por crisis sanitarias y, sobre todo, disminución del poder central a favor de los nomarcas locales, con la consiguiente fragmentación del país. Afortunadamente para los egipcios, no hay enemigos externos con capacidad suficiente para aprovechar el deterioro evidente de la autoridad faraónica durante esta época, situación que habría de cambiar en forma dramática, para infortunio de la población local, durante el siguiente periodo de crisis del poder central<sup>129</sup> con el advenimiento del fin del Reino Medio, época de la primera

---

<sup>129</sup> “Se puede considerar como épocas de crisis: el primer periodo intermedio (dinastías VII a X, 2190-2040 a.C.) caracterizado por una caída demográfica (epidemias) periodos cortos de gobierno y una autonomía alta de los príncipes locales (nomarcas); el segundo periodo intermedio (dinastías XIII a XVII, 1778-1570 a.C.) caracterizado por un poder central débil, nomarcas poderosos y la conquista de los jinetes guerreros hicsos; el tercer periodo intermedio (dinastías XXI-XXV, 1070-664 a.C.) con dinastías libias y nubias, nomarcas poderosos y la invasión corta por Asiria. Siguieron dos conquistas por la Persia aqueménida, que no eliminó a Egipto sino que lo gobernó en una unión dinástica con las dinastías faraónicas XXVII y XXXI (525-404 a.C.) Alejandro Magno continuó con esta política (dinastía XXXII, 332-305 a.C.)” (Marquardt, 2009, pág. 83)

invasión exitosa que da paso al establecimiento de un poder *extranjero* (es decir, reconocidamente no egipcio) en el trono del Faraón.

***“El aumento de poder entre los responsables locales (nomarcas) fue un factor importante en el deterioro del Estado, en la medida que ello los convirtió en auténticos potentados, sobre todo en la medida en que el reino de Pepi II se prolongó tanto tiempo. La política exterior también se tornó más densa. La preservación del orden en Nubia, ya de suyo difícil en la época de Heqaib, se vuelve aún problemático para sus sucesores porque la civilización de Kerma se desarrolla al sur de la tercera catarata y se empieza a convertir, junto con sus vecinos del norte, el grupo C, un bloque que resistirá la colonización egipcia justo hasta principios del segundo milenio anterior a nuestra era.”*** [Énfasis añadido] (Grimal, 1988, pág. 115)

Tal es la naturaleza de la dinámica sistémica, constantemente sujeta a cambios y, por ende, siempre en proceso de adaptación. El estado egipcio (como cualquier otro en la historia) necesita estar continuamente atento a las fuerzas centrífugas que amenazan su integridad y debe hacer los ajustes necesarios para auto-preservarse; el riesgo de no saber hacerlo es, por supuesto, la extinción, y abundan en la historia ejemplos de ello.

### *c) Relaciones internacionales en el Antiguo Egipto.*

Desde el punto de vista que estamos manejando en la configuración de esta obra, las *relaciones internacionales* son una característica permanente en todo el proceso de desarrollo civilizador en la región, lo mismo que en el desarrollo de todas las regiones; las relaciones internacionales como flujo constante de intercambios entre entidades políticamente autónomas y culturalmente diferenciables son de hecho concomitantes y sustanciales en la formación misma de Egipto y a toda su existencia a lo largo del tiempo y no sólo característica del país ya unificado. La unificación inicial es de hecho, en gran medida, consecuencia de ese flujo de *relaciones internacionales* entre los nomos predinásticos que ya unificados configuran el Egipto dinástico bajo la tutela de los faraones, bajo la cual, las relaciones internacionales tienen una nueva dimensión en relación con lo no-egipcio. No obstante, es necesario recalcar que el concepto mismo de “lo egipcio” es algo que se ha construido al paso del tiempo a través de este proceso de fusión de grupos anteriormente

independientes unos de otros, lo que refleja una tendencia histórica en las relaciones sociales a todo lo largo de la historia y lo ancho del planeta. La apreciación de este complejo proceso es clara en Trigger:

*“Se ha afirmado repetidamente que los estados egipcios originales eran pequeñas unidades equivalentes a los nomos o distritos que constituían las divisiones administrativas del país en la época histórica. De la unión de estos pequeños estados habrían surgido dos reinos coherentes, independientes, uno de ellos en el delta y el otro en Alto Egipto. Ambos reinos habrían controlado todo el valle del Nilo a partir de Asuán. Después de que se constituyeran estos estados, la unificación de Egipto se habría producido como consecuencia de la conquista del Bajo Egipto por el Alto Egipto (Edwards, 1971, p. 1) (...) Se ha dicho que en los comienzos del periodo predinástico cada aldea era autónoma y tenía un jefe, cuyo poder descansaba en su reputación como ‘rey productor de lluvias’ y que, presumiblemente podía controlar la inundación del Nilo (Frankfort, 1948, pp. 18, 33-35)”. (Trigger, Kemp, O’Connor, & Lloyd, 1997, págs. 68-71)*

Es interesante recalcar que aun cuando la interpretación respecto del proceso no es uniforme, como señala este autor al contrastar el punto de vista de Edwards con el de Frankfort (quien no acepta plenamente la idea de dos reinos al cierre del periodo predinástico), ninguna de las dos versiones rechaza la noción de una integración progresiva de comunidades otrora políticamente autónomas.

Como hemos tratado de explicar, el proceso civilizador en la región arranca en un contexto de *internacionalidad* que gradualmente lleva hasta la formación del imperio gracias a la consolidación de un Estado (es decir, una estructura política que regula la vida al interior del país y lo homogeneiza a través del ejercicio de un poder central, -proceso que reduce la condición de internacionalidad al interior de Egipto a su mínima expresión- aunque nunca la elimina en su totalidad).

Esta estructura de poder, como hemos explicado, en el caso egipcio gira, en efecto, en torno de la figura divinizada del Faraón y de todo un sistema ideológico y burocrático que explica la vida misma en función de una correlación de dicotomías entre orden y caos, que nutren el sentido de identidad de los pobladores de la región frente a un mundo exterior y le confieren sentido de unidad. Ciertamente, el ejercicio del poder faraónico no depende sólo de la figura del faraón (lo cual sería prácticamente imposible),

sino de una compleja red de relaciones en torno a su figura que institucionaliza el poder a través de una estructura burocrática:

*“El enfoque en el carácter personalizado del Estado antiguo no puede confundirse con la ausencia de una administración pública. Ningún estado dinástico pudo existir sin formar instituciones centrales y territoriales. Grandes partes de los deberes del Rey se delegaron a entidades consultoras, de modo que existió normalmente un coordinador principal de los asuntos internos (visir, canciller) la corte suprema del palacio, los cargos de honor, la administración del palacio y del harén, la cámara del tesoro, así como coordinadores especiales para el llamamiento y liderazgo militar, la construcción de carreteras, el mantenimiento hidráulico, etc.”* (Marquardt, 2009, pág. 75)

La burocracia faraónica, como instancia institucional es entonces responsable del manejo de los diversos aspectos que configuran la vida pública. Veamos ahora algunos de los aspectos que evidencian la existencia de las relaciones internacionales en el ámbito del Egipto faraónico.

Si bien es cierto que los egipcios de la primera etapa imperial (el Reino Antiguo) no parecen haber tenido un interés especial por el mundo “externo”, en el sentido de lanzar grandes campañas de conquista, de ninguna manera podría decirse que hayan carecido de conciencia o de interés en él. Como ya hemos señalado, desde una etapa temprana en el desarrollo dinástico se mantiene el flujo comercial con la región de Canaán, con un flujo constante de productos en ambos sentidos. Las excavaciones de Miroschedji y su equipo en el emplazamiento de Tell es-Sakan cerca de Gaza indican con claridad la importancia de los intercambios entre las dos regiones y su influencia mutua, más aún, la arquitectura interior del sitio, según este autor es típicamente egipcia. (Miroschedji en Wenke, 2009, pág. 240)

Ciertamente desde una etapa temprana hay noticia de correrías e incursiones de los beduinos o habitantes del desierto tanto por el lado del Sinaí como por el lado de la frontera con Libia hacia territorio egipcio, lo que obliga a una política externa faraónica constantemente a la defensiva. Tampoco el sur (la frontera con Nubia) estuvo exenta de retos. De tal suerte que, aunque en esta etapa los ejércitos faraónicos no parecen haber sido especialmente imponentes, es claro que se debieron tener guarniciones fronterizas para la defensa contra esos ataques, más molestos que peligrosos, debido al nivel primario de desarrollo

político y social de los enemigos, seguramente más atraídos por la prosperidad egipcia que por un anhelo de subyugación<sup>130</sup> de Egipto. No obstante, es necesario decir que este enfoque de sólo enfatizar las incursiones de pillaje o los movimientos defensivos para prevenirlas contribuye en medida desproporcionada a nutrir la idea, ya de por sí generalizada, de que las relaciones internacionales son principalmente relaciones de conflicto que se ejemplifican históricamente sobre todo mediante las guerras. Si bien es cierto que la guerra constituye uno de los aspectos nodales de las relaciones internacionales, está lejos de ser el único o necesariamente el más importante.

Para poner las relaciones internacionales de la época en contexto, es necesario subrayar que, en efecto, desde una época muy temprana, incluso anterior a la unificación, el valle tuvo que vincularse activamente con el exterior por necesidad, ya que no poseía recursos naturales en abundancia suficiente como para sustentar a una creciente población de necesidades cada vez más sofisticadas. Como señala Grimal:

*“Los metales, como el cobre se localizaban, un poco en Nubia, al sur y, sobre todo, en las proximidades del Mar Rojo, en la región del Sinaí y las montañas de Arabia, donde también había plomo, estaño, galena y oro –que también se localizaba en las cercanías de la primera catarata”* (Grimal, 1988, pág. 36)

Este punto de vista coincide con el de Kristiansen y Larsson, para quienes:

*“Durante la edad de bronce surgió una red verdaderamente internacional de intercambio de metales, volviendo a todas las regiones independientes entre sí, a pesar de sus diferentes tradiciones culturales. La cuestión de factores externos versus factores internos en la promoción del cambio se volvió crucial.”* (Kristensen & Larsson, 2005, pág. 5)

Trigger ofrece un detallado análisis que destaca la importancia de las relaciones entre Egipto, Palestina y Mesopotamia desde el periodo predinástico que sirve justamente de base para comprender mejor la posterior especificidad con la que se desarrolla la civilización egipcia, a partir de la influencia que ejerce en ella ese vital contacto con “el exterior”. En este sentido, por ejemplo,

---

<sup>130</sup>Elefantina cerca de Asuán es uno de los mejores ejemplos de ese tipo de emplazamientos, servía tanto como centro de intercambio comercial lo mismo que como fortaleza desde principios del periodo dinástico. Protegía pues a Egipto de incursiones enemigas, pero al mismo tiempo permitía a los egipcios organizar sus propias expediciones hacia el centro de África. (Wenke, 2009, pág. 256)

refieren la existencia de la cerámica importada de Maadi como evidencia del intercambio con Palestina y afirman que es necesario conocer (siguiendo el trabajo de Kantor) el contacto que se tuvo con Mesopotamia para entender el ulterior desarrollo de los acontecimientos en Egipto (Trigger, Kemp, O'Connor, & Lloyd, 1997, págs. 60-61 y ss). Para estos autores es conveniente, ante todo, analizar tanto el tipo de relaciones que existían entre Egipto y el sudoeste de Asia hacia finales el periodo Guerzeense como las motivaciones que las inspiraban y, en este sentido, la opinión es contundente: El principal producto egipcio de interés para los extranjeros era el oro y las necesidades específicas de su comercialización durante diversas etapas habrían llevado a los gobernantes egipcios a controlar las zonas de producción a atraer a los artesanos que lo trabajarían hasta convertirlo en mercancía indispensable, para luego intercambiarlo por los productos de lujo de su propio interés.

En otro orden de cosas, prácticamente desde la época de la primera dinastía, con Aha tenemos ya alguna evidencia más sólida sobre expediciones militares a Nubia y Libia, pero también de expansión comercial con las tierras de Canaán, desde donde llegaban maderas finas muy apreciadas por la nobleza egipcia. De esa misma época es una placa de marfil que representa al Faraón Den en una postura muy semejante a la de la figura central en la paleta de Narmer, a punto de golpear a un individuo de aspecto asiático en la cabeza. La placa fue hallada en Abidos, en donde están enterrados la mayoría de los faraones de la primera dinastía (a pesar de que la capital del imperio se había establecido en Menfis) y data de aproximadamente 2950 a.C. esta placa se titula en las colecciones museográficas, “la primera ocasión que se subyuga al Este”.

Ciertamente, hacia principios de la IV dinastía, alrededor del 2600 a.C., la monarquía faraónica ya había consolidado un estado fuerte cuya población cultivaba exitosa y provechosamente la tierra en ciclos claramente definidos por las crecidas del río, contaba con animales domesticados y conocía los secretos de la extracción y el manejo de los metales para la producción de diversos objetos de uso cotidiano, todo lo cual permitía a Egipto mantener un activo y seguramente mutuamente benéfico comercio con sus vecinos, a pesar de los riesgos que indudablemente representaban los asaltantes de caravanas.

En gran medida, sobre todo comparando los niveles de desarrollo de los pueblos aledaños, puede decirse que Egipto se ha convertido ya para esta etapa en una potencia de la zona y un modelo a seguir, en diversos sentidos, aunque esto no evita (quizá al contrario, también motiva) las incursiones de robo por parte de bandas guerreras procedentes de lugares donde las dificultades cotidianas de la subsistencia vuelven aún más codiciada la riqueza egipcia.

Quizá sea por ello que a partir de este momento, los faraones empiezan a desarrollar una política exterior un tanto más activa, es decir, no se limita ya exclusivamente a las tareas de defensa o a las incursiones punitivas al territorio de los transgresores, sino que los atacan de manera sistemática, por una lado, pero por otro, empieza también a ejercer sobre ellos una marcada influencia civilizadora a través del comercio regular o el establecimiento de pequeñas comunidades de “extranjeros” en tierras del faraón, que de alguna manera va a ir permitiendo la asimilación de algunos de ellos a la cultura egipcia. La influencia, por supuesto siempre circula en ambos sentidos, pero es claro que Egipto constituye la parte más fuerte y, por lo tanto más influyente en la relación. Kemp nos explica que:

*“Durante la mayor parte del periodo histórico, la península del Sinaí habría sido un núcleo de vida tribal nómada separando dos civilizaciones urbanas: Egipto y Palestina. Durante el segundo y tercer milenios A.C. la diferencia fundamental entre ambas era la que existía entre un gobierno centralizado que canalizaba hacia un solo núcleo de talento, riqueza, poder y ambición y un conjunto de ciudades-estado cuyos recursos se hallaban más dispersos y que, en gran parte eran consumidos –cabe pensar- en la constante lucha por conservar la independencia”. (S/D, 2009)*

En términos sistémicos podríamos decir que Egipto había progresado hacia una fase más integrada en las que diversas entidades políticamente autónomas habían quedado subordinadas a un poder central, mientras que el área de Palestina se hallaba en una fase de convivencia de tipo confederado entre sus entidades políticamente autónomas, lo que, en alguna medida facilitaba los procesos de conquista militar por la parte egipcia.

Del lado de la frontera sur la situación es semejante. La piedra de Palermo, por ejemplo habla de las campañas militares del Faraón Sneferú en Nubia, mismas

que resultan en la captura de 7,000 prisioneros y 200,000 cabezas de ganado, con resultados igualmente impresionantes en Libia, o de las expediciones a las minas de turquesa en el Sinaí. Pero también menciona, por ejemplo, un viaje de 40 naves que trajo cedro a Egipto y aunque no se menciona el sitio de procedencia, es altamente probable que haya venido de la región del actual Líbano, donde crecían los cedros. (The Palermo Stone, 1995) Durante el reinado de Sneferú, la llamada “puerta del oeste” que marcaba la frontera con Libia parece haber sido atacada varias veces, hasta que en algún momento, durante la V dinastía, según testimonio escrito en un templo fúnebre de Sahure, se tuvo una victoria decisiva contra ellos y aunque los números registrados en relación con la victoria también parecen un exceso y su valor histórico ha sido puesto en duda, no volvemos a saber de incursiones libias a territorio egipcio sino hasta la época de la XIII dinastía<sup>131</sup>. En cambio, hay una presencia creciente de mercenarios libios en los ejércitos faraónicos y evidencia de pequeñas comunidades libias pacíficamente establecidas en el territorio del faraón.

En el sur, los príncipes de Elefantina organizaban incursiones en territorio nubio, a veces, en efecto de carácter punitivo, pero a veces también de carácter comercial en busca de diversos productos, lo mismo que de mercenarios, según testimonios encontrados en las tumbas de Asuán. Particularmente ilustrativos resultan los testimonios de Uni<sup>132</sup> funcionario de

---

<sup>131</sup>Aunque muy destruidos, los mismos relieves dan a entender que Sahure realizó una expedición contra los libios, cuyo príncipe fue tomado prisionero e indican, asimismo los animales capturados. En principio, por los fragmentos de otros relieves, pudo decirse que el rey, efectivamente atacó a los libios. Sin embargo, la aparición de relieves similares en monumentos de Niuserre y Pepi I en el templo funerario de Pepi II y en el templo de Taharka en Kawa plantean la duda de si no se trata realmente de imágenes y textos estereotipados copiados de algún monumento perdido. (Toledo, 1999)

<sup>132</sup>Hacia 2350 - 2280 a.C. Importante personaje que vivió durante los reinados de Teti, Pepi I y Merenré I, de la VI dinastía. La autobiografía de Uni, grabada sobre un gran bloque de caliza de casi tres metros de longitud (hoy en el Museo Egipcio de El Cairo), y que en su momento formó parte de la capilla exterior de su mastaba de la necrópolis de Abidos, es un documento histórico y literario de gran valor. En tal autobiografía, y después de las fórmulas usuales, Uni enumera sus más importantes cargos, entre ellos, los de Príncipe, Gobernador del Alto Egipto, Chambelán, Juez, Amigo Único y Superintendente del Gran palacio. Luego pasa revista a su actuación personal a lo largo de tres reinados, en los que alcanzó sucesivamente puestos de mayor relevancia. Durante el reinado de Teti fue Director del Granero y Sacerdote-lector del Palacio, así como Supervisor de los Profetas de la pirámide real y Juez. En época de Pepi I actuó como Juez Único en el proceso real seguido contra la primera esposa del rey, llamada Imates, acusada de conspiración. Más tarde, y ya como gran favorito, el mismo rey lo envió al frente de una expedición militar, reclutada en todo Egipto y complementada con mercenarios

Teti, Pepi I y Merenré así como el de Herkhuf, representante de Merenré y de Pepi II (todos los gobernantes procedentes de la VI dinastía) en varias misiones a la zona. Herkhuf de hecho parece haber alcanzado la región de Yam a la altura de la segunda catarata. Ambos testimonios revelan interesantes aspectos de la intensa vida internacional de Egipto durante esta etapa y, en alguna medida contribuyen a explicar el advenimiento del primer periodo intermedio.

El caso de Uni es particularmente interesante por los orígenes humildes del personaje, su ascenso a los círculos del poder y su relevancia como funcionario encargado de organizar al ejército y repeler las agresiones de los “habitantes del desierto”. Rescatamos del texto que contiene su autobiografía los aspectos relevantes desde el punto de vista de nuestro estudio:

*“El Príncipe, Gobernador del Alto Egipto, Chambelán, Encargado de Hieracópolis, Señor de Nekheb, Compañero Único, el reverenciado ante Osiris, El-Que-Preside-A-Los-Occidentales, Uni, dice:*

*(...) Su majestad tuvo (entonces) que actuar contra los asiáticos, los "Habitantes de las Arenas". Su majestad constituyó un ejército de muchas decenas de miles de hombres, (provenientes) de todo el Alto Egipto, desde Elefantina, en el sur, hasta Cusae en el norte; del Bajo Egipto, de todos sus distritos, de Sedjer y de Hen-Sedjeru; y nubios de Irtet, nubios de Medja, nubios de Yam, nubios de Uauat, nubios de Kaau, (así como) de la tierra de Temehu. Su majestad me envió al frente de este ejército, habiendo príncipes, Cancilleres del Rey del Bajo Egipto, Compañeros Únicos de Palacio, jefes y gobernadores de distrito del Alto y del Bajo Egipto, Compañeros, jefes de los Intérpretes, Superiores de los Sacerdotes del Alto y Bajo Egipto, de los distritos y de las ciudades que ellos gobernaban, de los Nubios de esos países extranjeros. Fui yo quien estableció para ellos el plan (de campaña), siendo así que mi rango era el de Supervisor de las Tenencias del Palacio, a causa de la rectitud de (mi) posición, de forma que ninguno de ellos arrebató el pan o las sandalias al caminante, de forma que ninguno de ellos tomó tejidos de lino de ninguna ciudad, de forma que ninguno de ellos tomó un carnero a hombre alguno. Yo les conduje desde la Isla Septentrional (y) la Puerta li-Hotep, (en) el distrito de Horus-Señor-De-Verdad, siendo así que mi rango era el de... Yo fijé el número de estas tropas; nunca había sido determinado por servidor alguno.*

*Este ejército regresó en paz*

*Había arrasado la tierra de los Habitantes de las Arenas*

*Este ejército regresó en paz*

*Había pisoteado la tierra de los habitantes de las Arenas*

---

nubios, a luchar contra los nómadas del norte del Sinaí y de Canaán, por lo que fue recompensado a su regreso. (Biografía Uni, 2004)

*Este ejército regresó en paz  
Había destruido sus fortalezas  
Este ejército regresó en paz  
Había talado sus higueras y parras  
Este ejército regresó en paz  
Había incendiado todas sus viviendas  
Este ejército regresó en paz  
Había masacrado, por numerosas decenas de millar, las tropas que  
[allí había  
Este ejército regresó en paz  
Había traído numerosísima gente de allí como cautivos.*

*Su majestad me envió a dirigir este ejército en cinco ocasiones, a fin de someter la tierra de los "Habitantes de las Arenas", cada vez que ellos se rebelaron, con estas (mismas) tropas. Yo actué de acuerdo con aquello por lo que su majestad me alabó fuera de toda medida. Se informó que había rebeldes entre estos extranjeros, en "La Nariz de la Gacela". Yo atravesé en barcos, junto con estas tropas; efectué un desembarco detrás de las alturas de la sierra, al norte del país de los "Habitantes de las Arenas", mientras que esta (otra) tropa se apresuraba sobre el camino. Llegué, atrapé a todos ellos y maté a todos los rebeldes que había entre ellos.*

*(...)Su majestad (me) envió (entonces) para excavar cinco canales en el Alto Egipto, y para construir tres gabarras y cuatro barcazas en madera de acacia de Uauat. Y los jefes de los países extranjeros de Irtjet, Uauat, Yam y Medja hicieron cortar la madera para ello. Yo lo hice todo en un solo año. Una vez botadas, (las) cargué con grandes bloques de granito para la pirámide "Merenré Aparece en la Belleza". Yo hice pues... para el palacio, junto con todos estos cinco canales.*

*Porque yo era noble, porque yo era poderoso, porque yo honraba la gloria del rey del Alto y Bajo Egipto Merenré, que vive eternamente, más que ningún (otro) dios; así todo se realizó de acuerdo con las órdenes decretadas por su Ka.*

*Yo fui uno amado de su padre, alabado por su madre, bien dispuesto para sus hermanos; el príncipe, verdadero Gobernador del Alto Egipto, el reverenciado ante Osiris, Uni". (Serrano Delgado, 1993, págs. 168-171)*

El relato de Uni da pie a importantes reflexiones sobre la situación de Egipto con respecto a la frontera norte. Es claro que la situación es bastante más problemática que la que se vive en el sur, donde las incursiones de los nubios no parecen preocupar mayormente a la administración faraónica, no por lo menos como para ameritar una presencia militar tan significativa como la que organiza Uni para confrontar las amenazas de los habitantes del desierto en el norte. ¿Será acaso que los belicosos beduinos han alcanzado un nivel de organización y poder como para representar una seria amenaza en contra de

Egipto? Porque sólo en tales condiciones podría justificarse la movilización llevada a cabo por Uni (también llamado Weni en algunos textos). De lo contrario, simplemente parecería un exceso, a menos que tuviese implicaciones de otra magnitud. Si se pudiese relacionar, no sólo con levantamientos circunstanciales de la gente del desierto, sino con algún movimiento sistemático de mayor envergadura que involucrara a la región de Palestina, si no en su conjunto, por lo menos en su mayoría y no necesariamente como un intento temprano de conquista de territorio egipcio, el esfuerzo llevado a cabo por Uni para defender las fronteras del país tendría mucho mayor sentido. Si buscamos entender la incertidumbre en la frontera egipcio-palestina quizá como repercusión de movimientos políticos en Mesopotamia ejerciendo presión hacia tierras palestinas, la preocupación faraónica estaría claramente más justificada. Aunque al parecer no existe evidencia histórica suficiente al respecto, sería muy interesante saber con mayor detalle cómo afectó a la política internacional de la región el establecimiento del primer imperio acadio bajo Sargón y qué tipo de influencia tuvo, por ejemplo en movimientos migratorios hacia las tierras de Canaán.

En el caso de Herkhuf, según la crónica de sus viajes, relatada en las paredes de su propia tumba:

*“(Lateral derecho de la entrada de la tumba) El príncipe, Compañero Único, Sacerdote-Lector, Chambelán, Encargado de Hieracópolis, Jefe de Nekheb, Canciller del Rey del Bajo Egipto, Jefe de los Intérpretes, Jefe de los Secretos de Todos los Asuntos del Extremo Sur, que está en el corazón de su señor, Herkhuf.*

*El Canciller del Rey del Bajo Egipto, Compañero Único, Sacerdote Lector, Jefe de los Intérpretes, que trae para su señor los productos de todos los países extranjeros, que trae para el Ornamento Real los tributos de todos los países extranjeros, Superior de los Países Extranjeros del Extremo Sur, que extiende el temor de Horus por los países extranjeros, que hace lo que es digno de alabanza por parte de su señor, el Canciller del Rey del Bajo Egipto, Compañero Único, Sacerdote-Lector, Jefe de los Intérpretes, el reverenciado ante Sokaris, Herkhuf. Dice:*

*"La majestad de Merenré, (mi) señor, me envió junto con (mi) padre, el Compañero Único y Sacerdote-lector Iri, a Yam, para abrir la ruta hasta esta tierra. Lo hice en siete meses; traje de allí todo tipo de bellos y raros presentes. Fui alabado extremadamente a causa de ello.*

*Su majestad me envió por segunda vez, solo. Salí por la ruta de Elefantina y descendí por Irtjet, Makher, Terers e Irtjetj, en el espacio de ocho meses. Traje productos de este país en gran cantidad, cuyo*

*igual jamás había sido traído hasta esta tierra anteriormente. Descendí hasta la proximidad de la mansión del príncipe de Setju e Irtjet, y exploré esas tierras extranjeras. No pude constatar que hubiera hecho (eso) ningún Compañero o Jefe de los Intérpretes que hubiera ido a Yam anteriormente.*

*(Entonces) me envió su majestad por tercera vez a Yam. Salí desde el nomo de Tinis por la ruta de los Oasis. Encontré que el príncipe de Yam había marchado hacia el país de Temehu para golpear a los Temehu, en la esquina occidental del cielo. Salí tras él hacia la tierra de Temehu y lo apacigué, de forma que él adoró a todos los dioses para (mi) señor." (Serrano Delgado, 1993, págs. 74-78)*

De la respuesta del Faraón al informe que en su oportunidad envió Herkhuf se tiene el siguiente texto:

*"(La carta del faraón) "Sello del mismo rey: Año II, día 15 del mes tercero de la inundación. Decreto real para el Compañero Único, Sacerdote-Lector, Jefe de los Intérpretes Herkhuf. Se ha tenido conocimiento de esta tu carta que has dirigido al rey, al Palacio, para hacer que se sepa que has regresado felizmente de Yam, junto con la tropa que estaba contigo. Dices en esta tu carta que has traído todo tipo de productos grandes y buenos, que Hathor, señora de Imaau, ha dado para el Ka del rey Neferkaré, que vive para siempre. Has dicho (también) en esta tu carta que has traído un pigmeo para las "danzas del dios" del país de los Habitantes del Horizonte, igual al pigmeo que el canciller del dios Baurdjed trajo del (país del) Punt en tiempos del (rey) Ilesi. Has dicho a mi majestad que no había sido traído nada igual a él por ningún otro que haya ido a Yam previamente.*

*Tú sabes ciertamente hacer lo que tu señor quiere y aprecia. Verdaderamente pasas día y noche pensando en hacer lo que tu señor ama, aprecia y manda. Su majestad proveerá tus múltiples y honorables dignidades para el beneficio del hijo de tu hijo eternamente, de forma que toda la gente dirá, cuando oigan lo que mi majestad hizo para ti: "¿Hay algo similar a lo que fue hecho para el Compañero Único Herkhuf cuando regresó de Yam, a causa de la vigilancia que mostró en hacer lo que su señor amaba, alababa y ordenaba?"*

*Ven hacia el norte, hacia la Residencia, inmediatamente. Apresúrate y lleva contigo a este pigmeo que tú has traído del país de los Habitantes del Horizonte vivo, sano y salvo, para las "danzas del dios", para alegrar el corazón, para deleitar el corazón del rey Neferkaré, que vive para siempre. Cuando suba contigo al barco, haz que haya hombres capaces que estén alrededor de él en la cubierta, para evitar que caiga al agua. Cuando duerma por la noche, haz que hombres capaces duerman alrededor de él en su tienda. Ve a controlar(lo) diez veces por la noche. Mi majestad desea ver este pigmeo más que los productos de la tierra de las minas y del Punt.*

*Cuando llegues a la Residencia y si este pigmeo está vivo, sano y salvo contigo, mi majestad hará para ti grandes cosas, más que lo que fue hecho para el canciller del dios Baurdjed en tiempos del rey Ilesi, de acuerdo con el deseo de mi majestad de ver este pigmeo. Han sido*

*enviadas órdenes al "jefe de las ciudades nuevas", Compañero y Superior de los Sacerdotes, para mandar que se proporcionen suministros de lo que está a cargo de cada uno, de cada almacén, de cada depósito y cada templo que no disfrute de exenciones". (Serrano Delgado, 1993, págs. 74-78)*

Estos testimonios dan cuenta con claridad del hecho de que el trato con el exterior incluye, efectivamente, relaciones de conflicto, (siempre preocupantes para cualquier autoridad) pero que la colaboración y en gran medida la penetración cultural no es ajena al panorama de la época a través de un intercambio comercial que tiene más visos de regularidad que de mera cuestión accidental.

Vale la pena señalar que el ejército, una de las instituciones más estudiadas tradicionalmente en el ámbito de las relaciones internacionales, está conspicuamente ausente como actor primordial del escenario político en esta etapa del desarrollo histórico de Egipto, no por su inexistencia, claro está, sino por su relativamente baja relevancia en la vida socio-política del país, incluso si pensamos en términos de la siempre delicada política exterior para la que siempre resulta tan importante.

Aparentemente, el grueso del ejército durante esta época se componía de milicianos reclutados *ex profeso* para expediciones punitivas o funciones de seguridad interna sin que su servicio llegara a profesionalizarse (en el sentido que lo haría durante el periodo del Reino Nuevo, por ejemplo).

La tradición literaria, en su caso, desdeña la pesada vida del soldado, plagada de miseria debido al hambre siempre insatisfecha, la sed inagotable, pero sobre todo, el maltrato de los superiores, por no mencionar todas las demás dificultades de quien se encuentra lejos de casa. Normalmente, cuando los burócratas del faraón convocaban a los hombres a la milicia y mandaban a buscarlos, muchos de ellos preferían huir de sus pueblos y se mantenían convenientemente ocultos hasta que se hubiese calmado el conflicto por el cual se les había convocado.<sup>133</sup>

---

<sup>133</sup> Cfr. Yalichev (1997) pág. 30

Esta situación llevó, desde una etapa temprana de su desarrollo, según ya hemos señalado, a que el estado egipcio buscara el poder de las armas entre tropas de mercenarios (incluso para labores policiales) a los que normalmente se recompensaba generosamente, e incluso gradualmente se les permitía incorporarse a la sociedad egipcia como locales. Por este motivo, los mercenarios jugaron un papel importante en la dinámica imperial del Antiguo Egipto.

Algunas figuras de madera pintadas, encontradas en la tumba de Mesehti, un príncipe tebano de la XI dinastía muestran a un grupo de arqueros de complexión claramente distinta a la egipcia. Diversos especialistas coinciden en señalar que son arqueros nubios que desde la época de la III dinastía ya colaboraban en las incursiones punitivas contra los beduinos del Sinaí y que jugaron un importante papel en el primer esquema sistemático de organización del ejército llevado a cabo por Uni poco antes del inicio del primer periodo intermedio, durante el cual, el eclipse del poder central provocó una peligrosa feudalización del país.<sup>134</sup>

En términos sistémicos, este Primer Periodo Intermedio es de suma importancia porque representa un momento de debilidad para el *imperio* egipcio (en los términos que empleamos este concepto en esta obra). Es un momento en el que el debilitamiento del poder central permite un resurgimiento de la condición de internacionalidad con mayor pujanza, lo cual de hecho amenaza al país con una fragmentación de consecuencias mucho más drásticas. Es un momento en el que el aparato estatal egipcio se distancia de su punto de equilibrio y se aproxima peligrosamente a la turbulenta zona del caos que pone en riesgo su propia integridad.

*“Es posible determinar qué fue lo que ocurrió durante el lapso que va de la tardía VI dinastía y el surgimiento de la dinastía de Hieracópolis? La difusa evidencia indica que hacia finales de la sexta dinastía se había desarrollado una considerable inestabilidad en cuanto al control real del país. Se ha dicho que posiblemente un cambio climático produjo una grave sequía, lo que imposibilitó que el rey pudiera mantener su posición suprema (Bell, 1971) otra explicación dice que la presión en las fronteras, especialmente al noreste se*

---

<sup>134</sup> Las estatuas de arqueros de Nubia y lanceros egipcios. Madera pintada, 55cm.ht., 59cm.ht., se encontraron en la tumba de Mesehti en Assiut, y corresponden a la dinastía XI, ahora en Museo de El Cairo. (El Akkad, 2001)

*incrementó (Gardiner, 1909). Ambos factores son posibles, pero más bien deberían ser vistos como catalizadores de una crisis que como causantes de ella". (Kuhrt, 1997, pág. 159)*

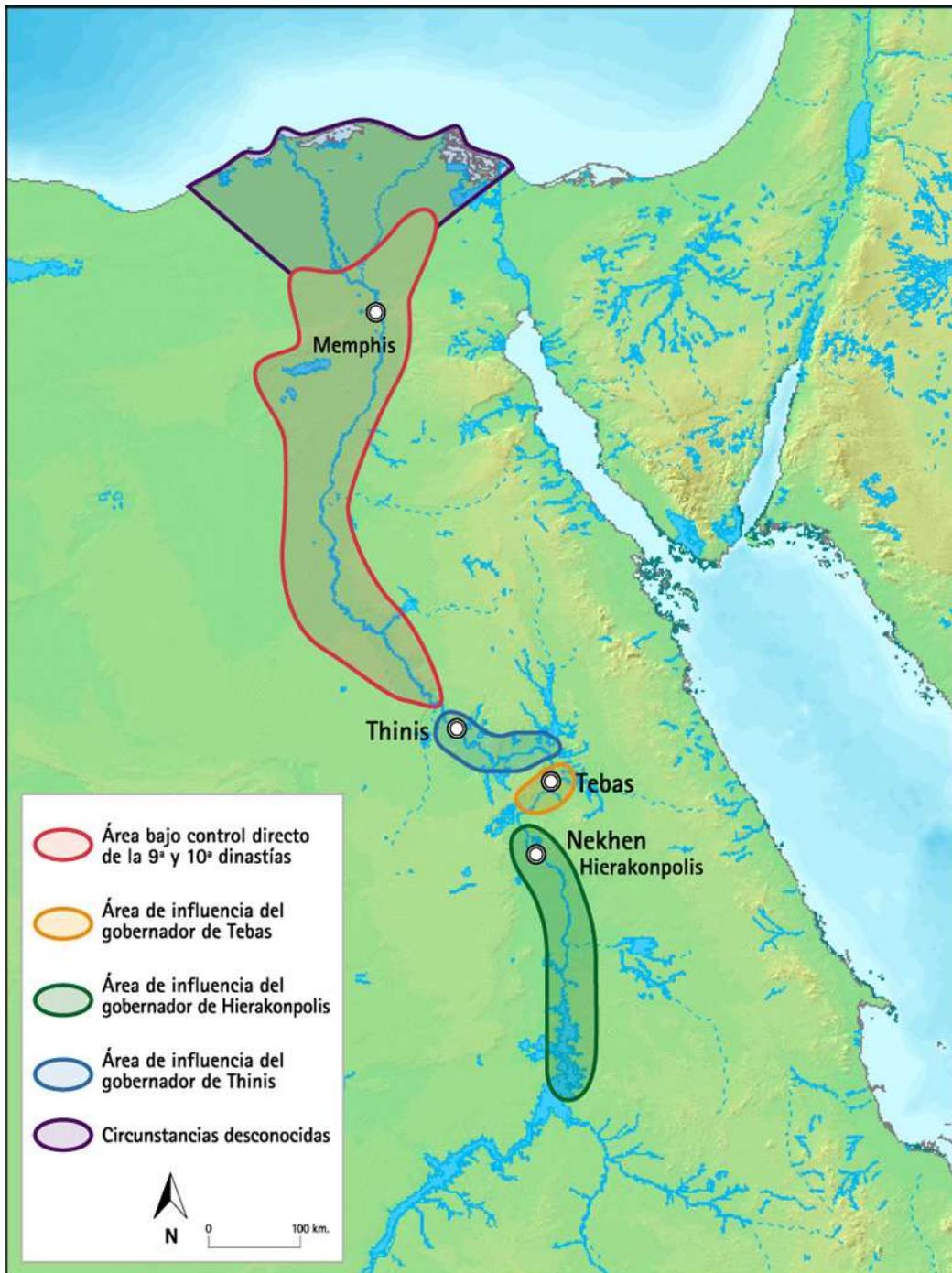
Si la desintegración total no se da, aunque la turbulencia perdura durante un periodo de cerca de dos siglos, es justamente porque las bases ideológicas que permitieron la consolidación del estado durante el Reino Antiguo eran suficientemente sólidas como cimiento de una identidad de tipo *nacional* que pudo así resistir, sobrevivir y finalmente superar a la adversidad política y las fracturas en la estructura administrativa según muestra el mapa que se presenta a continuación, en el que destaca la ruptura de la unidad administrativa impuesta por la burocracia faraónica desde la época de la unificación del país a favor de zonas de influencia controladas por nomarcas locales poderosos. Aunque ciertamente no hay consenso respecto al papel que pudo haber jugado el incremento de poder entre familias locales con respecto al faraón, es claro que, bien como causa o como efecto, el fenómeno existió y contribuyó al debilitamiento de la estructura del poder real.

Como puede apreciarse en el mapa, durante poco más de un siglo y medio, la fragmentación del país creó ámbitos de poder separados (en gran medida independientes unos de otros) lo cual permitió que diversos señores locales contrataran servicios de guerreros mercenarios y se manejaran prácticamente como "señores de la guerra" sin reconocer más allá del poder nominal del faraón. En gran medida puede afirmarse que el debilitamiento de la autoridad estatal central 'recrea' el ámbito original de *internacionalidad* en el que los grupos humanos inevitablemente retoman el camino de la lucha por el control hegemónico de las regiones en las que conviven unos con otros.

Esto es, claramente el retorno a un esquema de internacionalidad en los términos que hemos descrito en este trabajo. Es interesante, además porque nos permite constatar que, en efecto, el desarrollo de los sistemas internacionales no es necesariamente un proceso lineal ascendente; bien puede darse el caso (como el mapa sugiere) de rupturas sistémicas, que de alguna manera representarían "retrocesos" históricos, ya que ningún sistema tiene permanentemente garantizada una condición sistémica (de unidad) que

defina de una vez por todas y para siempre su extensión y su alcance, antes al contrario, permanentemente deben estar luchando por preservarla.

En este sentido, los sistemas internacionales tienen, como cualquier otro sistema, una tendencia determinista (auto-sostenida) que bien puede ser modificada por factores internos o externos a través de la acción humana.



Mapa 1. Disgregación de Egipto en el Primer Periodo Intermedio. Fuente Cantabria (2008)

Las condiciones de vida durante este periodo parecen haber sido verdaderamente abrumadoras para la población local si hacemos caso del dramático testimonio que ofrece el lamento de Ipuur o Ipuwer, de conformidad con el cual:

*“Ya no se navega hacia Biblos. (...) Faltan todas las materias necesarias a los oficios. (...) Los asiáticos trabajan en los talleres del Delta. (...) Ningún obrero egipcio tiene trabajo, los enemigos del país han despojado los talleres (...) La mayoría no tienen casa ni muebles, ni siquiera un lecho para dormir; sus mujeres, demasiado pobres para adquirir un espejo, sólo pueden contemplarse en el agua; ni siquiera poseen una caja para guardar sus chucherías. Con frecuencia les falta el pan y están demasiado desprovistos para tejerse vestidos o comprarse zapatos (...) La miseria de muchos es tal que no pueden casarse y duermen sin mujer y ni siquiera tienen una lira para distraerse (...) Los notables están de luto, los plebeyos rebosantes de satisfacción. Toda la ciudad dice: Vamos, echemos a los poderosos de entre nosotros. El país rueda como torno de alfarero. Los ladrones se convierten en propietarios y los antiguos ricos son robados. Los que visten de lino fino son azotados. Las que nunca habían visto la luz salen a la calle. Se estrella contra las paredes a los niños de los nobles. Se huye de las ciudades. Son incendiadas las puertas, los muros, las columnas. Los hijos de los ricos son arrojados a la calle. Los ricos padecen hambre y pasan tribulaciones. Los antiguos servidores se hacen servir ahora. Las damas nobles huyen...se prosternan por miedo a la muerte (...) El país está lleno de facciosos; el hombre que va a trabajar lleva un escudo. Ya puede crecer el Nilo, ya no se cultiva, todos dicen: No sabemos lo que sucederá al país.”* (Serrano Delgado, 1993, págs. 80-84)<sup>135</sup>

Independientemente de la fidelidad con la que este testimonio retrata los hechos que caracterizaron la vida doméstica en Egipto, puede decirse que constituye un claro ejemplo de lo que puede significar el deterioro de la autoridad estatal para la conducción de la vida en sociedad. Por otra parte, los efectos de esa falta de autoridad del estado también tuvieron un impacto para la vida internacional, según nos lo relata Grimal:

*“Otra dificultad vino a agravar la situación del país: la situación externa. No se posee testimonio alguno, del tipo que sea, que atestigüe el tipo de interacciones externas que había durante el reino antiguo: ni en*

---

<sup>135</sup> El Papiro de Ipuur (Papiro de Ipuwer) o Lamentos de Ipuur es un poema del Antiguo Egipto preservado en un soporte de papiro, el Papiro de Leiden I 344, que se encuentra en el Museo Arqueológico Nacional de Leiden, en los Países Bajos. El manuscrito se data al final del siglo XIII a.C., y aunque la fecha de la composición del poema es dudosa, algunos eruditos han sugerido que se escribió durante el Primer Periodo Intermedio de Egipto, o entre el final de la Dinastía XII y el Segundo Periodo Intermedio de Egipto, de c. 1850 a 1600 a.C. En el contexto de la egiptología moderna fue publicado en 1909 por Alan Gardiner. Véase (Castañeda Reyes, 2003, págs. 119-121)

*Sirio-Palestina, lo que significa que cesó el comercio con Biblos y con la región del Mediterráneo, ni en el Sinaí, donde la explotación de las minas fue abandonada. Peor aún, los beduinos (habitantes de las arenas) contra los que Uni había luchado, prácticamente habían invadido la región del Delta hacia finales de la VIII dinastía. Del lado de Nubia las cosas no estaban mucho mejor; dejó de haber, aparentemente expediciones e intercambios y la llamada civilización del grupo C pudo desarrollarse al margen de la influencia egipcia.”* (Grimal, 1988, pág. 187)

Finalmente el gobernador de Tebas logró imponer su autoridad sobre Hieracópolis (con ayuda de mercenarios nubios –que de hecho peleaban para ambos bandos) y gradualmente, reunificar a todo el país bajo una autoridad central relativamente fortalecida, lo que reduce (pero no elimina) la condición de internacionalidad en el país y permite al Faraón retomar el control. Nuevamente, estos hechos revelan una tendencia sistémica que puede ser considerada como clara constante histórica, luego de un periodo de turbulencia, los sistemas tienden a reorganizarse de nueva cuenta bajo un poder hegemónico.

Después de la reunificación, Egipto volvió a imponer una medida de control sobre Nubia (que de hecho nunca logró su propia unificación sistémica)<sup>136</sup> mediante la manipulación a través de alianzas de conveniencia con nubios fieles al faraón. No llegó realmente a conquistarla porque su territorio era predominantemente desértico, prácticamente carente de valor agrícola y porque su población era gente acostumbrada a la lucha, por lo que el control político efectivo imponía un esfuerzo administrativo militar que Egipto no parecía estar en condiciones de realizar en ese momento. Pero sí logró extender su dominio hasta el área de la segunda catarata y mantener activas expediciones hasta la tercera para tener acceso al oro y al mineral de hierro de la región.

También logró mantener abiertas las rutas para el comercio hacia el sur de donde se traían diversas materias primas y algunos productos exóticos,

---

<sup>136</sup> El caso de los nubios resulta interesante desde el punto de vista de nuestro estudio, porque ellos nunca lograron trascender la fase tribal en su contexto de internacionalidad. Por ese motivo, nunca desarrollaron una conciencia ni una identidad colectiva que les permitiera concebirse como unidad político cultural. Antes al contrario, las diversas tribus se veían entre más que nada como rivales, por lo que no tenían empacho alguno en pelear entre sí como aliados de los egipcios. (OIUC, 2007)

siempre apreciados por la nobleza egipcia. De lo más notable de las relaciones internacionales de este periodo destacan los siguientes aspectos:

*“Sesostris I (reinó entre 1962-1928 a.C.) erigió fortalezas por toda Nubia y estableció relaciones comerciales con el extranjero. Envió gobernadores a Palestina y Siria, y luchó contra los libios en el oeste. Sesostris II, (reinó en 1895-1878 a.C.), comenzó el saneamiento de Fayum. Su sucesor, Sesostris III (reinó entre 1878-1843 a.C.), construyó un canal en la primera catarata del Nilo, formó un ejército permanente (que utilizó en su campaña contra los nubios) y edificó nuevas fortalezas en la frontera meridional. Dividió administrativamente Egipto en tres unidades geográficas, cada una controlada por un oficial bajo la supervisión de un visir y no reconoció a ninguno de los nobles provinciales. Amenemes III continuó la política de sus predecesores y amplió la reforma sobre la propiedad de la tierra”. (Imperio Intermedio, 2001)*

De la experiencia en las campañas nubias se tiene un interesante testimonio de una fuente prácticamente insospechada: grafiti de un mercenario nubio llamado Tjehemau, quien junto con su hijo peleó para el faraón Mentuhotep II y dejó registro autobiográfico grabado en la roca en Abidos, a unos 10 km al sur de Asuán. Aunque algunos autores minimizan su importancia como testimonio histórico, calificando el texto como incongruente, exagerado y pobremente escrito (Peden, 2001, págs. 24-25), otros han visto en él evidencia valiosa de las campañas faraónicas al sur y el hábil manejo de la política exterior aprovechando las divisiones tribales del enemigo para extender su influencia a la región de Nubia (Hamblin, 2006, págs. 383-384). De hecho, para Darnell:

*“Más que inscripciones incompletas toscamente grabadas en egipcio imperfecto, las inscripciones de Tjehemau grabadas en las rocas cerca de Nag el-Wasiya cerca del distrito de Abidos, son un solo y bien ejecutado texto hierático en una piedra colosal. Esta investigación demuestra que la inscripción forma de hecho un solo y continuo texto de considerable mérito literario e histórico y que a la vez contiene mucho de interés gramático y lexicográfico.*

*Tjehemau describe una carrera profesional en la que recorre ampliamente el desierto occidental, describe la festiva ciudad de Tebas en celebración a orillas del río mientras el guerrero del desierto desciende y repite la canción tebana de alabanza. El emplazamiento de las secciones de la inscripción en el horizonte refleja el contenido del texto –una vida militar que inicia en la región nubia del Nilo, viajes al oeste, al sur y al norte con las fuerzas armadas del reino medio temprano para luego regresar a la región baja del Nilo en Nubia”. (Darnell, 2003, pág. 36)*

Pero más que en cualquier otro lugar, es en la región del Medio Oriente que la influencia de Egipto se vuelve más notable durante este periodo. Según el relato de Clayton existen bastantes evidencias del intercambio de obsequios diplomáticos entre Egipto y la región de Levante. En particular, joyas con el nombre del rey inscrito en un cartucho han sido descubiertas en las tumbas reales de Biblos, en Líbano, mientras que en Egipto se encontró, en los cimientos del templo de Montu en Tod, al sur de Luxor un gran tesoro consistente en cuatro cajas de bronce con el nombre de Amenemhet II que contenían un gran número de tazas de plata de origen levantino y egeo así como sellos cilíndricos de Babilonia y amuletos de lapislázuli procedente de Mesopotamia, mismos que deben haber representado una forma de tributo o un valioso obsequio diplomático, ya que en esa época la plata era incluso más valiosa que el oro en Egipto.<sup>137</sup>

Es en esta misma época que, bajo el reinado de Sesostris II, el nomarca de Oryx recibe al famoso Ibsha y su tribu, según el relato de su tumba en Béni Hassan. El episodio es importante porque sugiere que en algún momento, los egipcios pudieron incluso haber favorecido la llegada de extranjeros “asiáticos” que se instalaron pacíficamente, por lo menos inicialmente, en su territorio.

#### *d) La invasión de los hicsos.*

En algún momento entre 1750 y 1700, Egipto fue invadido por asiáticos llegados por la zona del Sinaí, aunque las fechas exactas de la invasión son inciertas. Tampoco se sabe con exactitud de dónde procedían o quiénes hayan sido estos extranjeros, ni cuáles fueron las condiciones socio-históricas que les permitieron adueñarse parcialmente del poder en Egipto, no obstante la historia los registra con el nombre de *hicsos*, (aparentemente relacionado con la idea de *reyes pastores*)<sup>138</sup> aunque es poco probable que ellos se hayan llamado a sí mismos de esa manera. Lo cierto es lograron dominar, por lo menos la región

---

<sup>137</sup> Cfr, Clayton (1994) pág. 82)

<sup>138</sup> El nombre hicsos parece ser la deformación griega de la voz egipcia "heqa khasut" que significa *reyes de comarcas extranjeras* y ya aparece en la inscripción que acompaña un relieve de Beni - Hassan donde se documenta el arribo de tributarios asiáticos durante el reinado de Sesostris II. (Bourriau, 2000, pág. 187)

del delta durante cerca de un siglo y medio. Hasta donde se tiene noticia, no llegaron a tener control de todo el país, ya que Tebas parece haber conservado cierto grado de autonomía, a cambio, claro está del pago de su correspondiente tributo a los nuevos amos, lo cual, sin duda debió haber representado un duro golpe al orgullo *nacional* egipcio.

La noticia histórica sobre este periodo es en general escasa y poco confiable pero no del todo ausente. Sabemos, por ejemplo, gracias a inscripciones de la tumba de Chnoumhotep en Beni Hasan que los migrantes asiáticos llegaron originalmente de manera pacífica. Las imágenes muestran a 37 individuos, aparentemente de la tribu de Ibsha con regalos que parecen ser tributo (Fletcher, 1997). El hecho es que la presencia de extranjeros en el área sin intención militar aparente es claramente demostrable.

Al parecer, los hicsos no se mezclaron de manera significativa con la población local; más bien la explotaron en términos de la extracción de tributo y en alguna medida fueron más bien absorbidos por la cultura local que al revés. No hay testimonios de una cultura material establecida por los hicsos durante su dominio. De hecho, es altamente probable que cuando los egipcios recuperaron control político de la región, algunos de ellos hayan permanecido en la zona aceptando su propia subordinación al poder faraónico restablecido. Según lo que se ha establecido sobre ellos:

*“Dos factores propiciaron la caída del Reino Medio: debilidades interiores bajo Amenemhat III y la invasión de unos pueblos extranjeros llamados hicsos procedentes de Palestina. De este modo fue como comenzó el segundo periodo intermedio (circa 1750 a 1570 a.C.) durante el cual, algunos gobernantes locales mantuvieron el control del sur (el Alto Egipto) mientras que los nomos del área del Delta se convirtieron en vasallos de los invasores (dinastías XIII a la XVII). **En algunos sentidos, la presencia de los hicsos en Egipto resultó más traumática que el caos del primer periodo intermedio, ya que los habitantes de la tierra del Nilo siempre se habían sentido protegidos con respecto a invasiones extranjeras. Ahora, su sentido de seguridad se había roto**”.* [Énfasis añadido] (Cheilik, 1991, pág. 28)

Así que, cualquiera que haya sido su origen o su nivel de poder real, lo que sí puede decirse con buen margen de certeza es que dieron a los egipcios de su

época un sentido renovado acerca de su lugar en el mundo más amplio y de su relación con *la otredad*. La historiografía contemporánea asegura que:

*“La penetración de los Hicsos fue lenta, segura y en un principio tranquila. Empezaron a ocupar puestos de responsabilidad. Cuando estuvieron seguros de su superioridad decidieron apoderarse del trono faraónico atacando su capital, seguido de una secuela de matanzas y destrucciones. Establecieron su capital en Avaris. La conquista ahora posiblemente fuese rápida ya que contaban con un ejército mucho mejor dotado que el de los egipcios: en su artillería contaban con el carro de combate y el caballo que no eran conocidos antes de la entrada de los Hicsos en Egipto.”* (Bedman, 2001)

Ciertamente que, considerada de manera aislada, la invasión de los hicsos sólo parece un episodio aberrante en la historia “normal” de Egipto. Por ello es conveniente tratar de ponerla en contexto en relación con la política internacional de su momento.

En este sentido, vale la pena recordar, por ejemplo, que Babilonia, el poder hegemónico regional en Mesopotamia en los umbrales del nuevo milenio; había sido saqueada por los hititas cerca del 1800 a.C., lo que finalmente permitió el establecimiento de una dinastía kasita en esa región alrededor de 1760. Se trata, en definitiva de un periodo difícil de invasiones “bárbaras” por toda la zona de Mesopotamia, seguramente de consecuencias similares en lo político, económico y social al primer periodo intermedio de los egipcios, lo que parece haber provocado un periodo inicial de migraciones (no necesariamente belicosas) hacia los dominios del faraón. Así parecen apreciarlo diversos autores:

*“Un evento cargado de consecuencias fue la invasión de los hicsos. Ellos gobernaron Egipto durante cerca de un siglo (1660 a 1580 a. C.) sin, aparentemente haber alterado, lo que podría llamarse, la constitución del reino. En cambio, **el Rey y su pueblo se hallaron a sí mismos arrastrados, por el interés de su propia seguridad, hacia una política mundial, y los faraones se volvieron conquistadores y organizadores de un imperio que se extendía desde el Nilo hasta el Éufrates**”* [Énfasis añadido] (Moret, 1996, págs. 290-291)

Para Moret, de hecho este giro hacia una política imperial durante el periodo del Nuevo Imperio, una vez expulsados los hicsos del país tuvo serias repercusiones para la civilización egipcia, ya que, a pesar de sus aparentes éxitos iniciales, eventualmente se convertiría en la causa de su declive y

desaparición, finalmente rebasada y abrumada por extranjeros a los que, de alguna manera había tratado de controlar.

Como ya hemos dicho, la invasión de estos extranjeros representó un duro golpe para lo que hoy llamaríamos el orgullo nacional de los egipcios. Manetón, el cronista de las dinastías faraónicas durante el periodo ptolemaico se refiere a ellos de manera enteramente despectiva y los acusa de asesinar ancianos, vender mujeres y niños como esclavos, quemar ciudades y destruir templos. Flavio Josefo, el historiador romano de origen judío cita a Manetón sobre la presencia de los hicsos en Egipto en los siguientes términos:

*“Durante el reinado de Timeus, el aliento de la furia divina nos envolvió, no sé porqué; contrario a todas las expectativas, hombres de raza desconocida llegaron del este y se atrevieron a invadir nuestro país, tomaron posesión de él con facilidad y sin combate, hicieron prisioneros a los jefes, después, de manera salvaje quemaron las ciudades, robaron los templos y maltrataron a los habitantes, masacrando salvajemente a algunos y reduciendo a otros a la esclavitud junto con sus familias. Finalmente hicieron rey a Salafis, uno de los suyos. Él se estableció en Menfis, impuso tributo al alto y al bajo Egipto y fundó guarniciones en los mejores lugares. Fortaleciendo especialmente la frontera del este, previendo que los asirios llegaran a ser más fuertes algún día y desearan invadir sus dominios” (Moret y Davy, 1995, pág. 130)*

No obstante, a pesar de la adversidad de la que se queja el historiador egipcio, por el encuentro brutal con *la otredad* en términos internacionales, de alguna manera puede decirse que la guerra contra los hicsos parece haber sido inicialmente benéfica para el estado egipcio. La figura del Faraón emergió fortalecida del proceso gracias, no sólo al control interno de la administración que gira en torno a su figura, sino además, gracias al flujo tributario procedente de los nuevos súbditos en Siria y Canaán, y al provechoso comercio renovado con los aliados en Mitanni, Babilonia, Asiria, Khatti, Chipre y Creta, todo lo cual contribuyó, sin duda a la creciente magnificencia de Tebas, capital del Nuevo Reino. De tal suerte que, a pesar de lo que pudiera pensarse por la condición de país “invadido”, la verdad es que la posición internacional de Egipto bajo los hicsos no demeritó en forma alguna, de hecho se mantuvo estable y sólida.

*“La crisis del Segundo Periodo intermedio (la transición entre el Reino Medio y el Reino Nuevo) –cuando gobernantes de ascendencia extranjera gobernaron la mayor parte de Egipto- tuvo un impacto dramático en la mentalidad egipcia, resultando en un cambio sustancial*

*en su política exterior. Después de expulsar de Egipto a los reyes hicsos y a sus aliados kushitas, a principios de la dinastía XVIII, los egipcios se esforzaron por convertir la región de sirio-palestina en una barrera defensiva, a semejanza de la zona de protección que existía desde hacía tiempo en la baja Nubia, creando de hecho, de esa manera un imperio en Asia occidental. Las obligaciones reales no se limitaban ya a sólo defender las fronteras, sino que ahora incluían su expansión. (...) Confrontados con estas nuevas condiciones y desafíos los egipcios se vieron obligados a desarrollar un ejército profesional, lo cual está ampliamente confirmado por la proliferación de títulos y rangos militares ostentados por un gran número de individuos durante la era del Nuevo Reino. Las mismas circunstancias también alentaron el surgimiento de la diplomacia egipcia.” (Bell, 2007, pág. 100)*

La invasión de los hicsos, independientemente de lo sólida que hubiera podido ser en términos de dominación extranjera o de lo impactante que haya resultado para la mentalidad egipcia, violentamente expuesta a la brutalidad de la dominación exterior y a las diferencias en estilo de vida con respecto a *los otros*, es pues un evento de política mundial y no sólo un desafortunado episodio casuístico en la historia local de Egipto. Para Kemp:

*“Es evidente que la fase final de la dinastía XIII y el periodo de Hicsos fue una fase compleja y llena de acontecimientos (...) la fragmentación de la sociedad, exacerbada por la inmigración, quedando finalmente la autoridad en manos de una potencia exterior dominante (...). Así el segundo periodo intermedio se nos aparece como una época de gran importancia en la historia de las relaciones de Egipto con sus vecinos. Una etapa de debilidad interna que coincidió con un periodo de prosperidad y desarrollo político en Palestina y Nubia, de forma que, por una vez los egipcios fueron víctimas de la iniciativa política y de los logros culturales de otros pueblos.” (Trigger, Kemp, O’Connor, & Lloyd, 1997, pág. 219)*

Si bien es cierto que los conquistadores fueron eventualmente conquistados culturalmente (un fenómeno no del todo raro en la historia universal), por una civilización egipcia superior<sup>139</sup>, también lo es que su presencia despertó un aletargado espíritu de identidad que hoy día podríamos llamar *nacional*, claramente consciente de las importantes ventajas que ofrecía la organización administrativa faraónica a la que ahora se apoyará decididamente en sus pretensiones imperialistas favorecidas de hecho por el legado militar de los hicsos quienes introdujeron en Egipto el carro de combate y el caballo.

---

<sup>139</sup> “Con el tiempo los Hicsos se egiptizaron, construyeron monumentos y templos, sobre todo dedicados al dios Set. Escribieron obras literarias y científicas de las cuales podemos destacar el célebre Papiro Matemático de Rhind” (Bourriau, 2000, pág. 186)

También la armadura de escamas, el arco compuesto, el hacha de tubo, los cascos de cuero y los alfanjes, todo lo cual permitió a los egipcios mejorar su propio ejército.

e) *La política internacional durante el Nuevo Imperio.*

Las tendencias políticas fragmentadoras todavía palpable en alguna medida durante el Reino Medio finalmente se minimizaron durante este periodo gracias a una efectiva centralización del poder que redujo sensiblemente el predominio de las familias que rivalizaban con la casa real) y que permite el establecimiento del imperio más sólido conocido y dominado por los egipcios bajo las dinastías XVIII y XIX del recuento que nos ofrece Manetón.

Egipto volvió a ser “dominio del Faraón”, cuestión que se manifiesta con claridad en la reestructuración de la propiedad de la tierra, de nueva cuenta en las manos centralizadoras de los Faraones.<sup>140</sup> Además, las guerras de reconquista parecen haber fortalecido también el número de esclavos, ya que muchos de los extranjeros y sus simpatizantes fueron reducidos a esa condición (siempre *sui generis* en el caso egipcio) con el surgimiento del Imperio Nuevo, por lo menos desde la época de Ahmés I hasta la de Ramsés III. Ciertamente, la presencia de estos “esclavos” traería eventualmente consecuencias para la economía de un país con una población abundante de gente libre que tenía que ganarse la vida en base a su propio esfuerzo.

Otro aspecto importante del desarrollo de una nueva política imperial es el fortalecimiento de la clase militar. Existen numerosos testimonios de la gratitud del Faraón hacia sus nuevos favoritos en forma de propiedades, regalos y títulos que sin duda encumbraron a los guerreros más destacados del reino, creando de hecho una nobleza de origen militar, pero que inevitablemente trajeron también envidias y disputas a la corte. Es importante hacer notar, sin embargo que siempre se buscó mantener a esta nueva nobleza militar bajo

---

<sup>140</sup> Moret (1996, pág. 291) por ejemplo hace referencia al hecho de que los monumentos de la XVIII dinastía sólo mencionan a una familia poderosa, la del príncipe de el-Kab, que, por lo demás, recibe su poder del propio Faraón, quien le autoriza gobernar los distritos del sur, desde Tebas hasta el-Kab.

control del poder central para así evitar el tipo de fragmentación del poder que tanto daño causó durante la época final del Reino Antiguo, en la que un proceso similar propició tal fragmentación. Pero no sólo los dirigentes militares se beneficiaron del cambio. También podemos decir que ser soldado común se volvió un estilo de vida formal y que los soldados, junto con la clase sacerdotal formaban las castas privilegiadas del Reino Nuevo en Egipto. De hecho, será entre estas clases, junto al Faraón que ahora se dan las más acris disputas por el poder. (Moret, 1996, págs. 299-302)

Quizá la más célebre de esas confrontaciones sea la del Faraón Amenofis IV quien eventualmente se convertiría en Akenatón y rechazaría la religión tradicional inspirada en Amón a favor de una deidad solar única, lo cual trastornaría toda la estructura imperial al propiciar incluso un cambio de capital política de Tebas hacia la ciudad de Atón que los árabes llamarían Tel-el Amarna siglos más tarde. Pero a este episodio volveremos más tarde. Por ahora debemos destacar la reconfiguración del escenario internacional a partir del fortalecimiento de la política exterior egipcia durante el Imperio Nuevo. En este sentido es importante destacar que:

*“Un paso importante se dio en la historia de las relaciones internacionales entre 1470 a.C. y 1230 a.C., cuando los cuatro reinos principales de Oriente Próximo, es decir, Egipto, Mitanni, en Siria, Hatti en Asia Menor y Asiria en Mesopotamia se integraron en un sistema de relaciones mutuas, practicando por primera vez en gran escala, el “gran juego” de guerras lejanas con grandes batallas (Meggido, 1457 a.C. Kadesh 1274 a.C.) de la alta diplomacia, de alianzas, de matrimonios inter-reales y de equilibrios frágiles. Después de la batalla de Kadesh en Siria, el Faraón Ramsés II de Egipto y el Gran Rey Hattussil III de Hatti firmaron el primer tratado de paz escrito de la historia mundial del que se tenga noticia”. (Marquardt, 2009, pág. 79)*

Para algunos autores, aquí hay un primer ejemplo sólido de lo que hoy llamamos en teoría de las relaciones internacionales, un “concierto de naciones” basado en un principio de equilibrio de poder (siempre frágil) que condiciona la interacción entre todos ellos y tiene claras repercusiones para la totalidad de la región. El proceso inicia de hecho con la expulsión de los hicsos, pero claramente se consolida con la agresiva política exterior de Tutmosis III, a quien Clayton (siguiendo a James H. Breasted) llama “el Napoleón del Antiguo Egipto”. También Kemp reconoce que:

*“El Imperio Nuevo asistió a un gran cambio en la posición internacional de Egipto. Las conquistas y el imperio pasaron a encabezar la verdadera política, así como la ideología. El resultado fue un imperio que abarcaba gran parte del norte de Sudán y, hacia el noreste, Palestina y zonas de Siria. (...) las victorias militares llevaron también a un astuto juego político de consecuencias devastadoras con unos enemigos poderosos, de lugares remotos, a quienes el faraón ni podía soñar en conquistar. Un estudio de las relaciones exteriores durante el Imperio Nuevo nos brinda la mejor oportunidad para observar la existencia al más alto nivel de una sagacidad política intuitiva con la cual se hacía frente, de modo pragmático, a las situaciones graves de verdad y que nada tenían que ver con los atropellos cósmicos del faraón representados en el arte egipcio de la misma época.” (Kemp, 2004, pág. 274)*

El contacto activo de los egipcios con todos sus vecinos es fácil de atestiguar mucho antes de la llegada de Tutmosis al poder. Pero no eran predominantemente bélicos. Los intercambios comerciales eran constantes y están claramente documentados como parte de la vida económica y artística del país. Incluso la antecesora inmediata de Tutmosis, la reina Hatshepsut (regente durante los primeros 20 años del reinado de Tutmosis) dejó testimonio en las paredes de su templo fúnebre de una importante expedición comercial a la región del Punt. (Grimal, 1988, pág. 274) No obstante, ya para entonces, la amenaza del reino de Mitanni para Egipto era evidente, por lo que desde la época de su ascenso al poder hacia el 1458 a.C. y durante más de 30 años de reinado, Tutmosis III dedicará buena parte de sus energías a consolidar la posición de Egipto como gran potencia regional en el sudoeste asiático. De hecho, uno de los primeros retos internacionales de su reinado fue justamente una revuelta protagonizada por el rey de Kadesh quien asumió el liderazgo de varios señores locales, apoyados por Mitanni en contra de Egipto. La larga lucha contra Mitanni está narrada en los anales que Tutmosis mandó grabar en las paredes del templo de Amón-Ra en Karnak. Bajo su reinado Egipto alcanzó la mayor extensión geográfica que llegó a tener en toda su historia.

*“De acuerdo con la política expansionista esbozada por su abuelo Tutmés I, dominó Asia Menor y extendió su imperio hasta el Éufrates, tras realizar diecisiete campañas victoriosas, en las que conquistó Palestina (1483-1482 a.C.), ocupó la franja litoral de Fenicia (1476 a.C.) y derrotó a una coalición de príncipes sirios (1475 a.C.). El conquistador de Asia no perdió la oportunidad de extender su influencia por las islas del Mediterráneo oriental, y contrató a los cretenses para realizar gran parte de la compra y del transporte de los artículos que*

*constituían el comercio egipcio. Durante los últimos años de su reinado, sometió Nubia y expandió sus dominios hacia el sur hasta el distrito de Karoy, cerca de la cuarta cascada, donde fundó Napata (1458 a.C.)”*  
(Biografía de Tutmés o Tutmosis III, 2004)

También tenemos noticia, siguiendo a Grimal, de la política seguida por el Faraón con respecto a los pueblos conquistados, con los que, en general se trató de ser benigno. Tutmosis tomó varias concubinas de familias reales entre los conquistados con el propósito de consolidar alianzas. Anticipó la política de los romanos de tomar jóvenes como rehenes, llevarlos a Egipto, donde recibirían una educación favorable a los intereses del Faraón y luego, ya en edad de incorporarse a sus gobiernos locales serían regresados a sus lugares de origen, todo lo cual revela un cuidadoso diseño de lo que hoy llamaríamos *política exterior*. Sus exitosas campañas militares parecen haber asegurado un final de reinado apacible en el que Egipto está firmemente consolidado como potencia regional, ya que incluso los temibles hititas entregan tributo al Faraón.

*“Después del establecimiento del imperio con Tutmosis III y sus descendientes, Egipto, durante el reinado de Amenhotep III (entre 1390 y 1353 a.C.) disfrutó de un nivel de prosperidad, estabilidad, creatividad artística y **prestigio internacional sin precedente en su historia**. Todo esto se vería minado durante el reinado del hijo de Amenhotep III, Akenatón, cuando la amenaza externa de los hititas y la revolución interna provocada por un intento de reforma religiosa pusieron en riesgo la estabilidad del país”* [Énfasis añadido] (Silverman, 2003, pág. 35)

#### *f) Las cartas de Amarna*

El reinado de Akenatón es más recordado por el intento de reforma religiosa que buscaba imponer un monoteísmo abstracto con el disco solar como objeto de culto (con todas las consecuencias que ello tuvo para el país) que por cualquier otra cosa.<sup>141</sup> Este intento, que afectaría directamente los intereses de la clase sacerdotal tebana encargada del culto a Amón propició una serie de reacciones que eventualmente llevarían al fin de la XVIII dinastía.

---

<sup>141</sup> Para un análisis detallado de la problemática que este intento de reforma ocasionó al interior del país ver Castañeda Reyes (2003)

Es interesante empezar por señalar que la propia herejía monoteísta es en gran medida un resultado del intercambio cultural generado por la expansión imperial egipcia, la cual trajo esposas reales extranjeras con diferentes ideas religiosas a la tierra de los faraones. Quizá la idea de un Dios único representado por el sol respondía mejor a las necesidades reales de una divinidad para un imperio que ahora abarcaba gentes de muy variadas tradiciones, para quienes Amón bien podría haber simbolizado el dominio hegemónico procedente “de fuera”.

*“El esfuerzo transformador de Akenatón bien puede ser visto, antes que nada, como un acto de unificación política (del imperio), pero también, en términos domésticos, como un intento por restaurar al Rey en su posición de privilegio en el ámbito religioso del dogma y del ritual, reduciendo a la vez el poder temporal de los sacerdotes” (Moret, 1996, pág. 325)*

Evidentemente, la clase sacerdotal local no veía este intento, que incluso llevó al establecimiento de una nueva ciudad capital, con buenos ojos. Las intrigas no se harían esperar y el destino final de Akenatón y su reforma sería el fracaso, no sin antes haber alterado sustancialmente la vida en la corte y en buena parte del país.<sup>142</sup> En todo caso, el desafortunado episodio culmina con un debilitamiento del poder real que propicia el fin de la célebre XVIII dinastía y coloca tanto al ejército como a los sacerdotes en la etapa de transición hacia la XIX dinastía, última representante del poder faraónico como expresión de fuerza local unificada y temida en el exterior. No obstante, desde el punto de vista que mayormente nos interesa para el desarrollo de este trabajo, el intento de reforma religiosa en sí debe quedar en segundo plano para permitirnos reflexionar sobre el contexto internacional de la época y sus repercusiones para la conformación del sistema internacional de la región.

En este sentido, somos afortunados pues hacia finales del siglo XIX fue encontrado en la abandonada ciudad capital de Akenatón, “el faraón “hereje”, *Tell-el Amarna*<sup>143</sup>, un archivo con correspondencia diplomática del faraón que nos ofrece mucho mejor detalle de las relaciones exteriores de la época que los exagerados relieves de las tumbas reales. Las cartas son documentos que

---

<sup>142</sup> Cf. Silverman (2003) págs. 122-126

<sup>143</sup> “Fue justamente en este lugar, entre las viejas ruinas que, probablemente en 1887 algunos nativos encontraron tabletas de arcilla con algo escrito y que empezaron excavaciones clandestinas.” (Moran, 1992, pág. xiii)

efectivamente circularon como parte de un intercambio diplomático que revela las vicisitudes internacionales durante el reinado del reformador religioso. Su importancia como testimonio histórico directo, por lo tanto, difícilmente podría escatimarse.

La historia del descubrimiento y recopilación de más de 350 tabletas de arcilla que forman el total de la colección que hoy conocemos como *cartas de Amarna* es de suyo fascinante y ha dado pie a una creciente literatura sobre el contexto internacional de la edad de Bronce tardía en el Mediterráneo oriental. La versión más completa de estos documentos en traducción al inglés es la de William Moran publicada en 1992 por la Universidad Johns Hopkins y es la base de un importante estudio editado por Cohen y Westbrook bajo el título de *Amarna Diplomacy: the beginnings of international relations*, publicado por la misma universidad en el año 2000. Esta última obra es uno de los pilares en los que se fundamenta hoy día el intento por recuperar una visión histórica de largo alcance en el estudio de las relaciones internacionales. Entre el número creciente de obras encaminadas en esta dirección destacan, por ejemplo: *The reign of Thutmose IV* de Betsy Bryan, *Ebla: a new look at history* de Giovanni Pettinato e *International Relations in the Ancient Near East, 1600-1100 a.C.* de Mario Liverani.

Uno de las primeras cosas que revela las cartas de Amarna es lo complejo que se ha vuelto el sistema internacional *ampliado* de la época (integrado por varios subsistemas menores de diferente peso específico: las grandes potencias, las potencias medias y los estados vasallos), el manejo de las zonas de influencia y los modos de interacción entre todos.

Las famosas cartas no son de fácil lectura (incluso habiendo sido traducidas – de hecho ahí radica sin duda parte importante del problema) y los motivos de ello son diversos: en primer lugar está, por supuesto el deteriorado estado de muchas de ellas, algunas de las cuales sólo restauradas parcialmente con los fragmentos encontrados. Pero en segundo lugar, como atinadamente explica Moran, por el estilo reiterativo y elíptico de la gramática en los textos originales, las formas gramaticales arcaicas y los usos y costumbres en materia de intercambio diplomático y protocolo, así como las distintas visiones desde las

que se escribe: como superior, como igual o como subordinado.<sup>144</sup> No obstante, una vez que el lector se adentra en este estilo, las cartas son evidencia suficiente del modo de interacción entre las partes sobre el escenario internacional de la época.

Según explica Moran, la primera edición de las cartas fue hecha por Winckler en 1896, de entonces a la edición del 1992 se descubrieron aproximadamente 30 nuevas tabletas de arcillas (la más reciente en 1979) para acumular un total de 382 a la fecha, guardadas en diversos museos.

Uno de los estudios más célebres de estas famosas cartas fue elaborado por el asiriólogo noruego J. A. Knudtzon en 1907. Él fue el primero en separar la correspondencia diplomática propiamente dicha de los “inventarios” que eran tan comunes en esa época en los archivos reales. La correspondencia diplomática representa más del 93% del total de tabletas que se tienen hoy en día. Además, gracias al trabajo de este autor se empezó a distinguir entre los textos que los egipcios intercambiaban con los representantes de “las grandes potencias” (Babilonia, Asiria, Mitanni, Arzawa, Alasiya, Hatti) con respecto al intercambio con sus estados vasallos.

Es claro que hay una jerarquía bien establecida entre aliados, subordinados y vasallos que se manifiesta de manera contundente en el lenguaje y el tratamiento de los temas. En varias de las cartas por ejemplo, es evidente el reclamo por la falta de consideración a la jerarquía en el intercambio de regalos. También puede notarse que, incluso los asuntos de estado más delicados son tratados a nivel personal, como parte de compromisos familiares,

---

<sup>144</sup> Armijo argumenta convincentemente respecto de los diversos aspectos de la práctica política que pueden apreciarse mediante la lectura de las cartas: el intercambio de regalos, las prácticas comerciales para diferenciar entre el intercambio protocolario de regalos y el comercio internacional, los tratados matrimoniales como expresión de alianzas e incluso, los préstamos internacionales o el establecimiento de normas para regular el comercio –que en esa época debió haber sido bastante arriesgado. Una de sus conclusiones es particularmente interesante, aunque no por ello menos polémica: *“De estos ejemplos deducimos que Egipto se había convertido en el banco mundial de cuyas reservas de oro dependían grandes obras emprendidas por otras potencias extranjeras. El faraón proveía el solicitado metal para acomodar las arcas de sus ‘hermanos’ a los gastos previstos y se beneficiaba de los intereses generados”* Estos podían ser pagados junto con la deuda, quizá en forma de intercambio negociado por los embajadores de ambos países, con objetos artísticos, plata, lapislázuli y otras piedras semipreciosas, armas, carros, caballos, cobre y otras materias primas carentes en el país del Nilo” (Armijo, 2003)

sellados a través de intercambio de hermanas o mujeres de la familia de uno de los soberanos por mujeres de la familia del otro, muy en el estilo de lo que acostumbraba la nobleza europea del concierto de las naciones hasta antes de la primera guerra mundial.

Del gran bloque de cartas destacan por su importancia con nuestro tema, las dirigidas al Faraón alertando de las agresiones de los hititas contra los aliados de los egipcios en el área de Siria-Palestina, y más aún, las de reclamo por falta de iniciativa egipcia para la defensa de sus intereses en la región. Hay incluso material que contiene veladas amenazas de cambio de alianza en caso de persistir la indiferencia del Faraón.

Un cambio que resulta notable en el escenario internacional de la época es el relacionado con Mitanni, tradicional enemigo de Egipto durante la época de Tutmosis III. Aparentemente, durante la etapa que va del fin del reinado de Tutmosis al inicio de Akenatón, las cosas en la región han cambiado de manera significativa y la amenaza de Hatti, al norte de Mitanni se ha vuelto mucho más seria, al punto en que, el reino de Mitanni va a abandonar su tradicional hostilidad hacia Egipto para buscar una alianza defensiva contra los hititas; claros gajes de la política internacional de todos los tiempos.

Otro aspecto que me parece interesante destacar es lo que señala Moran con respecto al lenguaje de las cartas de Amarna, que para él, éste representa una clara manifestación de la *cultura cuneiforme* prevaleciente en toda la zona del cercano Oriente hacia mediados del siglo XIV a. C.

*“Hacia el primer cuarto del segundo milenio a. C. el conocimiento de la cultura cuneiforme se había difundido ampliamente y el babilonio se había convertido el lenguaje principal de una cultura cosmopolita. Era el lenguaje de las relaciones internacionales, pero también con frecuencia de asuntos locales, tanto legales como administrativos. También era el lenguaje del aprendizaje.”* (Moran, 1992, pág. xiii)

Una de las cartas más famosas es la clasificada como E7 en el libro de Moran, donde aparece con el subtítulo de “Una lección de Geografía” (sic). Esta carta constituye un buen ejemplo del tipo de documento que integra la correspondencia diplomática de la época. En traducción libre al español diría:

*“Decid a Naphururia, Gran Rey, rey de Egipto, así habla Burnaburiash, Gran Rey, rey de Karaduniash, tu hermano.*

*Para mí y mi casa, para mis caballos y mis carros, mis notables y mi tierra, todo marcha muy bien. Que para mi hermano y su casa, sus caballos y sus carros, sus notables y su tierra, todo marche bien también. Desde el día en que el enviado de mi hermano llegó ante mí, no he estado bien, por lo que su enviado no ha comido o bebido ante mí. Si preguntas a tu mensajero, él te dirá que no he estado bien, y que, por lo que respecta a mi recuperación, de ninguna manera estoy recuperado (de salud). Más aún como no estaba yo bien y mi hermano no dio muestra de preocupación (por mí) Yo por mi parte me enojé con mi hermano y dije: “¿Acaso mi hermano no ha escuchado que estoy enfermo? ¿Por qué no me ha mostrado preocupación? ¿Por qué no me ha enviado un mensajero ni me ha visitado?”. El enviado de mi hermano se ha dirigido a mí diciendo: “No es corto el camino, para que tu hermano pueda enterarse y mandarte un saludo. El país está lejos. ¿Quién puede informarle, de forma que te envíe rápidamente un saludo? ¿Crees que tu hermano, al oír que estás enfermo (aún así) no te mandaría a su mensajero?”*

*Yo, por mi parte, me dirigí a él de la siguiente manera: “Para mi hermano, un Gran Rey ¿existe realmente una tierra distante y otra cercana? Él, por su parte se dirigió a mí diciendo: pregunta a tu propio mensajero si el país está lejos, y como resultado, tu Hermano no supo de tu condición y, por lo tanto no envió a un mensajero a saludarte. Y como pregunté a mi propio mensajero y él me dijo que el viaje es largo, entonces ya no estuve enojado y no dije nada más.*

*Más aún se me ha dicho que en la tierra de mi hermano hay de todo, y que mi hermano nada necesita. De todo hay también en mi tierra, y yo nada necesito. Sin embargo, desde hace mucho tiempo heredamos buenas relaciones de largo plazo gracias a reyes anteriores y por tanto debemos intercambiar saludos. Esta misma relación debe mantenerse entre nosotros. Yo te enviaré mis saludos y tus saludos deberás enviarme. Mis saludos y tus saludos.... Ahora tú, antes de enviar a mi mensajero de regreso, lo has retenido durante dos años. Yo he informado a tu mensajero y lo he enviado de regreso. Da un informe al mío inmediatamente para que pueda regresar a mí. Más aún, me han dicho que el viaje es difícil, el agua escasea y el clima es caliente. No estoy enviando muchos hermosos regalos-saludos. Sólo, cuatro minas de hermosa piedra de lapislázuli he enviado a mi hermano como regalo de rutina. Adicionalmente he enviado a mi hermano cinco tiros de caballos. Tan pronto como el tiempo sea bueno, enviaré con un futuro mensajero muchos hermosos regalos para mi hermano. Más aún, lo que quiera mi hermano puede escribirlo para tomarlo de mi casa.*

*He emprendido un trabajo, y por eso escribo a mi hermano. Espero que mi hermano pueda mandarme mucho oro, que necesito para mi trabajo. Pero, el oro que mi hermano me envíe que no lo deje al cuidado de funcionario alguno! ¡Que los ojos de mi hermano lo inspeccionen, y que mi hermano lo selle y lo envíe! Pues en cuanto al oro anterior, que mi*

*hermano no inspeccionó personalmente, sino que un funcionario de mi hermano lo selló y lo envió, de las 40 minas que metí en el horno, apenas si salió algo de valor.*

*Más aún, dos veces la caravana de Salmu, mi enviado sido saqueada. Una vez la saqueó Biriazama, y a su otra caravana Pamahu, gobernador de una tierra que te pertenece. ¡Y este asunto lo debes reparar tú, mi hermano! Cuando mi mensajero comparezca ante mi hermano, que comparezca entonces también Salmu! ¡Sus cosas se le deben devolver, y se le deben resarcir los daños!” (Moran, 1992, págs. 13-15)*

En todo caso, las cartas de Amarna, como archivo histórico diplomático coadyuvan claramente a validar una de las tesis centrales de este trabajo, a saber, que hay, desde la más remota antigüedad, en efecto, interacción formal entre comunidades políticamente autónomas que merecen el nombre de relaciones internacionales desde una perspectiva conceptual flexible y que, por lo tanto constituyen (guardadas las debidas proporciones) objeto de estudio para internacionalistas interesados en la dimensión histórica de la fenomenología internacional. Huelga decir que, por su naturaleza temporal, dichas relaciones tienen que ser abordadas desde una perspectiva predominantemente histórica.

#### *g) Kadesh*

Aunque el reinado de Akenatón termina prácticamente con una revuelta gradual de los sacerdotes tebanos que a final de cuentas restaura el antiguo orden (y de hecho acaba con la dinastía XVIII), la posición internacional de Egipto, a pesar de la aparente falta de interés del monarca por la política internacional, no se vio seriamente afectada, aunque obviamente el poderío de los hititas creció de manera sensible y con él, su influencia en la región.

Cabe aclarar que, en realidad, como señala Castañeda

*“este periodo es una época de transición que abarca los gobiernos de Tutankhamon (1340-1332), Ay (1332-1329) y el inicio del gobierno de Horemheb (1329-1303), el cual termina por controlar la situación incierta que había vivido Egipto y calma definitivamente los ánimos populares a través de su famoso decreto (...) puede decirse que será el ejército encarnado en las personas de Ay y de Horemheb, el que lleve*

*a buen término la reacción contra Atón y, tal vez, el control de la movilización popular. (Castañeda Reyes, 2003, pág. 320)*

Es importante destacar que buena parte de esa influencia se logró, no sólo a través de imposiciones bélicas, sino por medios diplomáticos. Las alianzas de los egipcios, por lo tanto se empezaron a debilitar al norte de Palestina, las deserciones no se hicieron esperar y las agresiones pronto se convirtieron en algo más serio, sobre todo después de la caída de la fortaleza de Kadesh a favor de los hititas. Tocaría a la XIX dinastía especialmente con Seti I y Ramsés II confrontar el creciente reto del poderío hitita.

El curso real de los acontecimientos, tanto en materia de política interna como de política exterior, entre los reinados de Akenatón y Ramsés II no es del todo fácil de seguir porque la evidencia es en gran medida incierta. No obstante, el debilitamiento de la posición geoestratégica de Egipto al norte de Palestina sí es claro. Aunque aparentemente Seti logró recuperar en un momento dado la fortaleza de Kadesh, que había quedado dentro del área de influencia de los hititas durante el reino de Akenatón, el dominio egipcio no pudo consolidarse de manera más permanente. Es posible que el propio Seti hubiese negociado el estatus de Kadesh con los hititas para garantizar la paz en el área, pero no hay fuentes seguras para afirmarlo. Sin embargo, la fama de Kadesh, en los términos que nos interesa desde el punto de vista de esta obra, no está relacionada con la política exterior de Seti, sino con la de su hijo y sucesor, Ramsés II, y no se refiere principalmente a la actividad militar en torno a lo que muchos consideran como la primera batalla ampliamente documentada de la historia, sino, sobre todo, a la actividad diplomática posterior que condujo al famoso tratado de paz entre Ramsés II y Hatusil III, hoy considerado como el principio del derecho internacional<sup>145</sup>.

*“El antiguo Egipto del periodo tardío de la edad de Bronce y el reino Anatolio de Hatti, separados sólo por los pequeños reinos de la región de Sirio-Palestina se habían vuelto enconados rivales en lucha por el control de recursos, puertos, y rutas comerciales terrestres de Siria. Estos dos poderosos estados, alguna vez aparentemente dispuestos a destruirse mutuamente, estaban destinados, sin embargo, a firmar un histórico tratado de paz”. (Bell, 2007, págs. 98-120)*

---

<sup>145</sup> Cfr, Malpica de la Madrid (1980)

Si uno se tuviera que guiar exclusivamente por el recuento de los hechos a partir de la evidencia dejada por Ramsés II, no habría la menor duda de que la célebre batalla de Kadesh (c.1275) fue una aplastante y contundente victoria para los egipcios. No obstante, la versión de los hititas así como los términos mismos del tratado de paz firmado posteriormente sugieren con claridad otra cosa:

*“Kadesh fue (1275 a.C), una batalla histórica entre los egipcios bajo Ramsés II y los hititas bajo Muwatallis II en Siria, al sudoeste de Hims cerca del río Orontes. Buscando reconquistar la Fortaleza de Kadesh que había caído en poder de los hititas, Ramsés II invadió Siria al mando de cuatro divisiones y una fuerza auxiliar. Muwatallis II reunió a una gran fuerza aliada entre sus estados vasallos y la ocultó tras las colinas de la ciudadela, luego mandó reportes falsos de que se encontraba en Alepo, ubicada más al norte. Ramsés II cayó en la trampa, se apresuró con su ejército para llegar a Kadesh antes que el enemigo, por lo que su ejército se dispersó a lo largo del valle del río Orontes. Casi al anochecer llegó Ramsés a las orillas de Kadesh con una primera división y trató de acampar ahí. Pero ya era tarde, dos espías hititas capturados revelaron la realidad de la situación. Los hititas cruzaron el río y luego de esquivar a la segunda división atacaron el campamento. Con la primera división destruida, Ramsés fue apenas rescatado por la fuerza auxiliar que atacó a los hititas por la retaguardia. Los egipcios lograron entonces hacer retroceder a los hititas hasta el río y preservaron el dominio del valle. Al día siguiente, después de intensa lucha indefinida, Ramsés ordenó la retirada de su maltrecho ejército y posteriormente los hititas avanzaron hacia el sur camino del reino de Damasco lo que impidió el resurgimiento del poderío egipcio en Siria. Ramsés ordenó grabar una distorsionada versión de la batalla en numerosos templos, no obstante en rescate de la versión hitita en el templo de Boghazköy nos ha permitido hacer un balance más realista de la célebre batalla” (Encyclopædia Britannica, 1994)*

A pesar de su valor relativo como episodio militar, la batalla de Kadesh reviste una importancia crucial desde la perspectiva internacional porque abre camino a delicadas negociaciones internacionales que redefinen el balance de poder entre egipcios e hititas y por lo tanto, llevan a una reconfiguración del escenario internacional de la época.

A pesar de las importantes diferencias que pudiesen encontrarse en el análisis de las formas con respecto a los tratados internacionales contemporáneos, es un hecho que el fondo del tratado de Kadesh guarda una estrecha relación con la problemática contemporánea y la manera de confrontarla a través de

tratados internacionales. Luego del reconocimiento mutuo de las partes (en plano de igualdad) viene el enunciado de los considerandos que llevan a la firma del tratado. Y el clausulado concreto bien podría ser parte de cualquier tratado actual: establecimiento de la frontera mutuamente reconocida, pacto de no agresión mutua y de ayuda recíproca en caso de agresión de terceros, facilidades para fomentar el comercio, compromiso de repatriación de delincuentes fugados a territorio del vecino (extradición), mecanismos para solución de controversias y términos para denuncia del compromiso. Más actual no puede ser, aunque en el procedimiento para llevar a cabo las negociaciones pudieran reconocerse importantes diferencias:

*“Los reyes hititas no pretendían ser dioses, ni siquiera reyes universales. Simplemente se veían a sí mismos como designados por los dioses de Hatti para gobernar Hatti. Por tanto, no tenían problemas para reconocer a otros reyes amistosos como sus “hermanos” o a otros reyes menores como “hijos”. Cuando algún otro Gran Rey hostil decidía firmar la paz era necesario elaborar un tratado formal de “hermandad”. Para tal efecto, uno de los reyes mandaba una embajada con un mensaje al otro. Si la respuesta era positiva, el segundo rey enviaba de regreso a la embajada acompañada de su propio mensajero. Eventualmente, después de varios intercambios, se acordaba el texto de un tratado. Se preguntaba entonces a los dioses Hititas si debía concluirse el tratado, lo que despejaba los temores de los hititas. Si la respuesta era positiva, cada una de las partes enviaría una copia oficial y sellada a su contraparte (Klengel, 2002) El término hitita para “tratado” es ishiul, derivado del verbo “vincular”, por lo tanto, el tratado representaba un conjunto de obligaciones vinculantes bajo juramento con una potencia extranjera” (...) En los tratados con las grandes potencias se esperaba que hubiese completa igualdad entre las partes. El tratado que se preserva entre el rey hitita Hattusil III y el Faraón egipcio Ramsés II fue elaborado para establecer: buena hermandad y buena paz entre nosotros y para establecer buena paz y buena hermandad (en las relaciones) entre Egipto y Hatti para siempre... los hijos de Ramsés, bien amado de Amón ‘Gran Rey’ de Egipto estarán en paz y hermandad con los hijos de Hattusil, Gran Rey de Hatti para siempre.” (Beal, 2007, pág. 83)*

De esta manera puede decirse que, efectivamente, estamos ante un documento histórico de gran trascendencia para entender la dimensión histórica de las relaciones internacionales, tal como se demuestra:

*“Preámbulo: Los reglamentos que el gran príncipe de Hatti, Hattusilis, el poderoso, el hijo de Mursilis, el gran príncipe de Hatti, el poderoso, el hijo del hijo de Suppi [Iuliumas, el gran príncipe de Hatti, el] poderoso, hizo en un tableta de plata para el User-maat-Re, el gran*

*soberano de Egipto, el poderoso, el hijo de los Men-pehti-Re, el gran soberano de Egipto, el poderoso, los buenos reglamentos de la paz y de fraternidad, dando la paz . . . para siempre.*

*Relaciones Anteriores: Ahora desde el comienzo de los límites de la eternidad, como por la situación del gran soberano de Egipto, con el gran príncipe de Hatti, el dios no permite que se produzca la hostilidad entre ellos, a través de un reglamento. Pero el tiempo de Muwatallis, el gran príncipe de Hatti, mi hermano, se peleó con [Ramsés Meri-Amón], el gran soberano de Egipto. Pero aquí en adelante, desde el día de hoy, he aquí Hattusilis, el Gran Príncipe de Hatti, [está en] un reglamento para hacer permanente la situación que el Re y Seth han hecho para la tierra de Egipto con la tierra de Hatti, con el fin de no permitir que la hostilidad hacia se producen entre el entonces siempre” (Wilson, 1974, pág. 199)*

#### *h) Egipto en la política internacional de la era posterior a Ramsés II*

Al término del largo reinado de Ramsés II, de hecho ya durante la XX dinastía, los debilitados sucesores del faraón fueron generando las condiciones que progresivamente permitirían el encadenamiento de invasiones extranjeras, asentamientos, ocupación y partición del poder que llevaría a Egipto a perder su condición de autonomía como actor internacional para ser sucesivamente incorporado como subsistema de varios otros imperios en calidad de provincia subordinada, es decir, que de ser una “gran potencia”, Egipto, debilitado por diversos motivos, pasó gradualmente a ser una potencia de rango medio sujeta a los designios de potencias mayores.

*“Por primera vez, desde la época de Menes, y durante un periodo en el que no hay invasiones extranjeras, Egipto es dividido nuevamente en dos reinos, el del sur, incluyendo a Kush, rica en minas de oro y poblada por negros, que suministran el poderío de su ejército y el del norte, en manos de mercenarios libios comandados por la familia real egipcia de Tinis” (Moret, 1996, pág. 337)*

En términos de política interior, el verdadero poder, sin embargo permaneció en Tebas, en manos de los profetas de Amón, a cuyo nombre aparecían ahora todos los decretos de gobierno. La figura real había vuelto a ser más bien decorativa, ya que la teocracia de Amón había efectivamente usurpado su poder, lo que, de alguna manera facilitó el proceso de fragmentación del país

que a su vez propició la emancipación práctica de varias familias poderosas en el país así como el empoderamiento de militares audaces.

*“Bajo la dinastía XXIII, Bubastita, la autoridad se dividió aún más. Varios líderes militares adoptaron el título de Rey; hubo varias guerras locales. Tebas y Hieracómpolis se disputaban la supremacía. En Saïs, la antigua capital de occidente en el delta libio, un jefe local llamado Tefnekht usurpó el poder y trató de conquistar el resto de la región del Delta. En las historias populares, esos fieles ecos de los hechos históricos, escuchamos cuentos de los días del rey Petubastis, que parecen novelas de caballería. Son historias de guerra civil y de príncipes rivales, egipcios, nubios y negros. Armas finas, armaduras de oro y bronce, torneos y desafíos eran ahora el interés principal de las clases gobernantes, que una vez más se habían vuelto feudales y que, por primera vez en la historia egipcia evidencian una fascinación con la vida militar, señal inequívoca de su carácter extranjero”. (Moret, 1996, pág. 341)*

La dinastía XXV, aparentemente de origen etíope, logra adquirir una hegemonía casi total entre el 722 y el 670 a. C. aunque no lograría consolidarse firmemente en el poder. De hecho, los “etíopes” aparecen relacionados con la historia de Egipto desde cerca del 800 a.C. y a la fecha se debate la fuente de su “verdadero” origen, que también podría ser libio según algunas fuentes. No obstante, desde el punto de vista que nos interesa en esta investigación, es claro que ya para esas fechas, las disputas por el control del país están más en manos de extranjeros que de locales. Vamos a ver una sucesión continua de poderes extranjeros aparte de libios y etíopes que incluyen a los asirios, los babilonios, los persas, los griegos y los romanos controlando el poder de los faraones o tomándolo para ejercer directamente.

Trigger nos hace una excelente reseña de la política exterior egipcia entre el 664 y el 332 destacando las continuas luchas de los egipcios en el contexto más amplio del extenso y complejo Mediterráneo Oriental, especialmente en contra de Asiria, Caldea y Persia, todos los cuales dejarían profunda huella en la cultura local.<sup>146</sup> En este contexto, vemos a Psamético I, inicialmente como vasallo asirio, que luego parece haberse aliado con los libios y ganado una posición hegemónica en Palestina (incluso ocupando la ciudad de Ashdod), para finalmente reconsiderar sus alianzas y unir fuerzas precisamente con los asirios en la lucha contra el creciente poder de los caldeos, quienes habrían de

---

<sup>146</sup> Ver Trigger, Kemp, O'Connor, & Lloyd, (1997), págs. 412-425

derrotar a su sucesor Necho II en Karkemish en el 605 a.C., sometiendo así a la mayor parte de la región de Mesopotamia, aunque no llegaron a invadir Egipto –y sólo de manera efímera- sino hasta el 582 .a.C.

Posteriormente, una disputa dinástica entre dos faraones contendientes: Amasis y Apries permitió a los caldeos una nueva invasión contra Egipto hacia el 567, lo que provocó un reacomodo de alianzas en la región para combatir la amenaza de los persas. Es interesante destacar que Amasis buscó bajo estas nuevas condiciones, a través de una intensa labor diplomática, el apoyo de las ciudades griegas.

Trigger hace una interesante síntesis de la política exterior egipcia correspondiente a este periodo al señalar:

*“Tal vez las veleidades imperialistas jugaron su papel en algunos momentos, pero no podemos dejar de concluir que, en su conjunto, la política asiática de Egipto fue esencialmente defensiva, aunque se manifestara a veces de forma agresiva, y lo que perseguía, ante todo era el mantenimiento de la independencia de Egipto frente a las potencias asiáticas”* [Énfasis añadido] (Trigger, Kemp, O'Connor, & Lloyd, 1997, pág. 415)

No cabe duda que, aun a pesar de las notables diferencias que sin duda podemos detectar en el análisis de la dinámica *internacional* de esta época, las semejanzas que permiten pensar en una continuidad del fenómeno internacional al paso del tiempo también están claramente presentes. Como ya hemos indicado anteriormente, no se trata de elegir una u otra posición, sino de entender la relación dialéctica entre ambas para poder hacernos una mejor representación de la realidad histórica de la época.

El periodo de hegemonía persa en la región es también sumamente interesante, sobre todo porque muestra la importancia de la habilidad diplomática para confrontar la amenaza de la imposición y la fuerza desde una postura de relativa debilidad comparativa en la periferia de un sistema internacional. Como bien señala Trigger, Egipto estaba realmente alejado del centro del imperio y aunque llegó a plantear serios problemas a los gobernantes persas, realmente nunca ocupó un lugar demasiado importante en la escala de sus prioridades, de tal suerte que, a pesar de la conquista de Cambises en el 525 a.C., los egipcios lograron mantener un periodo de

independencia entre el 404 y el 343 a.C., a pesar de los esfuerzos de Artajerjes II en el 474.

Las relaciones de Egipto con los griegos en el Egeo o en el Delta (Cirene), los libios en occidente y los nubios al sur estuvieron fuertemente influidas por la interacción con las potencias asiáticas. Libia y Nubia en particular trataron de invadir Egipto cuando pensaron que el poder faraónico estaba debilitado, lo cual obligaba a un reacomodo en el juego de las alianzas regionales. Nuevamente destaca aquí la importancia del juego diplomático para compensar la falta de fuerza.

Ya sea que tomemos como fecha clave el 664 con el inicio de la lucha contra Asiria o el 525, con la conquista persa, o bien el 31 a.C. con la romana, para repensar el papel internacional de Egipto como actor internacional autónomo, lo cierto es que el imperio egipcio queda progresivamente incorporado como sub-sistema dentro de un sistema internacional de mayor envergadura que cada vez se vuelve notablemente más complejo.

#### *i) Conclusiones.*

Nuestra intención original ha sido explorar las posibilidades de uso del concepto de sistema internacional histórico con el propósito de analizar el pasado distante en el estudio de las relaciones internacionales. Esta idea tiene diversas implicaciones:

- 1) Aceptar el uso de una versión flexible del concepto de relaciones internacionales (no restringida a la interacción entre grupos *nacionales* en el contexto de la modernidad europea occidental).
- 2) Manejar el concepto de *entidades políticamente autónomas* para la observación de los actores sustantivos de las relaciones internacionales.
- 3) Entender la naturaleza dinámica de un sistema que se va conformando a partir de la interacción necesaria entre estas entidades.
- 4) Asumir la existencia de algunos patrones de regularidad como condicionantes del desarrollo histórico de los sistemas internacionales.

- 5) Reconocer la importancia de la especificidad de cada caso histórico concreto (conectado a los demás por sus semejanzas, pero distintivo por sus diferencias).
- 6) Comprender la influencia del pasado en la configuración de los escenarios internacionales presentes.

Me parece que el estudio detenido del caso egipcio muestra con claridad la forma en que puede entenderse, desde una perspectiva sistémica internacional, el desarrollo histórico de la humanidad en su conjunto. En el siguiente capítulo vamos a explorar el caso concreto de los griegos.

Hemos hablado ya en capítulos precedentes sobre las posibilidades de representar el objeto de estudio propio de los internacionalistas -los sistemas internacionales- siguiendo las premisas de la teoría general de sistemas (T.G.S.), como un gran sistema internacional, históricamente condicionado por su entorno, integrado por sus propios subsistemas, auto-organizándose, adaptándose a su medio a través de mecanismos de auto-regulación, y transformándose en el proceso) compitiendo unos con otros y definiendo a través de la competencia condiciones de dominio-subordinación que condicionan la dinámica del sistema, ya que este tipo de interacción nunca es definitiva, sobreviviendo, transformándose y finalmente, evolucionando con el paso del tiempo para finalmente convertirse en algo cuantitativa y cualitativamente distinto de lo que originalmente empezó siendo nuestro objeto de estudio<sup>147</sup> (lo cual implica esta importante dimensión histórica de las relaciones internacionales que constituye el tema central de esta obra) y hemos intentado ya presentar en el capítulo anterior, el caso concreto de la civilización egipcia entendida como un sistema histórico internacional.

Desde este punto de vista, lo que hemos tratado de sugerir es básicamente que los acontecimientos singulares característicos de la experiencia histórica en Egipto son, como en el caso de otras experiencias históricas, expresión de

---

<sup>147</sup> Debe observarse, sin embargo, que no todos los sistemas *evolucionan* en el sentido más tradicional del término, es decir, no todos se transforman cualitativamente hacia un estadio superior de complejidad ni a la misma velocidad, ni en el mismo grado ni en la misma dirección. La experiencia demuestra fehacientemente que, de hecho, el estancamiento es una posibilidad real, lo mismo que la regresión o la extinción. En este sentido, las lecciones del pensamiento sistémico son siempre probabilísticas más que deterministas.

una tendencia universal de todos los sistemas sociales: nacen en un contexto de *internacionalidad*, porque comparten un espacio geográfico dado con otros grupos humanos de los que son políticamente independientes y culturalmente diferenciables, pero tienden a fusionarse entre sí, aunque el proceso de fusión siempre es incierto e irregular (puede ocurrir por conquista o a través de alianzas o puede no completarse); no obstante, cuando los grupos se fusionan, forman entidades sociales institucionalizadas que incluyen a grupos de diverso origen, tienden a homogeneizarse, pero siempre están sujetos a tensiones desintegradoras que mueven su dinámica histórica.

Adelantando un aspecto central de mis conclusiones generales, podría decir entonces que la historia y las relaciones internacionales, como esfuerzos intelectuales, están indisolublemente vinculadas entre sí como disciplinas de la complejidad que caracterizan el desempeño integral de los seres humanos en sociedad, representándolo como un conjunto de procesos condicionados por su carácter sistémico, es decir, un modo de comportamiento que sigue patrones de regularidad sociológica, los cuales influyen (sin determinar) los distintos casos de especificidad histórica que los analistas pueden abordar.

Es en este proceso de representación intelectual que la vida en sociedad se vuelve significativa en términos de conocimiento social para quienes la estudian desde sus diversos ámbitos de especialidad. Dependiendo de su foco de interés, las distintas disciplinas pueden poner el énfasis en uno u otro aspecto de su objeto de análisis, por lo que sus representaciones suelen diferir, pero normalmente estas representaciones, aunque singularizantes no son (no deben ser mutuamente excluyentes), tendrían que ser, de hecho, complementarias en la construcción de la imagen más amplia del objeto de estudio.

No obstante, debemos recordar que este acto de representación de nuestro objeto de estudio sólo debe ser considerado como un punto de partida en el esfuerzo cognoscitivo y nunca un fin en sí mismo: concebir a la realidad internacional o a cualquier otro objeto de estudio como un **sistema** sólo nos proporciona un marco de referencia genérico que nos permite vislumbrar tendencias generales y nos brinda elementos para la interpretación de lo que

observamos en nuestra área concreta de interés, pero no nos proporciona la imagen integral y totalizadora, al detalle, del objeto de estudio en su especificidad, el cual, como hemos dicho oportunamente, tiene que ser debidamente contextualizado y diferenciado del resto de la realidad para así volverse significativo al intelecto (para eso existen las diversas disciplinas).

En otras palabras, el análisis sistémico permite en una primera instancia, identificar las semejanzas que por su naturaleza sistémica vincula a todos los sistemas sociales al paso del tiempo, pero en una segunda etapa exige del reconocimiento de las diferencias que dotan de identidad propia a cada sistema y que permiten ir más allá de la banalidad en la que podría concluir el análisis de las semejanzas: a saber, que todos los sistemas sociales son iguales ya que su desarrollo histórico está condicionado por los mismos factores (lo que resulta parcialmente cierto, pero es claramente insuficiente para conocer a cada sistema en su especificidad).

El caso egipcio puede ser considerado ya como caso paradigmático del tipo de análisis que estamos proponiendo, toda vez que a partir de él hemos sugerido la idea misma de *internacionalidad* como ese contexto o ambiente en el que actúan entidades políticamente independientes, dispersas por toda la superficie de nuestro planeta, influyéndose de manera recíproca y fusionándose para ir formando entidades más grandes que de alguna manera tienden a homogeneizarse, luego se expanden y se fracturan hasta que finalmente se transforman por efecto de la interacción con otras entidades semejantes.

A través de este proceso generan la imagen de un sistema de acción que tiene sus particularidades históricas sobre la base de su regularidad sociológica. Esta experiencia, como hemos venimos insistiendo, nos permite reconocer tendencias generales en el proceso evolutivo de los sistemas históricos internacionales (de los cuales, el caso griego representa otro ejemplo), pero de ninguna manera posibilita el establecimiento de leyes absolutas y definitivas del desarrollo histórico genérico de ellos<sup>148</sup>.

---

<sup>148</sup> Esto se debe, sobre todo al hecho de que, en nuestra concepción sistémica, los sistemas históricos internacionales son entidades probabilísticas, no deterministas.

Después del reconocimiento de un patrón de regularidad en la historia (la formación de sistemas internacionales) queda por realizar la tarea del reconocimiento de la especificidad que singulariza a los diversos casos concretos de estudio que puede abordar y debe caracterizar el historiador. En otras palabras, a fin de lograr la imagen integral del sistema histórico internacional, tenemos que proceder a diferenciar y especificar las características distintivas en cada sistema analizado; en eso consiste precisamente la labor del especialista en cada una de las diversas áreas del quehacer científico. El concepto de sistemas internacionales históricos puede ser una herramienta muy útil en esta tarea de reconstrucción del pasado desde una perspectiva internacional, como atinadamente han señalado Buzan y Little:

*“A través del concepto de sistemas internacionales, la teoría de las relaciones internacionales tiene el potencial para proporcionar un marco conceptual que promoverá aproximaciones ricas y coherentes para el esfuerzo de escribir la historia mundial. Del mismo modo, no tenemos duda de que la historia mundial nos puede proporcionar el escenario más apropiado para el desarrollo y prueba de las teorías de relaciones internacionales. Si esta síntesis va a generar sinergias mutuamente benéficas, entonces su objetivo deberá ser formular un marco conceptual que sea aplicable, tanto para la reconstrucción de la historia universal como para plantear el tipo de preguntas que surgen de una visión de largo plazo en la historia mundial de los sistemas internacionales” (Buzan & Little, 2001, p. 33)*

## Capítulo V. Casos de estudio: Los Griegos

*Todos somos griegos*  
Percy B. Shelley  
(1822, pág. 1)

### **Los griegos: esbozo de un caso de estudio histórico para internacionalistas desde una perspectiva sistémica.**

La intención general de este trabajo ha sido mostrar que el horizonte histórico de las relaciones internacionales es mucho más amplio de lo que las corrientes *presentistas* suelen admitir y que puede, de hecho, extenderse al pasado distante. No se trata, desde luego, de fomentar un reduccionismo trivial; cada época tiene sus propias características y sus especificidades y por lo tanto, a pesar de las semejanzas que los vinculan a todos, cada sistema histórico internacional es diferente; ser especialista significa precisamente conocer e interpretar esas diferencias.

Desde la perspectiva de nuestra concepción teórica de perfil sistémico, los seres humanos forman grupos que interactúan entre sí en espacios geo-temporales concretos. A través de su interacción, estos grupos generan nuevas dimensiones de la realidad social (que genéricamente hemos llamado *internacionales*) y gradualmente, tanto a través de procesos de conquista como de integración los grupos van integrando entidades políticas de mayor tamaño que gradualmente se convierten en imperios. Observamos ésta como una regularidad sociológica que ha dado lugar a innumerables casos de especificidad histórica.

Los sistemas internacionales en la historia tienden a seguir este patrón de regularidad, pero, como hemos dicho, cada uno tiene su concreción puntual de manera distinta: el hecho histórico concreto es pues singular en su forma, pero es al mismo tiempo expresión de una regularidad sociológica más amplia, una tendencia sistémica.

Demostrar la utilidad práctica de una concepción teórica es uno de los mayores retos que se presentan a los estudiosos de cualquier disciplina con aspiraciones científicas. No obstante, el grado de dificultad se reduce

notablemente cuando la construcción teórica a su vez ha sido y continúa siendo el resultado de una constante actividad práctica: el contraste de los conceptos empleados y las interpretaciones formuladas con base en ellos con la realidad a la que dichos conceptos e interpretaciones pretenden referirse. En este sentido, puede afirmarse que el pensamiento sistémico ofrece una importante ventaja metodológica con respecto a otros enfoques porque desde sus orígenes ha estado sujeto a revisiones constantes inspiradas en la crítica, con frecuencia exacerbada de sus detractores, y ha sabido actualizarse y progresar dando respuesta a los señalamientos que enfatizan sus supuestas limitaciones como modelo para el conocimiento.

Para continuar con este esfuerzo de aplicación del pensamiento sistémico en el ámbito de las relaciones internacionales a casos concretos de la experiencia histórica, vamos ahora a intentar una caracterización concreta de las ideas sistémicas en el ámbito internacional, explorando los orígenes de la civilización occidental, **desde una perspectiva histórico-internacional**, en una de sus fuentes primarias: la cultura griega.

#### *La experiencia de los griegos.*

No es mi intención, como ya he señalado, repetir lo que dicen los textos de historia sobre los griegos<sup>149</sup>. De hecho, es necesario asumir que si se desea llevar a cabo un análisis de la experiencia griega *desde una perspectiva sistémica internacional*, primero resulta indispensable contar ya con un buen bagaje sobre su desenvolvimiento histórico concreto. Como en el caso de los egipcios, lo que hay que hacer es reconstruir esa información desde una perspectiva *internacional* y bajo un enfoque sistémico.

---

<sup>149</sup> La bibliografía sobre este tema es más que abundante; se puede encontrar con facilidad desde el material más ligero de mera divulgación hasta el de análisis más profundo para especialistas. El texto de Asimov, Isaac. (1985) *Los griegos*. es una muestra del primer tipo. *The Oxford history of the Classical World* (1986) de Boardman *et al.* es buen ejemplo del segundo.

Pero, de entrada, es muy importante enfatizar que, aunque como el resto de las disciplinas sociales, las relaciones internacionales son también una disciplina histórica (toda vez que poseen una importante dimensión temporal) como esfuerzo cognoscitivo **no son exclusivamente historia** (como intento de reconstrucción del pasado) en sentido estricto, aun cuando tienen una innegable componente histórico; en otras palabras, las relaciones internacionales no tienen por objetivo específico explicar el acontecer del pasado, sino que son un intento por entender y explicar la dinámica de la interacción entre comunidades políticamente autónomas, las cuales, como veremos, no se originaron en Grecia (son de hecho concomitantes al desarrollo mismo de nuestra especie), pero sí adquirieron ahí una dimensión particular que vendría a ejercer una enorme influencia en la concepción de las naciones del mundo moderno y el tipo de interacción que ellas establecen entre sí. En este sentido, historia y relaciones internacionales como intentos disciplinarios conjugan fuerzas para abordar conjuntamente el estudio de la interacción entre comunidades políticamente autónomas en el pasado.

Los orígenes de *los griegos*, como la de la mayoría de los pueblos históricos, se pierden en la neblina de las leyendas, mismas que tienen un carácter claramente más regional que local, como puede fácilmente comprobarse, aunque siempre vayan adaptadas al ámbito en que se desarrollan. Es un hecho que ellos mismos nunca emplearon ese apelativo para auto-designarse y que no conformaban una unidad más que en términos culturales muy laxos<sup>150</sup>, incluso en términos étnicos, lingüísticos o religiosos hay evidencia de una amplia diversidad, que no por ello hace menos importante a la unidad subyacente. La mayoría de los especialistas reconocen hoy en día que lo que genéricamente llamamos *griego* era en realidad una mezcla procedente de

---

<sup>150</sup> Los griegos ignoraban la historia de sus orígenes y para explicárselos se valieron de leyendas. El **primer hombre fue hijo de Prometeo, uno de los titanes**, quien lo hizo de barro, y le dio vida gracias al rayo divino que robó a **Zeus**. Este, en castigo, hizo encadenar al titán en la cima del Cáucaso, donde un buitre debía devorarlo eternamente las entrañas. **Zeus** castigó al mismo tiempo a los hombres con el diluvio en que perecieron. **Deucalión, hijo de Prometeo**, fue el único que pudo escapar, encerrándose en una embarcación que estuvo flotando mientras duró el diluvio; al bajar las aguas, encalló en el monte Parnaso. Uno de los hijos de **Deucalión** llamado Heleno, fue el antepasado de los helenos, o sea los griegos; tuvo a su vez dos hijos, **Doro y Eolo**, y dos nietos, **Jón, Aqueo** o Acayo. De estos cuatro descendientes de Heleno, nacieron las cuatro grandes familias helénicas, **dorios, eolios, jonios, y los aqueos** o acayos. (Graves, 1979, págs. 138-158)

diversas fuentes, lo que, en gran medida ilustra la idea de *internacionalidad* que hemos querido enfatizar a lo largo del trabajo:

*“En realidad, en el pueblo griego había tres pueblos superpuestos: El pelasgo, el aqueo y el dorio. Los primeros pasan por ser los indígenas, los aqueos llegaron hacia el 1400 a. C. y los dorios hacia el 1100. Estos últimos, que introdujeron el hierro, se decían descendientes de los cincuenta hijos (...) de Hércules.*

*Al llegar los dorios, los pelasgos y los aqueos, ya medio mezclados en el pueblo jonio, huyeron a las islas del Egeo y costas de Anatolia y fundaron allí una serie de ciudades. Sólo Atenas continuó siendo aquea, en un mar de ciudades dorias, cuya representante máxima fue Esparta, en un Peloponeso totalmente dorio. (...) Sin embargo, nunca hubo dependencia entre ellas. **Cada ciudad era y se consideraba totalmente independiente de la metrópoli. Cada ciudad era un estado soberano que se regía por sus propias leyes y se desenvolvía como creía más conveniente. Era un pueblo centrífugo, que rehuía todo dominio político.** Y, sin embargo, nadie puede negar que todas esas ciudades juntas constituyeron aquel pueblo griego tan admirado hoy por todos.” [Énfasis añadido] (Nácher, S/D)*

Me parece sumamente interesante que, para referir la experiencia histórica de los griegos, Vermeule empieza justamente por señalar el carácter fragmentado y agreste del terreno que ocuparon, a diferencia de los egipcios, cuyo entorno geográfico era más homogéneo:

*“Grecia es un país formado por muchas regiones independientes. Con frecuencia son tan extrañas entre sí en cuanto a paisajes y recursos naturales como aisladas por las dificultades geográficas. (Los hombres prehistóricos...) realizaron su adaptación a las condiciones locales en una forma muy semejante a como lo hicieron sus descendientes clásicos y modernos, **y desde el principio diferían entre ellos en tal forma que cada distrito comenzó a conformar sus hábitos en una forma única.**” [Énfasis añadido] (Vermeule, 1996, pág. 15)*

El contraste con el caso egipcio es notable. Al parecer, la geografía misma debe ser considerada como punto de partida fundamental para explicar el éxito del proceso de unificación de Egipto *vis à vis* la dispersión prácticamente permanente de los griegos que dificultó la construcción de un reino unificado estilo egipcio y fomentó más bien el surgimiento de ciudades independientes o *polis*, lo cual, como veremos, no anula la utilidad del concepto de sistema

internacional histórico para el estudio de ambas experiencias, sólo que en distintos niveles de desarrollo sistémico.

Los orígenes del pueblo griego pues, como ya hemos señalado tienden a fundirse con la leyenda. Según la tradición mitológica, los griegos más antiguos de la región balcánica fueron los “helenos”, hijos de Heleno, a su vez hijo de Deucalión y Pirra, fueron los supuestos únicos sobrevivientes de un gran Diluvio Universal y del posterior repoblamiento del planeta. Esta tradición, claro está, es ya propiamente hablando *griega*, toda vez que los mitos de los pueblos originales (los referidos a su origen y sus deidades) se fueron subordinando progresivamente a los de los recién llegados<sup>151</sup>.

A pesar de la falta de precisión histórica, el relato mitológico nos revela ya un importante nivel de conciencia entre los *griegos* o helenos respecto a un origen común, a partir del cual se desarrollaría ese vínculo especial que define el carácter dual de las lealtades cívicas entre cada uno de ellos como miembro de una polis particular, por un lado y como helenos, por otro, aunque con un claro predominio de la primera. De este modo, la historia de los *griegos* está fuertemente influida por el hecho de que, a pesar de la conciencia sobre un origen común, la lealtad local siempre se manifiesta como una fuerza social más poderosa, hecho que siempre obstaculizó la unidad política de todos ellos (a diferencia de los nomos egipcios que finalmente son incorporados a un proyecto unitario de mayor envergadura).

Ciertamente aquí hay una diferencia importante que valdría la pena explorar a profundidad como variable diferenciadora entre el caso egipcio y el griego más allá del estricto condicionamiento geográfico, ¿Por qué es que en el caso de estos últimos no se dan las condiciones para el surgimiento de un poder común fuerte y estable que los aglutine a todos para formar una unidad política ampliada? En otras palabras, ¿por qué es que el subsistema griego no transita

---

<sup>151</sup> Cfr. Zimmerman (1983) *Dictionary of classical mythology*, p. 120 No obstante, debe observarse que la tradición moderna ha puesto de manifiesto la existencia de grupos muy anteriores a los helenos en la región, con los cuales se habrían tenido severos enfrentamientos a la llegada de las tribus griegas. La reinterpretación sociológica de los viejos mitos así lo revela. Cfr. Graves (1979)

del nivel de sociedad anárquica al de sociedad internacional y menos aún, al de imperio en los términos que ya sugerimos en el capítulo anterior? No es éste el sitio para entrar en detalle al respecto, ya que ello exigiría de mucho mayor tiempo y espacio del disponible para abordar la cuestión, pero hay elementos muy interesantes para la reflexión, por ejemplo en el trabajo de García Iglesias sobre los orígenes del pueblo griego, donde se hace, de entrada, una importante distinción entre el estudio de “Grecia” y el de *los griegos*.

No se trata de una distinción superficial. En los términos que la explica el autor, no sólo suena lógica; de hecho resulta fundamental desde el punto de vista de nuestra idea de los sistemas internacionales históricos como resultantes de la interacción entre comunidades políticamente autónomas.

“Grecia” sería, en efecto, una abstracción que trae a la mente un espacio geográfico concreto (la Hélade), medianamente delimitado y ocupado por gente que podemos reconocer a través de una cultura común, mientras que “griegos” sugiere grupos diversos, vinculados por lazos culturales entre sí, pero no necesariamente unidos bajo un solo mando político (un estado centralizante) ni restringidos en términos de su identidad por la condición territorial. Más aún, García Iglesias específicamente señala que (para él) la verdadera historia de Grecia es la protagonizada por los griegos, doquiera se encuentren, en Grecia o allende esos límites territoriales, ya que dicha historia, limitada a ese espacio geográfico (la zona meridional y el extremo sur de la península balcánica) resultaría incompleta puesto que la Hélade nunca llegó a configurarse como unidad política (en el mismo sentido que Egipto, por ejemplo)<sup>152</sup>.

Bryant refiere otra característica importante para explicar porqué los griegos no llegaron a conformar una unidad política de mayor envergadura y se quedaron al nivel de las *polis* o ciudades-estado, confederadas en el mejor de los casos. Según este autor, la explicación radica, por lo menos en parte, en las condiciones semi-nómadas de las sociedades pastoriles de los primeros tiempos. Los esas primeras tribus greco-parlantes requerían de estar armadas

---

<sup>152</sup> Cfr. García Iglesias (1997) págs. 13-15

(y saber luchar) a diferencia, por ejemplo, de los campesinos egipcios que no poseían sus propias armas (lo cual habría representado un riesgo para la autoridad faraónica) y carecían de habilidad guerrera (de donde la necesidad de contar con el servicio de mercenarios –que por cierto, los griegos brindaron constantemente en alguna época)<sup>153</sup>.

A partir de esa situación, desde una etapa muy temprana, el ámbito geográfico de los griegos quedó configurado como un mosaico de comunidades políticamente autónomas e independientes unas de otras, sustentadas en su capacidad militar propia y en un marcado celo por su autodefensa; es decir, los griegos vivieron desde siempre como una constelación de actores independientes en un subsistema regional de la cultura mediterránea, capaces de defenderse a sí mismas, en la que, sin embargo, la tradición, las costumbres, la raza, la lengua propiciaron el desarrollo de una cultura característicamente *griega* común, aunque paradójicamente, esos mismos factores impidieron la consolidación de un poder político único capaz de imponerse sobre todas ellas, lo que alimenta la visión de este sistema como ejemplo prototipo de la sociedad anárquica descrita por Hedley Bull y los representantes de la escuela inglesa moderna (Bull, 1977).

El espíritu mismo de lo que hoy llamamos **internacional** está claramente inscrito ahí, en la idea de comunidades que se aferran a su autonomía política (hoy diríamos, a su condición soberana) y la defienden sobre todas las cosas mediante su capacidad militar, lo que hace de la guerra un factor tan notable en el esquema general de interacción entre estas comunidades, en contra de la inclinación hacia las fusiones tendientes a crear unidades políticas más grandes, que es, de conformidad con lo que hemos visto, un patrón de regularidad característico del comportamiento sistémico. Marx observa en un pasaje clave de los *Grundrisse*:

*“Las dificultades con las que se topa la comunidad surgen principalmente del encuentro con otras comunidades, que bien ocuparon la tierra y el suelo con anterioridad o que retan la ocupación actual de la comunidad. **La guerra se vuelve, por lo tanto la gran tarea comunitaria, el reto común** que se requiere para perpetuar la*

---

<sup>153</sup> Cfr. Bryant (1996) esp. cap. 3

*defensa de las condiciones materiales de existencia a través de la ocupación de la tierra o para protegerla. En consecuencia, la comunidad organizada en familias se organiza inicialmente como una comunidad guerrera –como un sistema de guerra y ejército, prerequisite de su condición de propietario de la tierra.” (Bryant, 1996, págs. 46-47)*

En otras latitudes del planeta y en otros momentos históricos, cuando las diferentes colectividades humanas compartían un determinado espacio geográfico, la tendencia natural había sido hacia la unión (bien fuese por conquista o por alianza) y pronto pasaban a conformar complejos mayores (ciudades-estado, reinos o imperios, por ejemplo) bajo la unidad política de los más fuertes. Así había ocurrido entre los sumerios, subordinados por Sargón de Agadé<sup>154</sup> o entre los reinos guerreros chinos dominados por Ying Zheng<sup>155</sup>. El caso de los “nomos” egipcios, como hemos visto también es claramente ilustrativo al respecto.

Las ciudades estado de los sumerios, por otra parte constituyen un precedente más parecido al modelo griego, pues hasta que finalmente fueron sometidas por los acadios, nunca conformaron una unidad política homogénea de mayor envergadura. La tendencia de los grupos humanos a fusionarse y formar entidades mayores marca la regularidad sociológica a la que nos hemos venido refiriendo, pero la forma particular como la asume cada grupo humano a lo largo del tiempo y del espacio moldea su singularidad histórica.

En cierto sentido pues, la historia de todos los sistemas internacionales al paso del tiempo tiene rasgos comunes, debido a las semejanzas que impone justamente su condición sistémica, cuestión que ningún analista debe dejar de lado, no obstante, el grado de *especialista en una cultura determinada* sólo se

---

<sup>154</sup> Primer "emperador" de la historia, el primer Gran Rey, las proporciones de sus conquistas, nunca vistas hasta entonces, le convierten en una figura legendaria. Su memoria figurara grabada a fuego en la impronta histórica de Mesopotamia. Después de él, todos los grandes conquistadores u hombres de estado, trataran de asociar sus éxitos a su memoria, así está reflejado, al menos, en los siguientes 1500 años de historia. (Wellimnot, S/D)

<sup>155</sup> Fundador de la dinastía Qin, el primer régimen unificado de poder centralizado de China. El Período de los Estados Combatientes, último etapa del esclavismo, se caracterizó por la existencia de numerosos reinos independientes que luchaban unos contra otros por conquistar la hegemonía. Gracias a las reformas de la agricultura y el ejército, Qin, situado en el noroeste, no tardó en imponerse a los demás. (CRI, 2001)

obtiene a partir de la capacidad para reconocer las diferencias que singularizan la experiencia histórico-concreta en cada caso. De ahí la necesidad de un delicado balance entre la identificación de semejanzas y el reconocimiento de diferencias que moldean la experiencia humano-social en su conjunto. Holsti expresa esta idea con toda claridad cuando dice:

*“Cada acontecimiento histórico es, desde luego único; las situaciones concretas en las que los estadistas forjan alianzas, deciden ir a la guerra, declarar su independencia o hacer la paz son todas diferentes. Y sin embargo, cuando se analizan los fenómenos históricos desde cierto nivel de abstracción –no sólo como hechos significativos en sí mismos- todas estas situaciones tienen muchas propiedades en común”* (Holsti, 1995, pág. 2)

En este sentido es claro, como señala Drews, que el nacionalismo característico de los europeos del siglo XIX era completamente desconocido por los pueblos de la Edad del Bronce (ya que el primero está definido por una condición cultural, mientras que el segundo es más de carácter biológico) y por lo tanto, no hay razón para pensar que los sicilianos o los sardos formaran grupos nacionales cohesionados por una historia o propósitos comunes<sup>156</sup>. Sin embargo, el significado y el alcance de esta idea (la del nacionalismo) resultarían virtualmente incomprensibles hoy día en ausencia del conocimiento de la necesidad humana por desarrollar un sentido de identidad y de pertenencia grupal, común a todos los grupos humanos de la historia, los cuales quedan, por tanto vinculados entre sí merced a esta necesidad específica de agrupación. Como dice Sicard:

*“la conciencia de la identidad constituye una de las características específicas de la especie humana, y la comunicación a otros de esta identidad a través de formas y luego a través de signos escritos adecuados ha sido en todos lugares y en todas las civilizaciones uno de los elementos necesarios de la vida en sociedad”*. (Sicard, 2002, pág. 115)

Podemos estar de acuerdo entonces en que el nacionalismo europeo del siglo XIX posee sus rasgos de especificidad, derivados de la estructura característica de las modernas naciones, pero no debemos ignorar que este sentimiento está estructuralmente vinculado con formas anteriores de agrupamiento colectivo, como “cemento” de la identidad colectiva.

---

<sup>156</sup> Cfr. Drews (1993) pág. 71

La peculiaridad del caso griego, desde el punto de vista que nos interesa en esta obra es que, por espacio de casi dos milenios, desde que llegaron a la península balcánica los primeros grupos greco-parlantes, hasta que fueron conquistados por Roma e incorporados al imperio romano en el 146 a. C., nunca lograron una unidad política duradera que hiciera de **Grecia** un todo compacto, estable y unitario, controlado por un solo poder político central.<sup>157</sup> Es decir, que su tendencia sistémica no llegó a concretarse en una sola entidad de mayor envergadura que agrupara a todos los griegos de manera permanente, por lo que, durante todo ese tiempo, funcionaron como una especie de microcosmos de lo que hoy llamamos sistema internacional.

Curiosamente es esta condición de dispersión sistémica, la que más ha permitido a los observadores hacer la analogía del caso griego con el del mundo de las naciones europeas modernas, en gran medida herederas de la cultura griega. Adicionalmente puede señalarse que, incluso en la ausencia de un poder central aglutinante, *Grecia* fue capaz de encontrar su propia forma de equilibrio a través de un régimen de “balanza de poder”, muy al estilo del “concierto europeo de las naciones” del siglo XIX (seguramente inspirado en el modelo griego) y de crear sus propias instituciones para regular su convivencia, sin que ello quiera decir que ambos casos son exactamente *lo mismo*.

Durante mucho tiempo y desde un punto de vista estrictamente *eurocéntrico*, la cultura griega parecía ser un fenómeno histórico único; surgida prácticamente por generación espontánea y creadora de nociones, principios, preceptos e ideales que anticipan la idea de lo “moderno” en más de 20 siglos. Los griegos eran sinónimo de civilización, esplendor y grandeza, y los europeos de las modernas naciones, en gran medida herederos de la tradición **renacentista**, cultivaron aún más esa imagen, de tal suerte que fuera de la visionaria grandeza intelectual de los griegos, el mundo de la antigüedad no tenía virtualmente nada más que ofrecer<sup>158</sup>. Aquí está, en gran medida, la raíz de la

---

<sup>157</sup> Es interesante señalar que, los casos más célebres de unificación de esfuerzos entre ellos están asociados con proyectos militares que ofrecen un apetitoso botín a los belicosos griegos: la conquista de Troya es uno y cerca de un milenio después, la del imperio persa.

<sup>158</sup> Este enfoque, que puede verse con toda claridad en obras como la de M. I. Finley (1983) *El legado de Grecia: una nueva valoración* es seriamente desafiada por Bernal (1987) y James

idea de la superioridad intrínseca de lo europeo, la cual permeó las relaciones internacionales modernas desde su origen, prácticamente hasta fines de la segunda guerra mundial. De hecho, no es sino hasta principios del siglo XIX, con el redescubrimiento de la civilización egipcia a raíz de la expedición napoleónica por el norte de África y el nacimiento de la arqueología moderna, que el hombre contemporáneo inicia un serio esfuerzo de reconstrucción histórica de largo plazo, para redimensionar el pasado completo de nuestra especie<sup>159</sup> y aún a la fecha, con una perspectiva predominantemente eurocéntrica, que gradualmente va siendo desafiada gracias a los avances del conocimiento histórico contemporáneo sobre los orígenes genéricos de la civilización y a nuevas formas de representación de distintas dimensiones del pasado, como la internacional.

No obstante, fue todavía en ese contexto eurocéntrico, que el famoso historiador inglés, Arnold Toynbee, sugirió por vez primera, a principios del siglo XX que, al no ser una de las civilizaciones primigenias del planeta, la griega tendría que “haber salido” de algún lado. Por aquella época, Arthur Evans acababa de desenterrar en Cnosos el célebre palacio de Minos, poniendo al descubierto la influencia de una cultura anterior a la griega (que él llamó *minoica*) con sede en la isla de Creta (la cual hasta entonces era considerada griega) y con un claro predominio, por lo menos hasta fines de la primera mitad del segundo milenio anterior a nuestra era, de la porción sur oriental del Mar Mediterráneo, incluyendo, claro está, la península griega, a la cual empezaban a llegar apenas, oleadas sucesivas de tribus pastoriles greco-parlantes que serían el antecedente directo de los griegos de la era clásica.

Esto es interesante porque rompe con el modelo tradicional que veía a la cultura minoica como una forma cultural griega antigua e indisolublemente vinculada a la cultura micénica.

---

(1992) en ambas obras se hace una vehemente defensa de influencias afro-asiáticas como fuente y sustento de la cultura griega y se presenta la idea de que dichas influencias han sido negadas o minimizadas, sobre todo a partir de finales del siglo XVIII por cuestiones racistas. De acuerdo a estos autores los propios griegos reconocían su deuda con las civilizaciones orientales en general y con Egipto en particular.

<sup>159</sup> Ese esfuerzo lleva a los europeos a salir de los confines de su propia cultura y los obliga incluso a tener que aprender lenguas muertas, descifrar escrituras desconocidas, explorar ideas ajenas y desenterrar civilizaciones que tenían mucho tiempo en el olvido.

El relato de Herodoto es bastante confuso a este respecto; él nos dice que:

*“Los licios en la antigüedad han nacido de Creta (pues en otro tiempo, bárbaros ocuparon toda Creta) Y en Creta, habiendo luchado por el reino los hijos de Europa, Minos y Sarpedón, como en la riña prevaleció Minos, expulsó al mismo Sarpedón y a sus partidarios; y ellos, rechazados, llegaron al territorio milíada de Asia, el que actualmente habitan los licios, pero antiguamente esa era Milíada y los de Milíada entonces eran llamados sólimos. Así pues, mientras Sarpedón los gobernó, ellos se llamaban (con) el nombre que habían llevado y todavía ahora los licios son llamados por los vecinos: termilas.”*  
(Herodoto, 2008a, pág. 94)

Aunque el párrafo no dice mucho para aclarar el origen de la población cretense, es claro que para los griegos, Creta había estado originalmente poblada por bárbaros y que éstos habían mantenido contacto con los griegos durante mucho tiempo. Hoy día vemos con más claridad que la relación entre ellos fue más del tipo ‘lucha de poder’ entre grupos cultural y políticamente diferenciados, donde quizá la balanza de la subordinación osciló de un lado a otro en distintos momentos históricos. Los minoicos son pues una civilización por mérito propio perfectamente distinguible de la griega, por lo menos hasta el momento de una interacción más intensa entre ambas. Volveremos a este punto más adelante.

Por supuesto que las observaciones de Toynbee no pretendían hacer menos los méritos de los griegos; más bien, de ubicar correctamente en contexto el desarrollo de su propia civilización, incluso con el propósito de entenderla mejor, a la luz de sus vinculaciones con su propia época y los grupos humanos de civilizaciones aledañas. Su grandeza (por lo menos para Toynbee) seguiría estando ahí (a diferencia de James, para quienes los griegos no parecen ser más que vulgares plagarios de la civilización egipcia), pero se esperaba poder conocer mejor sus raíces y reevaluar las influencias que los habían conformado permitiendo esa síntesis genial que los hacía tan característicos. La identificación de los europeos modernos con los griegos antiguos no es pues casual: ahí están los ideales, los modelos de organización socio-política que incluso a la fecha inspiran a los estadistas del mundo contemporáneo.

*Los minoicos.*

La sede de esta civilización está en la isla de Creta, famosa en la mitología griega por ser el sitio en el que Rea ocultó a su hijo Zeus a fin de evitar que su padre Cronos lo devorara. (Graves, 1979, págs. 39-40)

Hay referencias a ella en la *Odisea*, donde se le describe como una tierra hermosa y fecunda poblada por más de 90 ciudades (Homero, 1942, págs. 172-174). Todo parece sugerir que ya para la época de la guerra contra Troya, toda forma de manifestación cultural en Creta era considerada por los griegos como parte de su propia civilización.

Fue en gran medida gracias al trabajo de Sir Arthur Evans<sup>160</sup> que la arqueología moderna finalmente puso de manifiesto que, en efecto, había existido en el área nororiental del Mediterráneo una civilización anterior a y distinta de la griega, de origen todavía incierto, pero que, en definitiva, no sólo había influido a los griegos, sino que incluso los habría dominado durante un período que bien pudo haber sido de varios siglos (aunque las formas concretas de dominación siguen sujetas a debate). Aún cuando la relación entre ambos pueblos es todavía motivo de controversia y quedan muchos detalles por afinar, su existencia misma como entidades políticamente autónomas contribuye de manera sustancial al desarrollo del enfoque central de nuestro trabajo que busca reconocer el tipo de similitudes que define los patrones de regularidad en el desarrollo de los sistemas internacionales históricos antes de pasar a abordar sus diferencias específicas de conformidad con la idea expresada por Holsti en los siguientes términos:

*“Independientemente del contexto histórico geográfico, los responsables del diseño de políticas para distintos tipos de entidades políticas, ya sean tribus, ciudades-estado, imperios o modernos estados nacionales, han intentado alcanzar sus objetivos o defender sus intereses fundamentalmente a través de técnicas similares, entre las cuales el uso de la fuerza o el establecimiento de alianzas son sólo los ejemplos más evidentes (...) **Si bien es cierto que las explicaciones periodísticas de los asuntos internacionales***

---

<sup>160</sup> Es necesario hacer notar que no todo el mérito corresponde enteramente a Evans, antes que él, Kalokairinos había iniciado los trabajos de exploración en el terreno que posteriormente guiarían el esfuerzo de Evans.

***contemporáneos pueden dejar la impresión de que los acontecimientos son esencialmente caóticos, sin precedente e incomparables, la mente busca la recurrencia de patrones y las comparaciones como base del entendimiento***.[Énfasis añadido] (Holsti, 1995, pág. 2)

La civilización que estamos refiriendo se conoce hoy día como *minoica*, en honor a su monarca mejor conocido a la fecha -curiosamente a través de los mitos griegos- lo cual fomentó la creencia, sostenida durante mucho tiempo de que esta civilización era efectivamente griega de origen. Así por ejemplo Herodoto nos refiere que: "*Polícrates fue el primero de los griegos que nosotros conocemos, que pensó dominar el mar a excepción de Minos, el de Cnosos*." [Énfasis añadido](Herodoto, 2008b, pág. 296)

Ahora bien, resulta claro que para los propios griegos de la época clásica, la era de los minoicos sólo representaba un lejano y nebuloso recuerdo. Tucídides, por ejemplo, al referirse al pasado distante de la región nos dice que, lo que en su tiempo se conocía con el nombre de Hellas (que ya la mayoría de los autores contemporáneos traducen por Grecia) no estaba habitada de forma estable y que se caracterizaba por constantes migraciones **por la presión de otros grupos humanos**. (Tucídides, 1986 , pág. 46) Y aunque en este mismo texto el autor dice específicamente que no existía el comercio y que los grupos humanos no se relacionaban libremente entre sí, parece claro que la idea de la internacionalidad que sustenta este trabajo estaba presente en esa presión que los grupos ejercían entre sí en sus disputas por el control de los mejores territorios y que Tucídides mismo carecía de información suficiente (aparte de la tradición oral, en la que él mismo dice no confiar plenamente) como para vislumbrar cualquier tipo de unidad estructural subyacente que pudiese caracterizar al mundo de la era de bronce tardía. Sin embargo, él mismo nos señala en su célebre Historia que Minos fue el más antiguo de cuantos la tradición refiere que adquirió el suficiente poderío naval para conquistar la mayor parte del Egeo y dominar la Cíclades sobre las que luego impuso la carga tributaria correspondiente. (Tucídides, 1986 , pág. 48) Volveremos sobre este punto más adelante.

No es pues sino hasta el redescubrimiento moderno de estas viejas civilizaciones que se desarrolla la idea de un microcosmos humano extensiva e intensamente interconectado.

*“La característica principal de Creta en esta época, según Finley, es la absorción de elementos culturales (y de población) procedentes de Grecia continental, las Cícladas, Asia Menor, Siria y Egipto gracias al comercio dentro de su desarrollo propio y coherente. Imprimieron su cultura cretense a los jarrones y objetos metálicos (puñales de cobre) y ya en el Minoico Antiguo MA empieza a aparecer el embrión de la arquitectura minoica con su estructura aglutinada en forma de celda de panal. Respecto al origen de la civilización minoica desde el punto de vista etnológico es difícil adscribir a los cretenses minoicos con algún pueblo conocido. Una de las tesis más admitida es que son herederos directos de los habitantes neolíticos de la isla (que llegarían a la misma hacia el 6000 a. C.) y que los pueblos no neolíticos (indoeuropeos o no indoeuropeos) que pudieran haber llegado a la isla no se impusieron, sino que se vieron absorbidos por la cultura cretense sin imponer la suya. Palmer, el eminente lingüista, plantea que la destrucción de los palacios hacia el 1700 a. C. es obra de la penetración en la isla de un pueblo Anatólio, los Iuvitas, lo que explicaría también el cambio de escritura, Lineal A en vez de la jeroglífica, pero a falta del desciframiento del Lineal A, nada es seguro. Si seguimos las noticias de Creta que da Homero en la Odisea, la población cretense era una población mixta conformada por cidonios, eteocretenses y pelasgos, pueblos de los que, aparte del nombre, apenas se sabe nada”. (Lérida Lafarga, 1998b)<sup>161</sup>*

Nuevamente, destaca de esta explicación la internacionalidad como contexto y la regularidad de la interacción entre comunidades políticamente independientes tendiente a crear fusiones o a resistirlas como procesos condicionantes de la especificidad histórica. Ahora que se conoce mejor el desarrollo de la civilización minoica como tal puede apreciarse que la narrativa de los acontecimientos se ajusta a los patrones de regularidad que hemos intentado describir:

*“Hacia 7000 a.C. sus primeros habitantes, un pueblo de lengua y origen desconocidos se establecieron en las zonas central y oriental de la isla, donde había llanuras fértiles bastante grandes y se dedicaron a la agricultura y a la ganadería. Durante el cuarto milenio aparecieron nuevos asentamientos, y algunos poblados agrícolas crecieron y se convirtieron en ciudades importantes. Con el aumento de la población y el incremento de la producción, los príncipes asumieron unos poderes*

---

<sup>161</sup> Para una explicación detallada del origen de los Minoicos se puede consultar Cottrell (2006), especialmente capítulos 8 y 9.

*considerablemente más grandes en sus ciudades y aldeas. Y, lo mismo que en el Oriente Próximo, los príncipes de los poblados más grandes pasaron a ser gobernantes únicos de varias comarcas, por encima de otros príncipes y del pueblo. Creta se convirtió así en un país de pequeñas ciudades-reino.”* (Pomeroy, Burnstein, Donlan, & Tolbert, 2011, pág. 40)

Volviendo al caso del origen de los minoicos, según la tradición mitológica, de la cual, por cierto, existen diferentes versiones, el Rey Minos<sup>162</sup>, hijo del propio Zeus y de Europa y monarca legendario de Creta, recibió el encargo de sacrificar un toro especial para honrar al dios de las aguas y los mares: Poseidón. El ejemplar que recibió para tal efecto le pareció tan hermoso que decidió conservarlo y ofrendar al Dios uno de menor valía. El agraviado dios de las profundidades marinas hizo entonces que la esposa del rey se enamorara del Toro que no había sido sacrificado y buscara la forma de copular con él<sup>163</sup>

Gracias al ingenio de Dédalo, el célebre arquitecto real (curiosamente de origen ateniense) constructor del famoso laberinto, Pasifae, la esposa de Minos se ocultó en la figura hechiza de una vaca y procreó al Minotauro, una criatura con cuerpo de hombre y cabeza de toro que fue encerrado en el laberinto para contener la vergüenza real. Supuestamente, la bestia se alimentaba de carne humana y, diversas ciudades griegas, entre ellas Atenas, tenían que enviar periódicamente a grupos de jóvenes que eran ritualmente sacrificados al monstruo.<sup>164</sup>

---

<sup>162</sup> No deja de ser notable el parecido de éste, que hoy en día se sabe que fue un nombre dinástico de, por lo menos tres generaciones de reyes, con el nombre del también legendario monarca egipcio al que se atribuye la unificación del Alto y Bajo Egipto, el rey **Menes**.

<sup>163</sup> A pesar de la apariencia de lujuria malsana, según Graves, en realidad el trasfondo de la historia revela un antiguo ritual de una tradicional ceremonia destinada a propiciar la fertilidad, en la que la sacerdotisa de la luna (un viejo culto cretense) copulaba con el sacerdote del culto al toro, también típico de las creencias prevaletantes en la isla. (Graves, 1979, págs. 292-311) En *El pensamiento prefilosófico*, Frankfort, Wilson, & Jacobsen (1954, 260-263) nos dan una explicación detallada de la forma como en antiguos mitos mesopotámicos se explica la creación y el funcionamiento de la naturaleza como un proceso continuo de relaciones sexuales entre diversas manifestaciones de lo masculino y lo femenino tendientes a preservar la vida o a fomentar la fecundidad.

<sup>164</sup> Ciertamente, cuando el mito es narrado por los griegos, mucho tiempo después, todos los personajes aparecen claramente “helenizados”, Minos es hijo, después de todo del mismísimo Zeus, deidad máxima entre los griegos y la historia, en su conjunto, ha sido incorporada a las tradiciones y costumbres de los griegos. No obstante, Graves ha sugerido la idea (no del todo descabellada) de que el mito en realidad refleja la época de la subordinación micénica a la casa real minoica y la sanciona mediante el pago de tributo. (Graves, 1979, págs. 292-311)

Finalmente, según los propios relatos mitológicos, después de años de opresión, el joven Teseo, también originario de Atenas se ofreció como voluntario en el grupo de jóvenes que serían enviados a Cnosos, con la intención de matar al minotauro y acabar con el sojuzgamiento al que los *griegos* habían estado sometidos. Las aventuras de Teseo, que forman parte de la tradición mitológica más antigua, revelan ciertamente el predominio de la cultura cretense sobre la griega. Pero como los griegos finalmente se impusieron y de hecho conquistaron la isla de Creta, alrededor del siglo XIV a. c., entonces tuvieron la oportunidad de rescribir la historia e incluso, de apropiarse de los avances culturales de aquellos y de asimilarlos a sus propias tradiciones, de tal suerte que durante mucho tiempo parecía como si los cretenses hubiesen sido realmente de origen griego. Finalmente, el problema de la subordinación de uno sobre otro es irrelevante frente al hecho mismo de la interrelación que crea la idea de sistema que buscamos desarrollar.

La arqueología moderna ha puesto claramente de manifiesto que esto no fue así y que los minoicos de Creta exhiben diversas influencias culturales que permitirían ubicar su origen indistintamente en Egipto o en algún otro punto de Asia Menor. No obstante es claro que cualquiera que hubiese sido su lugar de origen, ellos se establecieron en Creta en una época muy temprana (principios del tercer milenio a. C.) y sintetizaron sus experiencias en una cultura propia que no es posible clasificar hoy en día como perteneciente a uno u otro grupo de manera contundente. Una cultura que, por lo demás, sigue el mismo patrón de regularidad sistémica que va de la fase de anarquía a la imperial (sin que ello implique que el camino esté previamente determinado de una manera mecánica. Así que, como puede observarse, hay desde aquella época una muy intensa interacción entre colectividades humanas que, lejos de ser meros accidentes, van de hecho definiendo los perfiles de la historia y movilizándolo su dinámica, haciendo prácticamente imposible una narración significativa de cualquiera de ellas desde un punto de vista exclusivamente endógeno.

*“El auge político y cultural de Creta (y de otras islas del Egeo) probablemente deba atribuirse a su inclusión en el comercio internacional, que fue un componente fundamental de las economías estatales de Oriente (...) Las economías palaciegas que surgieron en Creta fueron, en consecuencia, una réplica a pequeña escala de las*

*economías estatales del Oriente Próximo (...) Unos opinan que hacia el siglo XVI a. C., la totalidad de la isla o la mayor parte de ella, era un reino unificado gobernado por el rey de Cnosos. Otros dicen que Cnosos era el centro dominante de una vaga federación de estados autónomos, lo que parece más probable.” (Pomeroy, Burnstein, Donlan, & Tolbert, 2011, pág. 41)*

Siguiendo entonces al propio Tucídides, podría decirse que Creta era ya un “imperio” marítimo<sup>165</sup> ó talasocracia<sup>166</sup> cuando los primeros griegos llegaron a la península balcánica. En aquel tiempo, estos últimos aún no se llamaban así y eran básicamente una oleada de rústicas tribus pastoriles de tradición patriarcal que se encontraron a su llegada a grupos de incipientes campesinos de tradición matrilineal. Dada la divergencia de organización, tradiciones e intereses entre ambos grupos, los conflictos no se hicieron esperar, sin embargo, los belicosos pastores, con mayor experiencia guerrera pronto empezaron a ganar terreno, como muestran muchos de los relatos mitológicos en los que progresivamente va integrándose una familia olímpica con creciente predominio de la figura masculina, aunque por su situación insular Creta no se vio directamente afectada de manera inmediata. Los cretenses tenían por aquel entonces un nivel de desarrollo muy superior al de esos pastores jonios y eolos recién llegados, pues ya habían vivido la experiencia de la llamada revolución urbana de la que ya hablamos en el capítulo anterior.

---

<sup>165</sup> Mismo que se habría formado siguiendo el mismo patrón de regularidad sistémico que intentamos detallar en este trabajo: a partir de un contexto de internacionalidad en el que coexisten varios grupos humanos políticamente autónomos, se da un proceso gradual de fusión para la integración de una entidad política mayor que los absorbe a todos bajo la conducción de un poder hegemónico central. No se cuenta, por supuesto con evidencia suficiente para dar detalles del proceso, pero queda desde luego como proyecto de investigación para fortalecer el enfoque de los sistemas internacionales históricos.

<sup>166</sup> Talasoncracia se refiere a la hegemonía económica y política de un pueblo o nación sobre los mares (Wordreference, 2005). Como ejemplo del uso entre los especialistas refiere al predominio cretense sobre la región del Egeo quince siglos a.C. y que describe Plutarco en su narración sobre la *Vida de Teseo*: *"El dios les encomendó entonces que aplacasen a Minos y que se reconcillasen con él para hallar fin a sus desdichas. Despacharon un heraldo para solicitar la paz y firmaron luego un tratado según sus cláusulas Atenas tenía que enviarle cada nueve años un tributo de siete muchachos y otras tantas muchachas. Esos son los hechos sobre los que está de acuerdo la mayoría de los historiadores. En cuanto al destino de los jóvenes deportados a Creta, el relato más trágico dice que eran muertos en el Laberinto por el Minotauro o bien que morían en él tras haber errado vanamente en busca de una salida."* (Cantabria, 2010)

De conformidad con la exposición que al respecto formuló uno de los arqueólogos más influyentes del siglo pasado, Gordon Childe<sup>167</sup>, la revolución urbana es uno de los fenómenos sociales más significativos en la historia de la humanidad, no sólo porque marca el inicio de la construcción de ciudades y el desarrollo del modo de vida correspondiente a ellas<sup>168</sup>, sino porque este nuevo estilo urbano tuvo consecuencias sumamente importantes al permitir un notable incremento poblacional, ya que los seres humanos empezaron a habitar en un medio más seguro, en el que la acumulación de provisiones permitía garantizar la subsistencia de un mayor número de personas así como la apropiación de los excedentes. Esto cambió cualitativamente las condiciones de vida de los grupos humanos y propició el desarrollo de nuevas relaciones sociales y, por supuesto, nuevas formas de interacción inter-grupal.

Al mismo tiempo, el establecimiento de las ciudades permitió una mejor definición territorial e hizo más definitivo el carácter sedentario de los grupos humanos; las primeras ciudades-estados se gestan en este contexto en el ámbito geográfico de la antigua Mesopotamia. La vida citadina requirió entonces de una institucionalización de las actividades relacionadas con el control social al interior de cada grupo, es decir, invitó a formalizar la política: se configuraron las primeras clases sociales propiamente dichas, se definieron tareas para cada una de ellas, se establecieron los primeros códigos de conducta destinados a lograr la armonía entre todos los miembros de la sociedad y se constituyeron las primeras formas de un aparato burocrático tendiente a la administración del gobierno, es decir, se sentaron las bases para el desarrollo del Estado (cuestión que hemos discutido en el capítulo anterior). En el plano externo, sin embargo, continuó prevaleciendo la condición de anarquía en ausencia de un poder común capaz de institucionalizar las reglas de interacción, a menos que uno de los grupos fuera conquistado o, por voluntad propia (a través de una alianza, por ejemplo, o como forma de

---

<sup>167</sup> Dos de sus obras son de particular importancia en este contexto: *Man Makes Himself. On the beginnings of civilisation* (1936) y *What Happened in History?* (1942)

<sup>168</sup> Si bien es cierto que algunos detractores objetan que la importancia de las ciudades se ha sobrestimado en diversos casos –entre ellos quizá incluso el egipcio- donde el desarrollo de ciudades parece ser más limitado que en otras partes, sin que ello cause un detrimento significativo al progreso civilizador, lo cierto es que la idea misma de civilización está profundamente vinculada a la vida en las ciudades.

preservar su integridad) aceptara algún modo de subordinación a un poder externo, cuestión que ha sido una de las constantes más visibles de los sistemas internacionales históricos.

Otra consecuencia importante del desarrollo urbano parece haber sido la ruptura de la antigua unidad tribal que prácticamente obligaba a los miembros de una tribu a permanecer unidos y laborar colectivamente por la preservación de su grupo. Con el desarrollo de las ciudades y la aparición de las especialidades parece darse un fenómeno de dispersión que no desaparece enteramente a las tribus, pero de alguna manera las debilita como eje de la vida colectiva al propiciar su fragmentación y da paso a nuevas formas sociológicas de agrupación. Tucídides nos refiere sobre el particular que,

*“cuando los hombres de mayor influencia eran expulsados de otra región de Grecia por la guerra o alguna revuelta interna, se refugiaban en Atenas por considerarla un lugar estable, y haciéndose al punto ciudadanos contribuyeron desde antiguo a engrandecer aún más la ciudad por el número de sus habitantes”* (Tucídides, 1986 , pág. 47)

Adicionalmente puede destacarse que, entre los principales instrumentos de control social apareció la escritura<sup>169</sup>, que en principio fue el mecanismo para llevar el registro de lo acumulado por el poder político por medio de los incipientes regímenes fiscales y empezó también a desarrollarse en forma institucionalizada la indagación sobre la naturaleza y el papel del hombre en el universo, todo ello asociado inicialmente con intentos por explicar nuestra propia existencia como función de una relación con lo divino. En el caso de los minoicos y los micénicos se cuenta con dos sistemas de escritura llamados lineal A y B respectivamente. Cossens nos hace notar que, de hecho, el primero en encontrar una relación entre ambos sistemas de escritura fue el propio Sir Evans, gracias a sus excavaciones en Cnosos de las que extrajo abundantes materiales en Lineal B y algunos más en lineal A, lo que le permitió establecer un panorama de la evolución de la escritura en la isla, según el cual, ambos sistemas estarían relacionados, aunque el lineal B

---

<sup>169</sup> Es interesante observar que ya hay escritura propiamente dicha durante los periodos minoico y micénico, sin embargo, con el fin de la edad de bronce viene una época “oscura” en la que desaparece la escritura por más de medio milenio, seguramente en el contexto de revueltas populares que veían en ella un claro medio de opresión social, toda vez que permitía llevar control de pagos de impuestos o inventarios en los templos o las casas reales. (Cantabria, 2009)

exhibiría luego caracteres nuevos no encontrados en el A. Sus conclusiones se publicaron en el nombre de Scripta Minoa en 1909. (Cossens, 2011b, pág. 4)

Aparecen también, en el este contexto de la revolución urbana, los primeros especialistas de tiempo completo: artesanos, campesinos, sacerdotes, guerreros, escribas, comerciantes, etc. y empiezan a organizarse los ciclos productivos de cada área buscando controlar los excedentes y el comercio con otras ciudades. El más importante de estos grupos es, naturalmente, el de la clase gobernante, el cual asume las funciones de control general del grupo, cuidando sus tradiciones, elaborando sus leyes, fortaleciendo su coherencia interna y (desde el punto de vista que más nos interesa) defendiendo sus intereses frente al exterior.

En otras palabras, las clases gobernantes de las nuevas ciudades se apropian muy temprano de la historia del poder político institucionalizado y así dominan al estado. Esta clase gobernante procuró a su vez el desarrollo de una clase de guerreros, quienes asumieron la responsabilidad de salvaguardar al grupo frente a los retos del exterior, pero, al mismo tiempo, de vigilar el mantenimiento del orden interno, por lo cual, el resto de la sociedad se mantuvo al margen de las actividades bélicas<sup>170</sup>. De esta manera se construyó un orden social piramidal fuertemente jerarquizado. Por último, aunque no por ello menos importante, empiezan a vislumbrarse en el escenario social las primeras manifestaciones de un arte, deslindado ya de sus funciones religiosas, que muestra un espíritu eminentemente estético.

El hombre de las ciudades es pues, gracias a todas estas características, un sujeto histórico propiamente dicho, es decir, está ya inscrito en la dinámica de **la historia**, a diferencia de los sujetos pre-históricos que habían deambulado por el planeta desde miles de años antes, conformándose con lo que medianamente podían obtener de la naturaleza. El sujeto histórico procedente de la revolución urbana es, al mismo tiempo **un productor**, el cual produce

---

<sup>170</sup> Es importante señalar en este caso la importante diferencia del caso griego con respecto al egipcio, ya que, como ya hemos visto, los primeros fueron básicamente sociedades guerreras, lo que ciertamente obstaculizó cualquier proceso de unificación definitivo –mucho más exitoso en el caso egipcio.

bienes materiales y relaciones sociales mediante los cuales transforma y recrea su propio entorno. En este sentido se convierte también en mayor medida, arquitecto de su propio destino, aunque claro, este concepto es siempre relativo. El propio Marx, en gran medida autor de este enfoque sugiere que los hombres son, en efecto, arquitectos de su propio destino, aunque no siempre construyen de acuerdo a sus propios planes.

Todo parece indicar que, por lo menos hasta mediados del siglo XIV a. C. la civilización minoica –cuya historia propia está aún en vías de construcción debido a la ausencia de materiales escritos confiables- conservó su hegemonía en la región del Mediterráneo Oriental; sin embargo, por esas fechas y por motivos que aún no han sido suficientemente explicados, su predominio declinó abruptamente<sup>171</sup> y para fines del siglo, ya encontramos instalada en la capital de Creta una dinastía de origen griego, la cual asimila muchos de los avances culturales de los minoicos, pero empieza a hacer prevalecer los instrumentos de dominio griegos. Nuevamente Cossens nos hace notar que, gracias a la colaboración de Ventris y Chadwick, desde 1952 sabemos que el sistema de escritura en lineal B (influido por el desarrollo original del lineal A, de origen cretense) es una forma de griego antiguo. (Cossens, 2011b, pág. 2)

La diferencia es importante; a pesar de estar considerada como “un imperio”, Creta no constituía un bloque enteramente hegemónico, aunque ciertamente compartían la misma cultura; la evidencia parece sugerir que en términos políticos, más bien prevalecía la existencia de un sistema político fragmentado, en el que Cnosos, la ciudad más grande dirigía una especie de confederación de varias ciudades menores, en cierto sentido subordinadas a la dirección central, pero de ninguna manera avasalladas sin voz ni voto. Las relaciones entre todas ellas parecen incluso cordiales, lo cual se refleja, entre otras cosas, en el hecho de que, hasta la época en que termina el predominio cretense, ninguna de ellas estuvo fortificada. Las fortificaciones aparecen en la isla justamente a mediados del siglo XV, cuando parece darse ese cambio

---

<sup>171</sup> Mucho se ha especulado sobre la causa del declive de esta civilización. Una de las tesis más en boga hoy día es la de del deterioro ambiental propiciado por el estallido del volcán que hundió gran parte de la isla de Thera (hoy Santorini). (Pomeroy, Burnstein, Donlan, & Tolbert, 2011, págs. 46-47)

dinástico a favor de los micénicos, para quienes Creta debe haber representado un apetitoso botín, seguramente en virtud de su posición geoestratégica, a mitad de camino entre la península balcánica, el norte de África y la costa oriental del Mediterráneo. Tan importante era la isla a los ojos de los nuevos amos, que no vacilaron en convertirla en tierra natal del mismísimo Zeus.

*“Los reyes de Cnosos alcanzaron su mayor poder hacia el 1600 a.C., cuando controlaban toda la zona del mar Egeo y comerciaban con Egipto. La destrucción de Cnosos y la caída de la civilización minoica coincidieron con el comienzo del periodo más próspero de la civilización micénica en Grecia; esta coincidencia sugiere que los belicosos reyes micénicos atacaron y destruyeron la civilización minoica.”* (ArqHys, S/D)

Cuando los belicosos *griegos* de la llamada época heroica finalmente se apoderaron de la isla y establecieron sus propias dinastías en cada una de las diferentes ciudades, se levantaron murallas protectoras alrededor de todas ellas,<sup>172</sup> lo que de alguna manera sugiere el predominio del conflicto como forma de interacción grupal, por lo que empezó un creciente declive de la otrora prospera actividad comercial en toda la región, desde la parte de la Grecia continental hasta Egipto, pasando por toda la región que hoy conocemos como Medio Oriente, lo cual marcó finalmente la terminación de la edad del Bronce<sup>173</sup>, que de alguna manera parece significar un importante retroceso histórico que afectaría a toda la zona por más de 500 años.

---

<sup>172</sup> Tucídides de hecho atribuye al rey Minos la creación de una armada para dominar las Cícladas y el Egeo, lo que habría llevado a la fortificación de las ciudades griegas, mientras que Homero reconoce a Minos como uno de los grandes creadores de leyes, un monarca justo. Según Wood, la aparente contradicción se resuelve si consideramos la posibilidad (que la historia parece confirmar) de la existencia de dos reyes con el mismo nombre, uno de origen cretense (circa siglo XV a.C.) en efecto, poseedor de una fuerza naval que habría dominado el Egeo y otro de origen micénico que habría adoptado el nombre para justificar su dominio sobre una Creta conquistada por los guerreros micénicos. Éste último habría sido el fundador de la casa real que participó en la guerra contra Troya. (Wood, 1998, págs. 94-95)

<sup>173</sup> Cfr. Drews (1993)

## Los Micénicos

El nombre de esta civilización procede de la que fue su ciudad más importante, Micenas<sup>174</sup>. Antecesores de las tribus greco-parlantes que finalmente habrían de fundar las célebres *polis* que alcanzarían la cúspide de la fama durante el periodo clásico, estas belicosas tribus tampoco formaron, de modo alguno un todo homogéneo, es decir, no llegaron a crear un sistema que alcanzara su fase imperial, pero sin duda están interconectadas entre sí de tal manera que pueden ser claramente identificables como componentes de un subsistema internacional por derecho propio, en el contexto del sistema internacional característico de la última etapa de la edad de bronce en el Mediterráneo oriental. Durante su proceso civilizatorio recibieron una marcada influencia de la cultura minoica, de la cual adaptaron muchas de sus propias estructuras socio-políticas de tal suerte que, *“cuando los estados del sur de la Grecia continental empezaron a participar plenamente en la economía del Mediterráneo no tuvieron más que ponerse el manto administrativo fabricado por los minoicos”* (Pomeroy, Burnstein, Donlan, & Tolbert, 2011, pág. 47). Sin embargo, básicamente siempre mantuvieron su carácter de sociedades guerreras que formaban asentamientos fortificados, practicaban formas incipientes de pastoreo y fueron temibles por sus incursiones de rapiña en gran parte de la zona.

*“En la Grecia continental hacia el 2000 a. C. penetra un nuevo pueblo indoeuropeo, los griegos, desde el Epiro (su patria originaria según afirma Aristóteles) y los Balcanes; este pueblo era de civilización inferior que los pobladores anteriores a los que suplantaron, por lo que durante 400 años aproximadamente se dedicaron a asimilar la cultura superior de sus predecesores, al tiempo que se enriquecieron con la aportación cultural de los minoicos. Es entonces, alrededor del 1600 a. C. cuando se empieza a expandir el fruto de dicha asimilación, una*

---

<sup>174</sup>“La Cultura Micénica (en términos arqueológicos Heládico Reciente -HR- o Bronce Reciente) abarca a grandes rasgos la segunda mitad del II milenio a.C. y se extiende por el sur de la península balcánica, especialmente el Peloponeso, Ática, Beocia y Tesalia, para dominar más adelante la isla de Creta. Es heredera de la tradición local del Heládico Medio, como manifiestan sus primeros monumentos, los Círculos A y B de Micenas, pero enriquecida por la adopción del lenguaje formal del arte y la arquitectura del mundo minoico de Creta. Su organización se basaba en un sistema palacial, con centros de poder territorial visibles en ciudadelas, a menudo fortificadas, que incluyen palacio, almacenes, santuarios y archivos. La Cultura Micénica tampoco puede entenderse sin analizar las relaciones con las grandes potencias del Próximo Oriente, Egipto, el reino hitita, etc., ni el denso comercio internacional del periodo que lleva a los micénicos a fundar establecimientos permanentes tanto en las costas del Egeo como en el Mediterráneo central” (Sánchez de la Blanca, S/D).

*nueva civilización que recibirá el nombre de micénica gracias al desenterramiento de Micenas por parte de Schliemann y ser ésta el mayor núcleo poblado y de mayor empuje de esta cultura (coincidiendo así con la idea de Homero de que Micenas era la más poderosa por ser su rey, Agamenón, el general en jefe de la tropas griegas en la batalla de Troya)". (Lérida Lafarga, 1998a)*

La información que tenemos de ellos a la fecha procede básicamente de los restos arqueológicos excavados a partir del último cuarto del siglo XIX, luego de que Schliemann descubriera los restos de Micenas, así como de las tabletas que se han encontrado escritas en lineal B, aunque la información que contienen es más de tipo administrativo que narrativa histórica. No obstante, hay alguna evidencia recabada de su participación en el comercio regional de la zona, sobre todo a partir del surgimiento de la arqueología náutica a principios de los sesenta del siglo pasado, la cual ha permitido rescatar cerámica micénica, vasijas de la tierra de Canaán, piezas de bronce chipriota y estatuillas aparentemente de origen sirio palestino. (Cossens, 2011a)

La cuestión de la relación de poder entre minoicos y micénicos ha sido controvertida. La interpretación del mito del minotauro parece sugerir con claridad que la Grecia continental estuvo de alguna manera sometida a Creta. La referencia de Tucídides al poderío marítimo de la isla también apoya esta conclusión, sin embargo, la evidencia arqueológica apunta a que, en algún momento alrededor del 1500 a.C. los belicosos micénicos invadieron la isla y asumieron su control político, de tal suerte que, para cuando Homero refiere la campaña contra Troya, Creta aparece como uno más de los reinos "griegos" en la célebre expedición.

De este periodo de predominio "griego" en la zona del Egeo tenemos noticia fundamentalmente a través de la literatura del llamado periodo oscuro en la historia de Grecia. Aunque escritas unos 500 años después de los acontecimientos a los que se refiere, *La Ilíada* y *La Odisea* relatan uno de los episodios seguramente más importantes de la época correspondiente al fin de la era de Bronce: -por lo menos el más importante del que se tenga memoria- el sitio y la conquista de la ciudad de Troya (circa 1280 a.C.), también llamada

llión, por parte de una especie de confederación de tribus aqueas (greco parlantes) y el regreso a casa de uno de los héroes griegos después del saqueo de aquélla.

La tradición literaria atribuye ambas epopeyas a Homero<sup>175</sup> y aunque mucho se ha debatido sobre la existencia real de esta persona y su autoría de las obras, hoy día se piensa que, ambas pertenecen a una larga tradición, que seguramente se fue modificando al paso del tiempo, con diversas contribuciones, pero que, efectivamente, en algún momento del siglo VIII a.C. Homero<sup>176</sup> le pudo haber dado una unidad estructural y de estilo que habría de perdurar de ahí en adelante<sup>177</sup>

La base de esta convicción han sido las múltiples aportaciones que, desde diversos campos disciplinarios, se han hecho explorando el contenido de ambos trabajos, la arqueología, por ejemplo, con la excavación de los sitios referidos en los textos o la lingüística, poniendo de manifiesto la uniformidad estructural de las obras. En todo caso, esta *cuestión homérica*<sup>178</sup> sigue siendo

---

<sup>175</sup> “De acuerdo con el historiador griego Herodoto, Homero nació alrededor del año 850 a. C. en algún lugar de Jonia, antiguo distrito griego de la costa occidental de Anatolia, que hoy constituye la parte asiática de Turquía más las ciudades de Esmirna y Quíos. Asimismo, las fuentes antiguas sobre el poeta contienen numerosas contradicciones. La única cosa que se sabe con certeza es que los griegos le atribuían la autoría de los dos poemas.” (Álvarez Rendón, 2000)

<sup>176</sup> M. L. West defiende dos tesis complementarias: “en primer lugar que 'Homero' no era el nombre de un poeta histórico, sino un nombre ficticio o construido, y en segundo lugar que durante un siglo o más después de la composición de la *Ilíada* y la *Odisea* había poco interés en la identidad o la persona de su autor o autores. Este interés sólo surgió en las últimas décadas del siglo VI, pero una vez lo hizo, 'Homero' se convirtió rápidamente en objeto de admiración, la crítica, y la construcción biográfica” (West, 1999, pág. 364)

<sup>177</sup> Cfr. Pareti (1961)

<sup>178</sup> “Desde la aparición de la obra de A. Wolf a finales del siglo XVIII (*Prolegomena ad Homerum*, 1795), la grandiosa unidad de la épica homérica, alabada por Quintiliano (X 1,50), se fue desintegrando paulatinamente a los ojos de la crítica, hasta que los poetas de la *Ilíada* y la *Odisea* en simples recolectores y unificadores imprecisos de un material que les había entregado la tradición. Los orígenes de esta tendencia se remontan a la época de la **crítica alejandrina** de los siglos III a I a. C., pero en los últimos setenta años contribuyó decisivamente la escuela anglosajona de la ‘oral poetry’. Es innegable que poemas tan amplios como la *Ilíada* y la *Odisea* difícilmente podrían haberse realizado sin la ayuda de la escritura. Como el alfabeto semita del norte fue adoptado por los griegos alrededor del siglo IX, no hay nada que teóricamente impida que las fuentes fueran escritas. Esto es lo que sostenían unánimemente los antiguos. También es muy probable que los registros escritos más antiguos del poema fueran hechos con un alfabeto menos apropiado que el que nos muestran las inscripciones jonias del Asia Menor más antiguas, tal como lo muestran algunas de sus peculiaridades ortográficas y métricas. Desde muy temprano los textos homéricos fueron objeto de estudio y

tema de acalorado debate entre especialistas que persisten en aclarar la composición cultural de los micénicos y la relación entre las tres grandes oleadas de migración *griega* hacia la región compuesta por tribus eólicas, jónicas y finalmente dorias.

Pareti se inclina a pensar que los orígenes del relato podrían estar en las incursiones eólicas en Anatolia (que incluso realizaron proyectos de colonización y no sólo de saqueo) que posteriormente fue rescatado por las tradiciones jónica y dórica, las que habrían incorporado la idea de una guerra general de *todos los griegos* provocada por el rapto de Helena (Pareti, 1961, págs. 8-12), versión que habría de prevalecer durante siglos como cimiento de la identidad colectiva que fue forjando la idea de una 'civilización occidental' originada en Grecia.

### *La guerra de Troya*

Aunque durante mucho tiempo formó más parte de la leyenda inspirada en la ficción literaria, que de la tradición histórica propiamente dicha, este episodio alimentó el imaginario colectivo de muchas generaciones en el conjunto de la cultura occidental.

Según la tradición mitológica, los antecedentes remotos de esta guerra habrían estado en aquel episodio en que la diosa Eris se presenta al banquete de las bodas de Tetis y Peleo, enojada porque no se le invitó, y arroja una manzana a la mesa señalando que debería ser para la más hermosa. Las diosas Hera, Atenea y Afrodita se disputan la famosa manzana de la discordia, pero ninguno de los dioses acepta convertirse en juez de la contienda, por lo que Zeus las envía a la tierra, adonde deberán buscar a un mortal para que decida. Ese mortal es Paris, hijo del rey Príamo, quien ha crecido como pastor para tratar de evitar la desgracia de la profecía que lo señaló como causante de la destrucción de Troya desde su nacimiento. Paris, en efecto, entrega la

---

ya en el siglo VII a. C. pueden percibirse las primeras manifestaciones que muestran la existencia de una **crítica**". (UCM, 2009)

manzana a la diosa Afrodita, quien le ha ofrecido en recompensa el amor de la mujer más bella del mundo, Helena, hija del propio Zeus, quien por entonces ya estaba casada con Menelao el rey de Esparta. Con ayuda de la diosa, Paris seduce a Helena y se la lleva de regreso a Troya ocasionando de este modo la ira de Menelao y de los príncipes griegos vinculados a él a través de un juramento de honor, que finalmente los conduce a organizar la expedición de rescate que culminaría con la destrucción de Troya. (Graves, 1979, págs. 268-278).

De hecho no es sino hasta la segunda mitad del siglo XIX, luego de los trabajos de excavación llevados a cabo por Schliemann, que la guerra de Troya empezó a ser considerada y tratada como un caso histórico real<sup>179</sup>. No obstante, aún como producto literario, el relato ya nos ofrece importantes indicios que refuerzan nuestra idea sobre la internacionalidad y la formación de sistemas internacionales históricos, toda vez que involucran entidades políticamente independientes interactuando entre sí e influyéndose mutuamente, con tendencias simultáneas hacia la integración y a la fragmentación, condicionantes del devenir de los hechos característicos del periodo.

Si bien es cierto que, desde el ámbito de la creación literaria, se usa el pretexto del rapto de una mujer para iniciar una acción militar conjunta para su rescate,

---

<sup>179</sup> En realidad, la reconstrucción histórica en conjunto de toda la región es un esfuerzo muy reciente. Todo parece indicar que para los griegos de la era clásica el recuento homérico correspondía con eventos ocurridos en la realidad. Para ellos, en efecto, ese conflicto se dio en el pasado distante, cerca de un milenio antes de su propia época y pensaban que Troya se había localizado en algún punto del nordeste de la llamada Asia Menor, quizá en la boca de los Dardanelos. Sin embargo para los pensadores de la modernidad los eventos narrados por Homero formaban parte más bien de la mitología y aunque mucho se ha discutido sobre la relación entre mito y realidad, en el fondo, por falta de evidencia empírica concreta, no se podía considerar en sentido estricto a la guerra de Troya como un hecho histórico. Sólo a partir del último tercio del siglo XIX después del trabajo realizado por Schliemann comenzó a considerarse la posibilidad de encontrar un sustento práctico para reconsiderar a la guerra de Troya como suceso histórico. Michel Wood (1998) nos ofrece una detallada descripción del proceso en *In search of the Trojan War*. El enfoque de Pomeroy es todavía reservado al aceptar el relato homérico sobre el hecho histórico cuando refiere el fin de la edad de Bronce y explica que la guerra fue un factor decisivo pero es reticente al aceptarlo como un suceso histórico satisfactoriamente probado “entre las bajas debemos contar a Troya, que fue asediada e incendiada entre 1250 y 1200. No tenemos forma de saber si los responsables de su destrucción fueron o no los griegos micénicos, como lo decía la leyenda de la Guerra de Troya, aunque disponemos de algunos testimonios que probarían que los micénicos tomaron parte en los estragos que asolaron el Mediterráneo a finales del siglo XIII y comienzos del XII.” (Pomeroy, Burnstein, Donlan, & Tolbert, 2011, pág. 66)

el trasfondo continua siendo válido como argumento internacional: las tribus micénicas organizan una expedición destinada a saquear una ciudad afamada por su riqueza, la Ilión del rey Príamo, cosa que al parecer hacían de manera regular en diversas ciudades por toda la región. Pareti nos explica que:

*“En realidad, la ruina, según las alusiones unánimes de muchos otros cantos, había sido llevada a Príamo precisamente por Aquiles, junto con Ulises, o sea, por los dos únicos héroes a los que en el poema se da el epíteto de “destructores de ciudades (...) Éstos, **antes de poner sitio a Troya, habían asaltado ya otras 23 ciudades, una después de otra**, de las cuales, 12 en la zona costera y 11 en el interior: Troya sería la duodécima” [Énfasis añadido] (Pareti, 1961, pág. 3)*

Ciertamente puede pensarse que la crudeza del relato histórico contribuye al desencanto de la fantasía, pues le resta magia al relato literario de esta empresa como una gesta heroica encaminada a resarcir el honor perdido de un esposo agraviado. Las razones para explicar los acontecimientos pueden variar desde la literatura, con respecto a la visión que en la política se nutre del análisis histórico, pero esos hechos en sí, nos siguen hablando de un modo de interacción entre colectividades políticamente autónomas que establecen alianzas, declaran la guerra, hacen las paces, etc. En la perspectiva histórica, efectivamente, la guerra de Troya:

*“Constituye una de las últimas empresas de expansión micénica. Arqueológicamente sólo puede ser posible en el estrato Troya VII , pues es entonces cuando se encuentra una destrucción tras una vida dura y accidentada: las casas, pequeñas y mal construidas, llenan todo el espacio libre dando idea de amontonamiento y promiscuidad; en el suelo de las viviendas aparecen empotradas enormes tinajas para almacenamiento de líquidos y alimentos en provisión de escaseces provocadas por el asedio; este estrato además está culminado por un incendio devastador y en las calles y edificios aparecen cuerpos insepultos; además cronológicamente los objetos de cerámica micénica importada son muy escasos y la fecha de destrucción de Troya VII se produjo entre el 1193 y el 1184 a. C. y las noticias de Eratóstenes y el Marmor Parium la sitúan hacia el 1208 o el 1250.*

*Las causas de la guerra son desconocidas y lo más desconcertante de todo es que los aqueos no se establecieron en Troya una vez destruida ésta (quizá por su agotamiento y debilidad de fuerzas); Page ha sugerido, según unos documentos de los dos últimos reyes hititas, que un tal Attarsiyas (identificado con Atreo), aqueo, hacía correrías por Asia Menor y ejercía su predominio; entonces intervino Taruisa (Troya) en una Liga que peleó contra el rey hitita Thudalijas IV bajo la dirección de Assuia (Asia región del Caístro que da nombre al continente) y, tras*

*el derrumbamiento del reino hitita, aqueos y asiáticos se disputaron el poder vacante en la guerra con asedios de Troya, Rodas y una guerra en Asia Menor a mayor escala o extensión.*

*La guerra de Troya se inserta además en plena época de crisis y decadencia del mundo micénico y supuso el canto del cisne de dicha cultura. La época contemporánea de la guerra, el Heládico reciente HR IIIc muestran un empobrecimiento cerámico, artístico y material que concluyen con la emigración e invasión doria (o la sublevación de los dorios como las capas sociales más bajas de la sociedad micénica) con la cremación de cadáveres y el hierro.*

*Respecto a los troyanos es difícil ver en ellos a un pueblo griego, ya que en la Tróade no se encuentra toponimia indoeuropea y además culturalmente incineran a los muertos, mientras que los griegos los enterraban; por ello hay quien dice que eran luvitas o al menos no griegos.” (Lérida Lafarga, 1998a)*

Desde el punto de vista de la reconstrucción histórica contemporánea de ese periodo (iniciada, como hemos dicho a mediados del siglo XIX), gran parte del esfuerzo se ha centrado en el reconocimiento de *pueblos* o *naciones* de largo linaje que se van configurando como unidades de observación medianamente fijas, creando así la sensación de una continuidad histórica de largo plazo. Por eso llamamos hoy *griegos* a grupos que nunca se aplicaron este nombre a sí mismos, por ejemplo. Esas unidades, a pesar de sus vicisitudes, de alguna manera permanecen *en lo esencial* por encima de la apariencia del cambio. Obviamente está el problema de esos pueblos que fenecen con el devenir histórico o que son asimilados por otros, como el caso de los troyanos, los mitanios o los hititas, no obstante, algunos autores asumen que los que permanecen se proyectan desde aquel pasado remoto hasta nuestros días en un continuo histórico sin quiebres y los demás son absorbidos por otros. Eso es en cierto modo explicable justamente porque el proceso mismo de reconstrucción histórica contemporáneo se realiza durante la época en que *las naciones* empiezan a consolidarse en Europa y por ello, la mirada retrospectiva también ve naciones en el pasado remoto; después de todo,

*“las estructuras cognoscitivas son co-constituyentes de los mundos sociales que creamos y que habitamos, en tanto que moldean la experiencia y confieren significado, pero ellas mismas, también están incrustadas en esquemas existentes de asociación y restricciones materiales y ambientales” (Bryant, 1996, pág. 27)*

Desde el enfoque sistémico, ciertamente existen semejanzas, como hemos dicho de manera reiterada, pero un análisis que se detiene en ese nivel queda irremediabilmente distorsionado y resulta poco informativo porque pierde de vista la singularidad que deviene de las diferencias específicas que caracterizan a cada objeto de estudio al paso del tiempo. Una vez más, el problema para el analista contemporáneo radica en lograr el balance adecuado en el proceso de reconocimiento de semejanzas y señalamiento de diferencias que caracterizan a cada caso histórico-concreto y que nos permiten comprenderlo desde la perspectiva de su especificidad.

Si pensamos en el conjunto de la región que abarca al Medio Oriente, el noreste de África y el sudeste de Europa como un sistema internacional histórico, podremos observar que hacia el siglo XIV anterior a la era cristiana, se ha establecido un mediano equilibrio entre egipcios e hititas (como potencias regionales mayores) junto con micénicos que dominan el extremo sur de la península balcánica y troyanos que dominan la costa occidental de lo que hoy día es Turquía.

Pero su equilibrio es más bien precario; por un lado veremos a egipcios e hititas hacer la guerra en Kadesh y por otro a los micénicos, en Troya. Michael Wood sugiere que muy probablemente estos eventos estuvieron conectados de alguna manera a través del sistema de diplomacia y alianzas establecidas entre ellos. De acuerdo a su hipótesis, no sería del todo remoto que los egipcios hubieran azuzado a los micénicos para abrir una guerra de dos frentes con los hititas y que éstos, para compensar, hubieran fomentado la guerra entre Micenas y Troya. En cualquier caso, es difícil establecer con precisión lo que haya podido suceder concretamente, primero por la incertidumbre que se origina en las denominaciones que se dan en la antigüedad los diversos pueblos entre sí, pero también por la fragilidad misma de las alianzas. Lo cierto es que, en algún momento, durante el siglo XIII parece haber habido el equivalente de una –no tan pequeña- “guerra mundial” en la zona (puesto que involucra a todos los actores del escenario) que finalmente arrasa con

troyanos, hititas y micénicos por igual y deja a los egipcios en un estado de debilidad del que no lograron recuperarse ya a plenitud.<sup>180</sup>

También es menester señalar que, a pesar de las reiteradas referencias a la guerra durante este periodo como la condición “natural” de la interacción entre los actores del escenario internacional, no debe menospreciarse el papel del comercio entre todos ellos como forma de relación recíproca. A pesar de la representación de los micénicos como guerreros y piratas que asolaban la región, también es claro que su industria participaba activamente del comercio, de este modo:

*“las manufacturas de alta calidad, como por ejemplo, la cerámica pintada la orfebrería y otros objetos suntuarios (como el escabel decorado) competían en el comercio internacional de artículos de lujo. Sobre todo, son las vasijas de cerámica los objetos que más se han encontrado en lugares distantes. Pero la presencia de esos artículos indica que otros bienes más perecederos llegaban también a los centros comerciales de todo el Mediterráneo. En contrapartida, los palacios importaban otras cosas de las que carecía Grecia, como por ejemplo, el cobre, el estaño, el oro, el marfil, el ámbar, los tintes, y las especias, así como variedades extranjeras de productos que existían en el país, por ejemplo, vinos, tejidos, cerámica, orfebrería y otros artículos de lujo e exóticos.”* (Pomeroy, Burnstein, Donlan, & Tolbert, 2011, pág. 60)

Por otra parte está la cuestión de diversos grupos, genéricamente llamados “Pueblos del Mar”<sup>181</sup>, que ejercen su propia influencia en el devenir de los

---

<sup>180</sup> Cfr. Wood (1998)

<sup>181</sup> “Los Pueblos del Mar son la imagen más viva de la terrible hecatombe que asoló Grecia, Asia Menor y Egipto en una incontenible oleada de destrucción sin parangón en la toda la Historia. Antes de iniciarse la guerra de Troya, el mundo civilizado vivía un equilibrio de poderes perfectamente asentados. Grecia estaba dominada por los micénicos, Egipto era un estado fuerte y poderoso, Troya dominaba la costa occidental turca y los hititas el resto de la península turca y Siria. Pero a finales del siglo XIII, todo ese equilibrio de poderes se vino abajo por causas aún no aclaradas. Los griegos micénicos que habían destruido Troya fueron aplastados por una oleada invasora que borró todo resto de su civilización. Los fantásticos palacios fortificados micénicos como Tirinto o Micenas fueron asaltados y destruidos, la población se dispersó, los campos se abandonaron, la zona se despobló e incluso la escritura se perdió. Sólo la ciudadela micénica de Atenas, encaramada en lo alto de la Acrópolis resistió la destrucción. Todo lo demás fue destruido. Grecia se sumió en una Edad Oscura que habría de durar más de 400 años.(...) Los relieves de Medinet-Habu (construido por Ramsés III para conmemorar su victoria contra estos terribles enemigos) muestran a los guerreros de Los Pueblos del Mar con toda claridad. Su armamento no es ni micénico ni egipcio. Los curiosos yelmos de tiras hacia arriba son parecidos a los de colmillos de jabalí pero al revés.(...) No fue por casualidad que los egipcios los llamaran “los Pueblos”, ya que no se trataba de una sola nación, sino de muchas naciones lanzadas al saqueo y la destrucción.(...) Los dorios fueron los responsables de sumir a Grecia en la Edad de Piedra, no por su propia fuerza, sino por la

acontecimientos al atacar a todos los grupos de la región por igual y contribuir al estrepitoso fin de la era del Bronce y la mayor parte de los logros civilizadores que se habían alcanzado hasta entonces: desaparece la escritura, se reduce a su más ínfimo nivel el comercio, se destruyen fastuosos templos, en fin, arranca un periodo de regresión que caracteriza a *Grecia* por más de cuatro siglos y ello sólo puede explicarse cuando se visualiza “la imagen más amplia” derivada de la interacción entre todos estos grupos.

En otras palabras, difícilmente podremos hacer sentido integral de los acontecimientos si no es que los tratamos de contextualizar en conjunto y el conjunto tiene todas las características de un sistema internacional histórico. Vermeule caracteriza las relaciones internacionales de la edad del bronce en los siguientes términos:

*“Los logros de la Edad del Bronce Antigua en Grecia y las Cícladas son muy semejantes a las de las civilizaciones contemporáneas cuyas ubicadas más al Oriente. Los pasos básicos del progreso son idénticos: tratamiento profesional de metales, y un incremento en su distribución y calidad hasta un alto grado en el tercer cuarto del milenio; organización urbana; almacenamiento y defensa de la riqueza colectivos, lo que supone el acuerdo sobre un sistema político, el primer concepto experimental de la forma en que los símbolos convencionales pueden transmitir un mensaje, ya sea por medio de sellos tallados o mediante marcas en las vasijas; comercio intrépido a regiones lejanas recorridas especialmente por mar, lo que significaba estar expuestos a nuevas lenguas y respuestas a culturas ajenas. Por supuesto estos desarrollos en Grecia son de menor escala si se comparan con Sumeria, Egipto o incluso con Troya.”* (Vermeule, 1996, pág. 74)

Ese rezago de los griegos con respecto a los otros miembros del sistema no debe sorprendernos. Ya hemos señalado que los niveles de desarrollo nunca son homogéneos en un sistema internacional, pero además, los griegos son realmente los últimos en llegar a la región en oleadas de diversos grupos de asociación predominantemente tribal. ¿Por qué no logró Micenas unificar a toda la Hélade como una sola entidad política? Según Vermeule:

---

*debilidad micénica, a la que la reciente victoria contra Troya no parecía haber fortalecido, sino todo lo contrario. El relato de Homero sobre la vuelta de los reyes micénicos a casa es una historia ensangrentada que refleja las tremendas conmociones socio-económicas que siguieron a la guerra y que debilitaron sin remedio a la civilización micénica hasta dejarla indefensa frente a la invasión doria.”* (Lago, 2000)

*“las cinco o seis invasiones que tuvieron lugar en Grecia crearon una diversidad tal de razas, de condiciones de vida y de lenguas, que una nueva cultura uniforme habría exigido una tremenda autoridad militar o un tacto político poco común por parte de alguna autoridad energética. Un movimiento en esta dirección tuvo lugar en el periodo de las Tumbas del Pozo y el “imperio” Micénico casi logró hacer de Grecia una nación. El potencial lo ofrecía la amplia capa superior de la cultura Heládica Media sobre diferencias individuales anteriores y tal vez gracias a una lengua similar” (Vermeule, 1996, pág. 75)*

No obstante, es claro que la condición guerrera de cada una de las tribus aqueas dificultó enormemente el proceso de unificación, además del hecho de que el predominio de la actividad bélica fue en detrimento del proceso civilizador mismo. En este sentido, la victoria de los *griegos* en Troya fue en realidad una victoria pírrica, ya que redujo aún más las posibilidades del comercio e interacción colaborativa y debilitó a todos los participantes abriendo paso a una nueva invasión de tribus greco-parlantes, los dorios que acabaron por destruir el estilo palaciego de los piratas micénicos.

*“Los dorios fueron los responsables de sumir a Grecia en la Edad de Piedra, no por su propia fuerza, sino por la debilidad micénica, a la que la reciente victoria contra Troya no parecía haber fortalecido, sino todo lo contrario. El relato de Homero sobre la vuelta de los reyes micénicos a casa es una historia ensangrentada que refleja las tremendas conmociones socio-económicas que siguieron a la guerra y que debilitaron sin remedio a la civilización micénica hasta dejarla indefensa frente a la invasión doria. Los testimonios arqueológicos nos muestran formidables fortificaciones como Micenas o Tirinto arrasadas, palacios como Pilos destruidos y un cambio brutal que lleva a Grecia de la más rica civilización de todo el continente europeo a la edad de piedra”.* (Lago, 2000).

De una u otra manera, es claro que hacia el 1100 el equilibrio del sistema se ha perdido y no hay un poder hegemónico visible capaz de asumirlo; el sistema queda irreversiblemente fragmentado y la vida cotidiana vuelve a las condiciones primarias de la era anterior a la fundación de las ciudades. Este nuevo periodo en el devenir histórico de Grecia se conoce como la edad oscura y tuvo de hecho una duración de varios siglos, durante los cuales el aislamiento, las tendencias autárquicas, la guerra permanente y el retroceso civilizador se volvieron característicos, aunque, por otra parte, también tuvieron un ángulo positivo al permitir la fundación y desarrollo de las *polis* o ciudades-estado que habrían de convertirse en las unidades políticas características del

ámbito helénico, mismas que permiten la visión de este ámbito como un microcosmos internacional inserto dentro de un universo más amplio que es el del Mediterráneo oriental, antecedente remoto de nuestro sistema actual. El enfoque sistémico, tal como lo hemos sugerido para el análisis de esta espacio-temporalidad concreta está implícito también en la obra de Harding, para quien:

*“Cada territorio tribal, formaba parte de un continente mayor. Aunque el concepto de <Europa> no existía, sí el continente, allí donde no había barreras geográficas, los habitantes de una región no tenían ninguna razón para ignorar a sus vecinos y a los vecinos de sus vecinos. Cada persona tenía un <mundo> o una <visión del mundo> pero no es fácil identificar los componentes de ésta (...) una visión minimalista de la Edad del Bronce sería la de la existencia de unidades a pequeña escala, aisladas y con poca o ninguna interacción entre ellas, más allá de la necesidad para la adopción de tecnologías y mantenimiento de las unidades reproductivas.”* (Harding, 2003, págs. 403-405)

#### *La era oscura.*

La idea de una “Edad Oscura” es reminiscente para el hombre contemporáneo de la llamada Edad Media en Europa, una época de declive civilizatorio caracterizada por la reducción a su mínima expresión de diversas actividades económicas y culturales, lo que habría generado el desarrollo de comunidades autárquicas, cerradas, conviviendo en un nivel muy cercano al del estado de naturaleza hobbesiano debido al deterioro del florecimiento material de la cultura micénica, y aunque el paralelo no es enteramente exacto con el de la moderna era feudal, la comparación sirve para darnos una idea de lo que pudo haber ocurrido en la zona de la Hélade hacia finales de la Edad del Bronce. La mayor parte de los especialistas ubican este periodo oscuro alrededor de unos 1,200 años antes de nuestra era y lo llevan tradicionalmente hasta principios del siglo VIII antes de la era cristiana, circa 776, con el inicio de los juegos olímpicos que marcaron el advenimiento de la edad arcaica en Grecia.

*Hacia el año 1200 a.C., otro pueblo de origen griego, los dorios, que utilizaban armas de hierro, se apoderaron de Grecia derrotando a los micénicos. La guerra de Troya, descrita por Homero en la Ilíada, fue, probablemente, uno de los conflictos bélicos que tuvieron relación con esta invasión. Esparta y Corinto se transformaron en las principales ciudades dóricas. Con los dorios empezó un período de retroceso cultural que se conoce con el nombre de Edad oscura. Después de la conquista de los dorios, la vida en toda Grecia descendió a un nivel*

*muy primitivo, y así se mantuvo durante varios cientos de años. Sin embargo, desde el siglo VIII y hasta el siglo VI a.C., período que se conoce como época arcaica, Grecia desarrolló y culminó una gran recuperación política, económica y cultural”* (Thales-CICA, 2001).

Las causas para explicar este deterioro en las condiciones de vida de las comunidades de la zona son muy variadas y no hay consenso generalizado sobre ellas. No hay duda de que muchas cosas siguen siendo auténticamente un misterio incluso para los especialistas. Algunos piensan que la llegada de las tribus dorias pudo haber tenido alguna influencia en el desenlace de los acontecimientos, aunque de hecho, los dorios llegaron casi dos siglos después del abandono de la vida palaciega según los cánones micénicos. Otros piensan que fueron las invasiones de los llamados *Pueblos del Mar* las que pudieron haber distorsionado el modelo social imperante. También hay quien señala desastres naturales o desastres ecológicos (desgaste de la tierra que sustentaba una frágil economía agraria), revueltas internas (quizá campesinos hartos de la explotación aristocrática<sup>182</sup>) conflictos regionales o nuevos desarrollos tecnológicos que volvieron obsoletos los materiales y las prácticas de guerra de la edad de bronce; se ha hablado incluso de la posibilidad de una mezcla de todas estas distintas causas. Quienquiera que haya saqueado los palacios micénicos debe haber tenido especial rencor hacia la escritura –que debe haber sido un mecanismo de control político- pues no dejaron evidencia alguna de las antiguas tabletas con las que el palacio controlaba los procesos tributarios locales.

La verdad es que a la fecha se dispone de muy poca evidencia concreta para sustentar una hipótesis sólida sobre el fin de la Edad de Bronce en toda la región del Mediterráneo oriental. No obstante, queda claro que hubo una especie de retrotramiento de los grupos humanos sobre sí mismos que dejó ver con mucha mayor claridad la naturaleza *internacional* de un ambiente en el

---

<sup>182</sup> “No hay pruebas de estos levantamientos populares, pero si aceptamos que pudieron producirse, nos explicaríamos muchas cosas: que unos recién llegados se instalaran con tanta facilidad, por ejemplo, que algunos elementos del mundo de la aldea, con su *basileus* y su *gerosía*, continuaran hasta formar la polis; que desapareciera de raíz un arte tan característico, pues estaba al servicio exclusivamente del palacio que dejó de existir; y finalmente que desapareciera también la escritura que al parecer sólo se utilizaba como elemento de contabilidad: si el palacio precisaba llevar un control, la aldea no.” (Historia de Grecia Antigua, S/D)

que la ausencia de una autoridad institucional centralizada obligaba a cada grupo a depender de sí mismo en la procuración de su propia supervivencia.

*“La evidencia arqueológica muestra un colapso generalizado de la civilización en el mundo del Mediterráneo oriental durante el mismo período que los grandes palacios y ciudades de la civilización Micénica fueron destruidos o abandonados. Alrededor de este tiempo, la civilización hitita ha sufrido graves trastornos y las ciudades de Troya a Gaza fueron destruidos. En Grecia, el escrito de la lengua griega parece cesar. La decoración de la cerámica griega de este período es más sencilla y, después de c 1100 a.C. carece de la decoración figurativa Micénica de cerámica y se limita a los más simples, generalmente estilos geométricos. Se creía anteriormente que se había perdido todo contacto entre las potencias extranjeras durante este período de poco crecimiento cultural”.* (Historia Universal, 2009)

Decíamos más arriba que la noción de una *edad oscura* es un tanto engañosa toda vez que sugiere no sólo un estancamiento, sino de hecho un retroceso del proceso civilizador en el que los grupos humanos vivieron un permanente encierro en si mismos. Pero aunque es cierto que el contacto con otros grupos disminuyó sensiblemente, sobre todo en comparación con lo que llegó a existir en la época de mayor desarrollo durante la Edad del Bronce, tampoco podría decirse que haya desaparecido en su totalidad<sup>183</sup>.

### *El establecimiento de las polis*

A pesar de la poca información disponible sobre poco más de cuatro siglos de historia local (recordemos que la escritura prácticamente desapareció durante este lapso) existen diversos testimonios que de alguna manera nos permiten esbozar una idea de lo acontecido durante el periodo. No se puede soslayar la importancia de la tradición oral, por ejemplo, que mantuvo vivo el recuerdo de

---

<sup>183</sup> La noción rigorista de edad oscura no es del todo exacta para Blázquez: “A partir del s. VIII a. C. se desarrolla el comercio de exportación. La arqueología ha suministrado cuantiosos datos de la industria cerámica y de su exportación por todo el Mediterráneo. Existió una industria y un comercio de exportación de otros productos, como bronce de Atenas, Corinto, Sición y Calcis, y lanas de Mileto y de Mégara. Hasta mediados del s. VI a. C., la ciudad-estado de Corinto fue el principal centro comercial e industrial de Grecia. Hubo mercaderes ambulantes, pero la gran industria y comercio de Corinto y después de Atenas contaba con unos buenos canales de distribución y con un conocimiento muy completo del mercado.” (Blázquez Martínez J. M., 1991).

tradiciones pasadas fomentando el desarrollo de una memoria colectiva. La *Ilíada* y la *Odisea*, por ejemplo, parecen haber cobrado forma definitiva durante esta época.<sup>184</sup> El desarrollo de la arqueología moderna también ha puesto de manifiesto un importante fenómeno socio-político característico de este periodo, que sin duda resulta de la mayor relevancia y que debemos tener en cuenta para poder comprender mejor el desarrollo ulterior de la cultura griega; ese fenómeno que recién mencionábamos es el desarrollo y la consolidación de la **polis** como forma característica de organización grupal en la zona de la Hélade<sup>185</sup>.

El fenómeno no es, por cierto, exclusivo de los griegos; lo tuvieron también los fenicios y los etruscos y varias otras culturas de la región, en particular en el área de Mesopotamia, donde de hecho encontramos los ejemplos más tempranos de los que se tiene noticia sobre esta forma de organización socio-política; pero es el modelo griego, con sus especificidades, el que alcanza mayor trascendencia histórica debido a los estudios que los propios griegos hicieron de su organización política y por la importancia de la cultura griega en el desarrollo genérico de la civilización occidental.

Convencionalmente se traduce *polis* por ciudad-estado –evocando quizá las viejas ciudades-estado del ámbito sumerio. Para algunos autores la traducción no es del todo exacta porque las polis abarcaban de hecho una extensión territorial más allá de los límites de la ciudad propiamente dicha, e incluían campos de cultivo o pastoreo comunales. Es altamente probable que, en un principio, las polis hayan surgido de la necesidad de defensa que sintieron los

---

<sup>184</sup>“El historiador griego Heródoto dice que Homero vivió alrededor del año 850 antes de Cristo, en tanto que Juvencio, escritor latino de la Edad Media, lo sitúa en el siglo X de la misma era. Posteriores investigaciones han permitido llegar a la conclusión de que *La Ilíada* en primer término, y *La Odisea* con inmediata posteridad, fueron dadas a conocer en Quíos entre los siglos X y IX antes de Cristo, por lo cual Acusilao, Simónides, Tucídides y Píndaro han afirmado que fue Quíos la verdadera ciudad donde nació Homero.” (S/D, 2010)

<sup>185</sup> Grecia empieza a recuperarse de las vicisitudes de la edad oscura hacia mediados del siglo X a.C. y durante los dos siglos siguientes se desarrollan las polis. Hacia el 750, la polis o ciudad- estado ya era la unidad política fundamental en la antigua Grecia. Estaba configurada por la ciudad propiamente dicha y los campos adyacentes en los que de hecho había varias aldeas. La mayoría controlaba extensiones entre 80 y 800 kilómetros cuadrados de territorio. Raras veces tenían más de 20,000 habitantes. En el ágora (plaza central) o bien en una colina fortificada llamada acrópolis, se reunían los ciudadanos a discutir las cosas de interés público. (Porter, 2009)

súbditos de los desaparecidos palacios micénicos. No es difícil imaginar a los miembros de los clanes que habitaron las aldeas aledañas a la experiencia palaciega agruparse para la defensa común y gradualmente ir desarrollando mecanismos de organización para atender las necesidades de esas aldeas extendidas que formaron el antecedente inmediato de las primeras polis griegas.

Lo que de ninguna manera se puede soslayar en relación con el desarrollo de las polis es el papel central que la religión jugó en el proceso. La polis resulta finalmente de la fusión gradual de varias tribus, pero lo que permite la concreción de esta unión es un acuerdo de tipo religioso en el que las distintas deidades tribales tienden a acomodarse en una especie de arreglo familiar muy semejante al que crean los humanos cuando establecen sus propias familias.

De este modo, la religión puede ser considerada como uno de los factores de unidad social más importantes, que permite la cohesión interna de las comunidades humanas y les imprime un carácter singular que las distingue de otros grupos, aún cuando siempre persistan elementos de religiosidad en común entre todos aquellos grupos que han adoptado una misma religión.

*“las tribus que se agruparon para formar una ciudad no dejaron jamás de encender un fuego sagrado y de darse una religión común. (...los componentes de la ciudad son) pequeños grupos que, constituidos mucho tiempo antes, se incorporaron unos a otros. Varias familias formaron la fratría, varias fratrías, la tribu, varias tribus, la ciudad. Familia, fratría, tribu, ciudad, son además sociedades exactamente semejantes entre sí, han nacido unas de otras por una serie de federaciones. (...) De la tribu se pasó a la ciudad, pero las tribus, no por eso quedaron disueltas, y cada una continuó formando un cuerpo, casi lo mismo que si la ciudad no existiese” (De Coulanges, 2010, pág. 119)*

Lo que me parece muy importante destacar para efectos de nuestra hipótesis de trabajo es el carácter de entidades políticamente autónomas que representan las ciudades y dan sentido a la noción de internacionalidad, incluyendo a aquellas que resultaron de la extensa actividad migratoria que se dio durante esta época –las llamadas colonias- que mantuvieron cierta autonomía en relación con sus metrópolis y que revisten una importancia

enorme desde el punto de vista de las oportunidades que abren para un mayor contacto con civilizaciones más desarrolladas del ámbito geopolítico regional.

*“Fueron de hecho las colonias griegas del Asia Menor y las islas del Egeo las que propiciaron el inicio de lo que posteriormente sería la civilización griega del periodo clásico. Estas áreas fueron relativamente pacíficas y estaban bien pobladas: más aún, mantenían contacto directo con las culturas más ricas y sofisticadas del oriente. Inspiradas por estos contactos y el intercambio entre culturas, los asentamientos griegos del Asia Menor y las islas del Egeo dieron paso al nacimiento del arte griego, la arquitectura, la religión y las tradiciones mitológicas, la ley, la filosofía y la poesía, todas las cuales recibieron la influencia directa de las culturas del Medio Oriente y de Egipto”.* (Porter, 2009)

Esto es importante, como he dicho porque es justamente este carácter políticamente autónomo de todos los involucrados es el que sugiere y soporta la idea de la *internacionalidad* a la que me he venido refiriendo a lo largo de este trabajo: un ámbito o dimensión de la realidad social que se genera a partir de la interacción entre este tipo de colectividades humanas: las entidades políticamente autónomas. Así, luego del derrumbe de las estructuras sociales que sustentaron la vida en los palacios micénicos, fueron cobrando mayor relevancia las aldeas en las que el predominio de la aristocracia fue sustituido por consejos locales, quizá de estructura oligárquica, pero siempre definidos por la religión, que finalmente dominaron la escena política hasta que los cambios económicos y sociales derivados de la existencia misma de las polis exigieron su transformación.

El fin de la edad oscura está definitivamente relacionado con la creciente prosperidad de las polis cada vez mejor organizadas internamente, no sólo para permitir mejores niveles de convivencia entre su población<sup>186</sup>, sino también para confrontar los retos que representaba la relación con las polis circunvecinas lo que, sin lugar a dudas reactivó el contacto entre ellas y de

---

<sup>186</sup> Es interesante recordar que justo de este periodo viene el proceso de elaboración de las *constituciones*, instrumentos de algún ideario político sobre la base de las cuales se forjarían los patrones de convivencia local y de trato con los extranjeros. Quizá las más célebres de éstas sean las de Atenas y de Esparta respectivamente, mismas que conocemos a gracias al análisis que de ellas hicieron a su vez Aristóteles y Jenofonte, destacando en ambos casos las medidas encaminadas a alcanzar un modelo de justicia social al interior, basado en las ideas de Dracón y las reformas de Solón en el primer caso y las de Licurgo en el segundo y de equilibrio de poder con el exterior, señalando la responsabilidad de los ciudadanos en la defensa de los intereses de la polis. Ver Guzmán Guerra (2007)

ellas con otros grupos del sistema internacional regional. Uno de estos cambios relevantes fue el florecimiento del comercio que de alguna manera trajo de vuelta la prosperidad a la región. Así lo atestigua, por ejemplo, el hecho de que se empezaron a acuñar monedas en la Hélade más o menos a principios del siglo VII de la era anterior a Cristo, y hubo también un proceso de profundas transformaciones que, alrededor de esa misma época dotaron de una constitución a las polis.

*“(La) recuperación fue posible gracias a la organización en ciudades Estado (polis) y a la fundación de colonias en las costas de Asia Menor y del mar Negro, en Sicilia, en el sur de Italia, en el sur de Francia y en el Levante español. Las nuevas colonias se convirtieron en polis políticamente independientes de la metrópoli (polis madre), pero mantuvieron estrechos vínculos religiosos, económicos y culturales. Estas colonias fueron uno de los factores del desarrollo económico de Grecia en este período. Los siglos V y IV a.C. corresponden al apogeo de las grandes ciudades estado independientes, entre las que destacan las polis de Atenas y Esparta. (...progresivamente) cada uno de estos grandes estados absorbió a sus débiles vecinos en una liga o confederación dirigida bajo su control. Esparta, estado militarizado y aristocrático, estableció su poder a base de conquistas y gobernó sus estados súbditos con un control muy estricto. La unificación del Ática, por el contrario, se realizó de forma pacífica y de mutuo acuerdo bajo la dirección de Atenas.” (Thales-CICA, 2001)*

Aunque sin duda el maniqueísmo reduccionista de la cita anterior resulta del todo controvertido y no es tan difícil de refutar, todo esto sugiere, desde luego la viabilidad de una concepción que vislumbra a la Hélade en su conjunto como un escenario *internacional* (en el sentido laxo del término) donde la dinámica del conjunto se mueve a raíz de la interacción entre las partes mediante la dialéctica de los procesos de fusión-fragmentación y que, además puede ser contemplado, al mismo tiempo como subsistema de un sistema internacional mayor, que abarca a todos los grupos humanos comprendidos desde Mesopotamia hasta las márgenes orientales del Mediterráneo con quienes los griegos mantuvieron diversas formas de contacto. Esto significa que las polis griegas mantienen *relaciones internacionales* entre sí del mismo modo que con otros grupos humanos políticamente autónomos de la región. Obviamente, hay diferencias cualitativas muy importantes en cada caso: las primeras están condicionadas por la condición de helenos que tienen todos los habitantes de

las polis griegas, frente a la condición de bárbaros con la que se percibe a los demás.

El advenimiento de las polis fue debilitando progresivamente la condición clánica o tribal de la sociedad helena y promoviendo la configuración del **pueblo** griego toda vez que los centros urbanos, como hemos dicho, permitieron el rompimiento de la economía estrictamente agraria que mantenía a los hombres atados a un territorio determinado en el que se encontraba el resto de sus parientes y permitió su desplazamiento hacia ciudades en las que existía la posibilidad de otras formas de sustento. Idealmente esto debería haber allanado el camino para la unificación política de la Hélade; sin embargo, el potencial militar de cada polis aunado a su experiencia práctica en este terreno permitió a todas (incluso las más débiles, mediante mecanismos de alianzas) aspirar a mantener su independencia política (o su condición soberana como diríamos en la actualidad).

*“Con el nacimiento de la polis desapareció la gens (clan) como unidad social básica. Posiblemente, las primeras polis surgieron en la costa egea de Asia Menor. Nuestra principal fuente de información sobre este periodo son los poemas homéricos y Los trabajos y los días de Hesíodo. De los datos entresacados en ambos poetas se deduce que la agricultura y la ganadería eran la principal fuente de riqueza. La industria y el comercio abastecían casi exclusivamente el mercado local. Las clases sociales estaban formadas por grandes terratenientes que explotaban directamente sus fincas y, junto a ellos, pequeños propietarios, cuya existencia, a juzgar por los datos suministrados por Hesíodo, era penosa. Existió la esclavitud, para ayudar en las faenas agrícolas y domésticas. También hubo jornaleros para las faenas de la recolección, que buscaban trabajo de un pueblo en otro.”* (Blázquez Martínez J. M., 1991)

También es interesante destacar el carácter heterogéneo del desarrollo de las polis por el territorio, no sólo de la Hélade, sino siguiendo el mismo modelo, por la región a través del proceso de las migraciones griegas, posiblemente motivadas por problemas de crecimiento demográfico, lo que sin duda confiere un carácter cada vez más complejo a las relaciones internacionales de la región, en función de ese desarrollo desigual característico de los sistemas internacionales; como señala el propio Blázquez:

*“La aparición de la ciudad-estado no fue fenómeno sincrónico en toda Grecia. Esparta nunca fue propiamente una ciudad-estado; al principio*

*de la guerra del Peloponeso era todavía un grupo de cinco aldeas. A finales del s. VII a. C. las ciudades-estado se documentan sólo en algunas regiones: Argólida, Corinto, Atenas, Eubea, Fócida, Lócride, Beocia y Tesalia. Hasta el siglo siguiente, no hacen su aparición en Arcadia, con Tegea y Herea; en el s. V a. C., en Elis y, con posterioridad, datan las de los locros y acarnios. La gran colonización griega difundió esta forma de gobierno por todo el Mediterráneo. Su importancia en la evolución social y económica del mundo griego fue enorme. Pronto la ciudad-estado dejó de ser un simple lugar de refugio, para convertirse en un centro de atracción, donde los campesinos arruinados encontraban trabajo en la incipiente industria y en el comercio.” (Blázquez Martínez J. M., 1991)*

### *Instituciones internacionales de la Grecia antigua.*

Como hemos señalado en su oportunidad, uno de los principales problemas metodológicos para cualquier analista de la realidad social está en la forma cómo éste se representa para el análisis a su objeto de estudio. En el contexto de esta obra hemos sugerido la conveniencia de representarnos el fenómeno de la interacción entre grupos humanos políticamente autónomos como un sistema histórico internacional (de los cuales habría muchos en el proceso evolutivo de la humanidad). Y nos parece que el caso griego es especialmente ilustrativo a este respecto, ya que son varios los autores que nos hablan del micro cosmos griego, por lo menos como un antecedente significativo del escenario internacional contemporáneo.

*“El mundo helénico consistió en un grupo de ciudades dispersas entre las montañas y valles de Grecia y las costas e islas circunvecinas. Estas ciudades tenían algunas tradiciones de origen común, y poseían algunas instituciones sociales y religiosas comunes, **pero eran políticamente independientes entre sí**, salvo en el caso de sus alianzas temporales y por el esfuerzo constante de algunas de ellas por establecer una supremacía reconocida por sus vecinos. Algunas de ellas fundaron colonias que luego se independizaban y se convertían en aliados autónomos.” (Gettell, 1924, pág. 36)*

Una de las evidencias más claras de la existencia de fenómenos internacionales en la antigüedad es la creación de instituciones que han dejado una importante huella histórica. En este sentido, el caso de la antigua Grecia es particularmente ilustrativo, ya que desde la etapa de la Edad Oscura empiezan a surgir algunas tradiciones que incluso los escépticos aceptan como

antecedentes de prácticas modernas en las relaciones internacionales; en este sentido tenemos casos como el de la proxenia, las anfitionías, las simmaquias y la mediación diplomática.

*“En Grecia: encontramos instituciones rudimentarias del derecho internacional público, entre las cuales se pueden señalar: la proxenia, era una institución mediante el cual se brindaba una protección a los extranjeros que estuvieran residenciados o en tránsito en la ciudad griega; las anfitionías, eran reuniones más o menos periódicas de las naciones griegas para determinar cuestiones comunes o de interés para esas federaciones y, las Ligas Helénicas, tenían el propósito de aprovechar mejor las relaciones económicas y establecer una especie de equilibrio político.” (S/D, 2011)*

Independientemente de lo inapropiado que pueda resultar hablar de “naciones” griegas sin precisar el alcance del término, o de la claridad con la que se explica la naturaleza de las anfitionías y las simmaquias, es evidente que estamos en presencia de conceptos que revelan prácticas distintivas del ámbito internacional (en el sentido laxo que hemos manejado a lo largo del trabajo) y que están, por lo tanto, estructuralmente vinculadas con fenómenos internacionales de otras épocas.

El estudio del desarrollo de cada una de estas instituciones ha sido cuidadosamente elaborado por el derecho internacional público<sup>187</sup> y por la historia diplomática, lo que les convierte en antecedentes indispensables dentro del ámbito disciplinario contemporáneo de las relaciones internacionales. Su análisis puede ser muy detallado, pero desde el punto de vista de este trabajo, su importancia radica en la fuerza que da al argumento de que no sólo existen comunidades políticamente autónomas en épocas históricamente remotas, sino que hay una conciencia clara de la *otredad* entre ellas y, más aún, hay el desarrollo de mecanismos para el trato entre ellas que van mucho más allá de lo casuístico, lo coyuntural o lo meramente anecdótico. Hay de hecho un esquema estructural sólido que efectivamente condiciona la interacción de los

---

<sup>187</sup> De hecho fueron los griegos, antes de los romanos, quienes mayormente desarrollaron una concepción cercana a lo que sería un sistema de derecho internacional, aunque este desarrollo estaba limitado en su alcance al trato entre las propias polis griegas. Para ellos, el mundo estaba habitado por greco-parlantes y bárbaros e independientemente de lo cuidadosas y elaboradas que fueran las relaciones entre los primeros, no podría haber nada más que hostilidad y desprecio con los segundos. (Putney, 1910) disponible en: <http://chestofbooks.com/society/law/Popular-Law-12/Section-11-International-Relations-Between-Ancient-Nations.html>

grupos humanos entre sí y permite que ésta vaya más allá del conflicto inevitable y permanente donde sólo prevalece la guerra. Es claro que esto no debe conducir a simplificaciones triviales, como hemos dicho, cada época (y cada sistema internacional) tiene sus propias especificidades que ningún observador de los escenarios internacionales debe menospreciar, no obstante, el reconocimiento de las semejanzas permite una concepción integral de los fenómenos internacionales que permite el reconocimiento de patrones de regularidad estructuralmente definidos por la condición misma de la internacionalidad.

La proxenia es claro antecedente del sistema consular contemporáneo ya que en virtud de esta práctica se brindan garantías y protección al extranjero:

*“en una ciudad que no es la suya, cuyo origen puede remontarse a la institución de la hospitalidad de época arcaica. La hospitalidad es una institución privada, ligada a una casa u oikos (οἶκος). La proxenia es una institución social, propia de la πόλις, que se basa en tratados proteccionistas para las personas firmados entre dos ciudades. Estos tratados se llaman de συμπολιτεία. El próxeno actuaba como embajador e intermediario entre la ciudad y los habitantes provenientes de otra ciudad. Solía ser una persona de la aristocracia y, como protector de ciudadanos en el extranjero, recibía grandes honores y privilegios en la ciudad para la que hacía su servicio.” (Ortolá Guixot, 2010)*

Las anficionías y las simmaquias o ligas entre polis es otro claro ejemplo de instituciones de corte internacional que tiene gran relevancia para la comprensión actual del desarrollo histórico de las relaciones internacionales. En su origen, las primeras se organizaban en torno al culto de algún Dios. En la región jonia del Asia Menor, desde el siglo VIII a. C., ya existían algunas organizaciones del tipo de las anficionías, por ejemplo, el grupo de ciudades jónicas que se reunían en torno al santuario del Poseidón Helicón en la ciudad de Priene cerca de los montes de Micala. También estaba el caso del santuario de Deméter en Antela, en la región de las Termopilas, la cual comprendía 12 grupos clánicos o *gens* diferentes. Uno de los santuarios más famosos fue, desde luego, el de Apolo en Delfos<sup>188</sup>, el cual reunía a los grupos de origen

---

<sup>188</sup> El Templo de Apolo se situaba en un santuario, celeberrimo en la Antigüedad; que se alzaba cerca del Parnaso, monte consagrado a las musas, y dominaba el golfo de Corinto. (Irlles, 2009)

dorio en la zona del Peloponeso, pero que tenía una fama extendida por toda la región<sup>189</sup>. Eventualmente, las actividades de las anfitionías se fueron ampliando más allá de asuntos estrictamente religiosos para abarcar asuntos de toda índole de interés común, especialmente cuestiones militares relativas al trato con el exterior, entonces dieron paso a las simmaquias o ligas militares.

El desarrollo de estas ligas se volvió particularmente importante después de las Guerras Médicas porque a raíz de la victoria de los griegos contra los persas a principios del siglo V a.C. empezó a vislumbrarse con mayor claridad entre ellos la importancia de la acción conjunta contra las amenazas externas, lo que fomentó enormemente la formalización de alianzas a distintos niveles hasta que se cristalizó el modelo bipolar que confrontó a los atenienses y sus aliados contra los espartanos y los suyos. Como se ha observado:

*“(...) en algún momento dado, todas las polis estuvieron comprometidas en algún esquema de alianza federal basado en su participación con algún santuario y sus respectivas contiendas deportivas. Los cambios entre el federalismo democrático y la condición imperial en la Grecia antigua representan una especie de microcosmos de la actual transición entre el esquema moderno y postmoderno de las relaciones internacionales.”* (Taylor & Francis Group content, 2007)

El problema, claro está, es que no siempre había plena coincidencia entre los diversos actores respecto de qué o quién constituía la amenaza externa. Muchas de las polis victoriosas ante los persas regresaron a su antigua visión del *enemigo en casa* una vez concluidas las Guerras Médicas, de tal suerte que las rivalidades locales volvieron a exacerbarse y el ideal de la unidad griega volvió a desvanecerse mucho antes de que se hubiera podido llegar a concretar, lo que de hecho reabrió la puerta para un intervencionismo de los persas en las cuestiones griegas, pero esta vez principalmente a través de la acción diplomática. De este modo, cuando surgió una Liga helénica hacia el 485 a.C. liderada por Esparta<sup>190</sup>, los atenienses no se sintieron del todo

---

<sup>189</sup> Este es, de hecho, el oráculo que según Herodoto fue consultado por Creso, rey de Lidia antes de decidir su campaña contra los persas, mismo que le vaticinó que, de lanzar esa campaña, destruiría un gran imperio (sin especificar que ese imperio sería el suyo propio).

<sup>190</sup> Grant nos relata que después de detener la amenaza persa los problemas entre las ciudades griegas no dejaron de existir, ya que varias de las viejas rivalidades persistieron e incluso se fueron agudizando, por ejemplo, los conflictos de Esparta con Argos o los de Atenas

satisfechos con ese liderazgo y promovieron su propia liga con sede en Delos. A partir de ella construyeron un imperio naval que, con el tiempo se enfrentaría a la Liga del Peloponeso, con los espartanos al frente, en la célebre Guerra del Peloponeso narrada por el historiador ateniense Tucídides, misma que de hecho marca el fin de la edad clásica en Grecia. Nótese sobre todo, que el “imperio” ateniense se forma básicamente con la imposición de una hegemonía sobre otras tribus griegas, lo que resulta particularmente relevante desde el punto de vista de la justificación de la idea de que las relaciones entre polis también representan una forma de interacción internacional (quizá cualitativamente distintas a las relaciones con los bárbaros, pero estructuralmente relacionadas).

*“Después de la paz con los persas, la llamada paz de Calias, del año 449 a. C., la liga ático-délica se convirtió en sustento del imperialismo ateniense. Los aliados tenían que acudir en sus pleitos a Atenas. El tesoro se transportó en 454 a. C. a esta ciudad, que, por otra parte, no rendía cuenta de la administración de los tributos, los cuales se gastaron parcialmente en obras en Atenas. Se establecieron cleruquías (colonos griegos que continuaban siendo ciudadanos de su país de origen) en territorio de aliados, como en Esciros, Lemnos, Imbros, Naxos, Andros, Potidea, Lesbos y Melos, que descongestionaban la población del Ática. También se fundaron dos colonias en Turios (444-443 a. C.) y en Anfípolis (437 a. C.), junto a las minas de oro y plata del Pangeo, y en una excelente vega. Atenas se convirtió en estos años en la capital de un auténtico imperio ultramarino, con grandes intereses mercantiles e industriales” (Blázquez Martínez J. M., 2009).*

Esto nos lleva a tener que considerar las condiciones de especificidad que determinan lo *internacional* entre griegos. Es claro que todos los bárbaros son percibidos como distintivamente ajenos a los griegos, quienes están étnica y culturalmente vinculados entre sí, pero ¿en qué se sustenta la idea de la internacionalidad entre los distintos grupos de griegos? El punto de partida es, en definitiva la ausencia de un poder común entre comunidades políticamente autónomas que luchan por preservar esa condición de autonomía y defienden sus propios esquemas de organización política, económica y social.

---

con Egina. La unidad temporal de los griegos frente a la amenaza persas fue enteramente coyuntural, pero de ninguna manera un paso sólido en la dirección de un triunfo del panhelenismo. A pesar de las rivalidades, en el año 481 a.C., varias polis se unieron bajo una Liga Helénica bajo el liderazgo de Esparta, Pausanias fue acusado de conspirar con los persas, después de la captura de Bizancio, Chíos, Samos y Lesbos alentaron el liderazgo ateniense para la formación de una nueva liga (Delos) que excluyera a Esparta (Grant, 1989, págs. 29-33)

Ello nos lleva a tener que explorar los criterios que entre todos esos grupos permiten y establecen la distinción entre ciudadanos y extranjeros. La obra de Coulanges es particularmente ilustrativa a este respecto. Para este autor, el criterio fundamental para la distinción está, como ya hemos sugerido, en la religión, toda vez que la condición esencial de ciudadanía viene de la participación de los individuos en los procesos de culto de la ciudad.

*“Si se quiere definir al ciudadano de los tiempos antiguos por su atributo más esencial, es necesario decir que es el hombre que posee la religión de la ciudad. Es aquél que honra a los mismos dioses que ella. Es aquél por quien el arconte o el pritano ofrece el sacrificio cada día, es el que tiene derecho a acercarse a los altares, el que puede penetrar en el recinto sagrado donde se celebran las asambleas, el que asiste a las fiestas, el que forma en las procesiones y se mezcla a las panegirias, el que toma asiento en las comidas sagradas y recibe su parte de las víctimas (...) Al contrario, el extranjero es el que no tiene acceso al culto, aquél a quien no protegen los dioses de la ciudad y ni siquiera tiene el derecho e invocarlos, pues esos dioses nacionales sólo quieren recibir oraciones y ofrendas del ciudadano; rechazan al extranjero; el acceso a sus templos les está prohibido y su presencia durante las ceremonias es un sacrilegio”.* (De Coulanges, 2010, págs. 88-89)

De este modo puede sostenerse que, en efecto, hay profundas diferencias marcadas por la religión entre las polis (a pesar de todas las semejanzas definidas por su carácter *griego*) que les llevan a luchar por la defensa de su autonomía política, por lo que aun siendo vecinas resultan sociedades enteramente separadas: *cada ciudad, por exigencias de su misma religión tenía que ser absolutamente independiente. Era necesario que cada cual poseyese su código particular, pues cada una tenía su religión y de esta emanaba la ley. Cada cual debería tener su justicia soberana y no podía haber justicia superior a la de la ciudad”* (De Coulanges, 2010, pág. 197)

Esta situación se puede representar, desde una perspectiva sistémica, pensando en el conjunto de las comunidades griegas como un subsistema del sistema internacional regional que incluía, desde el sur de Italia al Occidente, hasta Persia en el Oriente y desde el sur de la península balcánica al Norte hasta Egipto y Libia al Sur. A pesar de todas las diferencias étnicas y culturales

en la región, hay un claro vínculo estructural entre todas ellas que nos permite, en efecto, su representación sistémica.

Otro caso relevante es el de la práctica del envío de mensajeros entre gobernantes de las polis tiene antecedentes en la función de los heraldos del periodo homérico, quienes no se limitaban a llevar mensajes de un lado al otro; ellos desempeñaban a la vez importantes funciones como negociadores y mediadores. Esta función era llevada a cabo por individuos destacados por su buena memoria y sus capacidades para la oratoria. Herodoto nos relata, por ejemplo, un episodio anterior a las guerras médicas en el que un representante jonio pide ayuda a los espartanos y luego éstos envían a su propio representante ante Ciro, el rey de los persas. Todo esto, a nuestro juicio, ilustra la actividad internacional de la época:

*“Y en cuanto llegaron a Esparta, los mensajeros de los jonios y los eolios (ya que eso había sido hecho con rapidez) para hablar a nombre de todos escogieron al focense, quien tenía (por) nombre Pitermo. Éste, habiéndose revestido una vestidura de púrpura, de modo que dándose cuenta concurriera la mayor parte de los espartanos, y de pie, (ellos), decía muchas cosas pidiendo los auxiliaran. Pero los lacedemonios no atendían y les pareció bien no socorrer a los jonios. Ellos, pues, se retiraron; pero los lacedemonios, habiendo rechazado a los mensajeros de los jonios enviaron sin embargo, hombre en una nave de cincuenta remos, según me parece, (como) espías de las actividades de Ciro y de Jonia y habiendo llegado éstos a Focia, enviaron hasta Sardes al más distinguido de ellos mismos, quien tenía por nombre Lacrines, para comunicar a Ciro la declaración de los lacedemonios: no devastar ninguna ciudad del territorio de Grecia porque ellos no (lo) tolerarían” (Herodoto, Historias 1, 2008a, pág. 84).*

### *La guerra del Peloponeso*

El significado de la guerra del Peloponeso es enorme para la historia de las relaciones internacionales y no puede soslayarse en forma alguna<sup>191</sup>. Su

---

<sup>191</sup> El antecedente de las guerras médicas ayuda a poner los eventos posteriores en perspectiva. Como resultado de ellas, Atenas tuvo que ser y fue reconstruida. En el proceso llegó a dominar a su grupo de aliados tanto en términos políticos como económicos. El imperio ateniense arranca con la Liga de Delos, formada para combatir a los persas. La liga dio acceso a los atenienses a lo que era el tesoro comunal de todos los participantes, sin embargo, Atenas uso los recursos para fortalecer su fuerza naval y por lo tanto, su poder y su prestigio. (Gill, 2009)

importancia es doble, desde el punto de vista de nuestro objeto material representa el momento en que los griegos en el cenit de su desarrollo como subsistema regional combaten entre sí tratando de establecer un centro hegemónico de poder central (sin lograrlo) y nulifican a través del proceso el potencial tanto espartano como ateniense para dejar paso al dominio pasajero de otras polis, pero desde el punto de vista de nuestro objeto formal representa el primer momento de reflexión crítica sobre los modos de interacción entre comunidades políticamente autónomas.

Este es el trabajo de Tucídides, quien además de historiador es considerado por muchos como padre del realismo político en el que se sustentan los modelos de política exterior de las grandes potencias de todos los tiempos<sup>192</sup>. Es su análisis teórico la parte de mayor relevancia para el desarrollo teórico de una disciplina de las relaciones internacionales:

*“(...) desde el inicio de su obra, (Tucídides) indica que la guerra era inevitable y achaca la causa al expansionismo imperialista y militar ateniense y el temor que éste suscitaba en Esparta y sus aliados, aunque indica que ambos bandos acudían a la misma en un punto álgido de su potencial bélico y económico, junto al impulso humano de obtener más poder, caracterizado en la ambición ateniense para ampliar su imperio: esto como causa profunda puesta de relieve con tres gotas que colmaron el vaso: el conflicto de Corcira con su metrópolis Corinto, el conflicto y asedio de Potidea y el decreto anti-megarense de prohibición por parte de los atenienses de entrada de productos megarenses en Atenas.” (Lérida Lafarga, 1998c)*

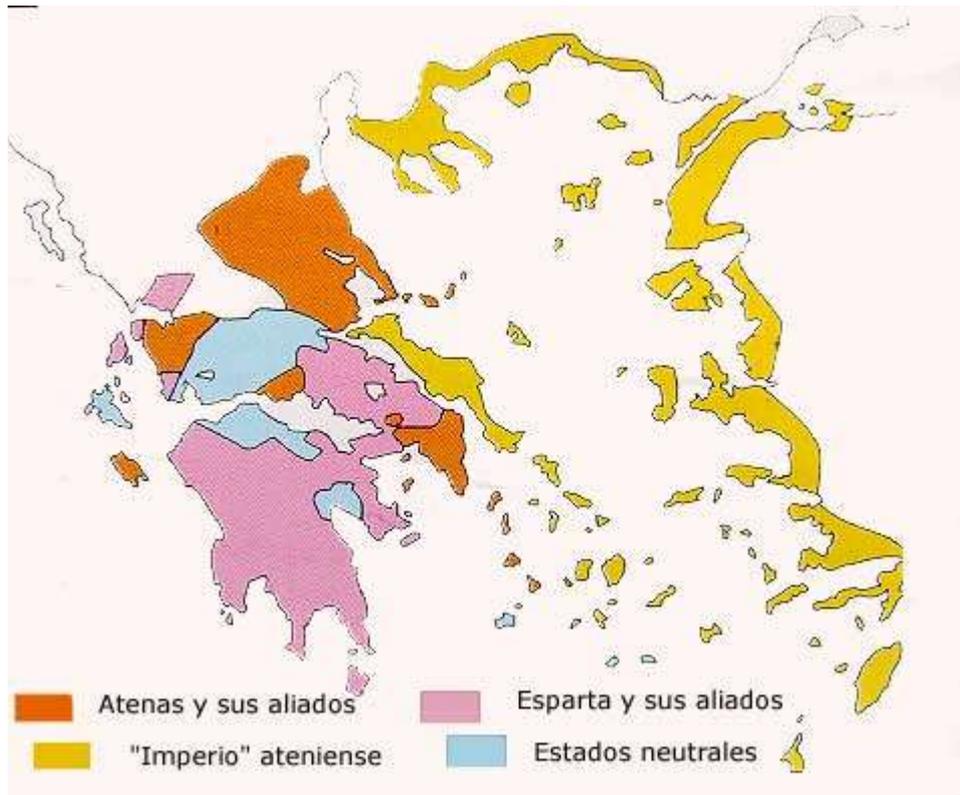
Debemos recordar que hacia el 446 a.C. y en gran medida como resultado del conflicto con los persas, Atenas ya se había convertido en una potencia

---

<sup>192</sup> Son muchos los internacionalistas contemporáneos que reconocen las valiosas aportaciones de Tucídides para el desarrollo tanto de la historia como para el de una disciplina de las relaciones internacionales en el mundo contemporáneo. Pero me gustaría destacar que ya en la antigüedad misma, nuestro autor sentó las bases para el desarrollo de una importante escuela de pensamiento que marcó el trabajo de prominentes autores, como Jenofonte, claramente inspirado por el estilo de Tucídides o, más tarde, Procopio de Cesarea, a quien debemos una gran contribución: *Historia de las Guerras*, escrita con el mismo espíritu analítico del ateniense. Nótese la similitud de enfoques al inicio de la obra del romano con la de Tucídides “*Procopio de Cesarea puso por escrito las guerras que Justiniano, el emperador de los romanos, llevo a cabo contra los barbaros de oriente y occidente, recogiendo cómo vinieron a desarrollarse los acontecimientos en cada una de ellas, para que el largo curso de los siglos no reduzca a la nada los hechos sobresalientes, por estar faltos de un relato, ni los abandone al olvido, ni los deje desvanecerse del todo. Y es justo el recuerdo de tales hechos lo que consideró que sería algo importante y sumamente provechoso para los hombres de hoy y para los del futuro, por si acaso el tiempo los pusiera de nuevo en un trance similar*”. (Procopio de Cesarea, 2000, pág. 33)

marítima de primer nivel, mientras que Esparta basaba su poderío en su fuerza terrestre. Consciente de sus respectivas fuerzas, ambas firmaron un tratado de paz que debería durar 30 años. El mundo griego había quedado formalmente dividido en dos esferas de influencia. Según los términos del tratado, los miembros de un bando no podían cambiar de alianza, aunque las potencias que permanecían neutrales podían favorecer a uno u otro. Según Kagan (2003, pág. 43), probablemente por primera vez en la historia, se intentó mantener la paz exigiendo a las partes someter sus discrepancias a un proceso obligatorio de arbitraje. A partir de ese momento, las cosas se precipitaron:

Corinto, aliada de Esparta entró en conflicto con una de sus colonias, Corcira, una potencia naval. Temerosa de las represalias, Corcira ofreció su apoyo naval a los atenienses. Corinto exigió a los atenienses permanecer neutrales, pero previendo sus posibles ganancias, Atenas firmó una alianza con Corcira y envió una flota en su apoyo. Con el apoyo ateniense Corcira venció a Corinto en la batalla de Sibota en el 433 a.C., y eso provocó el estallido del conflicto entre Atenas y Corinto. Mientras tanto, los espartanos maniobraban diplomáticamente en el campo de influencia ateniense, prometiendo a Potidea (otra colonia corintia, pero que formaba parte del poderío ateniense) apoyo si se rebelaba contra Atenas. Finalmente estuvo el caso de Megara, otra polis que había sido aliada de los espartanos, pero que había abandonado la alianza en el 459 a.C. debido a que Esparta no le quiso apoyar en su disputa territorial con Corinto. Megara pasó al bando ateniense, pero durante el conflicto con Corcira estuvo apoyando a los corintios, por lo que Atenas decretó un embargo comercial en su contra, lo que, según Aristófanes los puso al borde de la bancarrota. Corinto aprovechó entonces la ocasión para tratar de desestabilizar al imperio ateniense, lo que finalmente desató la guerra. (Gill, 2009)



Mapa 2 Las guerras del Peloponeso. Fuente: Valle Pavon (2009)

Como es fácil observar, hay aquí toda una gama de enredos políticos y diplomáticos que no son del todo ajenos a procesos similares de otras épocas. También es importante notar que, a diferencia de las guerras médicas, de principios de ese mismo siglo, cuando mediante su esfuerzo unificado los griegos detienen el proceso de expansión del imperio persa hacia Occidente, la guerra del Peloponeso representa una confrontación *entre griegos*, lo que representa un reto teórico respecto de la propuesta de ver a ambos conflictos desde una perspectiva *internacional*, que es justamente la hipótesis de este trabajo. Las guerras médicas pueden verse sin dificultad desde este punto de vista porque las partes en conflicto son claramente *extranjeras* una respecto de la otra, mientras que en el segundo caso hablamos de que todas las partes en conflicto son "griegas". Pero ese es justamente el punto a debate: en ausencia de un poder común la comunidad de polis griegas no puede ser considerada como un estado único y tiene mucho más sentido representarlo como un subsistema internacional integrado por comunidades políticamente autónomas que no ha alcanzado su etapa o fase imperial. Es por ello que la guerra del Peloponeso puede ser considerada como un conflicto *internacional*, y el

recuento que hace Tucídides, como una reflexión teórica significativa para la historia de las relaciones internacionales.

Ya para la época de Tucídides, la práctica del intercambio de mensajeros y de relaciones diplomáticas estaba bastante desarrollada y de hecho, en el relato de la guerra vamos a ver el caso de varias reuniones en las que algún representante de una de las polis habla frente a la asamblea de otra polis en busca de apoyo, planteando amenazas, sugiriendo proyectos conjuntos, cambios de alianza o proponiendo la paz de forma tal que dicha actividad nos permite reconocer la unidad estructural de la actividad diplomática al paso del tiempo, a pesar de las especificidades con las que se lleva a cabo en cada época. Uno de los pasajes más famosos en ese sentido es el célebre diálogo entre los embajadores atenienses que reclaman apoyo para la lucha contra los espartanos y los melios del que procede la identificación de Tucídides como un realista en el plano teórico<sup>193</sup>. El historiador griego relata este diálogo en los siguientes términos:

*“Los melios son una colonia de los lacedemonios y no querían someterse a los atenienses, como ya habían hecho los demás pueblos isleños.*

*En un principio intentaban permanecer tranquilos, sin tomar parte por ninguno de los dos bandos; pero más tarde, forzados por los atenienses, que se dedicaban a devastar su isla, entraron abiertamente en guerra.*

*Así pues, en cuanto acamparon en la isla con las fuerzas antes dicha los estrategos Cleómedes, hijo de Licomedes, y Tisias, hijo de Tisímaco y antes de provocar ningún daño en el territorio enviaron unos embajadores para entablar negociaciones.*

*Los melios no condujeron a estos embajadores a presencia del pueblo, sino que los invitaron a exponer ante los magistrados y los ciudadanos más influyentes los motivos de su venida.”* (Tucídides, 1986 , pág. 530)

A continuación la delegación ateniense planea ante los melios una demanda de apoyo en la guerra contra Esparta, cuestión que se complica porque hasta ese momento los melios habían sido aliados de los espartanos. En respuesta a la

---

<sup>193</sup> El diálogo que sostuvieron los notables de la isla de Melos con los embajadores atenienses en el verano del año 416, esto es, el décimo sexto de iniciada la guerra, constituye uno de los pasajes más importantes y afamados de la obra de Tucídides, puesto que los embajadores de Atenas exponen de manera descarnada los principios del imperialismo que los regía, tanto así como para llegar a sostener que para un imperio tiene mayor valor contar con enemigos que lo teman que con amigos neutrales. (Tucídides, S/D)

demanda ateniense los melios señalan su deseo de permanecer neutrales en el conflicto, por así convenir a sus intereses. Entonces los atenienses agregan:

*“Y bien nosotros no vamos a recurrir por nuestra parte a un largo y poco persuasivo discurso (proclamando que es justo nuestro imperio porque derrotamos al medo, o que hemos emprendido esta expedición contra vosotros por habernos agraviado) pero tampoco esperamos que creáis que nos vais a convencer diciendo que, por ser una colonia de los lacedemonios, no os sumasteis a nuestro bando o que no nos habéis causado daños. Más bien se trata de que alcancemos lo que sea posible sobre la base de los sinceros sentimientos de parte y parte. **Lo sabemos igual que lo sabéis nosotros: en el cálculo humano, la justicia sólo se plantea entre fuerzas iguales. En caso contrario, los más fuertes hacen todo lo que está en su poder y los débiles ceden**” [Énfasis añadido] (Tucídides, 1986 , pág. 532)*

Obviamente el argumento que han extraído los realistas contemporáneos de este pasaje histórico en el sentido de que el diseño de la política exterior de los agentes internacionales debería basarse en la defensa de un interés nacional depende en gran medida de la forma como se concibe al escenario internacional. Para los realistas, éste se define siempre con base en la condición autónoma de los actores y en la ausencia de un poder común, lo que invariablemente genera una condición de anarquía que se vuelve característica de todos los sistemas internacionales y que además depende del equilibrio de fuerza entre los participantes, lo que explica, según Tucídides, la decisión ateniense de exterminar a los melios por haberse negado a participar con ellos en la guerra.

Desde nuestro punto de vista, aunque la anarquía pueda ser una condición inicial de los sistemas internacionales, no tiene porqué ser vista como condición permanente de los mismos. El proceso mismo de interacción lleva a tratar de superar esa condición de anarquía y a avanzar hacia formas graduales de cooperación e integración, pasando por las confederaciones y las federaciones hasta llegar a la etapa de condición imperial que ya antes hemos definido.

En términos filosóficos, los realistas sugieren que la condición de anarquía, a su vez, depende de la naturaleza humana, que es por definición egoísta, por lo

que las colectividades mayores creadas por los seres humanos también tenderán a serlo. Los realistas propician ciertamente una visión reduccionista y simplista de la historia, porque a pesar de reconocer la conveniencia de estudiarla, nulifican la importancia de las especificidades de cada época al sugerir que, a final de cuentas, todo es lo mismo, y está condicionado por esa invariable naturaleza humana.

El enfoque sistémico reconoce las semejanzas estructurales en la historia, pero nunca deja al margen las diferencias específicas de cada época (de donde emergen los especialistas). Reconoce del mismo modo que hay un tipo de escenario internacional anárquico en el que cada participante está empeñado en la defensa de sus propios intereses, pero no admite que todos los escenarios internacionales de la historia sean siempre iguales. Todos tienden a la unidad estructural y eso ofrece una amplia gama de opciones en el espectro que va de la anarquía a la condición imperial y cada sistema se vuelve operativo bajo las condiciones de su especificidad. La única forma de conocer estas diferencias es a través del análisis histórico comparativo de sistemas internacionales históricos. De ahí la importancia de estudiar y caracterizar tantos como sea posible.

Menos conocida que el trabajo de Tucídides (quien no pudo culminar su relato de la guerra debido a su muerte) es la obra de Jenofonte –a quien normalmente se asocia con el relato de una fallida expedición contra territorio del imperio persa en la que 10,000 soldados mercenarios griegos se vieron obligados a regresar a casa bajo el acoso de los persas. Este último episodio es relatado en la *Anábasis*<sup>194</sup>, otro trabajo que ilustra con claridad la condición de internacionalidad de la época; sin embargo, la obra a la que quisiera hacer referencia es *Helénicas* en la que Jenofonte intenta completar el trabajo de Tucídides contándonos el fin de la Guerra del Peloponeso. El trabajo resulta de

---

<sup>194</sup> En el año 401 a.C. Jenofonte se dejó convencer por su amigo Proxeno y se alistó en la expedición de Ciro el Joven, que pretendía derrocar del trono a su hermano Artajerjes II. Tras la batalla de Cunaxa, la difícil situación del contingente griego y la retirada a través de Armenia hacia el Mar Negro, Jenofonte se decidió a escribir su mejor obra, la *Anábasis* en la que abundan los pormenores geográficos y etnográficos, así como el detalle de las cuestiones militares, todo ello escrito con gran naturalidad a través de sus propias experiencias. (Agamador & Tiresias, 2003)

sumo interés justamente por proporcionar elementos para el tipo de análisis internacional que estamos sugiriendo, en el que vemos a Grecia como un subsistema de un sistema internacional mayor, pero a la vez como un sistema internacional en sí mismo. Y es la interacción entre unidades políticamente autónomas lo que define este carácter internacional de ambos sistemas. Presento aquí una síntesis de la obra tal como la ha elaborado la profesora Gallardo de la Universidad de Valencia:

*“LIBRO I: Alcibíades es nombrado estratega por la flota fondeada en Samos y recupera la hegemonía del Egeo, regresando triunfalmente a Atenas, donde se le absuelve de las acusaciones de impiedad y traición. Los espartanos, al mando del rey Agis, se reabastecen y se replantean continuar sitiando el Ática por tierra. Victoria ateniense en las Arginusas, pero una gran tormenta provoca el abandono de los naufragos. Juicio y condena a muerte de los estrategos vencedores.*

*LIBRO II: Lisandro, estratega espartano, se alía a los persas y reorganiza la flota. En Egospótamos apresa la mayoría de las naves atenienses y obliga a regresar a la metrópoli a los colonos. Atenas es incapaz de alimentar a la población. Se otorga a Terámenes plenos poderes para negociar la paz y Lisandro entra triunfalmente en Atenas en abril del 404 a. C. Se instauro el gobierno de los Treinta Tiranos, impuesto por Esparta, que comete graves injusticias. Terámenes, crítico con el régimen, es condenado a muerte. Trasíbulo se subleva y los Treinta huyen a Eleusis. Intervienen Lisandro y Pausanias, el otro rey espartano y se llega a la reconciliación.*

*LIBRO III: Tras morir Agis (397 a. C.), su hermano Agesilao, con el apoyo de Lisandro, le sucede. Las disputas internas espartanas se reflejan en la conspiración fallida de Cinadón, al que ajustician los éforos. Relato de las campañas espartanas contra Élide, marcha de Agesilao a Asia Menor, batalla del río Pactolo, ejecución del sátrapa Tisafernes y coalición de Beocia, Atenas, Corinto y Argos contra Lacedemonia (395 a. C.)*

*LIBRO IV: Los aliados tratan de interceptar el regreso de Agesilao de Asia Menor en Coronea. El rey espartano vence, pero resulta gravemente herido. La alianza libra nuevas batallas contra Esparta en diversos territorios, destacando, entre otros combatientes, Trasíbulo e Ifícrates.*

*LIBRO V: Ante el debilitamiento espartano, Atenas restablece su poderío naval y Persia incrementa su influencia en Grecia. En 387 a. C. Antálcidas, navarca espartano, pacta la paz con el rey persa Artajerjes II. El rey persa convoca a todos los estados griegos y les obliga a firmar la paz con la condición de que se disuelvan todas las*

*ligas y alianzas griegas, excepto la Liga peloponesia. Grecia queda en manos de Esparta, que lleva a cabo numerosas expediciones contra el resto de estados griegos, pero bajo supervisión persa, que controla Asia Menor.*

*LIBRO VI: Asedio frustrado de Esparta a la isla de Corcira, aliada de Atenas. Degradación del ejército espartano que se rebela contra su estratega Mnasipo, quien muere heroicamente. Batalla de Leuctra (371 a. C.), donde Esparta es vencida. Los tebanos, al mando de Epaminondas y Pelópidas, invaden Lacedemonia y arrasan los territorios. Esparta, humillada, pide ayuda a Atenas.*

*LIBRO VII: Decadencia espartana (369-62 a. C). Con Artajerjes como árbitro, los tebanos imponen unas duras condiciones para la paz, inaceptables para Esparta, que continúa cosechando derrotas. Epaminondas invade Esparta, quien resiste a duras penas armando a toda su población, niños incluidos. En la batalla de Mantinea (362 a. C), muere Epaminondas y culmina la hegemonía tebana.” (Gallardo Paúls, 2011)*

Me interesa destacar, por supuesto, los conflictos en los que se ven involucradas las polis griegas y la participación de la diplomacia persa que busca su propio beneficio al convertirse en el fiel de la balanza. La obra de Jenofonte puede verse, desde distintos puntos de vista, pero es claro que hay en ella una aportación muy importante para la política internacional de principios del siglo IV a. C. en toda la región griega y del Asia Menor. De hecho, como puede apreciarse, los libros del tercer al séptimo de las *Helénicas* ilustran con claridad el periodo de la hegemonía espartana hasta la época de la batalla de Leuctra en el 371 a.C. cuando son derrotados por los tebanos y luego el breve periodo de hegemonía tebana que culmina con la batalla de Mantinea menos de una década más tarde.

Durante todo este periodo vamos a ver un intenso despliegue de actividad diplomática, tanto entre las polis como con otros actores del escenario regional, especialmente Persia. Es interesante observar cómo, el juego diplomático de la época no está exento de toda la gama de artimañas que han hecho tristemente célebres a los diplomáticos. Así, por ejemplo, Jenofonte nos cuenta como, “*los tebanos temiendo a su vez que nadie luchara contra los lacedemonios sino ellos, tramaron el siguiente ardid: convencieron al harmoste de Tespias, Esfodrias, dándole dinero –como se sospechó- para que atacara el Ática y así*

*obligar a los atenienses a luchar contra los lacedemonios.*” (Jenofonte, 1985, pág. 221)

Esta actitud es, en buena medida, resultado de la convicción de que ningún individuo debe más lealtad que a su propia polis, porque todos los demás (aun siendo griegos) son esencialmente enemigos. Plutarco relata que Fébidas el espartano atacó la ciudadela de los tebanos durante una tregua y cuando se le preguntó al rey Agesilao si eso era correcto, dijo que más bien había que preguntar si tal acción era útil, ya que todo lo que fuese útil para la patria era bueno. También Cleómenes, rey de Esparta, sugería que todo el mal que pudiese hacerse a los enemigos era justo ante la mirada de los dioses.<sup>195</sup> A pesar de la prédica socrática en favor de la virtud, es claro que no escapaba a los ojos de los estadistas y los diplomáticos de esa época la distinción entre política y moral. Es en este contexto que ambos necesitan reconocer la importancia de su propio *interés nacional* y desarrollar todos los mecanismos para su defensa. Calias lo plantea con claridad cuando acude por tercera ocasión ante la asamblea de los espartanos para negociar de nueva cuenta la paz:

*“Varones lacedemonios, no sólo yo tengo vuestra proxenia, sino que ya el padre de mi padre que la tenía de su padre la entregó a mi linaje. Quiero asimismo mostraros cómo la ciudad nos encomienda esa función en sus diversas situaciones. Así, cuando hay guerra, ella nos elige estrategos y cuando desea tranquilidad nos envía como autores de la paz. Ya anteriormente yo vine dos veces para poner fin a la guerra y en ambas embajadas firmé la paz entre vosotros y nosotros; ahora vengo por tercera vez y reconozco que ahora es mucho más justo conseguir la reconciliación. Efectivamente, no veo que nosotros pensemos unas cosas y vosotros otras, sino que vosotros y nosotros estamos dolidos por la destrucción de Platea y Tespias. ¿Cómo pues no va a ser natural que reconociendo las mismas seamos amigos recíprocos más que enemigos? Sin duda es propio de sensatos no levantar guerras si hay pequeñas diferencias; pero si además somos de la misma opinión, ¿no sería propio de personas muy extrañas no hacer la paz?”* (Jenofonte, 1985, págs. 247-248)

En un detallado estudio sobre la práctica diplomática en el mundo antiguo, Rhodes señala otras formas amañadas de operar en este ámbito:

---

<sup>195</sup> Ver De Coulanges (2010) pág. 202

*“Empezando en la Grecia antigua, P.J. Rhodes investiga diversas clases de ambigüedades halladas en distintos tratados del mundo griego de los siglos V y IV a.C. Mediante el análisis de varios de ellos, Rhodes pondera hasta qué punto “un tratado significaba lo que las partes realmente deseaban que significara”; sin dejar de enfatizar su importancia, especialmente cuando se reforzaban por medio de juramentos. También examina el papel del lenguaje en los tratados y argumenta que, diferentes estados, en diferentes ocasiones empleaban expresiones ambiguas con la intención de poder interpretarlas posteriormente a su propia conveniencia” (Benham, 2008)*

Otra aportación interesante en esta misma dirección nos la ofrece un trabajo relativamente reciente de Víctor Alonso Troncoso (2001) titulado *“Para un corpus de los tratados de alianza de la Grecia Clásica”*, en la que el autor refiere varias obras que iniciaron esta labor de recopilación desde mediados del siglo XVIII, pero que además enlista 42 ejemplos concretos de tratados, y aunque no hay un análisis específico de ellos, ofrece todas las referencias para una búsqueda detallada que permita un análisis más a fondo de procesos que aquí señalamos como ejemplos de relaciones internacionales. Troncoso vislumbra claramente la asignatura pendiente en cuanto al análisis de éstos cuando plantea que:

*“Hasta aquí una relación de tratados internacionales de alianza que no pretender ser exhaustiva, pero que creemos debería formar parte de ese futuro corpus, cuya realización consideramos pendiente y necesaria para una comprensión del funcionamiento de la historia política de la Grecia Clásica con todas sus singularidades” (Troncoso, 2001, pág. 231)*

*Hacia la unificación de los griegos.*

En este ámbito de lucha constante, con diversos actores de similares capacidades militares tratando de imponer su hegemonía sobre los demás, no es tan fácil vislumbrar un desenlace de unidad política que diera al subsistema de los griegos ocasión de transitar exitosamente hacia una fase imperial. Es interesante seguir el proceso a través de la mirada analítica de algunos de los observadores más agudos de la escena política griega clásica. En este sentido, representan las tendencias más contrastantes dos oradores atenienses:

Demóstenes<sup>196</sup> e Isócrates, el primero, partidario de una especie de *tribalismo* que se centra primordialmente en la lealtad local a su propia polis (en este caso, Atenas), el segundo, con una mirada más cosmopolita que propugna por la unidad de todos los griegos, independientemente de quien ejerza el poder hegemónico para lograrlo.

Ambos autores están conscientes del drama que vive la Hélade en virtud de las interminables disputas que confrontan a las polis entre sí y las debilitan ante enemigos externos. Isócrates lo describe con mucha precisión en una breve misiva a Arquidamo.

*“me sorprende que nunca se le haya ocurrido a quienes ostentan el poder hablar o actuar para pensar acerca de cuestiones panhelénicas o sentir lástima por la infame situación de Grecia, que ahora sufre de manera vergonzosa e impactante. No hay parte de Grecia que no esté afectada por la guerra y disputas locales, por las matanzas y por innumerables males [que esto acarrea]. La mayor parte de estos afecta a los griegos que viven en las costas de Asia a quienes abandonamos en el tratado de paz de Antálcidas con el rey de Persia, quienes a pesar de compartir nuestro lenguaje han adoptado la cultura de los bárbaros (...) ninguna de las ciudades que pretende el liderazgo de todos los griegos se ha preocupado por estas circunstancias, que prevalecen desde hace ya algún tiempo y ninguno de sus líderes ha manifestado agravio por esto, excepto tu padre. Sólo Agesilao, entre todos los que conocemos, quiso durante toda su vida liberar a los griegos y hacer la guerra a los bárbaros (...) sin embargo a pesar de sus esfuerzos, sólo ocasionó grandes problemas y peligros para los griegos y debido al desorden causado no tuvo ni el tiempo ni el poder para hacer la guerra contra los bárbaros. A partir de los errores de esa época hoy es fácil entender que quienes planean bien no deberían iniciar la guerra contra el Gran Rey antes de haber reconciliado a todos los griegos y poner fin a sus locuras y gusto por las disputas.”* (Isócrates, 2004, págs. 279-280)

Isócrates, quien tuvo una larga vida (436-338 a.C.) dedicó la mayor parte de su obra a promover el ideal de la unidad entre los griegos. Hizo recomendaciones

---

<sup>196</sup> Demóstenes hizo su aparición en la escena pública en un período particularmente delicado de la historia de su ciudad y de toda Grecia: un rey extranjero que había vivido largo tiempo en Tebas supo aprovechar las rivalidades y debilidades de los griegos para dominarlos. Este gran conquistador era Filipo de Macedonia, hombre de una gran inteligencia y sin escrúpulos, a la vez prudente y audaz. En un primer momento se inmiscuyó en las rivalidades entre los Estados griegos, sosteniendo ora a uno ora a otro; y atacó luego resueltamente a Atenas y Tebas, que se aliaron demasiado tarde para defender su libertad común. Demóstenes fue el jefe y animador del partido nacionalista que trató de impedir la sumisión de Grecia a Filipo. (Pellini, S/D)

tendientes a lograr esa unidad tanto a los atenienses como a los espartanos, a los tebanos y finalmente promovió la causa entre los macedonios. En contraste, Demóstenes lanzó las más fuertes diatribas en contra del proyecto unificador en sus célebres *Filípicas*. Independientemente de que nuestras simpatías puedan estar con uno u otro, es claro que estamos en presencia de debates en los que cada línea de argumentación tiene un trasfondo internacional del que los analistas internacionales de todas las épocas pueden aprender mucho.

Como hemos señalado, a pesar de sus vínculos culturales, en virtud de sus prácticas religiosas, cada polis debe ser vista como una entidad políticamente autónoma con respecto a las demás. Los festejos religiosos nos permiten reconocer las lealtades locales, no obstante la puerta no está enteramente cerrada a celebraciones colectivas que incluyen a diversas polis: festivales panegíricos que permiten la participación de varias ciudades en un mismo festival. Los más famosos son, desde luego, los juegos olímpicos, los píticos celebrados en Delfos, los de Nemea y los corintios. Isócrates reconoce la importancia en su *Discurso Panegírico* en el que señala:

*“Quienes establecieron los festivales panegíricos son justamente honrados por habernos transmitido tan buena costumbre, ya que nos permite establecer tratados de paz, desvincularnos de cualquier hostilidad existente y reunirnos para hacer oraciones y sacrificios; esto nos permite recordar nuestra herencia y nuestros vínculos comunes, establecer lazos de buena voluntad para el futuro y renovar antiguas relaciones de hospitalidad a la vez que forjar nuevas.”* (Isócrates, 2004, pág. 38)

De hecho, la obra completa de Isócrates puede leerse provechosamente desde una perspectiva internacional porque prácticamente toda está permeada por este enfoque. Sobre todo en sus discursos: *Panegírico*, *A Filipo*, *Arquidamo*, *Sobre la Paz*, *Aeropagítica*, hay un análisis profundo del significado de la convivencia entre griegos en ausencia de un poder común que regule su interacción y de la necesidad de promover la unión entre todos ellos para así evitar el desgaste fratricida.

*“Ubicado en una situación histórica crítica, Isócrates buscará desde su perspectiva cultural alcanzar tanto la unidad de todos los helenos como la superación de la decadencia de su polis, Atenas. Para esto será necesario educar a las nuevas generaciones de atenienses por medio de la retórica, único agente formativo capaz de dotar al ciudadano y al*

*dirigente con las herramientas fundamentales para salvar a Grecia de un ocaso total. A través de su modelo intelectual y de vida, Isócrates esperaba lograr un efecto multiplicador, transformando a sus educandos en educadores políticos de otros ciudadanos, que a su vez continuarán la labor emprendida". (Pierrotti, S/D)*

### *La hegemonía macedonia.*

Como hecho histórico, el ascenso de Macedonia es un proceso singular que debe ser explicado en función de su contexto material concreto. Desde una perspectiva sistémica, este hecho singular es una manifestación de una recurrencia sociológica: los sistemas internacionales tienden a integrarse en una fase imperial bajo la guía de un poder hegemónico (aunque ciertamente no todos lo logran)<sup>197</sup>. Varias polis del ámbito griego aspiraron en un momento dado a ese control hegemónico sobre el resto de la Hélade, pero ninguna pudo lograrlo hasta la aparición de los macedonios bajo el liderazgo de Filipo II<sup>198</sup> y de su hijo, el célebre Alejandro, conocido como Magno.

La intensa actividad, tanto bélica como diplomática, confirma de nueva cuenta que, en efecto, podemos hablar (de manera significativa) de un sub-sistema internacional de carácter regional que está en tránsito, de una fase de anarquía hacia una fase de fusión imperial. Filipo ha sido reconocido como un hábil guerrero, pero analizando el contexto, es evidente que sus capacidades diplomáticas no eran menores. Su tierra natal, Macedonia se localiza en la parte nororiental de la Hélade. Aunque las tribus macedónicas hablaban un dialecto emparentado con el griego y se consideraban a sí mismas como

---

<sup>197</sup> Uno puede preguntarse qué importancia podría tener para el conocimiento de la singularidad histórica la idea de una recurrencia sociológica en el devenir temporal. Se dice que Heráclito, nacido en Éfeso hacia el 550 a. C. afirmó que *"la verdadera sabiduría no consiste en aprender muchas cosas, sino en descubrir la que las regula todas"*, lo que de alguna manera parece justificar el enfoque sistémico para el análisis social.

<sup>198</sup> Parte de lo que sabemos sobre él procede de un texto rescrito por Marco Juniano Justino en el siglo III de la era cristiana, basado en un trabajo anterior de Pompeyo Trogo, historiador del siglo I, que narra en *Historiae Phillipicae* todas las vicisitudes que pasó de joven, cuando, como parte de los procesos de paz, su hermano Alejandro II lo entregó como rehén, primero a los ilirios y luego a los tebanos, a donde conoció al afamado general Epaminondas, fundador de la falange tebana. El texto también narra todas las intrigas palaciegas de las que fue objeto: complots, de su madre, el asesinato de sus hermanos, la regencia de su sobrino, etc. Hasta su coronación. (Halsall, 1998)

griegas (helenas), la mayoría de los helenos los habían considerado más bien como bárbaros (no tanto por sus costumbres primitivas, sino porque hablaban algo distinto).

Hasta mediados del siglo IV anterior a Cristo, los macedonios sólo habían desempeñado un papel realmente menor en la historia de Grecia. Sin embargo, con la llegada de Filipo al poder en el 359 a.C., las cosas empezaron a cambiar. Filipo asumió el trono luego de que los macedonios habían sufrido una derrota a manos de Iliria, pero inmediatamente reorganizó sus fuerzas, tanto políticas como militares y al año siguiente cobró venganza y dominó a toda la región, incorporando los cuatro reinos macedonios del norte al propio. Fortaleció su posición a través de alianzas selladas con compromisos matrimoniales, de las cuales quizá la más importante habría sido la establecida con la gente de Molosia al desposar a Olimpia, futura madre de Alejandro. (Untereker, Kossuth, & Kelsey, 1996)

Comentaristas de la época lo describen como un político ambicioso, determinado y sin escrúpulos (en este sentido, su enemigo más célebre fue el orador ateniense Demóstenes<sup>199</sup>) que sabía explotar las esperanzas, temores y rencores mutuos entre las polis griegas para procurar su propio beneficio; uno de sus éxitos diplomáticos más sonados fue la defensa de Delfos en su lucha contra Foquis. También liberó algunas ciudades vasallas de los atenienses y les dio su libertad, lo que generó una reputación muy favorable para él. Gran parte de su éxito se fincó en haber logrado el control de las minas de oro de Anfipolis, lo que le dio los recursos necesarios para: crear una infraestructura de caminos para integrar a su país, para sobornar a los políticos griegos y para construir un poderoso ejército: una poderosa máquina de guerra apoyada en la caballería, la falange y la infantería ligera que le daban una enorme capacidad de maniobra (Butler, 2007). Cuando los tebanos y los atenienses decidieron enfrentarlo conjuntamente, Filipo consiguió una victoria decisiva en Queronea,

---

<sup>199</sup> Según Plutarco, Demóstenes fue el hijo de un rico propietario de un obrador de cuchillos y otro de muebles, que nació en Peania, una aldea situada al sur de Atenas y asentada sobre la ladera oriental del Monte Himeto, nacido el año 384 a.C. era en su infancia un niño delicado y enfermizo, que gracias a su perseverancia llegó a ser uno de los más destacados oradores del periodo clásico en Grecia. (Plutarco, 2005, págs. 390-391)

gracias a la cual pudo considerarse prácticamente dueño de la situación en toda Grecia.

Nuevamente, Filipo demostró sus habilidades diplomáticas. Trató con firmeza a los tebanos, pero fue generoso con Atenas pues sabía que requeriría del apoyo ateniense para llevar a cabo el proyecto de guerra contra los persas que le había aconsejado Isócrates como mecanismo para lograr y mantener la unidad de los griegos. Demóstenes, sin embargo, no creía en la buena voluntad de Filipo como ya había hecho manifiesto desde su primera Filípica donde sugiere a los atenienses enfrentarlo, si bien no directamente debido a las debilidades por las que atraviesa Atenas en ese momento, si a través de una guerra de guerrillas:

*“No es posible ahora procurarnos un ejército que pueda hacerle frente en orden de batalla, sino que es menester emplear la técnica del saqueo y valernos de este tipo de guerra en un principio; no ha de ser por tanto excesiva la fuerza en contingentes, pues no hay soldada ni avituallamiento del todo insignificante.”* (Demóstenes, 1998, pág. 68)

Como puede verse, para Demóstenes era preferible la independencia de las polis que su unidad forzada por cualquiera que no fueran los atenienses. Esta idea aparece al principio del discurso que acabamos de referir:

*“Y si alguno de vosotros, varones atenienses, piensa que Filipo es difícil de combatir, considerando el gran número de contingentes de las fuerzas armadas de las que dispone y el hecho de que nuestra ciudad haya perdido todas sus plazas fuertes, piensa correctamente; tenga en cuenta, sin embargo, que antaño teníamos nosotros, varones atenienses, como cosa propia Pidna, Potidea y Metone y todo el territorio alrededor, **y que muchos de los pueblos que ahora están de su lado eran de suyo autónomos y libres y estaban más dispuestos a mantener relaciones de familiaridad con nosotros que con él.** [Énfasis añadido](Demóstenes, 1998, pág. 61)*

A fin de controlar la política griega, Filipo estableció la Liga de Corinto en el 337 a.C. Su intención era disponer de una organización capaz de preservar la paz general (*koinē eirēnē*). En ella participaron delegados de todas las ciudades griegas (con la excepción de Esparta) incluidas las islas y todos juraron respetar sus mandatos y reconocer a Filipo como su dirigente (*hēgemōn*). De hecho, la idea de una *paz general* había sido desarrollada por los propios griegos y se había promulgado con frecuencia desde el fin de las guerras

médicas, cuando alguna de las polis trataba de promover su propia hegemonía, aunque siempre había durado poco debido a la falta de confianza entre las polis, pero sobre todo, debido a la falta de capacidad para crear instituciones sólidas y duraderas que les permitieran confrontar las agresiones externas. Filipo se encargó de crear esa institución a la que brindó todo su apoyo, pero se reservó el derecho de implementar sus decisiones por su condición de *hēgemōn*. Cada polis debía hacer aportaciones de conformidad con su peso específico en este consejo, pero Filipo administraba todos sus recursos (Philip II, 2012). Para muchos historiadores, todo esto marca el fin del predominio de las polis en el ámbito de la Hélade y da paso al establecimiento de los reinos macedonios, que vendrían a cambiar la escena política. Como en otros casos, la afirmación es parcialmente cierta, pero sin duda puede ser matizada.

Filipo planteó ante la Liga sus planes para lanzar una guerra contra Persia (en venganza contra la invasión de los persas más de 150 años antes) y su moción fue aprobada por el Consejo. Sin embargo, no pudo llevar a cabo sus planes porque fue asesinado, supuestamente debido a un enredo pasional gestado en su propia corte. No obstante, su hijo y sucesor logró mantener vigente el proyecto (a pesar de su corta edad) y de hecho lo concretó con tanto éxito que, en gran medida cambió el curso de la historia. Las conquistas de Alejandro son realmente legendarias y, quizá de no haber sido por su muerte inoportuna habrían establecido una fase imperial que no sólo abarcaba a Grecia sino al sistema internacional completo de la región<sup>200</sup>. No es este, por supuesto el sitio para especular con la idea. Pero sí podemos afirmar que esa experiencia ilustra con claridad la dinámica sistémica de la que hemos venido hablando en esta obra.

La construcción del imperio de Alejandro es un hecho histórico inminentemente internacional (en el sentido laxo del término). Implica el establecimiento (aunque efímero) de un poder hegemónico sobre una amplia región y aunque el poder político centralizado no logra concretarse, la experiencia abre paso

---

<sup>200</sup> Alejandro parecía tener una conciencia cosmopolita claramente definida en función de la cual trató de realizar una síntesis entre el mundo oriental y el occidental. Organizó una gran boda en Susa, en la que él, sus generales y otros diez mil macedonios se casaron con mujeres de la nobleza persa. Pero a pesar de sus esfuerzos no consiguió que persas y macedonios fueran un solo pueblo. Como los reyes persas, Alejandro siguió también una política de gran tolerancia religiosa. (Martín-Moreno, S/D)

para una expansión cultural griega que dominó a la región por varios siglos, incluso después de establecida la hegemonía militar romana.

### *La época helenística*<sup>201</sup>.

Dice Price que el periodo helenístico, es decir, los tres siglos que van de la época de Alejandro Magno (336-323 a.C.) a la época de Augusto, el primer emperador romano (31 a.C. a 14 d.C.) frecuentemente ha sido considerado como una etapa incoherente y poco interesante de la historia griega (Price, 1993, pág. 315). Pero evidentemente, como historiador de ese periodo no puede estar de acuerdo. Para él, ésta era tiene tanto su propia coherencia interna como su interés temático: su característica más importante fue el establecimiento de monarquías griegas que controlaron la región comprendida entre Grecia y Afganistán, lo que generó importantes cambios en las estructuras políticas y sociales de todo ese ámbito.

A su muerte, sus parientes y generales empezaron a disputarse la sucesión. Fue una lucha encarnizada de la que no pudo salir un solo y único vencedor. Casi 50 años después había tres reinos principales que dominarían la región del Mediterráneo oriental hasta la llegada de los romanos<sup>202</sup>, esos eran: el Egipto Ptolemaico, el reino Seleúcida y el reino de Macedonia (Price, 1993, págs. 317-319). La dinámica internacional entre ellos y otros reinos menores fue tan intensa durante los siguientes doscientos años como lo había sido durante todo el periodo de predominio de las polis en Grecia.

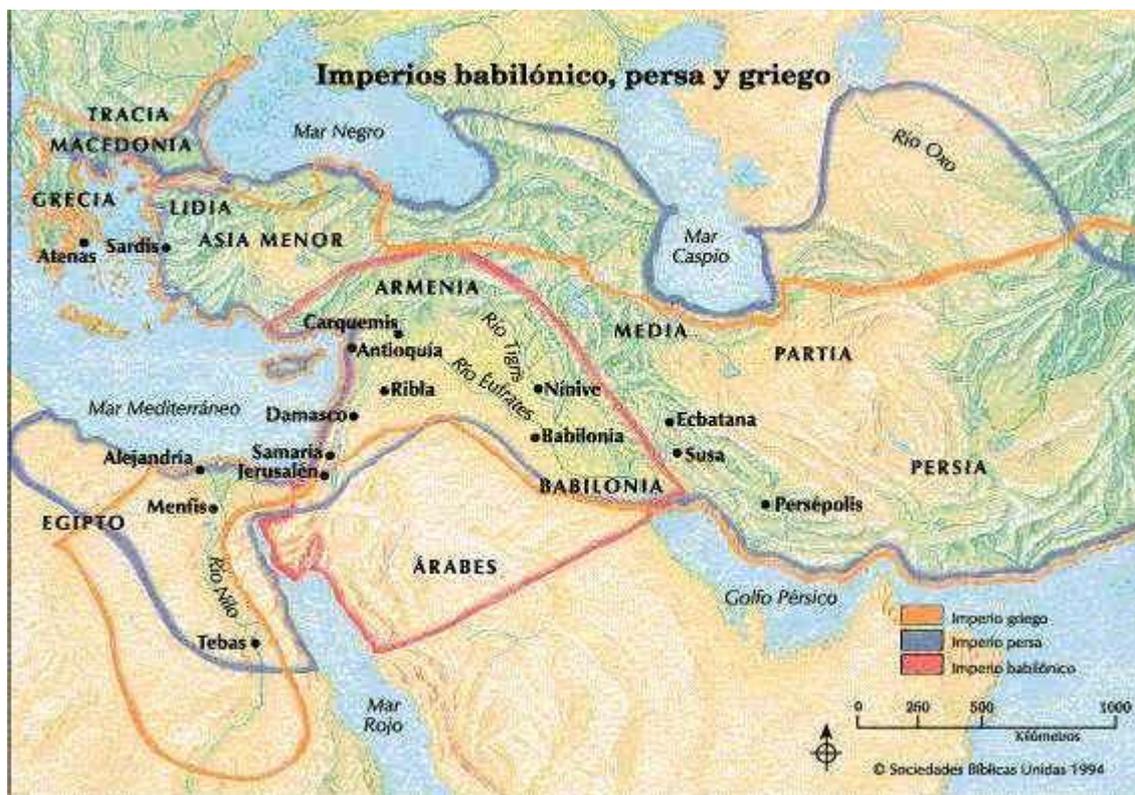
Pero obviamente, las polis no desaparecieron así nada más del escenario. Varias de ellas quedaron subordinadas al poder hegemónico de un rey lo que

---

<sup>201</sup> Para Juan Manuel Martín-Moreno, son helénicos a todos los fenómenos culturales asociados a la península griega durante los siglos de oro, siglos V y IV a.C. En cambio, son "helenísticos" a todos los fenómenos, artísticos, literarios, y sociales relacionados con la cultura griega exportada a los países del Oriente, durante los siglos III a.C. al siglo I. (Martín-Moreno, S/D)

<sup>202</sup> Desde el año 280 se consolidan las tendencias a formarse estados monárquicos hereditarios, resultado de los múltiples factores que se han ido desarrollando de múltiples maneras en el período de los Diádocos, la monarquía macedónica, el despotismo oriental y la ciudad griega, tras haberse fundido en la compleja obra de Alejandro. El resultado es una realidad múltiple y diversa, tendente a la unidad, sobre la base de que ésta sólo era posible en la conciencia de su propia heterogeneidad. (Martín-Moreno, S/D)

claramente indica el debilitamiento mismo de la idea de una polis y su progresiva transformación en reino (aunque esto no demerita en si la idea de las entidades políticamente autónomas y su interacción respectiva). Otras establecieron alianzas de carácter más permanente para protegerse de las aspiraciones reales. Y aunque ya no fueran actores primordiales de la escena internacional, la lucha entre entidades políticamente autónomas siguió siendo tan encarnizada como siempre.



Mapa 3 Imperios babilónico, persa y griego. Fuente Martín-Moreno (S/D)

A pesar de sus esfuerzos, ninguno de los reinos helenísticos tuvo la capacidad de someter a los demás. Aunque se mantenía la aspiración de reunificar el imperio de Alejandro, al final todos se tuvieron que conformar con tratar de mantener un equilibrio de poder.

Siria y Macedonia eran los más renuentes a tal equilibrio y mantuvieron constantes luchas entre sí, tratando de ganar alianzas locales para derrotar a su adversario, sin lograrlo. Es en este escenario de constantes querellas que

llegaron los romanos, primero como fiel de la balanza, luego como poder hegemónico dominante.

*“Para el Oriente helenístico, el surgimiento de Roma como poder imperial era un portento dentro de la historia política, con el cual tenían que contar todas las potencias existentes. La mayoría de ellas trató de utilizarlo como anzuelo. Indudablemente, ninguna creía que la interferencia iba a poner un fin inmediato y definitivo al equilibrio de poderes del mundo helenístico. Debemos recordar que para muchos Estados helenísticos ese equilibrio no constituía un ideal, sino un desagradable estado de cosas que era preciso tolerar. De hecho, solo los Estados que no podían existir sin ese equilibrio le dieron su apoyo deliberado. Tal ocurría con las grandes repúblicas mercantiles de Rodas, Cízico y Bizancio, y las diminutas monarquías helenísticas, en particular, Pérgamo. Todas estas consideraban que su propia libertad naufragaría si cualquiera de las grandes monarquías se hiciera más poderosa. Los dos imperios más fuertes del Oriente, Macedonia y Siria, eran resueltamente hostiles al equilibrio de poderes. A principios del siglo II a. C, Egipto había perdido la mayoría de sus posesiones en el exterior y se hallaba gobernado por reyes débiles e incapaces”.*  
(Rostovtzeff, S/D)

Cuando Filipo V de Macedonia entabló alianza con Antíoco III de Siria, muchos de los reinos adyacentes se sintieron amenazados y buscaron fortalecer sus vínculos con Roma para impedir el avasallamiento. Esto generó una intensa actividad diplomática de la que los romanos salieron claramente fortalecidos hasta que efectivamente se convirtieron en amos de la región e incorporaron a Grecia como provincia del imperio romano.

*“En el 215 a. C. Roma empezó a interferir en los asuntos de Grecia. Filipo V de Macedonia se alió con Cartago contra Roma, pero los romanos, con el apoyo de la Liga Etolia, vencieron a las fuerzas macedonias en el 206 a. C., y consiguieron importantes posiciones en Grecia. Roma, apoyada por ambas ligas, derrotó nuevamente a Filipo V en el 197 a. C. en la batalla de Cinoscéfalos, y Macedonia, totalmente sometida, aceptó pactar la paz con Roma y reconocer la independencia de los estados griegos, los cuales, sin embargo, sólo cambiaron un dominador por otro. En un último intento desesperado por liberarse, los miembros de la Liga Aquea resistieron a las demandas de Roma en el 149 a. C. Hubo una nueva guerra que terminó con la destrucción de Corinto a manos de las legiones romanas en el 146 a. C. Las Ligas Etolia y Aquea fueron disueltas y Grecia fue anexionada en su totalidad por Roma, que creó la provincia romana de Macedonia, cuyo procónsul extendía su autoridad al resto de Grecia. Sólo Atenas, Esparta y Delfos escaparon a esta situación, convirtiéndose en ciudades federadas”.*  
(Pellini, S/D)

## Conclusiones.

El análisis realizado nos permite corroborar la idea de que es posible estudiar el desarrollo de la cultura griega desde una perspectiva internacional de largo plazo, si la representamos en términos laxos como un sistema internacional histórico, es decir, como un conjunto de entidades políticamente autónomas que, a través de su interacción generan las condiciones sistémicas que marcan su devenir como un subsistema regional que se gesta desde principios del segundo milenio anterior a Cristo hasta la época de la conquista romana, cuando el subsistema griego es incorporado a un sistema mayor.

Podemos observar, a lo largo de su desarrollo, cómo es que el sistema nace originalmente con la llegada de las tribus greco-parlantes al extremo sur de la península balcánica en un contexto de anarquía debido a la ausencia de un poder común que regule la interacción entre ellas y, además, con el exterior (tribus no griegas). Sin embargo, al paso del tiempo, estos grupos humanos van desarrollando usos y costumbres que establecen normas de contacto entre ellas y que permiten el surgimiento de instituciones que pueden ser claramente identificadas como antecedentes remotos de la práctica internacional contemporánea constituyéndose así en claros antecedentes históricos de las relaciones internacionales de todos los tiempos. De este modo, los griegos alcanzan un segundo nivel sistémico en el que, puede decirse que, sobre todo después de las guerras médicas, actúan como una especie de confederación.

Aun cuando de hecho alcanzan una etapa imperial, en los términos descritos para este trabajo, en realidad fue un periodo muy efímero, de modo tal que el imperio creado por Alejandro Magno realmente no sobrevivió a su fundador. Sin embargo, la difusión de la cultura griega por todo el sistema regional fue muy importante para el ulterior desarrollo que éste tuvo bajo la dirección de los romanos, por lo que su trascendencia histórica es tanto aleccionadora como incuestionable.

## Capítulo VI.

### Historia y Relaciones Internacionales: Disciplinas de la complejidad.

*El verdadero viaje de descubrimiento  
no consiste en buscar nuevos  
paisajes sino en tener nuevos ojos.*

Marcel Proust.  
(1999, pág. 309)

#### *Introducción*

La noción de disgregación de un objeto de estudio con el fin de entenderlo está tan arraigada en la ciencia tradicional que destacados filósofos de la ciencia han argumentado una dificultad inherente en el análisis de cualquier aspecto de la realidad desde una perspectiva holística, no sólo por el número de variables involucradas en tales procesos, pero básicamente porque, desde su punto de vista, la ciencia sólo puede hacer sentido/ progreso real cuando es aceptado que ese comportamiento de las “partes” puede ser debidamente estudiado independientemente de la “totalidad”; en otras palabras, se asume que la “parte” debe hacer y tener sentido en sí misma. (Nagel, 1979, págs. 380-398).

Esta idea no es del todo errónea; de hecho la TGS asume la naturaleza autónoma de todos los subsistemas, pero el conocimiento integral requiere el ejercicio de reintegración del todo con el fin de entenderlo. Claramente, como Nagel lo ha sugerido, La noción del *todo* necesita ser definida de forma cuidadosa antes de que cualquier enfoque útil pueda hacerse.

A pesar de haber sido refutada en algunos campos académicos, la disciplinabilidad (el proceso de construcción de disciplinas en la búsqueda del conocimiento) ha sido un componente básico para el desarrollo científico y tecnológico por más de dos milenios. En la tradición occidental, fue Aristóteles quien estableció el fundamento de la investigación esquemática en la búsqueda de la *episteme*: conocimiento de alta calidad, mediante el proceso de identificación de un objeto de estudio, delimitarlo de entre el resto de la realidad y después segmentarlo en partes más fácilmente comprensibles. La ciencia moderna ha perfeccionado ese proceso, ahora llamado reduccionismo, y lo

estableció como la base más sólida para el progreso científico. No es, sin embargo, exclusivo del pensamiento científico, en la tradición occidental, aún al nivel del sentido común más elemental del sentido común que tienden a descomponer nuestros problemas en pequeñas piezas como un proceso regular para entenderlos.

En la ciencia, el reduccionismo<sup>203</sup> trazó el camino hacia la súper-especialización, lo que permitió un conocimiento muy detallado sobre múltiples aspectos de la realidad. Los especialistas, sin embargo, tienden a centrarse en sus propios objetos de estudio de manera tan puntual que, aunque los llegan a conocer cada vez mejor, al mismo tiempo tienden a cegarse con respecto a otras formas de ver las cosas o a entender la interconexión que vincula a sus objetos de estudio con el resto de la realidad. De este modo, los especialistas no sólo tienden a extrapolar su propia visión de las cosas de manera indiscriminada hacia otros ámbitos de observación, sino que de alguna manera pierden la habilidad para comunicarse con especialistas de otras áreas. C.P. Snow dio una alerta temprana contra la súper-especialización hace casi medio siglo. (Snow, 1993)

La disciplinaria, por otro lado, no es sólo producto de la inquietud epistemológica. En la medida en que la consolidación de una disciplina en el medio académico trae consigo prestigio social y recursos financieros, el desarrollo disciplinario, como las relaciones interdisciplinarias, frecuentemente se convierten en un auténtico campo de batalla. Es en este contexto que la historia y las relaciones internacionales han tenido una evolución problemática. Ni la delimitación de sus objetos propios de estudio, o de sus enfoques metodológicos, ni las formas de representarlos, explorarlos o de hacer predicciones sobre ellos han sido fácilmente alcanzadas y, a la fecha, siguen siendo motivo de acalorados debates. Como consecuencia, ni la Historia ni las Relaciones Internacionales han tenido campo suficientemente sólido para ser reconocidas como disciplinas sociales.

---

<sup>203</sup> Hago uso de este término para referirme al proceso de fragmentador de un objeto de estudio, más que al proceso de absorción de una disciplina por un campo más amplio, como es usado por Nagel (1979), Cap. 11

La visión reduccionista de la ciencia parece ser de poca ayuda, tanto para los internacionalistas como para los historiadores, sobre todo porque eventos aislados en cada campo ya son estudiados por algunas matrices disciplinarias.

Al trabajar en la definición de sus campos de especialización, ambos encuentran sus objetos de estudio demasiado grandes e interconectados (muy complejos) como para intentar cualquier desenredo fácil que permita generar explicaciones simplistas. Por otra parte, el número de variables que influyen en los fenómenos observables en sus ámbitos de análisis es tan grande, que hacen de la predicción exacta una tarea difícil. Esta situación obliga a una pregunta: dada la complejidad de sus objetos de estudio respectivos, ¿es posible el desarrollo disciplinario (segmentado) en la historia y/o en las relaciones internacionales?

A pesar de la especialización, hoy en día todos los científicos sociales están claramente al tanto de la imposibilidad básica de segmentar la realidad social de un modo nítido y ordenado para permitir campos de observación tajantemente deslindados o aislados. La realidad está tan intrincadamente interconectada que el traslape analítico es ineludible. En el intento de responder a la complejidad del mundo real, la academia ha sugerido la idea de la *multidisciplinariedad* (propuesta tanto en la historia como en las relaciones internacionales); no obstante, el proceso de sintetizar el conocimiento desde diferentes campos de experiencia ha sido más difícil de lograr de lo que se consideraba en un inicio. A partir de ello, se ha generado la idea de una visión *holística* de la realidad social desde una perspectiva sistémica, pero eso también ha demostrado ser más fácil de decir que de hacer dado que las *imágenes integrales* de la realidad no son fáciles de generar y la necesidad de la especialización, que había sido arrojada por la puerta, simplemente regresa por la ventana.

Al final, parece que tanto la visión especializada como la visión integral de la historia o de los escenarios internacionales son necesarias para una comprensión completa de cada ámbito de análisis. Éstas no son mutuamente excluyentes sino complementarias, según la idea de Niels Bohr acerca las

dicotomías inseparables que constituyen la unidad de lo diverso. De acuerdo a este concepto, las ideas aparentemente opuestas no son mutuamente exclusivas; más bien representan aspectos de la misma realidad observada desde diferentes ángulos.

### *1. Historia y Relaciones Internacionales.*

La relación entre historia y relaciones internacionales como esfuerzos disciplinarios ha sido de antaño fuente de interés entre los especialistas de ambos campos. De hecho, como es ampliamente reconocido entre los internacionalistas hoy en día, la Historia Diplomática fue una de las primeras y más importantes fuentes desde la cual la recién nacida disciplina de las relaciones internacionales creció y se desarrolló a principios de la década de 1920 del siglo pasado (Cárdenas Elorduy, 1971). Algunos de los más notables pioneros en relaciones internacionales tuvieron de hecho una sólida formación histórica.

No obstante, en la lucha por librarse de la influencia penetrante de todas las demás matrices disciplinarias que clamaban la supremacía sobre los estudios internacionales en esa época y lograr su propia autonomía disciplinaria durante la mayor parte del siglo XX, las relaciones internacionales se distanciaron (peligrosamente) de la historia, una tendencia que afortunadamente ahora se ha revertido. Esto ha sido más evidente desde el fin del orden bipolar internacional característico del periodo de la “Guerra Fría”, y que ahora nos invita a reconsiderar la relación entre ambos esfuerzos disciplinarios.

Aquellos interesados en los asuntos internacionales han debatido, casi desde un principio, si las relaciones internacionales deben ser consideradas como una disciplina o sólo como un campo de investigación a ser tratado mediante el esfuerzo coordinado y las contribuciones metodológicas de otras disciplinas ya establecidas, como la Ciencia Política, la Sociología, el Derecho, la Economía o la Historia.

Durante un reciente encuentro dentro de un seminario sobre teoría de las relaciones internacionales, el profesor Kal Holsti de la Universidad de British Columbia en Canadá, lo expuso con toda claridad: *“Puedo ver a las Relaciones Internacionales como un objeto de estudio-dijo-pero no como una disciplina independiente”* (Holsti, Seminario de actualización docente., 2007). Sus razones son claras: como campo de estudio, las relaciones internacionales involucran demasiados temas de diversa índole como para ser considerados por un solo especialista. Definitivamente Holsti no está solo al sostener este punto de vista. Reflexionando sobre si las relaciones internacionales deberían ser o no concebidas como una disciplina aparte, en los años 60's del siglo pasado Kaplan se preguntó:

*“¿Son las relaciones internacionales una disciplina distintiva-diferente de la sociología, por ejemplo de la misma forma en que la sociología se distingue de la ciencia política o de la economía? ¿Pueden ser estudiadas de forma independiente o deben ser estudiadas como una sub-disciplina de otra disciplina como la ciencia política? ¿Es el objeto de estudio de las relaciones internacionales susceptible de un estudio disciplinario de una manera coherente o es sólo un fondo genérico del cual elegimos en función de los intereses momentáneos y al que no podemos aplicar una teoría coherente, generalizaciones o métodos estandarizados?”* (Kaplan, 1961, pág. 463)

El propio Kaplan observó cómo la naturaleza de las cuestiones a tratar claramente revelaban la inestabilidad del estado del arte en el estudio de las relaciones internacionales, una situación en la que prácticamente todos podían coincidir en señalar los fenómenos prácticos que deberían ser estudiados, pero pocos dirían que tal estudio se podría o se debería realizar desde una sola y diferenciada perspectiva disciplinaria. El mismo Kaplan, considerado por muchos como el más prominente pionero del punto de vista sistémico en relaciones internacionales, parecía estar convencido de los beneficios de colocar el núcleo duro de los fenómenos internacionales en el seno de la política internacional, por lo que, desde su punto de vista, los fenómenos internacionales podrían ser considerados como una serie de procesos a ser estudiados como rama de la Ciencia Política. Por otro lado, Burton lo apuntaba de manera enfática hace más de 40 años:

*“Las Relaciones Internacionales **no son una disciplina**. Como término describe un campo extensivo de investigación, incluyendo el estudio de*

*las relaciones pacíficas entre las naciones*” [Énfasis añadido] (Burton, 1962, pág. v).

Un diagnóstico aún más contundente fue hecho por Wight pocos años después:

*“Hay algo particular sobre las teorías de relaciones internacionales como rama del aprendizaje intelectual. Durante toda su existencia, la reflexión sistemática en torno a la naturaleza de las relaciones entre estados parece no haber producido grandes libros, ni haber inspirado clásicos de la imaginación histórica o política. En términos morales, ha parecido ser incapaz de enunciar una declaración positiva y progresiva de la existencia humana. Y como un campo de la actividad teórica, ha demostrado una y otra vez ser un callejón sin salida intelectual. En resumen, como un conjunto de escritos ‘la teoría internacional está marcada no sólo por la escasez, sino también por la pobreza intelectual y moral’.* (Wight, 1966, pág. 20).

Aún peor para aquellos que aspiran alcanzar la autonomía disciplinaria,

*“Wight argumentó que no hay una teoría internacional aparte de la filosofía de la historia; **son los historiadores quienes mejor pueden explicar ‘la naturaleza del poder exterior y el funcionamiento del sistema de estados’.**”* [Énfasis añadido] (Booth & Smith, 1995, pág. 8)

A pesar de las críticas contra los intentos de hacer de las relaciones internacionales una disciplina autónoma, el interés por el área como tal (relaciones internacionales como praxis), es decir, el esfuerzo por dotar de sentido unitario a las relaciones internacionales como fenómeno social, continúa creciendo de manera mucho más visible, como ha sido señalado, desde el fin de la Guerra Fría. Ya sea desde una perspectiva disciplinaria unificada o desde una más compleja multi o interdisciplinaria que hoy en día se ha puesto de moda, las relaciones internacionales son ahora parte de la mayoría de los programas académicos alrededor del mundo. El hecho no debe sorprendernos, la naturaleza dinámica del sistema internacional impulsada por la revolución tecnológica a nivel mundial fácilmente explica el interés académico en las relaciones internacionales; como lo ha expuesto Goldstein:

*“Nuestro mundo es amplio y complejo. Las Relaciones Internacionales son un tema fascinante debido a que se trata de pueblos y culturas a lo largo del mundo. El alcance y la complejidad de la interacción de estos grupos hace de las relaciones internacionales un tema difícil de dominar”* (Goldstein, 1996, pág. 3)

La dinámica acelerada del sistema internacional contemporáneo es en sí mismo una invitación abierta a la consideración disciplinaria (esquemática, coherente, organizada y especializada). ¿De qué otra forma podría esta vasta área de observación, que hoy en día incluye a todo el mundo, ser razonablemente enfocada? Un enfoque disciplinario de relaciones internacionales, desde luego, no sólo debe estar sistemáticamente bien organizado, además debe estarlo en torno a un objeto de estudio debidamente aceptado; uno claramente diferenciado de otros objetos de estudio, de otra forma, los estudiantes entrenados para convertirse en internacionalistas encontrarán en extremo difícil desarrollar un sentido de identidad profesional.

Una disciplina autónoma de Relaciones Internacionales también necesita la capacidad de desarrollar explicaciones sistemáticamente organizadas (con base teórica) sobre los acontecimientos característicos en su ámbito. Pero la definición de un objeto de estudio apropiado para los internacionalistas es aún tema de debate entre los especialistas de diferentes campos. De ese modo la cuestión aún permanece ¿Cuál es el área de especialidad (disciplina) mejor calificada para emprender el análisis de lo internacional?

En un reciente ensayo sobre la globalización, sintomáticamente llamado “Sociología de la Globalización”, un grupo de autores franceses tratan de probar que, prácticamente desde sus orígenes, **su** disciplina tiene un perfil predominantemente internacional y un marcado interés por entender y explicar el establecimiento y crecimiento de una sociedad mundial.<sup>204</sup> La lógica que subyace su argumento no es difícil de entender, pues para ellos, la sociología es la matriz disciplinaria más apropiada para el análisis de lo internacional. Su argumento es aún más fácil de entender cuando consideramos el creciente declive de la matrícula en la carrera de Sociología, y no solamente en Francia.

A pesar de los reclamos tempranos para que las Relaciones internacionales sean como una disciplina autónoma preocupada por la formación y desarrollo

---

<sup>204</sup> La idea de entendimiento y explicación del establecimiento y crecimiento de la sociedad mundial es sin duda una buena propuesta para contemplar el objeto de estudio de las relaciones internacionales, aunque no necesariamente como un apéndice de la Sociología. Para un análisis más detallado de la propuesta francesa, ver Martin (2006) págs. 499-521

de sociedades internacionales (Schwarzenberger, 1960, pág. 5) o las más recientes referidas a la condición humana a escala global (Sterns, 2005, pág. 8) o la naturaleza del orden internacional (Sarquís, 2005), los críticos aún encuentran tales nociones demasiado abstractas o demasiado difusas para derivar en conocimiento concreto sobre aspectos específicos de lo *humano a escala global*. Por lo tanto ha habido un creciente apoyo a la idea de que el conocimiento real sobre la realidad internacional sólo puede provenir de una perspectiva multidisciplinaria:

*“El campo de las relaciones internacionales reconoce poca tradición académica y fronteras profesionales. Es, en esencia, un cruce cultural, cruce de campos de especialidad de estudio que incluye aspectos económicos, de ciencia política, historia, sociología y muchas otras disciplinas”.* (CBSS, 2007)

Aquellos que se oponen al intento de hacer de las Relaciones Internacionales una disciplina autónoma aún se preguntan ¿por qué todo el escándalo sobre el estatus de la disciplina? Después de todo, hoy cada una de las ciencias sociales tradicionales reconocen ampliamente la relevancia del ámbito internacional de la realidad social y concentra en ella el contexto de sus propias matrices disciplinarias, argumentando que ésta es la única forma en que podemos tener verdaderos especialistas en el campo del derecho internacional, la política internacional, la economía internacional, entre otras. Un *internacionalista* per se, sería, desde su punto de vista, sería un “todólogo” de utilidad cuestionable en el ámbito de la especialización.

La Historia, por otro lado, tiene un problema un tanto diferente –aunque no carente de relación con el de las Relaciones Internacionales. A pesar de contar con un objeto propio de estudio (el pasado) ampliamente reconocido como su dominio de investigación hoy en día, los historiadores han tenido problemas con la metodología más apropiada para establecer una forma aceptable de organización sistemática que permita explorar y explicar su objeto de estudio. Como esfuerzo intelectual orientado a reconstruir la singularidad de acontecimientos pasados, la historia ha sido en general, renuente a aceptar la idea de que tales acontecimientos puedan ser considerados como expresión de cualquier forma de regularidad sociológica que pudiera permitir una reconstrucción *científica* del pasado. Este hecho ha nutrido, por mucho tiempo,

un vivo debate sobre si la disciplina debe ser contemplada entre las ciencias sociales o las humanidades.

Por otra parte, aún cuando la mayoría de los especialistas en ciencias sociales han reconocido la naturaleza intrínsecamente histórica de toda disciplina social, durante las pasadas décadas del último siglo el *presentismo* se convirtió en una tendencia dominante que ha venido a cuestionar el valor final de la historia. El argumento del presentismo es relativamente simplista: la especificidad del presente hace que la contribución de la historia sea de poca utilidad más allá de su valor anecdótico. El argumento, sin embargo, no es muy difícil de impugnar. Gould ha sugerido vívidamente que seamos conscientes o no del hecho, la historia ejerce una influencia penetrante en cada sistema viviente en la medida en que todos llevamos la marca permanente del pasado en nuestras vidas:

*“Una explicación histórica no se basa en deducciones directas de las leyes de la naturaleza, sino en el conjunto impredecible de estados antecedentes, donde cualquier cambio importante en cualquier etapa de la secuencia habría alterado el resultado final. Este resultado final es así, dependiente, contingente, de lo anterior- la imborrable y determinante huella de la historia”* (Gould, 1991, pág. 283)

Finalmente, los historiadores están cada vez más conscientes de lo vasto del pasado como un ámbito de investigación en el contexto de la realidad social. Entenderlo y explicarlo como un todo es claramente un reto mucho más amplio que su mera reconstrucción *objetiva*. Desde este punto de vista, los historiadores de hoy están mucho más conscientes del hecho de que deben argumentar entre sí y no siempre estar de acuerdo sobre sus maneras de interpretar el pasado, las cuales siempre quedarán sujetas a revisión. Lo vasto de su campo de investigación necesariamente involucra experiencia en el dominio de muchas otras disciplinas sociales, de una forma muy similar a lo que ocurre al intentar entender y explicar las relaciones internacionales.

En otras palabras, si el presente necesita ser segmentado en diferentes esferas o áreas de investigación debido a las dificultades inherentes al tratar de abordarlo como un todo, ¿por qué debería el pasado ser diferente en ese respecto? ¿No debería también ser considerado y analizado desde la

perspectiva individual de cada una de las ciencias sociales? ¿No debería el Derecho, la Ciencia Política, Sociología y todas las demás estar a cargo de la reconstrucción de *su propio pasado*? ¿Por qué debería dejarse esa tarea particular en las manos de historiadores y especialistas distintivos, por qué ellos, cuando no son siquiera considerados científicos sociales?

Pareciera, como en el caso de las relaciones internacionales, que la respuesta a este reto ha sido tratada, mediante el recurso de la multidisciplinariedad:

*“La historia es la más universal de las humanidades. No es simplemente un conjunto de hechos que hay que aprehender, sino una serie de argumentos y puntos de vista a ser debatidos. El estudio de las ideas, actitudes y acciones de las personas **en el pasado** ayudan a formar el propio sentido de valores de una persona, ofreciendo lecciones morales en la búsqueda de un futuro global de resultado creativo para la paz internacional. **También ayuda a cultivar un espíritu más tolerante y compasivo hacia los pueblos cuya cultura y modo de vida pueda ser diferente del de uno mismo**”. [Énfasis añadido] (TRU, 2010)*

Dejando a un lado la parte que especifica “en el pasado”, esta descripción de la historia como un esfuerzo intelectual parece emparejarse, casi a la perfección con el objeto de estudio reclamado por los internacionalistas (la totalidad de la experiencia humana), la diferencia básica estaría en la temporalidad del objeto bajo observación. Esto significa que el riesgo de convertirse en *todólogos* es tan grande para los historiadores como lo ha sido para los internacionalistas.

## 2. *Creando fronteras disciplinarias.*

De entre los muchos significados de la palabra *disciplina* inscritos en los diccionarios, me concentro aquí en la idea de la disciplinas como *una rama del conocimiento o enseñanza*. Como tal, las disciplinas siempre involucran investigación ordenada y fragmentación. Desde este punto de vista, creo que el desarrollo disciplinario como una necesidad práctica es una función directa de:

- El reconocimiento y apropiación de un objeto de estudio por un grupo de profesionales;

- Los constructos intelectuales (teorías y metodologías) desarrolladas para enfocar este objeto de estudio; y
- La solidez y la coherencia de los paradigmas construidos sobre esta base metodológica, que a su vez contribuye a la consolidación de comunidades epistémicas.

La idea de ámbitos separados de investigación para la adquisición del conocimiento pareciera ser un desarrollo natural de cualquier esfuerzo intelectual. Una vez que la amplitud de la realidad como un objeto de estudio fue reconocida por los filósofos en la antigüedad, la segmentación se sugirió como un mecanismo práctico, aunque de hecho, nunca se perdió la conciencia de la interrelación intrincada de cualquier objeto de estudio con el resto de la realidad. Por lo tanto, a pesar de que hubo una división temprana de los ámbitos diferenciados del conocimiento, todos ellos se mantuvieron básicamente *holísticos* en esencia, aún a través de la Edad Media.

Fue más decisivo, sin embargo, el advenimiento de la ciencia moderna, desde la primera parte del siglo XVII, que hizo de la especialización la regla de la investigación científica y trazó una línea divisoria más rígida entre los campos de observación (que ha sido sugerida desde la antigüedad). Esta tendencia reforzó la idea de las *disciplinas* como el mejor enfoque en la problemática búsqueda del conocimiento.

La ciencia moderna trajo consigo nociones renovadas sobre la indagación como procedimiento científico. Los objetos de estudio tendrían que ser fragmentados y disectados en la búsqueda de sus componentes básicos y sus principios rectores (leyes), una tendencia conocida en la filosofía de la ciencia como *reduccionismo*. La disgregación del objeto de estudio en busca de sus partes elementales se tornó en la norma del método científico, con la intención de descubrir las leyes que gobiernan su comportamiento y el producto final del proceso, cuando se lleva a cabo propiamente- es decir, de manera objetiva- permite alcanzar el verdadero conocimiento científico.

Cada disciplina procede así en términos similares, primero apropiándose de un segmento de la realidad a la que podría dedicar su atención y después creando las herramientas metodológicas apropiadas para explorarla, mediante su descomposición en sus partes básicas, en busca de las leyes fundamentales que la rigen. El sorprendente crecimiento de la ciencia durante el siglo XIX, y aún más, la capacidad de traducirla en progreso tecnológico parece ser la mejor razón para validar este procedimiento.

El procedimiento tiene un corolario ontológico muy importante: sugiere una naturaleza dada y una condición fija, independiente del observador para cada objeto de estudio. Esta situación condujo a amargos debates (aún lejos de concluirse) sobre la diferencia entre ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu y su respectivo estatus.

Desarrollos en el ámbito de la biología, por otro lado, parecen resistir a este enfoque reduccionista de la ciencia. La vida como un fenómeno difícilmente puede ser explicada reduciéndola a cualquiera de sus componentes básicos, de aquí el resurgimiento de una visión holística de la ciencia desde la segunda mitad del siglo XIX. Bertalanffy, con su Teoría General de Sistemas durante la primera mitad del siglo XX, se convirtió en un pionero en reformular el principio de la unidad de la ciencia como un esfuerzo intelectual para explicar y entender la realidad como totalidad. Anderson, sin embargo, fue uno de los primeros en sugerir que:

*“La habilidad para reducir todo a reglas simples fundamentales no implica la habilidad para empezar desde ellas para reconstruir el universo. De hecho, entre más nos dicen los físicos de la naturaleza de las leyes fundamentales, menor es la relevancia que parecen tener éstas en los problemas reales del resto de la ciencia y mucho menos en los de la sociedad. (...) **El comportamiento complejo de grandes agregados de partículas elementales no puede ser entendido en términos de una simple extrapolación de las propiedades de unas pocas partículas.** En su lugar, en cada nivel de complejidad aparecen propiedades totalmente nuevas, y la comprensión de los nuevos comportamientos requiere de una investigación que creo es tan fundamental en su naturaleza como cualquier otra... [Y estas propiedades mostrarán] como el todo se convierte no sólo en algo más que la mera suma de las partes sino, de hecho, en algo muy diferente de la suma mecánica de las partes...” [Énfasis añadido] (Anderson P. , 1972, pág. 393)*

La visión de Anderson no sólo enfatiza la importancia de la complejidad y de las propiedades emergentes (las cuales ya han sido visualizadas desde la primera parte de 1920) para la consideración de enfoques analíticos, sino aparentemente llevó a cuestionar la idea de *disciplinas* en sí mismas, dado el caso de que el todo es siempre algo más que la mera adición mecánica de las partes. El todo, así contemplado, no puede ser propiamente aprehendido cuando es visto desde la perspectiva limitada de una sola disciplina. No serviría tampoco un simple proceso de extrapolación o superposición para completar la imagen; por su propia naturaleza fragmentaria y divisoria la idea misma de las disciplinas tendría que ser reconsiderada.

No obstante, Anderson siempre desechó la noción de que el reduccionismo es enteramente inútil y que la visión de la disciplinariedad debería ser nulificada o abandonada totalmente. Él sostiene de manera específica: “*debemos comenzar todos a partir del reduccionismo, el cual acepto en su totalidad*” (Anderson P. , 1972, pág. 394), una idea que ubica la cuestión de la disciplinariedad bajo una nueva e interesante perspectiva que sugiere tanto la necesidad de consolidar disciplinas como la necesidad de establecer amplios canales para el intercambio interdisciplinario.

Las disciplinas no son, por supuesto, fenómenos naturales; son constructos intelectuales. Como tales, son más dependientes del consenso inter-subjetivo que de las definiciones precisas y delimitados campos de observación en la naturaleza. De hecho, si uno estudia la historia del desarrollo general disciplinario en la ciencia, es fácil confirmar la evolución desigual y problemática que ha tenido, en términos de apropiación de un objeto de estudio exclusivo y de su interacción con otras disciplinas previamente establecidas. Son, sin embargo, herramientas analíticas y didácticas útiles, pero dada su tendencia a la especialización, fácilmente pueden convertirse en obstáculos para la visualización de una imagen “más amplia”, es decir, se convierten en pantallas que obstruyen la visión del conjunto. Como constructos intelectuales, por otro lado, siempre están en riesgo frente a los peligros de la ideologización, por lo tanto es necesario estudiar su origen social con más detalle con una mirada Foucaultiana:

*“(...) una actitud genealógica está particularmente interesada en ver cómo emergen las prácticas discursivas y cómo son disciplinadas. Las fronteras son vistas como especialmente problemáticas, como lo son los reclamos de unidad, identidad y autonomía dentro de un campo de observación. **En resumen, las disciplinas académicas deben verse como los resultados de múltiples prácticas y como algo históricamente constituido, y para nada como algo autónomo o naturalmente conformado.** Son campos de batalla entre interpretaciones rivales” [Énfasis añadido] (Booth & Smith, 1995, pág. 6)*

Como hemos visto, la tendencia a crear disciplinas es un producto del enfoque teórico y metodológico predominante desarrollado en el mundo occidental, y su visión mecanicista de la ciencia desde el siglo XVII. De acuerdo con este enfoque, proceder en términos científicos significa: aceptar la existencia objetiva del mundo real, reconocer y apropiarse del objeto de estudio, diferenciarlo del resto de la realidad con el fin de ser capaz de observarlo de forma “objetiva”, y así caracterizarlo en su singularidad definiendo su esencia. Este es un proceso que, dicho sea de paso, crea la ilusión de una realidad completamente objetiva que cualquier observador imparcial puede escrudiñar en búsqueda de **la verdad**.

Como la misma realidad fue fragmentada siguiendo este procedimiento, pronto comenzaron a aparecer y desarrollarse disciplinas diferenciadas que pretendían facilitar el entendimiento de una realidad demasiado amplia para ser aprehendida por un simple observador. Este enfoque se consolidó durante los siglos XVIII y XIX y permitió el desarrollo de una visión *positivista* de la ciencia, la cual es responsable de nuestro entendimiento presente de las disciplinas académicas.

*“La producción del conocimiento, al igual que la producción capitalista de la Europa del siglo XIX creó disciplinas como parte de una división social del trabajo que responde a la diversidad de los dominios de la ciencia y lo hace en el contexto de espacios institucionales que la sociedad ha creado para este propósito: las universidades. Cada disciplina, aún siendo parte de un comportamiento más amplio, comienza a adquirir y desarrollar su propia identidad y autonomía separada de las otras, delineando fronteras alrededor de su campo de estudio, desarrollando su discurso, métodos y teorías y definiendo su status para aquellos que la practican.” (Rozo Gauta, 1999)*

A pesar de su éxito aparente, este enfoque no ha estado exento de críticas. Varios autores han señalado numerosas deficiencias en el proceso fragmentador, que tiende a aislar las áreas de investigación y a sus practicantes. Esto genera la ilusión de entidades auto-sostenidas análogas a los antiguos feudos, separados del resto de las tareas intelectuales.

Adicionalmente, el proceso por el cual las disciplinas son creadas produce importantes consecuencias sociales para los practicantes de cada campo. Pronto se establece una competencia (a menudo muy reñida) por el prestigio. El prestigio, desde luego, es vital para atraer tanto recursos como discípulos. No es sorprendente que las disciplinas hayan pasado por etapas en las cuales se han convertido más o menos en modas, una tendencia es siempre reflejada en la matrícula estudiantil y en la asignación del presupuestos departamentales en las universidades.

A medida que el número de instituciones que ofrecen el grado en Relaciones Internacionales a lo largo del mundo ha crecido, sobre todo en la década pasada, la necesidad de justificar el estatus disciplinario de las relaciones internacionales se ha vuelto más apremiante, ya que de ello depende el estatus formal que finalmente provee de identidad profesional a los internacionalistas. Esto crea una paradoja notable: Relaciones Internacionales pareciera estar luchando (después de tantos años) por consolidar su autonomía disciplinaria en un ámbito en el cual el holismo y la multidisciplinariedad se han vuelto tendencias de moda. Las relaciones internacionales parecen, en buena medida querer fragmentar la realidad (convirtiéndose en disciplina) con el objetivo de apropiarse de un segmento que debe ser considerado su propio dominio, pero al mismo tiempo afirman la complejidad e interconexión de la realidad social como un todo.

Desde mi punto de vista, el surgimiento de la multidisciplinariedad puede ser visto como un reconocimiento de las insuficiencias de la naturaleza aislacionista y fragmentadora del enfoque disciplinario tradicional. Paradójicamente es, al mismo tiempo, un reconocimiento de la necesidad de disciplinas, como parcelas organizadas de la actividad intelectual, para facilitar

la adquisición del conocimiento. En otras palabras, la cuestión de la multidisciplinariedad no es cosa de elegir una u otra postura, en el sentido de determinar si continuamos segmentando la realidad o si la contemplamos desde una perspectiva unitaria. La fragmentación y reconstrucción (análisis y síntesis) deben ser, de hecho, partes complementarias del proceso de búsqueda del conocimiento. En este sentido, la propuesta de Wallerstein sobre la unidad de la ciencia como una justificación para el desarrollo de una *unidisciplina* (Wallerstein, 2006, 35) tiene que ser cuidadosamente considerada, para evitar que se convierta en un exceso o en un regreso a la temprana perspectiva de la filosofía genérica como instrumento omnipotente de la reflexión crítica. Esta pretensión de borrar completamente todos los rastros de diferencia entre disciplinas está llamada a crear mucha más confusión de la que pretende disipar. Es claro que el no saber reconstruir un objeto de estudio y ubicarlo en contexto, una vez que se ha alcanzado un status disciplinario, también resultará en un conocimiento insuficiente.

Mediante el señalamiento de las limitaciones de esta tendencia fragmentadora de la realidad social que permitió el nacimiento de las disciplinas modernas, los críticos han fomentado el desarrollo de una metodología de la complejidad, capaz de entender la auto-organización de sistemas desde una perspectiva holística que incorpora toda clase de procesos sociales en el análisis. Esto necesariamente involucra diferentes disciplinas en un mismo esfuerzo cognitivo, no porque la realidad misma esté dividida en las fronteras disciplinarias, sino precisamente porque, siendo una unidad compleja, la realidad supera cualquier intento de fragmentación disciplinaria. Lo hace de tal manera que, a pesar de su precisión, el conocimiento disciplinario está siempre incompleto y propenso a distorsión. Como lo señala García:

*“En nuestro concepto de sistemas complejos, lo que está en juego es precisamente la relación entre el objeto de estudio y las disciplinas cuando llevamos a cabo el análisis. En tal relación, la complejidad está asociada con la imposibilidad de considerar aspectos particulares de cualquier fenómeno, proceso o situaciones desde la perspectiva de cualquier disciplina”* (García: 2006, 21)

Para responder a este reto, el mundo académico ha desarrollado las nociones de multi-, inter- o trans-disciplinariedad, que pretenden combinar los resultados

de diferentes esfuerzos disciplinarios en una visión unificada del conocimiento adquirido mediante el proceso de fragmentación.

Pero, ¿cómo va a proceder este proceso de integración de multidisciplinariedad? ¿Cómo va a ser integrado el conocimiento proveniente de diferentes fuentes? ¿Debería la visión singular de las disciplinas mantenerse vivo y sólo hacerle añadiduras? Para ser capaces de responder, necesitamos entender la naturaleza de la complejidad un poco más a detalle.

### *3. La naturaleza y el reto de lo complejo.*

La complejidad es un concepto que claramente sugiere “dificultad” o “complicación”, pero que, en el contexto de la ciencia contemporánea, también va más allá del alcance de estas nociones populares. Cuestiones difíciles y complicadas son ciertamente intrincadas y elaboradas, pero aún pueden ser, de una forma u otra, reducidas a componentes simples y ser explicadas en términos predominantemente simplistas. Pienso en la complejidad mayormente como la condición característica de los sistemas vivos. Entre más estructurado es un sistema, en término del número de sus partes (subsistemas) que lo constituyen, más elaborado en término de interconexiones entre sus partes, más especializado en sus funciones, menos predecible es en su comportamiento y trayectoria temporal; en general, entre más complejo, es menos explicable en términos simplistas o reducible a una sola perspectiva analítica o causal.

De esta forma, la complejidad se convierte en un componente principal de los sistemas dinámicos, y así, por definición, serían básicamente, no determinísticos, no lineales, no reducibles a elementos básicos, no aprehensibles como “cosas en sí mismas”, sino como un conjunto de procesos condicionados por la perspectiva del observador. Con el fin de evitar que este punto de vista se convierta en un término vacío, es necesario explorar su alcance en más detalle.

La noción de la complejidad se enfoca mejor desde una perspectiva intrínsecamente sistémica. Sin una base relativamente sólida en la Teoría General de Sistemas, se vuelve complicado apreciarla como herramienta epistemológica. Aun cuando para algunos científicos modernos, el descubrimiento del caos determinista por parte del meteorólogo Edward Lorenz en 1963 representa un parteaguas en el desarrollo de la teoría moderna de Sistemas Complejos, algunos lectores de temas filosóficos y científicos podrían ciertamente encontrar rastros de ambas nociones sistémicas y de complejidad en los escritos de Hegel.

Hegel, sin embargo, es mucho más denso y oscuro para el gusto de lectores contemporáneos y por ello ha sido confinado a un círculo restringido de especialistas que aún lo encuentran difícil de traducir para el público en general. Esto no es debido solamente a lo difícil de su discurso, sino principalmente a la fuerte influencia del reduccionismo en la mentalidad popular durante los tres siglos pasados. Esta tendencia nos lleva, casi de manera automática, a “descomponer las cosas” en la búsqueda de sus componentes básicos, como el procedimiento más sólido en la búsqueda del conocimiento, de tal manera que la mera cuestión de “comprender un objeto de estudio en su totalidad” suena como una excentricidad o parece ser una imposibilidad física, que demanda un nivel de abstracción lejano del entendimiento popular.

Hay, desde luego, un creciente número de autores interesados en hacer de la complejidad un objeto de estudio accesible (Waldrop, 1992; Byrne, 1998). Estas son lecturas obligadas hoy en día para cualquiera interesado en el tema.

El filósofo Francés Edgar Morín ofrece una interesante definición de complejidad, como punto de partida para la discusión:

*“La complejidad se impone, para comenzar como la imposibilidad de simplificar: Surge allí, donde la unidad compleja produce sus propiedades emergentes, donde las distinciones desaparecen junto con la claridad de identidad y causalidad, donde el desorden y la incertidumbre perturban los fenómenos, donde el observador capta un vislumbre de su propio rostro en el objeto de su observación, ahí donde la antinomia lleva a la razón a errar” (Morín: 1977, 377)*

Negar la posibilidad de simplificar plantea un gran signo de interrogación para las formas tradicionales de hacer ciencia. Por siglos, la idea de una explicación científica ha significado reducir el fenómeno a sus componentes básicos y relacionarlos a causas por las cuales se establecía un patrón lineal de regularidad; de este esquema nació una visión mecánica y determinista del mundo. La realidad podía ser vista como un ensamble de cosas separables unas de otras; su relación, por lo tanto podía estar sujeta a ambos procesos de observación objetiva y cuantificación, lo cual nos proporcionaba la verdadera medida de “lo real”. A medida que estas cuantificaciones eran realizadas y permitían hacer algunas predicciones medianamente confiables, el prestigio del reduccionismo creció más y más en la comunidad científica.

Pero a medida que este proceso empezó a enfrentar dificultades para explicar o predecir fenómenos en los cuales el número de variables era demasiado grande para establecer una causalidad determinista, se hizo necesario un nuevo enfoque sustentado en una concepción ontológica distinta. El universo ya no podía ser visto sólo como una jerarquía organizada de “cosas” que comenzaban al nivel de estructuras atómicas y crecía, en forma lineal, hasta el nivel de las galaxias (Briggs & Peat, 1991, pág. 149), todo lo cual podía ser entera y satisfactoriamente explicado por las mismas leyes fundamentales. Es más como un conjunto auto-contenido de sistemas y subsistemas, que operan en diferentes niveles de la realidad (creado por su propia naturaleza compleja).

La complejidad como teoría surge de la necesidad de un fundamento ontológico renovado para abordar todos esos fenómenos que refutan explicaciones simplistas y éste es el primer aspecto a contemplar cuando pensamos al respecto. Como una condición, la complejidad sólo puede ser observada en sistemas complejos, los cuales de alguna manera siempre son “blancos en movimiento”, que evolucionan y desarrollan nuevas propiedades en la medida en que se tornan más interconectados y elaborados. Así que, en vez de pensarlos como *cosas fijas*, necesitamos observarlos como “procesos”. Los Sistemas Complejos no son entidades establecidas o estáticas, siempre están en transición, siempre convirtiéndose en algo más; la complejidad como teoría

necesita, entonces, herramientas sólidas para explicar el cambio y visualizar diferencias entre las diversas fases por las que transita un sistema complejo. Algunos historiadores contemporáneos tienen una clara visión de este significado:

*“Debido a que los artefactos materiales parecen dar sustento a nuestro campo de investigación, al mismo tiempo que demandan nuestras interpretaciones, la tentación de imaginar el esfuerzo histórico como una reconstrucción voyerista- relacionada con el reto de explicar la desarticulada presencia del pasado- es a menudo abrumadora. Como imágenes posteriores, más que representaciones mudas, los rastros materiales del pasado se vuelven fantasmas, a menudo perceptibles, pero sin solidez, su presencia es reveladora de preocupaciones contemporáneas tanto como de verdades del pasado” (Knapp, 2003, pág. 2)*

Debemos tener en mente, no obstante, que un sistema complejo es básicamente un modelo, una forma de representar en nuestra mente un segmento de la realidad percibida como una totalidad organizada, en la cual cada uno de los elementos no puede ser separado de otros sin una pérdida significativa de su condición compleja. Por consiguiente, no pueden ser pensados de manera significativa en forma aislada, si es que nos proponemos un entendimiento integral de nuestro objeto de estudio, es decir, una “imagen completa” de lo observado (García, 2006, p. 21). Tal imagen deriva de las *propiedades emergentes* de sistemas complejos, esto es, características esenciales que sólo surgen (aparecen) a través de la interacción entre las partes (es por ello que no pueden ser percibidas cuando las partes están separadas y son consideradas de manera aislada).

Además, la ontología de lo complejo no se presta a linealidad determinista. Las conexiones causales en los fenómenos observados son fáciles de establecer en retrospectiva (por eso parecen mecánicas e inevitables), pero no hay forma de garantizar su repetición automática. La inercia tal vez forme parte de un sistema complejo, pero la actividad reflexiva de los seres pensantes puede superarla; de esta manera puede decirse que la acción cambia al destino. A medida que las condiciones varían, debido al gran número de variables involucradas, el resultado final en nuevos procesos puede diferir

sustancialmente con respecto a experiencias pasadas. Los sistemas complejos son así más probabilísticos que deterministas en su naturaleza.

Explicar la complejidad en su amplitud va más allá del limitado espacio de esta reflexión. Sólo puedo esperar de manera sucinta sugerir una visión de los muchos aspectos a considerar cuando uno está tratando de desarrollar una perspectiva compleja para el análisis social integral. Conuerdo totalmente con la idea de que la complejidad no es sólo el resultado automático de un creciente número de elementos y/o relaciones en un sistema (Gallopín, 2001, pág. 425) sino una transformación cualitativa mediante la cual los componentes básicos de un sistema se convierten en algo nuevo y distintivo. Es entonces necesario remarcar los principales atributos que caracterizan a un sistema complejo:

- *Diversidad de perspectivas legítimas:* Esta idea está originalmente basada en el principio de complementariedad de Bohr y de Broglie, de acuerdo con el cual cualquier objeto de estudio puede ser visto y descrito en concordancia con distintos marcos de referencia, ninguno de los cuales debe ser considerado como la perspectiva “verdadera” o “correcta”. Por el contrario, siempre se complementan unas a otras.
- *No linealidad:* Los sistemas complejos no son lineales, en el sentido en que muchas relaciones entre sus elementos son discontinuas, resultado de la magnitud de los efectos, no siempre proporcionales a la magnitud de las causas múltiples que los originan, por lo que siempre pueden generar un repertorio variado de comportamientos.
- *Propiedades emergentes:* Denotado en la frase “el conjunto es más que la suma de las partes”, ésta es una propiedad sistémica, lo que implica que las características de las partes se transforman con el contexto amplio del todo y que el todo no puede ser analizado exclusivamente en términos de la disección de sus partes.
- *Auto-organización:* Este es uno de los componentes más controversiales de los sistemas complejos. Ellos, efectivamente, tienden a tomar su propia vida y siempre tratan de preservarla. Eso podría

parecer, de alguna forma determinista para las partes, especialmente debido a que la auto-organización incluye mecanismos de autocorrección en la búsqueda del equilibrio, pero dada la naturaleza dialéctica de la relación entre el todo y las partes (ambos cooperan y luchan con el otro al mismo tiempo), es claro que hay suficiente espacio para que la acción modifique la estructura.

- *Multiplicidad de escalas:* muchos sistemas complejos son jerárquicos, en el sentido en que cada elemento del sistema es subsistema de un orden sistémico menor, y el mismo sistema es a la vez subsistema de un orden mayor “supra-sistémico”. El punto importante es que en muchos sistemas complejos hay una fuerte unión entre los diferentes niveles, y por lo tanto, el sistema debe ser analizado o manejado simultáneamente en más de un nivel. Los sistemas en diferentes escalas tienen diferentes clases de interacción y también, diferentes ritmos de cambio. Por consiguiente, es imposible tener una única, *correcta* y completa perspectiva de un sistema en un solo nivel; la pluralidad y la incertidumbre son inherentes al comportamiento de todo sistema.
- *Incertidumbre irreductible:* La incertidumbre se refiere principalmente a la imposibilidad de predecir con absoluta exactitud el comportamiento o la evolución del sistema. Hay muchas fuentes de incertidumbre en los sistemas complejos. Algunas de ellas se pueden reducir con datos e investigación adicional, tal como la incertidumbre debida a la procesos aleatorios (sensibles al análisis estadístico o probabilístico) o debido a la ignorancia (por la falta de datos o por tener datos inapropiados, definiciones incompletas sobre los sistemas y sus fronteras, o un entendimiento incompleto o inadecuado del sistema), pero difícilmente podemos lograr un grado de información tal sobre cualquier sistema complejo, que permita una predicción total garantizada.

De nuevo, esto es sólo una serie de características que definen a los sistemas complejos en general. Entenderlas es necesario para aquellos que pretenden visualizar escenarios históricos e internacionales como contexto en el cual la totalidad de la experiencia humana puede ser explorada, aprehendida y en el mejor de los escenarios, transformada.

## *Conclusiones*

Tanto la historia como las relaciones internacionales han tenido dificultades para la consolidación de su respectivo estatus disciplinario y en mayor medida se debe a las dificultades inherentes de identificar y apropiarse de su objeto de estudio y desarrollar las herramientas de análisis necesarias para su exploración. Cuando hablamos del *pasado*, o del *sistema internacional* como un todo, estamos sugiriendo la totalidad de la experiencia humana, así como base para la observación, los escenarios históricos e internacionales son entidades vastas y complejas y, debido a sus cualidades fenomenológicas, contextos altamente disputados en los que otras disciplinas claman tener sus propios derechos. La segmentación de tales escenarios no es en sí misma una cosa mala; es, de hecho, un movimiento necesario en la búsqueda del conocimiento, pero es definitivamente insuficiente en la medida en que sólo produce una visión parcial del objeto de estudio. La visión de observadores especializados necesita ser complementada por una visión amplia de síntesis integradora. Tal es el reto para cualquier disciplina de complejidad.

Ambas, historia y relaciones internacionales, necesitan colocarse en una posición para responder a este reto antes de que puedan consolidar su estatus disciplinario; de otra forma, quedarán condenadas a una lucha perpetua con otras disciplinas sociales por el “derecho” a un objeto de estudio apropiado.

La interdisciplinariedad no es solamente una cuestión de añadir los resultados obtenidos de diferentes especialistas en sus respectivos análisis, desde sus propios dominios, con el fin de elaborar nuevas explicaciones para las mismas viejas cuestiones; es un reto que propone nuevas preguntas, es más como una invitación abierta a (re)considerar toda clase de problemas desde una nueva perspectiva integradora. Esa debería ser la perspectiva incluyente sugerida por la complejidad, en la cual ninguna causa aislada es suficiente para explicar el fenómeno observable y ninguna cantidad de información es suficiente para hacer predicciones exactas.

Bajo esta perspectiva, puede decirse que la realidad social es fundamentalmente multi-causal, incierta, complementaria y aún así, de alguna

u otra forma, ordenada, en el sentido que sigue ciertos patrones de regularidad, que no son establecidos de manera aleatoria y crean espacios para la investigación científica. Pensar en términos de complejidad implica concentrarse en la interconexión y relaciones, que dan paso a definiciones estructurales colocadas siempre dentro de un contexto. En concordancia con este punto de vista, las propiedades esenciales de un sistema pertenecen a la totalidad en la medida en que surgen de la relación entre sus partes.

La idea de un sistema internacional es un buen ejemplo de ello. Esta idea en sí misma no fue completamente aceptada en la primera parte del siglo XX, e incluso, en la mayoría de los casos, fue abiertamente rechazada. Diversos analistas pudieron enfocar con claridad las partes (naciones-estados) pero no estaba del todo claro que estas partes formaban un sistema; las partes hacían sentido en sí mismas, estaba el Reino Unido y los Estados Unidos, Francia, Alemania y todos los demás, pero sólo eran vistas como entidades separadas, nunca como un sistema mayor. Muchos analistas rechazan la idea de que juntos representan cualquier cosa por encima de sí mismos, especialmente considerando que las primeras nociones de conducta sistémica sugerían una entidad con inclinación natural a su auto-regulación.

Hoy en día, aun los analistas más escépticos tienden a considerar que, ciertamente, de una forma u otra, la totalidad es mayor que las partes, y necesita ser estudiada como tal, a pesar de la visión miope y egoísta de los políticos locales. Este cambio de percepción ha tenido también consecuencias históricas importantes. La historia tradicional ha sido normalmente escrita desde una perspectiva endógena. La historia de los sistemas internacionales requiere la incorporación de nuevos elementos de análisis; es aquí donde los caminos de la historia y las relaciones internacionales se encuentran y se vuelven uno solo con el análisis socio-político global.

Los sistemas complejos, por otra parte, no pueden ser objetivamente observados debido a que no constituyen objetos que existen de manera independiente del observador; son, por el contrario, representaciones que revelan la intrincada relación entre el sujeto cognitivo y el objeto de estudio. El

observador podrá difícilmente ser capaz de decir lo que realmente ocurrió, y tendrá que limitarse a exponer la forma como él lo percibe (Schrödinger, 1975, pág. 136). A pesar del peligro del relativismo evidente en tal afirmación, una mirada más de cerca a la forma en que la inter-subjetividad se vuelve objetivada (Kosik: 1967, Wendt: 2000) claramente manifiesta el hecho de que la objetividad no es solamente una ilusión. A pesar del origen inter-subjetivo, las representaciones de los sistemas complejos se tornan autónomas de sus creadores y pueden ser modificadas por nuevos observadores, en tanto que éstos crean nuevas condiciones para la observación en la medida en que crean condiciones para la observación. El siguiente texto es particularmente revelador y por igual importante para historiadores e internacionalistas:

*“El pasado del cerebro no está tallado en roca sólida en la forma en que nos gustaría (e imaginamos) que estaría la memoria. En cambio, la historia de cada vida es trazada en una duna de arena que los vientos del tiempo y la experiencia gradualmente esculpen de una forma u otra”* (Lewis, 2001, pág. 134)

La complejidad ha hecho mucho más evidente que la realidad no puede ser fácilmente compartimentada. Las disciplinas, como se mencionó con anterioridad, no son ocurrencias naturales, son constructos intelectuales (y así herramientas útiles) basadas en consenso inter-subjetivo. La realidad, en definitiva no es disciplinaria; es compleja, como lo sugiere Morín:

*“Los bordes en el mapa no existen en el territorio real, sino sobre él, reforzadas por púas y oficiales de aduanas. Si el concepto de física se agranda, se torna complejo, entonces todo es física. Digo entonces, que la sociología, antropología, son ramas particulares de la física; de la misma manera, si el concepto de Biología se agranda se hace aún más complejo; todo lo que es sociológico o antropológico es al mismo tiempo, biológico. La física o la biología entonces dejan de ser reduccionistas o simplistas y se tornan fundamentales. Esto es casi incomprensible cuando uno se encuentra en el paradigma disciplinario en el cual la física, biología o antropología son cosas diferentes, separadas de las otras y sin nexos comunicativos”* (Morin: 2005, 62-63)

El enfoque integrativo sugiere que la complejidad, sin embargo, no debe ser vista como un sustituto de la especialización. Es un complemento. El conocimiento integrativo sólo puede ser alcanzado mediante la interconexión de ambos niveles. Es por eso que la noción de disciplina de la complejidad tiene sentido y este sentido. Muchos observadores especializados aún se preocupan sobre los intentos de hacer de las relaciones internacionales una

disciplina autónoma (como si los internacionalistas necesitaran de su propio ámbito de indagación):

*“Es de vital importancia que los teóricos internacionales cuestionen la suposición de que la teoría internacional es un campo separado de investigación. En cambio, debe ser visto como una arena en la cual sucede el choque entre la teoría explicativa y constitutiva y el fundacionismo y anti-fundacionismo”* (Booth & Smith, 1995, págs. 30-31)

Me parece que es igualmente importante concebir a lo histórico y a lo internacional como sistemas complejos, que requieren de la combinación de dos o más perspectivas irreductibles de análisis para generar explicaciones plausibles. Podríamos concordar abiertamente con Chandler cuando afirma que:

*“Mi sensación es que la totalidad de las disciplinas en un momento dado deben ser articuladas no como un conjunto de territorios, o incluso, como un conjunto de funciones paralelas, o una caja de herramientas, sino como una red de prácticas relativamente autónomas en relación asimétrica entre sí. Entendido de manera adecuada, el sistema disciplinario, por lo tanto, parecerá tener una estructura diferente desde la perspectiva de cada una de las disciplinas que lo integra”.* (Chandler, 2004)<sup>205</sup>

---

<sup>205</sup> El texto se encuentra disponible en:  
<http://criticalinquiry.uchicago.edu/issues/v30/30n2.Chandler.html>

## Conclusiones Generales.

La inquietud original que me llevó a emprender este trabajo, como ya he dicho, nace de la preocupación por la creciente tendencia del *presentismo*<sup>206</sup>, que aún estando justificada no deja de representar problemas para el estudio de las Relaciones Internacionales. Los problemas que representa, sobre todo el de una actitud visiblemente negligente con respecto a cuestiones históricas es de hecho tema central de este trabajo. Esta lamentable tendencia convierte a muchos destacados Internacionalistas en analfabetos funcionales en relación con la historia, ya que limita su acercamiento a ella sólo a la perspectiva eurocéntrica, relacionada con el nacimiento del Estado Nacional y del sistema internacional moderno y restringe el análisis internacional a cuestiones coyunturales, desde una perspectiva miope que pretende circunscribir los problemas exclusivamente a su circunstancia actual, sin mayor preocupación por su origen histórico.

No es demasiado difícil constatar que hoy en día, los cursos de historia en relaciones internacionales difícilmente van más atrás de la época del establecimiento del orden de Viena al término de las guerras napoleónicas, lo que hace de los tiempos anteriores a 1815, tierra prácticamente desconocida para estos estudiosos de la realidad social. Dicho enfoque no es de suyo incorrecto; tiene de hecho mucho sentido, si sólo nos interesa la especificidad del sistema internacional actual, a costa de una comprensión más integral del significado profundo de la interacción grupal y sus consecuencias para la convivencia humana como fenómeno socio-histórico recurrente. Esta observación me llevó a formular una pregunta clave para el desarrollo de mi investigación: ¿a partir de qué momento resulta apropiado empezar a hablar de Relaciones Internacionales?

---

<sup>206</sup> Como hemos observado, esta tendencia nace de la convicción de que el presente representa condiciones inéditas, por lo que ningún referente anterior sirve para comprender su dinámica. Este enfoque privilegia exclusivamente las diferencias que singularizan la experiencia histórica y se olvida por completo de las semejanzas que la vinculan.

Lógicamente, la formulación de la respuesta depende mucho del significado que damos al concepto *Relaciones Internacionales*. Desde un punto de vista rigurosamente semántico, como explico a lo largo de la obra, el concepto debe limitarse al fenómeno de la interacción entre grupos *nacionales*, los cuales, según la mayoría de los expertos en el tema empiezan a gestarse durante la última etapa del Medioevo, a partir del siglo XIV en la región de Europa Occidental. La nación, como ha quedado expuesto en el desarrollo del trabajo, es contemplada aquí como una forma de agrupación social, estructuralmente en línea con las familias primitivas, los clanes, las tribus, las fratrias y los pueblos<sup>207</sup>. La nación comparte rasgos y características con todos ellos (por ser formas de agrupación social) pero tiene, en definitiva rasgos propios que determinan su especificidad. Para un observador superficial del escenario internacional, las diferencias bien podrían carecer de importancia, pero para un especialista son fundamentales y deben ser tomadas en cuenta (sin olvidar, claro está, las semejanzas que la vinculan con las otras formas de asociación colectiva).

El problema es, desde luego, que el lenguaje suele ser visiblemente más limitado que la realidad en su infinita variedad de matices. Por esta razón mucha gente habla de naciones como si éstas hubiesen existido desde siempre, porque es el término con el que están familiarizados para referir el fenómeno de la agrupación social y, por lo tanto (como éste es universal en el contexto actual) la gente asume que la cuestión de la nación es universalmente concomitante a él. Algo hay de razón en ello, pero sólo parcialmente, ya que cada época y cada región imprimen su huella en las formas de agrupación e interacción humana, por eso es necesario distinguir entre comunidades primitivas, clanes, tribus, fratrias, pueblos y naciones, porque a pesar de sus similitudes, cada una posee su propia especificidad. Es por eso que tienen razón, pues quienes claman por la especificidad coyuntural, como quienes

---

<sup>207</sup> La vinculación estructural entre estos elementos proviene del pensamiento sistémico que reconoce como relaciones paradigmáticas a aquellas que se dan entre unidades alternantes, es decir, entre los elementos o unidades que podrían desempeñar una función semejante dentro de una estructura determinada. La idea es que, para que dos o más elementos pudieran alternar, esto es, desempeñar una función estructural equivalente tienen que pertenecer a la misma categoría.

sugieren el enfoque de la continuidad y conectividad en los procesos histórico-sociales: ambos tienen razón de manera simultánea, lo cual representa una paradoja insoluble para cualquier mentalidad entrenada por los principios básicos de la lógica aristotélica.

¿Cómo abordar entonces un problema en el que las posturas parecen ser mutuamente excluyentes? En términos metodológicos es necesario, ante todo, reconocer que la contradicción aparente no es irreconciliable y puede, de hecho ser complementaria, cuando se piensa en términos de una realidad más amplia que la que alcanzamos a percibir de manera inmediata. Esa es, en realidad, una de las mayores contribuciones de la lógica dialéctica a la historia del pensamiento filosófico.

Cada forma de agrupación humana puede ser estudiada en términos de su especificidad y su coyuntura, es decir, como expresión individual y singularizante de la fenomenología social, sin que ello impida, al mismo tiempo, contemplarla como expresión de una categoría mayor: de este modo, las familias primitivas, los clanes, las tribus, las fratrias y los pueblos, junto con las naciones poseen características únicas, pero también poseen características compartidas por pertenecer juntas a la categoría de colectividades humanas y mantener, a partir de ello, relaciones paradigmáticas entre sí.

Su condición de ser social obliga al hombre a organizarse en grupos (fuera de los cuales la experiencia humana es sencillamente impensable) y este solo hecho otorga a todas las formas de agrupación construidas por el hombre un importante denominador común que las asocia irremediable e inexorablemente. Lo mismo puede decirse, por extrapolación, de las formas de interacción entre estas colectividades. Así, si las relaciones internacionales son los modos específicos de interacción entre *naciones*, necesitamos poder pensar en el fenómeno subyacente de la interconectividad social para caracterizarlo y entenderlo, no como un mero accidente histórico, sino como expresión de una constante en la organización humana. Los grupos humanos se vinculan entre sí a lo largo de la historia, no por accidente, sino por necesidad (al compartir el espacio disponible) y esta necesidad recurrente de vinculación

(independientemente del modo específico que adopte) genera un espacio social de *internacionalidad*, que sencillamente deriva de la interacción con la otredad. De aquí nace lo que en este trabajo he llamado los sistemas internacionales históricos que, en la perspectiva desarrollada en el trabajo representan una constante del devenir humano. Los sistemas internacionales nacen, crecen, se desarrollan, interactúan con otros, se transforman y fenecen como expresión de un proceso histórico recurrente (aunque de ninguna manera determinista, ya que cada uno de ellos tiene sus propias especificidades).

La noción de sistema internacional histórico adquiere entonces una enorme relevancia, ya que permite de hecho repensar los fenómenos históricos desde su condición de fenómenos únicos e irrepetibles, en fin, singulares, pero como expresión de una tendencia mayor que implica la existencia de patrones de regularidad en la historia, no como expresión de leyes rígidas e inexorables sino de tendencias sugeridas por principios básicos de organización sistémica, los cuales adquieren vigencia a partir de la acción humana que los replica continuamente porque en ellos encuentra sentido.

Pensar en un sistema internacional nos obliga justamente a estudiar el mundo visto como un sistema; es decir, a conocer las implicaciones epistemológicas de representarnos a nuestro objeto de estudio (la realidad internacional en el sentido más amplio) como un sistema, es decir, como una estructura integrada por partes –no necesariamente homogéneas ni vinculadas de manera armónica- pero siempre en busca de equilibrio, que está inscrita en un entorno (siempre cambiante) al cual necesita estarse adaptando continuamente. Además, es importante entender que:

*“Su característica principal es que tiene propiedades que no se encuentran en ninguno de los miembros o partes constitutivas por separado ni en el mero agregado de ellas. Por eso hay siempre novedad en una estructura auténtica. Y lo importante, es el tipo de totalidad que surge de la relación de los miembros que la forman. Una estructura depende de sus miembros, pero no equivale a la mera yuxtaposición de ellos. En muchos casos, la relación de los miembros es más importante que su naturaleza intrínseca”* (Frondizi, 2010, pág. 93)

El proceso de razonamiento que me ha guiado sugiere así la necesidad de reconocer una definición rígida del concepto *relaciones internacionales*, acotado exclusivamente al estudio del fenómeno moderno de la nacionalidad y la interacción entre grupos nacionales **y, al mismo tiempo**, un concepto flexible que contemple e incluya los modos de interacción entre grupos humanos de todos los tiempos. No es la intención trivializar el término, como se explica a lo largo del trabajo, reconocer las semejanzas que unen a los dos conceptos no implica, en forma alguna, olvidarse de las diferencias. Es sólo a través de este ejercicio de análisis integral que puede tenerse un panorama amplio de la experiencia histórica de la humanidad en su conjunto (aunque después sea necesario volverla a considerar desde su perspectiva fragmentadora). De este modo, puede pensarse sin dificultad a la experiencia histórica, de manera simultánea como un proceso único e irrepetible y como expresión de un movimiento histórico recurrente (pero no determinístico).

El desarrollo de la investigación ha buscado pues ampliar el horizonte de reflexión para el pensamiento internacional, con el fin de enriquecer sus perspectivas de análisis y al mismo tiempo afinar los instrumentos analíticos para llevar a cabo la tarea. Creo que ello nos permite reconsiderar un campo de estudio (el de la dimensión histórica de las relaciones internacionales) muy importante para la comprensión integral de los fenómenos internacionales y reconfigurar la historia universal, sobre todo desde su perspectiva internacional<sup>208</sup>.

Para hacerlo, como ya he explicado, se ha requerido partir de una concepción flexible de “relaciones internacionales”<sup>209</sup> a fin de no limitar la reflexión al

---

<sup>208</sup> No resulta sorprendente constatar que, la mayor parte de los estudios históricos contemporáneos se hacen desde una perspectiva endógena o nacional, en la que el mundo se ve, desde *adentro* hacia *afuera*.

<sup>209</sup> Entiendo por concepción flexible de las relaciones internacionales aquella que no limita su horizonte de reflexión al modelo euro-céntrico de la edad moderna y que lo restringe al estudio del comportamiento de los estados nacionales, sino que acepta la idea de interacción genérica entre colectividades humanas como preludio de la configuración de un sistema social ampliado. En una concepción flexible de las RI se ensancha la noción de *actor* del escenario internacional a cualquier entidad social cuyo desempeño contribuye a la dinámica funcional del sistema y, al mismo tiempo, el horizonte temporal en el que estas colectividades se desempeñan, lo cual tiene importantes consecuencias ontológicas y epistemológicas para el estudio de la realidad internacional.

contenido estrictamente semántico de esta noción. Una definición restringida según lo acotado, sólo acepta interpretar al fenómeno *inter-nacional* como flujo de conexión entre entidades *nacionales*, las cuales, según he intentado demostrar a lo largo del trabajo, son un fenómeno social relativamente reciente, nacido de la experiencia europea occidental y exportado (más bien de manera impositiva) al resto del mundo en el curso de los últimos doscientos años, lo cual deja un vacío histórico enorme cuando tratamos de pensar en la experiencia conjunta de la humanidad y nos representamos la noción de sistema internacional para su estudio.

Los críticos de la visión histórica de largo plazo (flexible) tienen razón al señalar el riesgo de una generalización banal. Después de todo, es necesario saber comprender los fenómenos sociales (entre los cuales el internacional es sólo una manifestación más) en su especificidad. Esa es, sin lugar a dudas, la mayor contribución del análisis histórico hasta la fecha, desentrañar las particularidades singularizantes y concretas de los fenómenos que estudia. Sin embargo, siguiendo la tendencia del pensamiento científico es difícil no inclinarse a buscar regularidades en el desarrollo del devenir histórico. La incorporación de la historia al espectro de la ciencia invita pues a repensar la noción de *patrones de regularidad* dentro del espacio de reflexión de los historiadores.

Esta obra se ha inspirado justamente (siguiendo el pensamiento de Aron) en la idea de buscar un trasfondo de regularidad sociológica para lograr una mejor comprensión de la singularidad histórica. En otras palabras, consideramos que, los fenómenos histórico concretos no son meramente accidentales, anecdóticos o fortuitos (tampoco son enteramente determinísticos) sino que representan expresiones de patrones de comportamiento recurrente que se van concretando y manifestando de manera coyuntural a lo largo del tiempo. El estudio de la historia puede tener, desde esta perspectiva, una atractiva dimensión científica, sin perder por ello su perfil humanístico abocado al análisis de la singularidad irrepetible del hecho histórico que requiere de ser debidamente documentado.

El pensamiento sistémico contemporáneo nos ha resultado particularmente útil para expresar esta visión en términos teórico-metodológicos. La teoría general de sistemas, en efecto, sugiere que el universo en su conjunto está conformado por *sistemas* que se van integrando a partir de la fusión de entidades menores y que van conformando a través de la interacción entre las partes estructuras, determinando funciones, generando conductas y estableciendo trayectorias evolutivas que configuran el universo perceptible.

Por su condición sistémica, estas entidades así formadas tienden a auto preservarse por medio de mecanismos de auto-defensa y auto-duplicación, pero como están inscritos en un ambiente cambiante, con el que invariablemente intercambian estímulos e información, continuamente están teniendo que adaptarse.

Además, al estar integrados por partes que se adicionan a un proyecto de mayor envergadura, pero que nunca pierden completamente su propia identidad, los sistemas son inherentemente contradictorios y están sujetos por lo tanto a fuerzas de fusión o integración contrarrestadas por impulsos desintegradores que mueven la dinámica del sistema.

Ningún sistema es enteramente homogéneo, aunque para funcionar mejor, tiende a homogeneizarse, lo que nos permite observar eventos claramente diferenciados dentro del propio sistema, es decir, mientras que una parte del sistema funciona bien y se homogeniza, otra presenta problemas de fragmentación y recomposición. La dinámica sistémica responde entonces a la lucha entre las partes que intentan homogeneizar al sistema y aquellas que resienten y resisten la homogeneización.

Si pensamos a las distintas formas de agrupación humana históricamente existentes desde esta perspectiva, podremos identificar con mayor facilidad las similitudes que las vinculan a todas ellas, sin convertirlas en una experiencia clonada, única ni mecánica. Sólo estaremos tomando conciencia de la interconectividad implícita que caracteriza a la experiencia humana en su conjunto y de las tendencias genéricas que propician y producen el movimiento

histórico concreto de cada sistema, sin determinarlo de manera rígida e irreversible.

Pero, como hemos visto a lo largo de la obra, este no es más que un primer (e incipiente) paso en el estudio de los sistemas internacionales, los cuales son característicamente complejos. Sobre el cimiento de esa similitud que inexorablemente los vincula a todos ellos, está también la coyuntura que los singulariza y los hace específicos. El conocimiento integral de cualquier fenómeno exige de esta visión de conjunto. Las Relaciones Internacionales deben estudiarse pues desde esta doble perspectiva: la de las similitudes que conectan a todos los sistemas históricos internacionales y la singularidad que individualiza a cada uno de ellos. Ser especialista significa en este contexto conocer las particularidades de algún sistema histórico en específico. Como en el caso de la medicina, los estudiosos deben empezar a partir de una visión de conjunto para luego aspirar a la especialización, sin que por ello se olviden del enfoque genérico desde el cual empezaron.

Para el desarrollo de este trabajo hemos bordado en la noción de *sistema internacional histórico*: una entidad socio-cultural que se forja a partir de la interacción entre comunidades políticamente autónomas<sup>210</sup> (CPA's). A lo largo de la obra hemos intentado precisar, primeramente lo que se entiende por sistema internacional en términos genéricos: un complejo de interacción socio-política entre grupos humanos los cuales configuran, a través de sus vínculos, entidades históricas que se vuelven características de una determinada época y lugar. Hemos buscado reconocer los procesos mediante los que se define al sistema y la lógica que rige su funcionamiento. De este modo, vemos que la experiencia humano-social puede contemplarse a la vez como un proceso de continuidad desde sus más remotos orígenes (a la manera de una película),

---

<sup>210</sup> Como hemos explicado a lo largo de la obra, la noción es originalmente de Raymond Aron y describe grupos humanos que tienen estructuras políticas independientes y conforman estructuras sociales y culturales características y distintivas que permiten singularizarlos dentro de un contexto social mayor. No obstante, por el trato con otras comunidades semejantes en ese contexto mayor, hay un proceso de influencia recíproca entre todas ellas, del que resulta un espacio ampliado; una dimensión social caracterizada por la presencia de estas CPA's que (a falta de un mejor término) llamamos 'internacional'.

La internacionalidad es de este modo una constante del desarrollo histórico de nuestra especie.

pero también puede verse como una colección de fotos separadas, cada una de ellas con significado propio.

Siguiendo esta concepción sistémica, asumimos que los sistemas internacionales históricos surgen en un contexto histórico determinado de internacionalidad, crecen, se desarrollan (frecuentemente se traslapan con otros) y progresivamente se transforman. Por su condición de sistemas, parten de una condición inicial de organización mínima, condición que los especialistas en relaciones internacionales suelen llamar *anárquica*, pero tienen (como todo sistema) la tendencia a una organización creciente, lo cual, en el caso de sistemas sociales siempre implica una serie de procesos de institucionalización, que les lleva a transitar desde la fase inicial de anarquía hasta la fase de organización compleja, que en relaciones internacionales se conoce como fase *imperial* según hemos explicado a lo largo del trabajo.

Obviamente existe el riesgo de una interpretación determinista de este enfoque. Todos los sistemas internacionales históricos tienen las mismas tendencias, pero cada uno de ellos las desarrolla de manera distinta. Es responsabilidad del estudioso de un sistema de este tipo caracterizarlo y, aún desde su condición sistémica general, singularizarlo como experiencia histórica concreta. Es evidente que no todos los sistemas internacionales históricos alcanzan su etapa imperial; algunos jamás superan siquiera la fase anárquica. Entre ambas encontramos además toda una gama de posibilidades que dependen de los niveles de institucionalidad y organización colectiva que las CPA's puedan alcanzar, el sistema federado es relativamente común<sup>211</sup>, por ejemplo.

Un cuidadoso examen de la historia universal desde una perspectiva sistémica e internacional abre interesantes espacios de reflexión, tanto para historiadores como para internacionalistas. Sin perder el sentido de la búsqueda que intenta

---

<sup>211</sup> El sistema federado es aquél en el que no se llega al establecimiento de un poder común que regule y dirija la interacción entre las CPA's, pero que tiene, al menos suficientes rasgos culturales en común como para permitir el establecimiento de reglas implícitas de interacción entre las partes. Esto, en ocasiones incluso permite un desarrollo institucional incipiente. Las confederaciones iroquesa y azteca estudiadas por Lewis Morgan son ejemplos histórico-concretos que aún están por estudiarse desde esta perspectiva.

singularizar, caracterizar el hecho social concreto en tiempo y espacio, este enfoque nos permite concebir e incorporar dicha singularidad en un marco de acción más amplio, justamente para entenderlo como expresión de una recurrencia genérica del acontecer social.

Con esta manera de proceder, según he buscado mostrar, no sólo ampliamos el espacio de reflexión sobre la dinámica internacional, al darle una proyección de largo alcance en la historia; generalizamos también los instrumentos de análisis para acometer la empresa, contribuimos al desarrollo de un lenguaje común para el análisis socio-histórico de largo alcance y establecemos parámetros para una comparación significativa de distintas experiencias históricas a lo largo del planeta.

No se trata de sacrificar la experiencia singularizante en aras de una generalización trivial; se trata justamente de enriquecer la experiencia de la individualidad en el contraste con el resto de la experiencia histórica, al señalar sus lazos de conexión con ella. Idealmente, esto tendría que brindarnos una mejor comprensión de la dinámica social en general y de la histórica e internacional en particular.

Los casos paradigmáticos empleados para mi investigación han sido el de la cultura egipcia y el de la cultura griega (aunque evidentemente no son los únicos que se pueden estudiar desde esta perspectiva). Ambos me han parecido interesantes, porque creo que ilustran con claridad los principios y supuestos desde los cuales hemos partido para el desarrollo de la obra.

Egipto es una cultura que arranca, desde un periodo muy temprano (por ello su condición de cultura primigenia) en un claro ámbito de *internacionalidad*, como aquí lo hemos referido, es decir, con CPA's en interacción constante y tendiente a la fusión que permite transitar de la anarquía inicial (sólo entendida como ausencia de un poder común entre todas ellas) hasta una consolidada fase imperial de larga duración, pero no exenta de las vicisitudes características de todo sistema internacional: desequilibrio, amenaza de fragmentación, retos externos, incluso absorción por otra entidad mayor, etc.

El sistema egipcio adquiere su singularidad, obviamente a partir de su contexto geográfico y se construye en torno a la idiosincrasia del pueblo egipcio que se organiza políticamente en torno a la figura divinizada del faraón. La singularidad de este caso, que hemos tratado de caracterizar en el capítulo correspondiente, se forja a partir de estos elementos y no tiene caso repetirlos en detalle ahora.

El caso de los griegos es particularmente relevante porque es el antecedente histórico más antiguo de un modelo tipo westfaliano (del que supuestamente nace la experiencia internacional moderna) aparte del hecho de que la cultura griega es considerada cuna de la civilización occidental contemporánea. Sus particularidades están también influidas profundamente por su contexto geográfico que como vimos en la sección correspondiente, casi invita a la fragmentación pero además, por el hecho de que aún con la presencia de potencias hegemónicas dentro de su propio ámbito, los griegos realmente nunca llegaron a consolidar una etapa de carácter imperial, ya que las subunidades del sistema no sólo fueron siempre muy celosas de su independencia, sino que además tuvieron los recursos ideológicos y materiales para defenderla. Por estas razones, el sistema internacional que ellos crearon (aunque efímero) es paradigmático para las relaciones internacionales contemporáneas, ya que descansaba sobre la base de una supuesta igualdad “soberana” entre las partes.

Obviamente, como ya hemos señalado, debemos ser obstinadamente cuidadosos con la generalización banal. No se trata de trivializar el curso complejo de la historia para sugerir de manera simplista que “las cosas son siempre iguales o que los procesos son los mismos”; Molina nos previene acertadamente contra tal manera de proceder y razonar al señalar que, desde tal perspectiva mecanicista:

*“La evolución de la humanidad sería una dinámica repetitiva, donde constantemente se practicaría el mismo juego pero con distintos actores. Desde la perspectiva realista, esta corriente teórica de las RI defendería que la presencia inmanente de la anarquía en el sistema internacional otorgaría a la historia su carácter cíclico, en forma de períodos de ascenso/declive de potencias hegemónicas que se irían*

*alternando (en la Edad Moderna tendríamos a España, las Provincias Unidas, Francia, Reino Unido, USA y...).* (Molina Rabadán, 2007)

La acotación es más que pertinente; es claro que no son solo los actores los que cambian, las reglas de interacción mismas están sujetas a modificaciones, la anarquía no tiene porque ser condición permanente de un escenario internacional, existen alternativas y la elección de una u otra marca diversos senderos históricos. Es innegable también que las comparaciones tienen sus límites, como el mismo autor observa en relación con un supuesto de repetición mecánica de la historia:

*“Esto lleva a estafalarias comparaciones como la de equiparar el conflicto entre Atenas y Esparta con el vivido por las dos superpotencias durante la Guerra Fría. Aunque la analogía puede resultar de interés para explicar una de las causas de los conflictos (el temor por parte de una potencia hegemónica a la aparición y consolidación de un challenger que pueda disputarle su puesto), ir más allá de su uso como mero recurso retórico significa una grave irresponsabilidad metodológica, por cuanto que los factores relativos a la economía, movilización social, pensamiento político, tecnología armamentística, etc., son tan dispares entre ambos momentos de la historia que invalidan cualquier ejercicio orientado según esas pautas.”* (Molina Rabadán, 2007)

No cabe la menor duda que cada momento histórico tiene, como hemos dicho, su especificidad, pero eso no invalida la influencia de la regularidad sociológica que la genera, ni impide la comparación significativa del principio que motiva la regularidad sociológica, aunque su expresión histórica sea visiblemente distinta; como dice Fierke:

*“Podemos ver a Tucídides en retrospectiva e identificar una lógica o forma de vida similar, pero hay una importante pérdida de claridad si pretendemos enfocarnos en la universalidad del modelo de balanza de poder, ya que no tiene las mismas características en distintas épocas históricas. La situación descrita por Tucídides guarda similitud a la de la lógica bipolar de la Guerra Fría, pero esta lógica tiene sólo un parecido de familia, dado el lugar central del armamento nuclear en este último caso. Incluso se separa de manera más fundamental de la era europea clásica del equilibrio de poder, en la que el ‘cortejo’ entre los socios europeos, y las alianzas cambiantes, basadas parcialmente en matrimonios, estaba basada en reglas muy distintas a las del estancamiento de la Guerra Fría definido por alianzas más rígidas. **El imperativo wittgeinsteniano consiste en ‘ver y detectar’ cómo es que las reglas se expresan en cada contexto histórico. Lejos del rigor de una ley universal, está este parecido familiar entre***

***distintas lógicas mediante las cuales se aplica el principio regulador.***” [Énfasis añadido] (Fierke, 2007)

Creemos firmemente que el modelo sistémico empleado para el tratamiento de estos casos es aplicable a cualquier otro caso histórico (en términos de las regularidades sistémicas que lo condicionan –pero que no lo determinan) y que sirve por lo tanto como cimiento para la reconstrucción de la singularidad histórica que cada uno de los otros casos históricos representan. En otras palabras, metodológicamente hablando, el modelo sistémico sugiere modos de operación o principios guía que impulsan la dinámica histórica y propician la singularidad del evento en contexto. Desde esta perspectiva, podemos conocer distintas formas de interacción grupal más allá de la experiencia exclusivamente *nacional* fincada en el modelo euro-céntrico y, desde luego pensar en modelos de interacción más creativamente imaginativos que los del áspero y rudimentario realismo político, podemos de hecho acceder al tipo de modelo que ha empleado con anterioridad la gente civilizada.

A pesar del predominio del presentismo para el análisis internacional, son cada vez más abundantes las obras que adoptan una perspectiva histórica de largo plazo, fincada además en una concepción sistémica que de algún modo sugirió Watson a principios de la década de los noventa, cuando escribió:

*“El mundo antiguo conoció diversos modos de manejar las relaciones entre comunidades independientes que estaban suficientemente interconectadas entre sí como para formar un sistema. Lo que es claro es que siempre hubo algún tipo de arreglo. Siempre que un número determinado de estados o autoridades se vincularon entre sí a través de una red de interacción económica o de intereses estratégico y de presiones, ellos produjeron algún tipo de reglas y convenciones para regular sus relaciones”.* (Watson, 1992, pág. 120)

Un interesante ejemplo reciente de este enfoque es el trabajo de Kang (2010) quién analiza el caso del lejano oriente. Para este autor:

***“El sistema ‘wesfaliano’ ha enfatizado la cuestión de la igualdad formal entre estados y el predominio de la política de equilibrio de poder; También se ha caracterizado por un incesante conflicto interestatal. El ‘sistema tributario’ asiático enfatizó más bien la desigualdad formal entre los estados y una clara jerarquización, y se caracterizó por siglos de estabilidad entre sus principales actores. Aunque ha habido una tendencia a ver la experiencia europea como universal, el estudio***

***de la experiencia histórica del lejano oriente nos brinda una nueva perspectiva de nuestra condición como sistema internacional en el contexto del sistema geopolítico contemporáneo***. [Énfasis añadido] (Kang, 2010, pág. 4)

Otro importante ejemplo en esta misma dirección es el trabajo de Chase-Dunn y Hall en el que se analizan los ciclos de vida de los sistemas internacionales. Ellos especifican con toda claridad que:

*“en el curso de los últimos 12,000 años, muchas redes inter-sociales de pequeña escala se han fusionado en una economía política global única, llamada “sistema mundo moderno”. Nosotros nos enfocamos en los procesos mediante los cuales estos sistemas mundo de menor escala se expanden y fusionan para en un sistema global único”* (Chase-Dunn & Hall, 1991, pág. 1)

Del mismo modo, en *World System History* podemos encontrar una interesante colección de 16 ensayos que bordan sobre esta perspectiva a la que denominan: la ciencia social del cambio de largo plazo. Editado por Denmark et al el trabajo parte de un supuesto fundamental:

*“El conjunto de trabajos que integran este volumen está basado en la convicción de que existen temas reales, continuidades, quizá incluso patrones que emergen en la perspectiva del largo plazo en el análisis de la historia mundial. Estos patrones pueden ser explicados, aunque esto siempre debe hacerse con cuidadosa atención respecto de su contexto de relevancia. Nuestro objetivo no es crear un marco de leyes históricas inviolables, sino explorar continuidades, patrones consistentes y repertorios reconocibles de conducta, comprender su génesis y su desarrollo en el tiempo”*. (Denmark, Friedman, Gills, & Modelski, 2000, pág. xv)

Eckstein, por su parte, explora la historia de los conflictos inter grupales en el Mediterráneo para explicar el camino de Roma hacia la hegemonía regional. Curiosamente, el trabajo que nos presenta incluye un análisis integral de la experiencia griega para proporcionarnos un vista panorama de las relaciones internacionales en el ámbito de la civilización helénica y de esa manera poder generar una explicación integral de la dinámica que subyace al modelo romano. En su explicación, el autor señala que los griegos no solo fueron pacíficos filósofos y artistas, sino que, en ausencia de un poder común capaz de regular su interacción recíproca, desarrollaron una cultura guerrera tan violenta como cualquier otra en la historia, precisamente porque, al vivir en un ámbito de

internacionalidad anárquica, cada una de las polis griegas estaba obligada a velar por sus propios intereses<sup>212</sup>.

Creo firmemente que, aún sin ser enteramente nuevo, el enfoque sistémico abre muy interesantes perspectivas de análisis, tanto para internacionalistas como para historiadores. Ofrece de hecho un atractivo y prometedor puente de comunicación entre dos disciplinas de enfoques aparentemente opuestos, pero de hecho, mutuamente complementarios para la realización del análisis social integral que requiere un sistema complejo. Los primeros pueden aprender, a partir de este enfoque a reevaluar la importancia de la historia en el acontecer internacional, los segundos aprenden a reconocer la perspectiva internacional del análisis social, lo que sienta las bases para un inequívoco esquema analítico de ganar-ganar.

---

<sup>212</sup> Ver Eckstein (2006)

## Fuentes

### Documentos y fuentes primarias

- Ankersmit. (S/D). Propedéutica 1.
- Biografía de Herkhuf, príncipe de Elefantina, Dinastía VI. En Serrano Delgado, J. M. (1993). En *Textos para la Historia Antigua de Egipto*. Madrid: Cátedra.
- Biografía de Uni, VI Dinastía. En Serrano Delgado, J. M. (1993). En *Textos para la Historia Antigua de Egipto*. Madrid: Cátedra.
- Biografía Uni*.S/D. (2004). Recuperado el 22 de Octubre de 2009, de Biografías y Vidas: <http://www.biografiasyvidas.com/biografia/u/uni.htm>
- Británico, M. Surgimiento de la civilización del valle del Nilo. *Sala del Antiguo Egipto*. Museo Británico, Londres.
- Demóstenes. (1998). *Las Filípicas*. Madrid: Cátedra.
- Herodoto. (2008a). *Historias 1*. México: UNAM.
- Herodoto. (2008b). *Historias 3. 122*. México: UNAM.
- Homero. (1942). *La Odisea*. Buenos Aires: Tor.
- Ibn Jaldún. (1997). *Introducción a la historia universal*. México: FCE.
- Isocrates. (2004). Epistle to Archidamus. En M. Gagarin, *The oratory of classical Greece, Vol VII* . Austin: University of Texas, Austin.
- Isocrates. (2004). Panegyricus. En M. Gagarin, *The oratory of classical Greece, Vol VII*. Austin: University of Texas, Austin.
- Jenofonte. (1985). *Helénicas*. Madrid: Gredos.
- Papiro de Ipuwer* en Serrano Delgado, J. M. (1993). En *Textos para la Historia Antigua de Egipto*. Madrid: Cátedra.
- Placa alusiva "Reino Nanyue"*. (15 de Agosto de 2009). Museo de Historia de Hong Kong, Hong Kong.
- Plutarco. (2005). *Vidas Paralelas*. México: Porrúa.
- Polibio. (1986). *Selección de historias*. Madrid: Akal/Clásica.
- Procopio de Cesarea. (2000). *Historia de las guerras, libros I y II Guerra Persa*. Madrid: Gredos.
- The Amarna letters* en Moran, W. (1992). Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- The peace treaty between Ramses II and Hattusili III: The Hittite version* en Wilson, J. A. (1969). En J. B. Pritchard, *Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament with Supplement* . Princeton: Princeton University Press.
- Tucídides. (1986). *Historia de la guerra del Peloponeso*. Barcelona: Ediciones Orbis, S.A.

## Bibliografía

- Abbagnano, N. (2001). *Diccionario de Filosofía*. México: FCE.
- Anderson, B. (2006). *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: FCE.
- Anderson, P. (1972). More is different. *Science* , 177 (4047), 393-396.
- Anderson, P. (1998). *The origins of postmodernity*. London: Verso.
- Ardrey, R. (1969). *Génesis en África*. Barcelona: Hispanoeuropea.
- Armijo, T. (2003). Regalos, comercio y créditos internacionales según las cartas de Amarna . *Asociación Española de Orientalistas XXXIX* , 109-128.
- Aron, R. (1998). ¿Qué es una teoría de las relaciones internacionales? *Revista de humanidades del Tecnológico de Monterrey* , 148.
- Aron, R. (1962). *Dimensiones de la conciencia histórica*. Madrid: Tecnos.
- Aron, R. (1984). *Los últimos años del siglo*. Madrid: Espasa Calpe.
- Aron, R. (1967). *War and peace: a theory of international relations*. New York: Praeger.
- Augé, M. (2006). *Pour une anthropologie des mondes contemporains*. Paris: Flammarion.
- Bard, K. (2000). The emergence of the Egyptian State (c. 3200-2686 B.C.). En *The Oxford History of Ancient Egypt*. New York: Oxford University Press.
- Beal, R. (2007). Making, preserving and breaking the peace with the Hittite State. en K. Raaflaub, *War and peace in the ancient world*. Oxford: Blackwell.
- Bell, L. (2007). Conflict and reconciliation in the ancient Middle East: the clash of Egyptian and Hittite Chariots in Syria, and the world's first peace between "superpowers". En K. Raaflaub, *war and peace in the ancient world* (pág. 99). Blackwell: Oxford University Press.
- Bernal, M. (1987). *Black Athena: The Afroasiatic Roots of Classical Civilization*. London: Free Association Books.
- Bertalanffy, L. V. (1972). *Teoría general de sistemas*. México: FCE.
- Blázquez Martínez, J. M. (1991). Grecia (Hellas) IV. Historia Antigua. En E. Rialp, *Gran Enciclopedia Rialp*. Madrid: Rialp.
- Bohm, D. (1998). *La totalidad y el orden implicado*. Barcelona: Kairós.
- Booth, K., & Smith, S. (1995). *International relations theory today*. The Pennsylvania State University Press.
- Bourriau, J. (2000). The second intermediate period. En I. Shaw, *The Oxford history of Ancient Egypt* (págs. 184-217). Oxford: Oxford University Press.
- Bozeman, A. B. (1960). *politics and culture in international history*. New Jersey: Princeton University Press.
- Braudel, F. (1994). *A history of civilizations*. New York: Penguin.
- Briggs, P., & Peat, D. (1991). *Espejo y reflejo: del caos al orden*. Barcelona: Gedisa.
- Bryant, J. (1996). *Moral codes and social structure in ancient Greece*. New York: State University of New York Press.

- Bull, H. (1977). *The anarchical society*. New York: Columbia University Press.
- Burke, P. (2003). *Formas de hacer historia*. Madrid: Alianza.
- Burton, J. (1962). *Peace theory: preconditions of disarmament*. New York.
- Buzan, B., & Little, R. (2000). *International systems in world history: remaking the study of international relations*. Oxford: Oxford University Press.
- Cárdenas Elorduy, E. (1971). El camino hacia la teoría de las relaciones internacionales: biografía de una disciplina. *Revista Mexicana de Ciencia Política* (63), 5-23.
- Castañeda Reyes, J. C. (2003). *Sociedad Antigua y respuesta popular: movimientos sociales en Egipto Antiguo*. México: UAM-Iztapalapa.
- Ceberio, M., & Watzlawick, P. (2006). *La construcción del universo*. Barcelona: Herder.
- Chase-Dunn, C., & Hall, T. (1991). *Rise and demise: comparing world systems*. Boulder, Colorado: Westview.
- Cheilik, M. (1991). *Ancient History*. New York: Harper-Collins.
- Childe, G. (1936). *Man Makes Himself. On the beginnings of civilisation*. Wiltshire: Moonraker Press.
- Childe, G. (1942). *What happened in history?* New York: Penguin Books.
- Clark, E. (2004). *History, theory, text: Historians and the linguistic turn*. London: Harvard University Press.
- Clark, I. (1997). *Globalization and fragmentation: international relations in the twentieth century*. New York: Oxford University Press.
- Clayton, A. P. (1994). *Chronicle of the Pharaohs*. London: Thames and Hudson.
- Cohen, R., & Westbrook, R. (2000). *Amarna diplomacy: the beginnings of international relations*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Cossens, S. (2011a). Assessing Bronze Age Trade in the Mediterranean through the evidence of shipwrecks. *Artículo no publicado*.
- Cossens, S. (2011b). The extend of literacy in the 2nd Millenium BC Aegean. *Artículo no publicado*.
- Cottrell, L. (2006). *El toro de minos*. México: FCE.
- Cottrell, L. (1956). *The anvil of civilization*. New York: Mentor Books.
- Dalton, H. (1928). *Towards the peace of nations*. London: Routledge.
- Darnell, J. C. (2003). The rocks inscriptions of Tjehemau at Abisko. *Zeitschrift für ägyptische Sprache und Altertumskunde*, 31-48.
- de Certau, M. (2003). *Historia y psicoanálisis*. México: Universidad Iberoamericana.
- de Certau, M. (1993). *La escritura de la historia*. México.: Universidad Iberoamericana.
- De Coulanges, F. (2010). *La ciudad antigua: estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones de Grecia y Roma*. Porrúa: México.
- De la Reza, G. (2001). *Teoría de sistemas: reconstrucción de un paradigma*. México: UAM/Miguel Ángel Porrúa.
- Del Arenal, C. (1987). *Introducción al estudio de las relaciones internacionales*. Madrid: Tecnos.

- Denemark, R., Friedman, J., Gills, B., & Modelski, G. (2000). *World system history*. London: Routledge.
- Dennet, D. (1995). *Darwin's dangerous idea: evolution and the meaning of life*. New York: Simon & Schuster.
- Diaz Cruz, R. (1998). *Archipiélago de rituales: teorías antropológicas del ritual*. Barcelona: Anthropos.
- Downing Bowler, T. (1981). *General systems thinking: its scope and applicability*. New York: North Holland.
- Doyle, M. (1985). *Empires*. Ithaca: Cornell University Press.
- Dunne, T. (1998). *Inventing international society: a history of the English school*. New York: Palgrave-MacMillan.
- Eckstein, A. M. (2006). *Mediterranean anarchy, interstate war, and the rise of Rome*. Berkeley: University of California Press.
- Engels, F. (2000). *Los orígenes de la familia. La propiedad privada y el estado*. Madrid: Fundamentos.
- Erman, A. (1971). *Life in Ancient Egypt*. New York: Dover.
- Fagan, B. (1990). *The journey from Eden: the peopling of our world*. London: Thames & Hudson.
- Faulkner, W. (1959). *Requiem for a Nun*. New York: Random House.
- Fevre, L. (1992). Historia o política: contra la simple historia diplomática. En *Combates por la historia*. Barcelona: Ariel.
- Fischer, D. H. (1970). *Historians' Fallacies : Toward a Logic of Historical Thought*. New York: Harper Perennia.
- Fried, M. (1967). *The evolution of political society*. New York: Random House.
- Fronzizi, R. (2010). *¿Qué son los valores?* México: FCE.
- Gallopín, G. (2001). Science for the 21st century: from social contract to the scientific core. *Int. Journal Social Science* , 219-229.
- García, R. (2000). *El conocimiento en construcción: de las formulaciones de Jean Piaget a la teoría de los sistemas complejos*. Buenos Aires: Gedisa.
- García, R. (2006). *Sistemas complejos: Conceptos, método y fundamentación epistemológica de la investigación interdisciplinaria*. Barcelona: Gedisa.
- Gettell, R. (1924). *History of political thought*. New York: Century.
- Goldstein, J. (1996). *International Relations*. New York: Harper-Collins.
- Gould, J. (1991). *Wonderful life: the burgess shale and the nature of history*. London: Penguin.
- Gowlett, J. (2007). *Arqueología de las primeras culturas: los albores de la humanidad*. Barcelona: Folio.
- Grant, M. (1989). *The classical Greek*. New York: Charles Scribner & Sons.
- Graves, R. (1979). *The greek myths*. London: Penguin.
- Grimal, N. (1988). *Histoire de l'Egypte ancienne*. Paris: Fayard.
- Guzmán Guerra, A. (. (2007). *Constituciones políticas griegas*. Madrid: Alianza Editorial.
- Hall, I. (2003). Challenge and response: the lasting engagement of Arnold Toynbee and Martin Wight. *International Relations* , 17:3, 389-404.

- Halliday, F. (1994). *Rethinking International Relations*. Hong Kong: MacMillan.
- Hamblin, W. J. (2006). *Warfare in the ancient near east to 1600BC: holy warriors at the dawn of history*. New York: Routledge.
- Hassan, F. (1988). Predynastic Egypt. *Journal of world prehistory* 2 , 135-185.
- Heller, A. (2002). *Teoría de la historia*. México: Fontamara.
- Hernández-Vela, E. (2002). *Diccionario de Política Internacional*. México: Porrúa.
- Hobden, S. (1998). *International relations and historical sociology: breaking down boundaries*. London: Routledge.
- Hobsbawm, E. (1971). *Las revoluciones burguesas*. Madrid: Guadarrama.
- Hobsbawm, E. (1994). *The age of extremes: 1914-1991*. London: Pantheon.
- Hobson, J. (2002). What's at stake in bringing historical sociology back into international relations?: transcending "chronofetichism" and "tempocentrism" in international relations. En *Historical sociology of International Relations*. Barcelona: Ariel.
- Hodgson, G. M. (2001). *How economics forgot history: the problem of historical specificity in the social sciences*. London: Routledge.
- Hoffman, R. (1997). *Lo mismo y no lo mismo*. México: FCE.
- Holsti, K. (1995). *International politics: a framework for analysis*. Englewood Cliffs: Prentice Hall.
- Holsti, K. (Mayo de 2007). Seminario de actualización docente. (D. J. Sarquís, Entrevistador) Universidad Iberoamericana.
- Hopkins, A. G. (2006). *Global History: interactions between the universal and the local*. New York: Palgrave.
- Hopkins, A. G. (2002). *Globalization in world history*. London: Pimlico.
- Hunt, M. H. (1980). Responses to Charles S. Maier, "Marking Time: The Historiography of International Relations". En M. Kammen, *The Past Before Us: Contemporary Historical Writing in the United States* (Vol. 5, págs. 353-382). Ithaca.
- Jaguaribe, H. (2001). *Un estudio crítico de la historia*. México: FCE.
- Jarvis, D. S. (2000). *International relations and the challenge of postmodernism; defending the discipline*. Columbia: University of South Carolina Press.
- Jenkins, K. (1996). *Re-thinking history*. London: Routledge.
- Johnson, A., & Earle, T. (2000). *The evolution of human societies: from foraging group to agrarian state*. Los Ángeles: Stanford University Press.
- Kammen, M. (1980). *The past before us: Contemporary Historical Writing in the United States*. New York: Ithaca.
- Kang, D. (2010). *East Asia before the West: Five Centuries of Trade and Tribute*. New York: Columbia University Press.
- Kaplan, M. (1961). Is International Relations a discipline? *The journal of politics of Univeristy of Florida*. vol. 23 No.3 , 462-476.
- Kaplan, M. (1957). *System and process in international relations*. New York: John Wiley & sons.

- Kemp, B. (2004). *El antiguo Egipto: anatomía de una civilización*. Barcelona: Crítica.
- Kennedy, P. (1989). *The rise and fall of the great powers*. London: Fontana Press.
- Keylor, W. (1996). *The twentieth century world: an international history*. New York: Oxford University Press.
- King, D. (2008). *Vienna 1814*. New York: Three Rivers Press.
- Knapp, J. (2003). *Illustrating the past in early modern England*. London: Ashgate.
- Kosik, K. (1967). *Diálectica de lo concreto*. México: Grijalbo.
- Krippendorf, E. (1985). *El sistema internacional como historia*. México: FCE.
- Kristensen, K., & Larssons, T. (2005). *The rise of Bronze Age society: travels, transmissions and transformations*. New York: Cambridge University Press.
- Kuhrt, A. (1997). *The Ancient Near East, Vol. I*. London: Routledge.
- Lawson, G. (2008). For a public IR. *international Political Sociology* , 2, 18.
- Lewis, T. (2001). *A general theory of love*. New York: Vintage Books.
- Lieber, R. (1988). *No common power: understanding international relations*. Glenview: Foresman and Company.
- Little, R. (1994). International Relations and large scale historical change. En A. J. Groom, & M. Light, *Contemporary international relations: a guide to theory*. London: Pinte.
- Liverani, M. (1995). *El antiguo Oriente*. Barcelona: Crítica.
- Luard, E. (1990). *International Society*. Hong Kong: New Amsterdam Books.
- Maier, C. (2006). *Among Empires*. London: Harvard University Press.
- Malpica de la Madrid, L. (1980). *La historia comienza en Egipto con un acto de derecho internacional*. México: Grijalbo.
- Mann, M. (1991). *Las fuentes del poder social*. Madrid: Alianza Universidad.
- Manzanilla, L. (1996). Egipto y Mesopotamia: cuna de Estados e Imperios. En D. Toledo Beltrán, *Asia y África en la historia*. México: UAM-Unidad Iztapalapa.
- Marion, R. (1999). *The edge of organization: Chaos and complexity theories of formal social systems*. London: Sage.
- Marquardt, B. (2009). *Historia universal del estado. Tomo I: sociedades pre-estatales y reinos dinásticos*. Medellín: La Carreta.
- Martin, e. a. (2006). The sociology of globalization. *International Sociology* , 21 (4), 499-521.
- McKinnon, N. (2003). Presentism and Consciousness. *Australian Journal of Philosophy* , 81 (3), 305-323.
- McLleland, C. (1958). Systems and history in international relations: some perspectives for empirical research and theory. En S. f. Research, *General Systems Yearbook* (págs. 221-247).
- Mendiola, A. (2000). El giro historiográfico: la observación de las observaciones del pasado. *Historia y Grafía* , 181-208.
- Moret, A. (1996). *The Nile and Egyptian civilization*. London: Routledge.

- Moret, A., & Davy, G. (1995). From tribe to empire: social organization among primitives in the ancient east. En C. K. Ogden, *History of civilization* (pág. 130). London: Routledge.
- Morin, E. (2005). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa.
- Morin, E. (1977). *La Méthode*. Paris: Editions du Seuil.
- Morrow, R., & Brown, D. (1994). *Critical Theory and Methodology*. London: Sage.
- Morton, K. (1961). Is international relations a discipline? *In The journal of politics*. 23 (3) , 462-476.
- Nagel, E. (1979). *The structure of science: problems in the logic of scientific explanation*. Indianapolis: Hackett.
- Novick, P. (2004). That noble dream: the "objectivity question" and the American Historical Profession. En E. Clark, *History, theory, text: Historians and the linguistic turn*. (pág. 9). London: Harvard University Press.
- Oppenheimer, F. (1975). *The State*. New York: Free Life.
- Ortega y Gasset, J. (1985). *Europa y la idea de la nación*. Madrid: Alianza .
- Ortega y Gasset, J. (1984). *La historia como sistema*. Madrid: Sarpe.
- Ortega y Gasset, J. (1960). Una interpretación de la historia universal: en torno a Toynbee. *Revista de occidente*. , 121-122.
- Osiander, A. (2001). History and international relations theory. En A. Hartmann, & B. Heuser, *War, peace and world orders in european history*. London: Routledge.
- Oxford, D. (2005). *Oxford dictionary*. London: Oxford University Press.
- Pareti, L. (1961). *Homero y la realidad histórica*. México: UTEHA.
- Peden, A. (2001). *The graffiti of Pharaonic Egypt: scope and roles of informal writings (c. 3100-322 BC)*. Leiden: Brill.
- Peitgen, H.-O., Jürgens, H., & Saupe, D. (2004). *Chaos and fractals: new frontiers in science..* New York: Springer.
- Pomeroy, S., Burnstein, S., Donlan, W., & Tolbert, J. (2011). *La Antigua Grecia*. Barcelona: Crítica.
- Popper, K. (1992). *La lección de este siglo (Entrevistas con Giancarlo Bosetti)*. México: Oceano.
- Portelli, H. (1995). *Gramsci y el bloque histórico*. México: Siglo XXI.
- Potemkin, V. I. (1966). *Historia de la diplomacia*. México: Grijalbo.
- Price, S. (1993). The history of the Hellenistic period. En J. Boardman, J. Griffin, & M. Oswyn, *The Oxford History of the Classical World*. Oxford: Oxford University Press.
- Proust, M. (1999). *A la recherche du temps perdu, La prisonnière*. París: Flammarion.
- Putney, A. H. (1910). *International Relations Between Ancient Nations*. Cleveland: Cree publishing company.
- Renovin, P. (1969). *Historia de las relaciones internacionales*. Madrid: Aguilar.
- Rifkin, J., & Howard, T. (1981). *Entropy: a new world view*. New York: Bantam Books.

- Roberts, P. (2005). *The end of oil: the decline of the petroleum economy and the rise of a new energy order*. London: Bloomsbury.
- Roces, W. (1987). *algunas consideraciones sobre el vicio del modernismo en la historia antigua*. México: UNAM.
- Roitman, M. (2003). *El pensamiento sistémico: los orígenes del social conformismo*. México: Siglo XXI.
- Rosecrance, R. (1987). *La expansión del estado comercial*. Madrid: Alianza.
- Rozo Gauta, J. (1999). *La inter-trans-disciplinariedad*. Hojas Universitarias No.47: Universidad de Antioquia.
- Sarquís, D. J. (Diciembre de 2007). History and IR: disciplines of complexity. *Ponencia en el Congreso anual de la Asociación Británica de Estudios Internacionales. (BISA)*. Cambridge.
- Sarquís, D. J. (2002). Redefinición del análisis histórico de las relaciones internacionales. (I. M. R. SRE.) *Revista mexicana de política exterior*. (65), 117-144.
- Sarquís, D. J. (2005). *Relaciones Internacionales: una perspectiva sistémica*. México: Miguel Ángel Porrúa.
- Schaff, A. (1974). *Historia y Verdad*. México: Grijalbo.
- Schrödinger, E. (1975). *¿Qué es una ley de la naturaleza?* México: FCE.
- Schwarzenberger, G. (1960). *La política del poder*. México: FCE.
- Schwarzenberger, G. (1954). *Power Politics: a study of international society*. New York: Praeger.
- Service, E. (1984). *Los orígenes del Estado y de la civilización*. Madrid: Alianza universidad.
- Shelley, P. B. (1822). *Hellas, a lyrical drama*. Oxford: Universidad de Oxford.
- Sicard, G. (2002). L'identité historique. En J. Pousson- Petit, *L'identité de la personne humaine*. Bruxelles: Brouillan.
- Silverman, D. (2003). *Ancient Egypt*. London: Duncan Baird.
- Singer, D. J. (2000). The etiology of interstate war. En J. Vazquez, *What do we know about war*. New York: Rowman and Littlefield Publishers.
- Skyttner, L. (2002). *General systems theory: ideas & applications*. London: World Scientific.
- Snow, C. P. (1993). *The two cultures*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Stern, G. (2000). *The structure of international society: an introduction to the study of international relations*. London: Pinter.
- Sterns, J. (2005). *Introduction to international relations: perspectives & themes*. London: Pearson.
- Teschke, B. (2003). *The Myth of 1648: Class, geopolitics and the making of modern international relations*. London: Verso Books.
- Todorov, T. (2000). *Nosotros y los otros*. México: Siglo XXI.
- Trigger, B., Kemp, B. J., O'Connor, D., & Lloyd, A. (1997). *Historia del Egipto Antiguo*. Barcelona: Crítica.
- Troncoso, V. A. (2001). Para un corpus de los tratados de alianza de la Grecia Antigua. *Dike 4*, 219-232.

- Truyol Serra, A. (1974). *La sociedad internacional*. Madrid: Alianza.
- Tudge, C. (1996). *The time before history*. New York: Scribner.
- Untereker, J., Kossuth, J., & Kelsey, B. (1996). *Philip II*. Recuperado el 27 de 01 de 2012, de Alexander the Great .
- Vermeule, E. (1996). *Grecia en la edad del bronce*. México: FCE.
- Verneaux, R. (1967). *Epistemología general o crítica del conocimiento*. Barcelona: Herder.
- Vogt, P. (2004). En R. Koselleck, *Historia*. Madrid: Trotta.
- Waldrop, M. (1992). *Complexity: the emerging science at the edge of order and chaos*. New York: Touchstone.
- Wallerstein, I. (2006). *Análisis de sistemas-mundo: una introducción*. México: Siglo XXI.
- Wallerstein, I. (2003). *El moderno sistema mundial*. México: Siglo XXI.
- Wallerstein, I. (2007). *Impensar las ciencias sociales*. México: Siglo XXI.
- Watson, A. (1992). *The evolution of international society*. London: Routledge.
- Weber, M. (1977). *Sobre la teoría de las ciencias sociales*. Barcelona: Península.
- Wendt, A. (2000). *Social theory of international politics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Wenke, R. (2009). *The ancient Egyptian State: the origins of Egyptian culture c.8000-c.2000 B.C.* New York: Cambridge University Press.
- West, M. L. (1999). The Invention of Homer. *The Classical Quarterly, New Series, Vol. 49, No. 2* , 364-382.
- White, D. W. (1996). *The american century: the rise and decline of the United States as a world power*. London: Yale University Press.
- Whitehead, A. N. (1985). *Process and reality*. New York: Free Press.
- Wight, M. (1966). *Why is there no international theory?* London: Diplomatic Investigations.
- Wittgenstein, L. (1953). *Philosophical Investigations*. Blackwell: Anscombe & Rhees editors.
- Wood, M. (1998). *In search of the Trojan war*. Berkeley: University of California Press.
- Yalichev, S. (1997). *Mercenaries of the Ancient World*. London: Constable.
- Zorgbibe, C. (1997). *Historia de las relaciones internacionales*. Madrid: Alianza Universidad.

### **Fuentes electrónicas**

- Agamador & Tiresias. (2003). *La vida de Jenofonte*. Recuperado el 12 de 12 de 2010, de Literatura griega: <http://www.culturaclasica.com/literatura/grecia/historiografia3.htm>
- Álvarez Rendón, J. (2000). *Homero*. Recuperado el 07 de 07 de 2010, de ¿Quién es Homero?: <http://www.angelfire.com/ultra/homero/homero.html>

- ArqHys. (S/D). *ARQUYS site*. Recuperado el 20 de 09 de 2010, de Arquitectura Egea: <http://www.arqhys.com/arquitectura/egea-arquitectura.html>
- Ashok Malhotra. (2008). Recuperado el 20 de Octubre de 2009, de Ezine Articles: [http://ezinearticles.com/?expert=Ashok\\_Malhotra](http://ezinearticles.com/?expert=Ashok_Malhotra)
- Bedman, T. (2001). *Los hicsos: una nueva visión. Ponencia presentada durante el VII Congreso Internacional de Egiptólogos, Cambridge, 1995*. Recuperado el 20 de 02 de 2012, de Instituto de Estudios del Antiguo Egipto (I.E.A.E): <http://www.institutoestudiosantiguoegipto.com/hicsos.htm>
- Benham, J. (2008). *Review of War and Peace in Ancient and Medieval History*. Recuperado el 25 de 01 de 2011, de Reviews in history: <http://www.history.ac.uk/reviews/review/776>
- Blázquez Martínez, J. M. (2009). *Grecia (Hellas) IV. Historia Antigua. A: Estudio General*. Recuperado el 13 de 01 de 2012, de Enciclopedia GER: [http://www.canalsocial.net/ger/ficha\\_GER.asp?id=8049&cat=historia](http://www.canalsocial.net/ger/ficha_GER.asp?id=8049&cat=historia)
- Butler, C. (2007). *FC24: The Decline & fall of the Greek Polis (431-336 BCE)*. Recuperado el 17 de 01 de 2011, de The Flow of History: <http://www.flowofhistory.com/units/birth/3/FC24>
- Buzan, B., & Little, R. (2001). Why international relations has failed as an intellectual project and what to do about it? *Millennium: journal of international studies*, Vol. 30 No. 1, 19-39.
- Byrne, D. (1998). *Complexity theory and the social science*. London: Routledge.
- Calduch, R. (1991). *Relaciones Internacionales*. Madrid: Ciencias Sociales.
- Cantabria, U. d. (2008). *Disgregación de Egipto en el Primer Periodo Intermedio*. Recuperado el 12 de Noviembre de 2009, de Historia del Próximo Oriente y Grecia :<http://ocw.unican.es/humanidades/historia-del-proximo-oriente/modulo-2/disgregacion-de-egipto-en-el-primer-periodo>
- Cantabria, U. d. (2009). *El nacimiento de la Civilización Griega*. Recuperado el 22 de 02 de 2012, de Historia del Próximo Oriente y Grecia: <http://ocw.unican.es/humanidades/historia-del-proximo-oriente/modulo-4/modulo-4.-el-nacimiento-de-la-civilizacion-griega/?searchterm=Lineal A y B>
- Cantabria, U. d. (2010). *Talasocracia cretense*. Recuperado el 22 de 02 de 2012, de Historia del Próximo Oriente y Grecia (2009): <http://ocw.unican.es/humanidades/historia-del-proximo-oriente/modulo-4/talasocracia-cretense>
- Cornwell, J. A. (2003). *Scorpion-at 3200B.C. and Sargon the Great and Ka-Ap in Egypt*. Recuperado el 30 de Octubre de 2009, de The Alpha and the Omega: <http://www.mazzaroth.com/ChapterFour/KingScorpion.htm>
- Egypt, T. (1996). *The Nomes (Provinces) of Ancient Egypt*. Recuperado el 2 de Noviembre de 2009, de Tour Egypt: <http://www.touregypt.net/featurestories/nomes.htm>
- El Akkad, A. (2001). *Estatuas del Reino Medio*. Recuperado el 12 de Octubre de 2009, de Ancient Egypt: <http://library.thinkquest.org/C0121761/e40.htm>

- Eliot Morison, S. (1971). *The Northern Voyages A.D. 500-1600*. Recuperado el 12 de 04 de 2009, de The European Discovery of America. : <http://www.win.tue.nl/~engels/discovery/cabot.html>
- Encyclopædia Britannica. (1994). *Battle of Kadesh*. Recuperado el 15 de Octubre de 2009, de History & Society: <http://www.britannica.com/EBchecked/topic/309464/Battle-of-Kadesh>
- Fierke, K. (01 de 03 de 2007). *All Academic Research*. Recuperado el 12 de 12 de 2010, de Wittgenstein and IR Theory: [http://www.allacademic.com/meta/p\\_mla\\_apa\\_research\\_citation/1/8/0/4/2/pages180427/p180427-1.php](http://www.allacademic.com/meta/p_mla_apa_research_citation/1/8/0/4/2/pages180427/p180427-1.php).
- Fletcher, E. (1997). *The tomb mural from Beni Hasan in Egypt*. Recuperado el 23 de Noviembre de 2009, de Bible Archaeology: <http://www.bible-archaeology.info/Beni-hasan1.jpg>
- Gallardo Paúls, E. (16 de 06 de 2011). Recuperado el 2011, de Helénicas, Jenofonte, PAU-CV, 2011.2012: <http://www.slideshare.net/ElenaGallardo/helnicas-jenofonte-pau-cv-20112012>
- Gill, N. S. (30 de 07 de 2009). *The Peloponnesian War - Causes of the Conflict*. Recuperado el 15 de 12 de 2011, de Ancient / Classical History: <http://ancienthistory.about.com/od/peloponnesianwar/qt/073009CausesofPeloponnesianWar.htm>
- Halsall, P. (1998). *The Beginning of Philip of Macedon's Reign, c. 359-352 BCE*. Recuperado el 27 de 01 de 2012, de Internet Ancient History Sourcebook.: <http://www.fordham.edu/halsall/ancient/justin-philip.asp>
- Historia Universal. (06 de 2009). *Grecia: Periodo Oscuro 1200 aC-800 aC*. Recuperado el 03 de 09 de 2010, de Civilización Griega : Edad Oscura : <http://www.historialuniversal.com/2009/06/grecia-edad-oscura-civilizacon-griega.html>
- Irles, L. (04 de 03 de 2009). *El faro del fin del mundo*. Recuperado el 14 de 01 de 2012, de El Santuario de Apolo en Delfos: <http://dadaisforever.wordpress.com/2009/03/04/el-santuario-de-apollo-en-delfos/>
- K Dictionaries Ltd. (2009). *Imperio*. Recuperado el 13 de 03 de 2012, de The free dictionary: <http://es.thefreedictionary.com/imperio>
- Kinnaer, J. (2006). *The Ancient Egypt*. Recuperado el 20 de Noviembre de 2009, de The Ancient Egypt Site: <http://www.ancient-egypt.org/index.html>
- La historia según Heródoto, Tucídides, Polibio y San Agustín*. (2008). Recuperado el 12 de 04 de 2008, de <http://www.monografias.com/trabajos5/hetu/hetu.shtml>
- Lago, J. I. (03 de 05 de 2000). *El enigma de "Los pueblos del mar"*. Recuperado el 08 de 07 de 2010, de La guerra de Troya: [http://www.historialago.com/leg\\_troy\\_01040\\_pueblosmar\\_01.htm](http://www.historialago.com/leg_troy_01040_pueblosmar_01.htm)

- Lérida Lafarga, R. (1998a). *La civilización micénica*. Recuperado el 24 de 08 de 2010, de Desde la llegada de los indoeuropeos hasta el siglo XII a. C.: [http://clio.rediris.es/fichas/minos\\_micénica.htm](http://clio.rediris.es/fichas/minos_micénica.htm)
- Lérida Lafarga, R. (1998b). *La civilización minoica*. Recuperado el 24 de 08 de 2010, de Desde la llegada de los indoeuropeos hasta el siglo XII a. C.: [http://clio.rediris.es/fichas/minos\\_minoica.htm](http://clio.rediris.es/fichas/minos_minoica.htm)
- Lérida Lafarga, R. (1998c). *La guerra del Peloponeso*. Recuperado el 09 de 01 de 2011, de Desde la llegada de los indoeuropeos hasta el siglo XII a. C.: <http://clio.rediris.es/clionet/fichas/peloponeso.htm>
- Martín-Moreno, J. M. (S/D). *Los reinos helenísticos*. Recuperado el 26 de 01 de 2012, de El helenismo: <http://seminarioabierto.com/tiempos09.htm>
- Matrioshka*. (02 de 04 de 2008). Recuperado el 06 de 03 de 2009, de Mundo Ruso: <http://www.ruso.cl/es/2008/04/matrioshka.html>
- Molina Rabadán, D. (07 de 05 de 2007). *Historia y relaciones internacionales: orígenes, formas y tendencias de una compleja vinculación*. Recuperado el 12 de 12 de 2010, de <http://www.eumed.net/eve/resum/07-mayo/dmr.htm>
- Nácher, F.-M. (S/D). *Biblioteca Upasika*. Recuperado el 01 de 12 de 2010, de El pueblo Griego: <http://www.upasika.com/docs/foss/Nacher%20Francisco%20-%20El%20pueblo%20griego.pdf>
- Namet Nejat, K. (1998). *Daily life in ancient Mesopotamia*. Westport: Greenwood.
- Narmer*. (2008). Recuperado el 15 de Octubre de 2009, de NNDB: <http://www.nndb.com/people/540/000163051/>
- Ocariz Braña, J. (S/D). *Historia sencilla del pensamiento político*. Recuperado el 10 de 01 de 2011, de Rousseau: [http://www.mercaba.org/Filosofia/rousseau\\_01.htm](http://www.mercaba.org/Filosofia/rousseau_01.htm)
- OIUC The Oriental Onstitute of the University of Chicago. (19 de 02 de 2007). *Nubia: Its glory and its people*. Recuperado el 22 de 02 de 2012, de The Nubia salvage project: <http://oi.uchicago.edu/museum/special/nubia/>
- Ortolá Guixot, Á. (2010). *La proxenía*. Recuperado el 13 de 01 de 2012, de Grupos sociales: libres, metecos, extranjeros, esclavos y bárbaros: <http://departamentodegriegoiesmariaenriquez.org/web/matedoce/cultura/2bat/tcgrll/cultura/2bat/t5gsextranjeros.htm>
- Pellini, C. (S/D). *Demóstenes*. Recuperado el 10 de 12 de 2011, de El Más Grande Orador de la Antigüedad-Las Filipicas de Demóstenes: <http://www.portalplanetasedna.com.ar/demostenes.htm>
- Pellini, C. (S/D). *Periodo helenístico*. Recuperado el 28 de 01 de 2012, de HISTORIA DE GRECIA ANTIGUA: [http://www.portalplanetasedna.com.ar/historia\\_grecia11.htm](http://www.portalplanetasedna.com.ar/historia_grecia11.htm)
- Philip II*. (2012). Recuperado el 28 de 01 de 2012, de Encyclopædia Britannica. Encyclopædia Britannica Online: <http://www.britannica.com/EBchecked/topic/456053/Philip-II>

- Pierrotti, N. (S/D). *Isócrates: Retórica y poder político en la formación de ciudadano ateniense del siglo IV a.c.* Recuperado el 12 de 02 de 2011, de Proyecto Cío: <http://clio.rediris.es/n30/isocrates.htm>
- Porcel, A. (01 de 06 de 2009). *El origen de la humanidad.* Recuperado el 22 de 02 de 2012, de <http://alboloteciencia.wordpress.com/2009/06/01/el-origen-de-la-humanidad/>
- Porter, J. (11 de 11 de 2009). *The Archaic Age and the Rise of the Polis.* Recuperado el 17 de 001 de 2011, de Polis: <http://homepage.usask.ca/~jrp638/CourseNotes/Polis.html>
- Raffaele, F. (2002). *Dynasty 00 Naqada IIC-III A2.* Recuperado el 15 de Octubre de 2009, de <http://xoomer.virgilio.it/francescoraf/hesyra/dynasty00.htm>
- Rosenberg, J. (2008). *History of IR.* Recuperado el 16 de 07 de 2008, de <http://homepage.ntlworld.com/j.rosenberg/IsaacDeutscherandthelosthistoryofIR.pdf>
- Rostovtzeff, M. (S/D). *Roma, el Oriente helenístico y Cartago en el siglo II a. C.* Recuperado el 28 de 01 de 2012, de WebHistoria: <http://www.webhistoria.com.ar/articulos/47.html>
- Rueda, J. J. (23 de Mayo de 2009). *Maat y Logos: Aproximación al Pensamiento Egipcio Desde un Punto de Vista Filosófico.* Recuperado el 20 de Noviembre de 2009, de Amigos de la Egiptología.: <http://www.egiptologia.com/religion-y-mitologia/64-el-pensamiento-y-vision-de-los-antiguos-egipcios/2960-maat-y-logos-aproximacion-al-pensamiento-egipcio-desde-un-punto-de-vista-filosofico.html>
- S/, D. (28 de 11 de 2009). *La civilización Egipcia.* Recuperado el 20 de 01 de 2010, de Egipto: <http://www.wattpad.com/248429-egipto-la-civilizacion-egipcia?p=4>
- S/D. (14 de 02 de 2010). Recuperado el 05 de 03 de 2012, de La Antigua Grecia: <http://laantiguagrecia.wordpress.com/>
- S/D. (2004). *Biografía de Tutmés o Tutmosis III.* Recuperado el 22 de Octubre de 2009, de Biografías y Vidas: <http://www.biografiasyvidas.com/biografia/t/tutmes.htm>
- S/D. (2004). *Biografía Uni.* Recuperado el 22 de Octubre de 2009, de Biografías y Vidas: <http://www.biografiasyvidas.com/biografia/u/uni.htm>
- S/D. (2009). *Definición Relaciones Internacionales.* Recuperado el 10 de 07 de 2007, de [www.comune.venezia.it/atlante/documents/glossary/nelson\\_glossary.htm](http://www.comune.venezia.it/atlante/documents/glossary/nelson_glossary.htm)
- S/D. (2011). *EVOLUCIÓN HISTÓRICA DEL DERECHO INTERNACIONAL.* Recuperado el 11 de 11 de 2010, de <http://clubensayos.com/Historia/EVOLUCI%C3%93N-HIST%C3%93RICA-DEL-DERECHO-INTERNACIONAL/41960.html>
- S/D. (2001). *Imperio Intermedio.* Recuperado el 03 de Noviembre de 2009, de Historia de Egipto.: <http://usuarios.multimania.es/cjacq/imperiomedio.htm>

- S/D. (2008). *Prehistoria*. Recuperado el 20 de Septiembre de 2009, de Historia del Arte Antiguo: Pueblos blancos y negros: <http://www.taringa.net/posts/info/1797226/Historia-del-Arte-Antiguo.html>
- S/D. (1995). *The Palermo Stone*. Recuperado el 01 de Diciembre de 2009, de The Palermo Stone: <http://www.crystalinks.com/palermostone.html>
- S/D. (s.f.). *What is presentism?* Recuperado el 24 de 10 de 2008, de What is presentism?: [fcmasonjr.googlepages.com/WhatisPresentism.doc](http://fcmasonjr.googlepages.com/WhatisPresentism.doc)
- Sánchez de la Blanca, J. P. (S/D). *Periodo micénico*. Recuperado el 26 de 02 de 2012, de Hellas: <http://www.ffil.uam.es/hellas/Micenica/micenas.html>
- State University, S. F. (2007). *College of Behavioral & Social Sciences*. Recuperado el 10 de 2007, de Department of International Relations: <http://bss.sfsu.edu/ir/>
- Taylor & Francis Group content. (2007). *Global Society and Its Ancient Greek Antecedents*. Recuperado el 13 de 01 de 2012, de The European Legacy: Toward New Paradigms: <http://www.tandfonline.com/doi/abs/10.1080/10848770601080842>
- Thales-CICA. (2001). *Historia del Arte y Literatura*. Recuperado el 03 de 05 de 2011, de Grecia Antigua: <http://thales.cica.es/rd/Recursos/rd98/HisArtLit/01/grec.htm>
- Tucídides. (S/D). *La guerra del peloponeso*. Recuperado el 26 de 02 de 2012, de "Diálogo de los Melios", Libro V. 84-116.: [http://www.historiaycultura.cl/doc/4\\_Tucid\\_Dial\\_Melios.pdf](http://www.historiaycultura.cl/doc/4_Tucid_Dial_Melios.pdf)
- Valle Pavon, E. (2009). *Las Guerras el Peloponeso*. Recuperado el 16 de 12 de 2010, de eolapaz.com: <http://www.eolapaz.es/domo-historia/2ant-peloponeso.htm>
- Wellimenot, M. L. (S/D). *Sargón de Akkad, I parte*. Recuperado el 23 de 08 de 2010, de Atlas de histórico del Oriente Antiguo: <http://www.satrapa1.com/articulos/antiguedad/oriente/lperiodo/sargon1.htm>
- Wordreference. (2005). *Talasocracia*. Recuperado el 22 de 02 de 2012, de Wordreference.com: <http://www.wordreference.com/definicion/talasocracia>